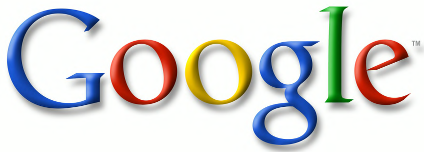
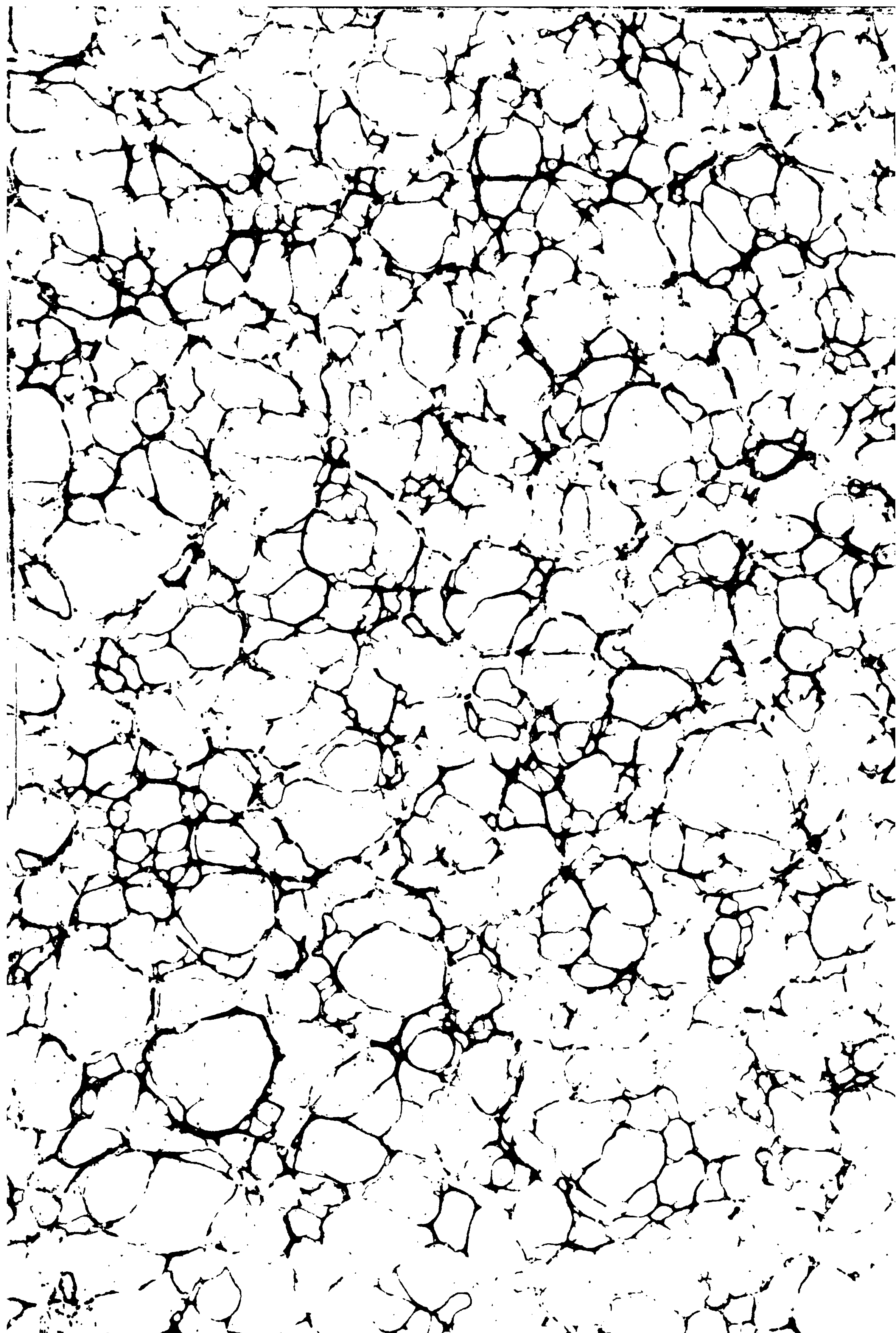




GRANADA

JAÉN, MÁLAGA Y ALMERÍA


PER ANGUSTA



SUS MONUMENTOS Y ARTES - SU NATURALEZA É HISTORIA

GRANADA

JAÉN, MÁLAGA Y ALMERÍA

POR

D. FRANCISCO PI MARGALL

Clichés de Laurent y Joarizti-Fotograbados de Joarizti, Thomás y Gómez Polo

Dibujos á pluma de Pascó - Cromos de Xumetra

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO - EDITORIAL DE DANIEL CORTEZO Y C.ª

CALLE DE AUSIAS-MARCH, NÚMEROS 95 Y 97

1885


HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY


ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



REINO DE GRANADA

INTRODUCCIÓN

FÉRTILES y hermosas praderas donde la naturaleza reunió flores que embellecen el suelo de apartadas

regiones! ¡sierras majestuosas coronadas de nieves eternas! ¡ríos cuyas sonoras aguas corren bajo bóvedas de verdura al pié de ciudades ayer florecientes y hoy sepultadas en el polvo de sus ruínas! ¡monumentos que oscureció la niebla de los siglos! reino encantador de Granada ¡salud! La fama de tu belleza y de tu gloria nos separó de nuestros hogares, y te saludamos desde lo alto de tus fronteras.

Deseamos respirar el aire que perfuman tus vegas, gozar de la sombra de tus álamos, oir el susurro de tus frondas y el murmullo de tus arroyos, contemplar desde la cumbre de tus colinas la azulada bóveda de tu cielo, cubierta de franjas de oro al hundirse el sol en occidente. Deseamos sentarnos bajo la copa de tus árboles y el techo de tus palacios; y evocando el genio de esos lugares solitarios, oir tus misteriosas tradiciones, mientras silba el viento entre las ramas y turban las aguas el silencio de la noche. Deseamos abrir las páginas de tu historia en medio de tus vastos olivares, en medio de las ruínas de tus castillos sentados al borde de precipicios entre cuyas rocas tapizadas de musgo saltan los torrentes. Dicen que tus campos guardan aún impresa la huella de tus antiguos vencedores; que en tus cerros hay lugares donde se oye aún estrépito de armas y suspiros de soldados que murieron hace veinte siglos bajo sus escudos; que están todavía ensangrentados algunos de tus barrancos; y deseamos ver esos testimonios vivos de batallas que hicieron estremecer la tierra y cambiaron la faz del mundo. Deseamos meditar en los escombros de tus pueblos sobre tu grandeza de otro tiempo, y arrancar á las mudas piedras los secretos de tu pasado.

¡Granada, hermoso reino de Granada! tú eres ya una sombra, pero sombra augusta de lo que fuíste. Tus alcázares de mármol fueron un día cuna de reyes; sepulcro de príncipes tus fortalezas, medio ocultas en las nubes. Tus murallas salvaron una monarquía que había visto sumergidos dos tronos en la sangre de tus hijos. Fuíste el solio de Alhamar, cuyo poder y magnificencia ensalzan aún las salas de tus monumentos; fuíste la

corte de su brillante dinastía. Serviste de postrer asilo á la civilización árabe, la primera que vino á disipar las tinieblas de Europa; y te engalanaste con sus más ricas joyas. Eras entonces una reina. Tus palabras resonaban en bóvedas pintadas de oro; cantaban cien poetas tu hermosura; justaban por complacerte mil héroes, cuando las cornetas del ejército enemigo no los llamaban al campo del combate. La fama conducía de torre en torre el bullicio de tus festines y el ruído de tu grandeza hasta las fronteras de otros pueblos, que, al oirlos, envidiaban tu suerte, y suspiraban por vivir en tus mansiones venturosas.

¡Granada, hermoso reino de Granada! ¿Qué has hecho hoy de tu cetro? ¿Cómo yace coronada de flores la que ciñó en otro tiempo una diadema? Llega á nuestros oídos un rumor triste como el de las hojas secas de tus árboles cuando las arrastra en otoño el viento de la tarde. En la colina donde te hiciste un alcázar, suenan pasos lentos de caballos que llevan de sus muros al último de tus reyes. Llora, reino desgraciado, llora porque han llegado para ti horas de duelo y amargura, ha llegado para ti la hora de la muerte. ¿No oyes el estruendo de los cañones y el clamoreo de los ejércitos enemigos? Así celebran tus funerales los que han vencido á tus hijos, que no supieron abrir en tus valles una tumba para tus contrarios. Tus vencedores son de corazón generoso; pero no comprenderán los misterios de tu existencia ni respetarán las costumbres de tu vida. Vendrá día en que derribarán con el hierro tus monumentos, devorarán con fuego los libros de tus sabios y tus profetas y desterrarán al último de tus creyentes.

¿Qué nos queda ya de tu esplendor antiguo? La yedra y los abrojos van separando lentamente las piedras de tus castillos, nido tan sólo de águilas: los brillantes colores de tus aposentos están confundidos por la humareda que arroja la hoguera del mendigo; las columnas de mármol que sostenían las arcadas de tus patios caen bajo el peso del tiempo dejando rodar entre la yerba sus dorados capiteles. Las ciudades que sobrevivieron á

tu ruína están casi desiertas y en silencio; no se oye en ellas ni los cantos de tus poetas, ni el rumor de tus festines ni el confuso choque de tus telares de sedería. En muchas de tus campiñas apenas se descubre un pueblo ni suena la voz del hombre; tus antiguos caminos desaparecieron bajo sombríos matorrales; tus más fecundas comarcas son estériles por la escasa energía de tus hijos. Poco, muy poco conservas ya de tu animación y poderío: has olvidado hasta el lenguaje de tus reyes, y las letras entalladas en las paredes de tus palacios son para ti misma un enigma. El viajero que te visita, después de haber admirado tus bellos paisajes, piensa sólo en tu pasado si no quiere perder la ilusión que le hicieron concebir tus poéticas tradiciones y fantásticas leyendas; y quizá al dejar tus fronteras te olvida.

Pero tú no eres ni has sido nunca digna de olvido. Tus vencedores fueron grandes, y tú guardas su sepulcro; fuíste vencida; pero tu vencimiento te honra. Obedeciste á tu destino, porque estaba escrito que había de triunfar en ti Cristo sobre el Profeta. ¿No conservas aún el estandarte de los que te vencieron? Enarbólalo en la más alta de tus torres. Gritos de gozo pueblan los aires; aclamaciones entusiastas flotan en torno de tu pabellón sagrado.

Las huellas de tu pasado por otra parte no desaparecieron enteramente de tu suelo. Tu Alhambra revela aún la magnificencia de tus monarcas; tus alcazabas, las rudas costumbres de tus feroces africanos; tus acequias, venas de tus fértiles llanuras, la sabia administración de tu gobierno; tus palmas, el origen oriental de tus guerreros. Una palma recordó un día á Abdhelramán el bello suelo de su patria; y no hay ahora viajero que al verla destacarse aislada en el azul del cielo no recuerde á tus antiguos pobladores. Quedó impreso en tu misma tierra el sello de los árabes, de quienes hablarán eternamente los espinosos nopales que cubren tus vegas y tus cerros. Cuatro siglos rodaron sobre ti después de tu caída, y el pastor refiere aún en la arroyada la historia de tus abencerrajes; tus poetas hacen estreme-



GRANADA.—Muger del pueblo

cer las cuerdas de su lira cantando las escenas de amor y de venganza que ocurrieron á la sombra de tus cipreses, en lo interior de tus torreones, en el laberinto de tus jardines, en las tazas de mármol de tus fuentes (1). No sólo tus poetas encienden su fantasía en el fuego de tu pasado; poetas y artistas que respiran el aire menos poético de otras provincias vienen á inspirarse bajo el sol de tu inflamado cielo. Se han sentado ya muchos bajo las deliciosas alamedas del Genil y el Darro y cantan llenos de inspiración los días de gloria de los héroes que por ti ó contra ti desnudaron sus espadas.

Sentimos también nosotros entusiasmo por ti; pero no la llama divina que inflama la frente de esos genios. No nos es dado halagar tus oídos con el eco de nuestros cantos: nuestra voz es débil, y se perdería en los torrentes de armonía que brotan de las arpas de tan grandes poetas. Seremos sólo tus historiadores: referiremos sencillamente tus vicisitudes, tus horas de triunfo y tus horas de amargura, los hechos que te llevaron á la cumbre de tu esplendor y los que te precipitaron al abismo. Te seguiremos al través de los siglos que sacudieron sus pesadas nieblas sobre tu cabeza, y procurarémos presentarte al mundo como fuíste. Perdónanos si removemos la ceniza de tus sepulcros, el fondo de tus ruínas, el polvo de tus archivos; queremos preguntar á cada uno de tus lugares por sus recuerdos y á cada uno de tus monumentos por su historia.

Amantes de la naturaleza y del arte, describiremos también tus bellos paisajes y tus suntuosos palacios. La arquitectura de tus antiguos reyes nos encanta: deseamos sondar sus principios, describir sus obras, presentar con toda su hermosura esas encantadoras fábricas donde parecen guardar los genios del arte y la poesía los dulces secretos de tu historia.

¡Granada, hermoso reino de Granada! perdona si con mano

(1) Aludimos principalmente á la colección de leyendas que bajo el título de *Alah-Akbar* ha escrito D. Manuel Fernández y González, y á las *Tradiciones Granadinas* de D. J. Soler.

atrevida profanamos la urna que encierra tu pasado: el amor por ti nos trajo á tus fronteras, y sólo el amor por ti pudo inspirarnos tanto atrevimiento. Brisas que oreáis nuestra humilde cabellera, arroyos que murmuráis á nuestras plantas, flores que crecéis á sus orillas y embalsamáis el aire con deliciosos perfumes, estrellas que alumbráis de noche el firmamento, espíritus que corréis en alas de las brisas que agitan dulcemente los árboles de las selvas, dad nueva frescura á nuestros sentidos, fuerzas á nuestra razón, vuelo á nuestra fantasía. Vamos á escribir de Granada, la reina de nuestra poesía y de nuestra historia, y tememos empañar el brillo que le dieron tres siglos de reinado y cuatro de glorioso vasallaje. Que Granada diga al leernos: heme aquí y sepultaremos gustosos la pluma con que lo hayamos escrito.



CAPÍTULO I

Geografía antigua de las cuatro provincias



NFIÉRESE de los escritores griegos y romanos que hubo antiguamente cuatro pueblos ó razas en el suelo de Jaén, Almería, Málaga y Granada. Vivían al Norte los oretanos, que ocupaban las vertientes meridionales de Sierra Morena y las occidentales de las de Segura y Cazorla, y bajaban por ambas orillas del Guadalquivir á las fronteras de la Turdetania,

cerca de la ciudad de Andújar. Á Mediodía confinaban con los bastitanos, que se extendían desde más acá de Guadix al reino de Murcia, llegaban por Oriente al mismo pié del mar, descendían de Orce á Berja por Almería, y de allí por las faldas meridionales de las Alpujarras y el valle de Lecrín se dirigían al levante de Sierra Elvira (1). Los túrdulos, que desde la provincia de Córdoba descendían á la de Málaga quizás hasta la sierra de Guaro, moraban al Occidente de las dos primeras razas; debajo de ellos y de los bastitanos poseían los bástulos las riberas del Mediterráneo desde Orce al Estrecho. Muchos historiadores han querido ver en estas provincias otros pueblos llamados célticos, sitos en la Serranía de Ronda; pero no permiten juzgarlo así los textos de los antiguos geógrafos, que los ponen constantemente al Oeste de Sevilla en las orillas del Guadiana (2). Sólo los autores que escribieron antes de la caída del imperio romano son á nuestro modo de ver los que tienen en estas cuestiones voto decisivo.

(1) Estas dos razas se extendían más allá de los términos que les asignamos; debe, empero, advertirse que aquí sólo hablamos de los oretanos y de los bastitanos que hubo dentro de lo que es hoy Andalucía. La Oretania corría al Norte por todo el campo de Calatrava: la Bastitania llegaba hacia Oriente hasta el río Sucro ó Sucrón, ahora Júcar.

(2) No pretendemos dilucidar aquí esta cuestión, de la que tal vez nos ocupemos al hablar de Ronda; mas no podemos menos de transcribir el párrafo de Plinio en que fundan toda la fuerza de sus razones los que siguen la opinión contraria... El país que media entre el Betis y el Anas, dice aquel grande escritor, país que cae fuera de los que se acaban de nombrar, se llama Beturia. Se divide en dos partes habitadas por dos naciones, *los Célticos que lindan con la Lusitania y corresponden al partido de Hispalis (Sevilla)*, y los Túrdulos, que confinan con la Lusitania y la Tarragonesa, y dependen de Córdoba. Los Célticos son celtíberos venidos de la Lusitania, como lo demuestran el culto, el idioma y los nombres de las poblaciones, que corresponden á los que tienen las mismas en la Bética. Fama Julia es Seria; Concordia Julia, Nertobriga; Restituta Julia, Segides; Julia, Contributa; la Cúriga actual, Ucultuniaco; Constancia Julia, Lacunimurges; Fortunales, Tereses; Emanicos, Calenses. Continúa luego el autor en el párrafo siguiente... La Céltica contiene, además, Acinipo, Arunda, Arucis, Turobriga, Alpesa, Sepona y Seripo, *Præter hæc in Celtica Acinipo, Arunda,* etc., (PLIN. lib. 3. cap. 3.). ¿Por dónde cabe aquí conjeturar que Plinio pudo referirse á unos célticos que habitaban en la Serranía de Ronda? Cuando dice: *Præter hæc in Celtica*, ¿es siquiera posible conjeturar que hablaba de otros célticos que los que él mismo puso entre el Guadalquivir y el Guadiana?

Cada una de estas razas tenía su capital. Los oretanos, que al Septentrión de Sierra Morena ocupaban todo el campo de Calatrava, la tuvieron en Oria ú *Oretum*, sentada á las orillas del Javalón, donde se eleva el modesto santuario de Nuestra Señora del Oreto; los bastitanos, en Basti, hoy Baza, fecunda por el río del mismo nombre; los bástulos, tal vez en *Malaca;* los túrdulos en *Corduba*, que se cree haber sido también la metrópoli de toda la Turdetania. Comprendía, además, cada raza en su territorio ciudades de importancia. Dentro de estas provincias dependían de Oretum Castulo, Biatia, Tuia, Mentesa y Cervaria; de Basti Ilunurum, Vergilia, Acci y Urci; de Malaca Barbesula, Suel, Salduba, Menoba, Exi, Selambina, Portus-Magnus y Murgis; de Corduba Becula, Illiturgis, Ippaturgis, Sitia, Obulcón, Tucci, Illiberis, Vescis, Escua, Astigi y Lacitis, acaso la última ciudad de las regiones que hubo en el interior del reino (1). ¿Hasta dónde, empero, llegaba esa dependencia? Desgraciadamente están mudas sobre este punto la tradición y la historia. Los escritores antiguos no vieron en las capitales sino un lugar donde se reunían las tribus en asambleas ó *conciliums* para deliberar sobre negocios que pudiesen afectar el interés de todos los individuos; ni las pintaron mejor muradas, ni más embellecidas, ni dijeron que gozasen de preeminencias que pudiesen distinguirlas de las demás ciudades. Á juzgar por las escasas noticias que nos dieron, no mediarían sino vínculos muy débiles entre unas y otras poblaciones. Ni puede suponerse

(1) He aquí los lugares de la España moderna á que corresponden las ciudades de cada tribu mentadas en el texto. Castulo es Cazlona; Biatia ó Beatia, Baeza; Tuia, castillo de Toya; Mentesa, La Guardia; Cervaria, tal vez Bilches; Ilunurum, Hellín ó Villena; Vergilia, Berja; Acci, Guadix; Urci ú Orcetis, Orce; Barbesula, ciudad que estuvo en la boca del Guadiaro; Suel, Fuengirola; Salduba, Marbella, Manoba, Vélez; Exi, Ex ó Sex, Almuñecar; Selambina, Salobreña; Portus-Magnus; Almería; Murgis, Mojacar; Baecula ó Caecila, Bailén; Illiturgis, Santa Potenciana; Ippaturgi, Los Villares, junto á Andújar; Obulcón, Porcuna; Tucci, Martos; Illiberi ó Illiberis, Elvira; Vescis, Huesca; Escua, Archidona; Astigi ó Astigis, Alhama; Lascitis, La Pedrera ó Coin. Tampoco hemos citado aquí más ciudades antiguas que las que estuvieron en el territorio de las cuatro provincias que estamos historiando: son muchas más las que hubo en cada tribu.

otra cosa, atendido á que el hombre inculto tiende al aislamiento, y está siempre dispuesto á sacudir el yugo que otros pretendan imponerle.

Era aún mayor la independencia entre las diversas razas. Aunque oriundas todas del Asia, mirábanse antes como enemigas que como hermanas, veían en su proximidad menos motivos de confianza que de recelo, y apenas se conocían mas que por las relaciones á que habían dado origen sus querellas y frecuentes guerras. Las razas de estas provincias, como las que fueron poblando Europa, eran el resultado de las incesantes emigraciones á que movieron á los hombres en los primeros siglos las necesidades físicas, los escasos medios de satisfacerlas, y sobre todo el deseo de vivir en mejor clima y bajo mejor cielo. Habíanse impelido por mucho tiempo unas á otras, habían sido arrojadas repetidas veces de los países que escogieron sucesivamente por morada; y al fijarse en regiones que estaban ya en los últimos confines del mundo, era natural que temiesen á sus vecinos y viviesen sin cesar sobre las armas. Por otra parte, no gozaban todas de una situación igualmente ventajosa: vivían los oretanos en una tierra generalmente áspera y poco fecunda, y los túrdulos en un país donde brota la vegetación entre las mismas rocas; los bastitanos estaban, en todo lo que es hoy Andalucía, encerrados en estrechos valles circuídos de sierras escabrosas, y los bástulos al pié del mar, que les abría la comunicación con las vecinas costas de la Mauritania. ¿No podía ser esto causa de continuas invasiones?

Los geógrafos griegos y romanos hablan, sin embargo, de una vasta región llamada Turdetania, que suponen compuesta de diversos pueblos en cuyo número cuentan á los túrdulos y á los bástulos. Indican que Córdoba fué su capital, describen su situación, sus ríos, sus montes y sus fronteras, y en cuanto dicen de ella dejan sospechar que hubo lazos sociales y políticos cuando menos entre algunas tribus. Importa, pues, que nos

hagamos cargo de esta región antigua. La Turdetania, según Estrabón, era lo que fué después la Bética. Extendíase desde las orillas del Guadiana hasta el golfo de Urci, casi en toda su extensión por las cristalinas aguas del Guadalquivir, conocido en las primeras épocas de la historia con el nombre de Tarteso. Llamábasela también Tartesida, y solían pintarla como un lugar de ventura, donde eran desconocidas la nieve y la escarcha, y vivían felices los hombres, halagados sin cesar por las suaves y frescas auras que despedía el mar vecino (1). Celebrábase especialmente su feracidad y la riqueza de sus metales, tanta, al decir de la antigüedad, que brotaba la plata entre las peñas y arrastraban oro consigo los arroyos y los torrentes. La fama de su belleza había llegado ya de muy antiguo á las playas de Grecia; y la habían escogido por campo de sus ficciones la religión y la poesía. En ella ó cerca de ella habían sido colocados los Campos Elíseos, morada de las almas de los justos, el jardín de las Hespérides, célebre por sus manzanas de oro, las fecundas praderas donde apacentó Gerión sus numerosos rebaños, el lugar de las hazañas de Hércules, de quien dijeron que rompió el istmo que separaba el Mediterráneo del Océano. Á ella había traído la mitología á Pan y á Baco, y la poesía á Ulises, cuyas armas, cuenta la tradición, que estuvieron suspendidas por muchos siglos de los muros de un templo de Minerva fundado en una ciudad al norte de Adra. Homero, considerándola situada en los límites del Orbe, había visto, por fin, en ella el trono de Minos y de Radamanto, inmediato á éste el Tártaro y más allá las olas del Océano que extinguían, según él, los más brillantes rayos del sol y atraían la noche sobre la tierra (2). Los griegos del tiempo de este

(1) Estas palabras están literalmente copiadas de la *Odisea* de Homero, que aunque no mentó la Turdetania por su nombre, es indudable que quiso hablar de ella cuando dice que fué su héroe á una región sita en los últimos confines de la tierra, próxima al Océano.

(2) En el mismo mar, llamado de Tarteso por ser éste el nombre dado antiguamente ya al Guadalquivir que desemboca en él, ya á una ciudad que estaba á su

poeta no tenían de tan apartada región mas que ideas vagas y confusas; y es sabido que la oscuridad, tanto en la geografía como en la historia, favorece la fuerza creadora de la poesía.

Mas ¿esa Turdetania era verdaderamente una provincia ó una tribu? Hablan todos los escritores de unos turdetanos que habitaban en las márgenes del Tarteso, cuyo territorio suponen limitado al occidente por el mismo Guadiana, al mediodía por el mar y al oriente por los túrdulos, con los que estaban ya confundidos en tiempo del Imperio. Remontan su origen y su civilización á las épocas más oscuras de la historia, y los pintan suaves en sus costumbres, adelantados en el ejercicio de las artes, gobernados por leyes antiquísimas, enemigos de la guerra, amantes del cultivo del entendimiento, muy lejanos ya del estado de barbarie en que se encontraban los habitantes de las próximas regiones. Tribu de tan buena situación y tan aventajada en cultura parece verdaderamente que debía ejercer algún influjo sobre sus vecinas; mas esta consideración no basta para establecer en ella el centro político de las demás, ni considerarla como la cabeza de toda la comarca. Carecemos de datos históricos, y sólo cabe emitir más ó menos fundadas conjeturas. No era sólo notable la tribu de los turdetanos por sus mayores adelantos sociales; lo era por su mayor extensión, por la mayor riqueza de su suelo, que contenía lo más feraz y pingüe de toda Andalucía, por su mayor facilidad en aprovecharse de las ventajas naturales del terreno: circunstancias todas que habiéndose debido presentar aún con más realce á los ojos de los primeros invasores, es muy posible que hayan sido causa de que éstos hiciesen extensivo su nombre ya que no su influencia á las regiones encerradas entre el Guadiana y los

---

entrada, supuso Silio Itálico que de noche quedaban presos los caballos del sol, á los cuales soltaba por la mañana.

Jam Tartessiaco quos solverat æquore, Titan
In noctem diffusus equos jungebat Eois
Littoribus...

SIL. ITÁL. *De bell. pun.*, lib. 6.

montes de Cazorla, entre Sierra Morena y el Mediterráneo. Apoya esta hipótesis el mismo Estrabón, que después de haber descrito la posición geográfica de la Oretania y de la Bastitania, pasa á hablar de la Bética, llamada así, dice, porque la baña el Betis, y Turdetania por el nombre de sus habitantes. Todos los habitantes de la Bética ¿eran pues turdetanos, según este geógrafo? Á haberlo creído así, hubiera guardado silencio sobre los bástulos, de que no tarda en ocuparse.

La geografía de la mayor parte de los pueblos suele presentarse entre sombras hasta la época en que la civilización penetra en ellos con las armas de alguna nación conquistadora. Divididos y subdivididos antes en pequeñas tribus, es difícil apreciarlos en detalle, imposible á veces abarcarlos en conjunto. Mas cuando gimen ya bajo el yugo de un imperio extraño, reunidos en grandes grupos, en distritos judiciales, en provincias, van haciéndose asequibles á la rápida ojeada de los historiadores. Respecto á nuestras tribus no tuvo aún lugar esta mudanza bajo la dominación de los fenicios ni la de los cartagineses; pero la tuvo indudablemente bajo la de los romanos, á cuyos escritores debemos hasta las oscuras noticias que preceden. Dueños los fenicios apenas más que de nuestras playas meridionales y occidentales, y atajados los cartagineses en su conquista por las armas de la república del Tiber, no pudieron verificar en la Península ninguna revolución política que debiese dar por resultado una nueva clasificación geográfica; al paso que los romanos, señores de todo el reino, se vieron obligados por el deseo que tenían de conservarlo en su poder, á distribuir los pueblos en mayor ó menor número de provincias y conventos según lo iban exigiendo su sistema de administración de justicia y sus medios de gobierno. Agrupólos en dos provincias la República, en tres Augusto, en seis Constantino, que después de haber trasladado á oriente el trono levantado y sostenido por sus mayores, trastornó casi del todo la antigua división del imperio.

Durante los cónsules, pertenecieron á la España ulterior las tribus de estas provincias; mas desde el primer sucesor de César fueron distribuídas parte en la Bética y parte en la Tarraconense. Era entonces la Bética una provincia que desde el Guadiana se extendía hasta Mojacar por las orillas del Mediterráneo, torcía por entre Granada y Guadix, y Andújar y Cazlona hacia Sierra Morena y la Mancha, y al llegar en esta á la altura de Medellín, volvía á las márgenes del mismo río que constituía su punto de partida. Confinaba al Occidente con la Lusitania, al Norte con los Carpetanos, con la Oretania y la Bastitania á Oriente y con el mar á Mediodía. De las tribus de estas provincias sólo tenía á los túrdulos y á los bástulos dentro de sus fronteras: las otras dos dependían de la antigua Tarraco.

Recibía la Bética el río de que tomó nombre (1) junto á Illiturgis, á la entrada de la Osigitania, cuyos fértiles y encantados valles tapizaban las riberas de la misma corriente. Era á la sazón el Betis río de mucha celebridad y tenido como ahora por el primero de Andalucía. Plinio nos indicó ya su nacimiento en el *Saltus Tugiensis* ó sierra de Segura, de la cual le pintó despeñándose con violencia como huyendo de la hoguera de uno de los Escipiones; Silio Itálico mencionó la fertilidad de sus márgenes cubiertas de olivos y la belleza de sus claras y transparentes aguas acostumbradas á limpiar todas los días los caballos del sol; los geógrafos le supusieron todos navegable en buques mayores hasta Sevilla, y en pequeñas barcas hasta algo más allá de Córdoba, gloria de una tierra que produce oro, como la llama el mismo Itálico (2). Después de él apenas eran mentados

---

(1) El Betis, llamado desde la dominación de los árabes, Guadalquivir.

(2) Trasladamos á continuación los textos de Plinio y Silio Itálico citados: «Bætis in Tarraconensis provinciæ non ut aliqui dixere Mentesa oppido, sed Tugiensi exoriens Saltu, juxta quem Tader Fluvius (El Segura) qui cartaginensem agrum rigat. Ille ocior refugit Scipionis rogum.» PLIN. lib. 3. cap. 1.

. . . . Genuit quos ubere ripa

en la Bética más que sus tributarios el Menoba y el Singilis, el mismo que cubre hoy de cármenes y alamedas la vega de Granada; el Barbesula, que ruge bajo las imponentes ruínas del castillo de Gaucín, y desagua cerca de las Columnas de Hércules; el Salduba, que fecunda los alrededores de Marbella; el Malaca, llamado después Guadalmedina; el caudaloso Anas, por fin, en cuyas orillas estaban sentados los pueblos de dos regiones (1).

Las sierras donde nacen estos ríos llevarían también otro nombre entre los romanos; mas no consta sino el de muy pocos en las obras que aquellos escribieron. Apenas hablaron más que del *Mons Mariorum*, que separa ahora Castilla de Andalucía, y del *Ilipula* voz al parecer genérica con que designaron toda esa vasta cordillera que empieza en la sierra de Segura y va á hundir su planta en el Estrecho. El Orospeda que mientan alguna vez los geógrafos, no era más que una parte de esa misma cadena de montes á que pertenecía también el Salto Tugiense, llamado Argénteo por la mucha plata que en sus entrañas contenía. Por lo que cabe inferir de Estrabón, era el Orospeda el ramal que va de mediodía á Occidente, y el *Mons Argenteus* la cabeza de la cordillera. El Ilipula no comprendía, pues, sólo la Bética: hacia Oriente constituía las fronteras de los oretanos, y dividía por mitad la Bastitania.

Estaba además dividida cada provincia española, según la distribución de Augusto, en distritos ó conventos judiciales, cada uno de los cuales comprendía en la Bética una cuarta parte del territorio. Los túrdulos y los bástulos orientales eran del de

---

Palladio Bætis umbratus cornua ramo.
. . . .
Nec decus auriferæ cessabit Corduba terræ.
SIL. ITÁL. lib. 3. *De bell. pun.*
. . . . Bætisque lavare
Solis equos dulci consuetus fluminis nuda.
Im. lib. 17.

(1) Menoba ó Manoba era el río Vélez; el Singulis ó Singilis, el Genil; el Barbesula, el Guadiaro; el Salduba, Río Verde; el Anas, el Guadiana.

Córdoba; los que vivían más al occidente, del de Écija; las otras dos tribus, del de Cartagena, uno de los de la Tarraconense. Esos límites están aún descritos con vaguedad, mas no creemos necesario descender á más detalles.

La reforma hecha por Constantino es también en este lugar poco digna de examen, porque apenas alteró la geografía de estas tribus. Los oretanos y los bastitanos pasaron á la provincia Cartaginesa (1).

(1) El lector habrá observado lo escasos que hemos sido en citar á los autores de cuyas obras hemos sacado las noticias que preceden; lo hemos creído inútil, porque á querer hacerlo, hubiéramos debido repetir las mismas citas al fin de cada cláusula. Baste saber que para la redacción de este capítulo hemos tenido con especialidad á la vista el lib. 3.° de Estrabón, la Conduoción Geográfica de Ptolomeo, el libro 3.° de la Historia Natural de Plinio y el 2.° de Pomponio Mela.



CAPÍTULO II

Historia de las tribus granadinas desde la entrada de los fenicios hasta la conquista total de España por los romanos



RECORRIENDO los fenicios las costas de África, créese que dieron con el Estrecho y desembarcaron en las playas de estas tribus. Admiróles al parecer en ellas la fecundidad de la tierra y la hermosura del cielo; mas no las escogieron para asiento

de sus colonias hasta que tres siglos después la necesidad les obligó á dejar las poblaciones que tenían en Siria (1). Movidos entonces por la voz de sus oráculos, volvieron á estas riberas del Mediterráneo, donde se establecieron y levantaron ciudades que se hicieron célebres. Ocuparon al principio sólo el país de los bástulos, en que fundaron Málaca, Abdera, Exi y Salambina; pero no tardaron en dirigirse al de los turdetanos y al de los túrdulos, cuya capital construyeron, según algunos escritores, para recoger y aprovechar el fruto de los vastos olivares que cubrían como ahora las orillas del Tarteso (2). Fijaron principalmente su morada en estas tres regiones, que poseyeron en paz y sin mezcla de otros pueblos hasta que los foceos, después de haber establecido algunas colonias en las costas de Oriente, bajaron por mar á Andalucía, y fueron tal vez los que dieron origen á una ciudad de carácter griego que hubo junto á Málaga (3).

La permanencia de los fenicios en estos ni en otros muchos lugares (4) no puede llamarse en rigor dominación. No emplearon jamás las armas contra las tribus indígenas, á las cuales dominaron, más que por la fuerza, por la superioridad de su

(1) Dios había prometido á Abraham hacer á sus descendientes dueños de la tierra de promisión, que era el rico país de Canaán y la patria de los fenicios. Josué, en cumplimiento de esta palabra, entró á mano armada en ella, y ganó una tras otra las ciudades de Jericó, Har, Gabaón, Jerusalén, Betel, Yerimot, Hebrón, Gader y Laquis, cuyos habitantes, huyendo de la cólera del vencedor, bajaron precipitadamente á las que ya de mucho tiempo tenían en las orillas del mar Sirio. Rebosaron de población con este motivo Tiro, Sidón Biblos y Arada, que no pudiendo contener al fin á los vencidos, les indujeron á establecer colonias en los países que ya conocían. Pasaron entonces los Cananeos á los pueblos septentrionales del Ática y del Peloponeso, no tardando en arribar á las playas españolas, cuyo recuerdo conservaban por una tradición no interrumpida. Tuvo lugar esta segunda expedición á mediados del siglo XV antes de Jesucristo; la primera se calcula que en el XVIII, en que se entregaron los fenicios á las expediciones marítimas más aventuradas.

(2) Fúndase esta opinión en que la palabra Córdoba deriva de una raíz hebrea ó fenicia, *Corteba*, que significa prensa ó almazara. ROMEY, t. I. cap. I.

(3) Estrabón nos habla de esta ciudad que llama Menaces, manifestando que no se la debe confundir con la de Málaga, tan fenicia como aquella griega.

(4) Establecidos ya en las costas no vacilaron en recorrer las occidentales y las orientales, donde se cree que fundaron también algunas colonias.

cultura y el trato continuo que con ellas tuvieron vendiéndoles los productos de sus artes, y tomando en cambio los frutos que con tanta abundancia arrojaba de su seno la naturaleza. No les exigieron nunca tributos, ni las obligaron á seguir su religión, ni les impusieron leyes, ni ejercieron por fin sobre ellas ninguna clase de poder político; antes las trataron siempre como aliadas, y se asegura que las consultaron en todos aquellos negocios en que podían darse por vejadas ú ofendidas. Era muy peligroso para ellos pretender el dominio de los pueblos con que deseaban entrar en relaciones. Una república que carecía, como la suya, de vínculos bastante fuertes para contrarrestar la tendencia á separarse que suelen tener los diversos elementos que la constituyen, no puede pensar en la conquista, cuya realización exige casi siempre la acción incesante y enérgica de poderes capaces de hacer sentir instantáneamente y donde quiera sus efectos. Los fenicios, por otra parte, buscaban sólo mercados para sus manufacturas; y les era sin duda más fácil encontrarlos en naciones independientes que en otras que, siendo esclavas, no podrían ver sino un arma de venganza en el arado con que debían cultivar la tierra. Siendo en aquellos tiempos el pueblo más adelantado del mundo, les bastaban, además, sus artefactos para cautivar gente sencilla y medio sumida en la barbarie: ¿con qué objeto habían de apelar á la conquista?

Sin proponerse el dominio de estas tribus lograron indudablemente satisfacer mejor sus deseos que los que después las invadieron á mano armada. Por muchos siglos sostuvieron aquí sin contradicción un comercio grande con los pueblos interiores, y mayor aún con los del Asia. Tiro, Sidón y otras ciudades de Siria mandaban naves á los puertos de los bástulos, ansiosas de trocar sus finísimas telas por el aceite del Guadalquivir, los metales de las sierras contiguas, el trigo de los campos de Sevilla y las hermosas lanas de los ganados que se apacentaban en las colinas de la Turdetania. Las aguas del mar de

Málaga estaban en todos tiempos cubiertas de embarcaciones que iban á cargar de la pesca salada de aquella ciudad, género tan celebrado entonces en Oriente como lo fueron después en Occidente los vinos generosos de la misma (1). Íbase y veníase del Asia en corto número de días, y presentaban todas aquellas costas meridionales vida y movimiento. Era ya muy decantada la riqueza de estas tribus, de la cual hablaron hasta los Profetas (2).

Con tan activo comercio llegaron pronto los fenicios á un alto grado de opulencia; mas no cabe por ello censurarlos. No levantaron como otros pueblos su fortuna sobre la ruína de los indígenas; los enriquecieron en lugar de empobrecerlos, los civilizaron en vez de degradarlos, los llevaron de día en día á mejor suerte. Les hicieron más productivos los frutos naturales, les iniciaron en el conocimiento de las artes, les abrieron el paso de los mares, les enseñaron á multiplicar por medio de la forma y del cambio el valor intrínseco de todos los objetos. Templaron las rudas costumbres que aún tenían, los acostumbraron á gozar de la dulzura de la paz á la sombra del trabajo, les comunicaron el alfabeto, sin el cual sólo una tradición vaga podía consignar y transmitir á la posteridad los progresos de la inteligencia, los aficionaron al cultivo de las ciencias, fueron por fin sus ayos y sus maestros (3).

---

(1) Malacha, en griego *Malaka*, significa la *ciudad de las salazones*. Malach en hebreo, y sin duda en fenicio, significa *salar*. Romey, t. 1. cap. 1.

(2) Ezequiel dijo hablando á la ciudad de Tiro: «todas las naves de la mar y sus marineros estuvieron en el pueblo de tu negociación. Los de Persia, y de Lidia y de Libia eran en tu hueste tus hombres de guerra; el escudo y el morrión colgaron en ti para tu gala. Los hijos de Arad con tu hueste estaban sobre tus muros al rededor; y los Pigmeos que estaban en tus torres colgaron sus aljabas en tus muros; ellos colmaron tu hermosura. *Los hijos de Tharsis que comerciaban contigo hincharon tus mercados con muchedumbre de todas riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo.*» (Profecía de Ezequiel, cap. 27.) Cuando habló el Profeta de los hijos de Tharsis, ¿no es probable que se refiriese á los Españoles, á quienes supone la tradición descendientes de aquel hijo de Noé? Las mismas riquezas de que les supone dueños ¿no parecen confirmarlo?

(3) La civilización de los turdetanos, tan decantada por los historiadores, no creemos que date de otra época más apartada que la del establecimiento de esos

No procedieron tan pacífica ni tan provechosamente con ellos los cartagineses, que llamados por los mismos fenicios en defensa de ciertas colonias amenazadas por los turdetanos, entraron en estas tribus como aliados, y acabaron por ser sus dueños y opresores. Los cartagineses eran también fenicios, pero de carácter y de índole distintos. Criados bajo el sol abrasador del África, tenían de ordinario mayor fuerza de voluntad y pasiones más enérgicas: eran más audaces, más resueltos, más amigos de vencer á punta de espada los obstáculos que se oponían á sus planes. Eran más orgullosos y sobre todo pérfidos, pues raras veces atendían á lo que exigen la amistad y la buena fe, y casi siempre sacrificaban sus sentimientos á sus intereses. Vivían, además, bajo un sistema político más vigoroso; constituían un solo pueblo, y estaban dominados por una aristocracia guerrera que podía hacer sentir su influencia en los más apartados límites de la República por medio de sus mismos individuos, dueños exclusivos del ejército y la armada. Puede en verdad decirse que se diferenciaban esencialmente de los demás fenicios: aquellos parecían nacidos y organizados para colonos, estos para conquistadores; aquellos para la súplica, estos para el mandato; aquellos para la paz, estos para la guerra.

Pronto manifestaron en España su carácter. Habían puesto apenas el pié en estos pueblos, cuando volviendo las armas contra los mismos que habían pedido protección, se apoderaron de todas las colonias fenicias, abriéndose paso con el ariete donde no pudieron con la espada, tratando con el mismo rigor á los asiáticos que á los naturales, y sujetándolos todos á la ley de los vencidos. Dominaron en breve á los bástulos, en cuyas ciu-

cultos asiáticos en nuestras costas. Los turdetanos estuvieron desde muy temprano en relaciones con los fenicios, y á ellos debieron, según la más fundada conjetura, las suaves costumbres y los adelantos literarios que tanta fama les dieron en la antigüedad. Viviendo bajo mejor clima que los demás pueblos, entrarían más pronto en la civilización, á ser ciertas las observaciones de Muller sobre la influencia del clima en los progresos sociales. (Véase la introducción de la *Historia Universal* de este célebre autor.)

dades pusieron tropas para contener las invasiones de los españoles; pero no creyeron oportuno continuar la conquista que sólo dos siglos después emprendieron formalmente para reponerse de las derrotas que sufrieron en Sicilia. Vinieron entonces de África á las órdenes de Amílcar, el mejor general de la República, y arrollando con ímpetu cuantas tribus les salieron al paso, se hicieron dueños de gran parte de la Bética, desde la cual se dirigieron á las costas de oriente, hasta que junto á los muros de Hélice (1) cayeron vencidos y rotos por gran número de pueblos confederados, entre los que figuraban los habitantes de Oretania.

Perdieron los cartagineses en esta jornada de Hélice á su general, que se ahogó según algunos en el paso de un río; mas no por esto desmayaron. Vengáronse cruelmente de los vencedores bajo el mando de Asdrúbal, fundaron la ciudad de Cartagena, que fué desde entonces centro de sus operaciones militares, penetraron tras el joven Aníbal hasta el centro de Castilla, sitiaron y tomaron á Sagunto, y con temerario arrojo, pusieron en armas todas nuestras tribus, atreviéndose á llevar la guerra, al través de montes y de enemigos, al mismo corazón de Roma, que aborrecían de muerte. Recogieron en Italia laureles regados por torrentes de sangre romana; pero no los debieron sólo á sus esfuerzos, los debieron también á los de los pueblos de estas provincias, que pelearon por ellos en Tesino, Tebia, Trasimeno y Canas. Aníbal había contraído enlace con la bella Himilce, natural de Cástulo, había visitado las poblaciones granadinas, las había mejorado y embellecido, y las encontró dispuestas á seguir la suerte de sus banderas cuando se propuso hollar con su planta el Capitolio (2).

(1) Esta ciudad, llamada así por Diodoro, estaba situada sobre un riachuelo al poniente de Alicante, no lejos del mar. Sería sin duda de alguna importancia, cuando el golfo vecino llevaba su nombre y se llamaba *Sinus Ilicitanus*.

(2) Silio Itálico, al enumerar los diversos pueblos que componían el ejército

Las derrotas de los cartagineses en España no fueron, sin embargo, menores que sus triunfos en Italia. Acometidos por legiones romanas que entraron en dos épocas distintas á las órdenes de los hermanos Scipiones, se vieron obligados á retroceder de campo en campo de batalla desde las márgenes del Ebro hasta las fronteras de este reino de Granada, que fué en adelante el principal teatro de la guerra. Perseguidos en el interior de estas mismas tribus, ni aun en ellas supieron encontrar por mucho tiempo sino un sepulcro para sus soldados. Perdieron la Bastitania; quedaron en la Oretania vencidos y humillados al pié de las murallas de Illiturgi, Cástulo y Auringi (1). Desde la entrada de sus enemigos hasta la muerte de Gneyo y Publio Scipión, que cayó de una lanzada en la Sierra de Segura (2), no alcanzaron más que una victoria en Munda (3); y aun ésta sin resultado. Acabaron por fin con los capitanes que tantas veces les habían hecho morder el polvo de la tierra; ¿mas fue-

---

de este general, consagró á los de éstas y las demás tribus andaluzas algunos versos que no podemos menos de copiar:

Fulgent præcipuis Parnasia Castulo siquis,
Et celebre Oceano atque alternis æstibus Hispal,
Ac Nebrisa Dioniseis conscia Thyrsis,
Quam Satiri coluere leves, redimitaque sacra
Nebride, et arcano Mænas nocturna Liæo.
Argantoniacos armat Carteia nepotes,
Rex proavis fuit humani ditissimus ævi
Ter denos decies emensus belliger annos
Armat Tartessos stabulanti conscia Phebo
Et Munda, Emathios Italis paritura labores:
Nec decus auriferæ cessabit Corduba terræ.
Hos duxere viros flaventi vartice Phorcys,
Spiciferisque gravis bellator Ataurícus oris,
Æquales ævi; genuit quos upere ripa
Palladio Bætis umbratus cornua ramo.

De bello pun., lib. 3.

(1) Auringi es Jaén.

(2) Recuérdese el texto de Plinio copiado ya en otra nota: «Ille (Bætis) ocior refugit Scipionis rogum.» Recuérdese también que el Betis nace en la Sierra de Segura.

(3) Munda, hoy Monda, en la provincia de Málaga.

ron ellos solos los que les vencieron? Estaban con ellos los rudos guerreros de la Galicia y los feroces numidas que capitaneaba el joven Masinisa. No sacaron por otra parte grandes ventajas de la muerte de estos jefes romanos; un solo soldado bastó para hacerles trocar sus alaridos de triunfo en gemidos de dolor y suspiros de muerte; un solo soldado, para hundirlos en su antiguo abatimiento, y cubrir de luto sus banderas vencedoras. Marcio no sólo los derrotó; les atajó los pasos, que pretendían encaminar á Italia.

Después de este suceso inesperado apenas pudieron ya los cartagineses pasar más allá de estas regiones. Encontraron al enemigo en la Oretania, y allí se estrellaron sus últimos esfuerzos. Entre Mentesa é Illiturgis fueron vencidos por Nerón, cuya confianza burlaron con su astucia; quedaron rotos en Baeza por el joven vencedor de Cartagena; perdieron á Illiturgis, saqueada, talada, reducida á cenizas, arada y sembrada de sal por los romanos; perdieron á Cástulo, que se entregó al enemigo; perdieron su fama y su sangre donde quiera que aceptaron la batalla. Retrocedieron entonces á la Bética, donde Astapa, como otra Sagunto, quedó sepultada entre sus propias ruinas; y se vieron, al fin, reducidos á encerrarse dentro de los muros de Cádiz, de que no salieron ya sino para abandonar por siempre este país, cuya conquista les costaba tantos años de luchas y afanes. Asdrúbal, uno de sus jefes, pudo aún en medio de tantas derrotas organizar en la Lusitania un ejército, y pasar con él á Italia; mas ¿á qué fueron entonces los cartagineses, sino á empañar sus glorias en las orillas del Metauro y obligar á Aníbal á regresar al África donde habían de irle á derrotar esos mismos romanos que tanto aborrecía? Asdrúbal murió; y Magón, para ir á recoger en sus naves los restos del ejército del Lacio, tuvo que dejar á Cádiz, que pasó al dominio de Roma como todas las demás ciudades que obedecían aún á los vencidos.

Los romanos, con todo, no quedaron aún dueños de

España. Libres ya de las armas de Cartago, tuvieron que empezar con los pueblos indígenas una guerra que consumió sus más bravas legiones y puso á prueba la destreza y el valor de sus mejores capitanes. Tomaron parte en ella los celtíberos, que parecidos á la hidra de Lerna, cuyas cabezas retoñaban incesantemente bajo la clava de Hércules, salían siempre más fieros y más terribles del polvo en que los hundía la espada de los pretores y de los cónsules. Tomáronla los lusitanos, que acaudillados después de continuas derrotas por Viriato, fueron el terror de sus enemigos, no hallando dique á sus ímpetus sino en la cordura de Fabio y en la perfidia del que le sucedió en el mando. La tomaron los asturos, la tomaron los cántabros, á quienes no bastó á vencer la República, y hubo de ir á dominar con sus propias armas el primer jefe del imperio (1). Tomáronla casi todos los pueblos, ansiosos de defender hasta el último trance su tan querida independencia. Roma llegó á temblar ante tan numerosos y tan indomables enemigos: veía á cada paso contrarrestado el valor de sus legiones, recordaba hoy la sangre vertida ayer, consideraba todos los días cuán escasos eran sus adelantos, y sentía á veces hasta desaliento y vergüenza de sí misma. Había encontrado en pocos pueblos una resistencia tan firme y tan porfiada, y apenas sabía comprenderla. La venció; pero después de siglos.

¿Cuál fué, en tanto, el papel reservado á las tribus granadinas? Fué desgraciadamente muy triste para tribus españolas. Salidas de la mano de los cartagineses para entrar en la de los romanos, vivieron desde un principio sujetas al gobierno de los pretores, y apenas pudieron hacer más durante esta guerra memorable que oir á lo lejos el rumor de los combates en que defendían las demás su patria y lamentar en lo más secreto de

(1) Los lusitanos ocupaban Portugal y parte de la Extremadura, los celtíberos el centro y el nordeste de la Península, los asturos Asturias, los cántabros las playas que llamamos aún costas de Cantabria. No creemos de nuestra incumbencia descender á más detalles.

sus hogares su larga servidumbre. Fueron consideradas como enemigas por los lusitanos, que las invadieron muchas veces tratándolas con la misma crueldad que á los romanos; y en cambio no vieron en sus dominadores sino hombres á quienes la codicia y el orgullo impelían todos los días á mayores vejaciones, crímenes y escándalos. Cuando las provincias de España en general, no pudiendo ya sobrellevar más agravios, enviaron embajadores al Senado de Roma para que pusiera remedio á sus males, no tuvieron ellas menos motivos de queja que las tribus tantas veces sublevadas, á pesar de no haber hecho nunca armas contra la República. Llegó á más su desventura. En las circunstancias difíciles para sus invasores tuvieron que ingresar en las legiones y derramar por la causa de sus enemigos la sangre que reclamaban los intereses y el bienestar de la Península. Debieron pelear tal vez contra el mismo Viriato, que procurando con ardor por los pueblos, llevó sus temidos escuadrones hasta las fronteras orientales de la Bastitania.

De las tribus granadinas sólo se sublevaron Cástulo y Jirisis en los últimos tiempos de la República, y fueron por cierto bien desgraciados en su empresa. Quinto Sertorio, que acometido de improviso por los habitantes de aquellas dos ciudades había creído prudente abandonarlas á fin de evitar una muerte casi segura, volvió á poco contra Cástulo, que tomó y castigó con severidad excesiva, hizo disfrazar á sus soldados con el traje de los vencidos, y los llevó á Jirisis, donde ejecutó sin piedad las leyes de la guerra (1). No podían esperarse, á la verdad, mejores resultados de un movimiento tan parcial, verificado en época en que Roma tenía ya sojuzgada la mayor parte de España.

No cupo tampoco mejor suerte á estas tribus durante las guerras civiles de la República, en que debieron tomar una

(1) Nada puede asegurarse sobre la situación de Jirisis: Romey insinúa si pudo ser Jaén.

parte más ó menos activa todos los pueblos españoles. Ó fueron de ellas simples espectadoras ó víctimas. Anduvieron de mano en mano, y tuvieron que sobrellevar la codicia y la cólera de todos los partidos. Al triunfar Mario, acogieron generosamente á Craso, que venía huyendo de su patria; mas lejos de obtener de él beneficios al apoderarse Sila de la dictadura, no recibieron sino mayores cargas é injurias y hubieron de contemplar sin poder vengarse talada y saqueada la ciudad de Málaga que se resistió á satisfacer los tributos impuestos por tan ingrato jefe. Cuando Sertorio volvió de África, donde le llevó la alevosa muerte de Salinator, fueron el primer campo de sus hazañas, el primer fruto de sus triunfos y el primer teatro de sus derrotas sin haber querido nunca ser vencedoras ni vencidas. Estalló después entre César y Pompeyo la fatal contienda que debía acabar con la libertad romana: partidarias de César, fueron de nuevo oprimidas por los pretores; partidarias de Pompeyo, experimentaron todo el rigor de que eran capaces César y sus legiones generosas. Quizá tomaron entonces parte en un combate sangriento que decidió por fin la rivalidad de los dos caudillos; pero no lograron sino agravar sus infortunios. La batalla de Munda, cuyo estrépito despertó el eco de estas sierras y confundió los bramidos del Mediterráneo, cubrió de cadáveres el campo para hacer la fortuna de César, no para mejorar la de estas tribus. Vencidas estas por haber seguido entonces las banderas de Pompeyo, se vieron por lo contrario mucho más humilladas teniendo que guardar silencio sobre su propia desventura y ver humildes pasar al vencedor del mundo (1).

El triunfo de César, sin embargo, como creó un nuevo orden de cosas para la República, lo creó en breve para estos y los

(1) La batalla de Munda no la dió César contra Pompeyo Magno, sino contra su hijo Publio. Después de ella tomó César á Munda misma, á Córdoba, Sevilla y Osuna.

demás pueblos de la Península. La dictadura llevó al Imperio, y el Imperio fué indudablemente para los españoles más beneficioso que la República.



CAPÍTULO III

Historia de las tribus granadinas durante el Imperio. — Introducción del cristianismo. Concilio iliberitano



SUJETAS estas tribus al yugo romano desde los primeros tiempos de la conquista, favorecidas por el nuevo sistema político que introdujo Augusto, y poco partícipes por su misma

posición de las violentas vicisitudes que agitaron el Imperio, gozaron después de la guerra de Cantabria de una paz apenas interrumpida por leves tumultos y pasajeras invasiones. Siguieron aún expuestas á la tiranía de los que las gobernaban ya por el César, ya por el Senado (1), mas no carecieron como durante la República de medios para prevenirla ni aun para vengarla. Puestas bajo el benéfico gobierno de las curias, recaudaron por sí mismas sus tributos, entendieron en su propia administración, y quitaron á los procónsules y á los procuestores los pretextos de que se servían á menudo para enriquecerse á costa de los pueblos. Tenían, además, contra unos y otros el juicio de residencia, podían acusarlos ante el Senado, pedir y obtener la reparación de los ultrajes que hubiesen recibido; y lograron con este derecho, no sólo castigar á sus principales opresores, sino también intimidar y hacer más justos á los que después vinieron á encargarse del mando de las provincias.

En los primeros años del reinado de Tiberio, Vibio Sereno y Lucio Pisón, legado proconsular el uno é imperial el otro, quisieron ejercer sobre ellas el despotismo con que aterró el Emperador la Italia; pero ni aun escudados por su príncipe, pudieron evitar del todo el castigo que por sus crímenes merecían y exigía la justa cólera de los ofendidos. Estas y las demás tribus de la Península, sobre todo las de la Bética, se alzaron armados contra ellos y no depusieron sus espadas hasta que Vibio fué desterrado á una de las islas Cicladas. No combatían ya como en otro tiempo por la independencia; pelearon por los derechos que les habían sido otorgados, por las prerrogativas que constituían la base de sus libertades, y eran la mejor

(1) Al declararse Augusto emperador, fueron divididas las provincias en imperiales y senatorias. Las senatorias, que eran las que por estar ya de mucho tiempo conquistadas no necesitaban de la presencia de las legiones, estaban bajo la jurisdicción del Senado y eran gobernadas por un procónsul; las otras estaban bajo la del Imperio y lo eran por un procuestor ó legado. La Bética fué declarada senatorial, y la lusitania y la cartaginense imperiales, de modo que de las cuatro tribus comprendidas en el reino de Granada, los bástulos y los túrdulos pertenecían al Senado, los bastitanos y los oretanos al Imperio.

garantía de su seguridad personal y de la propiedad que sobre sus cosas les competía. Bajo el gobierno de Domiciano, y aun bajo el de Trajano, vejadas las de la Bética por la insaciable codicia de sus procónsules, no tardaron tampoco en alcanzar contra ellos la debida justicia, á pesar del poder que éstos tenían y de la influencia que por el lustre de su linaje y la grandiosidad de sus riquezas pudieron ejercer sobre el ánimo de los senadores. Encontraron un defensor ardiente en Plinio el Joven, que había sido en ellas cuestor, y lograron ver secuestrados y confiscados los bienes de sus opresores, desterrados los cómplices y restituído á sus legítimos dueños todo lo que unos y otros usurparan. Cecilio Clásico, procónsul en tiempo de Trajano, habría sido indudablemente castigado con mayores penas; mas anteviendo el rigor de la sentencia que le amenazaba, no se sintió con fuerzas para sobrellevar tanta deshonra, y se suicidó antes que el Senado decidiera de su suerte.

Libres así de tantas vejaciones crecieron en prosperidad estas tribus, sobre todo mientras ocuparon la silla imperial príncipes tan esclarecidos como Flavio Vespasiano, Tito, Trajano, Elio Adriano y Antonino. Las costas de los bástulos estaban de continuo llenas de naturales y extranjeros que iban á trocar en ellas los frutos de la naturaleza y los productos de las artes; recibían en sus puertos naves de Italia, del Asia y aun del África, y con frecuencia las escuadras de Roma destinadas á guardar las orillas del Mediterráneo contra las invasiones de los piratas; aumentaban de día en día en riqueza, en población, en poderío. Abríanse en lo interior escuelas, construíanse puentes, uníanse las ciudades más importantes con esas sólidas y majestuosas vías romanas en cuyos restos nos parece ver aún impresas las huellas de las legiones. No tardó en cruzar la Bastitania, la Oretania y aun parte de la Turdulia, la dilatada vía Aurelia que se extendía desde Roma hasta Cádiz pasando al través de los Alpes y los Pirineos por gran parte de la Galia y toda España. Desde Cartagena se dirigía ésta á Baza y á Guadix por la sierra

de Cazorla, á Córdoba por la ciudad que hubo junto á Andújar, á Málaga por la misma tierra de Guadix, á Orce frontera oriental de la Bética, por las pobladas riberas de la Bastulia (1). Partieron pronto de ella ramales más ó menos largos que fueron acortando las distancias entre las poblaciones donde más florecieron la industria y el comercio (2).

Levantáronse en todas partes templos y otros monumentos, sobre todo en las colonias, pobladas generalmente por los romanos que habían servido en las legiones, y embellecidas por el capricho de patricios opulentos que venían á gozar en ellas de tan fecunda tierra y tan hermoso cielo. Húbolos también en los municipios; húbolos en Adra; húbolos en Antequera, donde existía un panteón á semejanza del de Roma; pero no era tan fácil levantarlos en ciudades, donde las obras públicas corrían muchas veces á costa y cargo de los ediles. Las ciudades federadas tenían aún menos recursos para emprender obras públicas, por no contar con la protección del Imperio; mas no dejaron de tenerlas por lo que nos permiten juzgar los grandiosos restos que están brotando del suelo de la ciudad de Málaga (3). Pueblos ahora insignificantes, sobre los cuales ha pasado la espada niveladora de los vándalos y las armas regeneradoras de los árabes, ostentan aún medio cubiertas entre la yerba, ruínas

(1) Las ciudades que se encontraban en la vía Aurelia desde Cartagena á Cazlona eran las siguientes: Eliocroca, Ad-Morum, Basti, Acci, Accatucci, Viniolis, Mentesa-Bastia, Cástulo; las que había de Cazlona á Málaga eran: Tugia, Fraxinum, Hactara, Acci, Album, Urci, Turaniana, Murgi, Saxetanum, Caviclum, Menoba, Malaca; las que había de Cazlona á Córdoba eran: Iliturgi, Urgao y Calpurniana.

(2) Entre estas carreteras particulares se contaban una de Cartagena á Cazlona que tenía de longitud 303 millas, otra de Córdoba á Cazlona que tenía 98, otra entre las mismas dos ciudades que tenía 78, otra de Cazlona á Málaga que tenía 91. No creemos necesario descender á más particularidades.

(3) Es cosa sabida que los romanos dividían las ciudades conquistadas en coloniales, municipales, federadas y libres, llamando estipendiarios á los pueblos que no gozaban de ninguno de estos títulos. En estas tribus eran colonias Augusta Gemela (Martos), Virtus Julia (Marmolejo), Julia Gemela (Guadix), Fora Augustana (Lesusa) y Salaviense (Sabiote): eran municipios entre otras Tugia, Singilis, Anticaria, Urgabo é Illiberis; era ciudad latina Cástulo; eran federadas Malaca y Suel; eran estipendiarias Basti, Mentesa, Biatia, Vergilia, Auringi y otras muchas.

imponentes de aquellos siglos; y este hecho prueba más que las obras de los antiguos historiadores el grado de riqueza y de prosperidad á que llegaron entonces estas tribus, puestas por los emperadores al abrigo de la tiranía de los procónsules y á la sombra de una libertad garantida en unas ciudades por las leyes fundamentales de la metrópoli, y escudada en otras por la energía de las municipalidades.

Recibieron además estas tribus en los buenos tiempos del Imperio una civilización que fué adelantando de día en día y cundió después por todos los pueblos de la Península. El continuo roce con sus dominadores, avecindados en gran número dentro de sus fronteras, les hizo participar poco á poco de los progresos intelectuales y morales de Roma, y no tardaron en igualarse con esta misma capital del mundo, de la cual tomaron no sólo el saber, sino también la lengua y las costumbres. Según muchos escritores de la época, hablábase en ellas latín, olvidado ya del todo el idioma patrio; se vestía y se vivía al uso de Roma; se celebraban y eran altamente aplaudidos los espectáculos del circo y de los teatros. Se trocó los apellidos bárbaros por los más cultos y sonoros de Italia; se imitó á la metrópoli en la gravedad, en el lujo, hasta en los vicios. Estuvieron dentro de algún tiempo tan identificadas con Roma, que siguió en ellas al mismo paso la decadencia y la corrupción, que más tarde la fueron corroyendo hasta acabar con la ruína completa de una y otras. Introdújose en su seno al mismo tiempo que en el de Roma la codicia más desenfrenada y el más inmundo libertinaje; desgarrólas al mismo tiempo aquella desvergonzada prostitución en que muchos han visto con razón la principal causa de la caída del Imperio.

Fueron estas tribus las primeras de España en que penetró la luz del cristianismo; tuvieron quizá desde el primer siglo prelados que les hicieron oir la voz de aquel hombre superior que vino á predicar la paz cuando era el mundo un campo de batalla, y á enseñar la virtud cuando dormía la tierra al afeminado

rumor de las orgías; mas no bastaron los acentos de la nueva religión para contener la enfermedad moral que fué devorándolas lentamente desde los primeros emperadores, y creció y se multiplicó desde que fué invadido el trono de los Césares por la anarquía de las guardias pretorianas. Según la tradición, entró en ellas el cristianismo con siete discípulos de Santiago que, desembarcando en las costas de la provincia de Granada, se dirigieron á Guadix cuando estaba la ciudad entregada á las fiestas del gentilismo, y salvados allí milagrosamente por la mano del Señor, que rompió de improviso el puente que los separaba de sus enemigos, pasaron á ocupar cuatro ciudades en estas tribus, una en la Lusitania, otra en el reino de León y otra en Castilla. Dícese que de los siete quedó Torcuato en Acci, Indalecio en Urci, Cecilio en Illiberis y Eufrasio en Iliturgis; añádese que murieron todos mártires en sus propias diócesis; y hay quien asegura, como si lo hubiese visto, que existía siglos atrás aún el olivo plantado á la llegada de estos apóstoles, olivo que se cubría todos los años de flores la víspera del día consagrado á celebrar su memoria y de frutos sazonados al rayar el alba. Estas tradiciones prueban cuándo menos que no tardó en ser conocida aquí la doctrina de Jesucristo, y si no en el primer siglo, lo sería en el siguiente en que ya la suponen extendida hasta las últimas regiones españolas Tertuliano en su libro contra los judíos y San Ireneo en su obra contra los herejes.

Consultando detenidamente la historia, no es posible, sin embargo, creer que la nueva religión hiciese en estas tribus muchos adelantos durante los primeros siglos. Ya desde mucho tiempo habían recibido los pueblos en el seno de sus hogares el culto de los ídolos, y eran paganos como los de la misma Italia, tan tenaces para conservar los altares de los dioses que según ellos habían mecido la cuna de la ciudad eterna. Eran, como se ha dicho, enteramente romanos, y permanecieron afectos por tantos años á su antigua idolatría, que aun bajo el reinado de Constantino, los mismos que habían recibido las aguas del bau-

tismo, volvían con facilidad á ofrecer sacrificios en aras de las divinidades del Olimpo. La depravación de costumbres en que estaban por otra parte sumergidos, era grave obstáculo moral para el desarrollo del cristianismo, que falto al principio de fuerzas, no podía contrarrestar aquel torrente de vicios lisonjeros y pasiones violentas. Las conversiones eran escasas, y no todas sinceras: el catecúmeno caía no pocas veces en sus antiguos errores durante su preparación para entrar en la comunión de la Iglesia; el nuevo cristiano apenas podía resistir á su afición decidida á las inhumanas luchas de los gladiadores y á las vergonzosas representaciones teatrales; el mismo sacerdote del Señor vacilaba y abrazaba á pesar suyo algunas veces las doctrinas del gentilismo.

Sucedía esto aún en el siglo III, donde si bien creció la fe en estas y otras tribus de la Península, vinieron á turbarla y á producir continuas apostasías las sangrientas persecuciones ordenadas por Séptimo Severo y Diocleciano. El paganismo era aún la religión del Imperio, estaba en el corazón de la muchedumbre, y no quería ceder fácilmente su trono á una religión cuyo modesto origen se avenía mal con el orgullo de la época. Mas existían ya parroquias, había obispo en muchas ciudades, se empezaba á tener edificios consagrados exclusivamente al culto; y todo esto anunciaba á la Iglesia un porvenir más risueño y á los cristianos una preponderancia no remota. La misma persecución de Diocleciano manifiesta evidentemente los progresos que durante este siglo había hecho la religión en estas tribus. Estaban aún calientes las cenizas del tirano, cuando en la ciudad de Illiberis, en el corazón mismo del reino de Granada se reunió un concilio á que pudieron asistir diez y nueve obispos, veinte y cuatro presbíteros y un gran número de diáconos y legos (1). Consta de documentos auténticos cómo fué cele-

(1) En el preámbulo de este Concilio se lee el nombre de todos los sacerdotes que lo compusieron, y creemos por esta razón deber reproducirlo en esta nota: Quum consedissent sancti et religiosi episcopi in ecclesia Eliberitana, hoc est: Fe-

brada esta primera asamblea cristiana: reuniéronse sus individuos públicamente; excluyeron á los no iniciados; tuvieron largas sesiones; usaron casi de las mismas prácticas y ceremonias religiosas que se usó en los famosos Concilios de Toledo: ¿habrían podido hacerlo, por más que fuese ya declarada religión del Imperio la de Jesucristo, si no hubiesen ejercido cierto ascendiente en el ánimo del pueblo?

Es indudablemente este Concilio uno de los documentos más importantes del siglo IV. No sólo pinta la situación respectiva del paganismo y del cristianismo; traza un cuadro vivo de las costumbres de aquella época, manifiesta las tendencias de la Iglesia, da idea de muchas prácticas religiosas, revela la repugnancia con que se miraba á los herejes y el odio que se profesaba á los gentiles y á los judíos. Los venerables sacerdotes que lo compusieron no tenían armas ni cadalsos para hacer cumplir sus leyes, no podían hacer más que llamar la cólera de Dios sobre la frente de los criminales; y fueron, sin embargo, los primeros que se atrevieron á levantar la voz contra la corrupción del siglo, contra la degradación social que precedió y dió tal vez origen á las terribles invasiones de los bárbaros. El adulterio, la bigamia, el estupro, los delitos más inmundos levantaban en todas partes la cabeza; manchaban hasta las esposas de

---

lix episcopus Accitanus, Osious episcopus Cordubensis, Sabinus-Hispalensis episcopus, Camerimnus episcopus Tuccitanus, Sinagius episcopus Epagrensis, Secundinus episcopus Castulonensis, Pardus episcopus Mentesanus, Flabianus episcopus Eliberitanus, Cantonius episcopus Urcitanus, Liberius episcopus Emeritensis, Valerius episcopus Cæsaraugustanus, Decentius episcopus Legionensis, Melantius episcopus Toletanus, Januarios episcopus de Fiburia, Vincentius episcopus Ossonobensis, Quintianus episcopus Elborensis, Sucesus episcopus de Eliocroca, Eutychianus episcopus Bastitanus, Patricius episcopus Malacitanus: item presbyteri restitutus presbyter de Epora, Natalis presbyter Ursona, Maurus presbyter Iliturgi, Lamponianus de Carbula, Barbatus de Astigi, Felicissimus de Ateva, Leo de Acinippo, Liberatis de Eliocroca, Januarius à Lauro, Januarianus, Barbe, Victorinus, Egabro, Titus, Ajune, Eucharius, Municipio, Silvanus, Segalvinia, Victor, Utia, Januarius, Urci, Leo, Gemella, Turrimus, Castelona, Luxurius de Drona, Emeritus, Baria, Eumantius, Solia, Clementianus, Ossigi, Eutyches, Carthaginensis, Julianus, Corduba: die iduum mayarum apud Eliberin residentibus cunctis adstantibus diaconibus et omni plebe episcopi universi dixerunt. . . . . . .
(Esta ciudad de Eliberis es según algunos la que fué Elvira, según otros Granada.)

los clérigos el lecho de sus maridos; prostituían los padres á sus mismas hijas; había hombres bastante viles para abusar de la infancia; los había bastante menguados para consentir su propia deshonra y permitir el adulterio de sus mujeres. Madres que acababan de abrazar el cristianismo, abandonaban sin pudor el hogar donde habían nacido sus hijos, codiciosas siempre de nuevos placeres; hasta vírgenes consagradas al Señor, caían víctimas de sus pasiones en brazos del incesto. Cometíanse y repetíanse sin cesar estos delitos sin que la vergüenza colorara siquiera el rostro de los perpetradores; y á pesar de sentirse la necesidad de castigarlos y detenerlos, no hubo poder que se sintiera con fuerzas para ello, hasta que esos sacerdotes lleno de fe el espíritu y de entusiasmo el corazón, tomaron á su cargo atajarlos cerrando á los delincuentes las puertas de la Iglesia (1). El concilio atacó de frente todos estos vicios; manifestó su de-

(1) Copiamos á continuación los cánones más notables que se proponen reformar las viciosas costumbres de aquella época: C. 9. Item Fæmina fidelis quæ adulterum maritum reliquerit fidelem et alterum ducit prohibeatur ne ducat: si duxerit non prius accipiat communionen, nisi quem reliquit de seculo exierit, nisi forsitam necessitas infirmitatis dare compulerit.

C. 12. Mater vel parens vel quælibet fidelis si lenocinium exercuerit eo quod alienum vendiderit corpus, vel potius suum placuit eam nec in finem accipere communionem.

C. 13. Virgines quæ se Deo dicaverunt si pactum perdiderint virginitatis atque eidem libidini servierint non intelligentes quid admiserint placuit nec in finem eis dandam esse communionem.

C. 47. Si quis fidelis habens uxorem non semel sed sæpe fuerit mæchatus in fine mortis est conveniendus; quod si se promiserit cessaturum, detur ei communio: si resuscitatus rursus fuerit mæchatus, placuit ulterius non ludere eum de communione pacis.

C. 63. Si qua per adulterium, absente marito suo, conceperit idque post facinus occiderit, placuit nec in finem dandam esse communionem eo quod geminaverint scelus.

C. 64. Si qua usque in finem mortis cum alieno viro fuerit mæchata, placuit nec in finem dandam ei esse communionem...

C. 68. Catechumena si per adulterium conceperit et præfocaverit, placuit eam in fine baptizari.

C. 70. Si cum conscientia mariti uxor fuerit mæchata, placuit nec in finem dandam ei esse communionem...

C. 71. Stupratoribus puerorum nec in finem dandam esse communionem.

C. 73. Delator si quis extiterit fidelis et per delationem ejus aliquis fuerit proscriptus vel interfectus, placuit eum nec in finem accipere communionem...

C. 74. Falsus testis prout est crimen abstinebitur...

cidida intención de no permitir que con ellos se mancillara la nueva comunión á que pertenecían; y no dudando en oponer remedios duros á males tan extremos, lanzó el anatema contra los viciosos sin perdonarlos ni aun en la agonía de la muerte. Conocían la misión sublime de su Maestro, y no temían ser inexorables á trueque de librar la sociedad del veneno que la devoraba. No sólo clamaron contra el libertinaje; clamaron contra los delatores, contra los testigos falsos, contra los usureros, contra la codicia exagerada, contra todo género de alevosía. ¿Qué prueba este hecho? Podía la Iglesia no haber aumentado en número; debió de haber aumentado en fuerza para que sus sacerdotes pudiesen hablar con tanta decisión y energía.

No dirigieron golpes menos rudos los padres de ese concilio contra la religión antigua, más hostil y más temible para ellos que la misma corrupción de las costumbres. El paganismo era aún poderoso: consagrado por el hábito y los siglos, era á los ojos de los que trataban de abandonarlo y aun de los nuevos discípulos del cristianismo un fantasma que los perseguía; encontraba todavía ardientes defensores en la aristocracia que, mal avenida, como es de suponer, con la humildad de la doctrina de Jesucristo, doblaba, según perdía terreno, sus esfuerzos; y conocieron cuán necesario era combatirlo, estrecharlo, emplear toda la actividad posible para aislarlo y hacerlo caer por sus propios impulsos, por su misma quietud y abatimiento. Excluyeron para siempre de la comunión de los fieles á cuantos, después de haber adoptado la nueva religión, quemasen incienso en aras de los ídolos; prohibieron á los propietarios que admitiesen en las cuentas de sus administradores nada que se hubiese dado para el culto de los dioses; aconsejaron á los fieles que no consintiesen sirviera su casa de albergue á los ídolos que adorasen sus esclavos; obligaron á los decemviros á que se abstuviesen de entrar en ningún templo cristiano durante el año de su magistratura, mandaron que ningún cristiano pudiese subir al Capitolio ni aun para ser mero espectador de los sacrificios.

Vedaron, además, el matrimonio entre gentiles y cristianas, llegando á castigar con la pena de excomunión perpetua á los padres que diesen voluntariamente sus hijas á los sacerdotes de los idólatras: no sea, dijeron, que la edad en flor de las vírgenes venga á parar en adulterio del alma. La apostasía es la mayor herida que puede recibir una doctrina nueva, y no perdonaron medio para impedirla. Aislado así el paganismo, no dudaron luégo en abrir las puertas á cuantos pretendieron abjurarlo; les permitieron la purificación después de cortos años de penitencia; les bautizaron sin mediación de tiempo cuando lo pidieron puestos al borde del sepulcro; permitieron que en este crítico momento pudiesen cristianizarlos hasta los legos; no los alejaron del seno de la Iglesia sino por haber cometido alguno de aquellos crímenes graves que no podía perdonar la religión sin haber visto el arrepentimiento público de los que lo habían perpetrado. Era entonces tiempo de lucha, y estaba en sus intereses no sólo asegurar los prosélitos que tenían, sino también quebrantar en cuanto fuese dable las fuerzas de sus enemigos (1).

(1) Entre los cánones contra el paganismo hay dignos de atención los siguientes:

C. 1. Placuit inter eos, qui post fidem baptismi salutaris adulta ætate ad templum idoli idolaturus accesserit, et fecerit quòd est crimen capitale, quia est summi sceleris, placuit nec in finem eum communionem accipere.

C. 2. Flamines qui post fidem lavacri et regenerationis sacrificaverunt, eo quòd geminaverint scelera, accedente homicidio vel triplicaverint facinus cohærente mœchia, placuit eos nec in finem accipere communionem.

C. 3. Item flamines qui non immolaverint, sed munus tantùm dederint, eo quòd se á funestis abstinuerint sacrificiis, placuit in finem eis præstare communionem, acta tamen legitima pœnitentia: item ipsi si post pœnitentiam fuerint mœchati, placuit ulterius his non esse dandam communionem, ne illusisse de dominica communione videatur.

C. 15. Propter copiam puellarum gentilibus minimè in matrimonium dandæ sunt virgines christianæ, ne ætas in flore tumens in adulterium animæ resolvatur.

C. 16. Hæretici si se transferre noluerint ad ecclesiam catholicam, nec ipsis catholicas dandas esse puellas; sed neque judæis neque hæreticis dare placuit, eò quòd nulla possit esse societas fidelis cum infidele: si contra interdictum fecerint parentes, abstineri per quinquennium placet.

C. 17. Si qui fortè sacerdotibus idolorum filias suas junxerint, placuit nec in finem eis dandam esse communionem.

C. 40. Prohiberi placuit, ut quum rationes suas accipiunt possessores, quid-

Procedióse con igual rigor en este concilio contra los judíos, más odiosos aún para los cristianos que los mismos gentiles, por haber sido los verdugos de Cristo. Prohibióseles también el matrimonio con los fieles y hasta el comer con ellos en una misma mesa. No se dieron de mucho leyes tan enérgicas contra los sectarios de las herejías que estuvieron desgarrando desde el primer siglo la unidad del cristianismo. Aunque tampoco podían estos contraer enlace con ninguna cristiana mientras permaneciesen en sus errores; bastaba que los abjurasen, para que pudiesen y lavaban enteramente la mancha con sólo diez años de penitencia. Los herejes eran á la sazón en gran número; las ideas sobre el origen y la naturaleza de la religión, aún oscuras, daban pié á nuevas opiniones y á continuas contiendas religiosas; y esto debía naturalmente ser motivo de divisiones más ó menos profundas entre los cristianos. Era oportuno si no justo manifestar cierta benignidad con los herejes (1).

Procedieron generalmente con tacto los padres de este concilio, sobre todo en lo que más podía favorecer los progresos de la Iglesia. Comprendiendo la necesidad de que el clero pudiese presentarse irreprensible á los ojos de los paganos para que éstos se movieran á dejar sus errores, no se contentaron con imponerle penas severas siempre que delinquiese; le obligaron al ejercicio de las más austeras virtudes y le fueron alejando de los negocios y tráfico del mundo. Castigaron con excomunión perpetua los actos de adulterio, con la degradación

---

quid ad idolum datum fuerit accepto non ferant: si post interdictum fecerint, per quinquennii spatia temporum à communione esse arcendos.

C. 41. Admoneri placuit fideles, ut in quantum possunt prohibeant ne idola in domibus suis habeant: si verò vim metuunt servorum vel se ipsos puros conservent, si non fecerint, alieni ab ecclesia habeantur.

(1) C. 49. Admoneri placuit possessores, ut non patiantur fructus suos, quos à Deo percipiunt cum gratiarum accione à judæis benedici, ne nostram irritam et infirmam faciant benedictionem; si quis post interdictum facere usurpaverit, penitus ab ecclesia abjiciatur.

C. 50. Si verò quis clericus vel fidelis cum judæis cibum sumpserit, placuit eum à communione abstineri ut debeat emendari. (Véase además el cánon 16 reproducido en la nota anterior.)

y la excomunión los contratos usurarios, con la privación de ministerio el coito hasta con la mujer propia. Prohibieron á todo sacerdote que se separara de su diócesis con el solo fin de negociar y enriquecerse; no permitieron que en adelante se les pagase nada por la administración del bautismo; negaron hasta los honores del subdiaconado á cuantos hubiesen mancillado en algún tiempo su espíritu con la sensualidad ó la herejía. Con el objeto de evitar hasta la sospecha, mandaron á los obispos y á los demás clérigos que no tuviesen consigo mujer alguna que no fuese hermana suya ó no estuviese consagrada á Jesucristo. No se expresaron con igual rigor contra otros delitos sin duda más graves; pero, ¿dejaba de haber razón para ello? El libertinaje era entonces la verdadera podre no sólo de estas tribus, sino también del Imperio: contra él debían dirigir principalmente todo su celo, todos sus esfuerzos, todas sus armas. Es, además, el vicio que contamina más el alma, el que manifiesta más la degradación del entendimiento y también del corazón. En un sacerdote del nuevo culto habría sido doble mancha, y fué con razón doblemente castigado. ¿Qué efecto habrían podido producir las palabras del clero si se hubiese dejado llevar de las mismas pasiones que combatía (1)?

Dictáronse, por fin, en este concilio disposiciones importantes bajo muchos aspectos. Prohibióse la pintura de imágenes

(1) C. 18. Episcopi, presbyteres et diacones si in ministerio positi, detecti fuerint quod sint mœchati, placuit propter scandalum et propter profanum crimen nec in finem eos communionem accipere debere.

C. 19. Episcopi, presbyteres et diacones de locis suis negotiandi causa non discedant...

C. 20. Si quis clericorum detectus fuerit usuras accipere, placuit eum degradari et abstineri...

C. 27. Episcopus vel quilibet alius clericus aut sororem aut filiam virginem dicatam Deo tantum secum habeat: extraneam nequaquam habere placuit.

C. 33. Placuit in totum prohibere episcopis, presbyteris et diaconibus vel omnibus clericis positis in ministerio abstinere se à conjugibus suis et non generare filios: quicumque verò fecerit ab honore clericatus exterminetur.

C. 48. Emendari placuit ut hi qui baptizantur ut fieri solebat nummos in concha non mittant ne sacerdos quod gratis accepit pretio distrahere videatur...

C. 51. Ex omni hærese fidelis si venerit, minime est ad clerum promovendus: vel si qui sunt in præteritum ordinati, sine dubio deponantur.

en las paredes de las iglesias, insiguiendo quizás la doctrina de los iconoclastas; levantóse algún tanto la voz en favor de la humanidad, oprimida entonces por la servidumbre; se declaró que no debiese contarse en el número de los mártires á los cristianos que muriesen por querer destruir los ídolos del paganismo; se fijó el día en que debía celebrarse la Pascua y el tiempo que debía durar la purificación de los gentiles y los apóstatas; se dictaron medidas que exigían ya la prudencia, ya las ideas que en aquellos tiempos dominaban. Los que compusieron esta asamblea no llevaban plan alguno, ni supieron dar unidad á su pequeño código; pero es indudable que pusieron el dedo en los males de mayor gravedad y en las heridas más hondas. Á medida que recordaron los abusos, fueron tratando de corregirlos, y no aspiraron á más, llevados de la fe que ardía en sus corazones y no del deseo de manifestar su ciencia. Guardan apenas orden sus cánones; hay en algunos faltas de lenguaje; pero revelan todos en cambio una intención pura y una razón clara y despejada (1).

No sin razón se ha considerado este concilio como una de las mayores glorias que pueden presentar estas tribus, de donde salieron los más de los prelados que dejaron oir en él su grave acento. Fué el primero que se celebró en España, y es para aquellos siglos uno de los monumentos más notables: es la mejor sonda para medir el profundo abismo de vicios y de crímenes en que estuvo sumergida la sociedad antes de la caída del Imperio; es el plano donde cabe apreciar mejor la situación

(1) C. 23. Jejunii superpositiones per singulos menses placuit celebrari exceptis diebus duorum mensium Julii et Augusti propter quorumdam infirmitatem.

C. 36. Placuit picturas in ecclesia esse non debere, ne quod colitur et adoratur in parietibus depingatur.

C. 43. Pravam institutionem emendari placuit juxta auctoritatem scripturarum ut cuncti diem (quinquagesimam). Pentecostes celebremus, ne si quis non fecerit novam hæresem induxisse notetur.

C. 60. Si quis idola fregerit et ibidem fuerit occisus quatenus in evangelio scriptum non est, neque invenietur sub apostolis umquam factum, placuit in numerum eum non recipi martyrum.

de dos religiones que estuvieron más de cuatro siglos luchando frente á frente; es la historia social más completa de los cristianos y del cristianismo en las provincias que componen el reino de Granada. Después de él no se celebró ninguno hasta el definitivo triunfo de los bárbaros.



CAPÍTULO IV

Invasiones de los bárbaros.— Entrada de los árabes



MPEZARON los bárbaros á combatir el Imperio después del reinado de Antonino, que fué quizás el más grande de los emperadores. Asomaron al principio con temor á las puertas del viejo mundo; pero no tardaron en darle batallas sangrientas que hicieron estremecer las legiones romanas y

esparcieron la alarma y el terror por toda la tierra. El Asia, la Macedonia, la Tesalia y la Grecia fueron pronto el teatro de guerras asoladoras que las cubrieron de cadáveres; temblaron á la vez los pueblos del norte de Europa, que veían llenas de armas sus fronteras; la muerte y la desolación sonaron en los oídos de todos y fueron á turbar la paz de las más apartadas provincias del Imperio. Se luchó durante mucho tiempo con los bárbaros logrando detenerlos; pero rota ya la primera valla, se precipitaron con ímpetu al fondo de las Galias, las atravesaron con rapidez, tramontaron el Pirineo, se dejaron caer sobre España, y no hallando dique ni en las olas de los mares, se arrojaron sobre las costas del África que dejaron asombradas y despavoridas. No hicieron aún asiento en parte alguna: pasaron por todas partes como el torrente; pero, ¿fueron estas ni otras invasiones más que un débil ensayo de la que había de renovar al fin la faz del mundo? Entre los muchos emperadores que se sucedieron unos á otros sin calentar siquiera el trono á que subían en brazos de las guardias pretorianas, los hubo aún de bastante energía para contrarrestarlos y obligarlos á dejar el suelo que tenían conquistado. Hubo todavía un Constantino y un Teodosio capaces de sostener sobre sus hombros el peso del Imperio y dilatar la caída del coloso; pero al morir Teodosio, nadie pudo ya impedir la catástrofe. Alanos, suevos, vándalos, godos, hunnos, cayeron á la vez sobre las naciones de la Europa central, y las hicieron víctimas de su furor y presa de sus armas. No tardaron en pasar á España y bajar desde los Pirineos occidentales hasta las mismas riberas del Mediterráneo.

Las tribus granadinas, que ya en los reinados de Valeriano y Probo habían visto taladas sus ciudades por los francos, fueron á poco ocupadas al Oriente por los alanos, al Norte por los suevos, y al Occidente y Mediodía por los vándalos. Nada pudieron contra pueblos tan feroces: vencidas y derrotadas en todas partes se vieron acosadas por el hierro y el hambre, y no tuvieron otro recurso que el de sufrir sin esperanza el yugo que

les imponían. Llenas continuamente de terror á la vista de sus campiñas asoladas, de sus ciudades destruídas, de sus llanuras cubiertas de cadáveres, no se atrevían siquiera á levantar la voz para quejarse, y yacían tristes y silenciosas, abrumadas bajo el peso de su desventura. Estaban enteramente cercadas de bárbaros, y no tenían á quien volver los ojos. No podían volverlos ni aun á los mismos romanos, que si bien dominaban todavía parte de la Península, amedrentados por sus nuevos enemigos, sancionaron la conquista y buscaron la alianza de los conquistadores. Faltas así de apoyo, perdieron uno tras otro sus derechos, su libertad, sus propiedades, los templos de su religión, destruídos impiamente por la espada. Gimieron bajo una servidumbre mucho más dura de la que pudieron sufrir bajo las invasoras legiones de Cartago y Roma.

Lejos de hallar estas tribus en mucho tiempo alivio á sus males, viéronse todos los días afligidas por nuevas desdichas. Fueron pronto el teatro de una guerra desastrosa, producida por la rivalidad entre los mismos bárbaros que las oprimían; y es fácil concebir la parte que en ella les cabría consideradas como enemigas por entrambos combatientes. Cada combate era para ellas una herida, cada triunfo una derrota. Habrían quizás desaparecido entonces á no poner fin á esta guerra otros bárbaros, que á la sazón llevaban ya reducidas á sus armas la Italia, el mediodía de Francia y la costa oriental de España. Destruídos los alanos y reducidos los vándalos á buscar asilo en Galicia, ocupada por los suevos, respiraron entonces estas tribus bajo el yugo de los godos, mucho más blando y llevadero; mas no les permitió el Cielo gozar por mucho tiempo de aquel escaso bien, que en cualquiera otra época habría sido considerado calamidad funesta. Los vándalos, siempre inquietos y turbulentos, rompieron con los suevos, y perseguidos por estos y los romanos, se arrojaron de nuevo sobre ellas, talándolas con más furor que nunca y aterrándolas de suerte, que las ciudades quedaban desiertas y pueblos enteros corrían á salvar la vida en las vecinas

costas de la Mauritania. Cazlona, Jaén, Guadix, Granada, Málaga, todas las poblaciones importantes fueron en aquella nueva invasión sepultadas en sus ruínas; de los que en ellas habitaban murieron los más pasados por la espada, y algunos espiraron después de prolongada agonía, atormentados por los más crueles ultrajes y violencias.

No estuvieron libres de ellos estas tribus hasta que llamados por Bonifacio, que se rebeló contra el Imperio de oriente, las abandonaron movidos por sus ímpetus guerreros y se trasladaron al África con sus mujeres, sus hijos y el mismo rey Gunderico que los había acaudillado en todas sus conquistas por España. Abrigaron á la sazón todos los pueblos esperanzas de paz; mas tampoco se la tenía aún reservada Dios, en quien tanto creían y á quien adoraban desde el fondo de su alma. Estaban todavía los vándalos en Tarifa embarcándose en las naves que debían llevarlos al próximo continente, cuando los suevos, bajando de sus montañas del Norte, hicieron una excursión en Sevilla y Granada, y viendo la debilidad de las legiones romanas, trataron de apoderarse de la Bética, cuyo cielo envidiaban bajo las frecuentes nieblas de Galicia. Fué tal la celeridad con que estos bárbaros bajaron, que dieron lugar á que el mismo jefe vándalo, noticioso de su venida y recordando sus antiguos odios, volviese de repente contra ellos, y los derrotase cerca de Mérida ahogando muchos en el Guadiana. Llenos aún de aquel ardor que los hizo precipitar sobre Europa, ambicionaban la conquista de nuevos países; y al saber que iban á quedar desocupadas estas tribus, no pudieron menos de manifestar instantáneamente su afán por adquirirlas á todo trance y á despecho de sus enemigos. Tropezaron con Gunderico y salieron vencidos; pero no abandaron su empresa. Volvieron á acometerlas con mayores fuerzas, entraron en el reino de Granada, pelearon con las tropas imperiales de Andevoto, las destrozaron en las márgenes del Genil, y enardecidos por la victoria, se extendieron por todo el país como río que acaba de romper su dique. Arro-

llaron con sus briosos ímpetus ejércitos y pueblos; y encontrando apenas obstáculo á su favor, no dudaron en salvar las fronteras orientales de Andalucía, pasando como agua que se despeña de los montes sobre el reino de Murcia.

Sojuzgadas así por los suevos las tribus granadinas, vivirían poco más ó menos tan oprimidas y vejadas como bajo el Imperio de los otros bárbaros; pero no era sólo la servidumbre de los suevos lo que las afligía. Los vándalos pirateaban incesantemente sobre sus costas y las tenían en continua alarma; los godos y los romanos entraban en ellas con la misma saña que sus enemigos, y hoy las fatigaban con batallas inútiles, mañana con horrorosos saqueos. No parecía sino que se hubiese decretado su destrucción según los males que las aquejaban y las calamidades que las amenazaban. Á juzgar por la tiranía con que las trataban todos, ¿podían tener en unos más que en otros esperanzas de mejor suerte? Los romanos no podían inspirársela, cuando los pueblos que vivían aún bajo sus leyes, excitados por continuas vejaciones, se veían obligados á abandonar sus hogares, á unirse con los bagaudos (1), á ir á buscar su libertad y su venganza tras las sierras del Norte en medio de los barrancos y los precipicios. Los godos eran los únicos que podían salvarlas, atendida su cultura, y las salvaron al fin; mas no atrajeron sobre ellas menos desventuras.

Entraron los godos en estas tribus durante el reinado de

(1) Llamóse bagaudos á todos los que rebelándose, ya contra los bárbaros, ya contra el Imperio, se retiraban á montes escarpados y vivían allí independientes defendiéndose contra toda clase de opresores, é invadiendo muchas veces á mano armada los pueblos ocupados por sus enemigos. Fueron considerados por los romanos como bandidos; mas no los juzgaron tan severamente los españoles más eminentes de aquellos tiempos. Salviano, sacerdote de Tarragona y obispo después en las Galias, al hablar de los bagaudos de su época, dice: «Hablo aquí de los Bagaudos que han sido despojados, oprimidos, sentenciados por la crueldad de jueces inicuos. Han perdido á un tiempo su libertad, sus derechos y el nombre romano que tanto les honraba. ¡Y acriminamos nosotros su desventura! ¡les echamos en cara una rebeldía necesaria! ¡les damos un nombre que les afrenta! ¡les atribuimos un nombre de que somos nosotros mismos la causa! ¡les llamamos rebeldes, les llamamos perdidos despues de haberles obligado á ser criminales!» (SALVIANO, *De Gubernatio. Dei*, lib. 5.)

Teodorico II, sucesor del que fué á morir en los campos cataláunicos, en la batalla contra el terrible Atila. Vinieron de las Galias acaudillados por el mismo rey; y aprovechándose de las guerras civiles que debilitaban las fuerzas de los suevos, se apoderaron con rapidez de toda la Bética, llevando á fuego y sangre cuantas ciudades quisieron resistir á su incontrastable denuedo. Dirigieron más allá sus armas, é hicieron suyo todo el mediodía de la Península; pero al pronto no gozaron de estas conquistas como dueños absolutos, sino como auxiliares del Imperio, con el cual tenían hecha alianza. Sentíanse aún débiles para contrarrestar el choque de dos enemigos, y no se atrevieron á pelear contra ellos hasta que hecha la paz con los suevos, y viendo embargada la atención de los emperadores en la guerra contra los vándalos de África, cayeron de improviso sobre los lugares poseídos aún por las legiones, y se hicieron en breve dueños exclusivos de toda España, menos del reino de Galicia.

Libres entonces de tan sangrientas luchas, cesaron de ser estas tribus víctimas del furor de la soldadesca, descansaron de sus fatigas y pudieron á la sombra de las leyes dedicarse con ahínco á la reparación de sus quebrantos. Mas no duró mucho para ellos ese período de paz. La ambición y el carácter violento de los caudillos godos trajeron á toda la monarquía males que refluyeron principalmente sobre aquellas comarcas. El brillo de la corona halagaba y cautivaba á muchos; y rara vez moría el rey sino de muerte airada. Sobre el ensangrentado sepulcro de los monarcas nacían frecuentemente partidos en favor de las diversas personas que aspiraban al trono; y no era raro verlos luchar entre sí recurriendo á medios que podían causar la ruína de todo el reino. Después del trágico fin de Teudegiselo, muerto á puñaladas en un banquete, formáronse dos en favor de Agila y de Atanagildo; y viendo éste que no podía acabar con su rival, no dudó en vender al Imperio las costas de Andalucía y Murcia por un ejército que pudiese realizar sus pretensiones; no dudó en abrir paso para el mismo país que pretendía gober-

nar á un enemigo tan temible por las fuerzas de que podía disponer, como por sus antiguas relaciones con los pueblos que les entregaba. ¿Podía por mucho tiempo sostenerse la monarquía con ambición tan desmedida?

La imprudencia de Atanagildo tuvo efectos muy desastrosos, y los hubiera quizás tenido mayores á no haberle sucedido en el trono reyes tan grandes como Leovigildo y Recaredo. No satisfechos los imperiales con el dominio de las costas, penetraron en lo interior, y favorecidos en parte por las creencias religiosas del país, lograron apoderarse de ciudades importantes, llegando á concebir la esperanza de volver á conquistar el reino que dominaron durante siglos. Salieron en su primera excursión vencidos por las tropas de su protegido; pero nada fueron estas ligeras derrotas para los triunfos que les permitió alcanzar el interregno de cinco meses que hubo á la muerte de Atanagildo. Llegaron á imponer con tantas victorias á los godos, que, apenas subió Leovigildo al poder, consideraron urgente la guerra, bajaron á Baza, entraron en Granada y los obligaron á encerrarse dentro de los muros de la ciudad de Málaga. Señores como eran de África, recibían todos los días nuevas fuerzas; y era muy de temer que puesto ya el pié en lo interior de España, no viniesen á usurparla á los bárbaros como la arrancaron en otro tiempo de manos de los cartagineses. Estrelláronse, empero, ya contra el ardor guerrero de Leovigildo, ya contra la vigorosa prudencia de Recaredo, y caminaron de derrota en derrota primero á una paz vergonzosa, y luégo á su expulsión total del reino. Vencidos por Sisebuto, tuvieron que retirarse al Algarbe; divididos y humillados por Suintila, hasta el Algarbe tuvieron que abandonar, poniendo por segunda vez de manifiesto la impotencia del Imperio.

La guerra fué, sin embargo, larga, y es fácil concebir lo que padecerían en ella estas comarcas, habiendo sido casi siempre el principal campo de batalla. Los imperiales hallaban generalmente apoyo en los pueblos, y esto fué causa de atropellos y

venganzas inicuas por parte de los reyes godos. Las ciudades, tomadas por asalto, experimentaron todos los horrores del saqueo, y no pocas fueron víctimas de la cólera del vencedor. Tratóse á los indígenas con la misma dureza que en las primeras invasiones, y á veces si no con mayor barbarie, á lo menos con una crueldad hija de más profundos odios. La guerra no fué sólo una guerra nacional, fué una guerra religiosa; y es ya conocida la intolerancia con que suele procederse en estas luchas. —Al hacerme cargo del concilio Iliberitano, manifesté ya la posición ventajosa en que se encontraba el cristianismo á principios del siglo IV. Favorecida esta religión por los emperadores desde Constantino el Grande, fué cundiendo rápidamente por todas las naciones de Europa, y fué tal el ascendiente que tomó en el espacio de cien años, que al sobrevenir la caída del Imperio de Occidente, pudo cautivar hasta los mismos bárbaros que la ocasionaron. No los convirtió á todos; pero sí á la mayor parte: hizo enteramente suyos á los godos, y encontró prosélitos hasta en los alanos y los suevos, pueblos cuyo fiero temple no parecía fácil doblar á la suave doctrina de Jesucristo. Á la entrada de los bárbaros reinaba casi exclusivamente en todo el territorio de Granada, tenía que luchar aún con el paganismo; pero sin grandes esfuerzos. Tenía, no obstante, el cristianismo un mal que le devoraba y era causa de frecuentes guerras: las sectas, sobre todo la de Arrio, que inficionó todo el Norte y á los que de él vinieron. Los godos al entrar en España eran ya secuaces ardientes de la doctrina de Arrio, con ella vinieron, con ella se establecieron, y sobre ella sentaron su vasta monarquía. ¿Lograron, sin embargo, inocularla en el ánimo de los naturales? Los errores de esta secta eran ya conocidos de los españoles, cuyos primeros concilios los anatematizaron (1), y no

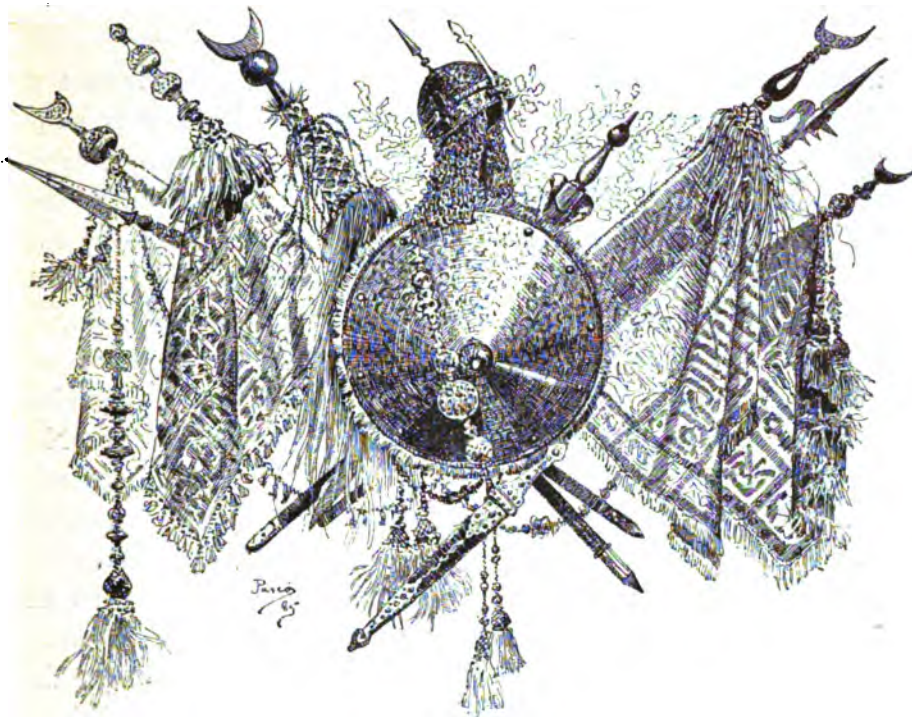
(1) En el concilio de Braga celebrado en el año 411 se profesó ya el símbolo de Nicea, fundándose en que había necesidad de ello para mayor firmeza de la fe, por ser los nuevos invasores parte idólatras y parte arrianos. «Quia verò, dijo Pancracio, presidente de aquella asamblea, nonnulli Alanorum, Suevorum, Wandalorumque sunt idolatræ, alii verò arrianam hæresim profitentur, visum mihi et

pudieron arraigarse nunca en el corazón del pueblo. Nació de aquí una antipatía que permaneció por mucho tiempo oculta, pero se reveló, como no podía menos de revelarse, cuando hubo un motivo de desavenencia, cuando libre el espíritu pudo proclamar lo que pensaba, cuando hallando apoyo en los imperiales que eran católicos, creyeron los pueblos poder arrostrar frente á frente la cólera de los arrianos.

Esto fué lo que más encrudeció los principios de la última guerra que fatigó á estas tribus. Atanagildo y hasta el mismo Leovigildo trataron con tanto encono á los naturales como á los soldados del Imperio: tomaron de ellos venganzas terribles y esplayaron alguna vez sus iras, más por considerarlos adictos al catolicismo que por creerlos afectos al trono de los Césares de Oriente. El mártir Hermenegildo, hijo de Leovigildo, al hacerse católico tuvo que defenderse contra la cólera de su padre, y donde halló secuaces y defensores más ardientes fué entre los imperiales y los pueblos de Andalucía, dispuestos siempre á tomar las armas contra el arrianismo. Mediando tan vivas disidencias religiosas, ¿era posible que no fuese la lucha sangrienta hasta haber abjurado Leovigildo sus errores al borde del sepulcro y haber abrazado Recaredo la religión católica en el concilio tercero de Toledo?

---

vobis approbantibus ad mayorem Fidei firmitudinem contra similes errores sententiam proferre. ¿Quid vobis videtur?—Omnes responderunt: Justum, pium, sanctum, expediensque negotium.» Pancracio y los demás obispos pasan luégo á hacer la profesión de fe, diciendo «que creen: primero, en Dios uno, verdadero, eterno, ingénito y no procedente de nadie, que crió el cielo, la tierra y todo lo que hay en estos visible é invisible: segundo, en un Verbo engendrado por el mismo Padre antes de los siglos, Dios de Dios y de la misma sustancia del Padre, sin el cual nada fué hecho y por el cual todo fué creado: tercero, en el Espíritu Santo procedente del Padre y del Verbo, etc., etc. Y luégo dijo Pancracio: condeno, excomulgo, repruebo y anatematizo á todos los que lo contrario sientan, sostengan y prediquen: y contestaron todos los obispos: y les condenamos también nosotros.» Los arrianos disentían de los católicos sobre todo en el segundo artículo de esta profesión de fe. Según ellos, Jesucristo, es decir, el Verbo, no era de la misma sustancia del Padre; era una criatura que Dios acá en el tiempo había sacado de la nada como á todos los demás vivientes; y de consiguiente, se le tenía por inferior al Padre, que para ellos era en rigor el único Dios verdadero. Reinó esta doctrina en España hasta el tiempo de Recaredo.



CAPÍTULO V

Historia de estas provincias desde la invasión de los árabes hasta la caída del califato de Córdoba.



DESDE EL AÑO 714 HASTA 1031

DESPUÉS de la expulsión de los imperiales gozaron estas provincias de paz hasta la venida de los árabes. Vencidas entonces por Abdelaziz, hijo de Muza, cayeron bajo la servidumbre de este pueblo, que las tuvo en su poder por muchos siglos. Sufrieron al principio las consecuencias naturales de la guerra; pero hubieran podido en breve reponerse de sus quebrantos á no haber dado origen

á frecuentes luchas civiles entre los vencedores, odios de raza y de familia y excesivos deseos de independencia. Los árabes, aunque de distinta religión, no se ensañaron con ellas como otros pueblos invasores: ni las redujeron á verdadera esclavitud, ni las fatigaron con inmoderados tributos, ni les impusieron sus creencias, ni pretendieron arrancarles de un golpe los hábitos sociales que les habían comunicado otras naciones; les dejaron no sólo su religión, sino hasta sus leyes y sus tribunales, contentándose por de pronto con que los indígenas reconociesen su dominio, y fiando al tiempo el triunfo de la ley de su Profeta (1). No abusaron de la victoria; y bajo su dominación más bien caminaron estas provincias á la prosperidad que á la ruina, aun al través de las mismas guerras fratricidas que las desgarraron muchos años. Por terribles que estas fuesen, salían de entre el polvo de los combates hombres de genio y de energía; y hasta de la sangre que se vertía brotaban al parecer elementos de esplendor y de riqueza.

Estalló la discordia entre los árabes ya antes de terminarse

(1) En el Fuero de Coímbra dado por Alboacem, único cuyo texto ha llegado hasta nosotros, se leen en confirmación de lo dicho los párrafos siguientes: «pagarán los cristianos de mis tierras tributo doble que los moros. Pagarán las iglesias veinte y cinco piezas de plata fina por la que fuere más ordinaria, cincuenta por cada monasterio, y ciento por la catedral. Tendrán los cristianos en Colimb un conde de su nación, y otro en Goadatha, quienes los gobernarán con arreglo á las leyes y costumbres cristianas, y sentenciarán las desavenencias que sobrevinieren entre ellos: mas á ninguno darán muerte sin disposición del alcaide ó del alvacir sarraceno, ante el cual traerán al reo, manifestando sus leyes; dirá el alcaide me conformo, y matarán al culpado. En las poblaciones cortas tendrán los cristianos sus jueces que los gobiernen debidamente y sin contiendas. Si acaeciere que un cristiano mate ó insulte á un moro, obrarán el alvacir ó el alcaide según las leyes de los moros. Si algún cristiano atropellare á una doncella sarracena, tendrá que hacerse moro y desposarse con ella, y si no se le matará; si es casada, se matará al reo. Si un cristiano entra en una mezquita y dice mal, sea de Alá, ó sea de Mahoma, tendrá que hacerse moro ó debe morir... Los monasterios comprendidos en mi jurisdicción disfrutarán en paz sus haciendas, pagando las cincuenta piezas sobredichas. El monasterio de la Serranía, llamado Laurbao, nada pagará, por cuanto los monjes me suelen mostrar gustosos sus cazaderos, acogen á los sarracenos, y nunca he cogido en fraude ni en maldad á los domiciliados en aquel convento; y así seguirán conservando sus fincas sin padecer tropelía ni violencia de parte de los moros.»

la conquista de la Península. Promoviéronla primero los celos de los caudillos, envidiosos recíprocamente de su gloria; fomentóla después la diversidad de castas; perpetuóla al fin el orgullo de los jefes subalternos, siempre dispuestos á desentenderse de la voluntad de los emires. Fueron estas provincias el principal teatro de las luchas que produjo la llegada de Abdelrhamán, joven ommiade, que después de haber visto en Oriente el triunfo de los abassydas, vino á vengar en España la ensangrentada sombra de su familia, fundando un Imperio independiente del califato de Damasco. Desembarcó Abdelrhamán en Almuñecar, donde después de haber recibido el homenaje de los principales jeques de Andalucía, vió reunirse bajo sus pendones las tropas que le enviaron las ciudades de Elvira, Almería y Málaga. Oyó desde aquella ciudad los pasos de Yusuf y de Samail que se dirigían contra él seguidos de grande ejército y llenos de cólera y denuedo; salió al campo, y no tardó en derrotarlos al pié de Sierra Elvira, acorralándolos hasta los pequeños aduares de Granada y obligándolos á entregarle la espada y el reino por el cual peleaba. Tuvo poco después en campaña á otro enemigo más temible, á Ela-ben-Mugueit, walí de Kairuán que acababa de enarbolar el estandarte negro de los califas; y fué en la Serranía de Ronda donde después de la batalla de Badajoz y el cerco de Sidonia acabó con los restos del enemigo, que bajó precipitadamente al mar en busca de naves para el África. En esta misma sierra y en la de Antequera vino á combatirle Abdelgafir, uno de los más ardientes partidarios de los abassydas, que empezó por talar las aldeas vecinas; y aventurándose poco á poco á mayores empresas, hizo con buen éxito algunas excursiones por las costas de Almuñecar y Almería; venció é hirió al walí de Elvira, que murió desangrado; peleó con gloria frente los muros de Sevilla; puso en alarma á la misma ciudad de Córdoba, y fué al fin á morir en Écija á manos de Abdelsalem, otro walí de Elvira. Entre las peñas donde nace el Guadiaro, en la misma Serranía de Ronda, se sostuvo por algún tiem-

po con las escasas tropas que quedaban del ejército de Abdelgafir el aventurero Hafila, uno de los pocos caudillos que escaparon con vida de la jornada de Écija. Alzáronse, al fin, contra Abdelrhamán los hijos de Yusuf, Abul Aswad y Khasem; y fué principalmente la sierra de Segura la que vió su rebeldía, la ciudad de Cazlona la que presenció uno de sus mayores triunfos, las aguas del Guadalimar las que fueron testigos de su derrota y vieron anegarse en su seno centenares de fugitivos y caer en sus orillas cuatro mil cadáveres.

Para recuerdo de tan sangrientas guerras quedaron en las murallas de algunos pueblos de estas provincias las cabezas de los principales rebeldes, sobre todo las de los caudillos que murieron en Écija, fijadas según los cronistas árabes en las de Granada, Elvira y Almuñecar. Quedaron, además, las huellas de la devastación propia de toda guerra intestina, huellas que sólo podía borrar en parte el generoso y hábil gobierno del emir Abdelrhamán, uno de los mejores príncipes que gobernaron la España árabe.

Con el triunfo definitivo de este príncipe, á quien cupo recibir al fin de su vida la cabeza de Hafila, el último de sus enemigos, parecía que habían de quedar concluídas tan funestas guerras; pero desgraciadamente el mismo Abdelrhamán abrió la puerta á otras más largas haciendo nombrar al menor de sus hijos sucesor al trono. Nacieron á su muerte discordias entre el emir y sus hermanos; alzáronse éstos en abierta rebelión, y, rotos los vínculos de la sangre, dióse durante muchos reinados el escándalo de ver luchar entre sí los miembros de una familia á que estaba confiado el supremo gobierno (1). Renacieron con

(1) El derecho de primogenitura no era conocido entre los árabes. Al ver, sin embargo, Soleimán y Abdala, hijos mayores de Abdelrhamán, que les había sido antepuesto el hijo menor Hescham para la sucesión al emirato, se dieron por tan agraviados, que, apenas hubo fallecido el padre, tomaron las armas y se declararon en guerra abierta con el nuevo soberano. Pudo vencer Hescham á sus hermanos, mas no se dieron éstos por vencidos sino mientras aquél siguió reinando. Volvieron á levantarse al advenimiento de su sobrino Alhakem, sucesor de Hescham; y ya al borde de su tumba empuñó de nuevo la espada Abdala en demanda

esto los bandos, cobraron nuevos bríos la ambición de los walíes y los instintos guerreros de la muchedumbre, enarboláronse donde quiera nuevos pendones, y todo fué pronto confusión y guerra. Ardió la guerra con furor sobre todo bajo el emir Abdala, que hubo de tomar las armas contra su propio hijo, contra sus hermanos y contra el hijo de Hafsún, dueño de Toledo y de muchas ciudades del oriente de la Península (1).

Este hijo de Hafsún, llamado Kaleb, trató entonces de extender sus dominios por las provincias granadinas; y valiéndose de Obeidala-ben-Omeya, logró levantar en breve á las orillas del Guadalquivir un ejército de catorce mil soldados, á quienes acaudillaban principalmente Suar-ben-Hambdun-el-Kaisi, uno de los más poderosos caudillos de las tribus que vivían al levante

---

de sus pretendidos derechos al ser proclamado emir Abdelrhamán II. Estas discordias de familia fueron luégo de un fatal ejemplo. Disputáronse el poder hasta padres é hijos, viéndose no pocas veces obligados los primeros á manchar el trono con la sangre de sus propios descendientes. Cuéntanse en el número de estos padres desgraciados no sólo emires adocenados como Abdala, sino también califas esclarecidos como Abdelrhamán III, que hizo degollar en su propio palacio á su hijo menor, á quien encontró conspirando contra él por haber sido declarado sucesor al califato su hermano mayor, conocido más tarde con el nombre de Alhakem III. Á ese espíritu de rebelión debemos principalmente atribuir los hechos sangrientos que suelen empañar la historia aun de los mejores príncipes árabes. Las pasiones de emires y súbditos solían ser muy exaltadas; los vínculos de parentesco, mucho más débiles que entre los cristianos, no bastaban para contener la ambición de los unos ni la cólera de los otros; y así como no temía el hijo rebelarse contra el padre, no temía el padre en un momento de arrebato emplear contra el hijo el hierro ni el veneno.

(1) Al subir Abdala al poder, indultó y confirió cargos importantes á los hijos de Heschan, á quienes había mandado empalar su antecesor El Mondhir en el mismo día en que le alcanzó la muerte junto á la fortaleza de Hisn Webde; y al paso que con este hecho se granjeó la voluntad del pueblo, desagradó tanto á su hijo Mohamed, enemistado con los de Heschan, que éste, echando á un lado las atenciones y el respeto debidos á un padre, se levantó contra él al sur de Andalucía, y le amenazó con quitarle la corona si no anulaba la gracia concedida. Larga y empeñada fué aquella guerra; y aunque en ella no lidió personalmente el padre, tuvo que desnudar la espada contra Mohamed su hermano Abdelrhamán, que le quitó en pocos días Sevilla y Carmona, peleó con él en el Aljarafe, le mató el caballo, le hirió, le hizo prisionero y le envenenó, según algunos cronistas árabes, por orden del mismo Abdala, padre de entrambos. Este hecho, sin embargo, no impidió que el amor que profesaba Abdala al niño Abdelrhamán, hijo de ese mismo Mohamed, se lo hiciese preferir para sucesor al mismo vencedor del Aljarafe y fuese la causa del brillante reinado de Abdelrhamán III.

de Andalucía, y Yesid-ben-Yahyah-ben-Sukelah, emir de los verdaderos árabes. Cayeron de improviso estas tropas sobre Cazlona, y dueñas ya de la ciudad, bajaron vencedoras á las campiñas del mediodía dejando derrotado al walí de Jaén en una batalla donde, según la expresión de un poeta, apagaron los soldados del emir con lluvia de sangre la confusa polvareda que levantaron al acometerse las dos huestes (1). Llenos de ardor por tan gran victoria, que puso en sus manos al mismo walí y á otros caudillos enemigos, fueron descendiendo con mayor ímpetu, y tomaron á Huescar, Jaén, Raya, Archidona y todo el país que media desde Elvira á Calatrava. Tuvieron poco después contra sí al mismo Abdala, que salió de Córdoba lleno de despecho al frente de las tropas andaluzas y la caballería asalariada de su guardia; pero no temieron arrostrar su cólera ni su poder á pesar de ser menores en número. Le aguardaron á la falda de las Alpujarras que habían cubierto de castillos, y le presentaron batalla en las márgenes del Darro, donde quedaron,

---

(1) Este poeta era Said-ben-Soleimán-ben-Gudhi, que cantó esta batalla en un romance que copiamos de Conde:

Ya de la arrancada el polvo —su hueste dc pavor llena;
Todo el cielo se oscurece, —que densa nube se eleva:
Al encuentro de las lanzas —tímidos la espalda muestran;
Se abrevan en sus raudales —que iban de sangre sedientas;
Con lluvia de sangre apagan —la confusa polvareda:
Ellos atónitos huyen, —la tierra les viene estrecha,
Pálidos y sin aliento —luego vienen en cadena.
Pregunta á Suar te dirá —de la encendida pelea,
Si las índicas espadas —cercenaban las cabezas,
Despojando á los turbantes —de bandas y cintas bellas.
Á Beni Alhamra pregunta —cuando su tiempo les llega,
Si chocaron como montes —de altas cumbres descompuestas:
Allí acabó Dios la gente —que dejó nuestras banderas,
Y sobre ella volteó —de la batalla la muela
Con ímpetu arrebatado —que ninguno de ellos queda.
Á sin razón nos combaten —con viles estratagemas,
Y caballos y peones —sus máquinas desordenan.
De Aduán y Cahtán los hijos —se traban, luchan y estrechan.
Leones los acaudillan, —rabiosos ansian la presa;
Presas de batallas buscan, —gloria sin baldón anhelan.
El mejor Cais les conduce, —su espada sangre destella,
Y entre las huestes camina —á la altura mas excelsa.

sin embargo, vencidos y perdieron después de grandes esfuerzos á Yesid y al esforzado Suar, cuya cabeza mandó á la corte el emir con la noticia de su victoria (1). No retrocedieron aún: acaudillados por el hermano de Said-ben-Soleimán (2), poeta guerrero que acababa de cantar en llorosas endechas la muerte de Suar, bajaron á la vega de Granada y pasaron á Loja, donde pelearon desesperadamente con el mismo ejército del emir, hasta que herido su jefe cayó en manos de los enemigos. Dirigiéronse llenos de turbación á Elvira; llamaron en su favor á Mohamed-ben-Adheha que poseía á la sazón el castillo y tierra

(1) Cantó el mismo Said la muerte de este caudillo en los siguientes versos:

De Suar se quebró la espada —en esa de sierra Elvira,
La espada que á las hermosas —de tristes lutos vestía,
La que de mortales ansias —daba copas repetidas
Y de una misma brindaba —á gente noble y baldía:
Por solo Suar mil maté, —que él solo por mil valía,
Por uno nuestro mil de ellos —es barata mercancía,
Lícito fué matar más —por igualar la partida.
Nuestras sedientas espadas —en sus gargantas bebían,
Y sus fuegos apagaron —en el raudal que corría.
Si nuestras valientes lanzas —fortuna contraria humilla,
Tambien la columna de ellos —ó viene al suelo ú vacila.
Consuelo de Abi Sidqui, —dos siervos de poca estima,
Sangre dellos no colora —como vil sangre vertida:
Y la nuestra se vengara —aunque en la poza caía.

(2) Este esclarecido poeta no era menos valiente que el hermano de que ahora hablamos. Retiróse después de esta batalla á Toledo, donde se incorporó con Kaleb-ben-Hafsún: retó algún tiempo después á éste; y viéndose desatendido, le embistió un día en sus reales; le derribó del caballo, y le hubiera sin duda muerto á no haberle detenido los amigos del atacado. Redújose desde entonces á la obediencia de Abdala, y pasó á vivir con los suyos en Elvira, su patria, que recogió su último suspiro. Era este Said-ben-Soleimán, según la crónica arábiga, hombre de tanto esfuerzo para pelear como gracioso en el habla y bondadoso de corazón para cuantos infelices se arrimaban á su sombra. El Asdi, poeta de los árabes de Elvira, escribió para su losa los versos siguientes:

Aquí yace el fiel amparo —de los pobres desvalidos,
Que les dió sombra en verano —y en invierno grato abrigo:
Humilde césped le cubre, —pero es un césped florido:
Así las rosas lo enramen, —y al par jazmines crecidos.
Desde que echa el campo flores, —el bosque hojas, y agua el río;
Desde que el sol resplandece, —ni hombres ni ángeles han visto
Pecho más noble y gallardo —que el de Said aquí tendido.
Baña, llanto de mis ojos, —este sendero de mirtos.

de Alhama; se enriscaron en las ásperas quebradas de Antequera, Granada y Ronda; y mientras no se sintieron con bríos para ir á recoger nuevos laureles en los campos de batalla, se contentaron con ir vengando en sangrientas escaramuzas é inesperadas sorpresas y rebatos la muerte de su anterior caudillo,



PILA ARÁBIGA

á quien hizo degollar Abdala después de haberle cegado con un hierro candente y tenerle durante tres días sufriendo los más atroces castigos. Libres allí en breve de la presencia del emir, cuyo poder estaban amenazando en otra parte de Andalucía sus hermanos Khasem y El-Asbadj y Mohamed su hijo, constituyeron independiente de Córdoba un pequeño reino que comprendía todas las serranías meridionales hasta Gibraltar; construyeron fortalezas en las alturas más inaccesibles, amurallaron algunos pueblos y llegaron por fin á hacerse temibles al mismo Abdala, que no pudo ya pensar en su vida en desalojarlos de sus ventajosas posesiones. Traían de continuo desasosegadas las comarcas vecinas: caían hoy sobre una ciudad, mañana sobre un pueblo; y tenían en constante movimiento las tropas enemigas. Fueron el azote del Mediodía hasta que ocupó el lugar de Abdala Abdelrhamán III, esclarecido príncipe á quien cupo avasallar

con su dulzura y denuedo á todas las tribus rebeldes y llevar la guerra hasta el corazón del reino cristiano del Norte, ensanchado en los emiratos anteriores más por las turbulencias de los árabes que por la poderosa espada de los reyes.

Este joven emir, el primero que tomó en España el nombre de califa (1), después de haber derrotado á Kaleb-ben-Hafsún entre los montes de Toledo y los de Cuenca, pasó con parte de su guardia y la gente de guerra de Córdoba al mediodía del Guadalquivir, y no se detuvo hasta llegar al pié de las sierras que ocupaban aquellos andaluces insurrectos. Creía tal vez deber emplear contra ellos las armas; pero afortunadamente la fama de sus proezas y el recuerdo de su dulzura pudieron más con sus enemigos que sus aprestos militares y la vista de sus banderas vencedoras. Jeques de varias tribus andaluzas fueron espontáneamente á ofrecerle su influjo y sus aceros; presentáronsele uno tras otro los más temidos jefes de las Serranías; se le entregó dentro de corto tiempo el mismo Mohamed-ben-Adheha, régulo de toda la comarca. La cortés afabilidad con que recibió á los jeques y el olvido que manifestó de las pasadas rebeldías, nombrando para destinos importantes á los que primeramente se pusieron á la sombra de su trono, no contribuyeron poco á tan feliz desenlace, que trajo por consecuencia la rendición de Obeidala-ben-Omeya, otro banderizo de Hafsún que había logrado hacerse dueño de Cazlona. Abdelrhamán era uno de esos príncipes que saben cautivar con la generosidad á

(1) Abdelrhamán I, al constituir la España Árabe en un estado independiente del califato de Bagdad, tomó el título de Emir, que equivale á rey ó príncipe temporal, pero no el de Califa ni el de Emir-el-Mumenin, que equivalen al de príncipe de los creyentes ó pontífice. Temió sin duda quebrantar la unidad religiosa tan recomendada por el Alcorán; y así continuaron los árabes de estos reinos reconociendo la silla de su gobierno espiritual en la corte de oriente. Al subir al trono Abdelrhamán III estaba ya el califato de Bagdad en una gran decadencia, y existía por otra parte en África otro emir con el título de califa; y estas consideraciones le movieron á tomarla también para sí y sus descendientes, cosa que fué muy bien recibida por todos los musulmanes españoles. Data pues del advenimiento de este Abdelrhamán el llamado califato de Córdoba, que empezó el día 14 de Octubre del año 912.

sus enemigos; dió á Mohamed la alcaidía de Alhama, confirió á Obeidala el gobierno de Jaén, halagó á todos los jefes de tribu y á cuantos pueblos logró reducir á su obediencia, que fueron más de doscientos, visitó detenidamente el país de Elvira, y al entrar triunfante en Córdoba, no pudo presentar á la muchedumbre largas traíllas de esclavos ni carros llenos del botín de las batallas, pero tuvo el placer de llevar consigo el corazón de millares de súbditos que bendecían á la vez sus coronados estandartes y su política clemencia.

Sin esta noble conducta del califa hubiera sido quizá difícil poner fin á guerra tan larga y enconada por crueles venganzas, capaces de irritar aun á los de menos ardiente sangre. Hase visto ya la desgraciada muerte del hermano de Said-ben-Soleimán, herido y hecho prisionero en la vega de Granada: ¿el hierro ardiente que taladró sus ojos no había de encender en ira el pecho de los vencidos en el combate? Aun con el sistema de Abdelrhamán retoñó pronto la guerra en la misma serranía de Ronda, donde se sublevaron de nuevo más de cien pueblos contra el califato. Acostumbrados ya estos á la vida azarosa, no sabían acomodarse á la paz; y al verse atropellados por un wasir que pasó á cobrar con crecida escolta los atrasos de los tributos vencidos, tomaron las armas con más furor que nunca, aclamaron por caudillo al mismo alcaide de Alhama, á quien habían aclamado ya en la pasada lucha, y fortificando á toda prisa las cumbres de las Alpujarras, desafiaron desde ellas el poder de Córdoba. Viéronse luégo acosados por el mismo emir, que lleno de despecho por la que él llamaba alevosía de Mohamed, salió de su corte, apenas recibida la noticia, con grandes escuadrones de caballería y la tropa de Algafdat, Ecija y Porcuna; pero encerrados en los castillos de sus cerros lograron burlar los esfuerzos y el valor de aquel guerrero ilustre, que después de haber tomado las fortalezas de Baga y Bogiana, cansado de escaramuzas y refriegas parciales, se retiró á Jaén y encargó á Labi-ben-Obeidala la continuación de la guerra.

Bajaron á la llanura apenas vieron lejos de sí á Abdelrhamán, y aunque dieron á poco con Labi y salieron vencidos en la batalla, fué tal la astucia con que supieron emprender la retirada, que lograron meter al vencedor en angosturas y tomar en ellas sangrienta venganza de su derrota. Destruyeron no sólo el ejército de Labi, sino también el del califa, volviendo á quedar en breve dueños absolutos de su reino.

Confuso el walí de Jaén no se atrevió á comunicar á Córdoba noticias tan fatales: llamó en su socorro al de Carmona y á los alcaides de Algafdat y de Porcuna, y volvió á abrir con ellos la campaña, deseoso de lavar con sangre enemiga la mancha que había recibido. Acometió por diferentes puntos á los rebeldes; peleó con ardor y hasta con ira; pero no pudo conseguir ventaja contra el bravo alcaide de Alhama, que le arrolló en repetidos encuentros, y después de haber arrojado de sí las tropas reunidas de los dos principales caudillos sorprendió la importante ciudad de Jaén, y la redujo á sus armas con asombro de sus mismos contendientes.

Fué este, sin embargo, el último triunfo de los rebeldes. Al oir el califa al mensajero que le llevó tan infausta nueva, cuentan que le agasajó como si le hubiese llevado la de una gran victoria; no descuidó sin embargo ni un solo punto remediar este quebranto. Juntó las tropas de Córdoba, y tomando su caballo de batalla partió para Jaén, sitió la plaza y obligó á sus enemigos á que huyeran despavoridos á guarecerse en las quebradas de los montes. Cargó sobre ellos, principalmente sobre los que se dirigieron con Mohamed al Mediodía; pero no pudo impedir que llegasen á Alhama y se encerrasen en su grandiosa fortaleza. Conoció al verlos allí cuán difícil había de ser vencerlos sin derramar á torrentes la sangre de sus soldados; pero no por esto desistió de su empeño. Lleno de cólera al ver que un puñado de árabes revoltosos detenía á cada paso su marcha vencedora contra los cristianos del Norte, sentó sus reales ante Alhama, y juró no levantarlos hasta ver la cabeza

de Mohamed sobre la espada de uno de sus valientes. Mostróse en aquel sitio como en todos infatigable: daba todos los días asaltos más sangrientos, y al ver la desesperada defensa de los cercados y la matanza de los suyos, no hacía más que aumentar su ardor y sed de venganza. Desesperábale hasta la prolongación del sitio, y resuelto á no sostenerlo por más tiempo, mandó abrir brechas en las murallas con vigas y hogueras, logrando así dar entrada en el pueblo á sus soldados, que, apenas se vieron vencedores, lo pasaron todo á fuego y sangre, no dejando con vida ni á uno solo de los vencidos. Encontróse después á Mohamed exhalando entre cadáveres sus últimos suspiros; y cumpliendo Abdelrhamán su juramento, mandó cortarle la cabeza y la envió á Córdoba con la noticia de su triunfo.

Muerto Mohamed, á quien llamaban últimamente los suyos el Somor, desmayaron los rebeldes de las serranías, y no tardaron en presentarse al califa, á quien cupo de esta suerte acabar para siempre tan desastrosa guerra. Pasaron entonces los vencedores de Alhama á Granada, allí permanecieron algún tiempo, admiraron la bella posición de este pueblo entre el Genil y el Darro, su frondosa y dilatada vega y sus jardines pintorescos; y después de haber echado los cimientos de una espaciosa mezquita que mandó construir Abdelrhamán, salieron camino de Toledo dejando sosegada del todo esta parte de Andalucía.

Duró la paz en estas provincias algo más de un siglo. Alcanzaron entonces un alto grado de prosperidad bajo la poderosa mano de Abdelrhamán, de Alhakem II y del hadjeb Almanzor, cuyo cuerpo se hubiera podido cubrir con el polvo recogido en los campos de batalla. Animó la agricultura los campos, que aún hoy revelan los esfuerzos de aquel siglo; cubrieron los olivos con su sombra las orillas del Guadalquivir; creció y fructificó la vid en las risueñas costas de Málaga; árboles de otros climas poblaron los montes; produjo la tierra pingües frutos

hasta en las frías gargantas de Sierra Morena. Alzóse sobre cada barranco un puente; abrióse en Granada y en otros puntos dilatadas acequias que esparcieron la vida por tan fértiles comarcas; levantóse á millares los cortijos, prueba evidente de lo aprovechadas que habían de estar aun las tierras en que reinan hoy la soledad y la muerte. Creció notablemente la riqueza pecuaria; numerosas cabañas de ganado que apacentaban durante el verano en las sierras del Norte, bajaron al asomar el invierno á la llanura.

Hubo desde entonces animación dentro de estas provincias, ya en los montes del interior, ya á lo largo de las costas. Resonaba el pico del minero en las sierras de Jaén, de cuyas entrañas se extraía preciosos metales, y en las de Málaga y Bejar, que encerraban en su seno el rubí ó sea el yakut ahmar de los árabes. Corrían junto á las orillas del mar numerosas navecillas destinadas á la pesca del coral, entre las cuales se veía asomar buques de alto bordo que iban y venían de las costas de la Mauritania. Las costas de Almería rebosaban de gente consagrada á los trabajos navales ya desde los tiempos de Abdelrhamán I, que fundó en ella un arsenal grandioso. Ocupada continuamente la atención de los califas en las guerras de África, donde alcanzaron tan brillantes triunfos, era aquella una de las que más debían reparar los quebrantos de la armada, y esto le comunicaba vida y movimiento.

Participaron además estas provincias de la luz que estaba arrojando de sí la corte de Córdoba, donde acudían los más sabios árabes de Oriente y de Occidente atraídos por el brillo y la generosidad de los califas. Las letras en aquella corte gozaban de grande estima: había en ella desde los tiempos de Alhakem la mejor y la más numerosa biblioteca del orbe, y desde los de Almanzor un establecimiento casi universitario. Buscaban los mismos príncipes la amistad de los que sobresalían en algún ramo de las ciencias. Era sobre todo apreciada la poesía: los califas eran casi todos poetas, y el laúd solía abrirse

en palacio más paso que la espada. Un canto que revelase inspiración y genio levantaba á veces á un joven desde el polvo á las gradas del trono. Colocó Alhakem en los más altos puestos á los mejores poetas, y Almanzor los llevaba siempre consigo en aquellas expediciones militares que llenan las más brillantes páginas de la historia de aquellos días. Con tanta protección á las letras florecieron escritores célebres en las principales ciudades de España, sobre todo en las de estas provincias, situadas bajo un bello clima y á corta distancia de la corte. Produjo entonces Málaga uno de los primeros historiadores; Elvira, Granada y Jaén, poetas que hicieron resonar sus bellos y entusiastas cantos bajo las doradas bóvedas del alcázar de Zahara. Fué durante muchos años la gloria de Jaén Ahmed-ben-Faraje-el-Djaheni, célebre por sus enérgicas imitaciones de los poemas épicos orientales, y notable entre todos por la sublimidad de su estilo y la cultura y elegancia de su lenguaje; fuélo de Elvira Ebn-Isa-el-Gaiani, que á su vuelta de Egipto y otros países del Oriente que había recorrido por orden de Alhakem, presentó á este califa su geografía y una descripción en verso de las cercanías de su patria; fuélo de la misma ciudad Asdi, el que escribió aquella inscripción tan sentida sobre la tumba de Said-ben-Soleimán, otro poeta esclarecido, hermano, como ya llevamos dicho, del caudillo que hizo cegar Abdala después de la fatal jornada de Loja.

Prosperaba todo en aquel período; mas en medio de tanta prosperidad había germenes de destrucción y muerte para aquel Imperio, en cuya agonía habían de volver á ser estas provincias teatro de las más vivas luchas. Mientras el hadjeb Almanzor, que no era sino un ministro, estaba asordando África y España con el estruendo de sus batallas, vivía en niñez perpetua dentro de los salones de Zahara el califa Hescham II, enteramente ageno á los negocios del Estado, y sin llegar á conocer siquiera la nación cuyo gobierno le había confiado Alhakem su padre. Almanzor y aun su primer hijo Abdelmelec, que le sucedió en

el cargo de hadjeb después de su muerte, supieron usar con gloria y provecho de su país del poder usurpado; pero Abdelrhamán, que no conservaba de su padre Almanzor sino la gallardía, quiso emplearlo ya más en pro suya que en la de su patria, y con el afán de hacerse declarar sucesor del califa abrió la puerta á una guerra fatal que costó al Imperio la sangre de sus mejores hijos. Mohamed-ben-Hescham, biznieto de Abdelrhamán III, sabedor de los intentos del nuevo hadjeb, pretendió ser de derecho sucesor al trono, y acaudillando cuanta gente pudo, entró á mano armada en Córdoba, se apoderó del califa, á quien dió por muerto, se hizo proclamar emir de los fieles, destituyó á cuantos creyó que podían ser sus enemigos, y desterró del palació y aun de la corte á todos los zenetas, que eran los guardias del califa.

Fué principalmente este destierro el que dió lugar á las más feroces escenas. La guerra dejó de ser personal y pasó á ser de raza; y empezó en toda España una serie de luchas civiles en que estaban de una parte los árabes puros y de otra las demás familias musulmanas. Arrojados los zenetas de Córdoba á viva fuerza, encuentran apoyo en D. Sancho, conde de Castilla, bajan al camino de Córdoba acompañados de este príncipe y de gran número de caballeros cristianos, tropiezan en Jabalquinto con el ejército de Mohamed, traban con furor la batalla, y en horas dejan en el campo veinte mil soldados cordobeses. Persiguen luégo á Mohamed hasta los llanos de Bailén, se dirigen á Córdoba, que les abre desde luego las puertas, entran días después en ella, y proclaman califa á Soleimán-ben-Alhakem, que había sido su caudillo desde su primera salida de la corte.

Sabida la noticia de este encumbramiento, no hubo ya quien bastase á detener las tribus árabes. Alzáronse en las provincias granadinas las que vivían en las Alpujarras, siendo tal la saña con que en muchas ciudades se miró á los africanos, que el pueblo de Málaga al sublevarse contra el nuevo califa preten-

dió matar á uno de los más poderosos, y después de haberle concedido algún tiempo para que hiciese su plegaria, le rajó de una pedrada la cabeza. Así fué como al verse derrotados los zenetas en Akbar-al-Bakar por las tropas de Mohamed, que á los siete meses bajó contra ellos seguido de un grande ejército árabe y de gran número de cristianos venidos de lo más áspero de la Marca catalana, rodeados por todas partes de enemigos, no concibieron otro medio de salvación que la fuga al África, y se dirigieron precipitadamente á la boca del Guadiaro, término occidental de la provincia de Málaga. Eran, empero, muy bravos los zenetas; y una nueva batalla que se les presentó en las orillas de aquel río, batalla que al parecer había de hacer inevitable su ruina, bastó para hacerles recobrar sus bríos y su preponderancia. Atacaron en ella con tanto ímpetu á Mohamed, que no pudieron resistirlos ni aun las tropas cristianas, defendidas por fuertes armaduras y montadas en caballos cubiertos de hierro. Los caudillos cristianos más valientes fueron los primeros que murieron en la refriega: murió allí Othón, obispo de Gerona (1), Arnaldo, que lo fué de Vich, Ecio, que lo fué de Barcelona; murió allí Armengol, aquel temido conde de Urgel que parecía tomar por juguete los azarosos lances de la guerra. Destruyeron los zenetas en esa del Guadiaro todas las fuerzas de Mohamed, que fué á morir en Córdoba á manos de aquel mismo califa Hescham á quien había hecho pasar por muerto á los ojos de todo el Imperio.

Dió esta batalla, por último resultado, la entrada de los africanos en la corte del califato; pero no tardaron éstos después de la victoria en tener contra sí otro enemigo temible que sacó sus principales armas del seno de estas provincias. Hhayrán, alcaide perpetuo de Almería y último hadjeb de Hescham, apenas vió cicatrizadas las heridas que recibió en la toma

(1) Véase sobre este obispo el tomo II de *Cataluña* en el capítulo *San Cucufate del Vallés*.

de Córdoba, salió secretamente para Orihuela, y organizando allí numerosas huestes se dirigió contra la ciudad que había en otro tiempo poseído. Encontró porfiada resistencia en el nuevo walí, que defendió durante veinte días el alcázar; pero apoyado por los habitantes, logró entrar en la plaza después de haber aquellos arrojado al mar al general y sus hijos. Dueño ya de Almería, fué acalorando los ánimos contra los zenetas, partió á Ceuta, habló con Aly-ben-Hamud-el-Edrisita, que la estaba gobernando, le pintó con vivos colores lo mucho que esperaba de él Hescham, la necesidad que había de reponer en el trono á este califa ó de vengar su sombra caso que hubiera muerto alevosamente en poder de sus enemigos, el odio que profesaban los árabes andaluces á los nuevos dominadores, el derecho y la facilidad que tenía de apoderarse del Imperio si llegaba á vencer en una sola batalla á los aborrecidos africanos. Supo excitar tanto la ambición de Aly, y habló con tanta energía y entusiasmo, que no sólo le decidió á favorecer sus intentos, sino que también le movió á reunir las tropas de Ceuta con las de Algeciras, de que era walí Kasem-ben-Hamud su hermano, y entrar en España apoderándose al primer embate de la ciudad de Málaga, que ganó á punta de espada. Armó luégo Hhayrán sus tropas, abrió la campaña, se dirigió hacia Aly, á quien hizo reconocer por jefe superior de todo el ejército, se reunió con él en Almuñecar, y juntando allí los dos caudillos sus banderas, juraron restablecer á Hescham en el trono peleando, si necesario fuera, hasta la muerte.

Preparábanse ya los dos jefes para acometer la empresa cuando supieron que bajaba contra ellos Soleimán, el temible jefe de los zenetas, el entonces dueño de la España de los árabes. Se disponen entonces para un combate decisivo, llenan de ardor á sus soldados, se adelantan al enemigo, le asaltan de lleno temerosos de que les fatigue en vanas escaramuzas, y le obligan á entrar en batalla. Le vencen, le hacen retroceder á largas jornadas á la corte, pasan al extremo del Guadalquivir,

lo atraviesan, siguen río arriba, derrotan de nuevo á sus enemigos en las inmediaciones de Sevilla, toman al paso esta ciudad, entran á poco triunfantes en Córdoba, y no hallando allí á Hescham, corta Aly con su propia espada la cabeza de Soleimán y las del padre y hermano de este desventurado califa.

Después de tan rápidas victorias recobró el atrevido alcaide de Almería bajo el califato de Aly el cargo que tuvo bajo el de Hescham; pero no tardó en deber provocar otra guerra contra el mismo á quien acababa de encumbrar con la fuerza de sus armas. Viéndose aquél enviado de nuevo á su gobierno de Almería, no pensó ya más que en proyectos de venganza. Pasó á estas provincias, manifestó la necesidad de reponer en el trono á un ommiade, se dirigió á todos los alcaides y walíes que consideró enemigos de los africanos, armó en breve una liga poderosa, y arrostró de frente todo el poder del hamudita. Pasó á Guadix, punto de reunión de los coligados, juntó su pendón con los de otros rebeldes, juró é hizo jurar á todos que derramarían su sangre hasta poner al frente del Imperio un individuo de la antigua alcurnia, puso en marcha todo el ejército, y se dirigió á largas jornadas á la corte. Dió en el camino con Aly, y tuvo la desgraciada suerte de verse derrotado al primer encuentro, perdiendo la mayor parte de su hueste y el apoyo de los aliados; pero no desistió de su empeño, levantó nuevas tropas, pasó á Jaén, y deseoso de dar mayor fuerza á su partido, hizo al instante proclamar califa al walí de esta ciudad que llevaba el nombre de su bisabuelo Abdelrhamán III. Creció entonces en osadía, y nombrado hadjeb del nuevo príncipe, salió otra vez á campaña; pero había ya la victoria abandonado para siempre sus banderas. Fué también vencido por Aly, y no encontrando seguridad ni en las sierras de la Alpujarra, se vió obligado á bajar á la costa y encerrarse en Almería. Perseguido hasta en aquella ciudad por su implacable enemigo, se preparó para una defensa heróica, y se atrevió á desafiarle en campo abierto; mas herido en medio de la refriega cayó al fin en manos del hamu-

dita, que al verle desnudó con furor la espada y le cortó con su propia mano la cabeza.

Seguía entre tánto en Jaén el recién encumbrado Abdelrhamán, á quien se habían negado á reconocer en estas provincias las ciudades de Granada, Málaga y Elvira. Tenía ya contra los muros de su ciudad á Zawyy el Sanhadjita, que le atajaba por todas partes los pasos; y al saber la muerte de Hhayrán temió no sin razón verse sitiado con mayores fuerzas por Aly, á quien sólo faltaba la toma de esta plaza para coronar sus triunfos. Habría sin duda debido sucumbir á poder llegar éste hasta los muros de Jaén; pero le favoreció una serie de sucesos inesperados que por poco le hacen dueño de todo el Califato. Aly murió en un baño cuando tenía ya dispuesto su caballo de batalla para ir contra el enemigo; su hermano Kasem, proclamado califa por los hamuditas, no supo sino atraerse el odio de sus súbditos con inicuos atropellos y venganzas; Yahyah, hijo de Aly y á la sazón walí de Ceuta, apenas supo la muerte de su padre y el encumbramiento de su tío, se aprestó para la guerra, armó millares de negros, se arrojó sobre Málaga, y pidió á voz en grito el Califato. ¿Podían en medio de tanta confusión dejar de crecer las fuerzas de Abdelrhamán? Voló á ponerse bajo la sombra de sus estandartes la mayor parte de la nobleza árabe, que huía de Córdoba espantada por el sanguinario despotismo de el-Kasem; y Jaén vió pronto dentro de su recinto una hueste numerosa.

Zawyy, derrotado en todos sus ataques, se retiró á sus serranías, y no se atrevió á bajar más sobre Guadix y Baeza, ciudades que antes amenazaba de continuo; Kasem no pudo pensar en Jaén, empeñado en la guerra contra su sobrino. Hallóse por mucho tiempo Abdelrhamán libre de toda suerte de enemigos que pudieran hacerle frente, y para colmo de ventura llegó al fin á verse libre hasta de sus mismos rivales Yahyah y Kasem, que hubieron de huir de Córdoba, aquél amenazado por su tío y éste por los mismos cordobeses, que bloquearon llenos de có-

lera el alcázar y lo hubieran quemado á no ser por la generosidad de algunos jinetes ahmerides.

No bastaron, sin embargo, tantas ventajas para que el ommiade pudiese recobrar el puesto que pertenecía á su familia. Durante los últimos acontecimientos de la corte había bajado con su ejército hacia Granada con el objeto de destruir á Zawyy y á Djilfeya, á quienes había Kasem enviado últimamente nuevas tropas; dió con ellos al llegar á la Vega, trabó la batalla, y se echó con tal ímpetu sobre la infantería bereber, que ésta no pudo menos de volver la espalda y huir desalentada por la inmensidad de la llanura. No pudo, empero, gozar de su victoria: una flecha mal disparada le derribó ya muerto de su caballo, mientras le daban la noticia de que sus tropas iban acosando al enemigo.

Tras este desgraciado combate es fácil conjeturar lo que sería del agonizante Califato. Después del corto reinado de otros dos ommiades que se disputaron á mano armada el trono, fué acogido de nuevo en Córdoba Yahyah, aquel hijo de Aly que entró en España contra Kasem á la cabeza de sus negros africanos; y fué este Yahyah el último califa que tiñó con su sangre el suelo de estas provincias. Ciego de enojo contra el walí de Sevilla, que se negó á reconocer su autoridad, mandó que marchasen sobre esta ciudad los alcaides de Jerez, Málaga, Arcos y Sidonia, se les incorporó con la tropa y caballería de Córdoba, partió con ellos por el camino de Ronda, y al tropezar con el orgulloso walí, que le había salido al encuentro, cargó tan inconsideradamente sobre él, que dejándose coger en una emboscada perdió á un tiempo la corona y la vida, cayendo cadáver en poder de su adversario, que hizo de su cabeza una copa recamada de oro y pedrería para beber como los héroes escandinavos en el cráneo de un enemigo.

CAPÍTULO VI

Reyes que hubo en estas provincias después de la caída del Califato

De 1041 á 1091



UERTO Yahyah, subió al trono de Córdoba Hescham III, con el cual vino á fenecer el Califato. Tras él apoderóse del gobierno su hadjeb Djehwar, hombre de excelente corazón y gran cordura; pero no ejerció ya el poder absoluto de los califas debiéndose limitar á ser presidente de un

diván en que residió la autoridad suprema. Ansiaba Djehwar ante todo poner término á las guerras civiles, recurriendo más á la persuasión que á la espada: se dirigió amistosamente á los walíes, les encareció la necesidad de sacrificar sus intereses personales á la salud de la patria, les suplicó con fervor que, depuesta toda ambición y todo deseo de venganza, le ayudasen á salvar el Imperio de la ruina que le amenazaba; pero inútilmente. Despreciaron sus avisos los más de los walíes, y lejos de procurar como él deseaba el restablecimiento de la unidad pública, trabajó cada uno por hacerse soberano de los pueblos confiados á su cargo. Cada provincia tuvo pronto un emir y cada emir un rival; la discordia civil levantó en todas partes la cabeza; creció la confusión, y fué durante muchos años toda la España árabe víctima de atroces venganzas y pequeñas guerras.

En este estado de cosas, procedente en gran parte de la desacertada conducta de Almanzor y sobre todo de las turbulencias que agitaron al Califato en sus últimos momentos de agonía, pertenecieron estas provincias á cuatro príncipes distintos. La de Almería estaba al espirar el último ommiade bajo el poder de Zohair, que, apenas supo la muerte de su pariente Hhayrán, se dirigió contra esta ciudad y la tomó por asalto con el auxilio de otros ahmerides poderosos; la de Málaga bajo el de Edris-ben-Aly, que, al recibir la noticia de haber muerto Yahyah en la jornada de Ronda, partió para la ciudad que bañan Guadalhorce y Guadalmedina, y fué proclamado en ella por los jeques reunidos príncipe de los creyentes; la de Granada bajo el de Habus-ben-Maksan, á quien había confiado el gobierno de aquel pequeño reino su tío Abu-Mosny-Zawyy-ben-Balkyn, el que peleó en favor de los hamuditas en la vega de Granada; la de Jaén bajo el de Djewar, el ilustre jefe del diván de Córdoba. No tenían entonces estas provincias la extensión y los límites que ahora, ni pertenecían todas por entero á las monarquías recién constituídas; pero no hay datos para señalar de una manera fija el término, el límite, los dominios de cada uno de los

cuatro príncipes. Se sabe que Habus no poseía más que el territorio de Elvira y el norte de las Alpujarras, que Edris dominaba todas las vertientes meridionales de esta misma sierra hasta los confines de Almería y el espacio de costa que media entre Motril y Tarifa; pero no es posible asegurar qué es lo que constituía el reino de Zohair, ni hasta qué pueblos de Jaén se extendía la jurisdicción de Córdoba.

Durante la vida de esos emires ó sahebes apenas terciaron estas reducidas monarquías en otra guerra que en la del walí de Sevilla y el de Carmona, á quien favorecieron Habus y Edris; pero á la muerte de cada uno de ellos sobrevinieron desgraciadamente luchas civiles que volvieron á envolverlas en los horrores de otros tiempos. Al fallecimiento del de Málaga el esclavón Nadjad, que gobernaba en Ceuta, sabedor de que había sido elegido emir el hijo de Yahyah Edris II, y deseoso de que ocupara el lugar de éste el joven Hasán por cuya suerte futura no hubiera perdonado sacrificio, confió precipitadamente su plaza á otro caudillo de su misma raza, reunió tropas, partió con Hasán para la ciudad cuyo imperio pretendía, desembarcó en ella, peleó y encendió la guerra. Salió vencido en su primer encuentro con el general del príncipe elegido; pero cabiéndole aún guarecerse dentro de los muros de la Alcazaba, cuyas puertas le abrió la traición, no sólo pudo resistir por mucho tiempo á las fuerzas de sus enemigos, sino que fatigándolos todos los días con refriegas en que solía llevar la mejor parte, alcanzó por medio de una capitulación volver honrosamente á Ceuta y dejar junto á Yahyah-ben-Edris de wasir á un íntimo amigo suyo llamado el Schetaifa, que debía favorecer más allá su aventurada empresa.

Era este esclavón Nadjah hombre temible: dotado de grande ambición no encontraba nunca obstáculos insuperables, y para alcanzar su objeto habría pasado sobre el cadáver de sus propios hijos. Dos años después de su salida de la Alcazaba asesinó al mismo Hasán por cuya prosperidad parecía afanarse

tanto, asesinó según algunos al hijo de este desventurado joven, juntó de nuevo sus parciales, armó ejército y escuadra, pasó á Málaga, y apoderándose por asalto de todas las fortalezas que tenía la ciudad, logró encarcelar en su propia estancia al mismo emir, cuya muerte estuvo desde luego premeditando. Debió, como es de suponer, á el Schetaifa el buen éxito de su invasión; pero no logró gozar por mucho tiempo del fruto de su alevosía. Noticioso de que Mohamed-ben-Kasem, deudo del cautivo Edris, estaba juntando contra él en Algeciras numerosas tropas, creyó oportuno salirle al encuentro con sus esclavones; y al retroceder á Málaga, deseoso de quitar de en medio al emir, fué muerto á lanzadas por algunos jeques y caudillos malagueños que salieron con él á campaña. Perecieron él y diez de sus mejores soldados; murió en manos del pueblo Schetaifa, origen de esta última guerra; murieron tras él infinitos parciales suyos, y hubieran muerto quizá todos á no haber detenido los pasos de la muchedumbre Yahyah-ben-Edris, á quien acababan de sacar del alcázar y estaban llevando por la ciudad en triunfo.

Era, sin embargo, Edris un príncipe sin fortuna. Había sido desde el principio de su reinado uno de los más firmes aliados del walí de Carmona, con el cual estaba en guerra abierta el de Sevilla; y por este hecho se había atraído el odio de este último, que no cesaba en cuanto podía de poner en alarma sus fronteras. Derrotado el de Carmona en su misma ciudad, pasó de nuevo á Málaga pidiéndole apoyo contra su común enemigo. Salieron contra éste ambos príncipes, pelearon en distintos campos, procuraron con todo ahínco el rescate de Carmona, lucharon hasta ver agotadas sus fuerzas; mas no pudiendo alcanzar victoria alguna que pudiese dar por resultado el cumplimiento de sus pretensiones, se vieron obligados á retirarse, dejando preponderante al de Sevilla. Recibió Edris á su vuelta á Málaga un aviso confidencial de Habus sobre la conducta de su wasir Muza: díjosele que aunque éste le mostraba cariño, estaba en inteligencia con sus enemigos, y hasta se le aconsejó que pro-

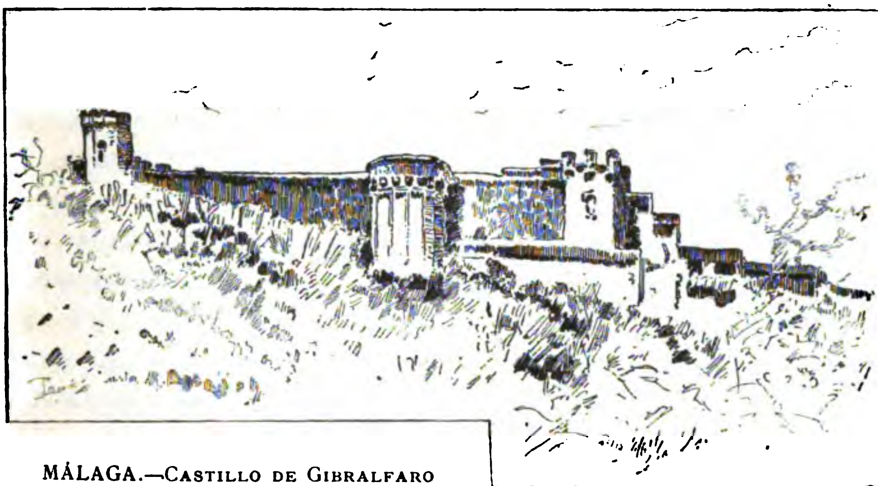
curase quitarle del medio, si no quería morir víctima de una infame alevosía. Temeroso con esta amenaza, no tardó en deshacerse del wasir, que enviado á Habus para que éste premiara sus servicios, fué á perder la cabeza en la ciudad de Granada; pero muy pronto debió sentir también los efectos de muerte tan imprudente como traidora. Tuvo que salir á la sazón para Ronda, donde estaba peleando Habus contra las tropas de Sevilla; y vió dentro de pocos días invadido su reino por Mohamed de Algeciras, que, ardiendo en deseos de vengar á su primo Muza, voló á Málaga á la cabeza de gran número de africanos, entró en ella sin encontrar apenas resistencia, hizo suya la guarnición de la Alcazaba, y fué proclamado emir por las fuerzas de uno y otro bando. Pudo aún entonces vencer, favorecido por el vecindario de la ciudad que se armó contra los negros, logrando encerrarlos en la Alcazaba y ponerles riguroso bloqueo; bajó con celeridad á Málaga, formalizó más y más el cerco, y entrando en pacto con los africanos, prendió á Mohamed, que se le entregó al verse abandonado por los suyos. Pudo aún más: se apoderó de las posesiones de su emir cautivo: se apoderó de Algeciras, se apoderó de Tánger, se apoderó de Ceuta, y se hizo desde entonces más temible al de Sevilla, que no pudo dejar de mirar con envidia y hasta con ira el inesperado ensanche de sus dominios y el aumento que experimentó su ejército con el alistamiento voluntario de la mayor parte de los negros que habían acompañado en la última campaña al príncipe vencido. ¿Le aseguró, empero, sus estados tan gran victoria? Lleno de generosidad, perdonó la vida á Mohamed, y se contentó con enviarle á la fortaleza africana de Hisn Airasch; y fué ese mismo Mohamed el que se encumbró al fin sobre su ruina. Estaba ya anciano y muy desfallecido cuando oyó un día rugir en torno suyo á la muchedumbre airada; no se sintió con fuerzas para luchar y tuvo que ceder mal de su grado la corona que durante muchos años había sabido sostener contra toda clase de enemigos. Mohamed, cuya vida estuvo en sus manos, le sucedió

aclamado por el pueblo; y el que tan poderoso se había visto en los últimos años de su existencia, se vió condenado á exhalar su último suspiro en las tinieblas de una cárcel.

Estuvo Edris durante todo su reinado, como acaba de verse, en íntimas relaciones con el saheb de Granada Habus-ben-Haksán, que murió casi al mismo tiempo que él, dejando por sucesor á Badys, su hijo. Habus fué también uno de los aliados del walí de Carmona, y estuvo en continua guerra con el de Sevilla, cuyas fuerzas contrarrestó muchas veces en las fronteras de su reino. Distinguióse sobre todo por sus prendas militares. Era en extremo valeroso, intrépido en el peligro, infatigable en sus campañas, más ardiente que nunca después de una derrota. Luchó con un enemigo poderoso y sanguinario que no pensaba más que en la conquista, y le tuvo sin cesar sobre el lindero de sus dominios; pero no solamente logró detenerle; le dió á conocer su pujanza en Alcalá del Río, y hasta en uno de los barrios de Sevilla.

Los reyes de Almería fueron en todo este tiempo los que gozaron de mayor paz en estas provincias. Moez-ben-Mohámed, sucesor de Zohair, no tuvo que desnudar la espada contra enemigo alguno, logrando después de diez años de reinado, entregar á su hijo Mohamed-ben-Maan en estado tranquilo y floreciente su reducida monarquía. Apenas subido éste al poder, tuvo ya que luchar con su hermano Somidah-Abu-Otabi, que le disputó la soberanía; pero merced á su valor y á su prudencia, ni fué larga la guerra, ni sangrienta, ni dió por resultado más que el pronto vencimiento del rebelde, á quien acogió y honró en su corte el bondadoso príncipe. No entraron durante muchos años estos reyes ni aun en las guerras de sus vecinos, en las que, si alguna vez tomaron parte, fué para acallar las discordias civiles, aquietar pasiones bastardas, y dirigir contra los infieles al Profeta los ímpetus belicosos que consumían desgraciadamente en satisfacer odios y venganzas. Alcanzaron así á la sombra de la paz que un reino pequeño por su extensión se presen-

tara grande á los ojos de los demás pueblos, llegando á llamar la atención y el amor de los sabios y de los poderosos casi del mismo modo que lo hizo en tiempos más venturosos el destruído califato. Dióles sobre todos prosperidad ese mismo Mohamed-



MÁLAGA.—CASTILLO DE GIBRALFARO

ben-Maan, contra el cual se levantó su hermano. Fué de los príncipes más amantes del pueblo, benéfico y humilde para todos, dadivoso, amante de las letras, y apasionado principalmente por la poesía. Tenía en su mismo alcázar á Abu-Abdala-ben-el-Hedad, el más esclarecido poeta de la época, y á Ebn-Ibada-Ebn-Bolita y Abdel-Melek, varones de grande ingenio; dedicaba un día de la semana á conversar con los hombres más doctos; condecoraba y distinguía con ahínco á cuantos venían de oriente y mediodía á ilustrar su corte con los conocimientos que poseían. Protegió eficazmente la agricultura y el comercio, y fué esparciendo la felicidad por todo el ámbito de su reino.

Ardía en tanto el de Córdoba en nuevas guerras civiles, y el norte de las provincias granadinas, ya que no viese continuamente manchado el suelo con sangre de combatientes, se hallaba fatigado sin cesar por el paso de armas amigas y enemigas que,

ya iban, ya venían de la ciudad de aquel nombre, deseosas siempre de saqueo y de matanza. Los emires de Toledo y los de Sevilla se disputaban porfiadamente la corte del antiguo califato; Córdoba debía luchar con la fuerza de los unos y la alevosía de los otros; y temblaban todas las vertientes meridionales de Sierra Morena al estruendo de batallas terribles y desapiadados asaltos. Desapareció, al fin, aquel reino, cayendo por traición en poder de Mohamed-ben-Abed de Sevilla; mas no por esto cesó en él la lucha. El padre de Mohamed, el eterno enemigo de los sahebes de Carmona, Málaga y Granada, á pesar de ser el más poderoso de los emires españoles, no pudo verse aún libre de las huestes de Toledo, que acompañadas de auxiliares cristianos, llegaron á tomar no sólo á Córdoba, sino también la ciudad de Sevilla. Toledo era aún á la sazón un reino temible, y á no haber sobrevenido la muerte de su emir poco después de su entrada en ella, estaba próximo á avasallar todo el Sur, que sentía ya el peso de sus armas desde las orillas del Guadalquivir hasta más allá del Júcar. Murió, empero, el emir, y Mohamed-ben-Abed, que lo era hace ya tiempo de Sevilla, pudo reconquistar fácilmente las ciudades perdidas.

Este Mohamed-ben-Abed no tenía la crueldad de su padre, pero era de mayor denuedo. No sólo contrarrestó las fuerzas toledanas, sino que también, prosiguiendo con actividad la guerra contra los emires de Málaga y Granada, hizo al fin suyo aquel reino, que no había podido conquistar su padre á pesar de sus afanes. Dirigióse con ardor contra ben-Kasem, el que destronó á ben-Edris; tomóle uno tras otros pueblos importantes, le derrotó junto á Baza, ciudad perteneciente al reino de Granada, que tomó poco después de la batalla, le acorraló dentro de los muros de Málaga que no tardó en verle morir, según algunos en un baño, atacó con mayor ímpetu al sucesor Kasem-el-Mostaly nombrado antes por su padre walí de Algeciras, ganó hoy una ciudad, mañana un pueblo, y una tras otra victoria llegó á apoderarse de todos los dominios que tenía en

España su enemigo (1). Dominó luégo en Málaga y Algeciras, y arrojó, por fin, al África al desgraciado Mostaly, á quien no quedó más recurso que el de ir á reducir las ciudades de Tánger y de Ceuta.

No paró aquí la ambición de Mohamed. Dueño ya del reino de Málaga, dirigió sus armas contra los restos del de Córdoba; y lleno allí del entusiasmo que suelen inspirar los grandes triunfos, ganó con rapidez los castillos más fuertes que cubrían el norte de estas provincias. Úbeda, Baeza y Martos cayeron en su poder; tembló Jaén ante sus banderas vencedoras; y no habría habido quizá en toda aquella comarca pueblo ni ciudad capaces de resistir al número y al esfuerzo de sus soldados, á no haberle infundido zozobra y temor los adelantos de Alfonso VI, que tuvo por este tiempo la osadía de bajar á poner cerco á la ciudad de las ciudades, á Toledo. Las venturosas hazañas de este rey cristiano, de quien aquél era suegro, le preocuparon á él y á todos los musulmanes; y cuando le vió vencedor de la ciudad sitiada, tenida entonces por inexpugnable, se estremeció ante la ruina que le amenazaba, y ya no pudo pensar sino en el modo de conjurar la tormenta que iba murmurando sobre su cabeza. Volvía los ojos en torno suyo, y se encontraba aislado y sin fuerzas para vencer al enemigo. Delante de sí no veía más que la caballería de Alfonso armada toda de hierro, detrás de sí no oía sino relinchar el corcel de los almoravides, hijos bravíos del Desierto, que acababan de lanzarse sobre el África como un

---

(1) He aquí la cronología de los emires que gobernaron este reino. Se recordará fácilmente que el primero que se apoderó de Málaga fué el walí de Ceuta Aly-ben-Hamud, que instigado por Hhayrán, pasó á España con el objeto de disputar el califato á Soleimán. Aly-ben-Hamud fué, pues, el primer emir de este reino, y lo fué desde el año 1015. Tras él siguieron en

1018—Kasem-ben-Hamud-el-Mamún, hermano del anterior.
1023—Yahyah-ben-Aly-el-Motaly, sobrino de Kasem.
1026—Edris I ben-Aly-el-Motayyad, hermano del anterior.
1039—Edris II ben-Yahyah-el-Aly.
1068—Mohamed-ben-Kasem-ben-Aly-ben-Hamud, sobrino del anterior.
......—Kasem II ben-Mohamed-el-Mostaly hasta 1091, en que feneció con él la dinastía de los hamuditas, descendientes en línea recta de los edrisitas de Fez.

león sobre su presa. Su ambición le había llevado á hacer la guerra á casi todos los demás emires de Andalucía, y apenas podía contar con uno, á pesar de correr todos igual riesgo y de ser unos los intereses de todos en tan críticas circunstancias.

Crecía, sin embargo, el peligro, y urgía prevenirse para una guerra decisiva. Alfonso estaba amenazando de muerte á Mohamed, y éste conocía ya bien el valor de aquel guerrero, que acompañado de sólo ciento cincuenta caballeros, se había atrevido á presentarse como aliado ante las mismas puertas de Sevilla, y deseoso de ver el Estrecho había descendido á la costa, penetrado en el mar hasta llegarle el agua al petral de su caballo, y dicho con el orgullo propio de un hombre á quien arrebata la ambición más desmedida: toqué por fin el extremo de la tierra de Andalucía. Temía más y más Mohamed; y en medio de su profunda desconfianza, llegó á concebir el pensamiento de pedir en su favor las armas de los almoravides, á pesar del terror que imponía á todos los árabes de España la fiereza de esa raza conquistadora. Conoció que un día podía ser víctima de sus mismos auxiliares; vió combatido su intento por su propio hijo, pero no hubo ya quien le hiciera desistir de su proyecto (1). Envió humildes embajadas á Yusuf, emir de los

(1) Conceptuamos oportuno trasladar la sentida plática que sobre este proyecto tuvo lugar entre Ebn-Abed y Raschid su hijo, traducida de una crónica árabe por el apreciable historiador Carlos Romey. «Hijo de mi alma, prorrumpe el padre, huérfanos venimos á ser en esta Andalucía, acorralados entre un piélago borrascoso y un enemigo poderoso é inhumano, sin que nos quepa ya más auxilio que el del Altísimo, si tiene á bien ampararnos. Ya estás viendo cuán poco nos cabe esperar de los emires de Andalucía, siendo de suyo insensibles para todo resguardo y arrimo. Por otra parte estás presenciando las conquistas y el poderío de Alfonso, de ese enemigo de Dios que, con su dicha y su tenacidad en pelear contra los musulmanes por espacio de siete años, ha señoreado á Toledo y sus dependencias, poblándolas de infieles y de inmundas criaturas. Ese enemigo de Dios está encubriendo su intento de avasallarnos; y en alzando la frente contra nosotros, temo que con su dicha y su tesón se ha de apoderar de nuestros estados y venir acá sobre nuestra ciudad; y en viniendo con su tropa y sentando su real ahí delante, arduo se hará el salvarla de sus manos. Hay, pues, que acudir sin arbitrio al arrimo de Ebn-Taschfyn, el nuevo conquistador del África, aunque media también su peligro en esta determinación como lo tenemos ya previsto; pues á la verdad ese musulmán mismo no me infunde menos zozobra y pavor que la arro-

almoravides, y no pudiendo alcanzar de él lo que pretendía, llamó á Sevilla á todos los doctores y príncipes de la ley, ya para que resolvieran lo que debía hacerse para la salvación común, ya para que, dirigiéndose juntos á Yusuf, pudieran moverle mejor el ánimo á que les favoreciera con sus invencibles tropas.

Asistieron de estas provincias á la asamblea Ebn-Badys-ben-Habus, saheb de Granada, el cahdi de los cahdies de la misma ciudad, Mohamed-ben-Maan-Moez, el Daula de Almería, algunos walíes, y entre otros el de Málaga, Abdala-ben-Yakut que lo era por el emir de Sevilla. Estuvieron acordes los individuos del parlamento en formar una liga sagrada y llamar á los almoravides; pero este Abdala-ben-Yakut, que era ya anciano, aunque vió levantarse contra la suya la opinión de todos, no dudó en alzar la voz contra ese llamamiento que, según él, debía dar por resultado la derrota de los cristianos y la completa servidumbre de los árabes. ¿Qué peso podía tener sin embargo el parecer de un hombre? Antes esclavos de musulmanes que

---

gancia del maldito Alfonso. Tantas guerras nos tienen exhaustos: cosechas y rentas han ido á menos con las talas y correrías que traen consigo las mismas guerras. Menguado está nuestro ejército, sin que asome nadie como antes á nuestras llamadas; y si alguno se alista, se muestra todo receloso y despavorido, y sobre todo desafecto, aborreciéndonos por igual la nobleza y la plebe; de modo que no veo otro partido...—Padre mío y señor, contesta el hijo, ¿estáis tratando de traer á España al ambicioso Ebn-Taschfyn, el mismo que salido de los desiertos de El-Kibla ha ido arrollando de extremo á extremo todos los kabiles del Maghreb? Pues él nos ha de arrojar de nuestros hogares, y con sus huestes desenfrenadas nos va á dispersar, deshermanar y expatriar.—Pero no quiera Dios, hijo mío, replica Ebn-Abed, que se diga de mí como he perdido la Andalucía cediéndola en patrimonio á los infieles y haciéndola morada de cristianos, ni que me avenga á que me estén maldiciendo desde los minaretes de nuestras mezquitas á voz de pregón, ni á que venga mi nombre á ser execrable para todos los musulmanes al par del de otros reyes desventurados: no, ¡vive Dios! no, hijo mío; pues más quisiera andar pastoreando los camellos del rey de Marruecos, que ser un emir tributario y avasallado por esos canes cristianos.—Hágase, pues, lo que Dios te está inspirando, dijo Raschid.—Y exclamó Ebn-Abed: espero de la bondad divina que cuanto me inspira en este trance será acertado y provechoso para nosotros y para todos los musulmanes.»

Las palabras del emir en esta plática manifiestan evidentemente que fueron más religiosos que políticos los motivos que indujeron á los árabes andaluces al llamamiento de los almoravides.

esclavos de cristianos, dijo la asamblea, y fueron llamados con urgencia los almoravides.

Los almoravides entraron y derrotaron en una batalla sangrienta al rey Alfonso, que después de haber visto sus estandartes entre el polvo del combate y la sangre de millares de sus soldados, tuvo que escapar á uña de caballo herido en la rodilla; pero las palabras de Yakut fueron una verdadera profecía y no tardaron en verse cumplidas. Yusuf, á cuyo campamento acudieron los más de los emires españoles, vino á su tercera entrada en la Península con ánimo de destronarlos; y Mohamed, ese mismo Mohamed que había sido el primero en pedir el auxilio de sus guerreros, vióse por él cautivado y humillado y abatido y condenado á vivir en África con su familia, comiendo el pan del pobre y vistiendo los harapos del mendigo.

Dirigióse primeramente Yusuf contra el saheb de Granada Abdala-ben-Balkyn, hijo y sucesor de Badys. Entró, según algunos, en la corte de este saheb como amigo; encontró, según otros, cerradas las puertas y en armas el vecindario, viéndose obligado á cercar la plaza para poder ganarla; y hasta los hay que creen que si la redujo fácilmente, fué por haber sabido conquistar el ánimo de Abdala, que se encargó de sosegar el pueblo. Como quiera que fuese, dió por resultado su entrada en la ciudad, que á los dos meses fué el saheb aherrojado y embarcado con todo su harem y toda su familia para el continente africano, donde murió á poco tiempo, dejando en la opulencia á sus tres hijos (1).

Dueño ya Yusuf de Granada, pasó á Ceuta en busca de nuevas tropas para la conquista de Sevilla; y dividiendo á su

(1) Ponemos á continuación la cronología de los sahebes de Granada. En
1013—Zawyy-ben-Balkyn-ben-Zeiry-ben-Menad, el Sanhadjita.
1020—Habus-ben-Maksan-ben-Balkyn-ben-Zeiry, sobrino del anterior.
1038—Badys-ben-Habus, el Modhafer.
1072—Abdala-ben-Balkyn-ben-Badys-ben-Abus hasta 1090.

vuelta en cuatro partes su numeroso ejército, emprendió á la vez la guerra contra todos los emires y walíes andaluces. Resonó entonces el estruendo de las armas en los cuatro ángulos de estas provincias. Jaén fue sitiada y tomada por Baty; Baeza y Úbeda humillaron su frente ante la espada de Schyr; Ronda sucumbió bajo Kasur; Almería cayó á las plantas de Mohamed-ben-Aischa; y Mohamed-Moez-ed-Daula, postrer rey de este último reino, debió buscar en las aguas del Mediterráneo una salvaguardia contra sus enemigos los almoravides (1). No hubo quien pudiera resistir á la formidable lanza de Yusuf, y estas provincias y la Andalucía entera volvieron á obedecer á la voz de un solo hombre.

(1) Los reyes de Almería fueron en
1009—Hhayrán-el-Sekleby.
1017—Zohair-el-Ahmery-el-Sekleby.
1041—Maan ó Moez-ben-Mohamed-ben-Abdelrhamán, apellidado Abu-el-Awas y Dzu-el-Wazirat-Ein (dueño de los wasyratos).
1051 ó 1052—Mohamed-ben-Maan-Moez-el-Daulah-Abu-Yahyah, apellidado el Moatesin-Billa y el Watek-bi-Fald-Ela.
1095—Obeidala-ben-Mohamed-Hosam-el-Daulah-Abu-Merwan.







CAPÍTULO VII

Levantamiento de estas provincias contra los almoravides. — Entrada y triunfo de los almohades

DE 1091 Á 1212

GRAVES mudanzas alteraron en breve esta unidad. Los árabes de España no veían en los almoravides sino extranjeros ambiciosos que estaban imponiéndoles el yugo de sus armas, y aborrecían en el fondo del corazón á esos hijos del Desierto, á quienes sólo habían podido llamar al ver pendiente sobre su cabeza la vengadora espada del infiel Alfonso. Impelidos por el espíritu patrio y por sus vivos deseos de independencia, se sublevaron apenas abandonó Taschfyn, hijo de Yusuf, las costas de Andalucía, y no tardaron en conmover el aire de estas provincias con el rumor de nuevos combates. Levantaron sus pri-

meros estandartes de guerra en el Algarbe; y al verse vencedores, se atrevieron á desafiar á sus enemigos frente los muros de Sevilla, desde donde, aunque derrotados, hicieron cundir el fuego de la revolución hasta el reino de Valencia. Muchos habían abrazado ya la doctrina de los almohades, secta que, llevada de su celo religioso, acababa de conquistar el África; y enardecidos más por sus nuevas creencias que por su odio á la servidumbre, no veían llegada la hora de acabar con sus contrarios, creyendo que para acelerarla debían arrostrar toda suerte de peligros y la misma muerte. Presentáronse así en esta lucha osados y resueltos; y favorecidos poco después por sus correligionarios africanos, pudieron arrojar pronto del suelo de la patria á los bravíos guerreros que poco antes habían hecho saltar la corona de la frente de sus reyes.

Levantóse en Córdoba sobre el cadáver del cadí de los almoravides Abu-Djafar-Hamdain; y ardió en breve todo el Mediodía de la Península. Cayó Almería, en las provincias granadinas, bajo el poder de Abdala-ben-Mordanisch; alzóse llena de furor la ciudad de Málaga contra su walí Almanzor-ben-Mohamed, á quien obligó á retirarse á la Alcazaba y tuvo en estrecho cerco por más de siete meses; proclamó Ronda á Hamdain, y entregó al alcatib de éste, Atchyl-ben-Edris, su castillo inexpugnable; desnudaron su alfange Baeza y Jaén; y Granada bañó durante largos días con su propia sangre las murallas de su fortaleza, escudo á la sazón de sus temibles enemigos. Esta ciudad sobre todo fué teatro de las más vivas luchas. Rechazados los almoravides por el pueblo, al que capitaneaba Abu-Mohamed-ben-Simek, se encerraron en la Alcazaba, dispuestos á morir antes que ser vencidos por sus enemigos, y se sostuvieron por mucho tiempo peleando día y noche en sangrientísimas refriegas. Viéronse durante los ocho días primeros fatigados por continuos asaltos; lejos de menguar en esfuerzo, llenos de mayor resolución y denuedo, rompieron no pocas veces contra los sitiadores, á quienes hacían sentir á menudo el

peso de su lanza. Mataron en uno de estos choques al mismo Mohamed; y libres de los ataques del pueblo, mientras éste aclamaba por su caudillo á Abul-Hasam-ben-Adha y solicitaba el favor de los rebeldes de Córdoba, Jaén y Murcia, repararon sus quebrantadas fuerzas, disponiéndose con ahínco á mayores y más terribles trances. No aguardaron ya á sus enemigos dentro de los muros de la Alcazaba; al ver acampada en las cercanías la hueste de aquellas tres ciudades, compuesta de doce mil caballos y mayor número de infantes, se reunieron en consejo, conocieron la necesidad de aventurarlo todo en una batalla decisiva, bajaron á la llanura al romper el alba, y se atrevieron á acometer de frente aquel ejército á cuya vista debían al parecer rendir humildemente sus espadas. Arrojáronse como fieras sobre sus contrarios, combatieron desesperadamente y sin temor de perder la vida, que veían ya cruelmente amenazada; y sorprendiéndolos no sólo con su valor, sino también con la osadía misma de su empresa, los arrollaron, les vencieron y les obligaron á volver vergonzosamente las espaldas. Vertieron á raudales su propia sangre; cubrieron también el campo de cadáveres enemigos, é hicieron morder el polvo de la tierra á Abu-Djafar, emir de Murcia, que murió allí abandonado por los demás caudillos.

Este triunfo, sin embargo, no hizo sino salvar por algún tiempo más á los almoravides, que se retiraron de nuevo á la Alcazaba. El pueblo granadino estaba aún fiero, y deseaba acabar con ellos más que debiese sobre sus propias víctimas escalar los muros que impedían su venganza. Siguió bajo el gobierno del cadí Ebn-Adha implorando el auxilio de los demás rebeldes; y apenas se vió favorecido por nuevas tropas, volvió á las pasadas luchas y á los asaltos que tan caros le habían costado en los primeros días de su levantamiento. Encontró apoyo en Seif-Dola-Ebn-Hud, á quien Hamdain acababa de arrojar de Córdoba, lo encontró de nuevo en el alcaide de Jaén Ebn-Gozei, que deseaba vengar la afrenta recibida en la última batalla; y

puesto á la sombra de las banderas de estos dos caudillos, acampó en la Vega, atacó por centésima vez la Alcazaba, hirió, mató, destrozó, sacrificó mil vidas ante las murallas, y sólo dejó caer la espada al asomar la noche para volver á empuñarla con mayor denuedo al rayar el día. Era tanta su cólera y obstinación que ni treguas quería dar á sus enemigos; pretendía luchar contra ellos hasta alcanzar del todo su exterminio. Mas no pudo satisfacer sus deseos; después de ocho días de pelea tuvo que retroceder dejando muertos la flor de sus guerreros; perdió al hijo de Seif-Daulah, cuyo cadáver fué enviado al padre por los almoravides en rico ataúd cubierto de púrpura, adornado con franjas de oro y perfumado por los más dulces aromas; perdió el brazo poderoso del mismo Seif, que, desconsolado con la muerte de su hijo y temeroso de la inconstancia de la muchedumbre, levantó á poco el campamento y lo abandonó, dejando de walí á Abu-Hasam-ben-Adha, hermano de aquel Ebn-Adha, en cuyo favor combatieron en la Vega los rebeldes de Jaén, Córdoba y Murcia. Ebn-Adha, su principal caudillo, había sido víctima de su propia lealtad apurando la copa envenenada que dió á beber en su primera entrevista á su aliado Ebn-Hud (1); y el pueblo, falto de todo arrimo y desalentado por los repetidos triunfos de sus contrarios, no pudo pensar ya sino en hacer capitular á los almoravides, algunos de los cuales se fueron á Almuñecar, lugar á propósito para pasar al África.

La situación de los almoravides era, no obstante, funesta. Sentían á sus espaldas los pasos de los almohades, y les era

(1) Al llegar á Granada Seif-Daulah, salió Ebn-Adha á recibirle, y después de saludarle, se le llevó y le hospedó á él y á su hijo Amad-Daulah en su casa. Pidió Amad agua y Ebn-Adha se la presentó en un vaso; mas apenas fué á beberla, le detuvo un alima que estaba á su lado, diciéndole: no la bebas, Sultán; porque está envenenada. Trastornado Ebn-Ada, que procedía sin malicia, apuró el vaso para que no se le conceptuase capaz de tan gran crimen; pero esta prueba de lealtad le costó la vida. Estaba el agua verdaderamente emponzoñada, y Adha falleció en la noche de aquel mismo día. Ignórase si fué él mismo quien inadvertidamente echó el veneno en el vaso ó si fué otro; el hecho es raro, pero no nos da sobre él más explicaciones la historia.

hostil hasta la tierra que pisaban. Al ver próxima su ruina ni sabían dónde volver los ojos: hacia el Norte no veían sino nubes que reflejaban los vivos destellos de la formidable lanza de Alfonso el Emperador. Este Alfonso era para ellos aún más temible que los almohades; ¿podían, empero, abrigar contra aquél el mismo odio? Alfonso era para los almoravides un infiel, y cada almohade un hereje; Alfonso era su enemigo natural, y los almohades, enemigos suscitados por la ambición, por la sed de sangre y por el deseo de exterminar su raza. Dirigiéronse á Alfonso, hicieron alianza con él, y protegidos por sus armas siempre vencedoras, por sus soldados armados de malla y por sus caballos cubiertos de hierro, empezaron una guerra fatal para todos los árabes de España.

Los cristianos, respondiendo á este llamamiento, pusieron el pié en Andalucía, y no salieron de ella sin haber vencido grandes ciudades y profanado los más sagrados objetos del culto mahometano. Cayeron de improviso sobre Andújar, sitiaron á Baeza, y no tardaron en reducirlas á sus armas. En Baeza, según nuestras crónicas, tropezaron con grandes obstáculos, viéndose sitiados en sus mismos reales; pero los arrollaron merced al ardor de que estaban poseídos y al favor de San Isidoro y Santiago que pelearon denodadamente en la batalla. Alfonso, dicen los cronistas, vió en tan gran peligro su ejército, que creyó deber llamar á consejo á los prelados y á los barones para resolver de común acuerdo cómo habían de salvar su honra y su vida. No halló ni oyó otro medio que el de luchar hasta la muerte vendiendo al mejor precio su sangre; y como esto le sirviese de gran desconsuelo, apenas llegó á su tienda, se dejó caer de rodillas, oró, se sentó como abrumado por la fatiga, y dobló la cabeza ante un tranquilo sueño. Estaba apenas entre-dormido, cuando, cubriéndose el cielo de un resplandor divino, vió ante sí la venerable figura de un obispo que brillaba como el sol y una mano fija en una espada que estaba despidiendo fuego; y oyó la voz del sacerdote que le dijo: «no

dudes, Alfonso, ni temas pelear contra estos infieles, porque está levantada contra ellos la mano de Dios, y sus cadáveres cubrirán mañana el campo. Soy el escudo que para ti y los tuyos ha escogido el Señor, y el hierro dirigido contra ti se volverá contra tus enemigos. Pelea sin temor al rayar el alba, porque tuya es la victoria.» Sintió fortalecer su espíritu con estas palabras, y preguntando al prelado «mas ¿quién sois vos, que así bañáis en inefable consuelo mi alma?» oyó de nuevo la voz del enviado del cielo que le contestó: «soy Isidoro, sucesor de Santiago, de quien son esta mano y esta espada: alienta tu ejército y toma en amaneciendo tu caballo de guerra; tus ojos nos verán combatiendo en lo más vivo de la refriega.» Volvió á poco de su sueño y no vió ya al Santo; mas lleno de fe y de ardor sagrado, convocó al punto su consejo, refirió cuánto había visto y oído, é hincando la rodilla él y cuantos con él estaban, entonó un fervoroso cántico de gracias al Señor bajo la estrellada bóveda del cielo. Instituyó aquella misma noche una hermandad en honor del aparecido, prometió invocar el nombre de éste en las batallas, hizo jurar otro tanto á los reyes y grandes que le acompañaban, y ordenó que se acometiera al enemigo en asomando la mañana. Volvió luégo á su tienda, donde vió por segunda vez á San Isidoro; y como no le dejasen sosegar sus deseos de entrar en pelea, montó pronto á caballo, hizo poner en armas al ejército, lo recorrió animándolo al combate con la esperanza de la victoria, y ciego de fe y de entusiasmo, se arrojó sobre los árabes como los torrentes de luz con que el sol naciente cubría á la sazón el campo. Terrible fué ya desde un principio la pelea: los alaridos de guerra tardaron poco en confundirse con los gritos y suspiros de muerte. Las tropas de los árabes estaban divididas en cuatro partes; y combatían todas á la vez y eran á la vez combatidas. Acá gemía el aire al paso de las flechas; allá sonaba el rumor de las espadas y el de las lanzas, rotas no pocas veces sobre brillantes armaduras. La muerte recorría todas las filas y la tierra recibía sin cesar

cadáveres. Subía hasta el cielo el polvo del combate, y los rayos del sol lucían siniestramente sobre la sangre de los muertos. Y allí donde más arreciaba la lucha se veía suspendido en los aires un caballo blanco, y sobre este caballo á un obispo que llevaba en una mano la cruz y en otra la espada, y pegada á su cuerpo otra mano con otro acero que parecía echar rayos sobre las tropas de los infieles. Y caían estas espadas contra los enemigos tersas como la luz del alba, y subían chorreando sangre por la empuñadura, y en todas partes dejaban el dolor y las tinieblas.

Los árabes, prosiguen nuestros crédulos cronistas, se dividieron ante esta visión celeste, é impelidos por una fuerza fatal, echaron flechas contra sí y se hirieron á sí mismos. Reconocieron aunque tarde el favor que deparaba Dios á los cristianos, y volviendo de repente las espaldas, abandonaron el campo corriendo á guarecerse en las cumbres de las sierras. No creyeron poder salvarse sino con la fuga; pero aun con ella murieron á centenares alanceados por la caballería de Alfonso, que les siguió el alcance en el espacio de cinco leguas, y no dejó con vida á ninguno de los que pudo coger con el hierro de sus lanzas ó con la planta de sus caballos. Quedaron enteramente derrotados, y la ciudad fué entregada al vencedor (1).

---

(1) Celebró esta toma de Baeza Pedro de la Vecilla, poeta del tiempo de Felipe II, en su *León de España*. Trasladamos á continuación algunas octavas:

Ved este rey Alfonso que teniendo
Sitiada á Baeza, muy turbado
Estará multitud bárbara viendo
Que el paso y las espaldas le han ganado;
Y el real San Isidro, que queriendo
Mostrar que en tal sazon no le ha olvidado,
Aparecelle y prometelle ufano
Que le ha de dar favor con sacra mano.

Mira que Alfonso terciará su lanza,
É investirá á los moros apiñados,
Y ellos á él con bárbara pujanza,
Y andar unos y otros denodados:

En tanto los almohades de África que habían entrado en Andalucía, estaban ya sobre Sevilla; y los almoravides, acaudillados por Abu-Zakarya-Yahyah ben-Ganya, peleaban denodadamente por la conquista de Córdoba, próxima á hacerles entrega de sus llaves. Alfonso, apenas hubo entrado en Baeza y purificado la mezquita, que convirtió en templo, se dirigió al campamento de sus aliados, estrechó el cerco de Córdoba, contribuyó á rendirla, y entró en ella á despecho de Abu-Zakarya, pudiendo difícilmente contener á sus soldados, que ataron sus caballos en la grande Aljama y profanaron con sus manos el libro santo de Otmán, Corán precioso traído de la Siria que los califas solían llevar abierto en medio del estruendo y confusión de las batallas. Era su intento apoderarse exclusivamente de Córdoba, donde permaneció durante algunos días; mas no se lo permitieron los triunfos de los almohades, cuya

---

Veis cuál irá el Patron dando esperanza
Á los cristianos, y por los airados
Moros rompe á caballo, desbarata,
Pasa, derriba, espanta, hiere y mata.

Resplandecerá el rostro y los vestidos
En lugar de la túnica acerada,
Como aquí veis, y dejará vencidos
Á los soberbios moros con la espada:
Y siendo infinidad dellos perdidos,
Y la tierra de muertos ocupada,
La dudosa vitoria irá ganando,
Quedando de Baeza el rey triunfando.

Y por memoria de la hazaña honrosa,
No menos que el provecho de tal dia,
El rey y su cuadrilla valerosa
Vendrán á instituir la cofradía
De San Isidro; y luego con curiosa
Obra como el Patron resplandecia,
Al tiempo que le habló y vino á ayudallo
En un rico pendon hará pintallo.

Aluden estos dos últimos versos á que, según los cronistas, el Emperador hizo bordar en su estandarte á San Isidoro en la misma forma que le vió pelear en el ejército cristiano. Quedó el emperador desde la toma de esta ciudad muy afecto al Santo: tomó por remate de su pendón la cruz arzobispal del mismo, la dió por armas á Baeza, y al volver á León hizo consagrar en honra de él una iglesia con asistencia de todos los prelados y señores de su reino.

entrada en Sevilla fué á poner en alarma á los cristianos y á los almoravides. Al recibir éstos la fatal nueva se reunieron en consejo; y haciéndose cargo de lo difícil de su situación, creyó cada cual deber pasar á su reino en busca de nuevas tropas. Tuvo que ceder cada caudillo de sus pretensiones, y Alfonso debió contentarse con retener á Baeza, más fácil de guardar que Córdoba por estar más cercana á las fronteras del reino de Castilla.

Regresó Alfonso á Toledo con ánimo de volver pronto á Andalucía para pelear con los almohades; pero no fué ya este el principal motivo que le indujo á tomar las armas y atravesar Sierra Morena. Almería era entonces una ciudad de piratas que estaba infestando de continuo las aguas del Mediterráneo: salían de ella los más temidos corsarios, y no estaban seguras de sus imprevistas irrupciones ni aun las más apartadas costas de Italia. Las playas españolas, sobre todo las sujetas al poder de los cristianos, eran muy á menudo invadidas y taladas con grande estrago y pérdida de hombres, vendidos generalmente como esclavos; los pueblos marítimos vivían en perpetua zozobra, no pudiendo soltar ni de noche la espada sin temor de amanecer reducidos al más duro cautiverio; el intrépido navegante que se atrevía á arrostrar la cólera de los mares y el furor de las borrascas, temblaba al pasar junto á nuestro continente, receloso de ver de un momento á otro sobre sí el hierro de esos bandidos que no dudaban entrar al abordaje buques de alto porte. Alfonso, deseando poner coto á tantos males, se propuso avasallar la ciudad de donde procedían, y fué principalmente este deseo el que le llevó segunda vez á Andalucía. Viéndose para su empresa escaso de marina, había diputado de antemano al obispo de Astorga D. Arnaldo para que le procurase el favor del duque de Montpeller, el del conde de Barcelona y el de las repúblicas de Pisa y Génova, temidas á la sazón por sus escuadras; y seguro al salir de Toledo de la ayuda de unos y otros, no vaciló en dejarse caer de pronto sobre Almería.

Llevaba tras sí una hueste esclarecida y poderosa, acaudillada por los mejores guerreros de su siglo; llevaba tras sí á Don García, rey de Navarra, al conde de Urgel D. Armengol, á D. Fernando Juanes de Galicia, á D. Ramiro Flórez Frolaz de León, á D. Pedro Alfónsez de Asturias, al conde Ponce y á D. Fernando Ibáñez de Extremadura, á D. Martín Fernández de Guadalajara, á D. Gutierre Fernández de Castro y á Don Manrique de Lara de Castilla la Vieja, y á D. Alvaro Rodríguez, por fin, de la provincia de Toledo. Cada uno de estos caudillos gobernaba las tropas de su lugar, que formaban juntas un ejército considerable.

Con tan gran número de lanzas apenas halló Alfonso quien se opusiera á su marcha. Tomó al paso Baños y Baeza, que estaba otra vez en poder de moros, tomó á Cazlona, y se presentó dentro de corto tiempo enfrente de Almería, cuyas aguas estaba surcando ya la armada de los aliados. La vista de tantos enemigos por mar y por tierra no pudo menos de turbar y amedrentar la ciudad que los contemplaba, según los cronistas árabes, cubriendo cerros y vegas, agotando fuentes, arroyos y prados, y haciendo estremecer y resonar todas las lomas de los alrededores; no fué tanta su turbación que no considerase cuán fácil le era aún defenderse por mucho tiempo desde los bien enlazados y torreados y almenados muros de su vasta fortaleza. Se le puso rigoroso bloqueo, se le dieron asaltos furibundos, se la combatió con todo género de armas y aparatos de guerra, se le desmoronó sus torreones y murallas, se la desmanteló por mar, se la atormentó y destruyó por tierra; pero bien pertrechada y llena de valor, resistió por más de dos meses sacrificando ante las aras de su libertad millares de soldados. Era su vecindario numeroso y propio para las fatigas militares, y no temía á los enemigos ni por la cantidad ni por el denuedo. Aceptaba toda clase de retos, provocaba refriegas, se batía como un león y se hacía respetar y temer hasta después de su derrota. Mas debió sucumbir, por fin, á los esfuerzos de tantos

príncipes reunidos. Escasa ya de vituallas, abiertos sus muros y mermada por cien combates, hubo de inclinar la cabeza ante el Emperador, pidiéndole humildemente, no ya la libertad, sino la vida.

Entró Alfonso en la ciudad setenta y ocho días después de haber acampado en la serranía inmediata, seguido del brillante cortejo de todos sus aliados. Grande fué el número de los árabes que redujo á la esclavitud; pero mucho mayor el de los tesoros que halló y distribuyó como botín de la campaña entre los genoveses, los pisanos, el rey de Navarra, el conde de Barcelona, el duque de Montpeller y sus más leales castellanos. Se despidió luégo de los aliados satisfecho de tan gran victoria, y regresó á su reino dejando en la ciudad las tropas necesarias para su defensa.

Produjo la toma de Almería viva sensación en estas provincias de Granada; pero no pudo mejorar la situación de los almoravides. Abu-Zacarya-ben-Ganya seguía aún en Andalucía recorriendo campos, sojuzgando pueblos y procurando conquistar los ánimos de los cadíes rebeldes con dejarlos en sus puestos; pero ni surtían siempre efecto sus deseos, ni bastaban sus esfuerzos ni su constancia á detener los pasos de los almohades, que iban adelantando incesantemente. Kasem-ben-Edris, á quien confirmó en el gobierno de Ronda, fué arrojado de esta á viva fuerza por el alcaide de Arcos, que le atacó movido sólo por la ambición y el odio; los almohades, contra quienes tenía siempre dispuestas sus armas y las de los cristianos, lejos de retroceder un punto de su empresa, fueron á desafiar su poder en la misma ciudad de Córdoba, tomada por capitulación de su walí Yahyah-ben-Aischa. De nada le sirvió su carácter esforzado; sus sentimientos apenas encontraron eco en parte alguna, y se vió solo, enteramente solo, contra el poder de sectarios que estaban ya mirando el África á sus plantas. Acudió de nuevo á Alfonso; pero éste se contentó con mandarle un corto número de caballos: llamó á sí á Yahyah,

el vencido en Córdoba; mas éste no le sirvió sino para desalentar su ejército, al cual encarecía de ordinario el denuedo y la destreza de los almohades. Á pesar de verse aislado y perdido, quiso echar el resto de su valor en su propia salvación y en holocausto al honor ya mancillado de su pueblo. Airado al ver la villanía de Yahyah, tiró del alfange y le cortó la cabeza de una cuchillada, exclamando: «esto debía haber hecho antes de encargarte la defensa de mi ciudad de Córdoba.» Trabó luégo en Jaén varias escaramuzas, y apenas supo que los almohades estaban cubriendo con innumerables tropas la Vega de Granada, se arrojó sobre ellos trabando una refriega en que, después de hechos heróicos, salió con las armas rotas, el cuerpo abierto á lanzadas y la muerte en lo profundo de su pecho. Había sido siempre denodado, y lo fué hasta en sus últimos momentos: murió al fin sobre el campo de batalla el que se atrevió á combatir en Fraga con aquel tremendo batallador, llamado Alfonso, muerto en aquella misma jornada para honra perpetua de este Abu-ben-Ganya. No sin razón fué llorado por los almoravides como el postrero de los suyos: después de haber caído en manos de los almohades, el príncipe Aly á quien servía no tuvo otro recurso que guarecerse en Almuñecar, donde murió envenenado mientras ocupaban sus tropas las fortalezas cuyo pié bañan las aguas del Mediterráneo. Feneció con este Abu-Zakarya la causa de los almoravides.

Libres de ellos los almohades podían indudablemente proseguir con mayor rapidez la conquista; pero no dejaban de encontrar aún graves obstáculos. El espíritu de independencia encarnado en los jefes árabes, los rápidos adelantos de los reyes cristianos, acostumbrados á luchar en el mismo corazón de Andalucía, y sobre todo la voluntad poco decidida que de invadir á España abrigaba aún el emir africano Abdelmumen, á quien distraía el deseo de sujetar otras regiones, les hicieron tropezar todavía con dificultades, sólo superadas cuando pudieron dejar caer sobre la Península todas las tropas de su

vasto imperio. Tomaron en el mismo año de la muerte de Ebn-Ganya la ciudad de Jaén; pero tardaron poco en ver sitiada la de Córdoba por el emperador Alfonso, que la dió repetidos asaltos, taló la campiña, quemó las aldeas, y la puso en tal aprieto, que los árabes andaluces mandaron al emir una embajada de más de quinientos caudillos pidiéndole encarecidamente que socorriese la capital del islamismo (1). Dirigiéronse luégo contra Almería con grande ejército y un sin número de naves; la sitiaron; levantaron en torno de ella un murallón que, según los mismos árabes, sólo podía abrir paso á las águilas; pusieron todo su ahínco en conquistarla, y no pudieron, sin embargo, conseguirlo sino después de grandes fatigas y después de haber muerto el emperador Alfonso, que pocos días antes de su fallecimiento los derrotó en una de las jornadas más sangrientas. Los cercados al ver sobre sí tanto enemigo llamaron en su favor las armas de Castilla; y este príncipe no sólo les socorrió mandándoles sus más bravos capitanes, sino que viendo que éstos no bastaban para levantar el sitio y los almohades iban aumentando el número de sus tropas, bajó precipitadamente á la ciudad con su hijo D. Sancho y los primeros magnates y prelados de su imperio, desnudó la espada y combatió tan esforzadamente contra los infieles, que los obligó en breve á abandonarle el campo de batalla. ¿Podía durar mucho el sitio después de esta derrota? Enfermó el emperador, sintió cerca de

(1) Abu-Djafar, después de haber hablado los embajadores, dijo á Abdelmumen: la capital de España, centro del musulmanismo, se halla sitiada y asaltada por el tirano Aladfuns ¡á quien Dios anonade! Talada horrorosamente está su campiña y quemadas sus aldeas con incesantes correrías. Si te avienes, Señor, á que Córdoba se pierda, quedarán desalentados aquellos musulmanes que con tan gran tesón la están defendiendo. Tienen todos la esperanza de que has de acudir en su auxilio arrojando de sus alrededores á los enemigos del Islam; están todos levantando sus ojos hacia ti como á una cumbre que ha de ampararles y resguardarles: no burles tan grandiosas y fundadas esperanzas. Abu-Djafar era entonces secretario de Estado de Abdelmumen; y como acababa de ser apeado del gobierno de Córdoba, pudo hablar de esta con interés y conocimiento de causa. Otro tanto vino á decir Abu-Bekr, y oídas las razones de entrambos, contestó con agrado el emir, les ofreció su protección, y mandó regresar en seguida á España á los embajadores para que se esforzaran en defender su patria.

Almería los primeros golpes de la muerte, y tuvo que dejar aquel teatro de sus últimas hazañas. Deseoso de morir en su patria, partió de improviso con los suyos; y fueron los bosques del Puerto de Muradal los que recogieron su último suspiro (1). Á este desgraciado suceso debieron principalmente los almohades la toma de Almería, que les fué entregada por los cristianos después de haber estipulado seguridad para sus vidas y libertad para volver al seno de sus antiguos hogares.

Los almohades no lograron en mucho tiempo hacerse temer por no haber manifestado desde un principio todo el poder militar de que gozaban; así, al paso que fueron lentos en extender sus dominios, carecieron de fuerza moral para conservarlos sin necesidad de acudir á las armas contra los instintos rebeldes de sus enemigos. Después de la muerte de Abu-Zakarya se habían apoderado por capitulación de la ciudad de Granada; pero no habían aún traspuesto la Vega, cuando alborotándose el vecindario, se arrojó sobre la guarnición, la degolló casi por entero y dió lugar á que Ebn-Mordanisch se apoderase de la ciudad favorecido por el saheb de Segura y los cristianos. Tuvieron que pasar á sitiarla por segunda vez después del recobro de Almería, y tras numerosas escaramuzas y refriegas se vieron obligados á tomarla por asalto cubriendo las murallas de cadáveres. Y no pudieron estar aún seguros de esta ciudad los cristianos que la defendían: perecieron casi todos los vencidos; pero los jefes de los árabes rebeldes lograron fugarse entre la confusión de la pelea. Ebn-Mordanisch, llamado también Mohamed-ben-Said, era á la sazón rey de Valencia. Juntando en el mismo año la gente de guerra de Guadix, la de Almuñecar y la de las Alpujarras, se dirigió contra Granada desde la ciudad de Jaén, avasallada poco antes con su anterior ejército. No pudo llegar á ella cuando tropezó

(1) Murió este Alfonso en Fresneda en la misma frontera de Andalucía y Castilla, á 21 de Agosto de 1156.

ya en la Vega con los almohades; pero no vaciló un momento en aceptar la batalla que le presentaron. Peleó desesperadamente; y fué tanta la sangre vertida por unos y otros, que fué después conocido aquel combate con el nombre de jornada del Sabikat ó del derramamiento.

Vencieron los almohades como habían acostumbrado á vencer en campo abierto; pero no fué esta la última vez que debieron pelear contra aquel rey de Valencia. Ebn-Mordanisch se escapó á favor de la noche dejando en el campo la mayor parte de su ejército; y después de haber hecho fortificar á Jaén por uno de sus walíes, se retiró á Murcia, llamó á sus parciales, reunió cuanta gente pudo, tanto de las provincias de su jurisdicción como de las tribus árabes que vivían en la comarca de Guadix y en las Alpujarras, volvió á llamar en su auxilio á los cristianos, que le enviaron caballería selecta de Toledo, y apenas tuvo dispuestas para la guerra sus numerosas huestes, que fueron á juntarse en las lomas de Úbeda, partió para Córdoba, en cuyos llanos tuvo otra refriega tan desgraciada y tan tremenda como la de la Vega de Granada. Batiéronse en ella almohades y sublevados como tigres y leones, si hemos de creer á los cronistas árabes; pero nada pudo la desesperación de estos contra el poder de aquellos que se hicieron dueños del campo y entraron luégo en Jaén capitulando. Ebn-Mordanisch tuvo que retroceder á Murcia, dejando para otros más poderosos las campañas contra los almohades.





CAPÍTULO VIII

Batalla de las Navas de Tolosa

Año 1216

TRAS esto quedaron las provincias granadinas en manos de los almohades, que acaudillados algún tiempo después por sus emires Yusuf-ben-Yakub y Yakub-ben-Yusuf, recorrieron el reino de Toledo y quebrantaron en Alarcos todo el poder de Alfonso VIII. Andújar y Baeza volvieron á quedar esclavas, y no sintieron ya ni en sí ni en sus alrededores estruendo de guerra hasta que un ejército de cruzados fué á retar al emir Mohamed-ben-Yakub en las Navas de Tolosa.

Este Mohamed-ben-Yakub estaba lleno de orgullo por las victorias de sus antecesores en España; y al saber que Alfonso, ya repuesto de su derrota, se había atrevido á penetrar en el occidente de Andalucía, cobró tal encono, que llamando preci-

pitadamente todos sus estados á la guerra santa, se trasladó á Tarifa con un ejército de quinientos mil soldados. Pasó de Tarifa á Sevilla, dispuso allí la campaña, y después de haber recibido á Sancho de Navarra y á los embajadores de Juan sin Tierra, movió su inmensa hueste para Castilla, que hubiera tal vez venido á no haber pasado imprudentemente siete meses en la toma del castillo de Salvatierra. Confiado de suyo, y viéndose en medio de tanta muchedumbre de guerreros, amenazaba invadir no sólo Castilla, sino también la España entera. Lo consideraba todo campo estrecho para su gloria, y ciego de entusiasmo llegaba á prometerse, si no mienten las crónicas cristianas, que había de entrar un día en la ciudad de Roma y alojar sus caballos en la iglesia de San Pedro. Era verdaderamente formidable, y con sólo mover la planta puso en alarma toda la Península y aun gran parte de Europa.

Estremecióse Alfonso apenas supo su desembarco en Tarifa, y sintiéndose débil para luchar con enemigo tan poderoso, no tenía bastante voz para llamar á las armas á sus súbditos y aliados é invocar el favor de los príncipes de Francia é Italia. Convocó cortes en Toledo, mandó que se preparasen para la guerra grandes y prelados, solicitó el auxilio de los reyes de Aragón y de Navarra, envió embajadores á Francia, despachó á Roma al arzobispo D. Rodrigo con el encargo de manifestar al Papa el peligro en que se hallaban él y toda la cristiandad si no se oponía diques al torrente de los musulmanes. Solo, hubiera debido tal vez sucumbir; mas su acento halló afortunadamente eco en todas las gentes y en todas las naciones. En Castilla príncipes y prelados, villas y ciudades, hidalgos y pecheros, todos corrieron á agruparse en torno de sus antiguos estandartes; Aragón organizó un grande ejército; el Papa predicó la cruzada contra los infieles, y dispuso en Roma una procesión, á que asistieron, descalzos los piés y con ásperos sayales, él y su corte, todos los sacerdotes y cuantos sentían en su corazón amor á Jesucristo. Era aquella campaña guerra

de religión, y el Papa y todos los príncipes cristianos conocieron la necesidad de salvar la suya de la ruina que la amenazaba.

Fué indudablemente el Papa el que contribuyó más á robustecer el poder de Alfonso. Al eco de sus ardientes palabras pronunciadas ante aquella procesión solemne, y á la vista de las lágrimas que derramó al orar de rodillas en la iglesia de Santa Cruz por la salud de España, vinieron acá desde las más apartadas tierras caballeros de valor y de fe que andaban solícitos por encontrar en nuestros campos de batalla la muerte de los mártires. Y fué en breve Toledo un vasto campamento de francos y lombardos, de portugueses y leoneses, y de aragoneses y rayanos; y vióse brillar en aquel campamento entre los cascos de los caballeros las mitras de los prelados, y entre los hierros de las lanzas los báculos de los abades, y entre las cotas de malla las cogullas de los monjes. Y fueron tales los cruzados de unos y otros reinos, y tantas y tan grandes las mesnadas de los barones, y tan crecidas las huestes de los concejos, que no cogiendo en la ciudad tuvieron que acampar muchos en la Huerta del Rey á la sombra de los árboles. Y no sonaban dentro ni fuera de la ciudad sino voces de guerra; y como no había corazón que no estuviese encendido en la fe, no había soldado que no ansiase ver la luz que había de conducirle á esgrimir su espada contra los ejércitos infieles.

Palpitó de gozo el pecho de Alfonso al ver en torno suyo tanto pendón y tanta muchedumbre. Ardiendo en vivos deseos de lavar la afrenta de Alarcos, ordenó sus tropas y abrió pronto la campaña. Dirigióse primero á Malacón, que cedió al primer choque de sus armas; sitió y tomó á Calatrava, que capituló después de los heróicos esfuerzos de Ebn-Kades; y aunque después de tan brillantes jornadas se vió abandonado por la mayor parte de los cruzados extranjeros, que empezaban á echar de menos el suelo de su patria, confiando más en Dios que en las armas, pasó á Alarcos, que encontró desamparada por los árabes, se adelantó hasta Salvatierra, y dejando para

mejor coyuntura la conquista de este castillo, corrió á Sierra-Morena, deseando vencer á sus enemigos en el mismo corazón de Andalucía. Acababa de recibir en Alarcos al rey de Navarra (1), que bajó al fin á la cruzada con la flor de sus caballeros y cuantas tropas pudo; y creyó llegada la hora de penetrar en ese tan decantado reino de los árabes donde otro Alfonso había ya hecho sentir la fuerza del cetro de Castilla. Llegó á las riberas de Guadalfajar al pié del Puerto de Muradal, cuyas alturas ocupadas por los infieles acababan de ser despejadas por tres de los mejores caudillos de su vanguardia; trepó con los reyes de Aragón y de Navarra á la cumbre, puso en ella sus tiendas, combatió y ganó á Castro Ferral, y lleno de ardor y de fe hasta intentó ganar á punta de espada el paso de la Losa, paso estrechísimo que, según el mismo Alfonso, habrían podido defender mil hombres contra todos los del mundo, paso que ocupado como estaba por los almohades habría sido quizá la tumba del ejército cristiano á no habérsele abierto camino más fácil para bajar á la llanura. Al hacerse cargo Alfonso de la inmensidad del peligro, llamó á consejo á reyes, grandes y prelados; pero no quiso acceder de modo alguno á la idea de retroceder una ó más jornadas en busca de más obvia entrada

(1) Este rey de Navarra apenas supo la llegada de Mohamed á Sevilla, le mandó embajadores con una carta en que, además de avasallársele rendidamente, le pidió permiso para pasar á saludarle. Concedióselo Mohamed, le prodigó mil atenciones durante su largo viaje, le recibió con esplendidez, le habló con afabilidad, le hizo brillantes regalos, y ajustó por fin con él un tratado de paz que debía regir mientras durase el Imperio de los hijos de Abdelmumen. Comprometido así Sancho, es evidente que no podía corresponder á los deseos de Alfonso ni ayudarle directa ni indirectamente en la campaña empezada, y así se negó al principio á tomar parte en la cruzada. Después, empero, ya que estuviese pesaroso de su alianza con los infieles, ya que á la vista de tantos ejércitos reunidos pudiesen más con él los sentimientos guerreros y religiosos que la conciencia de sus deberes, rompiendo con todos los respetos debidos á un tratado que celebró solemne y espontáneamente, se resolvió á pasar con su ejército á la guerra santa, y saliendo con precipitación en busca de los cruzados, los encontró y se juntó con ellos en ese castillo de Alarcos. Sirvió de mucho este rey en la batalla de las Navas, dió rudos y certeros golpes contra los ejércitos de su antiguo aliado, ganó mucho con su asistencia la cristiandad entera; mas ¿basta esto para cohonestar la violación de un convenio cuando para ella no medió ninguna causa legítima?

á las Navas de Tolosa. «Nuestras mismas tropas, dijo, achacarán á miedo nuestra retirada, y los que hasta aquí nos han seguido abandonarán nuestras banderas. Arrancarán de sus hombros la cruz creyendo que no queremos pelear con los moros; y ¿quién bastará á detenerlos si llegan á dar un solo paso fuera de nuestro campamento? Los que sirven á Dios no han de temer la muerte: arrojémonos sobre los enemigos: Dios es nuestro caudillo, y él que aterró legiones de ángeles rebeldes y abrió los abismos del mar á uno de sus ejércitos, aterrará á los infieles y nos allanará el camino de la victoria. ¡Que no pueda decir el enemigo que ha visto las espaldas á un cristiano! ¡que pase primero la espada sobre nuestros cuellos y sobre nuestros cadáveres las plantas de los caballos africanos!»

Mostróse Alfonso tan bravo y tan resuelto á pasar la Losa, que hasta los mismos que le habían aconsejado la retirada desearon ser los primeros en pasarla; mas en esto un pastor mal cubierto de andrajos les abrió camino por donde menos esperaban. «Natural de estos montes, dijo el pastor á los reyes, conozco los secretos de esta sierra. Anduve muchos años por ella apacentando ovejas y saltando tras la caza, y sé lugar por donde bajéis sosegadamente á la llanura. Seguidme: os juro que habéis de hallar campo en que lidiar antes que los moros puedan caer sobre vosotros.» Admirados los reyes al oir estas palabras dudaron que pudiesen salir ciertas; mas sospechando que en labios de persona tan humilde podía haber puesto el Señor uno de sus avisos infalibles, mandaron con él á dos de sus mejores caballeros para que viesen la senda por donde había de pasar el ejército á las Navas. Supieron por estos en el mismo día cuán fácil les era la bajada rodeando el monte y tomando otro puerto sito más al occidente: regocijáronse, y enardecidos más y más por ese nuevo favor del cielo, movieron al rayar el alba todo el campo después de haber asistido á la celebración del sacrificio divino y recibido la bendición del arzobispo de Toledo. Abandonaron por inútil á sus miras el cas-

tillo de Castro Ferral, y partieron para el lugar descubierto por el pastor, lugar muy á propósito para la batalla (1).

Los infieles en tanto no hacían más que dar gritos de victoria. Veían desocupadas las cercanías del puerto de la Losa; y creyendo que los cristianos les habían cedido el campo, esperaban conseguir uno de los más soberbios triunfos. Mas debieron perder pronto sus esperanzas. Vieron á poco brillar cerca de sí lanzas y pendones enemigos; y como vieron y oyeron levantar en frente de las suyas innumerables tiendas, se estremecieron de asombro y destacaron precipitadamente algunos escuadrones, que apenas hubieron llegado al ejército de Alfonso para impedir el asiento de sus reales, tuvieron sobre sí las espadas de millares de cruzados y hubieron de retroceder después de recia y larga escaramuza. Juzgaron entonces llegado el momento de la batalla, dejaron el paso de la Losa, bajaron todos á las Navas, pusieron en orden sus huestes, y ya dispuestos á la pelea, esperaron al enemigo hasta que asomó la noche. No viendo en todo el día que se moviesen los cristianos sino para construir más y más tiendas, deshicieron sus haces; pero ya tan llenos de arrogancia, que el emir no dudó en escribir á Jaén y Baeza que tenía cercados á tres reyes y esperaba cautivarlos en el espacio de tres días. Volvieron al amanecer á ordenar sus huestes; pero sin alcanzar tampoco que las ordenara el enemigo.

Los reyes cristianos habían resuelto no aceptar la batalla

(1) Llamábase este pastor, según escriben muchos cronistas, Martín Alhaja, y dicen de él, que agradecido el rey, le armó caballero y le dió por armas siete jaqueles rojos en campo de oro con orla azul, y seis cabezas de vacas blancas por una que él dió por señal de la entrada de las Navas. Dicen otros, y lo creen así en Baeza, que se llamó el pastor Martín Malo, nombre que lleva aún una torre y Dehesa de la comarca de la misma ciudad, que suponen le fué cedida por la liberalidad de Alfonso. No falta tampoco quien ha creído que fué San Isidro el de Madrid el que condujo los reyes á las Navas; y hasta hay quien asegura que fué un ángel enviado por el Señor para guía de su ejército. El hecho de suyo singular ha dado motivo á mil conjeturas y á más ó menos fundadas tradiciones; y esta es sin duda la causa de que haya sido tan diversa la opinión de los que se han dedicado á investigar qué nombre tuvo el pastor y de qué familia noble fué cabeza.

hasta dos días después de haber entrado en las Navas, y se mantuvieron firmes en su campamento hasta que acercándose el plazo empezaron á animar al ejército con pláticas religiosas, y á moverlo á que se dispusiera á lidiar y á derramar su sangre. Llamaron á media noche á los heraldos, los esparcieron por todo el campamento, y dieron orden de armarse á los caballeros, de formar á los soldados, y de moverse para el combate á cuantos militaban bajo las banderas de Jesucristo. Hicieron celebrar misa en un altar levantado sobre una cumbre; la oyeron ellos y sus caballeros armados de todas sus armas, y doblada humildemente la rodilla, confesaron y fueron absueltos por el arzobispo D. Rodrigo, que los bendijo á todos á tiempo en que empezaban á palidecer las estrellas ante la primera luz de la mañana. Y fueron luégo á disponer sus haces y á poner en orden el ejército, que al agitarse entre las tiendas, hizo sentir en toda la llanura un rumor parecido al que precede á las tempestades de verano.

Dividieron el ejército en tres grandes secciones: Alfonso de Castilla tomó la del centro; Sancho de Navarra la del ala derecha; Pedro II de Aragón la del ala izquierda. Subdividió Alfonso la suya en cuatro huestes y en tres D. Pedro. Iban en la primera del rey de Castilla D. Diego López de Haro, sus hijos D. Lope y D. Pedro, el infante de León D. Sancho Fernández, D. Martín Núñez de Hinojosa, el alférez de Madrid D. Íñigo de Mendoza, Pedro Arias de Toledo que servía de alférez mayor, los parientes y los vasallos de Haro, y los pocos cruzados extranjeros que quedaron en el ejército después de la toma de Calatrava (1). Gobernaba D. Gonzalo Núñez de Lara

(1) Sobre las gentes que vinieron para esta campaña de naciones extranjeras escriben con bastante vaguedad los escritores de aquella época. En Rodrigo de Toledo leemos: «É el venir de las gentes comenzó desde el mes de Hebrero, é vinieron pocos á pocos cada dia, ansí que por todo el invierno vinieron en guisa que quando el verano entró eran ya muchos ayuntados en Toledo. Y porque las gentes eran muchas é de muchas tierras é de muchos lenguajes é en el departamento é en el vestir é en las costumbres, por ende ordenó el rey D. Alonso que el arzobispo D. Rodrigo que demorasse en Toledo de donde era arzobispo porque guardase las

la segunda, compuesta de los tercios de Vélez, Alarcón, Huete y Cuenca, de los caballeros del Temple, de los de San Juan, de los de Calatrava y de los de la orden de Santiago. Acaudillaba la tercera Rui Díaz de los Cameros, á quien acompañaban su hermano Alvar Díaz, Juan González Ucero, Gómez Pérez de Astúrias, García Ordóñez y los tercios de San Esteban de Gormaz, Almazán, Ayllón, Medina-Celi y Atienza. Estaba por fin al frente de la última el mismo rey Alfonso, que iba con muchos prelados y ricos-hombres de su reino, y llevaba consigo los tercios de Valladolid, Medina del Campo, Olmedo, Arévalo y Toledo. Venía en ella lo mejor y lo más noble de Castilla: venían el arzobispo D. Rodrigo, el obispo de Palencia, el de Sigüenza, el de Osma, el de Ávila, D. Gonzalo Ruiz Girón, D. Rodrigo Pérez de Villalobos, D. Suero Téllez, el leonés D. Fernando

---

gentes de pelea... É porque aquellas gentes que venian cansadas eran muchas, ordenó el noble rey D. Alonso que posassen por menos trabajo en la Huerta del rey so los árboles á costa del rey fasta que movieran para la lid... Comenzaron las gentes á venir á la fama de la lid que avia de fazer el noble rey D. Alonso de Castilla con los Moros. É vinieron muchos de tierra de Francia, é vino el arzobispo de Burdeos, é el obispo de Nantes, é muchos Ricos-Homes. É vinieron otrosí de tierra de Lombardía muchos caballeros simples é muchos homes de á pié. É vino otrosí el arzobispo de Narbona D. Arnalte que fuera otro tiempo abad del Cistel... Este arzobispo de Narbona D. Arnalte truxo consigo muchos cruzados de la Francia de los godos que traían muchas armas é muchas sobreseñales, é venian bien guisados; é llegó allí á Toledo é recibiólo el noble rey D. Alonso é el arzobispo D. Rodrigo de Toledo mucho honradamente...» En la carta que el rey D. Alonso escribió al papa haciéndole relación de esta jornada, está, sin embargo, este hecho bastante circunstanciado. «Vino, dice el rey, grande multitud de gente ultramontana y tambien los arzobispos Narbonense y Burdiganense y el obispo Nannetense. De manera que llegaron á dos mil soldados con sus hombres de armas, diez mil caballos y cincuenta mil peones, gente de servicio á quienes proveimos nosotros de sustento.» Ejército verdaderamente considerable había de ser esta cruzada de extranjeros; mas no estuvo toda en la batalla de las Navas. Á los pocos días de abierta la campaña y después de la toma de Malacón y Calatrava, debida en gran parte á sus esfuerzos, instigados según unos por el enemigo de todo bien, según otros por el deseo de volver á ver su patria, y aun, según algunos escritores, por celos y desavenencias cuyas causas no nos son muy conocidas, abandonaron casi todos el campo, no quedando de ella más que el arzobispo Narbonense y Teobaldo Blazón, natural nuestro, con unos ciento y cincuenta hombres de á caballo y algunos de á pié, si hemos de atender más á la relación del arzobispo D. Rodrigo que á la del mismo rey, quien asegura que no quedó ningún infante. No tomaron, pues, parte en la batalla más extranjeros que estos ciento cincuenta y uno, número por cierto bien escaso.

García y el alférez mayor D. Alvar Núñez de Lara. Formaban parte de la cruzada todas las clases del Estado, y brillaban allí las armas del rey, las de los grandes, las de los hidalgos y las de los más ínfimos pecheros.

Las huestes del de Aragón estaban también confiadas á caballeros no menos principales de aquel reino. Llevaba García Romero la primera; iban en la segunda Simón Coronel y Aznar Pardo; acaudillaba la tercera el mismo rey seguido de grandes y prelados como el de Castilla. Había en aquellas haces condes que llevaban consigo gran número de nobles y soldados, caballeros que acaudillaban brillantes mesnadas, y obispos á quienes seguían cuerpos de tropas armados y sostenidos con el oro de sus arcas. Entre los vizcondes de Rocaverti y los de Villamur descollaba un Moncada conde de Ampurias, un D. Armengol conde de Urgel y un Bernardo de Roger conde de Pallars; entre centenares de lanzas veíanse flotar los pendones de los vizcondes de Cardona, los de los vizcondes de Cabrera y los de los barones de Centellas. Brillaban en torno del rey como las estrellas al rededor del sol los Lunas y los Alagones, y formaban su cortejo varones tan esclarecidos como los Luzias, los Matorens y los Dezlores (1).

(1) He aquí, según Beuter, cuáles fueron los principales caballeros aragoneses que asistieron á esta batalla: con D. Fernando, hermano del rey de Aragón y monje de Poblet, iban su hermano Sancho, conde de Rosellón, su sobrino Nuño Sánchez, hermano de este último, Guillem de Castelnau, Ramón de Canet, Aymar de Moset, Pero Vernet, Andrés de Castel Rosellón, Guillem de Olms, Guillem de Cabestany, Ramón de Vives, Ramón de Torrellas, Pero de Barberá, Tomás de Lupian, Arnaldo de Bañils, etc. Con Moncada, conde de Ampurias: Yofre, vizconde de Rocaverti, Bernardo de Cabanes, Remón Xatmar, Pero de Cartella, Yofre de Valgorvera, Otger de Dorius, Geraldo de Sarra, Bernardo Guillem de Foxa, Galcerán de Cartellá, Bernardo de Santa Eugenia, Galcerán de Cruilles, Gastón de Cruilles, Pero de Paz, Guillem de Bordills, Pero Azbert Catrilla, etc. Con el conde de Urgel: D. Armengol, primo del rey, Galcerán de Puigverd, Amorós de Rivelles, Gizbert de Guimerá, Bernardo de Mansonis, Remón de Pinell, Guillem del Antoru, Hugo de Troya, Gueraldo de Espes, Guillem de Moya, Guillem de Rubión, Galcerán Sacosta, Oliveros de Termens, Remón de Peralta, Remón de Fluviá, Pero de Oluja, Bernardo de Pons, etc. Con Bernardo Roger, conde de Pallars: D. Remón, vizconde de Villamur, Arnald Alemán de Torella Serverón, Remón Montpensat, Guillem de Bellera, Pero de Cominges, Guillem de Villaflor Roger, Arnald de Orcán, Cerverón

No traía el rey de Navarra sino una sola hueste compuesta de alguna gente de su reino, de los tercios de Soria, Segovia y Ávila, y de los cruzados de León y Portugal; pero no estaba menos acompañado de caballeros tan bravos como ilustres. Don Almoravid, D. Pedro Martínez de Lete, D. Pedro y D. Gómez García, que constituían su séquito, eran varones tan conocidos por su valor como por el brillo de su cuna, y todos supieron dejar en este combate buena memoria de su esfuerzo.

Mas no era bajo este punto de vista menos respetable el ejército de los árabes, en que figuraban aún algunos de aquellos esclarecidos walíes que habían medido toda el África con su espada, y le habían impuesto sus creencias religiosas. Mohamed había también dispuesto su ejército al rayar el día, y era cosa de espantar ver tendida en la llanura su inmensa muchedumbre

de Puigverd, Pero de Pernes, etc. Iban todos estos ordenados en compañías bajo el estandarte de Aragón, y recibían del rey los víveres necesarios para ellos y para sus caballos. Los hubo que asistieron á la batalla á sus propias costas, suministrando además lo necesario á los que les acompañaban; y estos fueron el vizconde de Cardona, Guillem Folch, el vizconde de Cabrera, D. Pons; Guillem de Urso, Pons de Santa Paz, Bernardo de Enveig, Gisbert de Castellet, el vizconde de Bas, D. Hugo Remón de Cervera, Bernardo Guillem Saportella, Remón de Monells, Bernardo de Malla, Bernardo de Centelles, Pero de Sent Menat, Pero de Montboy, el senescal Pers de Moncada, Guillem de Cervellón, Remón Alemán, Pero de Belloch, Galcerán de Papiol, Bernardo de Tous, Remón Galcerán de Pinos, Hugo de Mataplana, Galcerán de Angresola, Ponce Cagardía, Marc de Villa de Many, Remón de Manlea, Dalmau de Mediona, Pero de Tagamanent, Galcerán de Castelvín, Arnald de Rajadell. Todos estos caballeros, según se habrá observado, eran de lo que es hoy provincia de Cataluña. Algunos muy principales asistieron también de lo que es hoy Aragón, pero en mucho menor número por no ser el rey muy bien quisto de la nobleza, que creía quebrantados por él sus fueros. Asistieron Don García Romeu, D. Lopez de Luna, D. Blasco de Alagón, D. Miguel de Luzia, Don Fernando de Luna, D. Eximen Dezlor, D. Eximen Cornel, D. Isuar Pardo y D. Ferrando de Martorens. Iban, por fin, con el rey de Aragón el conde de Foix, el señor de Mira Poix, el señor de Montesquiu, Beltrán de So, vizconde de Onsa, y otros nobles del condado de Foix en número de más de quinientos: iban Raimundo de Rocaverti, arzobispo de Tarragona, D. García, obispo de Zaragoza, y D. Berenguer de Palavicin, obispo de Barcelona; iban muchísimos abades y dignidades inferiores así de Aragón como de Cataluña. El número de tropas que cada uno de todos estos llevaba no se sabe á punto fijo, solo sí que los tres referidos prelados llevaban consigo cuarenta caballos y mil infantes, armados y alimentados á sus costas, y los veinte y ocho caballeros que acompañaron cada uno de por sí al rey diez mil infantes y dos mil y quinientos caballos. El total del ejército aragonés se hace ascender á veinte mil hombres de á pié y cuatro mil jinetes.

de soldados. Los motawatynes, puestos de frente contra los cristianos en número de ciento sesenta mil, formaban la vanguardia; los almohades y los árabes de España la retaguardia; trescientos mil advenedizos, recogidos en todos los ámbitos del Imperio, el ala derecha y la izquierda. Los reales del emir, sentados en una cumbre, estaban además circuídos de tropas de todas armas. Al rededor de una estacada que formaban muchos lanzones clavados en tierra por el hierro, había cuarenta mil negros armados de lanzas y broqueles; dentro, muchos piqueros y ballesteros; á la espalda más de trescientos camellos unidos con gruesas cadenas de hierro.

Mohamed, no satisfecho aún con escudarse tras las cerradas columnas de su ejército, había hecho construir para mayor defensa suya esa estacada; y al llegar el día del combate se puso en medio de ella bajo el cimborio encarnado de los califas que estaba sostenido por un elefante. Cogió el libro santo de Otmán que llevaba en un camello enjaezado de oro y seda, vistió el albornoz negro de Abdelmumen, primer emir de los almohades, ciñó su más rico alfanje, se sentó en su escudo al lado de su caballo, y rodeado de cadíes y alfaquíes empezó á leer en alta voz las páginas en que el Profeta promete la vida y la bienaventuranza eterna á los que mueran por él en los campos de batalla (1). Mohamed estaba por todas partes bien defendido, y no creía que debiese llegar á desnudar la espada. Detrás de los negros y de la gente de á pié, metida dentro de la estacada, tenía aún escuadronados sus mejores caballeros según el arzobispo D. Rodrigo. ¿De qué le sirvió, empero, tanta gente armada?

Empezó la batalla apenas brillaron los primeros rayos del

(1) Algunos de estos pormenores nos han sido dados por el mismo D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, en cuya relación leemos: Agareni vero in summitate quadam præsidium instar atrii firmaverunt de scriniis sagittarum, infra quod erant præcipui peditum collocati, ibidemque rex eorum recedit habens juxta se ensem, inducens cappam nigram quæ fuerat Abdelmumi, qui fuit principium Almohadum, et librum etiam sectæ nefariæ Mahometi, qui dicitur Alchoranus, etc.

sol. Resonaron de pronto en todo el campo gritos de guerra que despertaron el eco de los más lejanos cerros, y vinieron á las manos los ejércitos. D. Diego López de Haro, que estaba al frente de la primera haz, se dejó caer con ímpetu sobre los motawatynes que estaban en la vertiente de un monte poblado de arboleda, trepó por la falda, llegó hasta ellos, y peleó sin retroceder un paso á pesar de ver contra sí millares de lanzas y numeroso el enemigo. Estaba ya desde el principio del combate ayudado por otras haces de Castilla y la primera de Aragón capitaneada por D. García; y aunque veía firmes y denodados á los motawatynes, insistió en el avance, y peleando y acalorando en cuanto cabía á sus soldados, forcejaba por romper aquel frente formidable. Mas eran muchos y valientes los motawatynes: inmóviles contra todo ataque como las rocas contra las olas del Océano, lograron cansar é infundir espanto á los enemigos; y todo el valor de Haro y todo el denuedo de García no pudieron impedir que muchos cristianos abandonasen las banderas de sus concejos, dejando en confusión á sus caudillos y con no escaso aliento á los infieles. Acababan de juntarse con los primeros combatientes todas las demás haces de Castilla y Aragón menos la del rey D. Alfonso; pero ni aun estas pudieron contener aquella fuga precipitada que puso en tanto riesgo la suerte del combate. Eran los fugitivos por lo más gente poco acostumbrada á los azares de la guerra; y al ver la imperturbable tenacidad de los motawatynes creían ver asestadas contra sus cuellos las lanzas enemigas.

Desesperó entonces Alfonso de la batalla; mas no desfalleció. «Muramos aquí yo y vos,» dijo al arzobispo de Toledo; y como éste le contestase «no quiera Dios que aquí muráis: hoy venceréis á vuestros enemigos;» «acorramos á los de la primera haz, replicó, que muy grande es su afincamiento.» Salieron precipitadamente de su comitiva Gonzalo Rodríguez y sus hermanos; y fué tal el ardimiento que el Rey manifestó, que Fernando García, uno de sus mejores caballeros, se vió obligado á

trabar de la rienda á su caballo y á decirle: «id paso, señor, que acorrer avran los vuestros.» Veía el rey á los suyos en peligro, y no sabía permanecer tranquilo. «Muramos aquí yo y vos, repitió, buena nos es en este lugar la muerte;» y animado de nuevo por las palabras del arzobispo: «venceréis y no moriréis si á Dios place; si á Dios place que muráis, por vos y con vos moriremos todos,» puso en marcha su haz, dió de las espuelas á su caballo, y corrió como un león á arrojarse donde más arreciaba la pelea (1). Iba á defender su vida, su trono y la gloria de sus mayores; y fué tal el valor que desplegó y el aliento que logró infundir en el corazón de los más débiles, que decidió apenas llegó al campo la suerte de la batalla. Abriéronse paso las espadas cristianas entre las filas de los motawatynes, que abandonaron á poco el monte dejándolo cubierto de cadáveres; llegaron hasta los cerrados escuadrones de los almohades y de los árabes de España, hirieron y mataron á diestro y siniestro, y llenaron de terror á todo el ejército enemigo. Huyeron los cadíes y walíes españoles al verlas sobre sí; entró el mayor desaliento en todos los infieles; y volviendo los más las espaldas, desampararon vergonzosamente al emir, que estaba aún leyendo bajo su tienda encarnada el libro del Profeta.

No quedaba ya sino un valladar que romper á los cristianos.

(1) Ponemos las palabras que pronunció el rey y el arzobispo casi tales como las encontramos en la traducción al castellano del texto de D. Rodrigo. No creemos que esta traducción haya sido hecha por el mismo arzobispo, como pretenden muchos cronistas; porque no nos permite creerlo así la historia de nuestra lengua; pero no siendo aquella muy posterior á la redacción del original, nos ha parecido oportuno trasladarla casi enteramente para pintar con mayor verdad los sentimientos que animaron á Alfonso en esta batalla. El texto latino dice así: Dixit omnibus audientibus pontifici toletano: Archiepiscope, ego et vos hic moriamur. Qui respondit ei: Nequaquam, immo hic prævalebitis innimicis. Rex autem invictus animo: festinemus, inquit, primis succurrere in periculo constitutis... Tunc rex inquit iterum: — Hic, Archiepiscope, moriamur; talis enim in tali articulo mors non dedecet. Et ille: — Si Deo placet, corona victoriæ, non mors insistat. Sin autem aliter Deo placuerit, vobis commori omnes communiter sumus parati. In his autem omnibus testificor coram Deo nobilis rex non mutavit vultum, nec gestum solitum, nec loquelam: immo viriliter, et constanter, ut leo imperterritus, aut mori, aut vincere firmus erat...

Los soldados que circuían á Mohamed eran muchos y bravos: habían templado sus lanzas en la sangre de los más fieros africanos, y se hacían verdaderamente temibles. Mas nada pudo su antiguo valor ni su fiereza contra el ímpetu irresistible de nuestros reyes, que tendidos sobre la crin de sus caballos, fueron alanceándolos mortalmente y disparando contra ellos todo el cuerpo del ejército, ya decidido á morir antes que volver atrás un paso. Nuestros mejores soldados viendo á los negros tenaces en defender sus puestos, volvieron contra ellos las grupas de sus caballos cubiertas todas de hierro, y logrando así romper la línea de batalla, pasaron sobre los cuerpos de los vencidos hasta la estacada, que es fama que fué rota á hachazos por Sancho de Navarra.

Mohamed sentía en tanto cerca de sí el estruendo de la pelea; pero seguía aún inmóvil sobre su escudo. Estaba tranquilo, y no parecía sino que aguardaba con resignación ver caer la espada de Alfonso sobre su cabeza. Pero se le acerca un árabe montado en una hermosa yegua cuando están ya espirando los negros bajo las plantas de los caballos de los cristianos; y «¿hasta cuándo has de estar ahí sentado é inmóvil? exclama: cumplióse el decreto de Dios; está obedecida su voluntad y fueron ya los Musulmanes.» Levántase entonces Mohamed y quiere montar el famoso alazán que está á su lado; pero le detiene el árabe apeándose de la yegua, y «cabalga en esta doncella, le dice: ¡así quiera Dios mantenerte sobre su lomo! depende de tu salvación la del Imperio.» Acepta Mohamed, monta en la yegua del árabe y el árabe en el caballo del emir mientras están tal vez sintiendo caer á hachazos la estacada; parten entrambos seguidos de un escuadrón de negros, y corren acosados por la caballería enemiga hasta llegar á Baeza. «¿Qué hemos de hacer?» le preguntan consternados los moros de esta ciudad; mas él, turbado, no acierta á responderles sino «ni consejos tengo para mí mismo: ¡Alá sea con nosotros!» Muda de caballo y sale al instante para Jaén, donde llega aquella misma noche.

Seguían aún peleando los cristianos cuando partió el emir, y tuvieron que pelear todavía gran rato para desalojar á cuantos había dentro y fuera de la estacada. No querían dejar los infieles aquel último baluarte; y aunque caían muertos como las espigas bajo la hoz del segador, se levantaban siempre más terribles sobre los cadáveres de sus hermanos, y defendían paso á paso la tienda del Califato. Mas debieron sucumbir al fin al número y al valor de sus enemigos; cansados ya de lidiar, faltos de aliento, buscaron la vida en la fuga, y dejaron todo el campo á merced de los ejércitos cristianos, que esparcidos ya por todas las Navas, iban siguiendo el alcance á los dispersos derribándolos acá y acullá á los botes de su lanza y haciendo espirar á los heridos bajo las herraduras de sus intrépidos caballos.

Fué entonces tremenda la matanza que hicieron los cruzados en los moros. Los heraldos de Alfonso iban aún repitiendo desde el principio de la refriega: «no hay cuartel para los cautivos: el que traiga un prisionero muere con él;» y se perseguía sin piedad á los fugitivos como fieras que infestan las campiñas. Llenóse el campo de muertos, llegando á ser tantos en número, que, según D. Rodrigo, no podía pasar la hueste del rey por encima de ellos sino con peligro á pesar de los muy buenos caballos que traían. Estaban los más degollados y bárbaramente despedazados; y había de causar horror verlos tendidos en número de doscientos mil en aquel vasto espacio.

Sonaron pronto, sin embargo, voces de alegría en medio de aquel recinto de la desolación y de la muerte. El arzobispo de Toledo, al ver ya la corona del triunfo sobre los estandartes castellanos, levantó la voz y dijo al rey Alfonso: «acordaos de que la gracia de Dios acaba de suplir cuanto os faltaba y de apartar de vos la afrenta que permitió algún día: acordaos también de vuestros soldados con cuya ayuda habéis llegado á alcanzar tan grande gloria.» Y alzando luégo la frente al cielo él y los obispos que con él estaban, entonaron con lágrimas en los ojos el

Te-Deum laudamus, cánticos á cuyos ecos les pareció que se abría el firmamento. Regocijóse toda la hueste al oir ese himno de alabanza, y vivos alaridos de gozo sucedieron á los gritos de guerra que sonaban aún á lo lejos en boca de los que seguían el alcance á los vencidos.

Eran verdaderamente momentos de júbilo para el ejército cristiano. Acababa de vencer á un enemigo poderoso, acababa de destruir el poder de los que amenazaban invadir la Europa y anegar en sangre los altares de Jesucristo, acababa de salvar su libertad, su religión, su patria. Se había visto por dos veces en aquel anchuroso palenque con un pié en el abismo, y por dos veces había pasado vencedor al través de las armas enemigas. Un humilde montañés le había arrancado de la muerte en el paso de la Losa; y, según los mismos que presenciaron el combate, había sido principalmente la cruz del arzobispo de Toledo la que en los instantes de mayor peligro había decidido en favor suyo la victoria. Esta cruz, dice el mismo arzobispo, pasó por todas las haces de los moros sin ser nunca abatida ni herido ninguno de cuantos peleaban á su sombra; con esta cruz, dice el rey Alfonso, cortó Dios la cabeza á una gran muchedumbre de enemigos. Cuando se recorrió el campo después de la batalla halláronse en la estacada del emir, añade D. Rodrigo, muchos moros muertos de grande estado y desmesurada estatura; y á pesar de ser tantos en número y estar todos desnudos y hechos pedazos, no se encontró en la tierra mancha de sangre, cosa que fué gran maravilla (1). Con tan señalada victoria debía

(1) Erant autem Agareni, qui supra prædictum atrium inventi sunt, statura proceri, pinguedine dilatati... Et quod mirabili est dictu, licet jacerent in omnibus partibus corporis detruncati, et jam á pauperibus spoliati, in tanto campo nec signum sanguinis poterat inveniri. Quibus peractis, nostri gratiæ Dei terminum nolentes imponere, per omnes partes usque ad noctem eos infatigabiliter sunt secuti, et secundum existimationem creduntur circiter bis centum millia interfecta. De nostris autem vix defuere viginti quinque (ROD. TOLET., *de Reb. Hisp.*, 1. 8.°, c. 10). Estas últimas palabras nos dan lugar á decir algo sobre el número de cristianos que murieron en la batalla. La opinión común es que sólo fueron veinte y cinco; mas ¿no sería facil colegir de las palabras del arzobispo que fueron veinte y cinco mil? Así lo cree Romey, y así quisiéramos poderlo creer nosotros;

naturalmente el vencedor rebosar de placer y oir con entusiasmo el canto pronunciado en alabanza y honra de su Dios.

Era además esta batalla de inmensos resultados. Franqueaba á los reyes cristianos las puertas de Andalucía, hasta entonces abiertas sólo momentáneamente por las discordias de los árabes; preparaba las gloriosas campañas de San Fernando, cuyas armas reflejó el Guadalquivir desde Segura hasta el Océano, y daba ya lugar á prever los triunfos de los reyes católicos, á quienes cupo arrojar con su espada al último rey moro. Sierra-Morena estaba ya vencida y el reino de Andalucía sin murallas. Cayeron dos días después del combate en poder de los cristianos los castillos de Bilches, Baños, Castro Ferral y Tolosa; y fueron desde luego estas fortalezas, enriscadas en las cumbres, el nido de las águilas que habían de apresar el Mediodía y desgarrar el rico manto de gloria de los últimos monarcas musulmanes. Estos castillos, que no pudieron recobrar los infieles, fueron contra estos una amenaza continua: los cristianos tuvieron desde entonces un pié puesto en esa tierra de Andalucía. En vano los combatieron dos meses después de la batalla los walíes almohades de Jaén, Córdoba y Granada; en vano cercaron á Bilches y pelearon contra él dos días con dos noches; en vano echaron el resto de su valor para la reconquista de sus fronteras; cayeron sobre ellos los toledanos en-

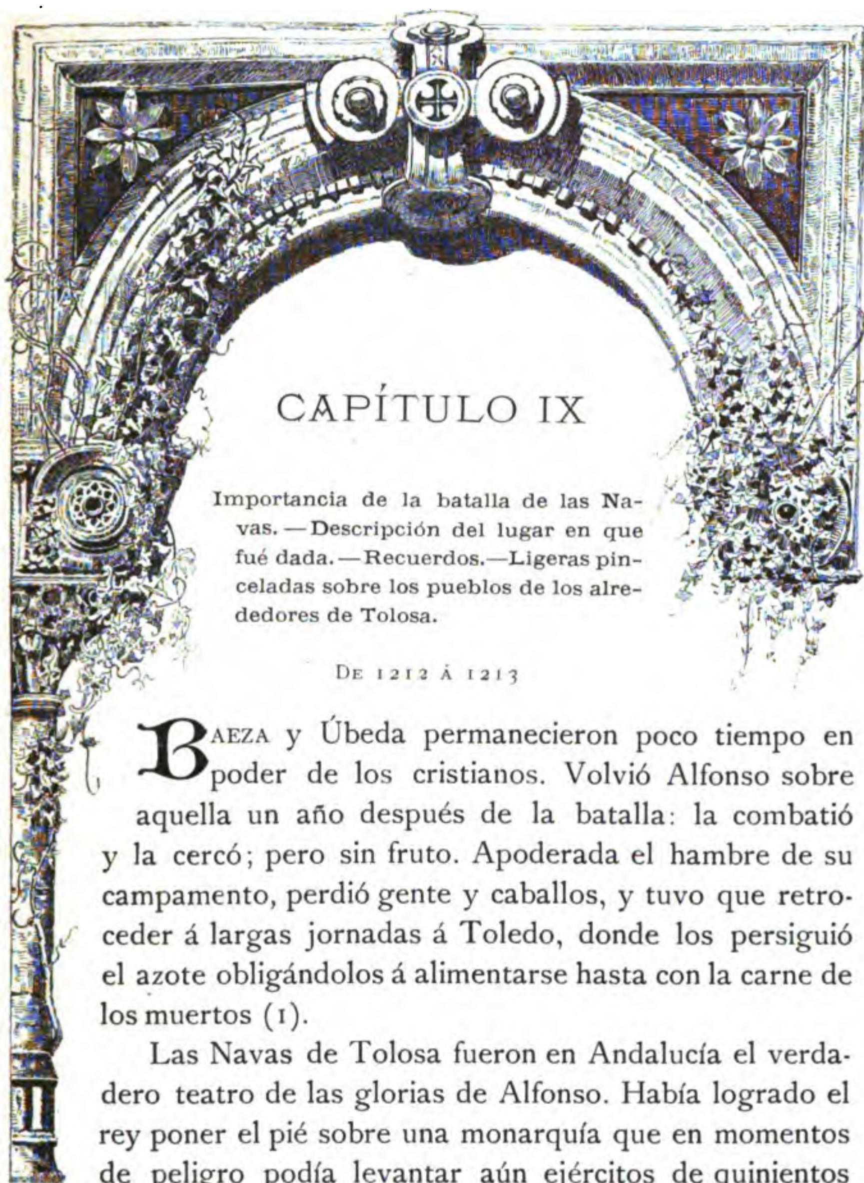
---

mas hay textos de autores tan dignos de fe como el mismo D. Rodrigo que evidentemente nos lo impiden. El rey D. Alfonso, en la carta que escribió al Papa refiriéndole esta batalla, no solo dijo terminantemente que fueron sólo veinte y cinco los muertos, sino que aun cuando hubiera hablado sobre este punto con vaguedad, nos hubiera dado lugar á pensar lo mismo por las exclamaciones de admiración y de alegría con que refirió esta noticia. Atribuyó el hecho á milagro, y no hubiera sido por cierto cosa milagrosa que hubiesen muerto veinte y cinco mil cristianos. Hubiera sido aún así ocho veces mayor el número de los infieles que perecieron; pero ¿qué hubiera tenido esto de particular, sabiendo como sabemos que quedó enteramente disperso el ejército enemigo, que se le siguió el alcance hasta la noche, y que no tenía ni la mitad de la caballería que contaba el ejército cristiano? Por más que repugne á la fría razón de los hombres de estos tiempos la notable desigualdad que se supone entre los muertos de uno y otro bando, preciso es confesar que no tenemos otras armas con que combatirla que las del escepticismo.

viados por Alfonso á cargo de los hermanos Gonzalo y Martín Núñez, y juntos con las compañías de Madrid y Huete, los derrotaron, se internaron tras ellos por el suelo de Jaén, y no volvieron á la Sierra hasta haber hecho sentir sobre el país enemigo el peso de sus armas.

Y no fueron sólo estos castillos los que ganaron los reyes después del combate de las Navas. Pasaron de Bilches á Baeza, ciudad ya desamparada por los árabes, cuya mezquita quemaron sin perdonar á los desgraciados que habían creído encontrar en ella un asilo contra los vencedores, se adelantaron hasta Úbeda, la sitiaron, la asaltaron, y aunque fueron al principio rechazados, mostraron tal valor y tuvo tal intrepidez un escudero del aragonés D. Lope de Luna, soldado que se atrevió á trepar hasta el adarve, que aturdidos los cercados, les ofrecieron pagarles un millón de doblas de oro si les dejaban en libertad la villa. No se dieron aún por satisfechos con esta capitulación, á la que se opusieron en nombre del Papa los arzobispos de Toledo y Narbona; siguieron con sus asaltos, entraron por fuerza en la villa, la derribaron, la asolaron é hicieron cautivos á cuantos pudieron escapar de la lanza de los soldados. El ardor del ejército era grande y habría pasado sobre las ruinas de las más poderosas ciudades á fin de menoscabar el reino de los infieles. Mas hubo causas graves que atajaron su conquista y le obligaron á retroceder hacia Castilla.





CAPÍTULO IX

Importancia de la batalla de las Navas. —Descripción del lugar en que fué dada. —Recuerdos.—Ligeras pinceladas sobre los pueblos de los alrededores de Tolosa.

De 1212 á 1213

Baeza y Úbeda permanecieron poco tiempo en poder de los cristianos. Volvió Alfonso sobre aquella un año después de la batalla: la combatió y la cercó; pero sin fruto. Apoderada el hambre de su campamento, perdió gente y caballos, y tuvo que retroceder á largas jornadas á Toledo, donde los persiguió el azote obligándolos á alimentarse hasta con la carne de los muertos (1).

Las Navas de Tolosa fueron en Andalucía el verdadero teatro de las glorias de Alfonso. Había logrado el rey poner el pié sobre una monarquía que en momentos de peligro podía levantar aún ejércitos de quinientos mil combatientes; y era ya sobrada ventura para un hombre que pocos años antes apenas había podido es-

(1) Los Anales primeros de Toledo explican circunstanciadamente este hecho. «Esto fué en noviember, dicen, é duraron tres semanas de jadnero sobre Baeza, é non la prisieron, é murieron y caballos, é mulos, é mulas, é asnos, é comieron las gientes, é despues murieron las gientes de fambre. E fué hora que costó el almud

capar con vida de la jornada de Alarcos. Otros reyes antecesores suyos habían alcanzado, al parecer, más: habían hecho temblar ciudades importantes al relincho de sus caballos y al eco de sus clarines; habían conducido sus estandartes coronados de laureles á los más apartados límites de Andalucía; habían llegado á bañar en las aguas del Estrecho sus corceles de guerra; mas todas esas brillantes hazañas y todos esos hechos heróicos, que constituyen las más poéticas páginas de nuestra historia, ni produjeron sino resultados pasajeros, ni dieron lugar á hechos más importantes, ni hicieron sino cubrir de estéril gloria la frente de sus autores. Combatían aquellos monarcas en favor de los mismos árabes; conquistaban cuando más para sí plazas muy apartadas de su reino; y llegaban apenas á las fronteras de Castilla cuando habían ya perdido los escasos frutos producidos por la sangre de sus soldados. Alfonso con la batalla de las Navas no ganó sino algunos castillos enriscados en las cumbres de Sierra-Morena; mas estos castillos estaban en los confines de su reino y le era fácil defenderlos; eran las puertas de hierro que le impedían pasar á Andalucía, y dueño de ellas, acababa de abrir para sí y para sus sucesores un camino tan lleno de peligros como de honra, que había de conducir la Península á su unidad política, á su unidad civil, á su unidad religiosa. Fué la sombra de estos castillos la que protegió los primeros pasos de San Fernando: fué el suelo sagrado donde se dió aquella batalla memorable, el que

---

de la cebada LX soldos, é vínose la huest para Toledo, é duró la fambre en el regno fasta el verano, é murieron las mas de las gientes, é comieron las bestias, é los perros, é los gatos, é los mozos que podian furtar. Esto fué en Toledo, é andaban VIII almudes de trigo á...» Era MCCLII (1214). (Ann. Tol. I. pág. 399 en Flórez, *Esp. Sag.* tomo 23.) Casi lo mismo dicen los Anales Toledanos terceros y el arzobispo D. Rodrigo en su libro de *Rebus Hispanicis:* «Este rey D. Alfonso fué á cercar Vaieçça, é tanta fué la fambre que los de la huest comien carnes á hombre no acostumbradas, é descercóla de consejo de los suyos.» (Anal. Toled. terceros, pág. 411.) «Et sic invaluit fames ibi, ut exercitus carnes humano generi insuetas edere cogerentur... Cumque diu Beatiæ obsidio traheretur, nec à patria victualia portarentur, omnibus fere fame deficientibus, suorum consilio rex nobilis, tregua cum arabibus reformata, rediit Calatravam.» (*De Reb. hisp.* l. 9. cap. 14.)

vió formados los grandiosos ejércitos con que aquel príncipe fué á fijar su estandarte en las torres almenadas de Córdoba y Sevilla. La batalla de las Navas libertó á la cristiandad de un gran peligro; pero hizo más que libertarla: fué la salvación de la cruz en lo presente y el triunfo de la cruz en lo futuro.

No sin razón celebra aún la Iglesia después de seis siglos el aniversario de esta gran jornada (1); no sin razón al descender de las ásperas gargantas de Sierra-Morena busca el viajero con ojos inquietos el lugar en que hollaron los cristianos el poder de los almohades, y al fijar en él sus miradas, siente enardecida su frente y estremecidas sus carnes. Ve ante sí una llanura vasta, sin árboles, casi desierta; al Norte el Puerto de Muradal, cordillera de peñas y de pizarras que se levanta sobre las demás sierras y parece un muro alzado por la mano de Dios entre Andalucía y Castilla; al Occidente cerros cubiertos de salvajes arboledas y barrancos profundos que están sin cesar conmoviendo el espacio con el rumor de sus arroyos y el bramido de sus torrentes; un monte prolongado y no menos fragoso al Mediodía; y al Oriente cerros y quebradas que, algo parecidos á los del lado opuesto, hacen brotar cierta armonía del fondo del conjunto. Descubre aún sobre las cimas de estas alturas las ruinas de los castillos antiguos: las de los de Molosa y Tolosa en los cerros de Occidente, las del de Mogón en el monte que mira al Mediodía, las de los de Ferral y Peñaflor al borde de las quebradas del Oriente, las del de la Losa, sito en el puerto del mismo nombre. Todo va allí exaltando lentamente su imaginación y trasladándole á los tiempos en que se dió la batalla. Los siglos han vinculado en la naturaleza misma los recuerdos de ese combate gigantesco; y al preguntar por el nombre de cada arroyo y de cada monte, no suenan en su oído sino palabras que van aumentando la ilusión y vivificando por momentos la

(1) Lo celebra el día 16 de Julio con el título de Triunfo de la Cruz. La batalla tuvo lugar en el mismo día del año 1212.

llanura. El lugar por donde bajó el ejército á las Navas se llama hoy Puerto Real; el altozano en que sentó la corte sus reales lleva el nombre de Mesa de los tres Reyes; el arroyo que pasa por junto á Ferral, en cuyas aguas se reflejaron las armas de todos los cruzados, es conocido por el arroyo del Rey.

Todo habla aún allí de aquella inmensa lucha: todo excita aún la fantasía del viajero, que conmovido tanto por la soledad del lugar como por los recuerdos, llega en un momento de entusiasmo á poblar de soldados la llanura, y cree ver todavía los cascos y las lanzas de los caballeros relumbrando como fuego heridos por los primeros rayos del sol de aquel sagrado día. Siente por momentos enardecerse más y más su imaginación; y ve flotar al aire las banderas de los concejos, los pendones de las mesnadas y los estandartes de los reyes; oye las voces de mando, el galopar de los caballos y los gritos de guerra; ve al otro lado á los motawatynes puestos á la sombra de sus grandiosas enseñas, á los almohades armados de todas armas, á los negros formando un ancho círculo en torno del pabellón del califa y á los alárabes advenedizos, que tendidos sin orden por la llanura, dan al campo infiel el aspecto de un lago azotado por la lluvia; siente, al fin, el rumor de la pelea, el crujir de las armaduras, el caer de las lanzas y de las espadas, el relinchar de los caballos, el ay de los heridos, el trémulo sonido de la corneta, que dominando sobre todo el estruendo de la pelea, enciende de cólera los ojos de los combatientes y retumba en los oídos de todos como el eco de la muerte y la venganza. Rompiéronse las lanzas; brillaron como el relámpago las espadas y los alfanges; y estos y aquellas rodaron á su vez hechos piezas por el campo. Pero está ya la llanura cubierta de cadáveres, recorre una cruz de hierro las filas de los árabes, flota un pendón de la Virgen (1) sobre los turbantes de los

(1) «E en el pendon de la provincia de Toledo estava la imágen de la bendita é gloriosa Vírgen Sta. María, amparadora de España. É al golpe que llegó el pendon de la imágen de Sta. María, los Moros que fasta aquella hora estuvieron fuer-

infieles, y crece el furor, y la matanza crece. Triunfó Cristo, y huye aterrado el ejército musulmán al brillo de las armas que corona la victoria.

Todo vuelve á estar en silencio; mas ¿ha cesado aún la ilusión del viajero que ha venido á meditar sobre lo pasado en esos lugares solitarios? El aire que gime lleva todavía á sus oídos los gemidos de los moribundos; y busca involuntariamente con ávidas miradas esa inmensa multitud de cadáveres que después de la batalla impedían el paso de los más briosos caballos de los vencedores, esa inmensa multitud de astas de lanzas y de saetas, cuya sola mitad bastó para alimentar por espacio de dos días los fuegos de todo el ejército cristiano (1). Busca aún con inquietud dónde pudo estar el campamento moro, tan vasto que los cruzados no pudieron ocupar de él más que una pequeña parte; se esfuerza en descubrir la loma en que estuvo el califa de pié sobre su escudo durante la batalla; pregunta por la altura en que fué expuesta la cruz á la vista del ejército, cuando ya los últimos rayos del sol iban palideciendo tristemente sobre las cumbres de los cerros. En estos llanos cada otero, cada piedra ha de tener su historia: y el que los visita con entusiasmo, recorre con afán cada uno de los lugares en que están vinculados los recuerdos. No le satisface ni la voz de la tradición; y pretende al fin leer en su corazón y en su fantasía lo que no puede leer en la crónica ni recoger de los labios de los que viven en las asperezas de la Sierra.

---

tes é recios, luego bolvieron las espaldas é començaron á fuir, é los christianos firiendo é matando en ellos muy cruelmente de grandes feridas.» (Traducción del libro de D. Rodrigo titulado *De Rebus Hispanicis*: manuscrito de Vilches. No está traducido en este manuscrito sino todo lo relativo á la campaña de las Navas.)

(1) «É el campo yacía tan lleno de los Moros muertos que non podiamos pasar por cima con muy buenos caballos que traíamos sobre los Moros sinon con gran peligro... É como quier que ome non podia facer esto que aquí diremos, maguer ello sea verdad, sabed que en aquellos dias que alli estovimos non quemamos otra leña en el real de los Moros sinon las astas de las lanças é de saetas que los Moros tenian é non acabamos la meatad dellas como quier que á sabiendas las quemávamos non aviéndolo menester.» (Idem.)

Los pueblos de los alrededores, aun aquellos cuyas fortalezas fueron testigos de la batalla y vieron después de ella caer sobre su frente las armas cristianas, están casi mudos sobre esta lucha. Los castillos á cuyo alrededor crecieron no presentan ya sino algunos torreones medio derribados, roídos por las yerbas parásitas y cubiertos por el musgo; los hay que apenas se levantan de entre sus escombros; los hay cuyos muros medio caídos son hoy la cerca que defiende la morada de los muertos. Ni la pintoresca aldea de las Navas de Tolosa, sita en el mismo campo de batalla en torno de una loma por cuyas vertientes esparce su reducido caserío, ni el pueblo de Baños, que ocupa una de las faldas de Sierra-Morena y tiene á sus piés una hermosa vega regada por Rumbral, Río-Grande y Pinto, guardan huellas de este acontecimiento. Sólo Vilches, pueblo puesto en la cima de un monte al pié de un despeñadero, parece haber sido destinado á archivar tanta gloria; y son, sin embargo, escasos los recuerdos que en él quedan. Su castillo puede aún manifestar en sus viejos muros la fortaleza que en otros tiempos tuvo y traer á la memoria á los árabes que lo defendieron y á los cruzados que lo conquistaron; su escudo de armas lleva aún por timbre la cruz de campaña que precedió durante toda la jornada al arzobispo D. Rodrigo; su modesta iglesia guarda todavía bajo sus bóvedas esa misma cruz de hierro á cuya asta está pegado un grande escudo con una mano que, al decir de la tradición, iba moviéndose y señalando á los cristianos el lugar donde debían cargar con toda la fuerza del ejército; mas no encontramos en él ni en toda la provincia un pendón de guerra, ni una lanza, ni una espada de las que empuñaron los esclarecidos capitanes é ilustres reyes que tomaron parte en la jornada.

Son muy modernos los pueblos vecinos á las Navas para que puedan conservar vestigios de edades tan remotas: los más cuentan apenas un siglo de existencia. Sierra-Morena estaba desierta, y era ya desde mucho tiempo fortaleza de bandidos. Á los temidos Golfines, que en el siglo XIII vivían en sus

bosques, saltaban sus barrancos, corrían como corzos por sus cumbres y se dejaban caer sobre la llanura con el furor y la rapidez de los torrentes (1), habían sucedido hombres sin corazón, que no sabiendo buscar la libertad sino en el crimen, acechaban sin cesar al viajero ocultos tras las jaras y madroños, se arrojaban como fieras sobre él y le sepultaban tal vez para encubrir su delito en lo profundo de los abismos. Aventurábase difícilmente nadie á pasar la Sierra; y cuando alguno se atrevía, temía más el puñal de esos foragidos que los espantosos precipicios que se abrían á cada paso bajo su planta y las fieras cuyos aullidos hacían estremecer los bosques en que veía abierto su camino. Reinaba en todos esos montes el terror; y no se andaba por ellos sin creer que iba ante sí la sombra de la muerte. Se perseguía á los bandidos, se seguía sin cesar sus pisadas; pero en vano. La roca no guarda huellas, y ellos desaparecían y reaparecían siempre más bravíos, siempre más temibles. Estaban así cerradas en cierto modo las puertas de Andalucía, medio rotas las comunicaciones de esta con Castilla, paralizado el comercio de unas y otras provincias. Pensóse entonces en poblar esos lugares desiertos, apenas habitados más que por algunos monjes que desde el siglo XVI habían ido á buscar en ellos la paz; creyóse que colonizándolos se apartaría de ellos el crimen mejor que con las armas; y se empezó á fundar, ya en las vertientes, ya en las mesetas de la Sierra,

(1) «É axi, com á homens que no saben altre fer vehent sen (los Golfins) á la frontera dels ports de Muradal qui son grans montanyes, é forts é grans boscatges, é marquen ab la terra dels serrayns é dels crestians, é quiscu passa lo cami qui va de Castella á Cordoba é á Sivilia axi aquelles gents prenen crestians é serrayns. É estan en aquells boscatges é aqui viuen é sont molt grans gents tant quel rey de Castella non pot venir á fi.» (D'Esclot., cap. 79.) Eran estos golfines una especie de almogavares con la diferencia que estos solían ser catalanes ó aragoneses, y aquellos del interior de España. Eran, como estos, fieros, y tampoco temían meterse una ni dos jornadas tierra adentro del reino de los árabes, con tal que pudiesen esperar un botín algo pingüe de su correría. Ellos, á quienes el arzobispo D. Rodrigo llama almogavares, fueron los primeros que se apoderaron de la Axarquía de Córdoba en tiempo de San Fernando. Eran un azote para los pueblos fronterizos enemigos, que nunca podían verse libres de sus sangrientas invasiones.

pueblos risueños y floridos que son hoy la tranquilidad del viajero y la gala de toda la comarca. Reinaba á la sazón Carlos III; y D. Pedro de Olavides, que concibió el primero este proyecto, infatigable y protegido eficazmente por el poderoso conde de Aranda, alcanzó de aquel rey que se pusiera en ejecución tan acertada idea. Levantáronse las poblaciones que hay ahora desde Visillo hasta cerca de Bailén; y no tardaron en estar ocupadas por italianos, por alemanes, por suizos, á quienes se aforó eximiéndolos de toda clase de tributos, aun del de sangre (1). Cobraron luégo vida todas las faldas de la Sierra: plantáronse frondosas alamedas y vastos olivares, se abrió y se fecundó la tierra. Fueron á poco vistosas campiñas las que eran sombrías soledades; veredas deleitosas y apacibles las que eran sendas erizadas de peligros. Animó la industria el interior de los nuevos pueblos, y repitieron el rumor de los talleres los ecos de los montes, acostumbrados durante siglos á no repetir más que ayes de víctimas inocentes, amenazas de bandidos y preces de humildes anacoretas. Fueron principalmente los alemanes los que vinieron á estas colonias; y esos honrados hijos del Norte llevaron á ellas su actividad, su amor al trabajo. Sus nietos, cuyo origen revelan sus ojos azules y su blonda cabellera, conservan todavía las hermosas dotes de sus abuelos; pero no han heredado desgraciadamente la fortuna de estos, á quiénes fué dado elevar á mucha prosperidad los pueblos que guardan sus cenizas.

Están ya en decadencia estas poblaciones; pero no son por esto menos bellas. Presentan todas cierto aspecto risueño que las caracteriza; están generalmente bien situadas, y apenas las hay que carezcan en sus alrededores de árboles y aguas. Reciben

(1) Constituyeron en un principio estos pueblos una provincia aparte conocida con el nombre de Nuevas Poblaciones de Sierra-Morena. La Carolina era la capital, y en ella vivía el intendente. Constaba de dos departamentos, cuya cabeza eran la Carolina y la Carlota. Hoy está distribuída entre las provincias de Jaén, Córdoba y Sevilla.

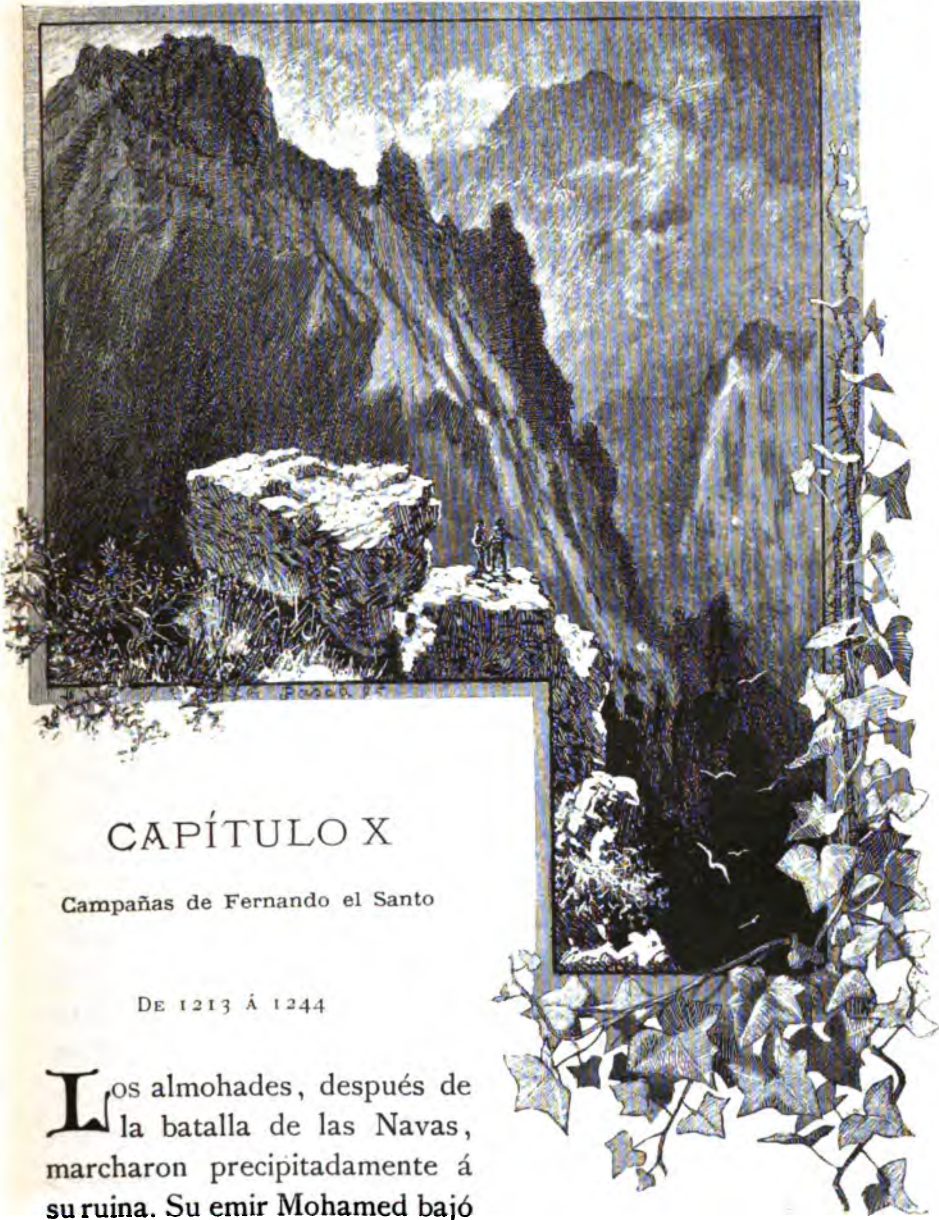
algunas sombra de altos y frescos álamos que adornan las márgenes de algún riachuelo; ven otras crecer vistosas flores en las orillas de un arroyo. Es sobre todas notable la Carolina, ciudad que es aún reina de esta reducida comarca. Perdió ya los honores de capital que le dió su fundador; pero no los que le dió su bella posición, su distribución acertada, la regularidad y limpieza de sus calles, la solidez y majestad de sus escasos monumentos, lo pintoresco de sus paseos, desde cuyo centro se descubren muchos pueblos sitos ya en la llanura, ya en lo alto de los cerros. Está en la falda misma de la Sierra, en el extremo de una meseta que limitan al Norte las vertientes del río de la Campana; crúzala en toda su longitud una calle ancha y despejada que presenta en cada una de sus extremidades un arco cimbrado entre dos pequeñas torres y en el centro una plaza elíptica rodeada de una doble galería; son todas sus casas iguales, bien proporcionadas y de agradable vista, espaciosas todas sus calles, bella y muy larga la alameda que orilla á la salida de la ciudad el camino de Andalucía, grave su templo y su palacio, restos todos del antiguo convento de carmelitas que fundó San Juan de la Cruz en la Sierra cuando estaba aún desierta. Ensancha su simple aspecto el corazón del que acaba de atravesar las tristes y silenciosas llanuras de la Mancha. La ve este risueña y bella; y por más que el célebre mojón en que está grabada la cara de Dios (1) le haya indicado ya en lo alto de la Sierra el término de Castilla, y la vegetación de que están cubiertos hasta los riscos más inaccesibles le haya manifestado que está pisando otro suelo, sólo al entrar en ella, es fácil que empiece á reconocer la tan decantada Andalucía, en busca de cuyas bellezas corre tal vez ansioso.

¿Puede, empero, tener esta ciudad tradiciones ni recuerdos? Saben sus moradores que los umbrales de su iglesia han visto

(1) Véase sobre la significación de esta cara de Dios el capítulo sobre Jaén.

pasar muchas veces á San Juan de la Cruz; pero ignoran que haya sido hollada la tierra en que viven por los héroes que hicieron estremecer los cimientos del imperio almohade.





CAPÍTULO X

Campañas de Fernando el Santo

De 1213 á 1244

Los almohades, después de la batalla de las Navas, marcharon precipitadamente á su ruina. Su emir Mohamed bajó lleno de cólera á Sevilla; y atribuyendo su derrota á la cobardía de los caudillos andaluces, ejerció venganzas sangrientas que no tardaron en alumbrar el Mediodía de la Península con el fuego de nuevas guerras civiles. Depuso á unos jefes, encarceló á

otros, mandó degollar á los más; y como si con la sangre de estos hubiese logrado lavar su frente y reparar su caída, pasó tranquilo al África y se sumergió en placeres impuros, entre los cuales apuró la copa de veneno que le deparó una esclava (1). Fué proclamado á su muerte su hijo El-Mostansir; mas era éste muy mozo para que pudiera sostener en sus hombros un imperio que se venía al suelo. Apoderáronse de él jeques y deudos; y repartiéndose á su antojo las provincias, las explotaron como minas de oro, las cargaron de tributos y cometieron las más bárbaras violencias en nombre de aquel débil príncipe. Las provincias, sobre todo las de España, sufrían ya impacientes tan pesado yugo; mas no sintiéndose aún con fuerzas, no pudieron durante este reinado sino ir preparando en secreto su venganza.

Muerto El-Mostansir, subió al trono Abd-el-Wahed, no menos inepto que su antecesor para detener la caída del reino que confiaron á sus manos. Ya muy anciano, no pudo resistir á sus enemigos; y los mismos que levantaron la corona sobre su cabeza le hicieron bajar en el mismo año al sepulcro. No quiso reconocerle su sobrino El-Adhel, walí de Murcia; y fué éste el que aceleró su ruina y pasó sobre su cadáver para ir á sentarse en el solio de los califas. Fué proclamado El-Adhel en 1224; pero tampoco duró mucho su reinado á pesar de su denuedo y de su indómita energía. Subleváronse contra él muchos walíes de África y el saheb de Valencia, Játiva y Denia; rompió á poco con él Cid-Abu-Mohamed, walí de Baeza; y en tanto los cristianos bajaron á asolar las fronteras españolas de su imperio acaudillados por Fernando el Santo. Era difícil que pudiese contrarrestar las fuerzas de tantos enemigos: los rebeldes tenían audacia, y el Príncipe de los cristianos se sentía arrebatado á las más aventuradas empresas por su celo religioso y por sus ímpetus guerreros; disponían unos y otros de numerosas tropas,

(1) Así lo asegura Ben-Abdelhalim, según el cual, sobornada la esclava por los visires, brindó al desgraciado califa con una copa de vino envenenado.

y se hacían todos temibles. Resistióse, sin embargo, y atacó á los walíes sublevados; mas no pudo volver sus armas contra los estandartes de Castilla.

Durante el corto reinado de Enrique I, sucesor de Alfonso VIII, y aún durante los primeros años del de San Fernando, no bajaron los castellanos á Andalucía sino para correr la tierra en algarada; pero apenas éste monarca se vió libre de las guerras civiles en que estuvo envuelto al ascender al trono, empezaron una larga serie de campañas gloriosas, en las que cautivaron á Jaén y llegaron á abrirse las puertas de Córdoba y Sevilla. Acaudillados por San Fernando y los más esforzados caballeros de Castilla, entraron por el Puerto de Muradal en las provincias granadinas, talaron toda la tierra de Baeza y Úbeda, cayeron sobre Quesada, la asaltaron, la entraron, la abandonaron por estar ya medio destruída, tomaron y derribaron otros seis castillos, y llenos de despojos y de cautivos, pasaron por las riberas del Guadalquivir á Jaén, plaza que podía aún resistirles y rechazarlos de sus muros. Llevaban consigo á D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, á los ricos-hombres D. López Díaz de Haro, D. Rui González Girón y D. Alfonso Téllez, á D. Fernán Coci, maestre de Santiago, y á D. Gonzalo Ibáñez, que lo era de Calatrava; llevaban consigo la flor de la nobleza; mas no se atrevieron aún en esta primera campaña á combatir aquella ciudad de que les apartaban no sólo los numerosos torreones que la defendían, sino también la proximidad del invierno. La toma del castillo de Víboras fué su última hazaña; á pesar de los desesperados esfuerzos de sus defensores, fué aquél ganado por sólo trescientos caballeros que capitaneaba Díaz de Haro y los freiles de las órdenes militares acaudillados por sus maestres (1).

(1) La relación de las campañas de San Fernando es difícil: apenas hay dos autores que estén conformes sobre el tiempo en que se verificaron ni sobre lo que en cada una de ellas se hizo. Creemos, sin embargo, poder presentarlas con claridad tomando por base el libro *De Rebus Hispanicis*, cuyo autor fué testigo ocular de la mayor parte de los hechos que en ellas tuvieron lugar, y los Anales Toledanos segundos, escritos á medida que iban pasando los sucesos. La *Historia Gene-*

Sacaron de esta primera campaña los castellanos más gloria que aumento de dominios; pero prepararon con ella las brillantes expediciones que habían de terminar por reducir todo el imperio de los árabes al reino de Granada. Abrieron la segunda al rayar la primavera del año 1225 (1): atravesaron por segun-

---

ral no nos inspira mucha confianza; pero apelaremos á ella para los detalles. Menos nos la inspiran las crónicas escritas en el siglo XVII; mas nos vemos también obligados á consultarlas, por consignar tradiciones que no podemos omitir sin faltar al objeto de esta obra.

Lo contenido en el párrafo que se acaba de leer consta todo en las dos primeras obras mencionadas: «Treugam cum arabibus noluit ultius (rex Ferdinandus) protelari. Sic exercitu congregato assistentibus sibi Roderico, pontifice toletano et aliis magnatibus regni sui per Beatiam et Ubetam vastationes exercens aggresus est Caseatam; et captis et interfectis multis militibus sarracenorum, quia castrum variis impugnationibus erat dirutum, tunc noluit retinere. Rex autem, ut diximus, occupata, per ripam Betis magni fluminis ad partes pervenit Gienni; et destructis quibusdam municionibus, urgente instantia hiemali ad propria est reversus.» (*De reb. hisp.*, lib. 9, cap. 12.) «Fué el rey D. Fernando é el arzobispo D. Rodrigo en huest á tierra de moros en Septembr., é prisó á Quesada é VI castiellos (según la *Historia General* Lacra, Tova, Pahes, Esnader, Espelui y Víboras); é salió una algara de la huest, é lidió con los Alárabes, é mataron más de mil é quinientos de ellos en el mes de Octuber (esta algarada no puede á nuestro modo de ver referirse sino á la que hizo Haro y los maestres de las órdenes militares contra el mismo castillo de Víboras); é aduxieron muchos cativos é cativas, é viniéronse ende por la fiesta de San Martin era MCCLXII (año 1224).» (Anal Tol. segundos, Flórez, tom. 23, pág. 407.) Los nombres de los principales caballeros que acompañaron al rey en esta primera campaña están continuados en la *Historia Gen.* part. 4. cap. 11.

(1) Según el párrafo de los Anales Toledanos transcrito en la nota anterior, tuvo lugar la primera expedición en setiembre y octubre del año 1224: si, urgente instantia hiemali, como dice el arzobispo D. Rodrigo, tuvo que retirar el ejército á Toledo, ¿era posible que tuviese lugar otra expedición en el mismo año? He aquí por qué fijamos la segunda campaña en 1225 á pesar de lo que leemos en los mismos Anales Toledanos: «El rey D. Ferrando cercó Jahen é Losa. Era MCCLXII (1224).» Esta fecha está evidentemente equivocada, máxime no habiendo sido cercada Jaén, según el arzobispo, hasta la cuarta campaña que hizo el rey. ¿Lo estaría quizás la del párrafo copiado anteriormente? No podemos creerlo. En la segunda campaña, según el mismo arzobispo, recibió San Fernando de Mohamed, rey de Baeza, esta misma ciudad, Martos y Andújar. Ahora bien: sabemos por las crónicas árabes que la proclamación de Mohamed no tuvo lugar hasta el año 1224, y que no se alió con Fernando hasta que Abu-el-Ola le hubo cercado Baeza y retirádose mediante nueva prestación de juramento de fidelidad á El-Adhel, que no había sido reconocido emir hasta 9 de marzo de aquel mismo año. Si supusiéramos que la primera campaña tuvo lugar en el último tercio del año 1223 y la segunda en el primero del 1224, ¿sería posible creer de esta segunda expedición lo que dice el arzobispo? Hay más: en una donación hecha por San Fernando á Ordoño Álvarez, y citada por Argote de Molina, se hace referencia á la presentación de Mohamed al rey y se dice: «Anno Regni sui nono, quo anno Azehid rex Baetiæ devenit vasallus Regis et osculatus est manus suas:» el año noveno del reinado de San

da vez el Puerto, bajaron á las Navas, y se apoderaron sin siquiera desnudar la espada, del alcázar de Baeza, Martos y la ciudad de Andújar. Presentóse en las Navas á San Fernando el rebelde walí de Baeza, Abu-Mohamed; y en cambio de la protección que éste le ofreció contra su enemigo El-Adhel, no sólo le entregó estas importantes plazas, sino que se hizo su vasallo (1). Ejercía ya el poder supremo sobre Baeza, Jaén y Córdoba; y temeroso de la venganza de Abu-el-Ola, á quien acababa de alejar de los muros de su capital prestando nuevamente al Adhel un juramento de fidelidad que rompió apenas se vió libre de las armas que le amenazaban, creyó que sólo con este acto humillante y vergonzoso podía salvar su vida y conservar parte del reino que había conquistado con la fama de su nobleza, el recuerdo de sus abuelos (2) y un doble perjurio con la

---

Fernando ¿no corresponde al 1225? (Véase á Gonzalo Arg. de Mol., *Nob. de Andalucía*, lib. 1. cap. 68.)

(1) «Post hæc autem item exercitum congregavit, et tradente eas sibi Avomahomat qui erat arabum princeps nobilis, filius Avoabdelle, filii Abdelmumi, cepit Beatiam, Andugarum atque Martos, et castrum istud nobilissimum dedit fratribus Calatravæ et destructis aliis castris et municipiis ad sua feliciter est reversus.» (*De reb. hisp.* lib. 9. cap. 12.) Decimos en el texto que sólo el alcázar de Baeza y no Baeza fué la entregada á San Fernando; y como en esto nos separamos del arzobispo, que da por entregada la ciudad misma, nos creemos obligados á explicar la causa de esta disidencia. La relación unánime de los cronistas que hemos consultado, la *Historia General*, una tradición no interrumpida, y hasta el testimonio de los escritores árabes, nos han movido á abrazar la opinión que llevamos emitida. No hay otro autor que siga en este punto al arzobispo que un cronista de San Fernando que lo copia á la letra: todos los demás están acordes en que Baeza fué tomada á hierro. Ben-Abdelhalim no sólo lo confirma, sino que se detiene algún tanto en pintar con vivos colores la barbarie con que procedieron los cristianos al entrarla por asalto. En Baeza hubo antiguamente en Santa María del Alcázar y hay ahora en San Andrés un arco en que están pintados los escudos y escritos los nombres de los caballeros que la conquistaron. Se explica aún por tradición en esta ciudad la manera cómo fué combatida, el día en que fué ganada, los lugares en que acaecieron los principales hechos, etc... ¿podemos creer que sea todo hijo de una fábula urdida por algún cronista?

La autoridad del arzobispo, sin embargo, no es posible rechazarla del todo; y he aquí por qué contra el parecer de muchos autores colocamos en esta segunda campaña la entrega del Alcázar. El arzobispo, testigo ocular de estos sucesos, como llevamos dicho, no hubiera hablado sin fundamento alguno de la entrega de una ciudad de bastante importancia.

(2) Era, según el mismo D. Rodrigo, hijo de Abu-Abdala, nieto de Abdelmumen. (V. la nota anterior.)

persona de su califa. Asistió desde entonces personalmente á su nuevo señor en casi todas las campañas, le ayudó con víveres y tropas, le hizo nuevas concesiones, y llegó al fin á hacer tanto por él, que irritados sus propios súbditos, le mataron á puñaladas y le cortaron la cabeza.

Entretuviéronse luégo los castellanos en destruir castillos y lugares y talar la tierra. Regresaron á Toledo, emprendieron otra expedición en el mismo año, tomaron á Sabiote, Xodar y Garcies, que dejaron bien defendidos y guardados, devastaron cuánto estuvo al alcance de sus armas, y satisfechos con el botín que habían recogido, volvieron al seno de sus hogares (1), que no abandonaron ya sino para otra campaña de mayores resultados (2). Tomaron de nuevo las armas entre Mayo y Junio de 1226: se apoderaron al primer ímpetu de Isnatorafe, la torre de Albrit, San Estevan y Chiclana, y se dejaron caer luégo sobre Jaén, á la que pusieron desde luégo sitio. Estaba defendida esta ciudad por buenos muros y torreones, y guardada por cincuenta mil infantes, tres mil caballos y ciento sesenta caballeros cristianos, que con D. Alvar Pérez de Castro, se habían pasado á los infieles después de las últimas discordias de Castilla; pero no vacilaron en derramar á torrentes su sangre para conquistarla. Empezaron por acometer una torre avanzada que guarnecían algunas tropas árabes, la pegaron fuego y la derribaron, viendo morir sin compasión á sus enemigos, algunos de los cuales se arrojaron desde lo alto de las almenas y fueron recogidos con la mayor barbarie en la punta de las lanzas. No pudieron emprender el asalto de la ciudad como deseaban; mas

---

(1) «Et tertio ingresus est terram Arabum: cepit Seviot, Xodarum et Garcies, et bellatoribus obfirmavit, aliisque vastationibus peractis ad urbem reversus est Toletanam...» *(De reb. hisp.*, lug. cit.)

(2) Hemos puesto la segunda y tercera campaña en 1225, ya por haber debido ser las dos muy cortas, ya porque de otro modo deberíamos colocar la cuarta, que fué muy larga, en el año 1227, y parece más que probable, por razones que luégo aduciremos, que en 1227 tuvo lugar la quinta, en que fué tomada Capilla y ganada Baeza.

no pudiendo detener los impulsos de su ardor guerrero, se afanaban por salir de la línea que tenían establecida é ir á medir sus armas con las de los árabes. Tuvo que refrenarlos San Fernando viéndoles gastar sus fuerzas en luchas estériles; y les prohibió que saliesen de la línea; pero no bien el mismo monarca, obligado por las frecuentes salidas de los cercados, destinó quinientos caballeros para resistir á todo ataque, cuando se renovaron con mayor ardor que nunca las refriegas á brazo partido, y se vió á castellanos esforzados picando la retaguardia al enemigo hasta el pié de las torres y puertas de la plaza. Rechazaron á los árabes en la última salida que estos hicieron con tal afán y con tan gran violencia, que hasta los hubo que se metieron en la ciudad tras ellos y fueron á morir allí imprudentemente víctimas de la cólera y del furor de los vencidos. Mataron ciento ochenta moros é hicieron hasta dos mil cautivos; y no satisfechos aún con esta ventaja, quemaron á poco las haces de los campos y las parvas de las eras.

Estrecharon luégo el cerco, y fueron á sentar sus reales en un lugar muy cercano á la ciudad, llamado entonces el Fonsario. Pusieron á la otra parte en el camino de Granada á los concejos de Segovia, Avila, Cuellar y Sepúlveda, lo dispusieron todo para la pelea, y esperaron con ansiedad la hora del asalto. No quería darlo aún San Fernando; pero se quejaban todos de la demora, y hasta la atribuían á haber sido sobornados con oro los magnates y se vió obligado á mandarlo. Llenaron de improviso los fosos, abrieron brecha en las barbacanas y empezaron una lucha encarnizada. No dejaban asomar á nadie sobre el muro, y hasta los que peleaban á cuerpo cubierto caían muchas veces heridos por armas arrojadizas que entraban dentro de los mismos torreones por los huecos que acababan de abrir las máquinas de guerra. No pudieron con todo resistir á las fuerzas de los cercados, muchos y muy valientes: caían sobre ellos como lluvia las flechas enemigas, y la muerte, que aclaraba por momentos sus filas, iba cubriendo el campo de ca-

dáveres. No caían sólo saetas, sino piedras disparadas con furor, á cuyos golpes murieron esforzados capitanes.

Desistieron los castellanos y cesó el combate; pero no tardó en renovarse al Mediodía de la ciudad entre los concejos y la caballería de los infieles, que cargó dos veces sobre ellos causándoles gran daño, y los hubiera quizás vencido á no haberles enviado el Rey sus tropas más aguerridas y sus mejores caballeros. Alentados entonces los concejos se arrojaron con denuedo contra el enemigo, le batieron, le pusieron en retirada, le siguieron el alcance, y acompañados con los auxiliares llegaron á meterle á lanzadas por las puertas de la plaza. Salieron vencedores y se animó todo el campo cristiano; pero no quiso San Fernando proseguir por más tiempo el cerco. Conoció cuán difícil era conquistar por hambre y aun á hierro una ciudad bien murada, bien provista y mejor guarnecida; y después de oído el consejo de los grandes, levantó los reales talando en rededor la tierra.

No retrocedió, sin embargo, San Fernando; antes bajando al Sur de Jaén, fué sobre Priego y la tomó en breve á pesar del recio alcázar que la defendía. Combatióla á los tres días, la entró y la entregó al furor de sus soldados; y partiendo luégo sobre el alcázar, lo atacó con tanta violencia, que los moros se vieron obligados á capitular ofreciéndole sobre lo que había en la fortaleza ochenta mil maravedís de plata. Vencedor ya de Priego, movió la hueste para Loja; mas no llegó á ella tan pronto como pretendía. Pernoctó en un valle de cerca de Alcaudete; quiso partir á media noche con Gonzalo Ruiz Girón, Garci Fernández de Villamayor y una escolta de caballeros de mesnada; erró el camino, anduvo perdido entre los montes no sin hambre y gran peligro, y no pudo dar con su ejército hasta dos días después que Loja fué cercada.

Llegó el Rey al anochecer frente los muros de esta ciudad, y apenas asomó el día, cuando, ya taladas las huertas y abrasadas las mieses, empezó el ataque, rompió las murallas, quemó

las puertas, y entrando entre llamas y escombros, pasó por la espada á cuantos no pudieron encerrarse en el castillo. Saqueada la ciudad, arremetió contra este último baluarte de los vencidos. Contentóse por de pronto con cercarlo y hacer sentir en él los horrores de la sed disputando á los sitiados el agua de una fuente que brotaba al pié de una torre; mas cansado á poco de la dilación é irritado por la veleidad de los infieles, que prometieron entregársele si les aseguraba la libertad y faltaron luégo á su palabra, ordenó nuevamente el ejército y recurrió al asalto. Quisieron por segunda vez capitular los moros al ver aplicadas al muro las escalas y al oir los lamentos de sus mujeres y sus hijos; pero no quería siquiera oirlos, y sólo condescendió después de habérselo rogado con mucho ahínco los caballeros en que tenía puesta su confianza. Como empero se viese burlado otra vez por los cercados, no escuchó ya más, y ardiendo en ira, mandó entrar el castillo á viva fuerza, hizo pasarlo todo á degüello, y asoló á Loja hasta verla sepultada entre sus ruinas.

Enardecido por sus conquistas, hizo aún más el Rey: bajó hasta Alhama, villa fuerte y de buenos muros que estaba en la cumbre de una peña; cautivó y mató á los pocos que encontró en ella, la destruyó, entró en la misma Vega de Granada, derribó torres, devastó jardines y se atrevió á presentarse delante de la ciudad que había de ser dentro de poco la capital de todo un reino. No llegó á combatirla: mas á ser en este punto verdaderas las crónicas, alcanzó la entrega de mil trescientos cautivos y la reconciliación de D. Alvar Pérez de Castro, cuya espada sentía no poder contar entre las suyas. Estaba ya declarada de su parte la suerte de las armas, y recogía laureles donde quiera que ponía su planta (1).

(1) He aquí cómo refiere los sucesos de esta larga campaña el Arzobispo. «Post hæc iterum Rex Fernandus terram arabum est ingresus et cepit Eznatoraph, turrem de Albep, Sctum. Stephanum et Chicranam; alia vice duxit exercitum per Giennum circa festum Scti. Joannis, quod propter sui fortitudinem non potuit expugnari et

Volvió el Rey con la mayor parte de su ejército á Castilla, no sin hacer sentir antes su mano poderosa en Bongel, Pegalajar, Montijar y Cadena; pero no quedaron ya del todo desocupadas las provincias granadinas. Dejó por adelantado de la frontera al mismo Castro; y cuando al año siguiente de 1227 volvió á trasmontar el Puerto, no tuvo ya necesidad de emplear las armas desde el momento en que pisó la tierra de Andalucía. Pasó desde luégo á Andújar: sabedor allí de que se dirigía á su encuentro su vasallo Mohamed con buen cuerpo de auxiliares, se adelantó para más obligarle, le recibió con cortesía y dulzura, y obtuvo de él la concesión de los castillos de Burgalimar, Capilla y Salvatierra. Fué á ocuparlos, y ocupó sin resistencia Burgalimar y Salvatierra; mas no pudo lograr así la entrega de Capilla, cuyos defensores se dispusieron á luchar hasta con su mismo emir, si éste añadía á su debilidad el descaro de ir á sujetarlos con sus armas. Tuvo que hostilizarla y emplear todos los medios de guerra en la conquista; y aunque la ganó, no fué sin haber perdido tiempo, soldados y hasta al mismo Mohamed, que pagó al fin con la vida su alianza con el Rey cristiano. Enviábale Mohamed desde la ciudad de Córdoba vituallas y pertrechos de guerra; y airados los suyos al ver que así contribuía á la ruina de los fieles, se alzaron en abierta rebelión contra él, le persiguieron en su fuga hacia Almodovar, y acabaron con él en la cuesta misma del castillo (1).

---

inde procedens cepit Pegum, et captis incolis et occisis munitionem funditus desolavit; et veniens ad oppidum quod Alhama dicitur, captis habitatoribus et occisis locum devastatione simili dissipavit; post quod ad propria cum exercitu remeavit.» (*De rebus hisp.*, lib. 9. cap. 2.) Constan ya en esta concisa relación los principales hechos que hemos historiado: la conquista de Isnatoraíe, torre de Albrit, San Esteban y Chiclana, el cerco de Jaén, la toma de Priego y Alhama. La toma de Loja consta á nuestro modo de ver en los Anales Teledanos segundos, donde leemos: «El rey D. Ferrando cercó Jahen é Losa.» Esta Losa ¿puede ser otra ciudad que la de Loja? La capitulación de Granada y los hechos subsiguientes es lo que tiene fundamentos menos sólidos: no constan sino en la *Historia General*, de la cual hemos tomado todos los detalles de esta campaña.

(1) En la relación de esta campaña, que fué la quinta, andamos casi sin más luz que la que arrojan el autor de la *Historia General* y los cronistas. En el Arzobispo de Toledo no encontramos otra noticia que la de la toma de Capilla. «Et procedens

Fué esta muerte, según los cronistas, de graves consecuencias. Intentaron sublevarse contra San Fernando Martos y Andújar, y al saberla el pueblo de Baeza, tomó las armas y atacó tan de improviso el Alcázar, que sorprendidos los cristianos que lo ocupaban, apenas encontraron medio ni aun de salvar sus vidas. Estaban faltos de víveres, rodeados de enemigos y sin esperanza de ser en mucho tiempo socorridos: veían difícil la defensa, expuesta la retirada é inminente el peligro: eran pocos y habían de luchar con todo un pueblo: encontraban para todo dificultades, para nada remedio. Defendiéronse por muchos días; mas creciendo la escasez, debieron al fin intentar la fuga y probar si cuando menos podrían abrirse paso con la espada. Armáronse en silencio, aguardaron á que cerrara la noche, que fué por demás oscura, herraron al revés los caballos para mejor engañar á sus contrarios, salieron por la puerta que daba al campo, y buscando camino entre breñas y precipicios, lograron llegar sin ser oídos de los moros hasta el lugar que hoy llaman la Asomada. Estaban ya entonces libres del mayor peligro; mas volviendo los ojos, dice una tradición, para contemplar por última vez á Baeza, que dejaban con mucho quebranto, vieron con sorpresa sobre una de las torres del Alcázar una cruz resplandeciente que echaba de todas sus partes vivos rayos, y se detuvieron sin atreverse á dar más allá un paso. El maestre de Calatrava, D. Gonzalo Ibáñez de Novoa, que los dirigía, vió en la cruz un aviso del cielo, y creyendo que era voluntad de Dios que no dejasen desamparada aquella fortaleza, los movió á volver á ella aunque debiesen morir en el camino ó quedar sepul-

iterum contra mauros obsedit Capellam, castrum munitissimum in diocesi Toletana et diutinus impugnationibus tandem cepit et expletis quatuordecim ebdomadibus expeditionis ad urbem regiam est reversus.» (*De reb. hisp.*, lib. 9. c. 13.) Menos dicen aún los Anales Toledanos segundos: «El rey D. Ferrando prisó Capiella. Era MCCLXIII.» (An. Tol. segundos, en Flórez, tomo 23. pág. 407.) Esta fecha ha de estar también equivocada: de otro modo deberíamos suponer que entre los años 1224 y 1225 pasaron todos los hechos que de San Fernando llevamos referidos, cosa que no podemos suponer ni creer en vista de los textos anteriormente citados.

tados después entre las ruinas de muros y torreones. Consintieron todos en retroceder, desherraron los caballos para proseguir el ardid, despacharon mensajeros al Rey pidiéndole socorro, y alumbrados por la milagrosa cruz, regresaron tan calladamente al Alcázar como de él habían salido.

Rayó el día, y creyeron los moros por las huellas de los caballos que había entrado gente de refuerzo en el castillo. Cundió de boca en boca la fatal nueva, y con esta la alarma y el espanto. Pensó el pueblo ver ya sobre sí las lanzas cristianas, empezaron á llorar los hijos en el regazo de sus madres, las mujeres á los piés de sus maridos; y como si sintieran que se estremecía la tierra, todos abandonaron precipitadamente la ciudad, dejando solo en ella á un anciano desvalido y enfermo que no encontró quien le tendiera una mano protectora. No favoreció poco á los cristianos el suceso: bajaron al saberlo á la ciudad, cargaron con cuantas vituallas y armas encontraron, y se recogieron otra vez al Alcázar, ya seguros de que no deberían abandonarlo por mucho que tardase en socorrerles San Fernando.

Volvieron á poco los moros sabedores ya del engaño, y les pusieron de nuevo cerco y les combatieron con mayor ahínco; pero fueron infructuosos sus esfuerzos. No hallaron en todos sus desesperados ataques sino la ignominia y la muerte, y debieron sucumbir al fin á la fuerza de su destino. Auxilió San Fernando á los de la plaza con quinientos infantes al mando de D. Lope Díaz de Haro; y apenas se reunieron estos con los sitiados, cuando invadiendo todos la ciudad, cayeron con tal ímpetu sobre ellos, que los arrollaron y les obligaron á ponerse en fuga. Quedaron los cristianos dueños de la ciudad, la pasaron á degüello, y ya ebrios de venganza, llegaron á cometer la barbarie de pasar por el filo de sus espadas á las mujeres y los niños (1).

(1) Acaeció este hecho, según las crónicas andaluzas, en el día 30 de Noviem-

Con esta terrible caída de Baeza aterróse toda la comarca. Perdieron los moros toda esperanza, y no se osaba siquiera desplegar los labios para manifestar el odio y el horror que se sentía. Les parecía ver encadenada la victoria á las banderas de San Fernando, y empezaban á creer que era temeridad llamar contra sí el furor de sus ejércitos. Hallábanse, además, en mal estado: estaba todo el imperio desgarrado por las guerras civiles. Cid-Abu-el-Ola acababa de rebelarse contra su hermano El-Adhel, y se iban preparando escenas muy sangrientas. No se podía ya pensar en reunir para detener al coloso ejércitos como los que vieron las orillas del Guadiana y la llanura de Alarcos contra el poder de Alfonso el Batallador y Alfonso VIII.

Nada podían ni pudieron hacer por mucho tiempo contra los cristianos. Abu-el-Ola fué luégo proclamado, y asesinado El-Adhel su hermano; mas ¿cupo ni cabía al nuevo emir poner un dique á las rebeliones que mantenían en continua agitación el imperio? No había aún recibido el juramento de fidelidad que le enviaron los almohades de Marruecos, cuando estos le habían ya depuesto y conferido á Yahyah-ben-el-Nasr el emirato. Combatió con Yahya y le venció: se vengó cruelmente de los que se habían declarado contra él, llenó de cabezas las almenas de su corte, abolió el consejo de los jeques, siempre dispuesto á mudar de jefe y alzar la mano en resucitar discordias y guerras fratricidas; pero no logró tranquilizar ese reino de Andalucía, donde estaban hirviendo los partidos y brotando sin cesar hombres que codiciaban la corona. Levantóse á poco de vencido Yahyah-Abu-Abdala-ben-Hud, uno de los más gallardos des-

bre de 1227 en que celebra la Iglesia la fiesta de San Andrés. Hay para creerlo así una razón bastante satisfactoria. Pegado al fuero de Baeza, según dice Jimena, había un Kalendario de Jueces en cuyas primeras líneas se leía que en 1228 era juez de la ciudad Muño de Priego (JIM. *Anales del reino de Jaén*, pág. 128). Cuando menos, hemos de suponer que no pudo tener lugar la conquista más acá del 1228. La crónica y la tradición están por otra parte acordes en que lo tuvo en el día ya mentado. (V. el capítulo sobre Baeza.)

cendientes de los antiguos emires de Zaragoza, y le hizo mientras vivió una guerra á muerte.

Era ben-Hud resuelto y audaz; y apenas se vió proclamado por los suyos en Escariantes, lugar fragoso de la Alpujarra sito entre Berja y Urjijar, no perdonó medio para hacerse parciales y encender en su favor el ánimo de la muchedumbre. Empezó á hablar contra los almohades, los llamó á voz en grito herejes, y suponiendo profanadas por ellos las mezquitas, las mandó purificar con lustraciones y otras ceremonias religiosas. Recordó al pueblo las vejaciones que por ellos sufría, se ofreció á vengarlas, prometió librarle de la rapacidad y tiranía de los walíes, abolir todos los tributos arbitrarios, no imponerle sino los que estaban prescritos por las leyes. Lamentó en público la desgraciada ruina de sus antecesores, y en señal de quebranto y desconsuelo vistió é hizo vestir de luto á la nobleza. Llevó desde entonces negro el albornoz y negro el estandarte que le precedía. Conocía al pueblo, y le hablaba á los ojos y al corazón para arrastrarle mejor tras el carro de su fortuna (1).

Y lo alcanzó. Organizó en breve un ejército, puso en movimiento todo el país, y no tardó en poder arrostrar frente á

---

(1) «In diebus hujus regis Fernandi, dice el Arzobispo, surrexit quidam nomine Abenhut in castro Rechoc in territorio murciense et cœpit contra almohades rebellare qui cismarinos arabes adeo crudeli dominio opprimebant: quod de facili Abenhuti proposito consenserunt, et obtenta Murcia et finitimis oppidis et castellanis omnes almohades quos habere potuit capite detruncavit, et omnes mezquitas presentia Almohadum judicans inquinatas aspersione aquæ fecit á suis sacerdotibus expiari et armorum suorum insignia fecit nigra quæ in bellis et alibi perferebat quasi luctu persignans excidium gentis suæ; et in modico tempore obtinuit Wandaliam Hispanorum præter Valentiam et confinia in quibus Zaen de genere regio rebellavit. Erat autem Abenhut de genere Abolraget olim regis Cæsaraugustæ; et cum fere monarchus in cismarina Wandalia haberetur, audatia, largitate, justitia, veritate prout gentis ejus infidelitas seu vessutia tolerat prominebat. Sic à quodam suorum qui Abenroman dicitur invitatus ad epulas et delitias familiares quas gentis illius colit voluptas factione hospitis et vasalli occiditur in conclavi apud præsidium Almariæ.» *(De reb. hisp.)* Nada refiere aquí D. Rodrigo que no esté enteramente conforme con lo que de este moro audaz cuentan los escritores árabes y vamos á referir nosotros: tanta exactitud dice mucho en favor de tan célebre Arzobispo, uno de los historiadores de más claro ingenio que ha tenido España.

frente la cólera y el poder de Abu-el-Ola. Abu-el-Ola, que había partido á Marruecos después de la derrota de Yahya, volvió á España para contrarrestarle y abatirle; mas no pudo ya, á pesar de haber venido con huestes numerosas y haber ante todo sentado treguas con el Rey cristiano. Encontráronse los dos en la campiña de Tarifa, y después de dos días de una de las luchas más sangrientas, se declaró la victoria por ben-Hud, que hizo morder el polvo de la tierra á los dos más bravos generales enemigos. Fué esto un golpe terrible para los almohades: creció el partido de ben-Hud, y lleno éste de la mayor osadía, se decidió á arrojarse sobre el reino de Murcia, que conquistó mientras entraba de nuevo en Andalucía San Fernando.

Apreció San Fernando en su debido valor la coyuntura que para extender sus dominios le ofrecían estas discordias; y concluído ya el plazo de las treguas concedidas á El-Ola, abrió su sexta campaña á principios de 1230. Dobló el Puerto y fué directamente sobre Jaén, á la que consideraba como una de las llaves del reino de Granada; pero no fué más afortunado en este que en el otro sitio. Llevó consigo gran número de ingenios y máquinas de guerra con que por muchos días atormentó sin descanso á la ciudad, taló otra vez la tierra, estrechó cuanto pudo el cerco; pero convencido al fin de la inutilidad de sus esfuerzos, y previo el consejo de sus Ricos-Hombres, creyó deber levantar los reales y retrocedió á Castilla, en cuyo camino supo la muerte del Rey de León su padre (1). No tuvo tanta suerte como ben-Hud, que no sólo logró coronarse emir en Murcia, sino que volvió á derrotar el partido de Abu-el-Ola, pasó dentro de poco á Granada, la ganó auxiliado por los habitantes que se sublevaron contra los almohades, y recibió allí el

(1) «Post hæc iterum obsedit Giennum et machinis validis impugnavit; sed videns quod civitas tanta fortitudine preminebat, quod non posset humano ingenio expugnari, habito magnatum suorum concilio inde recessit; et cum Abdasalfertiam pervenisset, rumor advenit patrem suum ab hoc sæculo decesisse.» *(De reb. hisp.)*

homenaje de los alcaides del país, ya todo suyo exceptuando el partido de Almuñecar, donde residía aún Yahyah con el resto de sus tropas.

No emprendió San Fernando otra expedición hasta el año 1234 (1); mas no por esto dejaron de hacer algaradas los cristianos por el suelo de las provincias que estamos historiando, y siguieron siendo el principal teatro de la guerra para los castellanos y los árabes. Invadieron del 1231 al 1232 el territorio de Cazorla, ocuparon muchos fuertes, y según las mismas crónicas árabes, llegaron á tomar á Castalla, de la que fueron pronto rechazados. Vivían así los pueblos de estas provincias continuamente en lucha. Tenían al Norte á los cristianos, que los asolaban con sus frecuentes incursiones; tenían agitado el Mediodía por toda clase de pasiones, y no podían esperar socorro de nadie sin vender antes á un partido su sangre y la sangre de sus hijos. Pasaban de una en otra mano, y se veían obligados á inclinarse humildemente ante los que más protegía la suerte de las armas.

Crecieron los infortunios, y se complicaron aún mucho más los sucesos después de la muerte de Abu-el-Ola, acaecida en 1232. Yahya-ben-el-Nasr presentó nuevamente sus derechos al emirato y volvió á tomar las armas. Ben-Hud, que contaba ya con un partido poderoso, redobló sus esfuerzos y no quiso reconocer á Yahya. Entró éste en Arjona con crecido ejército, concentró allí todas sus fuerzas, las entregó á su sobrino Mohamed-el-Ahmar, en quien creían ver los árabes al heredero

(1) La muerte del rey de León, su padre, fué la principal causa de esta larga suspensión de armas. Había éste nombrado en testamento herederas de su reino á sus hijas D.ª Sancha y D.ª Dulcia, habidas en su primera mujer Teresa; y apenas murió, dividióse León en dos bandos que pretendían encumbrar al trono, el uno á las infantas y el otro á San Fernando. No ocasionó esto guerra alguna, pues desde que San Fernando llegó á León reunió las dos coronas en sus sienes, y los pueblos se fueron allanando á lo hecho sin que fuera necesario derramar una sola gota de sangre; pero dió motivo á negociaciones y complicaciones que exigieron por dos años la presencia y los cuidados del nuevo sucesor del reino. No estuvo San Fernando enteramente libre de tales negocios hasta el 1233.

de Almanzor el Grande, y le mandó abrir en continente la campaña (1). No fió Yahya á mal caudillo sus pretensiones al solio almohade, porque cayó El-Ahmar al frente de su caballería sobre Jaén y la tomó en el mismo año por asalto. Mas nada adelantó; partió al África para combatir á Raschid, hijo de Abu-el-Ola, y fué cuatro años después asesinado. Su sobrino, sucesor de su derecho y de sus deseos de venganza, pudo más que él: no conquistó el imperio almohade, pero supo reunir los restos del antiguo califato y fundar el reino de Granada.

En tanto los cristianos, favorecidos por estas mismas discordias, iban adelantando sin cesar en sus conquistas. Quesada gemía otra vez bajo el yugo de los infieles; y el intrépido arzobispo de Toledo, á quien la cedió San Fernando en recompensa de lo mucho que hizo por la paz del reino de León, apenas vió asomar la primavera del año 1233, cuando reunido el ejército y otra mucha gente de armas fué á tomarla, la ganó y sentó en ella su cuartel de guerra. Dominaba desde allí Don Rodrigo todo el Adelantamiento de Cazorla, y no pasaba casi día sin llevar la espada contra alguno de los muchos castillos y lugares que coronaban las cumbres de toda la comarca. Fué conquistando sucesivamente Pilos, Toya, Torres del Lago, Higuera, Liruela, Dos Hermanas, Villamontín, Araismo, Fuente Julián y otras fortalezas; taló la Vega y tomó al fin á la misma Cazorla, último objeto de sus votos y de sus esperanzas. Debía á menudo dejar esta guerra para pasar á la corte de San Fernando, donde le llamaban los negocios graves del Estado; pero volvía siempre á ella con el mismo deseo de llevarla á cabo, y no perdonaba medio para poner lo ya sujeto por sus armas á cubierto de nuevas invasiones. En 1243 conservaba aún bajo su

(1) He aquí cómo habla de este joven El-Ahmar el arzobispo D. Rodrigo al mentarle por primera vez: «... invaluit arabs quidam dictus Mahomet Abenalagmar qui paulo ante boum et aretra sequebatur.» (*De reb., hisp.* I. c.) ¿Fueron tan humildes los principios de este ilustre príncipe? Tocaremos esta cuestión en otro capítulo.

poder todo lo que había conquistado en el Adelantamiento (1).

Siguió luégo San Fernando la serie de campañas interrumpida en 1230 por su advenimiento al trono de su padre Don Alfonso; y apenas pueden los escritores árabes de aquellos tiempos contar sin conmoverse las desventuras que sobre ellos pesaron y las ricas joyas que perdieron. El-Ahmar ganó en 1234 las ciudades de Loja y Alhama y toda la sierra de este nombre; pero en cambio tuvo que humillarse ante las banderas cristianas Úbeda, que albergaba millares de combatientes dentro de sus muros y torreones. Estaba bien defendida y pertrechada y podía resistir un largo sitio; mas fueron tales los ataques que recibió, que llena de espanto no tuvo ya aliento para pedir la libertad, pidió la vida (2). Iznatorafe y San Esteban, ocupadas de nuevo por los moros, volvieron en 1235 á ver enarbolado el pendón de la cruz en sus almenas (3), y

---

(1) «Tunc rex Fernandus dedit Caseatam jure hæreditario Roderico archiepiscopo toletano, quæ tamen jam aliquantulum reparata à sarracenis incolis tenebatur. Sic Rodericus, evolutis à donatione tribus mensibus, exercitu congregato ivit Caseatam cum multitudine armatorum et expulsis mauris qui ruinas oppidi reparabant, illud retinuit, et ad honorem regis qui illud dederat Ecclesiæ Toletanæ custodivit hactenus et custodit cum aliis castris scilicet: Pilos, Toyam, Lacra, Agosmo, Fonte Juliani, Turribus-Dela, cum Ficu, Alaulula, Areola, Duobus-Germanis, Villa-Montini, Nubila et Castorla, Concha et Chelis.» *(De reb. hisp.* I. c.) Gastó sobre ocho años el arzobispo en la conquista de estos lugares: por el Kalendario de Juecce de Baeza, Kalendario del que sacó muchas noticias Jimena, sabemos que no ganó Cazorla hasta el 1240. En 1240—decía este documento—era juez de Baeza «D. Bernardino, hermano de D. Yague, quando fué presa Cazorla.» (Véase á Jimena, *Anales Eclesiásticos del Obispado de Jaén*, página 139.) ¿Dónde existirá ahora ese Kalendario? Hemos examinado escrupulosamente el archivo de Baeza, y no hemos dado ni con él ni con el Fuero con el que, según Jimena, estaba unido. Sería lástima que hubiese desaparecido, porque era un documento importantísimo. Estaban consignados en él los principales hechos de la conquista de Andalucía y aun de la de Murcia, y consignados con una exactitud en las fechas nada común en los manuscritos de la época que vamos historiando. Nos apoyaremos muchas veces en él para terminar la relación de estas campañas de San Fernando.

(2) «Post hæc iterum rex Fernandus obsedit Ubetam, oppidum populosum bellatoribus et munitione magna tutatum; sed adeo fortiter impugnavit, ut conclusi, salvis corporibus oppidum resignarent et tunc rex, oppido acquisito, ad urbem regiam est reversus æra millesima ducentesima septuagesima secunda.» *(De reb. hisp.* I. c.)

(3) Consta esto por el ya citado Kalendario de Jueces: 1235. D. Diego el Al-

en 1236 Córdoba, la ciudad de las ciudades de Andalucía, la brillante corte de los Ommiades, la segunda ciudad santa del vasto Imperio del Profeta, tuvo que doblar la rodilla ante el héroe cristiano, y ver envueltas en nubes de incienso las columnas de su mezquita, y sentir cómo se estremecían al sonido de nuestros cánticos sagrados las doradas techumbres de tan rico templo. Córdoba no era ya sino su sombra; pero estaban vinculados en ella los más grandes recuerdos de los árabes; y apagó en su caída muchas esperanzas y arrancó lágrimas de todos los buenos musulmanes (1).

No bastó, empero, tan fatal ejemplo para restablecer la paz y la unión entre los que habían logrado crearse un partido en las provincias granadinas. Siguieron ben-Hud y El-Ahmar con las mismas pretensiones; opúsose la perfidia á la fuerza, y á poco se rasgó aún en más pedazos que antes el manto del Imperio de los Abdelrhamanes. Ben-Hud se había dirigido á Córdoba para socorrerla; mas, temiendo el número y el valor de sus enemigos y llamado por Zeyán, emir de Valencia, que veía ya sobre sí la espada poderosa de Jaime de Aragón, se dirigió á largas jornadas á este último reino con el afán de ensanchar sus dominios. El-Ahmar, llevado sólo de su ambición personal, no pensó tampoco más que en extender su poder á Guadix y Baza, plazas que hizo suyas antes de que supieran los demás la muerte de su tío; y dejaron así los dos abandonada su patria á su destino. Mas pagó caro ben-Hud este abandono. Llegó á Almería, y Abdelrhamán que la gobernaba le hospedó en su alcázar. Tratóle éste con afabilidad y hasta con respeto, le agasajó con brillantes fiestas y un espléndido banquete, y cuando apenas estaba apagado el rumor de los brindis, él, que

guacil quando fueron presas Santistevan et Aznatoraph. (*Ann. Ecles. de Jaén*, página 137.)

(1) El-Makkarí, después de la toma de Sevilla por el mismo San Fernando, escribió un bello poema elegiaco que ha traducido y publicado Romey. En él leemos: «¿Dónde se halla Córdoba, mansión de los ingenios? ¿dónde están aquellos sabios que moraron en su regazo?» (Romey, tomo III, cap. 8.)

había fingido ser su mayor amigo, le hizo ahogar en la cama en medio de la oscuridad y el silencio de la noche.

Alzáronse muchos reyes en Andalucía tras la muerte de ben-Hud; pero logró prevalecer sobre todos El-Ahmar, cuyas dotes le iban haciendo prosélitos ardientes (1). El pérfido Abdelrhamán, deseoso de alcanzar su amistad, hizo que se declararan por él todas las tribus de Almería; el walí de Jaén, que le amaba de corazón, trabajó cuánto pudo para que se le abrieran las puertas de la ciudad de Granada, que no tardó en aclamarle con entusiasmo como si previera ya los días de gloria y de grandeza que habían de lucir para ella bajo su reinado; la fama se encargó de ir repitiendo de gente en gente su dulzura en gobernar y su ardor en los campos de batalla; y en breve no hubo pueblo que no le reconociera por emir y no viera destellar de su frente el último rayo de esperanza para los creyentes. Prestóle obediencia todo el reino de Granada, constituído casi por toda la Andalucía menos por las comarcas de Sevilla, Niebla y los Algarbes. Era verdaderamente hombre de genio y quizá el único que podía arrancar del borde del sepulcro aquel imperio exánime; sin él hubiera sido difícil impedir que San Fernando llegase á hacer flotar sus banderas en las torres cuyo pié bañaban las olas del Mediterráneo. Se requería no sólo valor sino prudencia para detener la marcha osada del monarca cristiano; y brillaban afortunadamente en él entrambas prendas. Ni temía blandir la lanza, ni dudaba en humillar la espada cuando se lo aconsejaba la salud del Reino: el pueblo era el único objeto de sus miras; y como por él sabía levantar la mano contra sus enemigos, sabía por él imponer silencio á sus pasiones. No en vano fueron á buscar su apoyo los musulmanes: correspondió cumplidamente á la confianza que de él hicieron.

¿Podía, sin embargo, El-Ahmar contrarrestar de repente á

(1) «Post interitum Abenhuti Wandalia Cismarina in plures regulos est divisa et ab almohadibus separata quod christianorum proposito utile invenitur.» *(De reb. hisp.)*

los cristianos, acostumbrados á no encontrar obstáculo que no vencieran con sus armas? Crear una nacionalidad, organizar un reino con pueblos desgarrados durante muchos años por las discordias más sangrientas, no es empresa fácil ni de corto tiempo; y era preciso organizarlo antes de levantar contra los soldados de la cruz los abatidos estandartes del Profeta. Puso por de pronto en estado de defensa sus fronteras, á las que mandó numerosos cuerpos de zegríes, y creó un pequeño ejército permanente; pero no pudo pensar aún en arrostrar ni en detener por medio de la fuerza á San Fernando. Prosiguió éste sus conquistas con el mismo éxito que antes, y tuvo que verle El-Ahmar sobre dos pueblos importantes de su reino sin poder rechazarle.

Fué proclamado El-Ahmar en Granada á 15 de Mayo de 1238, y corría aún este mismo año, cuando Martín Ruiz, elegido maestre de Calatrava, salió de Martos con sus mejores caballeros y ganó espada en mano los castillos de Locubín y de Susana. En 1239 seguía todavía el arzobispo de Toledo peleando en el territorio de Cazorla, cuya capital tomó en el año siguiente; en 1240, muerto el Adelantado de la frontera D. Alvar Pérez de Castro, entró el mismo Rey acompañado de sus hijos D. Alfonso y D. Fernando, y sin dar tregua á su espada, se apoderó de Porcuna, Lopera, Alcaudete, Alhendín y otros muchos castillos y villas, gran parte de las cuales se le entregó deseando evitar la suerte de las que fueron tomadas por asalto. Llevaba el Rey consigo á muchos frailes de Calatrava; y era de poca monta para caballeros tan esforzados la toma de todos estos lugares, que junto con la villa de Martos, les fueron dados aquel mismo año en patrimonio (1). Pero no

(1) Flórez en su *España Sagrada* ha publicado la carta de donación correspondiente, fecha á 8 de Diciembre de la era 1266 (1240), y de ella tomamos los párrafos que siguen: «Dono itaque vobis, dice San Fernando, illud castrum quod dicitur Martos cum domibus, terris cultis et incultis, vineis, montibus, rivis, fontibus, aquis, pratis, pascuis et cum omnibus terminis, directuris, pertinentiis suis quas nunc habet vel habere debet mandans ad præsens ut defendatis terminos

eran estas algaradas sino el preludio de una de las campañas más grandiosas. Tenía el Rey fija la vista en Jaén, que por dos veces había resistido á sus ejércitos; y no se cansaba nunca de volver frente los muros de esta ciudad, aunque no fuese más que para atormentarla y asolar la tierra.

Fué de nuevo contra ella en 1242, y no contento ya con talar campos y viñedos, rompió puentes, derribó torres, destruyó molinos, y la hizo llorar lágrimas de dolor y de amargura (1). Volvió con ánimo de combatirla en 1244; pero no fué Jaén en esta campaña su primera víctima. Su hermano D. Alfonso de León había entrado antes que él en el reino de Granada, y habiéndose atrevido á bajar hasta la Vega, acababa de ser derrotado por El-Ahmar, que había salido contra él con algunos infantes y hasta tres mil caballos; y entraba esta vez el rey en campaña principalmente para vengar esta derrota y sosegar los ánimos algo turbados por esta victoria del nuevo monarca granadino. Taló primero los alrededores de muchos pueblos; y estando en el campo de Alcaudete, villa que había vuelto á caer en poder del enemigo, envió contra Arjona á D. Gonzalo Núñez de Lara y á D. Rodrigo, hijo de la condesa, con la mayor parte de su ejército. Ordenóles que la cercaran y la combatieran sin demora; y no habían aún estos empezado á ofenderla, cuando presentándose en los reales, la dió tan recios ataques que la obligó á rendirse y admitir las condiciones que la impuso. No paró mucho

---

suos quoscumque defendere et manutenere poteritis; et cum divina clementia Jaem et Arjonam per manus vestras cultui reddiderit christiano cum illis terminis prout habuit sarracenorum tempore dividatis.—Præterea do vobis Porcunam et Bivoras cum omnibus terminis pertinentiis et directuriis suis quas cum vicinis villis habent vel habere debent cum Dominus eas vobis dederit possidendas misericorditer...» (FLÓREZ, *Esp. Sag.*, tomo XII, trat. 40, cap. últ.) Hemos copiado estos párrafos por ser ellos el único apoyo que tienen algunas de las noticias anteriores, sacadas de los *Anales Eclesiásticos de Jimena*, pág. 140.

(1) En el Kalendario de Jueces ya citado se leía que en este año (1242) era juez de Baeza «D. Pedro Martin de Benavente, quando puentes et turres et moledini fueron destructas.» ¿De qué torres y puentes hablaba aquí el Kalendario? Forzosamente había de estar este más explícito; de otro modo ¿cómo hubiera podido Jimena citarlo en confirmación de la noticia que da él sobre la tala de Jaén y nosotros continuamos en el texto?

en Arjona: salió á los dos días, tomó á Pegalajar, La Guardia, Cazalla y otros muchos lugares (1); destacó contra Granada á su hermano D. Alfonso y á Sancho Martínez de Xodar con los concejos de Quesada, Úbeda y Baeza, se fué á Andújar, donde estaba á la sazón su esposa D.ª Juana, partió con ella á Córdoba, pasó luégo á reunirse con su hermano, taló la Vega, peleó con los moros de El-Ahmar, y logró al fin reparar la derrota de D. Alfonso metiéndolos por las puertas de Granada. No satisfecho aún, pretendía acometer la ciudad; pero no se lo consintió la noticia de que unos moros, llamados Gazules, estaban sobre Martos. Disparóse como un rayo sobre esta villa, llave principal de la frontera, y bastó el ruido de sus pasos para que fuera levantado el cerco.

Cerró San Fernando la campaña de aquel año no sin haber asolado como de costumbre las cercanías de Jaén, é invernó en Córdoba. Sabedor en 1245 de que El-Ahmar estaba mandando á Jaén sobre mil quinientas caballerías cargadas de vituallas, no supo estar por más tiempo en la ciudad, y volviendo á coger las armas, corrió á atajarlas el paso en pos de D. Alfonso. No pudo alcanzarlas á pesar de su energía; pero se les adelantó, y los que las acompañaban se vieron obligados á retroceder seguros de que iban á quedar ó muertos ó cautivos. Regresó después á Córdoba, pasó de allí á Pozuelo, donde vió por última vez á doña Berenguela su madre, y al bajar de nuevo á Andalucía, tardó poco en empezar su penúltima campaña. Reunióse con su ejército en Andújar, y cayó de pronto sobre Jaén. Cortó países, huertas y viñas; fuése para Alcalá la Real, taló sus alrededores y apresó gran número de enemigos; se presentó frente de

(1) Los Anales Toledanos segundos ponen la toma de Arjona, Cazalla y otros castillos en 1246: «El rey D. Ferrando prisó Arjona é Castalla é otros castiellos muchos era MCCLXXXIV.» En el mismo año y con posterioridad á la toma de aquellos lugares ponen la de Jaén: ¿es esto siquiera probable? Habría de haberse verificado la de Arjona y demás plazas entre Enero y Abril, y es fácil calcular que en este tiempo el cerco de Jaén bastaba para ocupar toda la atención de San Fernando. He aquí por qué hemos preferido seguir en este punto el Kalendario de Jueces de Baeza que la ponía en 1244. (Jim., *Anal. Ecles. de Jaén*, pág. 148.)

Ilora, tomó el arrabal á punta de espada, forzó la villa, la quemó, y mató y cautivó sus moradores; entró otra vez en la Vega, devastó cuanto pudo, y pasó á Martos lleno de laureles y de despojos. Recibió en esta villa al maestre D. Pelay Pérez Correa, uno de los caballeros más esforzados de aquella época, y el que más contribuyó á las victorias del infante D. Alfonso en el reino de Murcia; tomó de él consejo; y viendo que coincidía con sus deseos la opinión de tan ilustre guerrero, no dudó ya en emprender la conquista definitiva de Jaén, esa ciudad tantas veces talada y tantas veces combatida. Distribuyó en torno de ella sus ricos-hombres y sus concejos, sitióla tan estrechamente como se lo permitió la situación de la plaza y el valor de los que la defendían, y mandó que la tuvieran sin tregua en alarma y sobresalto. Considerando que aún no daban estas medidas los resultados que esperaba, pasó personalmente al sitio, y armado de valor y de energía, juró permanecer allí hasta entrar por las puertas de Jaén ó sobre sus escombros. Le alcanzó en esta empresa el invierno; mas no por esto volvió atrás un paso. Ni la intensidad del frío, ni las lluvias que cubrieron en aquel año los campos é hicieron saltar á los ríos y á los arroyos fuera de sus antiguos cauces, ni la pérdida continua de gentes y caballos, muertos unos por los fríos, otros por los hierros enemigos, ni la escasez, que llegó á ser mucha en los reales, ni el cansancio de la pelea, ni la larga resistencia de los cercados, nada pudo hacer torcer de su propósito al rey, que dotado á la sazón de una voluntad incontrastable, pasaba en vela noche y día, y apenas descansaba, y sufría con placer toda suerte de fatigas, y sentía crecer su constancia á cada obstáculo que encontraba, y llegó al Abril del 1246 sin que hubiesen podido hacer mella en él ni los rigores de la estación ni los trabajos ni los peligros de tan dilatado sitio.

Mohamed-El-Ahmar no permaneció entre tanto impasible; pero nada pudo contra San Fernando. Le alcanzó en Hisn-Bolullos, á cuatro leguas de Granada, y le contrarrestó al princi-

pio con grande esfuerzo; mas seguido de gente bisoña y cobarde, tuvo que ver al fin desbandado su ejército y completamente derrotada su caballería. Conoció luégo que Jaén iba á caer en manos del cristiano, que ya no era posible salvar la ciudad combatida por un rey que se había atrevido á pasar todo un invierno delante de sus muros, que era preciso pensar no ya en salvar á Jaén, sino en salvar al reino, y lejos de aventurar su honor en nuevas batallas y gastar sus fuerzas en luchas estériles, trató de ir á presentarse al rey y declararse su vasallo. Salió solo de Granada, llegó al campamento cristiano, se hizo acompañar á la tienda de San Fernando, y lleno de la dignidad que suele dar hasta en los actos más humildes la nobleza del objeto á que el hombre se dirige y la importancia de los sucesos que le obligan á inclinarse ante el más poderoso, le manifestó el objeto de su viaje, le entregó su persona y sus estados, y le besó la mano. Quería á toda costa la paz, y á fin de alcanzarla no sólo sacrificó su orgullo, sino que se ofreció á servir al rey con cierto número de caballos, pagarle un tributo anual de ciento cincuenta miktales de oro, y entregarle la ciudad de Jaén por fianza del tratado. Conoció cuán duras y gravosas obligaciones se imponía; mas ¿podía dejar de aceptarlas no viendo medio alguno entre ellas y la ruina inevitable de su reino? Si estando Jaén en su poder era ya la Vega y aun la ciudad de Granada uno de los campos de batalla más concurridos por los cristianos, ¿hubiera podido El-Ahmar, perdida Jaén, vivir tranquilo ni aun dentro de los muros de su corte? Las armas dirigidas ocho meses después contra Sevilla se habrían vuelto tal vez contra él y habrían acabado con la monarquía y el monarca. Eran aún débiles los vínculos que unían á sus pueblos, bastante poderosas las rivalidades, escaso el ejército, poco fuerte la capital que distaba de contar los sólidos muros y la numerosa población que años después constituyó su fuerza; tenía por otra parte el enemigo en su favor el mayor número de soldados, la mayor estabilidad del trono en que le habían sentado sus abue-

los, el prestigio que da el valor y sobre todo la victoria, la actitud poco enérgica de los mismos árabes, aterrados por el estruendo de sus ruidosas correrías: si proseguía la lucha no era dudoso el éxito: El-Ahmar debía caer al fin á los piés de San Fernando. Para sostener por algún tiempo más su dignidad é independencia ¿debía poner así en riesgo no sólo su vida, sino también la de su pueblo?

Duras y de graves consecuencias eran á la verdad las condiciones á que El-Ahmar se sujetaba: feudatario de un rey cristiano, se exponía á deber desnudar la espada contra los mismos que creían en el Profeta y á contribuir á la ruina de los demás estados árabes de Andalucía; podía con esto hacerse como Mohamed de Baeza objeto de odio y de venganza para sus vasallos y ser al fin víctima del puñal de un asesino; hacía por de pronto que se entibiase para con él el afecto de la muchedumbre arrogante y fiera hasta al mismo pié de la tumba; pero debía arrostrarlo todo y lo arrostró, y San Fernando, lejos de recibir con desprecio ni aun con indiferencia al que tan modestamente se ofrecía á ser su vasallo, le abrazó, le llamó su amigo, le otorgó la paz y le dejó con libertad para que gobernara como se lo aconsejasen la razón y la prudencia el reino de Granada. Admiróle desde un principio San Fernando por la gallardía con que solo se presentó en sus reales; y al oirle no pudo admirarle menos por la grandeza de alma con que, obedeciendo á la ley de la necesidad, proponía para un tratado de paz condiciones que él quizás no se hubiera atrevido á exigir aun viendo declarada en favor suyo la victoria.

Estipulado y firmado ya el convenio, entró el rey cristiano en Jaén á mediados de Abril del mismo año 1246 (1) mientras El-Ahmar regresaba á su corte acompañado del walí Abu-Omar-

(1) «El rey D. Ferrando prisó Jahen mediado abril era MCCLXXXIV.» (Ann. Toled. segundos.) «Era MCCLXXXIV en el mes de marzo prisó Jahen el rey D. Fernando é su fijo el infante D. Alfonso.» (Cronicón de Cardeña.) Ambos documentos ponen la toma de esta ciudad en el mismo año, aunque no en el mismo mes.

Ali-ben-Muza, á quien confió el mando de su caballería. No volvió á empuñar la lanza contra estas provincias granadinas; pero llevó poco después la guerra contra el reino de Sevilla, cuya capital fué su última conquista y recogió después de cuatro años de tomada su cadáver.



CAPÍTULO XI

Descripción de los lugares conquistados por San Fernando en las provincias granadinas. **Andújar, Arjonilla, Arjona, Martos**



Con la muerte de San Fernando termina el primer período de la conquista de estas provincias; y es fuerza ya que demos tregua á la pintura de batallas y de asaltos. Hasta ahora sólo ha brotado sangre nuestra pluma; ocupada sin

cesar en las invasiones que agitaron este suelo, en las luchas fratricidas que lo desgarraron, en las terribles vicisitudes de los imperios que sobre él se encumbraron y cayeron, y en las venganzas implacables que ensombrecieron sus antiguos monumentos, apenas ha podido presentar á la imaginación de los lectores una descripción risueña que la calmase, ni imágenes dulces y tranquilas que la desimpresionasen de las escenas de horror á que ha asistido. Después de tan numerosos cuadros de batallas conviene pintar otros más serenos y apacibles; sería difícil que nadie nos siguiera sin cansancio por las largas luchas que nos quedan aún por referir si no encontrara antes donde refrescar sus sentidos y moderar su exaltada fantasía.

Campos que entonces fueron el teatro de combates sangrientos son hoy praderas cubiertas de flores donde el pastor canta tal vez lo pasado bajo la sombra de los árboles; montes en cuyas cumbres estuvieron sentadas tiendas de príncipes y reyes, son hoy alturas pobladas de humildes aldeas que blanquean entre el verdor de los viñedos; arroyos que arrastraron consigo cadáveres y espadas animan hoy con suaves murmullos paisajes pintorescos que contempla el viajero muda la lengua y extasiada el alma; castillos sombríos y desiertos que fueron levantados al pié de despeñaderos profundos son hoy pueblos que nacieron ayer sobre las ruinas de aquellas viejas fortalezas y han bajado ya al rededor de los cerros hasta ganar el valle; ciudades populosas que oyeron sin estremecerse los clarines de millares de enemigos y resistieron al valor y al poder de los más intrépidos caudillos, yacen hoy entre escombros cubiertos de musgo, que aunque ya tan sólo animados por el balido de la oveja, el susurro de las fuentes y el rumor de los insectos, convidan al descanso y bañan en dulce melancolía el corazón del que los mira. Lo pasado y lo presente forma en todos estos lugares un agradable contraste; y es bello y poético recorrerlos meditando sobre los hechos ya consignados, aquí bajo frescas alamedas conmovidas por las auras, allí bajo el pajizo techo de

una aldea cuyo hogar levanta su humareda por entre los ramajes de los árboles, acullá bajo las ruinosas bóvedas de un alcázar cuyos dorados sillares va de día en día desmoronando el viento, más allá al margen de una corriente cristalina á la que prestan sombra el junco y la espadaña.

Bailén: la primera villa que pisó San Fernando después de haber removido con la planta de sus caballos el polvo de las Navas de Tolosa, fué un día una ciudad (1) ante cuyos muros combatieron cartagineses y romanos; y hoy no es ya sino un pueblo que sólo conserva de su antigüedad los informes restos de un castillo y una iglesia en que la degenerada ojiva del siglo XVI está bastardamente sentada sobre el capitel corintio. Es, sin embargo, el sepulcro de glorias imperecederas; y ya que no por la magnificencia de sus monumentos, impone é impondrá siempre por la grandeza de sus recuerdos. En las alturas que la circuyen, setenta mil cartagineses mandados por Asdrúbal y Magón fueron vencidos hace más de veinte siglos por las legiones de Roma : en su campiña, cubierta de olivares, no hace aún cincuenta años que acosadas por todas partes las águilas francesas y ahogadas por la humareda del cañón y el polvo del combate, tuvieron que ir á deponer sus ensangrentados laureles en la frente de nuestros generales. El rumor de esta victoria voló desde Bailén hasta las más apartadas naciones, y vióse entonces saludada la villa por cien pueblos oprimidos que vieron humillados en ella por primera vez ejércitos que habían hecho estremecer el suelo de vastos campos de batalla, y capitanes cubiertos de gloria, encanecidos en las largas guerras del Consulado y del Imperio (2).

---

(1) Se cree que Bailén fué antiguamente Bactula.

(2) Fueron grandes los resultados de esta batalla. Perdieron los franceses cuarenta piezas de artillería, y entre muertos, heridos y prisioneros, veinte y un mil soldados; José Bonaparte, que acababa de ser proclamado rey de España, huyó precipitadamente de la Corte; los que tenían cercada Zaragoza levantaron el sitio; los ejércitos que estaban distribuídos en varios puntos de la Península se recogieron más allá del Ebro; la Francia perdió en casi toda Europa gran parte del

Andújar, sita al mediodía de Bailén, al pié mismo de Sierra-Morena, en una frondosa llanura que bañan á mil doscientos pasos las claras aguas del Guadalquivir, fué también una de las primeras poblaciones conquistadas por Fernando el Santo: sirvió de cuartel á este rey y de palacio á la reina D.ª Juana, que permaneció en ella de paso para Córdoba; y no guarda tan sólo un monumento en que pueda verse reflejada la sombra de los héroes que por defenderla y combatirla desnudaron sus espadas. Cuando la tomó San Fernando, había sido ya dos veces conquistada por Alfonso VII, el bravo emperador que al través de una tierra toda enemiga pudo llevar hasta la misma corte del Califato su pendón de guerra; pero ni uno ni otro lograron dejar impresa su memoria en ningún templo ni castillo. Fué atacada en 1369 por las armas granadinas, dada en 1383 por Don Juan I al desgraciado rey de Armenia, León V, que fué al fin prisionero del Soldán de Egipto, unida en 1388 al señorío de Enrique III, declarada ciudad en 1487 por Enrique IV; pero no hay en toda ella ni una piedra en que ni el literato ni el artista puedan leer el nombre de estos príncipes. Sus más antiguas iglesias están ya envueltas en las vagas formas de la decadencia gótica; y el ojo del viajero no puede penetrar al través de sus arcadas ojivales más allá del siglo XV.

Si alguna piedra escrita ennegrece sus blancos muros, no habla ya de Andújar, habla de un pueblo que animó á dos leguas de la ciudad la orilla septentrional del Betis, habla de la antigua Iliturgis, hundida entre sus ruinas y cubierta de afrenta y sangre (1). Estaba situada Iliturgis el pié mismo del Guadal-

---

prestigio militar que tan justamente había adquirido con sus anteriores hechos de armas; España, por fin, aumentó el brío con que empezó una guerra en que tenía muchas menos probabilidades de ser vencedora que vencida. No sin razón nos acordamos aún de tan brillante jornada, á cuya memoria han consagrado sus inspiraciones las artes y la poesía.

(1) Terrones, en su *Vida de San Eufrasio y Origen y Antigüedades de Andújar*, publicó varias lápidas pertenecientes á esta ciudad, entre las cuales creemos digna de atención la siguiente, dedicada al emperador Séptimo Severo:

quivir, en el mismo lugar en que está hoy Santa Potenciana, donde además de los cimientos de unas murallas carcomidas y desgastadas por el agua, que se dilatan entre los ríos Escobar y Martín Gordo, se ven aún esparcidos acá y acullá entre zarzas y matorrales capiteles, sepulcros, y otros restos antiguos, que dejan entrever algunas de las armas de los que allí murieron víctimas de su traición y su heroísmo. Era, según Tito Livio, una de las ciudades más insignes por su grandeza: defendida por una peña escarpadísima y por un castillo, del que se conservan todavía grandiosos escombros, era demás casi inespugnable, y podía arrostrar sin temor la cólera de sus más poderosos enemigos. Pero quizá fueron estas cualidades las que originaron sus funestas vicisitudes y su completa ruina.

Era Iliturgis cartaginesa, y no tardó en hacerse aliada de los romanos después que los Scipiones vinieron á vengar en la Península las derrotas que sufrieran en Italia. Irritados Asdrúbal, Magón y Amílcar, movieron para ella el campo y la combatieron con todas sus fuerzas; pero nada pudieron contra sus nuevos contrarios, que abriéndose paso con la espada entre los tres campamentos, entraron vituallas en la ciudad, y trabaron con ellos en la llanura un combate sangriento, en que les

---

IMP. CAES. SEPTI
MIO. SEVERO. PIO.
PERTINACI. AUG.
ARABICO. ADIABENICO PONTIFE
MAXIMO. IMP. X. TRIB. POTEST.
VI. COS. II. PACATORI. ORBIS.
RESPUBLICA. ISTURGITANORUM.
D. D. D.

Hemos dicho que es digna de atención esta lápida, porque si bien se la examina, se observará que no es la ciudad ó municipio de Iliturgi, sino la república de Isturgi, la que dedicó este recuerdo á Severo. Terrones traduce las palabras *Respublica Isturgitanorum* por la república de los Iliturgitanos; mas es fácil ver cuán voluntaria y poco fundada es esta interpretación. Hay bastantes razones para creer que en los alrededores de Iliturgi hubo Isturgi é Ippasturgi; y cuando otras no hubiese bastaría á nuestro modo de ver esta inscripción para sospechar cuando menos que existió no lejos de la ciudad de que hablamos en el texto otra llamada Isturgi. (V. á Flor., *Esp. Sag.*, y Cortés, *Esp. Ant.*)

mataron mucha gente y les tomaron tres mil hombres, mil caballos y setenta y un estandartes (1). Volvieron á ella á poco Magón y Asdrúbal; pero no pudieron tampoco rendirla ni por asalto, ni por hambre. Voló en su defensa Gneyo Scipión, hizo levantar el sitio, mató en otros dos combates más de doce mil cartagineses, se apoderó de otros diez mil, y les tomó treinta y seis banderas (2).

Dos veces ya debía Iliturgis la vida á sus aliados, cuando muertos los Scipiones en dos jornadas funestísimas vió entrar por sus puertas á muchos de los vencidos en Segura, y procediendo cobarde y alevosamente, los degolló por temor á los cartagineses, con los que renovó su antigua alianza. Excitó entonces contra sí la cólera romana, y pagó cara, aunque tarde, la traición con que manchó su historia. Publio Cornelio Scipión, arrojados ya de España los cartagineses, pasó contra ella con las dos terceras partes de su ejército, y ansioso de dejar pronto vengadas las sombras de aquellas víctimas, vió apenas sus muros cuando ordenó el asalto. Mandó distribuir escalas entre sus soldados, entregó á Lelio parte de sus legiones, y dada la señal de ataque, asaltó por dos puntos la ciudad rebelde. Los

(1) «Illiturgi oppidum ab Asdrubale ac Magone et Amilcare, Bomilcaris filio, ob defectionem ad romanos oppugnabatur. Inter hæc terna castra hostium Scipiones cum in urbem sociorum magno certamine ac strage obsistentium pervenissenti frumentum cujus inopia erat advexerunt; cohortatique oppidanos ut eodem animo mœnia tutarentur quo pro se pugnantem romanum exercitum vidissent, ad castra maxima oppugnanda quibus Asdrubal præerat ducunt. Eodem et duo duces et duo exercitus Carthaginiensium ibi rem summam agi cernentes convenerunt. Itaque eruptionem è castris pugnatum est. LX hostium millia eodem die in pugna fuerunt, sexdecim circiter romanis. Tamen adeo haud dubia victoria fuit, ut plures numero quam ipsi erant romani hostium occiderint, ceperint amplius tria millia hominum, paulo minus mille equorum, undesexaginta militaria signa, elephantis V in prælio occisis; ternisque castris eo die potiti sunt. (Tit. Liv., lib. 23. cap. 34.)

(2) Carthaginienses Illiturgi oppugnare adorti quia præsidium ibi romanum erat; videbanturque inopia eum locum maxime expugnaturi. Cn. Scipio, ut sociis præsidioque ferret opem, cum legione expedita profectus, inter bina castra cum magna cæde hostium urbem est ingressus: et postero die eruptionis æque felic, pugnavit. Supra duodecim millia hominum cæsa duobus præliis; plus decem millia capta, cum sex et triginta militaribus signis. Ita ab Illiturgi recessum est obsidione. (Tit. Liv., lib. 24, cap. 19.)

iliturgenses, que veían amenazada no ya su libertad, sino su vida, no perdonaron medio de defensa; los que no podían aún esgrimir la espada, fueron amontonando en los muros piedras, dardos y otras armas arrojadizas; las mujeres y hasta los niños tomaron parte en la pelea; los aptos para las armas se sostuvieron tan esforzadamente sobre el adarve, que intimidaron y rechazaron más de una vez al ejército enemigo, ejército que acababa de humillar ante sus plantas las banderas de Cartago. Mas sirvió de poco su heroísmo. Scipión, al ver en retirada sus legiones, entró en lo más recio de la refriega, pidió nuevas escalas, puso en una de ellas el pié para trepar al muro, y logró avergonzar de tal modo á los suyos, que, atacando estos con mayor ímpetu, ganaron la muralla y el alcázar, y derramándose como fieras por todas las calles de la ciudad, pasaron á cuchillo hasta á los ancianos y á los niños, devastaron con el incendio lo que no pudieron con las armas y sepultaron millares de cadáveres entre escombros manchados de humo y sangre. Había jurado Scipión la ruina de Iliturgis, y no permitió dejar con vida ni á la misma ciudad en cuya traición había creído ver ultrajada la sombra de sus tíos (1).

Quedó tan destruída Iliturgis, que no pudo ya recobrar su celebridad ni su grandeza. Su destino pesó sobre cuantos fueron á sentarse en sus ruinas, y vióse al fin entregada á la soledad, al silencio, á la acción lenta y destructora de los siglos. Tomáronla los celtíberos cuando era un pequeño pueblo (2), y muertos luégo en número de doce mil, dieron lugar á que la

(1) Así pinta Tito Livio ese sangriento y bárbaro saqueo: «Tum vero apparuit ab ira et ab odio urbem oppugnatam esse. Nemo capiendi vivos, nemo, patentibus ad direptionem omnibus, prædæ memor est. Trucidant inermes juxta ac armatos, fæminas pariter ac vivos; usque ad infantium cædem ira crudelis pervenit. Ignem deinde tectis injiciunt ac diruunt quæ incendio absumi nequeunt. Adeo vestigia quoque urbis extinguere ac delere memoriam hostium sedis cordi est.» (Tit. Liv., lib. 28, cap. 11.)

(2) Celtiberi agmine ingenti ad oppidum Illiturgi occurrerunt. Viginti millia armatorum fuisse Valerius scribit; duodecim millia ex iis cæsa. Oppidum Illiturgi receptum et puberes omnes interfectos. (Tit. Liv., lib. 34, cap. 4.)

entrara Marco Helvio y vertiera sin piedad la sangre de cuantos podían empuñar las armas. Tuvo después algunos títulos honoríficos, fué llamada por Augusto *Forum Julium*, y declarada colonia tál vez por Adriano; pero logró cuando más tomar aliento para sentarse sobre su lecho de muerte: nunca tuvo suficientes fuerzas para saltar de su sepulcro. Ni el mismo cristianismo pudo levantarla de su abatimiento. Fué, según la tradición, el primer pueblo en que sembró San Eufrasio la palabra de Jesucristo; allí puso el Prelado su silla; allí sobre el cadáver de una ciudad destruída por la guerra y la venganza predicó el celoso Apóstol la paz y la caridad que habían de quebrantar los hierros de la servidumbre. Mas á pesar de haber visto fructificar aquella semilla bienhechora, á pesar de haber reconocido el nuevo reinado de Cristo, no pudo granjearse desgraciadamente la ciudad sino nuevas desventuras. Atrajo sobre su frente la ira de Nerón, y enrojeció otra vez sus escombros la sangre de los mártires, la sangre del mismo San Eufrasio, que murió bajo el hacha del verdugo. Perdió la silla episcopal, que fué trasladada á Castulo, y durante siglos no tuvo siquiera dónde adorar á su nuevo Dios. No tuvo templo hasta que Sisebuto lo hizo levantar sobre el sepulcro que guardaba las cenizas del mártir, ni vió alzarse ya otro sobre sus restos sino durante el reinado de Suintila (1). Esclava de los árabes como los demás pueblos de España, difícilmente pudo conservar después ni la pureza de sus creencias. Languideció, y se embruteció bajo el dominio de sus conquistadores, y no salió de su servidumbre sino sucumbiendo y pereciendo bajo la espada de Alfonso VII.

Cayó al fin para siempre Iliturgis, y le sucedió la pequeña ciudad y hoy villa de Andújar. El viajero que sabe su historia apenas puede atravesar sus ruinas solitarias sino llena de con-

(1) Así lo confirma la inscripción que copió Flórez de Rus Puerta: Jesucristo dno nostro regnante constructum era DCLXV anno septimo regis Suinthile. (FLÓR., *Esp. Sag.*)

goja y melancolía el alma; cree aún ver en ellas las huellas de la fatalidad, tristes é imponentes para el hombre.

Arjonilla, situada al mediodía y no lejos de Iliturgis, no tiene recuerdos menos tristes, aunque de carácter muy distinto. No nos conmueve como Iliturgis con su historia: pero nos llena de amargura con la de un solo hombre, con la de un poeta, víctima de un amor tan puro como infausto. Colocada en un llano, y cercada por todas partes de colinas pintorescas que hacen paso entre septentrión y mediodía á un delicioso valle que bañan aguas tan claras como escasas, apenas presenta en conjunto ni en detalle cosa que no deleite los sentidos; mas fueron tan fatales las aventuras del joven entusiasta que exhaló en ella los primeros quejidos de muerte y sus últimos suspiros, que la memoria de ellas basta para cubrir este pequeño pueblo á los ojos del que no las ignora como de un sombrío y misterioso velo. Vivos como están allí estos recuerdos, dominan sobre los de los freires de Calatrava que la conquistaron, sobre los de los caballeros que la señorearon, sobre los del Arcediano de Úbeda, que la vendió por dos mil maravedís á Arjona; y se apoderan con tanta fuerza del viajero, que este no codicia pronto sino ver por sus ojos el lugar de la catástrofe, y oir dentro de los oscuros torreones del castillo tan lamentable historia.

Preso en este castillo, le dicen con voz solemne, vivía hace cuatro siglos un joven de corazón que, vueltos hacia Jaén los ojos, no levantaba su dulce y melancólica voz sino para cantar al són del laúd su amarga desventura. Mártir de una pasión que se había desarrollado en él con la misma vida, no pensaba de la aurora á la noche más que en su objeto idolatrado, y cuando no dirigía al cielo sentidas querellas, divertía el triste su imaginación contando á los que le oían al pié de la torre la historia de sus amores.

En el palacio en que por mi desdicha viví, decía, conocí á una mujer, bella como el ángel de la vida. Su mirar era más dulce que el de la luna sobre el valle, su voz más sonora que la

del laúd y el arpa. La ví, y me sentí lleno de encanto. Presentóse á mis ojos como el reflejo de mi alma, como la realización del más hermoso de mis sueños, y la amé. ¡Ay! la amé y me amó, y allí empezaron mis dolores.

Creció nuestro amor en la soledad y el silencio; nadie llegó á descubrir en nuestro semblante las llamas del fuego que nos devoraba. Los álamos y los cipreses de un jardín eran los únicos testigos de nuestros amores, y no oían aun nuestros coloquios, sino cuando los cubría con su manto azul la noche y el viento mecía dulcemente sus ramajes. Brotaban entonces de nuestros labios palabras dulcísimas: parecía que un solo espíritu nos animaba y una misma inspiración batía en torno nuestro sus doradas alas. ¿Cómo pudisteis desaparecer tan pronto, supremos instantes de ventura?

El ángel de mi amor no era una reina; pero yo, paje humilde de un poderoso caballero, llegué á considerarme indigno de sus miradas. Llevaba en mi frente la aureola de poeta, pero no el laurel de las batallas, y quise conquistarlo. Rompí mi lanza en cien justas, quebré mi espada en cien torneos, y apenas sonaron los añafiles moros en la frontera del Reino, me arrojé sobre los infieles montado en mi corcel de guerra, y cubierto con las armas que no pudo mellar el acero de mis enemigos. Yo, débil joven, me sentí entonces gigante. Sobre el tempestuoso estruendo de los campos de batalla creía oir la voz de mi amor, que me llamaba á la pelea, y llevé siempre hacia donde más arreciaban los peligros el hierro de mi lanza.

Terminada la batalla, me consideraba después de cada día más digno de ella y de mí mismo. En el primer vacío que dejaban el polvo y la humareda del combate, me parecía verla en alas de las brisas, radiante de hermosura, y coronada la frente de nuevos laureles; y sentía mi corazón palpitante de gozo y abierto á la esperanza. Me ama, decía, y el maestre de quien soy doncel, no podrá ver con malos ojos el enlace de un héroe con la reina de su palacio.

Mas ¡pobre niño! una tristísima nueva fatal vino á tronchar un día todas mis ilusiones, como troncha el huracán las flores. Estábamos en una vasta llanura, y se percibia aún á lo lejos los últimos clamores del combate. Del occidente á que acababa de precipitarse el sol, se alzaban nubes negras como la noche, que surcaba el rayo. Levantábase el polvo en remolinos, y las hojas de los árboles parecían entrechocarse como si presintieran la borrasca. Amenazaba el cielo tempestad; pero otra más terrible se encendió en mi pecho. Apoyada la cabeza en la mano, estaba sentado sobre una roca absorto en mis incesantes pensamientos, cuando se me acercó un hombre, é inquietos los ojos y casi sin aliento: olvida tus amores, me dijo, la mujer á quien adoras no puede ser ya el fin de tus esperanzas; el maestre acaba de casarla; la infeliz ha debido sucumbir ante una voluntad de hierro.

¡Ah! ¿por qué has de traer estas palabras á mis labios, memoria mía? — Un rayo que hubiera caído á mis piés, no me habría aterrado como me aterraron. Mas surgieron pronto en mi espíritu terribles pensamientos. No, exclamé; el astro de mi vida, el alma de mi alma, la sangre de mi sangre, no puede pertenecer á otro en la tierra: la arrancaré de los brazos del mismo rey aunque deba para ello derramar mi sangre y la sangre de cien víctimas. ¡Mis armas y mis caballos! quiero partir esta misma noche á Jaén; Dios alumbrará mis pasos con la luz de la tormenta. La sangre del usurpador apagará cuando menos el fuego que devora mi existencia. ¿Qué importa que haya de expiar ese placer en el cadalso? El ángel de mi amor esparcirá sobre mi tumba las flores con que en días más felices adornó mi frente, y Dios unirá tal vez muertos á los que vivos fueron separados por la voluntad de un príncipe y la infamia de un hidalgo.

Olvidaba en tanto lo que exigen de un caballero las leyes de la guerra. No podía abandonar el campo sin que manchara el delito de traición mi escudo; y no volví á Jaén sino cuando el ejército pasó á recoger en aquella ciudad los aplausos á que se

había hecho acreedor por sus victorias. Víla allí otra vez bajo las copas de los mismos árboles testigos de nuestros amores. Los labios de entrambos estuvieron mudos; sólo hablaron los ojos vertiendo ardientes lágrimas. No pudimos por mucho tiempo proferir palabra alguna; y al permitirlo el recuerdo de nuestro infortunio, no las hallé yo sino para quejarme de la crueldad de mi destino; ni ella sino para jurarme por segunda vez un amor eterno. ¡Infeliz! no sabía ella que nuestro amor debía ser para la justicia humana un crimen, y que debía sepultarme á mí bajo las sombrías bóvedas de esta torre. Nos vimos algunas noches, pero acabaron pronto los momentos de ventura. Cayeron un día de improviso sobre nosotros las miradas del ofendido hidalgo, y no su espada, que hubiera podido cuando menos unirnos para siempre en el sepulcro. El maestre supo de su boca nuestro crimen; y me dió este castillo por cárcel, ¡y no por tumba!

Al infeliz le exasperaba el dolor siempre que acababa de referir su historia. Dirigía unas veces al cielo las más amargas quejas, tomaba otras arrebatadamente su laúd y cantaba desesperadas trovas, acusaba y maldecía otras á su misma adorada por no haber sabido morir antes que dar la mano á su marido. Estaba entonces terrible; pero se moderaba á poco y no profería sino dulces y generosas palabras. Vuelto el rostro á Jaén, decía muchas veces: allí vive mi amor, sólo el aire que de allí sopla refresca mis sentidos. Vosotros que os complacéis en oir mis trovas, ¿por qué no vais y se las repetís á mis amores bajo las ventanas del palacio? La veréis asomar entre las columnas de su ajimez, como el genio del amor y la hermosura; y no cambiaréis luégo sus miradas por el mayor tesoro. Auras que escucháis tan sosegadas mis lamentos, exclamaba otras veces, ¿por qué no los lleváis á los oídos del ángel de mi vida? Estrellas que alumbráis á la vez sus ojos y los míos, ya que fuísteis testigos de nuestra ventura, ¿por qué no os hacéis intérpretes de los dolores de entrambos? Que llegue á sus oídos cuando

menos la voz de mi muerte; á saberla, ¿cómo no ha de venir sobre mi sepulcro?

Pensaba á menudo en su muerte, mas nunca la creyó tan cerca de sí como la tenía y esperaba. Un día — estaba desierto el castillo, encapotado el cielo, — sintió de repente en su corazón el hierro de un venablo, y cayó exánime en el suelo arrojando á borbotones su sangre por la herida. No pudo saber siquiera de dónde le vino el daño; no había sino un hombre en torno de esta sombría fortaleza, y este hombre era el esposo ofendido á quien arrastraron los celos á tan impío asesinato.

Murió, por fin, el desgraciado poeta; y fué sepultado en ese mismo pueblo de Arjonilla, en el lóbrego interior de una ermita, que levanta sus modestos paredones entre las ruinas del castillo, en un sepulcro humilde sobre cuyo frente escribieron en caracteres góticos: «Aquí yace Macías el enamorado.»

Era el infeliz ese tan decantado trovador del siglo xv, cuyos amores celebraron tan numerosos poetas, y cuyos sentimientos interpretó modernamente Larra, víctima, como él, de una pasión ardiente. Enrique, marqués de Villena, fué su señor; un hidalgo de Porcuna su rival; una mujer, cuyo nombre guarda aún la historia entre los pliegues de lo pasado, el objeto de sus amores y la principal causa de su muerte.

Á una legua de Arjonilla está la antigua Arjona (1), y en ella no hay recuerdos tan melancólicos, pero sí hechos más varoniles, tradiciones menos profanas. Fué de los pueblos en que más se ensangrentaron los emperadores contra los primeros que abrazaron el cristianismo, y vió verter á torrentes la sangre de los mártires. Murieron allí por la nueva ley Apolo, Idacio y Crotas; entregáronse allí por la nueva ley á la cuchilla del verdugo los santos Bonoso y Maximiano, bajo cuyo nombre tutelar está aún la villa. — Bonoso y Maximiano, naturales de Iliturgis, eran dos hermanos que seguían el camino recto de la justicia. Viendo

(1) Arjona fué la antigua Urgao.

en los primeros años de su juventud alzada sin razón la guerra contra su provincia, no supieron mirar con sangre fría la causa de su patria, y tomaron los dos las armas. Pelearon como bravos, y merecieron bien de su pueblo al volver á sus hogares coronada la frente de laureles; mas esto les atrajo desgraciadamente la cólera de Daciano, los más crueles tormentos y la muerte.

Daciano, que vivía en Arjona, los llamó, y les dijo: Los que como vosotros saben manejar las armas, deben ser soldados del imperio; id y defended el castillo.—Somos ya soldados, contestaron; pero soldados de Cristo.—¿Pelearéis por Cristo mejor que por los emperadores? preguntó Daciano.—Sólo por él podemos desnudar la espada, respondieron.—Preparaos á sufrir la muerte, dijo lleno de cólera el tirano; veremos si ese Dios á quien adoráis, os arranca de las manos del verdugo.—¡Oh Daciano! exclamaron: ¿quieres tú, pues, otorgarnos la corona que deseamos? En ninguna parte mejor que en las manos de tus sayones podemos ser verdaderos soldados de Jesucristo, y hallar el camino que nos ha de abrir el cielo.

Daciano los hizo conducir al castillo y los condenó á los más bárbaros tormentos. Cuando los hubieron padecido, les dijo: —Habéis vistó ya el poder de los emperadores de cuya justicia no pudo libraros vuestro Dios: ¿os negaréis aún á ser sus soldados? Los mártires contestaron tranquilamente:—Vuestros emperadores no han podido ni podrán jamás quebrantar la fortaleza de ánimo que recibimos de Jesucristo; sólo él es, pues, el fuerte. —¿No queréis ceder? preguntó Daciano; haré que os encierren en una mazmorra, y os abraséis de sed; la agonía de la muerte arrancará de vuestros labios palabras menos soberbias, y os hará hincar de rodillas ante las aras de los ídolos. Cúmplase mi voluntad, añadió á sus verdugos; pero los dos hermanos, ¡cúmplase la del cielo! dijeron; y marcharon firme el paso y animoso el corazón á uno de los subterráneos del castillo.

Estaban ya Bonoso y Maximiano sufriendo las más crueles

angustias, cuando tuvieron que sufrirlas aún mayores á la vista de sus padres que pretendían salvarlos de la muerte.—Hijos míos, les dijo lleno de turbación su padre: el Dios que vosotros adoráis es mi Dios, pero no exige ni puede exigir tan cruentos sacrificios. Ha conocido ya vuestra resolución: condescended y vivid, si no para vosotros, para los que os dieron esa vida que tan generosamente pretendéis sacrificar en los altares de Cristo. ¿Qué sería de mí sin vosotros? Tinieblas eternas cubrirían mis ojos, y un velo eterno mi alma. Abrasarían mi rostro lágrimas de desesperación y mi frente amargos pensamientos. Marcharía sin arrimo en la oscuridad, caería en todos los abismos de la vida, y no llegaría á mis oídos una palabra de consuelo. Vuestras sombras ensangrentadas me atormentarían de día, y turbarían de noche mi sueño. Me sentiría morir, y no sentiría sobre mis párpados la mano de mis hijos que engendré y eduqué para que endulzaran mi agonía. ¡Hijos míos! ¡hijos míos! vosotros amasteis siempre á vuestros padres: no es posible que queráis con vuestras mismas manos abrir un sepulcro en que deban hundirse vuestros cuerpos y nuestras esperanzas.

—¡Padre mío! exclamaron á un tiempo los mártires. Y continuó Bonoso:—Jesucristo murió en una cruz y dejó también en la tierra á una Madre llena de amargura y rodeada de tinieblas. Lloraba ella y se lamentaba como tú, al verle encaminar sus pasos al cadalso; y cuando le vió doblar sobre su pecho la cabeza, creyó también dejar al pié de la cruz la vida. Pero veló sobre ella Jesucristo desde su trono; no la dejó nunca sin fuerzas para sobrellevar sus penas, y la subió en fin en alas de los ángeles al cielo, donde goza por toda una eternidad de la vista de su hijo. No temas, padre: nuestra muerte es la llave que os ha de abrir más tarde las puertas del Paraíso. No temas, hallarás mientras vivas consuelo en el Señor; y cuando mueras encontrarás á la cabecera de tu lecho nuestras almas. En brazos de nuestras almas volarás al firmamento, y allí no hay verdugos que puedan separarnos. ¡Ánimo, padres míos, ánimo! Haced

que no vea el tirano vuestras lágrimas ni se goce en vuestros dolores. Ocúpeos más el recuerdo de Dios que el de vuestros hijos.

La más tierna despedida sucedió luégo á tan dolorosa escena. Besos ardientes enrojecieron las pálidas mejillas de todos, y por algunos momentos, sólo entrecortados suspiros turbaron el silencio de aquella lúgubre morada... Solos ya los hermanos siguieron aún por mucho tiempo mudos: lloraban en la oscuridad y devoraba cada uno en secreto sus lágrimas de fuego.

Mas permanecieron siempre resueltos á morir, y no tardó Daciano en levantar para ellos el patíbulo, regado ya con la sangre de otros mártires. La vista del cadalso no hizo sino acelerar sus pasos; bendijeron en él al Señor, besaron la cuchilla que debía sacrificarles, y murieron pronunciando súplicas fervorosas que espiraron en sus labios junto con sus vidas.

No consintió el tirano que sepultaran sus cadáveres; pero los sepultaron al pié del alcázar sus mismos soldados. Los encontraron en el siglo XVII los arjoneses, y los guardan dentro de ricas urnas en el santuario que les consagraron (1).

---

(1) Hemos seguido para esta leyenda la tradición y las actas de los mismos santos, en las que leemos:... «Dacianus dixit: Quandoquidem constat quod vos semel Militiam professi estis, necessum est ut in eadem persistatis et Arcem istam cum reliquis militibus incolatis et defendatis. Bonosus et Maximianus responderunt: Nos quidem milites jam sumus sed Christi. Dacianus dixit: ¿Vultis ne magis huius hominis milites esse quam imperatorum? Sancti Martyres responderunt: Etiam, multoque nobis hoc est jucundius. Præfectus dixit: Ego igitur vobis atrocem mortem inferam, et tunc videbimus quid vobis prodesse poterit Christus quem adoratis. Sancti Martyres dixerunt: Tunc ò Daciane feliciores erimus et veriores nulites Dei et Domini nostri Jesuchristi quem cum Patre et Spiritu Sancto Unum Deum in Trinitate veneramur.»—Y en otro lugar de las mismas: «Tunc Dacianus dixit: videtis malo vestro quam fortes sint Imperatores nostri, à quorum manibus Deus vester non potest vos eripere. ¿Vultis ne jam milites illorum fieri? Sancti Martyres responderunt: Immo vero experti sumus debilem illorum fortitudinem et infinitam Christi potentiam, qui nos ne deficeremus animabat. Præses jussit eos per octo dies in arcta custodia arcis detineri et ibi continua siti æstate media et aliis tormentis cruciari.» Las palabras puestas por nosotros en boca de Daciano y de los dos hermanos se observará que están traducidas casi al pié de la letra de las que constan en estas actas: nos ha parecido muy difícil encontrar un lenguaje más sencillo ni más propio. La súplica hecha por los padres

Con tan terribles suplicios no disminuyó, antes aumentó en Arjona el número de los discípulos de Cristo. El humo que exhalaba la sangre de los mártires parecía enardecer más y más el corazón de los hombres; verificábanse todos los días nuevas conversiones, y hacía el cristianismo progresos que no podía ya detener la espada de los irritados imperiales. Aumentaba así la persecución; pero apenas cesó, floreció tanto Arjona, que pudo atravesar sin sucumbir el borrascoso período en que se hundió Roma entre las lanzas de los bárbaros, y llegó á manos de los árabes llena todavía de animación y vida.

Bajo la dominación de los árabes creció aún la villa en población y en importancia. Terció en casi todas las guerras que precedieron y siguieron á la ruina del califato y á la caída de almoravides y almohades; y cuando estaba ya abocado á un abismo sin fondo el islamismo, fué la cuna de un reino poderoso que pudo resistir aún por tres siglos á las armas de Castilla. Recibió en ella el esclarecido El-Ahmar de mano de su tío Yahya-ben-el-Nasr el mando de una hueste brillante y numerosa con que tomó á Jaén por asalto, y de mano del pueblo una corona á cuyo favor conquistó más tarde Guadix, Baeza, Almería, y al fin todo el reino de Granada, que fundó y consolidó con la prudencia y la energía. Al dejarla El-Ahmar no tardó en verse cercada por los ejércitos de San Fernando; pero no pudo ser combatida ni ganada sino muchos años después en que viéndola aislada este rey, destacó contra ella á Nuño González, hijo del conde de Lara, y asistiendo personalmente al sitio, la tomó por capitulación consintiendo que pudieran permanecer en la villa todos los moros menos dos de los caudillos.

---

es toda nuestra; pero no porque hayamos querido satisfacer un pueril sentimiento de vanidad, sino porque no encontramos en las actas más que consignado el hecho. «Venerunt quoque parentes eorum pietate moti ad Judicem rogantes ut juventutis illorum misereretur. Quibus ipse facultatem dedit eos si possent verbis lachrymisque à proposito removendi. Sed sancti Dei talibus sunt verbis usi ad suos, ut parentes visa constantia filiorum et ardenti desiderio martyrii eos potius ad coronam animarent.» Véase á Jimena, *Anal. Ecles. de Jaén*, pág. 555.

Fué esta capitulación ventajosísima para los moros en aquellos tiempos, pero San Fernando, príncipe tan esforzado como prudente, prefirió otorgarla á ver derramada con profusión la sangre de sus soldados. Situada como está Arjona, no se prestaba ni se presta aún á muchos hechos de armas. Tiene por asiento un cerro de mucha elevación y de rápida pendiente; baja al norte desde la cumbre al valle, y aun en este se halla defendida por barrancos profundos que son verdaderos precipicios. Puesta entonces á la sombra de un castillo del que apenas quedan ruinas, bien poblada, mejor guarnecida y sostenida sobre todo por la desesperación del que ve en su vencimiento la esclavitud ó la muerte, habría sucumbido al fin á los ataques del ejército, mas vendiendo cara su libertad, vendiendo cara su vida y la vida de sus hijos.

Ya de Castilla, Arjona no pudo pensar en hacer ondear otra vez sobre sus muros los estandartes del Profeta; pero no pasó cincuenta años sin ver aventurada la suerte de las armas cristianas en el éxito de una batalla cuyo recuerdo es el que hace recorrer con más interés al viajero sus alrededores pintorescos. En guerra Granada y Castilla durante la regencia de D.ª María de Molina, cruzáronse junto á esta villa los ejércitos de entrambos reinos. Pelearon de un lado Mohamed, del otro el infante D. Enrique y el héroe de Tarifa; y fué reñida y sangrienta la refriega. Forzó ya al primer ímpetu la caballería sarracena la vanguardia cristiana, la rompió, la dispersó, y abriéndose paso á lanzadas, se internó en el campo enemigo hasta desarzonar y derribar del caballo á D. Enrique. No alcanzó la muerte del infante porque Guzmán al verle en tan gran peligro arremetió contra ella al frente de un solo escuadrón, y envolviéndole entre los suyos, le salvó á punta de espada; pero había ya tomado la delantera, y si no pudo ejercer su saña en D. Enrique, logró auxiliarlo por la infantería, ejercerla en el resto del ejército, del cual unos murieron alanceados y otros fueron á gemir en duro cautiverio en las mazmorras de Granada.

Triste, muy triste fué para los cristianos el éxito de este combate: manchó la afrenta su rostro, su sangre el suelo, y quedaron envueltas en el polvo del campo sus banderas. Perdieron á Pedro Pascual, obispo de Jaén, que murió después mártir de su celo religioso. Volvieron á ver á poco en inminente riesgo á D. Enrique, á quien sólo pudo salvar por segunda vez el heroísmo de Guzmán el Bueno, que peleó hasta que consideró á salvo en Arjona á tan desdichado infante.

Á Arjona, empero, no pudo alcanzarla ya ninguna de las consecuencias de esta derrota. Continuó en una paz profunda que no turbaron en adelante sino las calamidades que afligieron á todo el reino. Enagenada en el siglo XV por la corona, pasó en corto número de años de las manos de D. Juan II á las de D. Fadrique de Castro, que la obtuvo por merced con título de Ducado, de las de Castro á las del conde de Luna, de las de Luna á las de D. Álvaro, el tan famoso como desgraciado condestable de Castilla; pero ni aun de estas mudanzas, origen muchas veces de trastornos, tomó ocasión para suscitar discordias ni peleas. Gozó de la misma paz bajo sus señores que sus monarcas.

Arjona, sin embargo, ha perdido mucho de su importancia: es villa escasa de población, y apenas tiene hoy monumento en que estén vinculados sus recuerdos. Flotan estos en torno suyo sin que siquiera los labios de la tradición los haya recogido; y el viajero que no ha leído la historia, pasa casi indiferentemente al pié del cerro, cuyas vertientes cubre, sin detenerse más que para admirar la situación pintoresca de sus casas, esparcidas bellamente desde la cumbre al llano.

Martos, sita al mediodía de Arjona, carece también de monumentos; pero tiene en cambio recuerdos más tradicionales, historias populares que refiere con candorosa sencillez hasta el más humilde campesino. En la cima de su famosa peña, por cuya base se extiende en forma de anfiteatro, están escritas leyendas y hechos de armas que encienden el fuego de la más

yerta fantasía, y aún en el fondo de la población se conservan tan vivos los sucesos de otras edades, que uno cree respirar antigüedades hasta en las calles que no reflejan otros colores que los de este siglo. Álzanse allí á nuestros ojos no sólo la sombra de la Edad media, sino también la de edades más remotas: la que no evocan las tradiciones, la evocan documentos escritos en páginas de piedra.

En Martos, entre los sillares de los edificios, al través de la cal que cubre los paredones de sus casas, bajo las plantas mismas del viajero, se encuentra á cada paso inscripciones que hablan de una ciudad turdetana, llamada Tucci, consagrada especialmente al culto de Hércules y Marte, declarada colonia por Augusto, y tan mentada en Roma por sus recuerdos sagrados, que el emperador Tiberio hizo dedicar en ella una memoria á aquel antiguo semi-dios, al héroe de la Libia. Esas piedras medio desgastadas revelan aún el nombre de los romanos que la poblaron, el de la tribu á que pertenecían las familias que la ennoblecieron, el de los césares que merecieron más el amor de los tuccitanos; hacen especial mención de los soldados de la legión décima, de las familias de la tribu Sergia, de Octaviano, de Aurelio, del español Adriano; manifiestan que Tucci fué también llamada Augusta Gemella y ciudad de Marte, y la peña llevó antiguamente el nombre de Columna de Hércules (1).

---

(1) He aquí las principales lápidas á que hace referencia el texto:

1.ª IMP. CAES
M. AURELIO. PROBO
PIO. FEL. INVICTO AUG. P. M.
TRIB. POTESTATIS. VI. COS. IV.
RESPUBLICA. TUCITANORUM
DEVOTA NUMINI
MAJESTATIQUE. EJUS
D. D.
CURATORE. TIRIO. CLAUDIO
SUB COLOSO.

2.ª ANICIÆ. SEX. F.
POSTUMÆ.
ETRIL. AFRI.
COL. AUG. GEM.
D. D.

3.ª LIBICO. HERCULI
DEO. INVIC.
STATUAM. ARG. C. L. P.
CIVITAS MARTIS
D. S. P. P. P.

Pero no hablan esas lápidas del destino de esta ciudad, y la historia está desgraciadamente tan muda sobre su origen, como sobre las revoluciones que pudieron producir su ruina. Tucci es, como otras tantas ciudades, un enigma; la cubren aún las nieblas impenetrables de los siglos. Han arrojado alguna luz los anales eclesiásticos; pero no han bastado para vencerlas. Consta que á fines del siglo III hubo en esta ciudad un obispo, llamado Camerino, que firmó las actas del concilio nacional de Elvira; consta que los hubo sin interrupción desde antes del año de 588 hasta después del 653 ya por algunos decretos de los reyes, ya por las actas de los concilios nacionales de Toledo y las de los principales de Sevilla; consta por los últimos concilios toledanos que los hubo desde el 677 hasta la invasión de los árabes; consta que los hubo hasta bajo la misma dominación sarracena por una inscripción que se encontró en la base de la torre de San Francisco. Se sabe que todos estos prelados firmaron siempre llamándose obispos tuccitanos; y es según esto indudable que debió existir hasta ese tiempo la ciudad de Tucci (1).

4.ª HERCULI. INVICTO.
TI. JULIUS. AUGUSTI. F.
DIVI. NEPOS
CÆSAR. AUG. IMP.
PONTIFEX. MAXIMUS
DED.

Q. JULIUS
Q. F. T. N.
SERG. CELIUS
AED. II. VIR. BIS
DE. SUO. DEDIT.

5.ª HERCULIS. ANTICUA. CLARISSIMA. RUPE. COLUMNA
DICERIS. A. CLARO. STEMMATE. NOMEN. HABENS.

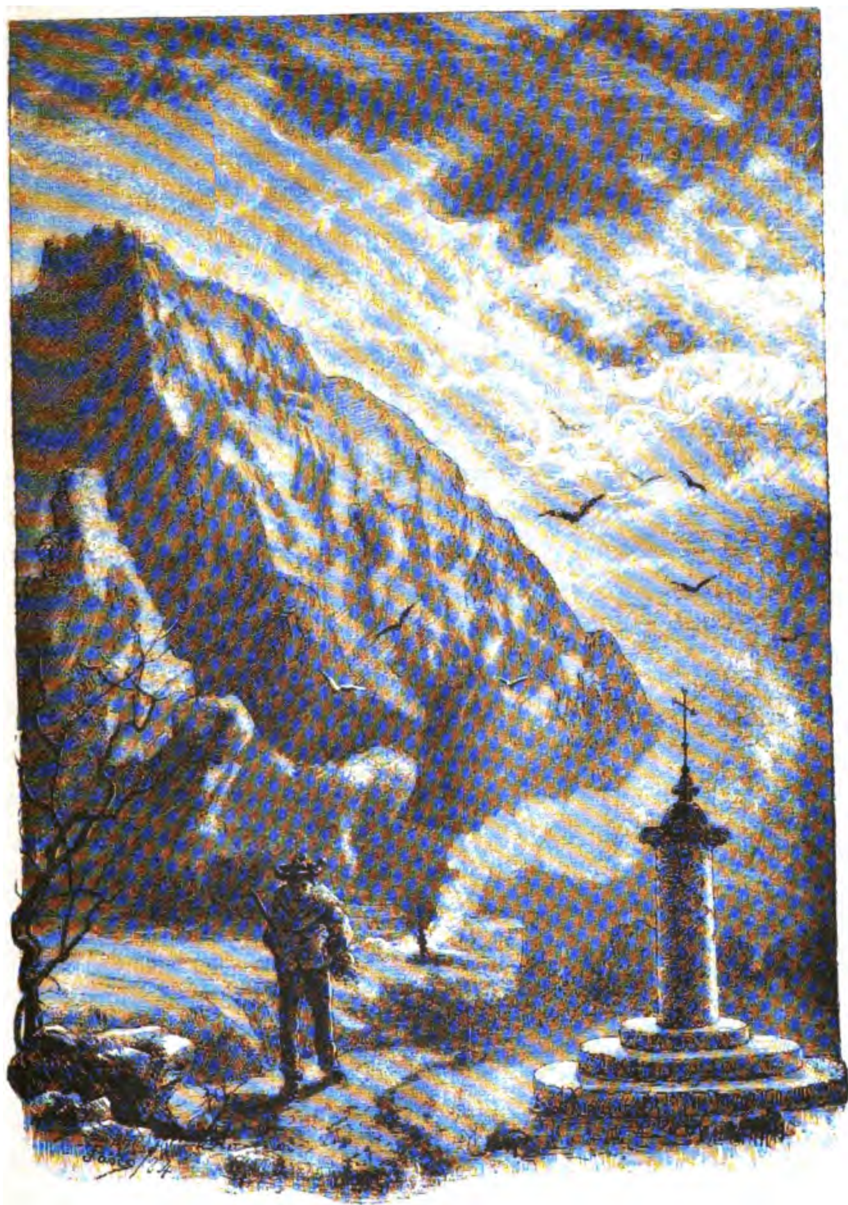
6.ª G. URBANIC.
FIRMINO
MIL. LEG. X
TULINGL.

(1) He aquí el catálogo de los obispos de esta ciudad según el P. Flórez: —Camerino, consagrado cerca del año 296: firmó el concilio Iliberitano.— (No se encuentra luégo noticia de otro obispo hasta fines del siglo VI en que aparece firmado el concilio III de Toledo por) —Velato, obispo tuccitano, que lo fué desde poco antes del 588 hasta principios del siglo VII. Suscribió el concilio de Sevilla, presidido por el arzobispo Leandro.—Agapio, desde antes del 610 hasta cerca del 616: firmó un decreto del rey Gundemaro dado en aquel año á favor de la silla metropolitana de Toledo.—Fidencio, desde cerca del 616 hasta poco después del 633:

Mas ¿cuándo pudo desaparecer? ¿cuando se verificó la transformación de ciudad en villa, y la del nombre de Tucci en Martos? ¿Resistió tal vez á los árabes y fue destruída? ¿La desgarraron las guerras civiles de los mahometanos? La historia sigue muda sobre esta ciudad hasta poco antes de su entrega á los reyes de Castilla. Refiere que Mohamed, saheb de Baeza, la unió á su reino y la cedió después al Rey Santo como en pago de su alianza; pero no indica que hubiese sido tomada á fuerza de armas. Ensangrentáronla las armas en terribles asaltos: pero después de haber pasado al poder de San Fernando, cuando no existía ya la ciudad de Tucci, sino la villa de Martos.

Entonces y sólo entonces es cuando llega á figurar Martos en las crónicas y las leyendas; sólo entonces es cuando se abre la serie de sucesos caballerescos que la llenaron de gloria y de poesía. Encargóla San Fernando apenas tomada á un D. Gonzalo Yáñez de Navoa, maestre de Calatrava, á un D. Alvar Pérez de Castro, señor de Paredes, á un D. Tello Alonso, hijo del señor de Meneses, á caballeros ya célebres por sus hazañas y su aventurado arrojo; y la ilustraron estos no sólo con sus repentinas invasiones en país enemigo, sino con la defensa que de ella hicieron acometidos sin cesar por los reyes de Granada. Las mismas damas de estos héroes supieron sostenerla con gloria contra los ejércitos infieles. En 1238 presentóse El-Ahmar ante sus muros cuando no había quien la defendiese, cuando estaba Pérez en Castilla, Yáñez en Baeza y Tello Alfonso en algarada, y no pudo sin embargo extender sobre ella sus armas

suscribió el concilio II de Sevilla, y firmó por él en el IV de Toledo un presbítero llamado Centauro.—Guda, desde cerca del 634 hasta el de 646: firmó el concilio VI de Toledo.—Vicente, desde cerca del 646 hasta después del 653: suscribió el concilio VIII de Toledo.—(Desde el 653 hasta el 677 se ignora quién ó quiénes lo hayan sido.)—Sisebado, desde cerca del 677 hasta después del 693: firmó los concilios XII, XIII, XIV, XV y XVI de Toledo.—(Del tiempo de los árabes no se conserva el nombre de ningún otro obispo que el de Ciprián. En una inscripción que fué hallada en la base de la torre de San Francisco, convento de la misma villa de Martos, se lee: Cepriano, Episcupu ordinante edificavi.) Desde que fué reconquistada Martos por San Fernando, dejó de ser silla episcopal: pertenece desde entonces á la diócesis de Jaén.



JAÉN.—PEÑA DE MARTOS

vencedoras. D.ª Irene, esposa del de Castro, escribió resueltamente á Tello que se dejase caer cuanto antes sobre la villa, y en tanto mandó ocupar los adarves por sus dueñas y doncellas. Hizo trocar á todas la toca por el almete y la aguja por la espada, y ella la primera presentó entre las almenas el pecho al enemigo. «Aprendamos á ser dignas de nosotras y de nuestros dueños, antes muertas que cautivas, exclamó, y se preparó con brío á la defensa.»

Afortunadamente El-Ahmar, que vió por momentos brillar en los muros mayor número de celadas, receló, desconfió, y no se atrevió á dar el asalto. Llegó entre tanto Tello, seguido de Vargas y un reducido séquito de hidalgos, buscó por dónde romper el cerco, se abrió osadamente paso con su lanza y alcanzó al fin las puertas de la villa, aunque regando el camino con la sangre de Padilla y otros soldados. Vacilaba por de pronto Tello en atacar el campamento de los infieles, mas le decidieron á poco las palabras enérgicas de Vargas, que achacando á mengua indigna de hidalgos el temor de perder sus vidas, se mostró resuelto á morir como caballero antes que, dejando en peligro á Martos y á la condesa, presentarse sin honra ante Alvar Pérez y ante San Fernando (1).

Ese arrojo de Vargas y de Tello fué decisivo. Retiróse la condesa al verlos creyéndose ya salvada, cobraron bríos las tropas que defendían la Peña y amenazaron el campo moro; y El-Ahmar se vió en breve obligado á levantar el cerco abandonando del todo una empresa de cuyo buen éxito dependía la paz y la seguridad de las fronteras de su reino. Fué todo luégo regocijo y animación en Martos; pero no tardó en venir de nuevo á cubrirla de luto la muerte de Alvar Pérez, tras la cual fué dada á la Orden de Calatrava, con todos los pueblos de su Arciprestazgo, para que sus freires la defendiesen contra los moros. Tenían los reyes granadinos fija siempre la vista en esa

(1) Seguimos en la relación de este hecho la *Historia General*.

peña escarpada que era para ellos el mayor escollo; y se temía con razón que había de salir del poder de los cristianos á no estar sujeta á la mejor espada (1).

Confirmó á poco el tiempo la justicia de estos recelos. Cercaron de nuevo á Martos los moros gazules en 1244, mientras estaba San Fernando en Córdoba y el príncipe D. Alonso en la vega de Granada, y la hubieran probablemente vencido, á no ser el arrojo de Juan Pérez, comendador de Calatrava, que, á pesar de hallarse con escasas fuerzas para defender el castillo, se armó de todas armas, montó en su caballo de guerra, se puso á la cabeza de algunos freires, y cayó tan precipitadamente y con tanto ímpetu sobre los sitiadores, que los acuchilló, derrotó é hizo levantar el cerco, obligándolos á dejar el campo cubierto de vituallas, armas y cadáveres. Eran los gazules bravos y en gran número, y hubiera sido difícil arrojarlos de las murallas de la villa sin uno de esos hechos heróicos de que tan á menudo solían dar ejemplo caballeros que habían consagrado su vida en defensa de su religión y de su patria.

Mas no escarmentaron aún los moros. Ayudados por los Beni-Merines de África, llegaron en 1275 al pié del mismo Martos, y dieron en los alrededores un día de luto al ejército cristiano. Sancho, arzobispo de Toledo é hijo del rey D. Jaime de Aragón, se arrojó imprudentemente contra ellos llevado de su celo religioso, y perdió allí la vida y la batalla. Cayó sólo cautivo; pero disputándose luégo africanos y granadinos á qué rey debía ser entregado, fué muerto por el arráez Aben-Nazar, que adelantándose entre los caballeros de uno y otro bando, ya dispuestos á venir á las manos, «no quiera Dios, dijo, que por un perro cristiano se derrame la sangre de tantos buenos musulmanes,» y le pasó de una lanzada. ¡Muerte fatal que llenó de consternación las armas castellanas y fué á herir en lo más

(1) De la carta de donación en que cedió San Fernando la villa de Martos á la orden de Calatrava hemos copiado lo más importante en el capítulo anterior (V.).

vivo el corazón de un padre ya próximo al sepulcro! Lloráronle á Sancho cuantos conocieron sus virtudes; lloráronle á pesar de haber arrastrado en su caída á caballeros como Juan Fernández Beleño, Lorenzo Venegas y Rui López de Haro.

Más desgraciada fué aún la muerte que, según muchos historiadores, sufrieron cuarenta años después en la misma villa de Martos otros dos ilustres caballeros. No fueron sacrificados á manos de enemigos, sino á manos del verdugo; y siendo inocentes, pagaron con su sangre el crimen que otros cometieron. La infamia selló su frente pura como la de los ángeles del cielo; y ellos, tan nobles de corazón como de origen, fueron despeñados como viles, asesinados como esclavos.

Es una historia terrible la de estos hombres. Eran dos hermanos, y animados de las mismas ideas y de los mismos sentimientos, vivían bajo un mismo techo, corrían los mismos peligros, vestían sobre sus armas el mismo manto y cruz de Calatrava. Jóvenes de corazón ardiente, eran sobre todo celosos de su honor, peleaban los primeros en las batallas y no podían acabar de oir una palabra injuriosa sin desnudar la espada. Habrían combatido por su honor contra el mismo rey, y un día que se creyeron afrentados por uno de los hombres más poderosos de la monarquía, no dudaron en retarle y se batieron como buenos en el campo.

Él era Benavides, ellos Carvajales, familias que separaba durante siglos una rivalidad funesta. Larga y recia fué la lucha, pero salieron al fin vencidos. Llenos de tristeza y de despecho, se maldijeron á sí mismos, y llegaron á regar con lágrimas aquel lugar testigo de su vencimiento; mas no pudieron concebir siquiera el menor proyecto de venganza. Su frente rechazaba todo pensamiento innoble como su corazón todo bastardo sentimiento, y devoraron en secreto sus pesares esperando ver abierta de nuevo la guerra contra los moros de Granada, á fin de restaurar á la sombra de las banderas reales el brillo de su escudo. Comendadores ambos de su orden, creían oir la voz de

Dios en los trémulos sonidos de la corneta que los llamaba contra los infieles; y hubieran tenido á mengua no pelear por la defensa de su patria.

No les cupo ya, sin embargo, la suerte de volver á blandir su espada; el destino los había señalado por sus víctimas y les estaba preparando la copa doblemente amarga de la afrenta y de la muerte. Benavides, su rival, privaba con los reyes; y una noche al dejarlos, fué acometido en la oscuridad por hombres armados de puñales que le derribaron en silencio sobre los mismos umbrales de palacio. Sabedor de la noticia el Rey, se conmovió, se enfureció é hizo resonar pronto las bóvedas de sus salones con gritos de venganza. Han muerto á mi mejor amigo, decía: han muerto al mejor defensor de mi trono; decidme dónde están sus asesinos. Id y seguid todos sus huellas: no perdonéis sacrificio alguno para traerlos entre hierros: gota á gota he de derramar su sangre y la sangre de sus hijos. Han muerto al héroe de mi reino, y hasta en la cabeza de sus nietos he de vengar el crimen.—Pero todos seguís contemplando mudos mis tormentos, prosiguió á poco el Rey: ¿ni uno solo ha de haber entre vosotros que se atreva á señalar con el dedo al asesino?

Reinó por momentos un silencio profundo; pero á poco se alzó una voz que se aventuró á recordar el desafío de los Carvajales. ¡Recuerdo fatal!—Ellos, ellos son los traidores, exclamó al punto el monarca; aborrecían de muerte á Benavides y le han entregado al puñal de los bandidos. La gloria y el esplendor de este hombre les atormentaba y le han hecho morir, le han hecho morir en medio de la oscuridad, en los sombríos umbrales de mi mismo alcázar. Corred y arrancad de sus hombros el manto de Calatrava; he de tomar de ellos una venganza que haga estremecer á los nacidos. Han manchado de sangre mi palacio, han muerto al mejor de los hombres; ¿qué castigo podrá haber en la tierra que pueda igualar su crimen? Yo os pido consejo á todos los que honráis mi corte y lamentáis mi

desventura, ¿á qué muerte no se han hecho acreedores los infames? ¿qué haríais de esos bastardos Carvajales?

Todos oyeron con atención al Rey; pero pálidos y desconcertados permanecieron como las estatuas de un sepulcro. No se atrevieron á proferir ni una palabra, y llegaron á turbar con su silencio al mismo Rey, que estuvo algunos instantes con los ojos fijos en el suelo y la cabeza doblada sobre el pecho. Pero el Rey estaba exasperado por el dolor, y no podía apartar de su frente la sospecha.—¿Amáis aún á los Carvajales? dijo; traidores como ellos son indignos del amor de un caballero. Deshonraron la nobleza, y hasta la tierra que huellan los rechaza. Han abierto su tumba con sus propias manos; no merecen que los sepulten en ella sino las manos del verdugo. Han de morir, han de morir, exclamó, y en un cadalso he de vengar á Benavides.

Preocupado desgraciadamente el rey por esta idea, no vió llegada la hora de su venganza. Partió con su ejército para Jaén, cayó como el rayo sobre Martos, mandó prender á los dos hermanos y los condenó sin oirlos á ser precipitados desde lo alto de la Peña. En vano protestaron contra tanta iniquidad los sentimientos de todo un pueblo, los suspiros y maldiciones de toda una familia, las sentidas quejas de los comendadores, que sin cesar alzaban la voz al cielo invocándolo por testigo de su inocencia; cerró á todo sus oídos y no escuchó ni recibió hasta ver ya llevada á cabo su voluntad y dejar aplacada como él creía la sombra del desgraciado Benavides.

Verificóse la ejecución al nacer el día. ¡Ay! el mismo cielo pareció tomar parte en el duelo que reinaba en Martos. Nubes negras como la noche cerraban el paso en oriente á los rayos del sol; nieblas agitadas ligeramente por las auras iban cubriendo las verdes faldas de los cerros del contorno. La naturaleza misma estaba sumergida en el silencio: no se oía una sola voz, no se atrevían ni los hombres á desplegar los labios. Salieron á poco los dos hermanos y fueron conducidos entre lanzas á uno

de los ángulos de la Peña; mas el pueblo, que los vió desde la llanura, lloró sin proferir palabra. Sólo las víctimas pudieron ya interrumpir silencio tan solemne. Puestas al borde del abismo, protestaron acerca de su inocencia; y al verlo todo mudo en torno suyo, firme la voz y sereno el semblante, —Injusto Rey, exclamó uno de ellos, el crimen no ha podido manchar aún la frente de los Carvajales á quienes condenas á muerte; con la espada del valiente y no con el puñal del bandido han derramado siempre la sangre de sus enemigos. Benavides les había ofendido, pero fué víctima de la venganza de hombres inicuos, no de los Carvajales, que han conservado siempre el honor del caballero. Nos has condenado á muerte y no la tememos, pero has mancillado también nuestro honor, y ¡tiembla, oh rey, si nos han sacrificado tus pasiones! porque para ante la justicia eterna apelamos de tu fallo, y para ante el trono de Dios te emplazamos dentro de treinta días. Nos juzgará á todos el Señor, y si eres tú el criminal, ¡despeñado seas de los piés de su solio con la espada de fuego de los ángeles, como vamos á serlo nosotros en este monte por las manos de tus verdugos.

Doblada luégo la rodilla levantaron al cielo ojos y manos los dos comendadores, y oraron fervorosamente. Levantáronse murmurando aún palabras santas, entraron en una caja cilíndrica de hierro que cerró el verdugo, y dada á poco la señal, rodáron monte abajo, con el estrépito del trueno que oímos retumbar sobre lejanas cumbres. Saltó al principio la caja de roca en roca lenta y pausadamente; pero aumentando á cada instante en velocidad y en fuerza, amenazó arrastrar tras sí cuanto encontraba al paso. No se detuvo ni en la raíz del monte; rodó largo trecho en la llanura.

El pueblo acudió á poco en tropel á rodear aquel fatal instrumento de muerte; y al ver magullados y cubiertos de sangre los cadáveres, no pudo menos de exhalar de su pecho un grito de indignación que fué acompañado de sollozos y abundantes lágrimas. Hombres, mujeres, niños, todos lloraron amargamen-

te sobre los dos hermanos; habían visto brillar siempre en sus dulces y serenas facciones la nobleza de corazón y la paz del alma, y presentían que eran inocentes, que eran víctimas de la cólera del rey y de las leyes de un bárbaro destino. Manifestaron por ellos los allí presentes tanto interés, que apenas sabía nadie separarse de aquel recinto, sólo abandonado cuando la religión recogió aquellos cuerpos desfigurados y los guardó bajo la losa del sepulcro.

El rey, sin embargo, permaneció impasible. Se le repitieron las palabras pronunciadas por los comendadores al pié del abismo; pero las oyó con sangre fría, y salió tranquilo al rayar la nueva aurora para ir á cercar con sus propias armas Alcaudete. ¿Podía, empero, dejar de recordar interiormente tan terrible aplazamiento? No logró llegar á Alcaudete, enfermó en el camino y tuvo que retirarse á la ciudad de Jaén, donde á los treinta días amaneció muerto (1).

---

(1) Casi todos los historiadores están acordes sobre este hecho; pero ninguno cita un solo documento en que directa ni indirectamente conste tan terrible violación de las más santas leyes. Deseosos de aclarar la verdad, pasamos desde Jaén á Martos, lugar donde se da por acaecida la catástrofe: mas desgraciadamente nada pudimos adelantar á pesar de haber examinado con detención todos los archivos de esta villa, faltos generalmente de toda clase de datos históricos. El archivo municipal no contiene absolutamente nada; el parroquial no tiene tampoco escritura alguna en que se vea siquiera consagrado un recuerdo religioso á la muerte de los infortunados Carvajales. Creímos que tal vez en el de la Encomienda de Calatrava podríamos suplir este vacío; pero disipó también nuestras esperanzas su archivero D. Isidoro de Luque, que nos aseguró no haber encontrado relativo al suceso sino el deseo manifestado muchas veces del siglo XVI acá por los visitadores de la Orden de erigir un sepulcro para los dos comendadores. En la iglesia de Santa Marta hay una inscripción que habla del hecho; pero está escrita en el siglo XVI como se ve por su mismo contexto: «Año de 1310 por mandado de el rey D. Fernando IV de Castilla, el Emplazado, fueron despeñados de esta peña Pedro y Juan Alonso de Carvajal, hermanos comendadores de Calatrava, y los sepultaron en este entierro.—D. Luís de Godoy y el licenciado Quintanilla, caballeros del hábito, visitadores generales de este partido, mandaron renovarles esta memoria año de 1595 años.» Esta carencia absoluta de documentos ¿no puede cuando menos inducir á duda? El hecho es raro, extraordinario; y merece más corroboración que otros para que se le pueda dar entero crédito. Hay más: todos los autores dan por simplemente precipitados de la peña de Martos á los Carvajales; y ninguno de ellos se ha hecho cargo de que esta peña no es por ningún punto tan escarpada que pueda por la sola rapidez de su pendiente producir la rotación y muerte de ningún cuerpo humano. Estamos lejos de negar este suceso apoyado por el testi-

Así brilló en la tierra la inocencia de los dos comendadores, de cuyos recuerdos está lleno aún todo el país de Martos. Manifiestan en él hasta los niños el lugar donde fueron despeñados, el sitio donde cayeron y lloró el pueblo, el balcón desde el cual contempló Fernando IV tan sangrienta escena, el templo donde están guardadas las cenizas de esos dos hermanos. Sobre el lugar donde cayeron hay una cruz de piedra, que en memoria de las lágrimas derramadas por el pueblo, se llama aún hoy la Cruz del lloro: la peña, alta y escarpada, conserva todavía en la cumbre restos de los muros y torreones que va abriendo la yerba y desmoronando el hálito de los siglos, y hasta en esas ruinas llega uno á creer que ve marcadas las huellas de ese acontecimiento.

Murieron los Carvajales en 1310, y diez años después Martos era ya testigo y víctima de otra desventura. Cayó entonces esclava de Ismail la que una débil mujer había podido defender años antes contra las armas de El-Ahmar, el primero y el más poderoso de los reyes de Granada. Ismail, viendo en ella el azote de sus fronteras, había jurado sepultarla entre ruinas; y al ir á cercarla, no cesó de combatirla hasta ver allanados los muros y las torres, y muertos entre los escombros los mejores caballeros que la defendían. Se arrojó con ímpetu á las brechas, la invadió lleno de cólera, y pasó hasta mujeres y niños por el filo de la espada. Todo lo mató, todo lo destruyó, todo lo cubrió de humo y sangre. Si algo quiso perdonar, no lo quisieron perdonar sus soldados. Entró en lo más sagrado del hogar doméstico, y sacrificó á sus hijos en el regazo de sus madres, á los padres entre los brazos de sus hijos. No escaparon de su furor sino los que pudieron guarecerse en el castillo.

Mohamed-ben-Ismail, de mejor corazón, se esforzó en detener

---

monio de muchos escritores de criterio, aunque no por el de ningún autor contemporáneo de Fernando IV; pero hemos de confesar que no nos merece entera fe. Lo consignamos en el texto; pero como una tradición que está aún viva en el país, como una leyenda poética, no como un hecho rigurosamente histórico.

tan horrible matanza, pero casi siempre en vano, mientras no tiró del alfange contra los mismos moros. Tuvo que pelear á brazo partido, tuvo que arriesgar su vida si quiso arrebatar de las manos de la muerte á los que vió con horror amenazados con la espada. Pero logró al fin salvar á muchos inocentes, logró salvar á una joven infeliz que constituyó de pronto su ventura y fué más tarde su tormento.

Estaba dotada la cautiva de rara hermosura; y enamorado ciegamente Mohamed, no sólo quiso llevarla consigo, sino que también le ofreció su mano, su corazón y las ciudades y villas de su padre. Le pintó con vivos colores un porvenir lleno de gloria y de poesía, le abrió su pecho que sentía palpitar por ella, y le reveló fuerzas hasta para conquistarle una corona. Fué correspondido, y no hallaba palabras con que encarecer su suerte. —Las huríes del Profeta, decía, no son tan bellas como mi cautiva, ni los jardines que les prestan sus sombras más hermosos que los valles de mi patria. ¡Bendito sea Alá que me permite así gozar en vida del cielo que prometió á los muertos! ¡Feliz, feliz la hora en que te ví, cautiva mía! Viviremos juntos bajo techos de oro, y todo estará á mi alrededor perfumado por el aliento de tu boca. Tus manos templarán el ardor de mi frente al volver de las batallas; tus dulces palabras adormecerán mis exaltadas pasiones. Respiraremos sólo amor y latirá acorde el corazón de entrambos. Un mismo sueño nos cerrará los ojos, y un mismo cuidado los abrirá á la luz de la mañana. Cautiva, cautiva mía, como yo te libré de la muerte, me librarás tú del tedio y la amargura.

Todo lo miraba ya risueño y encantador Mohamed; ¡ay! no eran sino sueños lo que veía. Ismail, su rey, que oyó celebrar la hermosura de la cautiva, la destinó para su serrallo; y fueron vanas las quejas de Mohamed, vanas las súplicas, vanas también las amenazas.—Abandona si te place mi corte, le dijo al fin Ismail, vé y ofrece tu espada á los rebeldes. Tu furor se estrellará al pié de mis armas, como el de cuantos resistan á mis le-

yes. Vé, joven imprudente, no temo tus impías amenazas. Arma tus deudos, arma todos los pueblos de tu padre, llama en tu auxilio á los infieles; el ruido de tus lanzas no llegará al Alhambra ni logrará turbar mi sueño.

Estremecióse de cólera Mohamed, pero debió humillarse por de pronto al rigor de su destino. Ya de noche, montó triste y silencioso en su caballo, abandonó Martos, á la que apenas podía no volver los ojos, y solo y sin más compañero que su dolor, tomó el camino de Granada agitado su corazón por los más contrarios sentimientos, y turbada su cabeza por los más sombríos proyectos de venganza.—No podré arrebatarle á mi adorada, iba diciendo para sí, pero le arrancaré el alma con mis manos. Tinieblas que me rodeáis, vosotras que mecéis y arrulláis en vuestro seno los más negros crímenes, ¿por qué no habéis de inspirarme á mí el más espantoso, el más sangriento? Ismail ha desgarrado mis más dulces esperanzas, ha hollado sin piedad mi corazón; ¿por qué no me lleváis en los pliegues invisibles de vuestro manto, y no me deslizáis junto á su lecho con el alma de un bandido? La sangre de un traidor no debe manchar mi espada; sólo el puñal puede herir sin desdorarse el pecho de un infame.

Llegó á Granada al rayar el día; pero ¿qué podía hacer ya en Granada el herido Mohamed sino languidecer más y más de amor y sentirse morir de celos y melancolía? No hallaba palabras sino para referir su desventura; y sólo dispertaba de su triste ensueño si alguno de sus deudos se ofrecía á favorecer sus espantosos proyectos. Pensaba día y noche en Ismail; y cuando le vió entrar en la ciudad aclamado con entusiasmo por la muchedumbre, pensó morir de cólera y despecho.—Vé, tirano, exclamaba, vé y goza de tu tesoro en las mansiones de la Alhambra; enséñale tus fuentes, tus jardines, tus salones de oro y de colores, tus techumbres brillantes como bóvedas del cielo. Sobre los pavimentos de tu mismo alcázar he de derramar tu sangre. Aguzad, aguzad las dagas, amigos todos que abo-

rrecéis el crimen, cubrid el pecho con jacerinas, y ocultad en lo más profundo de vuestras almas vuestro pensamiento de muerte. Va á sonar la hora de Ismail, y ha de pagar con la vida su infame alevosía.

Ciego ya de venganza Mohamed, subió por fin á la Alhambra seguido de un corto número de amigos. Nada pudo detenerle, abrióse paso hasta la Alberca afectando grande interés por hablar con el monarca, aguardó inmóvil bajo los arcos de la galería del norte, y apenas vió á Ismail, se arrojó sobre él como un tigre y le derribó en el suelo á puñaladas. Un wasir que acompañaba al rey pretendió defenderle; pero cayó también víctima de los parciales del ofendido.

Huyó Mohamed como perseguido por la sombra de su delito; no se sabe dónde pudo dirigir sus pasos ni dónde pudo ir á devorar sus pesares y sus remordimientos. La historia y la tradición están mudas á la vez no sólo sobre su destino, sino sobre la suerte que deparó Dios á la cautiva, origen de tantos males, y hasta sobre la que cupo á la misma villa de Martos, de la cual apenas se refieren ya otros sucesos que el de la prisión del maestre de Calatrava D. Martín López, tan sentida del entonces rey de Granada, que amenazó á D. Pedro de Castilla con ir sobre Martos y arrancar del alcázar al ilustre cautivo, si no se le devolvía su libertad injustamente arrebatada.

Volvió Martos, según lo más probable, al poder de los cristianos apenas la desocupó el ejército de Ismail: pero abatida, desmantelada y apartada cada día más de la frontera, no pudo ejercer ya en la reconquista la influencia que ejerció en mejores días. Quedó confundida entre las demás villas y ciudades de la comarca; y reducida á la oscuridad y al silencio, no tuvo pronto en su favor más que los recuerdos de sus antiguas glorias. Hoy no existen ya ni sus mejores monumentos; sus castillos están arruinados, sus templos descansan sobre frías columnas greco-romanas que reemplazaron sus esbeltas haces góticas: sus cárceles y sus fuentes no revelan sino el estilo del siglo XVI,

más lleno allí de gravedad que de elegancia. Sólo lo tortuoso y rápido de las calles refleja ya en Martos la Edad media. Es una villa moderna como casi todas las del reino de Granada, más moderna aún que la vecina ciudad de Jaén, que aunque también muy remozada, reune mucho interés para el literato y el artista.



CAPÍTULO XII

Jaén, Baeza, Úbeda



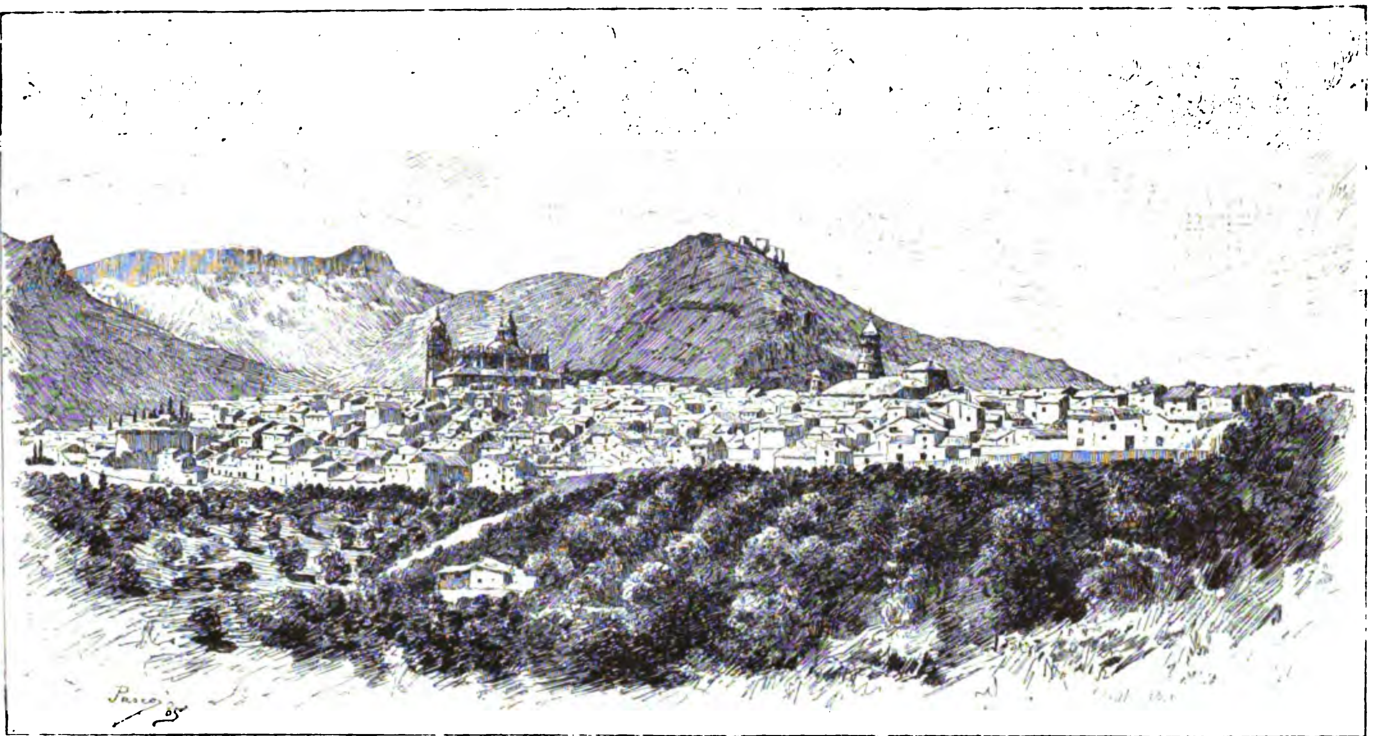
STÁ sentada Jaén en la falda de un cerro cuya cumbre ocupan las imponentes ruinas de un castillo. Báñanla al oriente las claras aguas del Guadalbullón, y está casi en derredor cercada de huertas y jardines, entre cuyos árboles y flores des-

cuella la oriental palmera. Montes elevados le prestan abrigo y sombra al mediodía; y de ellos como de un fondo dispuesto por el arte se destacan bellamente las torres de sus templos y las agujas de su catedral, suspendida al parecer sobre los techos del contorno.

Sus calles son estrechas y tortuosas, pero producen un efecto agradable en el ánimo del viajero sus blancas paredes, sus hermosos balcones, cubiertos unos de pámpanos y yedra, recamados otros de madreselva, y adornados todos en los ángulos de sus barandillas con jarras de Andújar, cuya agua guardan del polvo paños orlados de encaje, sus frescos y deliciosos patios alfombrados de vistosas plantas y animados por el murmullo de fuentes que brotan de esbeltas copas coronadas de flores. La soledad y el silencio que reinan en algunas calles hacen aún más dulce la impresión de estas bellezas. Se recuerda involuntariamente la vida toda interior de los musulmanes, y hay momentos en que se llega á creer que está aún habitada la ciudad por Zaides y Zulemas.

No causan menos viva sensación sus antiguos muros. Están medio derribados y confundidos entre casas humildes, que se sentaron en lo alto de sus adarves ó pasaron desdeñosamente sobre sus escombros; pero se levantan aún á trechos grandes lienzos ceñidos de torreones, y se fija con placer la vista en esos restos sombríos, adornados ya por los siglos de yerbas parásitas que agita con dulzura el viento. Levántanse todavía entre ellos puertas que vieron pasar á El-Ahmar y á San Fernando; y sobre sus arcos, ya ojivales como los del Portillo del Arroyo de San Pedro, ya de herradura como los que tuvo la puerta de Granada y conserva la de Martos misteriosamente ocultos á la espalda de una torre; son tantos los hechos que en un momento puede amontonar la fantasía, que al contemplarlos apenas saben moverse fuera de sus curvas ni la memoria ni los ojos (1).

(1) Según pudimos colegir por los restos que aún existen, desde el castillo ba-



JAÉN.—La ciudad y sus cercanías

Desde estas puertas trepan las murallas por lo más alto del cerro hasta enlazarse con las del castillo, defendido de oriente á mediodía por espantosos precipicios. Se halla ya hoy esta antigua fortaleza medio destruída, desmoronada su cerca, truncada la cabeza de sus cubos y torreones, sin techo sus cuarteles; pero descuellan sobre estas ruinas torres que parecen desafiar el furor de los siglos y las tempestades, y estas hablan todavía en alta voz de la importancia de la obra y de la grandeza de los héroes que la levantaron y defendieron contra las armas de los árabes. La torre del Homenaje sobre todo es imponente. Levanta sobre las demás su corona de almenas; y enclavada en medio de las más altas se presenta aún como la reina del alcázar. Encierra en su interior salas tristes y reducidas; pero hasta en ellas revela grandiosidad y fuerza. Son recios sus muros, bajas y robustas sus bóvedas por arista, grueso el pilar central en que descansan sus ojivas; y al visitarlas causa sensación profunda hasta el silencio que las ocupa, hasta la mustia y escasa luz que entra por sus troneras, al parecer sólo para aumentar el efecto de sus luces y sombras. Apenas se entra en estas salas es ya difícil detener el vuelo de la imaginación; lo es mucho más, cuando se pone el pié en la plataforma superior de la torre, donde se cree ver enarbolada la bandera de San Fernando y oir á uno de los héroes de la Edad media gritando de pechos sobre la barbacana: « alzad el puente, cubrid de lanzas adarves

---

jaba la antigua fortificación por la parte de mediodía hacia la puerta de Granada. Seguía desde esta puerta á la catedral, y dirigiéndose luégo por la calle del Portillo y la de los Adarves, iba á unirse con la que es hoy puerta de Barreros, sita junto á un convento de monjas Bernardas. Continuaba probablemente hacia el Campillo de San Antonio, donde existen todavía dos altos torreones octógonos que creemos del tiempo de San Fernando; corría por la calle del Arroyo de San Pedro, y se dirigía desde allí al Campillejo de Cambil, en que se ve el arranque del arco de una puerta antigua y las torres entre las que esta se abría, torres de planta cuadrada con aberturas circulares, que ya negras y desmoronadas revelan mayor antigüedad que las demás y llaman justamente las miradas del viajero. Seguía, por fin, desde el Campillejo, ya por el interior de la ciudad, ya por lo que es hoy campo, á la puerta de Martos, donde torcía hacia el norte y pasaba á unirse, como decimos en el texto, con la del castillo.

y torreones, nadie abandone el muro sino con la vida. Á vuestros piés están los abismos que han de ser la tumba de vuestros cuerpos antes que el sepulcro de vuestras honras, arrojad en lo profundo á vuestros enemigos.»

Comunica el Homenaje por medio de una muralla con otra torre sin antepecho en la plataforma, cuyas salas, cubiertas de bóvedas ojivales y alumbradas por ajimeces de doble arco apuntado, no ofrece menos interés que las anteriores al que las recorre conmovido el corazón y excitada la fantasía. Álzase junto á ella una ojiva casi aislada que parece haber sido en otros tiempos puente y á la espalda una capilla llamada Ermita de Santa Catalina, á la que sirve de asiento un arco elevadísimo, corrido de entrelazos árabes. Reflejan fielmente su época muchos restos del castillo; pero nada hay quizá tan característico como este reducido templo, donde enlazadas sin violencia las formas árabes y las cristianas, se levanta el arco ultrasemicircular junto á la ojiva, y aparece cortada la bóveda de punto por la cúpula elíptica que tanto distingue aún las fábricas del Kairo. Presenta en su fachada un simple arco ultrasemicircular encerrado en un recuadro, y en el interior una sola nave separada del presbiterio por un modesto escalón, á lo largo de la cual hay cuatro capillas ojivales ligeramente abiertas en el muro. Tiene por cubierta en el presbiterio y en la nave una bóveda apuntada; pero no en lo que constituye el centro del crucero, donde, algo más levantada aquella, toma la forma de una campana polígona y lleva adornados los ángulos de una cinta de leones y castillos que va á perderse en el fondo de una clave. Aunque raro é incoherente en los detalles, reune unidad y belleza en el conjunto. Está ya falto de imágenes y altares y destituído de los recuerdos que durante siglos conservó del obispo que cayó prisionero en Arjona y fué á morir mártir en Granada (1); pero tiene aún interes por sí, y cautiva las miradas

(1) Hubo, según muchos autores, en esta capilla del castillo, en lo alto de un

del artista no sólo por su hermosura, sino también por su sencillez, por lo determinado de su carácter, por esa misma mezcla de formas que en otros monumentos detestamos.

Después de la capilla llama ya muy poco la atención lo demás de este antiguo alcázar. Sus pabellones y cuarteles son modernos; sus murallas no consisten sino en vastos lienzos de argamasa cortados á trechos por torres, ya circulares, ya cuadradas; sus aljibes están secos; sólo merecen ya que se las recorra sus largas y multiplicadas piezas subterráneas, estrechas, lóbregas, profundas y abiertas algunas á mediodía sobre la vertiente del monte, sobre el fondo de los precipicios. Comunicaban con el exterior del castillo no sólo las más de estas piezas, sino también algunas puertas subterráneas de que existen aún vestigios á la parte de occidente, donde se conserva, además de la puerta, el foso y el puente levadizo que la defendían.

---

arco, una imagen de este santo mártir, que no supimos ver por más que anduvimos buscándola detenidamente. Jimena dice acerca de ella: «Esta imagen fué á ver y certificar (en cumplimiento de auto proveído por el Eminentísimo señor Cardenal Obispo de Jaén en aquella ciudad á 5 de Octubre de 1645 años á pedimiento del Padre Comendador de la Merced de Jaén y aviendo precedido citación en forma, que se hizo al Promotor Fiscal del obispado) Antonio Fernandez de Rivera, presbítero, notario mayor de la Audiencia Episcopal, en compañía de algunos testigos; y como parece de la certificacion que da á 25 del siguiente mes de Noviembre, aviendo subido este dia al castillo de Jaen, aviendo entrado en la capilla dél, que está junto al Algibe, certifica, que en ella hay un Altar en el qual hay muchas Imágenes antiguas de bulto, y en el medio en lo alto una de Nuestra Señora con el Niño en brazos, y al pecho un escudo, como los de la Orden de la Merced, y frontero deste Altar está un arco, que es la entrada de la capilla, y en lo alto dél por la parte de la frente que mira al Altar están de bulto tres figuras, que parecen de yeso, como las demás referidas, y la de enmedio con casulla, y encima della una á modo de muceta, las manos juntas y levantadas á modo de un Sacerdote que comienza la Misa, y en el pecho relevada una targeta que parece la que ordinariamente usan los religiosos de la Merced, y en el cuello una señal roja, como degolladura, que parece llega de una y otra parte hacia el remate de ambas orejas, la qual figura está en uno como nicho ó tabernáculo. Y las de los que están á sus lados derecho é izquierdo, parece están vestidos como de Diácono y Subdiácono, ambos á dos con sus libros abrazados, y están sobre pedestales; mas á la principal, que es la de enmedio, le falta el pedestal y ay señal de que parece averse caido. Y segun el modo, traje y disposicion de estas Imágenes y las demás de la dicha capilla, todas manifiestan antigüedad y difieren de las destos tiempos.» (De las circunstancias referidas por este D. Antonio Fernández de Rivera sobre la imagen del medio, infiere Jimena que debió ser aquella la efigie del obispo Pedro Pascual, degollado por los moros de Granada.—Véase á Jimena, pág. 293.)

A pesar de tan grandiosos restos, es ya sin embargo casi imposible apreciar debidamente el conjunto de esta fortaleza, no sólo mutilada y destruída por las nuevas necesidades de la guerra, sino también modificada y profundamente trastornada por el gusto dominante de todos los siglos y de todos los estilos. De la obra primitiva, de la fábrica del siglo XIII, del alcázar que mandó levantar el rey Fernando el Santo, apenas le fué entregada Jaén por los reyes de Granada, ¿qué existe ya si no son su capilla y sus torreones que levantan aún al cielo sus sombrías barbacanas?

La misma suerte y aún peor cupo ya á los demás monumentos del mismo rey, ya á todos los que construyeron cuantas naciones y héroes sentaron su planta sobre el suelo de esta ciudad antigua. Jaén fué en otro tiempo Auringi; y á la entrada de los cartagineses sirvió ya de alcázar á Asdrúbal para hacer la guerra á los pueblos del Mediterráneo. Creció rápidamente en riqueza, en población, en fuerza; y no tardó en ser á la vez la salvaguardia de sus opresores y el terror de los romanos. En sus muros, sólo en sus muros pudieron encontrar un escudo contra sus enemigos Magón y los dos Asdrúbales después de haber sido vencidos en Iliturgis, Bigerra, Munda y en los mismos campos de Jaén: Gneyo Scipión los vió entrar en la ciudad; pero ni la combatió, ni la sitió á pesar de verlos mermados, abatidos y llenos de sangre y de ignominia. No pudieron pensar los romanos en reducirla á sus armas hasta después de la conquista de Cartagena: aun entonces vieron comprometida delante de ella la suerte de sus banderas. Lucio Scipión, hermano de Scipión el Africano, arrebatado por el deseo de vencerla al primer ímpetu, sentó cuán cerca pudo sus reales, abrió fosos, levantó dobles trincheras, dividió en tres partes su ejército, ordenó á la primera el asalto, y contempló luégo á sus soldados acometiendo con brío las murallas, y trepando por ellas entre millares de dardos y otras armas arrojadizas; pero pronto debió reconocer cuánto más difícil podía serle la conquista de una

plaza tan bien sentada como defendida. Vió al enemigo llevando la ventaja, y le hubieran tal vez vencido á no haberse adelantado con rapidez á la cabeza de sus legiones y ordenado de nuevo al ataque; hecho con el que logró inspirar tal desconfianza á los sitiados, que, abriendo éstos de par en par las puertas, salieron al campo cubiertos con sus escudos y las manos desarmadas, y pidieron con fervor la alianza, la paz, la vida (1).

Fué luégo muy sonada la toma de esta ciudad. Publio Scipión prodigó por ella muchos elogios á su hermano, y no titubeó en compararla con la de Cartagena, calificando la plaza de opulenta, fuerte y bien situada. Era verdaderamente una ciudad notable Auringi; y lo fué más durante la dominación de sus nuevos señores, que la declararon más adelante municipio y la llamaron Flavia, del nombre de uno de sus emperadores. Mas ¿dónde están los monumentos que puedan acreditar su pasada grandeza? ¿Qué nos habla en ella de los antiguos pueblos que la dominaron? Sólo algunas lápidas, ya medio borradas por los siglos, recuerdan la ciudad romana, y de estas son aún, las más, simples inscripciones sepulcrales. Hubo, según una, termas que costeó Sempronia Fulvia; según otra, un monumento consagrado á Apolo; mas no se sabe de cierto dónde este ni aquellas estuvieron. ¿Podrá parecer raro, cuando hasta se ignora dónde estuvo situada antiguamente la ciudad? (2)

(1) Tito Livio refiere muy detalladamente esta toma de Jaén: á lo que decimos en el texto añade él este desgraciado accidente: «Itaque patefacta repente porta, frequentes ex oppido sese ejecerunt, scuta præ se tenentes, ne tela procul conjicerentur, dextras nudas ostentantes ut gladios abjecisse appareret. Id, utrum parum ex intervallo sit conspectum, an dolus aliquis suspectus fuerit, incompertum est. Impetus hostilis in transfugas factus; nec secus quam adversa acies cæsi: eademque porta signa infesta urbi illata: et aliis partibus securibus dolabrisque cædebantur et refringebantur portæ; et ut quisque intraverat eques ad forum occupandum (ita enim præceptum erat) citato equo pergebat. Additum erat et triariorum equiti præsidium: legionarii cæteram partem urbis pervadunt direptione et cede obviorum nisi qui armis se tuebantur.» Liv. lib., 28, cap. 3. El temor de que los que salían de la ciudad con las manos desarmadas no les tuviesen preparada alguna asechanza, hizo que los romanos tomaran al fin con gran derramamiento de sangre lo que podían haber conquistado por medio de una capitulación que debía serles muy favorable.

(2) Hemos encontrado aún y leído en Jaén las inscripciones romanas siguien-

Domináronla después los visigodos, más tarde los árabes, y ni vestigios quedan tampoco de esas antiguas razas conquistadoras, cuyo imperio sólo pueden acreditar ya algunos muros, la puerta de Martos y los escasos restos de la de Granada. Tuviéronla sujeta á sus armas los árabes por más de cinco siglos: le dieron walí, y la consideraron como una de las principales ciudades de Andalucía; fundaron en ella mezquitas, levantaron un alcázar y un palacio, y después de los sangrientos trastornos que agitaron é hicieron pedazos su monarquía, se esforzaron aún en engrandecerla, declarándola no ya capital de una provincia, sino de un reino. Le dieron tanta importancia y la fortalecieron de manera, que envidiada por cuantos aspiraban al poder, veíase á cada paso combatida por todo género de

---

tes, á las que principalmente nos referimos en el texto: En el patio de la iglesia de la Magdalena:

1.ª
D. M. S.
Q. ANNIUS
FELIX. AURG.
ANNOR. LXXv
PIUS. I. S. H. S. EST.
. . T. L.

2.ª
D. M. S.
M ( ) M ( ) VE
NUSTUS
SEVIR ( )
( ) VXXII.

3.ª
APOLLINI.
AUG.
Q. ANNIUS
—— ——
——————
— — —
——————
——— —— —
D. D.

En el exterior de la pared meridional de la iglesia de San Miguel:

C. SEMPRONIUS (C. F S A. I) SEMPRONIANUS II VIR. BIS.
PONTUFEX PERPET SEMPRONIA FUSCA VIBIA A ( ) IC ( ) IA
FILIA THERMAS AQUA PER (DU) CTA CUM... IVIS ( ).NUAR
TRECENTARUM PECUNIA IMPENSAQUE. SUA O ( ) NI D. D.

(Rota la piedra en que está contenida esta inscripción, y pésimamente escrita, ó por mejor decir redactada, no es en todas sus partes igualmente inteligible; pero creemos que sin dificultad cabe colegir de ello lo que acerca de unas antiguas termas decimos en el texto.)

facciones, entrando hoy bajo el dominio de los califas, mañana bajo el de un walí rebelde, al otro día bajo el de hijos ambiciosos que se atrevían á disputar la corona á sus mismos padres, al otro por fin bajo el de un temido africano que, ya levantaba sobre su escudo á un califa, ya le derribaba del trono con el hierro de su lanza. Entre los muchos musulmanes que se levantaron contra Córdoba en el espacio de cuatro siglos, apenas hubo uno que no llevase sobre ella sus armas. Combatiéronla á su vez los partidarios del terrible Hafsún que parecían retoñar siempre de los mismos campos de batalla; las huestes de Abdalá, que irritado por las victorias de Suar, pasó en persona á conquistar sus muros; las desbandadas tropas de el-Somor, que dueño de las Alpujarras, caía como un torrente sobre la llanura y arrollaba las banderas de cadíes y walíes; los escuadrones de Hhayrán, que pretendió restablecer en el solio de Córdoba la alcurnia de los Omyades. Invadida la monarquía árabe por la ambición y las funestas rivalidades de los que debían sostenerla, no dejó aún de figurar Jaén entre las demás ciudades: continuó siendo el objeto de la codicia de unos y otros reyes, y pasando de una en otra mano. Pretendióla el rey de Toledo y se la disputó á punta de espada el de Sevilla, que logró añadirla al fin á su corona. Á la tercera entrada de los almoravides en España, cayó bajo el poder de Baty; fué conquistada luégo por los almohades; sirvió de refugio á Mumenyn-el-Nasr después de la batalla de las Navas, y tuvo que entregarse por fin vencida y ensangrentada á El-Ahmar, que la tomó por asalto y salió de ella para conquistar el que fué después reino de Granada.

No eran sólo los árabes los que la codiciaban; ya á mediados del siglo XII se cree que hicieron grandes esfuerzos por conquistarla las armas de Castilla, que á principios del siglo XIII volvieron á dirigirse contra ella, y durante largos años, ya que no pudieron vencerla, pasaron á talar á menudo sus campiñas causándoles quebrantos que sólo podían reparar los reyes granadinos. Después de las calamidades que la habían afligido, era

aún tan fuerte y poderosa Jaén, que se hacía difícil ganarla á fuerza de armas. Son ya sabidos los esfuerzos que hizo San Fernando para unirla á su reino; por tres veces debió presentarse ante sus muros, y después de largo y penoso sitio, no pudo al fin alcanzar su entrega sino por medio de la capitulación de El-Ahmar, á quien vimos ya entrar en la tienda del rey para declararse su vasallo.

La importancia de esta ciudad durante la dominación de los árabes era grande, pero lo era mucho más á su caída. Córdoba, la antigua capital del reino árabe, había ya sucumbido; Baeza y Úbeda, las dos principales ciudades del Norte de Andalucía, tenían ya enarbolados en las almenas de sus torres los pendones castellanos. Jaén estaba en las fronteras del nuevo reino de Granada, y al paso que era el baluarte de los árabes, era la única puerta de hierro que cerraba el paso á los victoriosos soldados del Rey Santo. Tenía, según los mismos cristianos, mucha población, muchos medios de defensa; era una ciudad á la que no se podía reducir sino como se la redujo, á fuerza de hambre. Y ¡no tiene, sin embargo, memorias de esa larga dominación árabe! ¿Cómo habrán podido desaparecer así hasta los restos de los monumentos que la legaron esos cultos hijos del Profeta? Debieron contribuir en parte á esta destrucción los primeros cristianos que la sujetaron, contribuiría más tarde el viciado gusto artístico de nuestros reyes, contribuirían además los asaltos é invasiones repentinas que posteriormente la asolaron. Se sabe ya que el mismo San Fernando mandó levantar sobre las ruinas de la mezquita mayor el primer templo cristiano; que un siglo después D. Juan I cedió el palacio de los reyes moros que poseía á la Orden de Predicadores para que esta construyera sobre él el convento de Santo Domingo. Con hechos de esta naturaleza, con las guerras que siguieron, con la ignorancia y el vandalismo con que se han derribado después, y hoy más que nunca, las más atrevidas producciones del arte, ¿puede parecer extraño que en esta y en otras ciudades no lle-

guemos á reconocer siquiera el sepulcro de los pueblos que en otros tiempos los dominaron y los llenaron de su gloria y sus recuerdos? Suenan aún en nuestros oídos los golpes del pico y del azadón con que acaban de destruir esa hermosa puerta de Granada, de cuyo arrogante arco ultrasemicircular no queda ya sino el arranque que está cubriendo el musgo.

Reconquistada Jaén, no aumentó menos su prosperidad que bajo la servidumbre de los árabes. San Fernando construyó en ella el alcázar, un palacio que un siglo después cedió Pedro el Cruel á los claustrales de San Francisco, una iglesia y un convento para las religiosas de Santa Clara; y conociendo su mayor importancia, trasladó á su recinto la silla episcopal que él mismo acababa de restaurar en la ciudad de Baeza. Dejóla bien defendida y guarnecida; y haciéndola él y sus sucesores centro de operaciones para todas las guerras que intentaron contra los reyes de Granada, le comunicó aún mayor animación y vida de la que en otros tiempos tuvo. Vió desde entonces Jaén pasar junto á sus muros ejércitos crecidos que iban y venían de batallas y asaltos sangrientos; alojó á príncipes y reyes, que impacientes por llevar á cabo la unidad de la monarquía, no podían dejar quieta en el cinto su formidable espada; fué el baluarte de generales esclarecidos que en tiempos aciagos para las armas de Castilla, pasaron á arrostrar en ella todo el poder de los monarcas granadinos. Así por su posición como por su riqueza, excitaba los celos y la codicia de sus enemigos y vióse en graves peligros; mas pudo casi siempre rechazar de sí las huestes más terribles y perseguirlas hasta más allá de las fronteras. Fué sitiada y combatida por los moros en 1301, y no pudo evitar que éstos asolasen sus cercanías en 1319; pero sólo en 1368, cuando estaban aliadas las banderas de Pedro el Cruel con las del rey de Granada, tuvo que humillar la cabeza ante este príncipe, que la saqueó, cebó en ella su encono y restableció la autoridad de su aliado. En el siglo XV fueron aún mucho mayores los sitios y asaltos que hubo de sufrir de los

moros; en 1407 vió contra sí ochenta mil infantes y seis mil caballos; en 1449, cuando desgarraban el interior de Castilla las guerras civiles, tuvo ya al enemigo dentro de los arrabales; mas no sólo salió vencedora, sino que, no contenta con haber superado tan grandes obstáculos, abrió la guerra á Granada bajo las órdenes del desgraciado García Manrique, que por seguir alanceando á un escuadrón enemigo, cayó en una celada y quedó en poder de moros hasta que se le rescató con el oro y la paz concedida por los reyes de Castilla (1).

(1) Según muchas crónicas y romances caballerescos vióse aún amenazada de moros Jaén á fines del siglo XV. Reduán, leemos en unos y otras, prometió un día á Boabdil ganar esta ciudad; y éste llegó momento en que le exigió el cumplimiento de su palabra. Orgulloso Reduán, no vaciló en pasar á la conquista de Jaén por más que consideró tan difícil la empresa como imprudente su ofrecimiento; pero pagó cara y muy cara su osadía. Sabedora la ciudad de tan loco atrevimiento, se preparó; y no sólo deshizo á los moros, sino que logró también la muerte de tan esclarecido caudillo. Son tan bellos los romances que tratan de este hecho, que no podemos menos de copiarlos:

«Reduan, bien te acuerdas
Que me diste la palabra
Que me darias á Jaen
En una noche ganada.
Reduan, si tú lo cumples,
Daréte paga doblada;
Y si tú no lo cumplieres,
Desterrarte he de Granada:
Echarte he en una frontera
Donde no goces tu dama.»
Reduan le respondiera
Sin demudarse la cara:
«Si lo dije, no me acuerdo;
Mas cumpliré mi palabra.»
Reduan pide mil hombres:
El Rey cinco mil le daba.
Por esa Puerta de Elvira
Sale muy gran cabalgada.
¡Cuánto del hidalgo moro!
¡Cuánto de la yegua baya!
¡Cuánta de la lanza en puño!
¡Cuánta de la adarga blanca!
¡Cuánta de marlota verde!
¡Cuánta aljuba de escarlata!
¡Cuánta pluma y gentileza!
¡Cuánto capellar de grana!
¡Cuánto bayo borceguí!
¡Cuánto raso que se esmalta!
¡Cuánto de espuela de oro!
¡Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
Y esperta para batalla.
En medio de todos ellos
Va el Rey Chico de Granada,
Mirando las damas moras
De las torres del Alhambra.
La Reina mora, su madre,
Desta manera le habla:
«¡Alá te guarde, mi hijo!
¡Mahoma vaya en tu guarda!
Y te vuelva de Jaen
Libre, sano y con ventaja,
Y te dé paz con tu tio,
Señor de Guadix y Baza.»

(GINÉS PÉREZ DE HITA, *Guerras Civiles de Granada.*)

De lejos mira á Jaen,
Con vista alegre y turbada,
El valiente Reduan
Que prometió de ganalla.
Con los ojos la pasea,
Y en todas parte la halla
Cercada de muros fuertes
Que enflaquecen su esperanza.
Mira la encumbrada roca,

Tuvo por otra parte Jaén la suerte de no salir nunca de las manos de los príncipes; suerte poco común en la Edad media, en que hasta las ciudades principales eran vendidas ó donadas á título de merced á los caballeros que más se distinguían por

---

De altas torres coronada,
Cuya altura le parece
Que á las estrellas llegaba.
Los ojos puestos en ella,
Grave congoja en el alma,
Dando un gran suspiro el moro
Á la bella ciudad habla:
«¡Ay, Jaen, cuánto me cuesta
No haberte tenido en nada.
Y ser mas largo de lengua
Que de ventura y de lanza!
Pues dí con loca osadía
Á mi Rey la fé y palabra
De acabar en una noche
Lo que en un siglo no basta.
Hallo ahora mi persona
Á lo imposible obligada,
Pues es mas cierto el perderme,
Que darte á mi Rey ganada:
De do vengo á conocer
Ser verdad averiguada:
Quien presto se determina
Arrepentirse á la larga;
Y de arrepentirme tarde
Será mi muerte temprana,
Pues he de entrar en Jaen
O he de salir de Granada;
Y es lo que mas me lastima
Que prometí á Lindaraja
De no volver á sus ojos
Sin ser la empresa ganada.»
Y volviéndose á sus moros,
Consejo les demandaba;
Cinco mil eran de guerra,
Todos de lanza y adarga.
Dicen que es la tierra fuerte
De muro y torre cercada,
Y muy fuertes caballeros
Los que dentro della estaban;
Y que en pérdida tan cierta
O en tan dudosa ganancia,
La mas segura fortuna
Es no llegar á tentalla.

(Romancero del Sr. Durand, tomo 1.º *Col. de Aut. Esp.)*

Muy revuelto anda Jaen,
Rebato tocan apriesa,
Porque moros de Granada
Les van corriendo la tierra.
Cuatrocientos hijos-dalgo
Se salen á la pelea;
Otros tantos han salido
de Úbeda y de Baeza.
De Cazorla y de Quesada
Tambien salen dos banderas;
Todos son hidalgos de honra
Y enamorados de veras.
Todos van juramentados
De manos de sus doncellas
De no volver á Jaen
Sin dar moro por empresa;
Y el que linda dama tiene
Cuatro le promete en cuenta.
Á la Guardia han llegado
Adonde el rebato suena,
Y junto del Rio Frio
Gran batalla se comienza;
Mas los moros eran muchos
Y hacen grande resistencia,
Porque los Abencerrages
Llevaban la delantera;
Con ellos los Alabeces,
Gente muy brava y muy fiera.
Mas los valientes cristianos
Furiosamente pelean,
De modo que ya los moros
Valientemente se alejan:
Mas llevaron cabalgada
Que vale mucha moneda:
Con gloria quedó Jaen
De la pasada pelea.

(Ginés Pérez de Hita.) Dudamos mucho que este romance se refiera á Reduán como pretende el autor citado: el verdadero romance de Reduán es el siguiente:

Resuelto ya Reduan
De hacer su palabra buena,

JAEN



Vista general

sus hechos de armas. D. Juan I la reservaba para sí, cuando abrigó el proyecto de abdicar á favor de su hijo; y si D. Juan II pensó en enajenarla, sólo fué para darla á D. Enrique, hijo suyo y heredero de su corona. Poseyóla, además, en 1507 el infante D. Juan Manuel, pero no tardó en mandar el Rey católico que la entregase á su alcaide. Siguió así Jaén, desde su reconquista hasta la época de su restauración, próspera, floreciente y sin más desgracias que su momentáneo vencimiento en 1368 y el bárbaro degüello que en 1473 se hizo de los judíos que en ella residían, á pesar de los esfuerzos del condestable Iranzu, que por querer salvar á estos infelices israelitas, cayó en un templo bajo el puñal de varios conjurados.

Fué mucha entonces su prosperidad; y, sin embargo, salvo el

Arremete hácia Jaen
Una mañana serena
Al son de una clara trompa
Que por el aire resuena.
Con ruido semejante
Al cielo cuando atrueña,
Sobre un ligero caballo
Que blandamente se enfrena,
Juntando el cuento y la punta
De una lanza como entena;
Sin aguardar á su gente
Que de seguille está agena,
Porque su temeridad
Toda junta la condena.
Estando cerca del muro,
Creyendo de la melena
Tener presa la fortuna
Que al fin cumple lo que ordena,
Salió una furiosa jara
Por entre almena y almena
Que dió muerte á Reduan
Y á Jaen sacó de pena;
Y mientras del cuerpo el alma
Le aparta y desencadena,
Dijo con voz lamentable
Tendido en la seca arena:

«Gloria fuera, Lindaraja,
Morir, mas no entre cristianos,
Sino en parte do tus manos
Me hicieran la mortaja:
Que cosa es muy conocida
Que si desta suerte fuera,
Aunque mil veces muriera,
Mil veces me dieras vida.
Y no llevo en esta muerte,
Lindaraja, algun pesar
Por á Jaen no ganar,
Sino por solo perderte:
Y aun temo que el que en rehenes
Te tiene, habrá de gozarte,
Y estimará mas ganarte
Que ganar dos mil Jaenes.
Mas si Mahoma algun bien
Me tiene de hacer, le ruego
Que esté mas fuerte á su ruego
Que para mí fué Jaen;
Y pues la muerte me ataja,
Cúmplanse ya mis deseos,
Y en los campos Eliseos
Te aguardo, mi Lindaraja.»

(Rom. del Sr. Durand.) El romance anterior es á nuestro modo de ver histórico; éste puramente novelesco. Á no engañarnos, se refiere aquel á otro ataque de Jaén en que Baeza y Úbeda ayudaron la ciudad amenazada, es decir, al ataque de 1407.

castillo que recuerda á San Fernando, ¿qué templo, qué edificio público proyecta ya ni á los ojos de la imaginación las sombras de tantos héroes y reyes como por ella pasaron cubiertos del polvo del combate y coronados de gloria? Asoma en algunos templos la columna en haz, la ojiva, la bóveda por arista; pero aun en esos mismos trazos góticos vemos más bien reflejados los primeros fuegos de la restauración, que los opacos y tétricos resplandores de los siglos medios. Las iglesias de San Juan, de la Magdalena, de San Ildefonso son góticas, pero no llaman las miradas del artista sino por las exageradas curvas de sus fachadas, por las complicadísimas líneas de sus bóvedas, por las toscas labores de sus columnas, que no dejan ya ver sino la decadencia que á fines del siglo XV sufrió el estilo que las caracteriza. San Juan no conserva de lo antiguo en su fachada sino una simple ojiva sobre una puerta moderna; tiene en el interior cuatro pilares cuadrados, sin basa ni capitel, que la dividen en tres naves y sostienen los arcos apuntados en que descansan las bóvedas; y en el presbiterio, separado del cuerpo del templo por seis gradas, apenas presenta nada notable sino la forma octógona de la bóveda y la complicación de sus claves y sus aristas, con las que formó el autor estrellas, quizá con el objeto de imitar en la construcción de su obra la bella techumbre de los cielos. La Magdalena tiene aún menos interés artístico; no presenta en su exterior sino un arco rebajado entre dos agujas de crestería, y en el interior tres naves divididas por dos pilares, en que sólo vemos dominar la ojiva.

Es indudablemente más digna de atención San Ildefonso. De las tres puertas que abren paso á sus naves, son las dos greco romanas; pero hay aún en la parte posterior una de arco rebajado, donde es curioso ver hasta dónde llevaron los primeros arquitectos de la restauración la extravagancia de las líneas góticas. Arranca de los lados del arco una ojiva, que antes de cerrarse toma la forma de una elipse, y va á formar un florón debajo del alero de la fachada. Campea dentro de esa ridícula

curva la imagen de la Virgen; y apenas cabe concebir cómo un artista pudo inventar para tan noble figura un marco tan extraño y mezquino. Por amor que se sienta á todo lo de la Edad media, se aparta los ojos de tan rara puerta para fijarlos hasta con placer en las greco-romanas, una de las cuales es una bella obra de la época del renacimiento de las artes. Tiene esta un arco semicircular entre dos piras, de las que salen dos figuras que sostienen el entablamento; presenta sobre la cornisa un pequeño cuerpo de orden compuesto, dentro del cual está la Virgen revistiendo á San Ildefonso de las insignias episcopales; deja entrever en el tímpano del frontón que corona el segundo cuerpo la cabeza del Padre Eterno; y ya que no muy delicada en los detalles, produce buen efecto en el ánimo del que sólo considera su conjunto. No la alcanza de mucho en belleza ni en buena distribución la puerta mayor, puerta rectangular, alzada debajo de un entablamento sostenido por cuatro columnas pareadas, sobre el cual se alza un frontón en cuyo vértice está la figura de San Ildefonso.

En el interior podemos apreciar mejor el carácter y el estilo de este templo. Está dividido en tres naves separadas por diez haces de columnas, de las que arrancan las ojivas laterales y centrales. No tiene ni crucero, ni ábside, ni capilla alguna; pequeños altares cubren sus paredes, y sólo el tabernáculo brilla aislado bajo las bóvedas del presbiterio, que está algo más elevado que lo demás del templo. Las columnas, bastante bajas, vienen apoyadas en grandes zócalos, y no llevan por capitel sino una cinta sencillísima; los arcos tienen también pocas molduras. Presentan en cambio mucha complicación las bóvedas, cuyas aristas están distribuídas formando estrellas como en San Juan, pero no con la belleza con que están en tan reducido templo combinadas. ¿Cuál pudo ser la época de su construcción? Todo revela la mano de fines del siglo XV; pero no podemos fijar el año en que fué construída.

Las escasas bellezas monumentales que hay en Jaén es

preciso buscarlas en las obras del siglo XVI, concebidas y ejecutadas las más por Andrés de Valdelvira. Valdelvira dejó allí páginas que recordarán eternamente su nombre y consolarán al viajero de la destrucción de templos y palacios levantados por los siglos medios. La portada de la iglesia de San Miguel y una de la catedral revelan hasta en sus menores detalles elegancia, delicadeza y gusto; al verlas fija uno con placer los ojos en todas y en cada una de sus partes, siente satisfecho su sentimiento estético, y sólo deplora que esté la una tan amenazada de ruina y confundida la otra entre obras, hijas ya de épocas desgraciadas para las artes. La portada de San Miguel es la más bella: cuatro columnitas corintias, entre las cuales hay dos nichos de bóveda aconchada, sostienen un rico entablamento, debajo del cual hay un elegante arco semicircular, sobre cuyas enjutas están tendidas dos esbeltas figuritas. En lo más alto de la portada está la estatua de San Miguel amenazando con la espada en alto al ángel de las tinieblas; y es tan simple y propio este remate, que corona de una manera completa el efecto del conjunto. No hay en toda la portada cosa que revele descuido; todo está finamente decorado, y es tal la delicadeza de cada flor, de cada hoja, de cada tallo en el íntrados y paramento del arco, que parece raro que no las mueva el más templado soplo de la brisa. ¡Qué lástima que esté condenada á desaparecer tan linda obra! La iglesia á que abría paso, es ya un patio donde las aguas del cielo hacen crecer la yerba; y está la portada sola, completamente aislada. ¿Quién dudará de que se la derribe? (1)

La portada del mediodía de la catedral es también bella; pero no como la de San Miguel. Hay en ella superposición de dos órdenes arquitectónicos, y no presenta tanta sencillez ni tanta armonía. Entre cuatro columnas dóricas pareadas ábrese

(1) En el piso de esta portada se lee: esta portada se acabó el año de 1561, siendo obispo de Jaén el muy ilustrísimo Señor D. Diego de los Cobos, y mayordomo de esta iglesia el Rvdo. Diego de Victoria.

una gallarda cimbra, sobre la cual corre el entablamento, adornado en el friso de triglifos y de metopas que representan aljabas, escudos, manoplas, y otras piezas de la armadura antigua. Aparece sobre la cornisa una Virgen de la Asunción, coronada de ángeles, á la que sirven de altar cuatro columnitas jónicas pareadas, y sobre el entablamento que ésta sostiene, un frontón triangular que abraza todo el ancho de la fachada. Hay entre las columnas de uno y otro cuerpo nichos de elegantes formas, y sobre las enjutas del arco dos grandes figuras de relieve, en que la piedad y la religión están representadas. Vese en ella también cuidadoso ornato y delicada ejecución; pero daña evidentemente el segundo cuerpo el buen efecto del primero. Falta al parecer unidad, y es difícil que se sepa ver los dos cuerpos en conjunto.

Es, sin embargo, preferible de mucho esta portada á la principal del templo. Es esta grandiosa, vasta, elevada; pero sin bellezas que basten á compensar sus defectos. Presenta en su centro, entre cuatro grandes columnas corintias un arco ricamente entallado, sobre el cual, dentro de un recuadro de líneas inoportunamente cortadas, figura María llevada en alas de los ángeles. Está abierto encima de este grupo un balcón sostenido por una rica ménsula, sobre cuya cimbra hay otros dos ángeles que sostienen un lienzo en que está de relieve el rostro de Jesucristo. Corre por todo este cuerpo central un entablamento, y sobre éste una balaustrada dividida á trechos por pedestales en que campea la figura de San Fernando entre las de los apóstoles. Levántase detrás de la balaustrada un segundo cuerpo; pero no se ve ya en él la magnificencia y pompa que en el más bajo, donde entre las columnas corintias hay debajo de dos altos nichos las figuras de San Pedro y de San Pablo. No se ven en él sino cuatro pilastras con extrañas molduras por capiteles, en las que carga un frontón recortado que sostiene tres agujas poco ligeras y de no muy buen gusto.

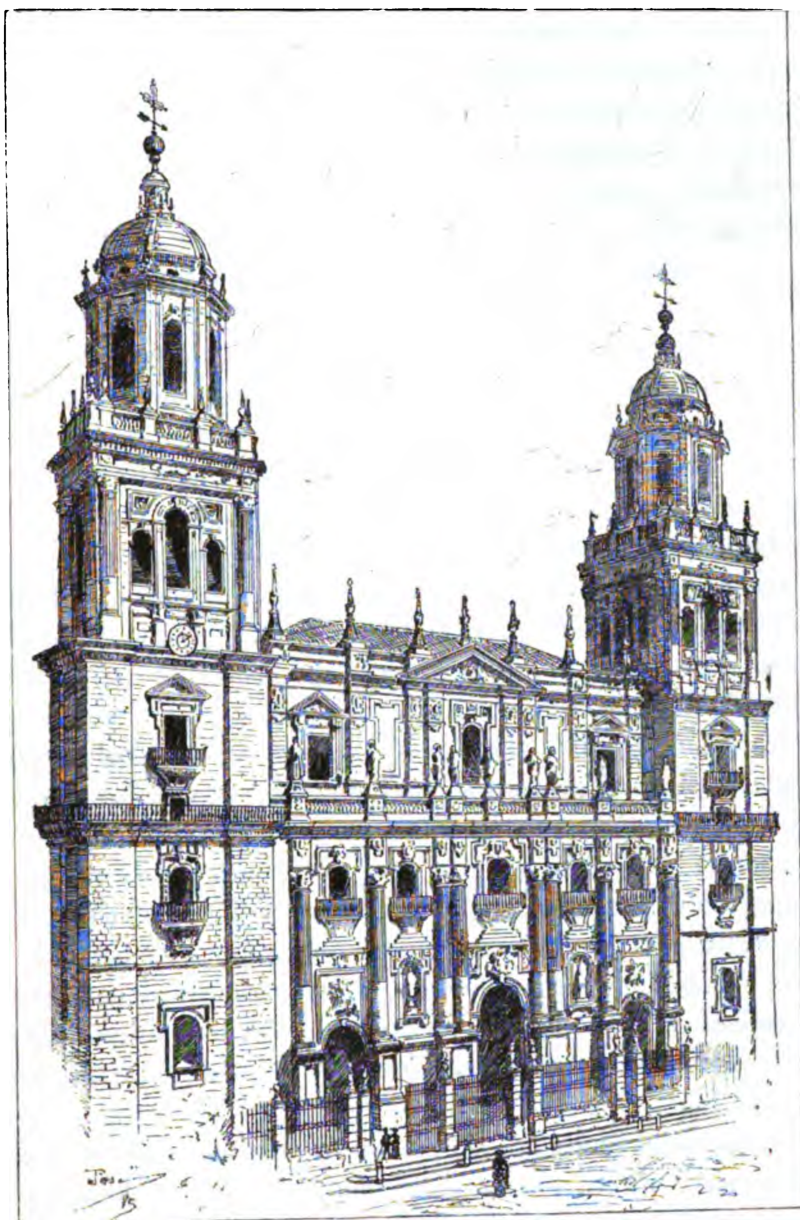
En las alas de esta fachada, entre dos columnas del mismo

orden, ábrese un arco más pequeño, sobre el cual campea en la de la derecha Santa Catalina, y en la de la izquierda San Miguel sujetando con sus piés al diablo. Encima, abiertos en el muro, hay dos balcones sobre los cuales corre la balaustrada general, interrumpida también por pedestales que sostienen las figuras de alguno de los discípulos de Cristo. Tienen también estas alas un segundo cuerpo, pero sólo llevan en él dos pilastras, entre las que hay bajo un frontón triangular una ventana.

Levántanse en los ángulos de esta fachada dos torres imponentes que constan de cinco cuerpos coronados por una gallarda cúpula. No presentan en los tres primeros más que ventanas y balcones encerrados en pésimos recuadros; pero en el cuarto osténtanse ya más lindas aberturas, bellas columnas corintias en los ángulos, y una balaustrada sobre que se levantan pequeñas agujas. Tienen en los ángulos del quinto pilastras en vez de columnas, pero no por esto presentan en él menos belleza. Aunque llenas de defectos, son indudablemente estas torres de un grande efecto en la fachada, que sin ellas se presentaría fría é insípida á los ojos del artista.

Aun con las torres ¿qué esfuerzo no debe hacer sobre sí mismo el viajero para contemplar sin disgusto una fachada que tanto afean los inoportunos cortes de líneas, los pueriles recuadros en que están encerrados relieves y aberturas, los vulgarísimos balcones que cortan el muro, la fría balaustrada que corre en torno de todo el templo, los toscos y pesados detalles que se observan en algunos frisos y se vienen hasta á los ojos del que sólo pretende apreciar la obra en conjunto? Pertenece á una mala época, y es exigir mucho de un artista querer que se sobreponga al gusto de su siglo.

El interior satisface más los ojos y la imaginación, aunque nunca tanto como el de esas catedrales góticas cuyas bóvedas parecen descansar sobre ligeros troncos de árboles. Está dividido en tres naves grandes, espaciosas, elevadas, pero no por vistosos haces de columnas, sino por macizos pilares adornados de



JAÉN.—Fachada de la Catedral

columnas corintias, cuyos altos pedestales y entablamentos interrumpen á cada paso las más bellas líneas, achican los arcos de plena cimbra, que sobre ellos cargan, y comunican al todo cierto aire de pesadez que en vano procuran quitarle la abundancia de los detalles y la riqueza de las molduras. Son las tres naves casi iguales en elevación, y las bóvedas que las cubren todas de bella y elegante curva, elipsoidales unas, semiesféricas otras, y otras, como la del crucero, algo peraltadas. Está enriquecida cada una de estas bóvedas con profusión de follajes y arabescos, y algunas hasta con figuras de ángeles y relieves que cubren las claves como en los templos de la Edad media. La del crucero sobre todo es extremadamente rica. La ornamentación crece desde su arranque hasta el florón de una gran cúpula que sostiene: se extiende por todos sus anillos, corre por todos los nervios de sus arcos, orla sus numerosas aberturas, embellece hasta las tarjas de las pechinas, en que campean las figuras en relieve de San Miguel, Santiago, Santa Catalina y San Eufrasio. Pero ésta no es la riqueza que se busca en templos. ¿Qué significa toda esta lujosa decoración para el cristiano que va á doblar la rodilla ante los altares de su Dios? Esta decoración es del todo arbitraria, no habla al corazón; habla sólo á los sentidos, y cuando levantamos los ojos, ó los apartamos friamente, los fijamos en ella para examinarla en sí, no en relación con el templo cuyos muros cubre. Lejos de realzar, mengua la majestad del monumento, que lleno por otra parte de luz y de blancura, ni llena de horror religioso como las bajas iglesias bizantinas, ni lleva la imaginación por los ilimitados espacios de la inmensidad como las atrevidas y tenebrosas catedrales góticas.

Este inoportuno lujo, sin embargo, no existe sólo en las bóvedas, sino en todas y en cada una de las partes de este templo. Á la derecha y á la izquierda del crucero hay portadas que aventajan en magnificencia á las mismas bóvedas. En la de la derecha, que conduce á la sacristía, están abiertos dos arcos se-

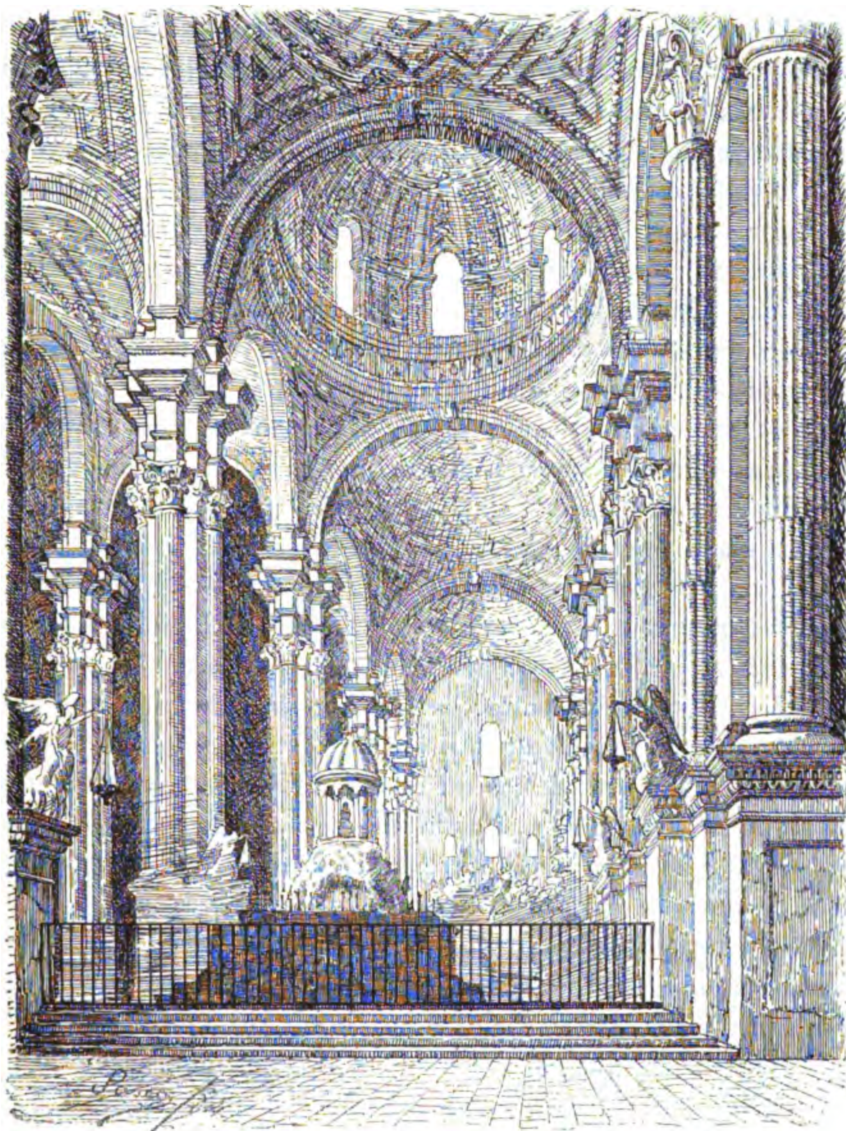
micirculares, adornados en los ángulos por dos columnas corintias que sostienen el entablamento, en medio de las cuales hay un pilar en que descansa una bella imagen de Jesucristo. Vense sobre el entablamento entre otros dos arcos sostenidos por recios pilares dos grandes relieves que representan la adoración de Jesús por los pastores y los reyes; y en otros dos cuerpos más elevados aberturas y nichos de mal gusto, puestos allí al parecer sólo para destruir el efecto del conjunto. Presenta la portada de la izquierda iguales las formas y sólo variados los relieves; y aunque están las dos bellamente decoradas, quedan confundidas por otra que hay á la misma izquierda del crucero, cuajada toda de riquísimas molduras.

Tiene ésta en su primer cuerpo un bello arco semicircular dentro de un recuadro, á cuyos lados dos columnas compuestas, adosadas á pilastras del mismo orden, sostienen un entablamento por cuyo friso corre una greca delicadamente cincelada. Brilla en un segundo cuerpo entre las figuras de Ezequiel y Salomón la de María, sobre la cual asoma en el tímpano de un frontón un ángel con las alas desplegadas. Descansan en el entablamento de este segundo cuerpo á la derecha un escudo de armas, y á la izquierda una Virgen sentada en un castillo, y está todo debajo de otro arco, encima del cual hay un balcón dentro de un cuerpo dórico.

Hay indudablemente cosas bellas en todas estas fachadas, pero en todas se observa constantemente ese mismo afán de decorar, ese mismo afán de encubrir con la belleza material de las partes obras frías, faltas de significación, faltas de sentimiento. En el coro se observa aún en mayor grado este defecto: su decoración no sólo es prolija, sino generalmente mala. Al paso que en el exterior parecen sus muros más de una cárcel que de un coro por su absoluta falta de adornos y la solidez que presentan sus anchos sillares; cubiertos en el interior por bajos relieves de madera, en que entre columnas, follajes, flores y otros caprichos, están representados los principales hechos de los hé-

roes cristianos, se presentan tan confusamente al observador, que apenas sabe dónde fijar los ojos. Los respaldos de su doble sillería están llenos de entrelazos caprichosos; los brazos, de grifos y otros seres fantásticos; los cuerpos compuestos que corren sobre cada orden de asientos, de un sin número de figuras, en cuyos grupos están trazadas algunas escenas del antiguo y nuevo Testamento, los gozos y dolores de la Virgen y los tormentos de los primeros mártires de la religión de Jesucristo. Corre sobre sus muros una balaustrada interrumpida por algunos pedestales, y hasta los jarros en que éstos descansan están profusamente decorados. El órgano, que está á la derecha, manifiesta mejor gusto que lo demás del coro; pero tampoco está libre de este defecto, del cual no quedaron exentos sino dos púlpitos que miran al presbiterio, sólidos, macizos y escasos de molduras. Sus dos portadas y el trascoro completan por fin el mal efecto de esta obra, que, ya por su situación enmedio del templo, ya por la altura y pesadez de sus paredes, disminuye la favorable impresión que sin ella podría producir un monumento dotado en general de bellas y elegantes formas.

Ocupa el coro desde el segundo pilar de la nave mayor hasta el crucero, más allá del cual se extiende entre cuatro grupos de columnas el espacioso presbiterio. Ancho éste, elevado sobre un atrio de tres piés de altura que forman cinco gradas de mármol, y cubierto por una bóveda riquísima, es sin duda una de las más bellas partes de la catedral. Es cuadrado, y los cuatro pilares que lo sostienen, puestos en los ángulos, no impiden, de ninguna parte que se lo mire, la vista del tabernáculo, sentado en medio sobre un altar de jaspe. Cuatro ángeles apoyados en el pedestal de los mismos pilares sostienen otras tantas lámparas de plata; y es tanta la sencillez que se descubre en todo, tanta la oportunidad con que está colocado cada objeto, tan parca y de tan buen gusto la distribución de los adornos, que allí es donde con más placer concentra uno sus miradas, siente mejor latir su corazón. El presbiterio es grande, el taber-



JAÉN.—Interior de la Catedral

náculo á proporción pequeño, rico y sencillo; y aunque no impone éste como los de los templos góticos rodeados de apiñados haces de columnas, cubiertos de bóvedas oscuras y alumbrados por la opaca luz que baja de altos ventanajes modificada por cristales de colores, agita cuando menos el espíritu y lo depura de todo pensamiento profano que lo manche ó lo oscurezca. Hay verdadero sentimiento en este presbiterio: se ve que el autor al concebirlo estaba poseído de las más puras ideas del cristianismo; y es indudable que el sentimiento del artista se comunica á todos los cristianos que vayan á admirar sus obras.

No gozan desgraciadamente de esta cualidad las capillas abiertas de las naves laterales, cuyos retablos, que se levantan bajo sus bóvedas de cañón seguido, presentan tanta confusión de líneas y revelan tan mal gusto, que apenas se puede detener la vista sino en algunos cuadros que las embellecen. La misma capilla mayor, situada detrás del tabernáculo, aunque más alta y decorada con más riqueza, no llega siquiera á llamar la atención del que recorre el templo en busca de bellezas. No llama la atención sino del que conoce las tradiciones vinculadas en su retablo, y aun éste al entrar en ella no puede menos de sentir un estremecimiento involuntario al ver tan poca armonía entre el arte y la santidad de los recuerdos. Hay sobre el altar una caja en cuyo frente está pintada una cara del Salvador sostenida por dos ángeles, y es en esta urna sagrada donde, según tradiciones muy antiguas y la fe de los jaeneses, se guarda uno de los rostros que quedaron impresos en el lienzo con que la Verónica enjugó el sudor de Jesucristo en el camino del Calvario. Se manifiesta á los fieles esta reliquia tres veces al año, y en los labios del pueblo vagan aún sobre su adquisición leyendas cuyo carácter nos impide continuarlas por oponerse á la gravedad y severidad de esta obra (1). Imagen en que descansa la

(1) Creemos oportuno publicar cuando menos una de estas raras y originales tradiciones. Nos la refirieron en el camino de Jaén á Baeza, y procuraremos presentarla con toda la sencillez con que brotó de los labios de nuestro narrador, jo-

fe de tantos siglos, ¿no era á la verdad merecedora de un altar en que brillase más el genio artístico? Consérvase, además, sobre esta urna una Virgen llamada la Antigua, que, según otra tradición, llevó San Fernando en sus brillantes expediciones y regaló á Jaén después de haberlo conquistado: y está confundida entre otras imágenes de mal gusto, faltas de belleza y de recuerdos.

---

ven ingenuo y lleno de fe que parecía creer cándidamente cuánto iba refiriendo. — Y ¿en qué época se cree que vino á Jaén esa milagrosa cara de Dios? preguntamos á nuestro hombre. — En tiempo de San Eufrasio, contestó. Hubo entonces un Papa que se dejó prender de amores por una niña traviesa y juguetona que andaba al rededor de su palacio; y hubiera caído el buen Papa en pecado á no ser por nuestro obispo, porque era la mujer el diablo y le tenía armada muy bien la zancadilla. —¿Estaba San Eufrasio en Roma? — No, sino en Jaén; pero tenía el santo obispo en una redoma tres diablillos; y como supiese una noche por ellos que ya estaba puesta la mesa en que el Papa iba á cenar con sus amores, partió en volandas para Roma, donde pudo aún conjurar á Satanás y librar al Papa de sus manos. —¿Y llegó á Roma la misma noche? — La misma noche. Preguntó San Eufrasio á uno de los tres espíritus que cómo cuánto de tiempo pedía para llevarle á Roma, y contestó el diablo que hora y media: repitió la pregunta á otro, y contestóle que una hora: repitió la pregunta al tercero, y contestó: dentro de media hora llamarás á la puerta de la casa de San Pedro, si en recompensa prometes darme todos los días las sobras de tu almuerzo: ¿prometes? — ¿Y se lo prometió el Santo? — Prometo, dijo; y alzóse luégo el diablo, que era por más señas cojo, y ya están en Roma, para que vea su merced si han hecho pronto el viaje. — Ligeros han andado. — Llamó San Eufrasio á la puerta del palacio del Papa, y como le preguntasen quién era, «abre á Eufrasio» dijo; á lo cual el Papa exclamó: pues ¿cómo ha de ser Eufrasio, si está el buen obispo en Jaén? Mas en esto San Eufrasio entraba ya en la sala; y viendo al Papa cenando mano á mano con la mujer de rara hermosura de que le habían hablado los diablillos, vuelto de cara á la taimada, le echó tantas bendiciones, que no pudiendo ella ya más sufrirlas, se hundió con grande estrépito en el suelo, llevando tras sí al infierno la mesa en que pensaba poder arrastrar al mismo vicario de Jesucristo.— ¿No cayó el Papa con ella?— Quedó el Papa como quien ve visiones; mas vuelto á poco de su estupor, abrazó tan tiernamente á San Eufrasio, y derramó sobre él tantas y tan sentidas lágrimas, que daba pesar no sólo verle, sino oirle. Ni sabía cómo recompensar ni cómo agradecer tan gran servicio; pero San Eufrasio nada pidió en cambio sino esa cara de Dios que guarda Jaén como su primer tesoro. Dióle el Papa dos; pero San Eufrasio perdió una en una tempestad deshecha que le asaltó en la mar precisamente al volver de Roma, y es esta la única que existe en el mundo después de que hay la iglesia de San Pedro.—Pues y al diablillo ¿le cumplió San Eufrasio la palabra? — Vaya si se la cumplió. Almorzaba el santo nueces, y se las rompía en la cabeza dejándole las cáscaras, y diciéndole: «ahí van las sobras.» Es esta, como se ve, una tradición disparatadísima; pero su misma rareza nos ha movido á consignarla. Créese generalmente que trajo de Roma esta reliquia D. Nicolás de Biedma, obispo de esta diócesis, que la obtuvo del Papa Gregorio XI en 1376.

La sacristía, la sala capitular, el sagrario son también obras notables por su grandiosidad y su lujo, no por su belleza. Faltas casi todas de carácter, no presentan sino cuerpos arquitectónicos ejecutados con más ó menos acierto, que lo mismo podrían tener cabida en estos salones que en los consagrados á los placeres de la sociedad profana. Nada dicen al corazón, nada á la fantasía, y nadie siente en su interior el menor recogimiento religioso. El mismo sagrario, esa parte del templo que más ha de mover al cristiano á la concentración del espíritu y á la plegaria, carece del todo de sentimiento, y es frío para el alma como lo son para los sentidos los mármoles de que está adornado. Tiene la forma de una elipse, y está sostenido por ocho pilares, á que están adosadas dos columnas corintias; el pavimento es de mármol como el de todo el templo, la bóveda artesonada, las cuatro capillas que hay abiertas entre los pilares decoradas con lujo y corridas en la parte superior de una barandilla de balaústres. Bajan por todas partes torrentes de luz vivísima, todo brilla, todo chispea á los ojos del que allí penetra: condiciones nada propias del catolicismo.

El primer artista que concibió el proyecto de esta catedral pudo estar animado de sentimientos religiosos, no los que continuaron ni concluyeron su obra. Aquél, aunque sujeto por las frías reglas del arte greco-romano, supo luchar con ellas y comunicar al templo vida, belleza moral, carácter; éstos, más artífices que artistas, siguieron servilmente aquellas reglas, y al parecer ni pensaron siquiera en animar ni en dar colorido al monumento que se confió á sus manos. Artistas todos de diversas épocas, no podía por otra parte cada uno dejar de obedecer al gusto de su siglo; y esto debía naturalmente presentar al templo heterogéneo, dotado de grandes bellezas y afeado por mayores defectos, revestido de carácter en el conjunto, y falto de carácter en los más de sus detalles.

Empezóse esta catedral en el año 1500 cuando ocupaba la silla episcopal de Jaén D. Alonso Suárez de la Fuente el

Sauce (1), y es fácil concebir que se la construyese todavía según el gusto ojival, cuya influencia duró en España hasta mediados de aquel siglo. El arquitecto que echó los cimientos de la capilla mayor por orden de D. Alonso no podría dejar de recordar las formas del templo antiguo derribado ocho años antes y levantado en 1368 por el obispo D. Nicolás de Biedma; y al edificar los muros del ábside, no se satisfizo templando su desnudez con simples molduras; los revistió de cintas y follajes, y los coronó con agujas de crestería que aún hoy levantan su oscura cúspide entre las excrescencias de la catedral moderna. No se pensó en proseguir la obra de Suárez hasta el 1532, en

(1) Los obispos de Jaén y Baeza que ha habido desde San Fernando acá son los siguientes: Del 1249 al 1250, D. Pedro Martínez; hasta el 1276, D. Pascual; hasta el 1283, D. Martín Domínguez; hasta el 1285, D. Juan; hasta el 1286, Don Juan el II; hasta el 1287, sede vacante; hasta el 1289, D. Juan el III; hasta el 1297, sede vacante; hasta el 1301, D. Pedro el Mártir; hasta el 1317, D. García Pérez; hasta el 1323, D. Gutierre Téllez; hasta el 1331, D. Fernando Martínez Agreda; en el mismo 1331, D. Juan el IV; hasta 1334, D. Fernando el II; hasta 1357, D. Juan de Loria el V; hasta 1360, D. Juan el VI; hasta el 1368, D. Andrés; en el mismo 1368, D. Alonso Pecha; hasta el 1378, D. Nicolás de Biedma; hasta el 1382, Don Juan de Castro; hasta el 1383, el mismo Biedma citado, que había sido promovido al obispado de Cuenca; hasta el 1423, D. Rodrigo Fernández de Narváez; hasta el 1456, D. Gonzalo de Zúñiga ó Estúñiga; hasta el 1457, D. Fr. Jaime de Tahuste; hasta el 1474, D. Alonso Vázquez de Acuña; hasta el 1476, sede vacante; hasta el 1483, D. Iñigo Manrique; hasta el 1497, D. Luís Osorio; hasta el 1500, D. Fray Diego Deza; hasta el 1522, D. Alonso Suárez de la Fuente el Sauce; hasta el 1523, D. Fr. Diego Gayangos; hasta el 1538, D. Esteban Gabriel Merino; hasta el 1545, D. Francisco de Mendoza; hasta el 1555, D. Pedro Pacheco; hasta el 1560, Don Pedro Tavera; en el mismo 1560, D. Fr. Francisco Benavides; hasta el 1566, Don Diego de los Covos; hasta el 1577, D. Francisco Delgado; hasta el 1580, D. Diego Deza, segundo de este nombre y apellido; hasta el 1596, D. Francisco Sarmiento; hasta el 1600, D. Bernardo Sandoval y Rojas; hasta el 1615, D. Sancho Dávila y Toledo; hasta el 1619, D. Francisco Martínez Ceniceros; hasta 1647, D. Baltasar Moscoso y Sandoval; hasta 1648, D. Juan Queipo de Llano; hasta 1664, D. Fernando Andrade y Castro; hasta 1668, D. Antonio de Pina Hermosa; hasta 1671, D. Fr. Jerónimo Rodríguez de Valderas; hasta 1682, D. Antonio Fernández del Campo; hasta 1693, D. Fr. Juan Asensio; hasta 1708, D. Antonio Brizuela; hasta 1714, D. Benito Omaña; hasta 1732, D. Rodrigo Marín y Rubio; hasta 1738, Don Manuel Orosco Manrique; hasta 1747, D. Andrés Cabrejas; hasta 1750, D. Francisco del Castillo; hasta 1770, D. Fr. Benito Marín; hasta 1780, D. Antonio Gómez de la Torre; hasta 1785, D. Agustín Rubín de Ceballos; hasta 1796, D. Pedro Rubio Benedicto; hasta 1816, D. Fr. Diego Melo; hasta 1832, D. Andrés Esteban; hasta 1837, D. Diego Martínez Carlón; hasta el 1847, D. Antonio Martínez de Velasco; del 1847 hasta la fecha de la primera edición de esta obra, D. José Escolano. Véase lo que sobre este obispado y el de Baeza decimos más abajo en una nota.

que ya dominaba el renacimiento sobre el destronado estilo gótico; y no se quiso ya ni se pudo tomar en consideración el gusto de la fábrica empezada, gusto que no temían calificar á la sazón de bárbaro. Pedro de Valdelvira, uno de los mejores arquitectos de su época, trazó un proyecto del todo independiente, y apuró como los artistas de Italia su ingenio en combinar é identificar las antiguas formas greco-romanas con las necesidades morales y materiales de la religión cristiana. No pudo ejecutarlo por sí mismo; pero tuvo cuando menos la fortuna de encontrar un fiel intérprete de sus pensamientos en Andrés de Valdelvira, su hijo, que continuó la obra hasta el 1579, y murió dejando vinculado su nombre en la calle donde vivió y en la iglesia de San Ildefonso, que guarda sus cenizas. Dejó Andrés de Valdelvira concluído todo el lado izquierdo de la iglesia con la sala capitular y la sacristía, donde no se logró imprimir el sentimiento religioso que en el templo. Reveló buen gusto artístico; pero después de él y de su discípulo Alonso de Barba, que dirigió la obra por algunos años, no se pudo continuar tan vasto monumento hasta el 1634, época en que Juan de Aranda y luégo Pedro del Portillo trabajaron con tanto ahínco, que en 20 de Octubre de 1660 pudo ya celebrarse la dedicación del templo. Continuaron aún estos la obra acomodándose al gusto de sus antecesores; mas ¿qué podía esperarse de los artistas que pusieran en ella la mano á fines del siglo XVII, cuando no sólo las artes, sino también la literatura y hasta la monarquía estaban aquí en espantosa decadencia? La fachada y las torres se terminaron en este período de abatimiento, y no es extraño que aparezcan llenas de defectos y cubiertas de adornos de mal gusto. Cuando se construyó el sagrario, estaba ya en parte levantada la arquitectura del abismo en que la habían hundido los tristes acontecimientos del último monarca de la dinastía austriaca. Á pesar de esta circunstancia, á pesar de haber trazado y dirigido la obra un arquitecto tan eminente como lo fué D. Ventura Rodríguez á fines del último siglo, no

puede el sagrario sufrir con el interior de la catedral ni el más remoto paralelo. Lo hemos dicho ya, podrá tener belleza, pero no sentimiento: es cuerpo sin alma (1).

Quedan en esta ciudad otros templos, pero modernos, fríos, faltos de toda belleza artística, de todo pensamiento filosófico, de todo sentimiento místico y cristiano. Para ver monumentos que hablen algo al corazón, es preciso abandonar Jaén y dirigirse á las ciudades de Baeza y Úbeda, cuyas iglesias, ensombrecidas

(1) Se habrá observado que, contra nuestra costumbre, no hemos hecho referencia en todo lo relativo á Jaén á ningún documento original de los que tal vez guardan con abundancia los archivos de tan antigua ciudad. Débese esto, y sentimos mucho decirlo, á las dificultades que opusieron de continuo á nuestros deseos de ver sus archivos respectivos tanto el cabildo de la catedral como el señor alcalde corregidor, á quien no bastó ni una real orden, de que casi nunca debemos hacer uso, para que nos facilitara en los días que pudimos estar en Jaén lo que nos facilitaron voluntariamente y con el mayor placer el ayuntamiento de Baeza, á cuyo regidor D. Alonso Molinero no podemos menos de manifestar nuestro más sincero agradecimiento; el de Úbeda, que nos permitió examinar los documentos de su archivo hasta por la noche; el de Granada, cuyo archivero el Sr. Vilches nos manifestó con un interés que nunca olvidaremos cuánto podía contribuir á dar luz á nuestras investigaciones históricas; el de Málaga, cuyo corregidor satisfizo nuestros deseos en el momento mismo en que se los insinuamos; el de Almería, cuyo alcalde D. Joaquín Gómez Barragán llegó á considerar como un favor que examináramos los pergaminos que tenía; el cabildo catedral de esta misma ciudad, cuyo arcediano D. Francisco de Paula Gómez hasta tuvo la deferencia de ayudarnos á copiar los manuscritos que creímos interesantes para esta obra; el cabildo de Málaga, que no omitió mostrarnos ni aun los más importantes documentos; la comunidad de la capilla real de Granada, cuyos bien conservados pergaminos nos mostró uno á uno el archivero D. Fernando González, capellán de celo y de muchos conocimientos; el contador de la Alhambra Don Laureano García y el distinguido joven de Guadix D. Francisco Torres López, que nos franqueó los documentos recogidos para su historia de Guadix y Baza. En Jaén no encontramos un auxilio eficaz ni aun en los particulares: sólo en el presbítero D. Juan Maldonado encontramos el celo y el amor á las bellezas del país que tan abiertamente nos manifestaron en Baeza el ya citado D. Agustín Alonso Molinero y el escribano D. Andrés Moreno, sujeto de una constancia infatigable para recoger aun las más insignificantes noticias relativas á la historia de su patria; en Granada el Sr. García, presbítero, D. José María Zamora, D. Manuel Fernández, el Sr. Salvador de Salvador y otras muchas personas cuyo nombre no recordamos; en Málaga el tan cortés como entusiasta D. Francisco de Moya y Bache; en Almería el activo D. Carlos Fornovi, que no enseñaría con más gusto ni hablaría con más entusiasmo de los monumentos de su patria que de las murallas árabes y el alcázar de la ciudad que le ha adoptado. Tenemos, como llevamos dicho, un sentimiento en decir lo que decimos de Jaén; pero quede compensado por el placer que nos cabe al consignar los nombres de tantos como se han prestado á secundar nuestros esfuerzos.

por los siglos, reflejan aún la mano de San Fernando y quizás la del emperador Alfonso. El camino que á ellas conduce es árido, triste, monótono: campos silenciosos é incultos se extienden al uno y al otro lado de una senda desigual abierta más por las huellas que por el azadón del hombre; y ni un árbol, ni un solo álamo presta su sombra al viajero, ni en las mismas orillas del Guadalquivir, cuyas claras y transparentes aguas pasan á corta distancia de Baeza, bajo un puente del siglo XV que añade gravedad y melancolía al conjunto del paisaje. Descúbrese á largo trecho uno que otro cortijo; pero tan aislado y tan falto de animación, que más parece sepulcro que morada de vivientes. Llano en general el terreno, y cerrado sólo á lo lejos por lomas y cerros cubiertos de verdura, dilátase á cada paso el horizonte, y todo se presenta no sólo desconsolador, sino hasta peligroso al caminante, que apenas se atreve á tender los ojos más que para examinar con cierto temor si en la dilatada llanura ve brillar sobre la silla de un caballo la carabina del bandido. El lejano ladrido del perro y los sencillos cantos del arriero, acompañados tal vez por el pesado esquilón de sus caballerías, son los únicos acentos que interrumpen el silencio del espacio; y si levanta de vez en cuando la voz el guía, es sólo para excitar la imaginación y llenar el ánimo de presentimientos con la relación de algún suceso fantástico ó de un impío asesinato. Triste, muy triste es el camino de Jaén á Baeza; pero no bien se acerca el artista á esta ciudad, cuando olvida sus recelos y siente embargada su atención por objetos que hablan en alta voz de siglos que ya pasaron, de generaciones que ha hundido ya la mano de la eternidad en el abismo sin fondo de lo pasado.

Está sentada Baeza en lo alto de una loma, y apenas se la descubre, cuando las ruinas de su alcázar hacen desde luégo concebir que no es una ciudad sin recuerdos ni un pueblo cuya cuna se haya mecido, como la de otros tantos de Andalucía, entre los claros resplandores del renacimiento. Al llegar al pié de

sus muros vese ya el sello de la Edad media entre los arcos ojivales de sus puertas, en sus torres coronadas de soberbias barbacanas, en los restos colosales de una de sus capillas levantada frente el alcázar como rival de la grandeza que tuvo éste cuando la ocuparon los temidos caballeros de la corte de San Fernando. Éntrase en la ciudad; y á lo largo de calles silenciosas, en cuyos arroyos llega á crecer la yerba, asoman á derecha é izquierda antiguos palacios, sobre cuyos arrogantes arcos de sillería se abren anchas ventanas ya cimbradas, ya ojivales; descúbrese á la vuelta de tal ó cual encrucijada puertas góticas cubiertas de follaje y crestería; y no es raro divisar en el fondo de una plaza ó en el oscuro ángulo de una calle alguna fachada bizantina, llena aún de la sencilla y tosca gravedad que caracterizó la arquitectura durante el movimiento general de las cruzadas. Hasta en los puntos que parecen haber invadido más la civilización y el gusto moderno, pórticos severos, casas humildes, torres que levantan al cielo sus sombríos almenajes y restos ya informes, pero significativos para el que sabe leer en lo pasado, dan al conjunto de los cuadros que se van presentando á la vista cierto aire de antigüedad que en vano pretenden borrar los aún tiernos árboles que cubren sus plazas, las fuentes modernas que arrojan sus aguas cristalinas entre los verdes ramajes de sus álamos y sus cinamomos, y los reducidos pero alegres caseríos que han levantado arquitectos de nuestros días. Todo, casi todo respira antigüedad en Baeza: vese aún en ella la ciudad feudal, la ciudad aristocrática, la ciudad religiosa de los siglos XIII y XIV; y es fácil todavía ver pasar unas tras otras ante los ojos de la imaginación las sombras de los reyes que la conquistaron, de los guerreros que la poblaron y defendieron, de los mártires que levantaron su elocuente voz ya entre las medio desmoronadas leyes del paganismo, ya entre la tea y la espada de bandos fratricidas que mancharon un día el suelo de la ciudad con escombros ahumados y sangre de nobles víctimas.

Así se siente en esta ciudad cierta tristeza y melancolía á

pesar de su situación bella y risueña. Está Baeza hermosamente sentada en la cumbre de una loma que ciñen á larga distancia cerros tan alegres como pintorescos; tiene á sus piés un valle delicioso pintado de mil colores y cortado por floridos oteros que aumentan el agradable juego de su claro-oscuro; y allá en el fondo de la llanura ve brillar y serpentear el Guadalquivir bajo la sombra de árboles y flores. Cobijada por un cielo puro y transparente, como no llega á concebir la fantasía, está inundada de bellas tintas que llenan de dulce animación sus monumentos; cuenta ya calles espaciosas, plazas ceñidas de alamedas y paseos donde el murmullo de las fuentes acompaña el lento susurro de la brisa entre los árboles; presenta aún vida en su mercado y en su vasto ejido, ocupado hoy por activos labradores y ayer por un pueblo numeroso que acudía á recoger la palabra divina de los labios de un sacerdote ilustre cuyo nombre está vinculado en una cruz de piedra; y es sin embargo triste, dulcemente triste para el viajero, que, ya siente encogérsele el corazón, y dilatársele en un limpio cielo de agradables sentimientos, ya cubrírsele de duelo y de amargura. Refléjase aún en la ciudad una época en que, si había por una parte rudeza de costumbres, existía por otra cierto candor que hemos ya perdido, y si barbarie, una fe cuyas hojas han caído marchitas sobre el árido suelo que pisamos; y es ciertamente para el hombre conocedor vivo el contraste. Había en Baeza en los tiempos á que nos referimos al lado de la tiranía aristocrática un caballerismo que ya no existe, y un honor cuya falta debemos encubrir con el fingido velo de la hipocresía; y este caballerismo y este honor, que movieron á tan altas empresas la espada de antiguos héroes, no podemos menos de recordar con dolor que sólo han dejado tras sí la bajeza y el egoísmo. Recuérdanos, por fin, esta ciudad siglos en que creció y floreció á la sombra de fueros otorgados por la piadosa mano de un rey santo; y ¿cómo no han de afligir estas memorias á hombres ante cuyos ojos sólo se levantan los fantasmas de un porvenir lleno tal vez de peligros y de horrores?

Descúbrese por otra parte en Baeza una decadencia rápida. Sus calles están solitarias y en silencio, muchos de sus palacios huérfanos de su antigua aristocracia, las portadas de algunos de sus templos cubiertas de musgo, el suelo de sus santuarios lleno de zarzas y de escombros, privada la ciudad entera del rumor de sus talleres... y la vista de tanta soledad y abatimiento sumerge también en tristes ideas al que siente aún palpitar su corazón cuando considera cómo el tiempo va hundiendo en la nada ciudades que recibían ayer el homenaje de otros pueblos.

Baeza fué un día una ciudad romana (1), que aunque oscurecida durante el imperio por el esplendor de Cástulo, apenas sucumbió ésta á las armas de los bárbaros, creció en riqueza y población á la sombra de los primeros altares de la Iglesia. Llena de la grandeza de su rival, logró ya en tiempo de Wamba honrar con la silla episcopal su recinto manchado con la sangre de cien mártires; y capitulando á poco con los árabes, no sólo sostuvo intactas sus creencias y su fortuna al través de invasiones y guerras religiosas, sino que también, erigida en residencia de walíes y aun en morada de reyes, vió humillada á sus piés la frente de ciudades populosas. Participó de los males que las discordias atrajeron al imperio de los califas de Córdoba y los emires de Sevilla; pero defendida por las mismas vertientes de la loma que ocupa y por un alcázar cuyos muros torreados dominaban por todas partes sus frondosos valles, no sufrió de mucho lo que otros pueblos de Andalucía, no vió nunca ajadas del todo las hojas de su diadema. Á la entrada de los almohades vió ya sobre sí las armas del emperador Alfonso VII, y vió á poco flotando en sus torreones las sagradas banderas á cuyo

(1) Fué llamada Viatia, Biatia ó Beatia según cabe inferir de los textos de Livio y Ptolomeo y de una inscripción que publicó Loaisa:

Q. VALERIO. POSTUMO. BEATIANO.
Q. VALERII. CASTULI. F. QUI VIXIT.
ANN. XXXII. ANTONIA. AUR. EX.
TESTAM. B. M. P.

pié había caído la ensangrentada cabeza de tantos de sus hijos.

Cayó otra vez en poder de los árabes, que no dejaron de suspirar nunca por su alcázar y su cielo, y fué pronto el trono de Mohamed, ese rey ambicioso que por salvar su corona rindió homenaje en las orillas del Guadalimar á los reyes de Castilla; pero no estaba lejos el tiempo en que, salvada por los ejércitos de San Fernando, debía quedar para siempre cristiana y levantarse á la cumbre de su mayor grandeza. El santo rey, lleno de amor por ella, no perdonó medio para hacerla una de las ciudades más poderosas del norte de Andalucía: la pobló con sus más esforzados caballeros; le dió toda la tierra que corre desde el puerto de Muradal á las sierras de Bedmar y Jódar y desde las fronteras de Jaén á las de Úbeda (1); le hizo donación (2)

(1) Están determinados los términos antiguos de esta ciudad en el documento número 6 del archivo municipal. Es este documento una carta de donación del mismo San Fernando, y en ella leemos: Dono itaque vobis et concedo terminos per loca inferius nominata videlicet per Portum de Muradal sicut aquæ currunt versus Baetiam, et quomodo cadit per sumitatem serre usque ad directum ubi cadit Ferrumbral in Guadalquivir et de Ferrumbral per Guadalquivir ad sursum usque ad Torres sicut dividit terminum cum Jahen, et do vobis Torres cum suo termino, et deinde quomodo cadit per sumitatem serre de Bedmar et de Xodar sicut aquæ currunt usque Baetiam; et de serra de Xodar quomodo descendit directe ad Xandoliellam et Xandoliella cum suo termino sicut tenet usque Guadalquir, et deinde sicut Baetia dividit terminum cum Ubeta et deinde quomodo Bilche dividit terminum suum cum Scto. Stephano et cum turre de Alber, et deinde quomodo cadit directe usque ad sumitatem serre de Muradal; et perinde sicut tornat ad ipsum Portum, de Muradal: et cum Deus rendiderit Ubetam cultui cristiano, ut habeat terminos suos sicut habebat tempore sarracenorum... Hos supradictos terminos dono vobis et concedo ut vos jure hereditario habeatis et irrevocabiliter possideatis in eternum, ut illos qualis voluntas populatos aut heremos tineatis... Está fecha esta carta en Burgos á 18 días del mes de mayo, año de la Era 1269 (1231).

(2) Por una carta del mismo rey, dada en Valladolid á 6 de Abril del año 1291 de la Era (1253), sabemos que hizo donación á Baeza del castillo de Bilches, el de Baños, la torre de Estivel, los castillos de Huelma y Bólmez que estaban aún en poder de los moros, y los de Chincoya y Aolit, que poseía á la sazón Sancho Martín y debía poseer todos los días de su vida. Son curiosas algunas de las condiciones de esta donación: «Dono itaque vobis et concedo, dice la carta, castellum de Bilches cum omnibus terminis et pertinentiis suis quod ego vobis iam dederam sicut continetur in alio privilegio meo in quo omnes termini vestri nominantur (alusión á la carta citada en la nota anterior); ita tamen quod idem castellum de Bilches teneat semper de manu mei unus miles de Baeza quem ego voluero et ego dabo ei pro retentione de morabetinis meis secundam quod mihi placuerit et relinco ad opus mei cellarium ipsius castelli cum hereditate sufficiente ad decem yuga boum ad aruncem et cum viginti arenzadis vincarum et cum tribus arenzadis orti....

de torres y castillos en cuyas ruinas están hoy sentados pueblos importantes; la aforó (1); le hizo merced de muchos privilegios; y deseando consignar la memoria de los sucesos que precedieron y acompañaron la conquista, le dió por armas la puerta de su alcázar con una cruz y un aspa, geroglíficos significativos, al pié de los cuales dice aún con arrogancia la ciudad:

Entre dos torres doradas
Vide una cruz milagrosa
Con dos llaves argentadas
Y las puertas safiradas
Sobre sangre generosa.

Soy Baeza la nombrada,
Nido real de gavilanes;
Tiñen en sangre la espada
De los moros de Granada
Mis valientes capitanes. (2)

Animado siempre por la fe religiosa que fué el móvil de todas sus empresas, purificó los templos musulmanes, reedificó la ca-

---

Præterea concedo vobis castella de Huelma et de Bolmez cum omnibus terminis suis qui sunt in potestate sarracenorum; et si ea acquirere vel capere potueritis, quod habeatis ea pro hereditate et termino et si ego illa adquisiero vel cepero vel quicumque ea ceperit vel acquisierit post dies meos vel ante, quod det illa duo castella concilio de Baetia. Dono etiam vobis et concedo castellum de Chincoya et castellum de Aolit cum omnibus terminis et pertinentiis suis quæ castella tenet Sancius Martinus et debet tenere diebus omnibus vitæ suæ; sed post mortem ipsius Sancii Martini quod habeatis ea pro termino et hereditate tali tamen conditione quod sarraceni qui ibi fuerint custodiantur fideliter et teneantur ad convenientias quas habeant mecum et cum tuo Sancio Martini, et non queratis ab eis amplius quem dare debent et eosdem reditus quos mihi dant et Sancio Martini dent vobis concilio de Baetia, sed non exigatis ab eis amplius quam debetis; et si forte sarraceni voluerint inde recedere ad morandum in alio loco, absque alio gravamine quod eisdem faciatis recedant liberi et absoluti; et que ita recedentibus quod vos concilium de Baetia de cristianis populemini dicta castra.» Tanto respeto á capitulaciones celebradas con moros, tan escasos en número como impotentes para protestar contra cualquier violación de lo prometido, honra verdaderamente á San Fernando (*Archivo municipal de Baeza*, docum. núm. 9).

(1) No hemos encontrado la carta en que se la aforó; pero sabemos que se la otorgó el fuero de Cuenca por muchos documentos del mismo archivo, y sobre todo por una carta del rey D. Sancho, fecha de Medina del Campo á 20 de Junio de 1305, en la que á petición del concejo de la ciudad corrige aquel rey este fuero introduciendo en él disposiciones acertadísimas, sumamente humanitarias y dignas bajo todos conceptos de ser guardadas y estudiadas (*Archivo munic. de Baeza*, documento núm. 19.)

(2) Están escritas estas quintillas debajo de las armas de la ciudad en las nuevas casas consistoriales. La cruz milagrosa alude á la de fuego que vieron los fugitivos cristianos desde el lugar que llaman la Asomada, cuando muerto Mohamed, atacaron los moros el alcázar (véase el cap. 10); el aspa, de que no hablan las dos quintillas, pero sí Gratia Dei que las compuso, al instrumento de martirio de Andrés, en cuyo día se supone que fué tomada definitivamente Baeza.

tedral que había levantado según tradición el emperador Alonso, y restauró en ella la silla de sus antiguos prelados, oscurecida durante tantos siglos por el islamismo.

No duró mucho tiempo en Baeza esta cátedra sagrada que trasladó el mismo San Fernando á Jaén tres años después de haberla vencido (1); pero no por esto perdió la ciudad en esplendor, antes se vió á poco más y más honrada y favorecida por los reyes que después de su conquista se sentaron en el trono de Castilla. Alfonso el Sabio la declaró exenta de pagar portazgo y montazgo en las tierras situadas más acá del Tajo (2); Sancho el Bravo le dió por juro de heredad Jódar y su término (3); Fernando el Emplazado confirmó cuán anchamente pudo los fueros que le otorgaron sus antecesores (4); Alfonso XI le ratificó la propiedad de las salinas de Recena y de Jarafe, y la defendió contra los que la poseían á viva fuerza y los que cobraban injustamente el tributo de la robda en Bailén, Linares y otros lugares comprendidos dentro de sus mojones (5); Pedro I y Enrique II confirmaron sin restricción sus privilegios (6); Enrique IV, que en un momento de expansión tuvo la

(1) Sobre este punto conviene trasladar lo que dice entre otros autores el Padre Bilches en sus *Santos y Santuarios del obispado de Jaén y Baeza*, pág. 134.... y así procuró (San Fernando) trasladar á ella (á Jaén) la iglesia de Baeza. Tuvo esto efecto en parte pasados más de tres años, como en otro lugar veremos, quedando unos Prebendados en el templo antiguo de Baeza, y pasando otros al nuevo de Jaén, y ambos hacen una iglesia formal, aunque dividida en dos templos materiales, el uno y el otro con título de Cathedral.

(2) (*Archivo mun.*, doc. núm. 11.) El portazgo y el montazgo debían pagarlo los Baezanos sólo en Sevilla y Murcia.

(3) (*Archivo mun.*)

(4) (*Archivo mun.*, núm. 4.)

(5) Las salinas de Recena y de Jaral eran propiedad de Baeza, quizás ya en el mismo reinado de San Fernando; mas como no hemos encontrado la carta original de donación, sólo citamos en el texto la confirmación hecha por este Alfonso (*Archivo mun.*, núm. 21.)

(6) El rey D. Pedro no se sentía al parecer muy inclinado á confirmar los fueros de esta ni de las demás ciudades; pero al fin los confirmó. En una carta fecha en Sevilla á 15 de Mayo de 1350, contestando á una petición del concejo sobre que le confirmara el fuero de Cuenca, decía: «Á esto vos respondo que quando confirmaré los fueros é privillegios é cartas á las otras de las cibdades é villas é lugares de mis regnos que me enviedes los privillegios é cartas é fuero que avedes,

debilidad de entregar al condestable de Castilla Miguel Lucas los lugares de Baños y Linares, se los devolvió al verla combatir el alcázar y derramar con furor su sangre (1); Isabel la Católica, por fin, la declaró inenajenable cuando más temía la ciudad por sus libertades y creía ser entregada al dominio de los barones castellanos que acababan de apoyar la corona en las sienes de los reyes católicos contra las armas de la bastarda D.ª Juana (2). Estuvo durante siglos tan enaltecida, que excitó no pocas veces los celos de muchos pueblos comarcanos. Durante el reinado de Alfonso XI, Jaén, no pudiendo disimular el encono que ya de muy antiguo le tenía, le movió pleito sobre sus términos; y dejando las razones por las armas, entró con su pendón en el territorio de la ciudad, puso los mojones que bien le parecieron y tomó y llevó á la fuerza gran número de los ganados de los que allí pacían (3); pocos años después Úbeda

é yo veerelos é faré sobre ello lo que mi merced fuere.» Era esto á la verdad amenazador; pero no se había pasado un año cuando había confirmado á esta ciudad todos los fueros (*Archivo mun.*, docum. núm. 138 y núm. 62).

(1) Este hecho, y sobre todo el documento de que lo sacamos, acaba de probar, si es que se necesita de mayores pruebas, cuán débil, veleidoso é incapaz fué el antecesor de los grandes reyes D. Fernando y D.ª Isabel (*Archivo mun.*, documento núm. 13.)

(2) (*Archivo mun.*, doc. núm. 32.) El rey D. Juan II la había dado antes en patrimonio á su hijo el príncipe heredero D. Enrique, pero también con la condición de que ni él ni sus sucesores pudiesen enajenarla ni separarla de la corona bajo pretexto alguno (*Archivo mun.*, doc. núm 6.)

(3) El concejo de Baeza se quejó de este atropello á Alfonso XI, y éste por carta dada en Cuenca á 5 de julio de 1338 delegó á Juan, obispo de Jaén, para que entendiera en este negocio. Procedió desde luégo el prelado á actuar; y oídos testigos, vistos los documentos necesarios, atendidos los defensores de ambas partes, y leídos los escritos que una y otra presentaron después de haberlo hecho examinar todo diligentemente por hombres buenos sabedores de derecho, falló que ambos concejos debiesen poseer en adelante de consuno los términos que habían sido objeto de tan grave contienda. Consentida la sentencia, pasó el mismo obispo en 26 de Enero de 1341 á señalar los dichos términos para que sobre ellos no pudiesen ya caber más dudas. Acompañáronle en esta operación por parte de Jaén Alfonso Diago, canónigo, Pedro Gómez, alcalde, Fortún Sanchez, mayordomo, Sancho Martínez, etc., y por parte de Baeza Fernando Martínez, alcalde, Juan Domínguez, jurado, Juan García de los Perales y otros. «É pusieron conforme á la sentencia los mojones, el primero cerca del camino que va de Jahen á Torres, en una mata parda encima de la fuente de D. Pardo, el segundo en un páramo cotante al arroyo alamoso, el tercero en la angostura del arroyo vil» (*Archivo mun.*, documento núm. 39.)

pretendió gozar con ella en común de la caza, pesca, prados y aguas de sus fronteras (1); y Bailén le suscitó contiendas ruidosas, que no terminaron hasta que, poniendo en ellas la mano el Rey Católico, condenó á la indócil súbdita de Baeza á que la pagara todos los años un tributo de dos mil fanegas de trigo (2).

Vióse en este largo período una vez amenazada de muerte; pero triunfó por sí sola de sus enemigos. Presentóse ante sus muros en 1368 el arráez Abdalá con ochenta mil infantes y cinco mil caballos, y orgulloso por las victorias que acababa de alcanzar en otras ciudades cristianas, apenas los vió, cuando batiéndolos por todas partes, escaló y tomó la torre y puerta de Bedmar, que miran al camino de Granada. Creíase ya vencedor de la ciudad; pero no tardó en ver sobre sí á Rui Fernández de Fuen-Mayor, que entrando espada en mano en el torreón, le mató de una cuchillada en la cabeza, arrojó al foso gran muchedumbre de infieles, é hizo tanto estrago en los que ocupaban la llanura, que les obligó á levantar el cerco con mucha pérdida de honra, de gente y de caballos. Combatía Baeza por D. Enrique y el moro por D. Pedro (3); y encendida más en odio contra este rey que contra los infieles, ni tembló á la vista de tan poderoso ejército, ni se estremeció al sentirlos dentro de sus mismos torreones, ni pensó más que en morir primero que doblar la rodilla ante los que iban á imponerle las leyes de un monar-

(1) Rechazó esta pretensión Alfonso XI en su carta fecha á 2 de Julio de 1338 (*Archivo mun.*, doc. núm. 17.)

(2) Existen en el Archivo municipal muchos documentos relativos á estas cuestiones. Véase sobre ellas á Bilches y á Jimena.

(3) Á este hecho se refiere aquel tan citado romance:

Cercada tiene á Baeza
Ese Arraez Audalla Mir
Con ochenta mil peones,
Cavalleros cinco mil.
Con él va ese traidor,
El traidor de Pero Gil;
Por la puerta de Bedmar
La empieza de combatir.
Ponen escalas al muro,
Comiénzanle á conquerir:
Ganada tiene una torre,
No le pueden resistir;
Cuando de la de Calonge
Escuderos vi venir:
Ruy Fernandez va delante
Aquese caudillo Ardil.
Arremete con Audalla
Comiénzale de ferir:
Cortado le ha la cabeza,
Los demas dan á fuir.

ca, á quien aborrecía hasta el punto de llamar traidor á Pedro Gil, que por servirle militaba bajo las banderas de los moros.

Conoció con este hecho Baeza cuánto era su propio poder, y no temió luégo salir á arrostrar diversas veces la cólera de los reyes de Granada, cuyos ímpetus contribuyó á detener en 1407, cuando Mohamed, acompañado del temido Reduán y de ochenta y seis mil combatientes, marchó sobre Jaén y la amenazó con tomarla por asalto. Socorrió entonces con una hueste crecida á los jaeneses, y no tuvo poca parte en la muerte de Reduán, que cayó del caballo herido de una lanzada, y en la fuga de Mahomed, que viendo frustradas sus esperanzas, quemó cuantos caseríos pudo, y taló huertas, viñas y olivares. Era rival y hasta enemiga de Jaén; pero supo acallar sus pasiones al verla en peligro, y mereció por su generosidad que el concejo de la capital socorrida le dirigiese una carta donde le agradeció en los términos más expresivos tan señalado servicio.

Gozó después de una calma profunda hasta fines del siglo XV, en que las manifestaciones turbulentas de su aristocracia indujeron á D.ª Isabel á mandarle á Pedro de Barrio Nuevo para que en su nombre y por su mandado derribara el alcázar, la torre de los Aliatares, las de las puertas de Jaén, el Postigo y la Azacaya, y el torreón de la puerta de Úbeda, fortalezas que acababan de ser reparadas y habían de infundir justos recelos á una reina que no creía bien sentada su corona sino sobre las ruinas de su nobleza (1). Resistió con tenacidad la orden ter-

(1) Es sumamente interesante la carta en que D.ª Isabel participa esta resolución suya á la ciudad: «D.ª Isabel por la gracia de Dios, etc., al concejo, justicia, regidores, cavalleros, escuderos, personeros, diputados, oficiales é omes buenos de la noble é antigua cibdad de Baeza, é á qualquier é qualesquier de vos á quien esta mi carta fuere mostrada. Salud é gracia. Sepades que yo envio á esa cibdad á Pedro de Barrio Nuevo para que en mi nombre é por mi mandado reciba el alcázar della é la derribe, é asímismo el torrico de la puerta de Úbeda segund que mas largamente se fase mencion en una mi carta patente que sobre ello le mandé dar é que por ella vereis; é por quanto yo so informada que en esa dicha cibdad han enfortalecido ciertas torres, especialmente la de los Altares é las torres de las puertas del Postigo, é del Azacaya é la de Jahen; por ende yo vos mando á todos é á cada uno de vos que las dedes é entreguedes al dicho Pedro de Barrio Nuevo é

minante de la que acababa de asegurar en sus manos el cetro de Castilla; pero no tardó en verse desgarrada por las discordias que se movieron entre sus caballeros de más alta cuna. Tomó una parte activa en el levantamiento de las comunidades; y cuando aún no había derramado su sangre sino al pié de la cruz ó en luchas contra infieles, tuvo que contemplar ensangrentadas sus calles por la mano de sus propios hijos. Ciegos estos de ira contra Carlos V, se alzaron á voz de comunidad, quitaron las varas de la justicia al corregidor y á seis oficiales, pusieron otros de su mano tanto en la ciudad como en las villas y lugares de su término, celebraron juntas y hablaron contra el emperador, y apenas supieron la muerte de D. Luís de la Cueva, uno de sus más ardientes partidarios, invadieron las casas de los del linaje de los Carbajales que suponían afectos al monarca, las derribaron y quemaron, y después de haberles tomado armas y caballos, desterraron á la mayor parte de los que

---

fagades dar é entregar para que luego entregado dellas las derribe é faga derribar, porque asy cumple á mi servicio é bien é paz é sosiego de la dicha cibdad, para lo qual le do poder complido por esta mi carta, é mando á qualquier ó cualesquier personas de qualquier estado ó condicion, preheminencia ó dignidad que sean que tienen las dichas torres é fuerzas, que luego que por su parte fueren requeridos gelas den é entreguen para que las él faga derribar como dicho es. É yo les alzo é quito por la presente é suelto qualquier pleito é omenage que tengan fecho por ellas asy á esa dicha cibdad como á otras cualesquier personas, é los do por libres é quitos de todo ello á ellos é á sus linages é bienes; é que para todo ello vos junteis con el dicho Pedro de Barrio Nuevo é le dedes é fagades dar todo el favor é ayuda que vos pidiere é menester oviere, é que asy lo fagades é cumplades sin me requerir ni consultar sobrello ni esperar otra mi carta ni mandamiento so las penas quel dicho Pedro de Barrio Nuevo vos pusiere de mi parte, las quales yo por esta mi carta las pongo é do por puestas, é no fagades nin fagan ende al sopena de la mi merced é de privacion de los oficios é de confiscacion de los bienes de los que lo contrario fizieredes para la mi cámara; é ademas que hayaes perdido é perdaes por el mismo fecho todas é cualesquier mercedes que de mi avedes é tenedes en los mis libros asy de tierras como de mercedes é raciones é quitaciones como en otra cualquier manera, lo qual todo sea confiscado é aplicado; é yo por la presente confisco é aplico de agora para entonces á la dicha mi cámara é fisco sin otra sentencia ni declaracion alguna. É mando so la dicha pena á qualquier escrivano público que para esto fuese llamado que de ende al que la mostrare testimonio signado con su signo porque yo sepa en como se cumple mi mandado. Dada en la villa de Tordesillas á veinte é cuatro del mes de junio, año del nascimiento de Ntro. Sr. Jesucristo de mil é quatrocientos é setenta é seis años.—Yo la Reina.—(*Arch. mun.*, doc. núm. 15.)

llevaban el nombre de tan desgraciado como ilustre linaje. Sabedores á poco de que los matadores de D. Luís estaban en la villa de Jódar, salieron furiosos de la ciudad, ya á pié, ya á caballo, y atacaron de improviso la fortaleza de la villa; y ya que creyeron imposible ganarla, cebaron su encono en las casas y bienes de los vecinos, que incendiaron y arrebataron como si fueran de sus más implacables enemigos. Deseosos de defender á Villacarrillo contra los ataques de García de Villarroel, adelantado de Cazorla, se arrojaron después sobre Villanueva, y la saquearon también y la quemaron, y pasando á muchos hombres por la espada, la llenaron de terror y sangre. Derribaron la fortaleza de Ibros, empezaron á derrocar la de Baños, depusieron los alcaides y pusieron otros nuevos, regresaron á la ciudad, entraron en la casa de Juan de Benavides, y como si tantas muertes é incendios no bastasen aún á templar su cólera, pelearon entre sí por cierta pendencia que hubo, y cayeron en gran número unos heridos, otros ya cadáveres. Querían detener á toda costa la política del emperador, que hería sus sentimientos de nacionalidad confiando á extranjeros los negocios del Estado; pero no lograron sino lastimar á Baeza y obligarla á que vencida y cubierta de rubor la frente doblase la rodilla ante ese mismo monarca á quien tanto aborrecía. Debió hacer aún más Baeza: debió pedir el perdón y el olvido de lo pasado á los pueblos que acababan de sentir el rigor de las armas de sus hijos. Afortunadamente estas poblaciones, lejos de negarse á la demanda, accedieron gustosas á cuánto les pedía; por lo que el emperador no menos generoso les escribió una carta en que les concedió su gracia (1).

Cesó, por fin, la guerra en Baeza vencidas ya las comuni-

(1) Por esta misma carta sabemos los detalles que acabamos de dar sobre el levantamiento. Es esta una pintura fiel de una verdadera sublevación popular, y como tal, digna de ser copiada á la letra; pero es muy larga en el texto, y nos hemos ceñido tanto á ella, que temeríamos ser pesados continuándola aún en una nota. (*Arch. mun.*, doc. núm. 26.)

dades y allanados los obstáculos que se oponían á la paz; pero quedó entre cenizas el fuego de las discordias pasadas y brotaban chispas capaces aún de promover grandes incendios, apenas las removiese el más leve soplo de las pasiones populares. Guardaban muchos corazones rencor y deseos de venganza; crecía el odio de los padres en la sangre de los hijos; y no era raro ver amanecer muerto en una calle al que ayer había amanecido lleno de vida y de esperanza. Brillaba el puñal en la oscuridad aun en manos de hombres sensatos; y cruzaban por todas las frentes pensamientos criminales y de muerte. Velaba el ojo de la justicia en medio de la soledad y del silencio; castigábase en el cadalso toda especie de delitos, y hoy se oía publicar á voz de pregón bandos sangrientos, y mañana pedir con voz lastimera por el alma de los reos; mas sólo la religión pudo entonces con buen éxito desplegar sus labios. El maestro Juan de Ávila, viendo en tan triste estado ciudad tan noble, imploró el favor del cielo, y lleno de amor y de elocuencia, habló al corazón de los baezanos bajo las bóvedas del templo, en lo más alto de sus plazas y en el seno mismo del hogar doméstico. Inspirado por las circunstancias, ya reprendía suavemente, ya tronaba con ardor contra los crímenes que llegaban á sus oídos, ya en medio de sus enérgicas peroraciones suplicaba fervorosamente á Dios que alumbrase la razón de los fieles ofuscada por las pasiones, ya derramando vivas lágrimas de amargura comunicaba á cuantos le oían el sentimiento de caridad que alentaba su espíritu y hacía palpitar su pecho. Estaba, según su historia, tan elocuente, que atrajo á poco hacia sí hasta los corazones más duros, apagó el odio, acalló la voz de la venganza y volvió hermanos á los que eran antes enemigos.

Renacieron entonces en Baeza las ideas religiosas: el remordimiento inclinó al suelo las frentes que antes levantaba el orgullo; volvió la piedad mansos y dulces los ojos de los que ayer no despedían sino miradas de ira; juntó la cruz las manos que no podían hace poco cerrarse sino sobre la cruz de las

espadas. Pero había pasado ya para siempre el tiempo de más esplendor para Baeza: si la religión le había devuelto la paz, no podía ya restituirle sus riquezas. La aristocracia, que era su vida, iba cayendo por momentos á los redoblados golpes de los reyes de la casa de Austria; y si quería conservar el brillo de otros tiempos, debía trocar su castillo ó su ciudad por la corte, á fin de que la alcanzasen los rayos de luz del trono; y había de ser indudablemente la muerte de la ciudad la de su nobleza. Así se la vió decaer rápidamente después del siglo XVI; así se la ve hoy triste y abatida, sin ser más que sombra de lo que fué algún día.

Conserva, sin embargo, restos grandiosos de sus mejores tiempos, que merecen ser estudiados y descritos. No los hay ya de los siglos romanos en que fué tal vez fundada; no los hay tampoco de la época goda en que prosperó y floreció sobre las ruinas de Cazlona; casi no los hay ya de los tiempos árabes, cuyo gusto no reflejan sino algunos lienzos de muralla y una torre llamada de los Aliatares, que se levanta tétrica y sombría en el ángulo de una plaza como negro fantasma de lo pasado; pero los hay aún del reinado de los Fernandos y los Alfonsos, los hay que recuerdan el imperio de Carlos V y brillan con los primeros fuegos del renacimiento, y en ellos es fácil todavía leer recuerdos y admirar bellas páginas del arte. Sus fachadas de San Juan y el Salvador llevan apoyadas en ligeras columnas las planas cimbras concéntricas del arte bizantino; su pequeña iglesia de San Pedro guarda impreso en una de sus portadas el tosco y severo sello de la arquitectura del siglo XII; y cabe todavía estudiar la marcha del arte en estas tres iglesias. La puerta de San Pedro tiene su primera cimbra cilíndrica y labrada, y la última cubierta de cabezas caprichosas y figuras que corren á lo largo de un ancho follaje; pero es aún muy grave en el conjunto, muy descuidada en los detalles; la de San Juan con su primer arco claveteado y la imagen del santo titular en un ángulo, no presenta ya tanta austeridad, pero sí mayor belleza;

la del Salvador, adornada en toda su cimbra y capiteles de hojas delicadas que ha de agitar al parecer el más dulce soplo de las brisas del otoño, no sólo no excita ya aquella impresión de terror religioso que suele producir en otras una ejecución grosera y formas tan raras como indefinibles, parecidas á las de los geroglíficos y enigmas de otros pueblos; sino que parece sonreirse modestamente al artista y hacerle descubrir en sus delicadas líneas la mano de un siglo donde las ideas de la cruzada habían ya enardecido la fantasía y despertado en el corazón sentimientos religiosos menos sombríos, pero mucho más tranquilos. Es ciertamente sensible que al través de sus arcos en degradación no se pueda descubrir el tabernáculo en el fondo del ábside, ni la severa bóveda de cañón seguido descansando sobre muros macizos ó sobre columnas en cuyos capiteles haga oscilar la luz de las lámparas las vagas formas de flores simbólicas y fantásticos seres animados. Al través de la puerta del Salvador (1) no se descubre sino un frío templo greco-romano, donde ni siente el corazón ni se mece la fantasía entre brillantes aureolas; al través de la de San Juan sólo se extienden á los piés del observador tres naves separadas por altas columnas en que descansan sencillísimas ojivas; al través de la de San Pedro se ve una capilla pequeña, oscura, cubierta de ruinas; pero tampoco bizantina. Su planta es una simple cruz latina: crecen gruesos machones junto á sus recios muros: las únicas dos capillas que contiene son profundas y llevan sentadas sus bóvedas sobre cuatro columnas puestas en los ángulos: humildes gradas separan el presbiterio de la nave, y cubren á una y otra techos aún más humildes de madera; no son los arcos plenas cimbras, sino ojivas esbeltas que contrastan tristemente con sus pesados pilares y robustos paredones. Reina, sin embargo, cierta armonía entre el templo y la portada: se siente en el exterior como en el interior, y asaltan en todas partes tétricos

(1) En ella se lee: Diego Contreras me fizo.

y amargos sentimientos. Delante de la puerta hay un pequeño patio entre cuya yerba asoma una que otra piedra antigua donde están entallados caracteres ya indescifrables: saltan en él acá y acullá alegres niños que pisan con indiferencia aquellos escombros que reclamaría, si tuviese voz, el monumento; y sufre por éste el corazón sensible al ver tan aislada y sin oir más rumor que el de los juegos de la infancia una puerta que vió en otros tiempos pasar bajo sus arcos pueblos y reyes, y recibió con semblante adusto las plegarias del penitente á quien estaba aún vedado doblar la rodilla en el fondo del santuario. El interior está medio hundido entre ruinas, y se ve asomar todavía entre el polvo huesos de esqueletos humanos; aparecen en las descascarilladas paredes restos de pinturas góticas que cubrió de cal la ignorancia; lo que está aún en pié amenaza caerse; y todo parece retratar al vivo en medio del silencio más profundo el estado de la sociedad en que vivimos. No sólo este templo sino también toda la iglesia está cubierta de maleza y de escombros. En medio del frío barniz de la filosofía y de la crítica aparecen también cuadros llenos de religión y sentimiento; pero amenaza caerse como estas paredes el fondo en que los pintó la mano de otros siglos.

Conserva esta reducida iglesia otra fachada romano-bizantina situada en lugar no menos melancólico. No se distingue de la otra sino en presentar ligeramente apuntados sus arcos concéntricos; pero ¡cuánta más poesía no respira medio cubierto su muro por el musgo, lleno de zarzas y de espinas el patio que á sus piés se extiende, y las paredes que la cercan casi ocultas por la yedra! Se dobla la frente sobre el pecho ante este cuadro ejecutado á medias por la naturaleza y por el arte; y no ya la tristeza sino la melancolía es quien la dobla.

No lejos de esta iglesia levanta al aire la catedral su vasta mole. No es su grandeza, ni su fachada, de orden compuesto, ni sus espaciosas naves, divididas por frías columnas greco-romanas, lo que atrae las miradas del artista; es también una pe-

queña puerta árabe-bizantina, abierta modestamente en un ángulo, junto á una torre sombría en que está escrita entre dos grandes escudos una larga inscripción, ya medio devorada por los siglos (1). Consiste esta humilde parte del monumento en un simple arco trilobado, sobre el cual abre un estrecho rosetón sus círculos concéntricos y resalta la figura de un obispo en una piedra cuadrangular parecida á la losa de un sepulcro. El arco lleva en su íntrados dos recios toros; el rosetón en sus circunferencias, hojas, flores y cabezas raras; la piedra sepulcral, una orla de caracteres góticos, que recuerdan estar sepultado allí Pedro Pascual, aquel antiguo prelado de Jaén que fué á morir mártir en Granada (2). Todo es allí también sencillo y grave; y lo que más nos impone no es aún su carácter, sino la triste soledad que la rodea, y sobre todo la voz de la tradición que nos parece hablar aún desde el fondo del sepulcro. Muerto el santo obispo en Granada, nos dice, dos ciudades eternamente rivales se disputaron su cadáver. La querella hubiera podido ser sangrienta; y para evitarla se consultó la voluntad del mártir y se quiso oir la voz del cielo. Púsose el cadáver sobre el lomo de una mula; y se la dejó libre para que siguiera el camino que le indicara el dedo de Dios. Partió la mula, y cruzó valles y arroyos y ríos y cerros escarpados; y caminó la noche como el día;

(1) He aquí lo que pudimos leer de esta inscripción: E fué Diago Lopez conpanero é obrero, é obraron este retablo Feran Lopez cantero é Juan Sairbs platero.—«En el año del Señor de mill é treszientos é noventa é cinco años regnante en Castiella el muy alto señor rey D. Enrique con la reina D.ª Catalina é seyendo obispo deste obispado D. Rodrigo natural desta ciudad. . . . . en el año del Señor de mill é docientos é diez é nueve años é dña. . . . .» El retablo de que se hace mención arriba será el que habría en una de las primeras capillas de la izquierda entrando por esta misma puerta de la Luna de que hablamos en el texto.

(2) Léese en esta orla: «sepulcrum: domini: p: nicolai: na. . . . . tensis: dei: et: apostolice: sedis: gracia: episcopi: giennsis: anima: eius: requiescat: in: pace: amen.» Este Pedro Nicolás no puede ser otro que el prelado de quien hablamos en el texto: según lo que cabe leer aún de la inscripción, fué el allí enterrado obispo de Jaén y de Granada, y no se sabe de otro que de Pedro Pascual que haya reunido en su cabeza las mitras de estos dos obispados. (V. al padre Bilches en sus *Santos y Santuarios del obispado de Jaén y Baeza*, pág. 146 s. q.)

y llegada al amanecer á Baeza, entró por el arco de Bedmar, y cruzó calles y plazas, y no se detuvo hasta esa pequeña puerta de la Luna, cuyo umbral doraba á la sazón el sol con uno de sus rayos. Penetró apenas en ella cuando quedó fija é inmóvil como si fuera de mármol; y no bien hubieron levantado de su lomo los sagrados restos, cuando cayó como herida del rayo sobre esas piedras ya desgastadas que huellan hoy con indiferencia los cristianos.

Vista la portada no queda casi más que admirar en tan grandioso templo. Asoman á la derecha algunos arranques de arcos claveteados que revelan la pasada existencia de otra puerta bizantina; pero no existen sino para atormentar la imaginación, que pretende reedificar en un momento lo que derribó el soplo del tiempo y la mano de los hombres. La catedral de San Fernando ha desaparecido: no existen de ella sino una que otra capilla gótica, y aun estas invadidas por el gusto de otros siglos. En lugar del templo del siglo XIII queda hoy uno del siglo XVI, rico, elevado, espacioso, pero falto de sentimiento. ¡Qué lástima que no podamos ya aumentar ni conservar en su interior las bellas impresiones que recibimos aún antes de pisar los umbrales de la puerta de la Luna!

La Edad media había enriquecido á Baeza con muchos monumentos; no pocos han caído como en otras ciudades bajo el pico y el azadón de los arquitectos que se han atrevido á llamarlos hijos de la ignorancia y la barbarie. ¿Dónde está esa Santa María del Alcázar, en uno de cuyos arcos estaban entallados los nombres y los escudos de los caballeros que conquistaron y poblaron esta ciudad, durante cinco siglos esclava de los árabes? (1).

(1) Esta iglesia, de que no quedan ya ni ruinas, suponen los cronistas que era la más antigua que había en Baeza. Dicen que fué en su origen un templo consagrado á Júpiter, que pasó á ser iglesia en tiempo de Constantino el Grande, que los árabes, lejos de destruirla, la convirtieron en mezquita, que la restauró Alfonso el Emperador, que la reparó Fernando el Santo, que, poseedora de una imagen cuya escultura revelaba la mano de los primeros siglos de la Iglesia, fué desde la conquista definitiva de Baeza tan mentada en toda la Península, que se hizo objeto de largas é incesantes peregrinaciones. Por más que dudemos de tanta antigüedad

¿Dónde está ese mismo alcázar que dió paso por la puerta del conde al temido Lope de Haro, á quien recibió con tanto júbilo en sus brazos el maestre de Calatrava? (1). ¿Dónde están los santuarios bizantinos á que debieron estar unidas las portadas del Salvador y de San Pedro? Ni restos quedan de Santa María: los nombres y los escudos de los conquistadores se conservan aún en la iglesia de San Andrés, pero pintados, no esculpidos, faltos de sus antiguos colores, y sin guardar armonía con las bajas y oscuras bóvedas del templo (2). Del alcázar sólo se levantan ya ruinas que á largas leguas de distancia hablan al viajero de lo que fueron él y la ciudad que guardó bajo sus muros. En lugar del santuario del Salvador hay un templo moderno que inundan de luz espaciosas ventanas; en lugar del santuario de San Pedro ha visto ya el lector esparcidos por el suelo los escombros de una capilla medio gótica.

Perteneciente á la Edad media no queda ya que ver en Baeza sino una página del estilo ojival en decadencia. Hay cerca de la catedral una plaza, á que dan sombra algunos álamos fron-

---

é importancia, no podemos menos de sentir la total destrucción de un templo que encerraba una página brillante de nuestra historia, y sería á no dudarlo de algún interés cuando Rodrigo Narváez, obispo de Jaén, la erigió en Colegiata á 2 de Febrero de 1401.

(1) He aquí cómo describe esta obra, ya casi enteramente arruinada, el P. Bilches, que escribía en el siglo XVII. «Es la alcázar de Baeza una hermosa ciudadela, situada sobre un monte, remate del que ocupa la ciudad, cortada por tres partes, con que se hace muy vistosa y casi inespugnable. Tiene de longitud cuatrocientos pasos y de latitud doscientos en forma de ladrillo, altera parte mayor que dicen los geómetras. Su mayor fortaleza era un castillo, casas de palacio de los reyes: hoy se conserva el nombre en las ruinas. Deste salían dos murallas seguidas artificiosamente por la ceja del monte, y estaban bien torreadas, y lo que es más, fortalecidas con dos antemuros, uno artificial, otro de peña tajada. Tenia dos puertas, y salian una al campo, otra á la ciudad, las calles bien formadas y plaza competente.» (*Sant. y Santuarios del obispado de Jaén y Baeza*, pág. 211.)

(2) En Bilches y Jimena están copiados estos escudos tales como se conservaban en Santa María á mediados del siglo XVII. Los apellidos que en estas copias leemos son los siguientes: Narváez, Palomino, Chico de Haro, Martínez de Jódar, Estévanez, Hornos, Díaz de Mendoza, Romano, Jimena, Ochoa, Cervantes, Clavijo, Cárdenas, Salazar, Vela, Mescua, Maza, Navarrete, Argote, Lorite, Gotor, Lechuga, Jurado, Moreno, Rubio Salcedo, Godoy, Medina, Iváñez, Gámez, Pino, Duque, Ribilla, Barrio Nuevo de Valderas, Ortiz, Bilches, Vera, Gallego, Jordán, Garrido de Dios y Ayuda, Padilla, González de Mendoza, Antolínez.

dosos: álzase en ella al norte la puerta de San Juan, y al occidente la rica fachada de San Felipe, tan ataraceada, que llega á vencer en número de molduras las más complicadas creaciones del Renacimiento. Esta fachada es sin duda muy interesante para la historia del arte. En medio de una pared de sillería, encerrada entre dos altas columnas, cuyos grandes capiteles cónicos son al parecer imitación de los que en forma de estaláctitas adoptaron en sus últimos tiempos los árabes de España, ábrese una puerta ojival algo aplastada, corrida de una guirnalda, en torno de la cual presenta variados y vistosos grupos una larga serie de ángeles. Campea sobre el dintel entre dos agujas de crestería un ajimez compuesto de dos ojivas recamadas de follaje, debajo de cada una de las cuales cargan sobre dos columnitas otros dos arcos apuntados: levántase á cada lado del ajimez otro más sencillo, puesto también entre pilares; sobre las columnas de los ángulos, medios templetes octógonos; entre cada dos agujas, un gran escudo de armas; y forma todo un conjunto tan pintoresco, que por largo rato descansan con placer en él los ojos, por más que á la primera mirada deban ya descubrir del todo rota aquella unidad admirable que en medio de la mayor complicación de detalles supo presentar el goticismo en sus mejores tiempos. Las líneas de esta fachada no son ya rectas, sino ondulantes; la curva ojival está exageradísima, mezcladas y confundidas muchas formas heterogéneas, distribuídas sin sentimiento las molduras; pero es tan poético su estilo, están trabajados con tanta delicadeza los adornos, y se conservan tan limpias y enteras las más tenues líneas, que no sin razón la prefiere el artista á otras fachadas de gusto moderno, aunque vea seguidas en ellas con más escrupulosidad las reglas del arte. ¡Es por otra parte tan bello el color de esta fachada! Cuando la hieren los primeros rayos del sol al través de los ramajes de los álamos, no parece sino que los vemos oscilar sobre un fondo de oro.

El interior de San Felipe no corresponde tampoco al exte-

rior, que, todo greco-romano, apenas tiene notable más que un claustro espacioso, cuyas elegantes cimbras descansan en columnas de mármol. Es un monumento rico y alegre, pero no del mejor gusto, y los hay en la ciudad que merecen ser más conocidos y estudiados. El interior de San Felipe no tiene carácter propio; y lo tienen las antiguas Casas Consistoriales y la Cárcel que levantó el Renacimiento, las puertas de Úbeda y Jaén, el Pósito, algunos palacios que trazó el severo gusto del imperio, las soberbias é imponentes ruinas del convento de San Francisco, donde cabe apreciar aún toda la majestad y nobleza del arte moderno.

Ostentan las antiguas Casas Consistoriales su gracioso exterior junto á la puerta de Jaén, compuestas de dos ojivas en cuyos muros almenados están entalladas, bajo un arco de tres segmentos, las armas imperiales. La cal que lo cubre no permite apreciar la delicadeza de todos sus detalles; pero deja conocer aún toda la armonía y belleza del conjunto. Consta esta fachada de dos cuerpos: en el primero, entre cinco columnitas adornadas de modestos capiteles, sobre cuyo entablamento están sentados otros tantos leones, abríanse en otro tiempo cinco puertas, ya cegadas, encima de cuyos dinteles campean algunos escudos entre torres y bellos bustos romanos cincelados en el centro de elegantes medallones. Constituyen el segundo cinco ventanas de antepechos muy salientes, en cuyos ángulos dos columnitas sostienen sobre ricos dinteles frontones adornados de jarras, ángeles y mascarones en el vértice y en las antas, y de cartelas sin leyendas en el tímpano. Son los dos tan sencillos como elegantes, y producen un bello efecto corridos como están en su parte superior por una cornisa en que asoman caprichosas gárgolas. Y lo son mucho más, si después de haber fijado los ojos en una pequeña torre levantada en el ángulo que forman con la puerta de Jaén, torre sobre la cual está dentro de un humilde templete la imagen de la Virgen, llamada del Pópulo, echa una mirada el viajero en torno suyo, y ve en medio de una

plaza sobre el mar de una fuente moderna la figura de una Cibeles entre cuatro leones.

La belleza de los alrededores aumenta la de los edificios: así se presentan tan agradables esta fachada y la de la Cárcel,



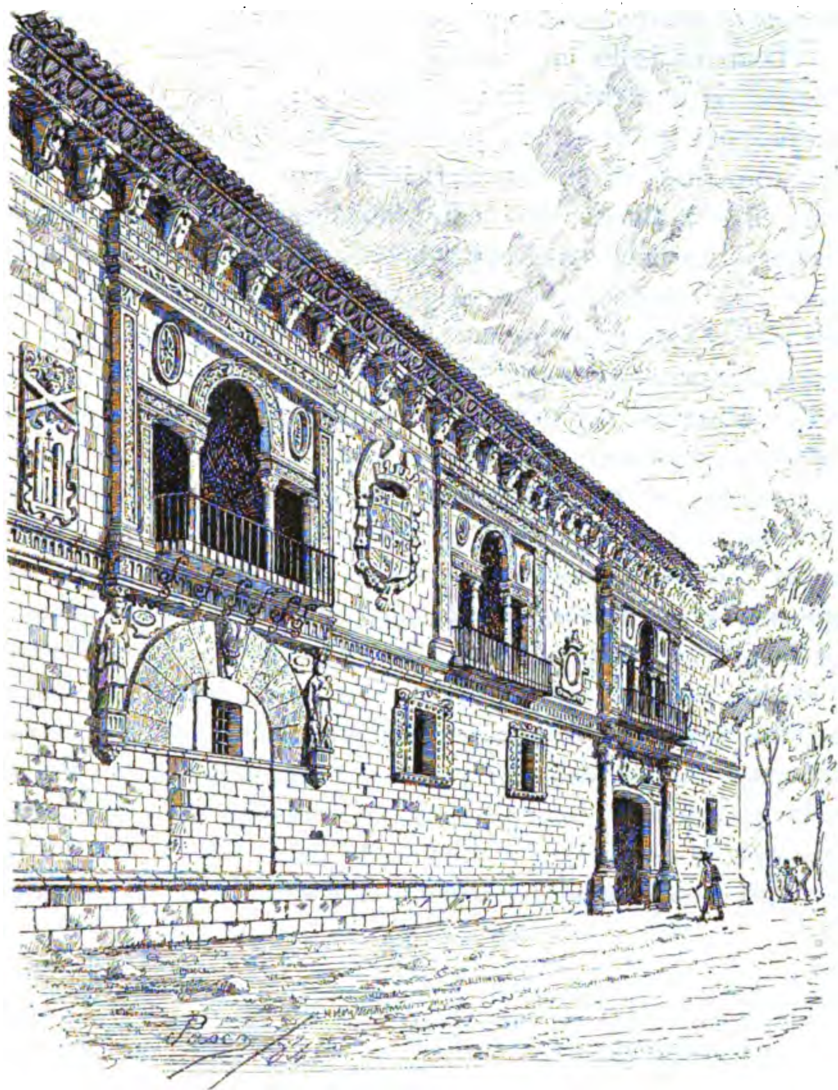
BAEZA.—CASAS CONSISTORIALES Y PUERTA DE LA VIRGEN DEL PÓPULO

cuyos muros, cuajados de molduras, levantan su gallarda frente sobre el ramaje de una alameda en que suspira con dulzura el viento y salta sin cesar el agua del fondo de una copa, á que apenas llegan los rayos del sol entre las hojas de los árboles. Produce ésta aún mejor impresión que la de las Casas Consistoriales. Abre la puerta principal su arco rebajado entre dos columnas con estrías, sobre que corren del collarín abajo mascarones y graciosos arabescos. Carga sobre esta un entablamento en cuyo friso hay una serie de nichos aconchados; y están tendidos sobre el dintel dos sátiros, entre los cuales se lee en un

escudo el año en que fué construído el monumento (1). Parte de este primer cuerpo en otro segundo un balcón en que pilastras delicadamente cinceladas sostienen otro entablamento aún más rico que el primero, en cuyo friso descansan sobre ramos de flores alegres genios alados. Junto á las pilastras asoman otras más pequeñas aunque no menos bellas; y sobre estos capiteles corre una cornisa que apoya sus líneas más salientes en esbeltas columnitas; arranca á la vez de estas una menuda cimbra profusamente decorada; y son tales y tantos los adornos, que apenas cabe bajo tan minuciosos detalles descubrir las líneas generales del conjunto. No está la puerta en medio de la fachada; y así como á la derecha del balcón no hay sino otro igual al descrito, hay á la izquierda otros tres, entre los que campean ya las armas de la ciudad, ya las de España.

Pocas páginas monumentales hay más bellas que esta fachada: todo es en ella esmerado; hasta las partes más pequeñas, hasta las que menos están al alcance del observador respiran la mayor elegancia y el mejor gusto. Un ancho alero la defiende contra las tempestades del cielo; y hasta en el alero sonríe á nuestros ojos la decoración más deliciosa. Está artesonado y sostenido por ménsulas riquísimas, á que están adosadas figuras de capricho; y es cada figura diferente de las demás en su posición, en sus formas, en la significación que le dió el que la compuso. Álzanse á los lados de la puerta dos grandes escudos; y como aparecen en el uno claras y distintas las letras de un versículo de la Biblia que llama bienaventurado al que atiende al hombre en los días de su desgracia, distínguese en el otro línea por línea cada una de las armas que cubre el campo, y la corona que se levanta sobre él, y el león que dentro de la corona enarbola un estandarte, y el lema que se lee detrás del león «*coronado será el que en buena ley peleare*». Debajo de un

(1) Dice esta inscripción: Esta obra se hizo por mandado de los ilustres señores de Baeza, siendo corregidor della el muy ilustre Sr. D. Juan de Borja, año de 1559.



BAEZA.—FACHADA DE LA CÁRCEL

balcón y á los dos lados de un arco resaltan del muro las figuras de la Caridad y la Justicia; y no está grabado con menos precisión y limpieza en los tarjetones aquel otro verso de la Escritura: «*acuérdate de la misericordia en medio de tu justicia, porque la misericordia enaltecerá tu juicio.*» (1)

Todo es bello en esta fachada; pero material, no moralmente. Es la fachada de una cárcel; y ¿quién, sin embargo, la reconocería en los sátiros, en los genios, en los mascarones, en los arabescos, ni en las caprichosas figuras que la adornan? Hay en ella algunas imágenes simbólicas y cristianas, algunas palabras que mueven el corazón á la caridad y á la misericordia; pero ¿qué relación, qué armonía podemos observar entre estas y aquellas figuras, entre unos y otros símbolos? Así habla tan poco al alma una obra que, ejecutada con sentimiento y con las dotes artísticas del autor, habría podido removernos el fondo del corazón y hacernos inclinar la frente al peso de la melancolía que infunde el recuerdo de que detrás de aquellos muros hay ojos bañados en lágrimas y corazones lacerados por las desventuras y los remordimientos. Despiértase ahora cierto amor al género de arquitectura que domina en esta cárcel; pero cuando la vemos tan fría, aunque bella, sentimos á la verdad que nuestros artistas vayan á buscar en ella sus inspiraciones. Esta arquitectura, y sobre todo esta fachada, carece no sólo de sentimiento, sino de filosofía; y sin sentimiento ni filosofía no hay arte, porque la belleza material no está sino en la forma bajo que éste se reviste.

Los monumentos del reinado de Carlos V (2) no presentan

(1) Los dos versículos de la Biblia están en latín: el primero dice: «Beatus qui intelligit super egenum et pauperem in die mala.» En el segundo: «In medio justitiæ misericordiæ recordaberis; misericordia superexaltat juditium. Jacobus III».

(2) Consideramos aparte de los del Renacimiento los monumentos levantados en esta ciudad durante el reinado de Carlos I (V de Alemania), ya porque se distinguen mucho de aquellos en la severidad de sus líneas y en su escasez de adornos, ya porque nos ha parecido así más clara la clasificación de las obras arquitectónicas de Baeza construídas en el siglo XVI.

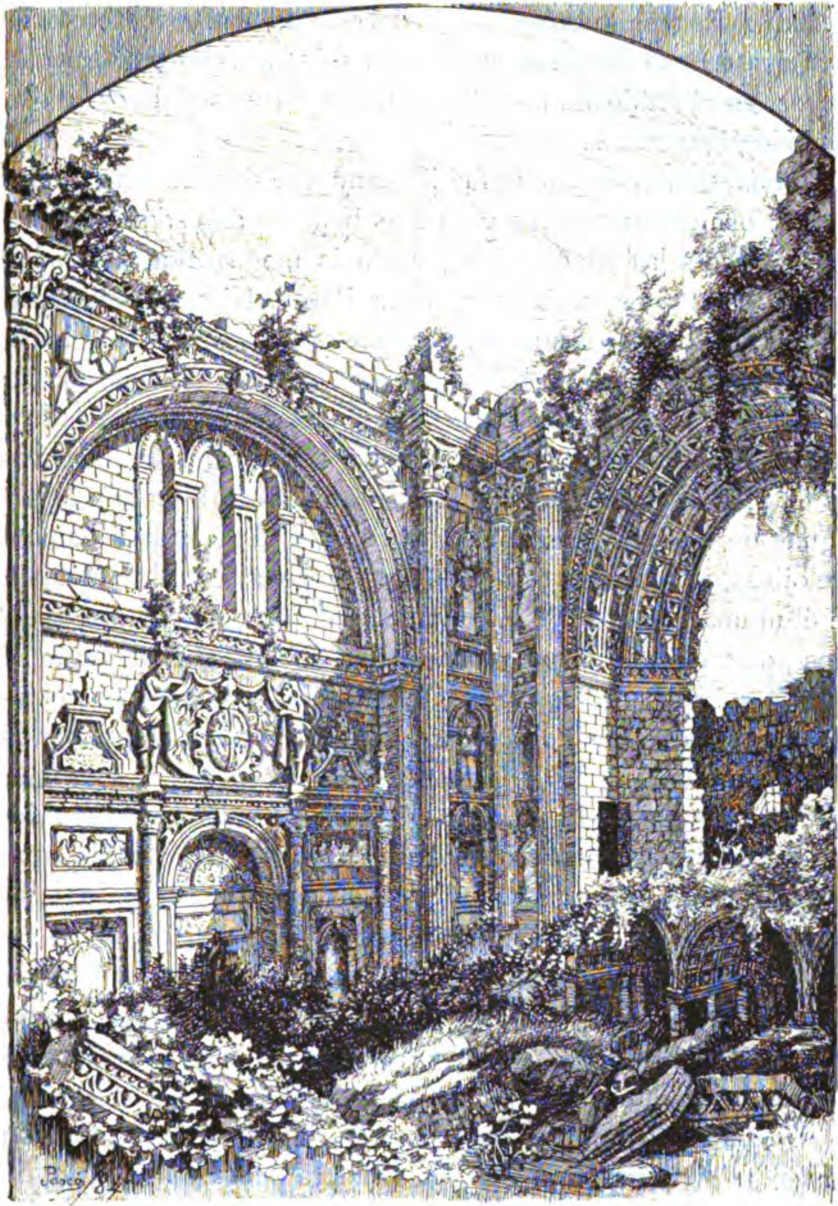
de mucho tanta belleza, pero tienen cuando menos más carácter; son graves, severos, arrogantes, grandiosos como su época; recuerdan aún las sangrientas batallas en que se disputaba un reino y se uncía á uno de los monarcas más poderosos al carro de la victoria. Sus muros, todos de sillería, apenas presentan interrumpida la superficie sino por grandes escudos de armas; los arcos de sus puertas son soberbios, y tienden sus largas y anchas dovelas sobre paredes que ennegrecieron las nieblas de los siglos como arroja el sol los rayos de su aureola sobre las oscuras nubes; sus ventanas llevan cuando más recamadas de grandes hojas las recias archivoltas de sus plenas cimbras. El arco está en algunos rebajado, y no es raro ver abiertos en sus sombrías fachadas ajimeces góticos corridos de molduras, cuya doble ojiva descansa en el capitel de una columna; pero estas leves modificaciones en nada atenúan su fuerza, ni menoscaban su grandeza. La ojiva, que en los últimos años de la Edad media se esforzaba en parecer airosa y delicada, recobra en ellos la severa curva que ostentó en el siglo XIII, deja los impropios atavíos de su decadencia, y no conserva sino lo que guarda armonía con la naturaleza del monumento que no se ha desdeñado aún de recibirla entre los sillares de sus portadas imponentes.

Predominaban en los tiempos del emperador los sentimientos bélicos; y se ve este predominio en la misma arquitectura. Todo tiene cierto aspecto militar; hasta los mismos palacios, levantados para el descanso de las fatigas de la guerra, parecen fortalezas. Las Casas Consistoriales Altas en esta ciudad de Baeza son un verdadero castillo; en las que levantaron sus nobles conquistadores se cree aún ver esas formidables ciudadelas en que se recogía el barón feudal amenazado, como el león en su cueva ó un testáceo debajo de su concha. El mismo Pósito, aunque bajo y oculto en una calle silenciosa, llega á participar de ese carácter guerrero. Sus sólidas paredes de cantería apenas tienen aberturas, ni ofrecen más adornos que tres escudos de

armas, entre los que se lee que hizo Baeza esta obra siendo corregidor de ella y de Úbeda el comendador de las Casas de Córdoba, y caballero de la orden de Santiago, el ilustre Don Fernando de Acuña (1).

La influencia de estos instintos militares en la arquitectura duró, empero, corto número de años. Nuestra dominación en Italia dió lugar á que nuestros artistas estudiaran en las grandes ruinas romanas y en las que acababa de levantar el genio de hombres grandes, el estilo conocido bajo el nombre de greco-romano, y fué pronto ese estilo el que vino á desterrar tanto el gusto demasiado duro de los tiempos del emperador, como las bellas y frívolas líneas del Renacimiento. El estilo greco-romano, de suyo heterogéneo, no significa tampoco nada para nosotros, que no tenemos ni la organización política, ni las creencias religiosas de los que lo crearon; pero es susceptible de grandiosidad y belleza, y puede aún hacernos sentir y gozar cuando alza al aire sus arrogantes columnas, describe en el espacio sus más soberbias curvas, y arrebata nuestros ojos á lo largo de las no interrumpidas líneas de sus entablamentos. Basta visitar en esta ciudad las ruinas del convento de San Francisco para conocer toda la variedad de sus medios y toda la extensión de sus facultades. Está la iglesia sin bóveda y medio hundida entre escombros; pero se ensanchan la frente y el corazón al ver la atrevida circunferencia de sus arcos. La vista sonda hasta con cierto temor su altura, mide con respeto su profundidad, se atreve apenas á sumergirse entre las sombras que la rodean; y se llega al fin á comprender que el autor se llevó la idea de levantar una obra comparable en lo humano con la terrible grandeza del que, según el cristianismo, mide con su frente la

(1) Debajo del escudo imperial se lee: Esta obra hizo Baeza siendo corregidor della y Úbeda y sus tierras el ilustre Sr. D. Fernando de Acuña, señor de Villafani, comendador de las Casas de Córdoba de la orden de Santiago.—1554.—Siendo obrero R. de Molina.—En torno del recuadro que contiene el mismo escudo se lee: Acabóse esta obra el año de 1554 años.



BAEZA.—ANTIGUAS RUINAS DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO

inmensidad de los cielos y con su planta la profundidad de los abismos. En ese templo, todo de sillería, hasta lo accesorio participa de ese carácter grandioso: se conservan en la capilla mayor, en el fondo de unos nichos, dos ó tres sepulcros, y son también gigantescos.

Impía, tres veces impía fué la mano que derribó este monumento: ocultó entre polvo y piedras bellezas de estilo no comunes, expuso á la inclemencia del cielo la mejor obra que de los tiempos modernos había conservado Baeza. Ni es esta la única pérdida que debemos lamentar en este convento: fundado hacia el año 1368, tendría un bello santuario gótico, tal vez uno de esos claustros ojivales al través de cuyas esbeltas arcadas se ve saltar el agua bajo un cielo azul, entre los ramajes de los árboles frondosos, sobre las hojas de pintadas flores; tendría acaso alguno de estos ricos salones en que yacen ligeras bóvedas sobre ojivas sentadas en capiteles caprichosos; y no ha quedado de él ni una sola piedra. El tiempo y el gusto dominante de siglos posteriores lo destruyeron, y ha debido, al fin, el que se levantó sobre sus ruinas caer también á los rudos golpes del siglo. Pero ¿á qué pueblo podemos dirigir el pié que no demos con escombros?

Á una legua de Baeza está Úbeda, y en ella á menudo detienen también las ruinas los pasos del viajero. Los templos que levantaron sus primeros conquistadores ya no existen; los suntuosos palácios que fueron la cuna de sus más ilustres hijos, están cayendo; y el tiempo y el hombre van desmoronando de día en día las viejas y sólidas murallas, á cuya sombra descansó, desde el siglo XIV, de las luchas que la ensangrentaron durante el último período de la dominación turbulenta de los árabes.

Úbeda no floreció tan pronto como Baeza; pero no dejó de ser ciudad importante ya en la primera época del Califato de Occidente. Tuvo desde muy antiguo walí; y cuando subió al trono de Córdoba El-Hakem, fué ya uno de los baluartes de Soleimán y Abdalá, que llevados de su ambición, no vacilaron en

desnudar la espada contra el nuevo califa, su sobrino. Gobernada por esclarecidos walíes, y favorecida por su propia situación, prosperó con rapidez: llamó todos los días á su recinto mayor número de familias que pretendían gozar de la dulzura de su clima; creció en poder y en riqueza; y era ya tal su importancia á principios del siglo XIII, que después de la batalla de las Navas corrió á guarecerse en ella el pueblo de Baeza contra las armas vencedoras de Navarra, Aragón y Castilla. Vió entonces sobre sí todo este ejército, y no temió arrostrarlo: fué vencida, pero vendió cara su libertad, á poco tiempo recobrada. Impuso años después al mismo San Fernando, que en sus primeras campañas no se atrevió á más que á talarle la campiña; sobrevivió por casi toda una década á Baeza, á pesar de tener tan cerca al enemigo; y cuando sucumbió, cedió más al hambre que á las armas.

Cayó cautiva Úbeda en 1236, y fué al punto abandonada por la mayor parte de los árabes, que, llenos de quebranto y desconsuelo al ver flotar en los torreones los estandartes de Castilla, salieron en silencio para Granada en busca de mezquitas donde pudiesen adorar á su Profeta, y de un pueblo en cuyo corazón les cupiese encontrar compasión para su amarga desventura; pero no tardó en florecer bajo la dominación de los cristianos la que por tantos siglos había sido una de las joyas de Andalucía. Repartió San Fernando las casas y las haciendas entre los hidalgos que le acompañaban; aforó á los nuevos pobladores (1); les dió á Olvera, lugar situado en las riberas del Guadalimar, donde les impuso la obligación de levantar un castillo para guarda de la frontera (2); les confirmó los términos

(1) Se les dió el fuero de Cuenca como á los de Baeza.

(2) Ni Olvera fué dada, ni la obligación de edificar un castillo impuesta á todos los habitantes de Úbeda, sino á sólo sesenta; pero Olvera fué desde luégo declarada aldea de Úbeda, y los pobladores de ésta pudieron desde la fecha de la donación pascer en ella y cazar y proceder á la corta de los montes y al uso de las aguas del término. Es sumamente curiosa la carta que con este motivo expidió el Rey Santo: «Per presens scriptum tam presentibus quam futuris notum sit ac mani-

que señalaron por mandato suyo el obispo de Osma, el comendador de Canena, el del Hospital de la misma ciudad, Fernán Pérez, Pero Yóbrez, y el alcaide Garci-Fernández (1); fijó límites entre Úbeda, Isnatorafe y San Esteban, y para ventaja de los tres pueblos mandó que tuviesen todos montes y pastos comunes, y fabricasen en ellos cabañas donde pudiesen recogerse todos en invierno y en verano (2). Los sucesores de San Fernando mostraron tanto interés como él por la suerte de esta ciudad: Alfonso el Sabio le dió las aldeas de Cabra y San Esteban y los castillos de Ziscar, Huesa y Velerda (3); Sancho el

---

festum quod Ferrandus Dei gratia rex Castelle et Toleti, Legionis et Gallecie una cum uxore mea regina Beatrice et cum filiis meis Alfonso, Frederico et Ferrando ex asensu et beneplacito regine done Berengarie genitricis mee dono et concedo sexaginta hominibus qui tenuerint cartam istam illum locum super ripam de Guadalfimar qui dicitur Olvera cum hereditate ad sexaginta iuga boum sufficiente ad anni incem cum turre et cum molendinis suis factis et faciendis, et cum suis aquis superioribus et inferioribus et totis pertinenciis et directuris suis. Tali itaque pacto quod ipsi sexaginta faciant castellum in ipso loco... et populent ipsum et teneant et defendant per suam costam: et prenominatus locus de Olvera sit aldea de Ubeda ad forum de Ubeda et illi de Ubeda faciant ei sicut uni de aldeis suis in pacere et cortare et in aliis causis; et ipsa Olvera vivat cum Ubeda sicut sua aldea, et nihil habeat apartatum nec in pasto, nec in monte, nec in terminis exceptis istis qui nominantur in carta ista. Sed isti sexaginta populatores pro labore et tenencia castelli habeant prenominatam hereditatem et molendinos sicut supra scriptum est ut iure hereditario teneant et irrevocabiliter possideant ipsi et filii sui et tota succesesio sua de eis quidquid voluerint dando, vendendo, concambiando seu quidlibet aliud faciendo, tantummodo quod dent, vel vendant, vel concambient talis hominibus qui faciant sui et illis de Ubeda forum debitum. Et hec mee concesionis et confirmacionis pagina rata et stabilis omni tempore perseveret. Siquis v.° hanc cartam infringerit seu in aliquo diminuere presumpserit, iram Dei omnipotentis plenarie incurrat et regie parti mille aureos in cauto persolvat, et dapnum super hoc illatum vobis restituat duplicatum. Facta carta apud Vallolitum regnant. ixs. XIIII die februarii era m. cc. lxx. tertia. Et ego prenominatus rex Ferrandus regnans in Castella et Toleto. Legione et Gallecia, Badallocio et Baetia hanc cartam quam fieri jussi manu propria roboro et confirmo.» (Siguen las firmas.) (*Archivo municipal* de Úbeda, doc. núm. 112).

(1) (*Archivo mun.*, doc. núm. 15).

(2) Mando quod ista tria concilia habeatis montes et extremos et pascua ad curtandum et pascendum insimul et comuniter sicut germani; et teneatis vestras cabannas in unum omni tempore tam in vere quam in hieme, ita tamen quod non faciatis vobis dapnum adinvicem in vestris messibus nec in vestris vineis nec in vestros labrados (*Archivo mun.*, doc. núm. 93).

(3) Sepan quantos esta carta vieren cuemo nos D. Alfonso por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, etc., por facer bien é merced al concejo de Ubeda et por mucho servicio que ficieron al rey D. Fernando, nuestro padre, é á nos et atendemos que farán daqui adelante; dámosles et otorgámosles Ciscar et Huesa et

Bravo la declaró exenta de pagar portazgos y montazgos, después de haberle concedido las franquezas que otorgó á los pueblos conquistados en Extremadura (1); Fernando el Emplazado le hizo donación del castillo de Canena, que poseía á la sazón Gutierre Pérez, comendador mayor de Calatrava (2); Alfonso XI la hizo franca de pedidos y monedas, y le cedió Quesada y Tiscar (3); los reyes posteriores le confirmaron los fueros y las libertades, y le tendieron para cuanto pidió su protectora mano. Estaban ya medio caídos, cuando la conquista, los muros que habían sido su principal defensa; pero no tardaron en ser reedificados por estos mismos monarcas y los caballeros que duran-

Velerda, castiellos que tiene Mohamad fijo de Handan que los ayan por iuro de heredat con todos sus terminos, con montes, con fuentes, con rios, con pastos, con heredades, con ruinas, con olivares et con entradas et con salidas et con todas sus pertenencias quantas han et deuen aver; et que fagan dello et en ello cuemo conceio deve fazer de su término en tal manera que lo non puedan vender, ni dar, ni enagenar á iglesia, ni á orden, ni á ome de religion sin nuestro mandado ó de los que regnaren en nuestro lugar et que nos fagan dellos guerra é paz á nos é á los que regnaren despues de nos. Et mandamos et defendemos que ninguno non sea osado, etc. Fecha la carta en Belcayre martes veinte é cinco dias andados del mes de junio en era de mil et trecientos é trece años. Yo Roy Martinez la escreví por mandado del rey en veinte é quatro años quel rey sobredicho regnó (*Archivo municipal* doc. núm 103). La donación de las aldeas de Cabra y San Esteban consta en el mismo Archivo por una carta de confirmación del rey D. Sancho, en que está continuada por entero la de donación de D. Alonso, y por la carta original de este mismo rey (*Archivo mun.*, doc. núm. 18 y 40).

(1) (*Archivo mun.*, doc. núm. 137). Entre las franquezas otorgadas á Extremadura se contaban: 1.ª la de mandar guardar los privilegios y fueros de las franquezas y libertades concedidas por los reyes sus sucesores; 2.ª la de que el rey no pudiese dar á rico-ome ni á rica-fembra, ni á infanzon ni á fidalgo donadio ni heredamiento que fuese de los concejos; 3.ª la de que ningun rico-ome, nin rica-fembra nin infanzon pudiese comprar heredamiento en sus villas nin en sus términos; 4.ª la de que se mandasen devolver á los concejos los donadios ó heredamientos que hubiesen sido dados á ricos-omes, habiendo sido antes otorgados á aquellos; 5.ª la de que fuesen sacados los alcaldes y las justicias que oviesen las villas de por fuerza é fuesen á los logares do fueron alcaldes é justicias á complir de derecho á los querellosos, etc., etc. (*Archivo mun.*, doc. núm 22).

(2) He aquí los motivos de esta donación: «Por muchos bonos servicios que fiziestes al rey D. Sancho mio padre, que Dios perdone, é á mí é señaladamiente porque tomastes el castillo de Canena que tenia Gutier Perez, comendador mayor que era á esta sazon de Calatrava que era en mio deservicio, dovos lo por lihes et por quentas de muertes de omes, et de robos, et de quemas, et de esquilmos de viñas, et de olivares, et de cortas de montes, et de todas las otras cosas que se y ficieron quando vos entrastes.» (*Archivo mun.*, doc. núm. 77).

(3) (*Archivo mun.*, doc. núm. 38 y 56.)

te la Edad media la poblaron. San Fernando, desde Jaén, mandó ya que por espacio de diez años pagasen anualmente para su labor un maravedí los caballeros, medio los pecheros que tuvieren diez, un cuarto de maravedí los que tuvieren cinco, dos sueldos los que no gozaren de esta cuantía, nada los que nada pudieren satisfacer, pero viniendo obligados á trabajar en la obra un día al año (1). Fernando IV desde Medina del Campo supo que las aguas los habían derribado en gran parte, y dispuso que, para repararlos, cobrase Úbeda el montazgo de los ganados extremeños, y aplicase al mismo objeto la mitad del importe de las penas llamadas de taffurería (2). Sufrieron otra vez los muros en el siglo XIV, y Alfonso XI concedió al concejo, con el objeto de que lo restaurase, el cobro de dos maravedises por pieza de paño que en ella entrase, derecho que, según cabe inferir de una carta de confirmación del rey D. Pedro, cobraba ya de muy antiguo la villa para su propia fortificación y la de Tiscar, Alvenches, Quesada y otros castillos (3).

Labró así Úbeda con el producto de estos tributos los imponentes muros que conserva y hablan aún en alta voz de su pasada grandeza; mas fueron sólo los muros los que construyó, no los numerosos torreones que los defienden, labrados á costa de nobles familias cuyos escudos se distinguen aún en las ya

(1) (*Archivo mun.*, doc. núm. 114.)

(2) «Por quanto me enviaron decir, escribe D. Fernando en su carta del 23 de Mayo de 1305, que con aquestas aguas grandes que agora fizo que se derribó muy gran pieza de los muros de la villa, é porque es muy grand mio servicio porque se lavre la villa é se serque el arraval, tengo por bien de los dar el montadgo de los ganados estremeños que ellos solien aver para la lavor de Cabra, que lo ayan daqui adelante para la lavor de los muros de Húbeda é que cojan este montadgo destos ganados estremeños así como lo cogien para la lavor de Cabra ques en esta manera: de cada mill cabezas de ovejas é de carneros dos, é seis maravedises en dinero; é de mill cabezas de vacas dos, é diez é siete maravedises en dinero.» (Los derechos de montazgo para el castillo de Cabra fueron dados por el rey D. Sancho en 1293.) (*Archivo mun.*, doc. núm. 70 y 4). La mitad de las penas de taffurería, que se cobraban de toda clase de tahures como explica el nombre mismo, fué otorgada por D. Fernando en una carta de la misma fecha que la en que otorgó los derechos de montazgo (Idem doc. núm 2).

(3) (*Archivo mun.*, doc. núm. 71).

ennegrecidas espaldas de la misma obra. Tres alzaron en ellos los Megías, los Mercados, los Molinas, los Traperas y los San-Martínez; cuatro los Dávalos, los de la Cueva y los Arandas; cinco el linaje de los Cobos; seis los obispos de Jaén; dos los Porceles, los Orozcos y los de la casa de Biedma; uno caballeros distinguidos como los Castillos y cada uno de los Freyres de las órdenes de Alcántara, Santiago y Calatrava. Rivalizaron en hidalguía cuantos nobles poblaban la modesta villa; y todos se esforzaron en dejar consignado allí su nombre, que era sin duda el mejor símbolo de sus hazañas y su gloria (1).

Prosperó luego Úbeda á la sombra de sus muros y sus privilegios: se pobló, se engrandeció y llegó á ser pronto la rival de Baeza; pero fué á fines del siglo XIV detenida en su carrera por aciagas desventuras, cuyo recuerdo hace estremecer á los nacidos. Mohamed de Granada, instigado por Pero Gil, favorecedor del rey D. Pedro, se presentó ante sus puertas después de

(1) Sabemos estas noticias por un romance que se halló entre los papeles de D. Alonso Manrique de Lara, y copió Argote de Molina en su *Nobleza de Andalucía*. En el archivo municipal hallamos una copia del mismo, y creemos oportuno trasladar de él algunas estrofas para dar á conocer su carácter y su mayor ó menor mérito:

En la corona de España,
En la Bética famosa
Por do pasa el sacro Betis
Con sus aguas generosas;
Fundada está una ciudad,
Que es de las demas corona
De plata y oro ceñida
Que de nobleza blasona;
Ubeda, que así se llama,
Y todas así la nombran,
Aquella que siempre fué
El asombro de Mahoma.
Para defensa y amparo
Los ubetenses en forma
La cercan con sus murallas
Y torres á toda costa.
En círculo está su cerca
Con muchas torres que forman
Á la vista una hermosura
Con fortaleza vistosa.
Los Megías hacen tres
Torres fuertes á su costa,
En señal de las tres fajas
Azules que no se copian.
Los Dávalos hacen cuatro
Torres harto primorosas,
Y ponen cuatro jaqueles
Dos doradas y dos rojas.
Los Molinas hacen tres
Que torreones los nombran
Con una torre de plata
Que en campo azul se denota.
Media piedra de molino
Al pié de la torre forman
Con sus tres lirios de oro
Con ocho aspas por orla.
Los Mercados hacen tres,
Y un rojo León blasona
Feroz en campo dorado
Que es marcado á sangre propia, etc.

la sangrienta toma de Jaén, la ganó por asalto, y lleno de furor, pasó á cuchillo hombres y mujeres, profanó las iglesias, la incendió, y no la dejó sin haber desmantelado muros y torreones. Cuarenta años después, enemistadas dos de sus más nobles familias, vió regadas de nuevo sus calles con la sangre y por la mano de sus propios hijos. Levantáronse los Traperas contra los Arandas, y no cesaron ya de perseguirlos de muerte hasta que los hubieron obligado á dejar sus palacios y buscar un asilo en Bedmar, Jimena y Jódar. Airados los Arandas, se armaron, salieron á las orillas del Guadalquivir y retaron á sus contrarios desde los molinos inmediatos al puente viejo, á corta distancia de la villa. Pero no hallaron allí sino su sepulcro; acudieron al reto los Traperas, y los acuchillaron casi á todos, obligaron al condestable de Castilla á que trasladara á Alcalá la Real á los pocos que sobrevivieron; y ufanos con su decisiva victoria, y no contentos con haberse engrandecido sobre la ruina de toda una familia, aspiraron á concentrar en sus manos el gobierno de Úbeda, que habría podido á poco ser no sólo su feudataria, sino también su esclava. Á no mover á los Traperas tan excesiva ambición, habrían tal vez acabado allí las desventuras de la villa; pero esta ambición produjo aún luchas mas funestas. Levantóse contra ella Diego Hernández de Molina, y armado él y cuanta gente pudo, combatióla en las mismas calles de Úbeda, donde no tardaron en resonar con vivos alaridos de guerra los agudos ayes de los heridos y los débiles suspiros de los moribundos. Los Traperas eran bravos y sostenían con valor sus desmedidas pretensiones; pero tuvieron que rendir las armas ante el Adelantado de Andalucía, que apenas tuvo noticia de tan triste acontecimiento, entró en la villa con sus tropas, deshizo el tumulto é impuso pena de muerte á los hidalgos que se atreviesen á reunirse en número de cuatro. No cedieron con todo sino por el momento tan rebeldes caballeros; deseosos de burlar orden tan severa, fundaron una cofradía y volvieron á juntarse con este pretexto en la iglesia de San Pablo. Poderosos, favorecidos

por la fortuna y llenos de osadía, no creían que pudiese haber un obstáculo capaz de detener sus pasos, y estaban dispuestos á intentarlo y emprenderlo todo; mas no pudieron resistir por fin á la energía del Adelantado, que deseando acabar con tan sangrientas discordias, los sorprendió en su primera junta, levantó un cadalso para el más osado, abolió el apellido de Trapera y lo hizo trocar por el de Alcázar, repuso á los Arandas, y dejó en paz la villa, ya fatigada y consumida por el fuego de tan estériles y encarnizadas guerras civiles.

Tardó Úbeda en reparar tan grandes quebrantos; pero encerraba en sí muchos elementos de vida. Contaba con una población numerosa, con una agricultura adelantada, con una industria naciente, con crecido número de capitales, con la importancia que le dieron ya desde siglos anteriores su situación y su campiña regada por el Guadalquivir y cubierta en gran parte por la sombra de frondosos olivares; fué poco á poco restableciéndose, y ya restablecida no sólo conservó su antiguo esplendor, sino que también marchó de progreso en progreso hasta merecer el título de ciudad en los últimos tiempos del rey Enrique IV, que la dió en acotamiento á la infanta D.ª Isabel, á la misma que años después fué á llamar con su cetro á las puertas de Granada.

Contaba entonces Úbeda con algunos templos y palacios, pero no había aún llegado la época de su mayor riqueza monumental, la época en que un solo linaje había de enriquecerla con sus más grandiosos é imponentes edificios. Debió esperar que luciera sobre España la diadema del imperio de occidente para ver levantarse en el corto espacio de treinta años una iglesia como la del Salvador, un convento como el de las Cadenas, un hospital como el de Santiago. Fué á la sazón el movimiento arquitectónico que experimentó tan grande como el movimiento mismo de su comercio, fuente para ella de vida y de animación aun en nuestros tiempos, en que vemos despoblada, silenciosa y todos los días más decadente la vecina ciudad de Baeza.

Úbeda había sido la eterna rival de esa ciudad, y casi llegó entonces á vencerla tanto en riqueza como en magnificencia. ¿Llegó, empero, ni ha llegado nunca á tener para el anticuario ni para el artista el interés que presenta aquella ciudad, impregnada toda de la Edad media? Baeza conserva todavía aspecto feudal; en Úbeda se ve ya la ciudad burguesa donde los antes aislados y silenciosos palacios de la aristocracia viven entre el bullicio del tráfico y la industria. Baeza, triste, grave y profundamente religiosa, parece vivir aún en lo pasado; Úbeda, animada, inquieta y no tan identificada con sus antiguas creencias, vive sólo en lo presente mirando con indiferencia sus propias ruinas. Baeza tiene á cada paso una piedra en que está grabado un rasgo de su historia, y conserva al parecer hasta con amor sus más viejos monumentos; Úbeda los tiene escasos, poco característicos, y algunos entregados al rigor de su destino.

En estos escasos y mutilados monumentos, sin embargo, se respira el aire de lo pasado; en ciertos días, en horas determinadas brotan aún de ellos raudales de poesía. Cuando en una noche serena alumbran los rayos de la luna esos antiguos torreones levantados por los héroes de San Fernando, y dejan envueltos en la sombra los muros que los unen; si está por acaso algo exaltada la fantasía del que los contempla en medio del silencio de la ciudad que duerme tranquila, se cree distinguir aún en lo alto del adarve al centinela que, armado de punta en blanco, estuvo en otro tiempo acechando la llanura y mirando con inquieto afán si allá al pié de las lomas ó á la orilla del río descubría entre los fuegos del campamento enemigo movimientos que pudiesen hacer presagiar los hechos de armas que se preparaban para el nacer del alba. Movido por esta ilusión, no es tampoco difícil que el espectador vuelva atrás los ojos y crea sentir á lo lejos rumor de pasos y hasta columbrar en la oscuridad la figura de un árabe descansando sobre su lanza, como quien aguarda con tedio que nazca el sol para remover con la

planta de su caballo el polvo del combate ó alancear á su enemigo en la muralla. Enardeciéndose por grados su imaginación, llegará á oir quizás en uno y otro campo la señal de alarma; y al paso que verá entre las almenas de las torres agitarse á cada momento más y más sombras y centellear acá y acullá lucientes armaduras, sentirá avanzar á su espalda confuso tropel de infieles armados de alfanjes y de escalas, y tras estos soldados de á pié, numerosos escuadrones cuyas armas apenas cabrá distinguir, á pesar de la luz que los ilumina, medio ocultas como están por sus blancos albornoces y la espesa polvareda que levantan sus corceles. La lucha está ya empezada: gime el aire al paso de las flechas; feroces gritos de guerra suben hasta el cielo; y no parece sino que se está viendo la ciudad despertando de su sueño, como dicen que se levantarán los muertos de su sepulcro, cuando la trompeta de cobre de los siete ángeles suene entre la estrepitosa caída de los astros y el choque de los mundos. Brilla en las calles el resplandor de cien hachas, corre el pueblo en tumulto á la muralla, y suenan ya hierro contra hierro y acero contra acero. Corre la sangre á lo largo de los torreones y devora el foso cadáveres, como devorará el abismo de la eternidad esa tierra que sentimos temblar ahora al formidable estruendo de la pelea. No se oyen ya como antes vivos alaridos de guerra; pero la lucha es más que nunca sangrienta. Cada soldado es una fiera: no siente en su corazón sino los latidos de la cólera y la venganza, y abrasado de sed por el calor de la batalla, no bebería, si pudiese, sino sangre humana en el cráneo de sus enemigos. Ve abierta á sus piés la fosa, y blande aún con furor la espada, hiere, mata; cae traspasado de una lanzada sobre el desfigurado cuerpo del que murió á sus manos, y revuelve todavía el brazo, y ni aun al espirar se acuerda de dirigir al cielo sino miradas de venganza. Pero ¿á qué tan penosos recuerdos? ¿no tienen acaso otros esos viejos torreones que tan melancólicamente ilumina el bello astro de la noche? Están medio desmoronados por los hombres, ennegrecidos por

los siglos; se levantan llenos de arrogancia y de soberbia y parecen decir á la ciudad en són de amarga queja: «he aquí cómo recompensas á tus antiguos defensores: fuimos los gigantes que llevamos en hombros á los héroes de tu gloria; fuimos las rocas en que se estrellaron las olas de tus enemigos; fuimos el escudo en que se mellaron las armas dirigidas contra tu seno, y miras con indiferencia que las aguas socaven nuestras plantas, el tiempo hunda nuestra cabeza y el hierro de tus hijos abra en nuestros cuerpos heridas que no han de cicatrizar ya las generaciones venideras. Estaba prendido en nosotros el manto de tu gloria, y lo has desgarrado; éramos tus verdaderos héroes, y nos has sacrificado: ¡desaparezca con nosotros el recuerdo de tus mejores días! ¡sepúltese bajo nuestras ruinas tu pasado! ¡no quede en ti sino ese presente miserable que no deja ni puede dejar vestigios de su existencia! Nos levantaron caballeros cuyos nombres guarda la historia en páginas de oro, y los escudos que en nosotros pusieron están casi borrados: ¿eran acaso infames ó traidores sus dueños para que consientas en que el tiempo, ese verdugo de los monumentos, borre con mano impía sus blasones? Respétanos ó derríbanos: bajo nuestros escombros van á quedar sumergidos los veinte siglos de tu historia.»

Para esos antiguos monumentos militares, como para los hombres que los hicieron y los respetaron, no hay otra gloria que la de las armas; sus acusaciones contra el espíritu de los tiempos son injustas. Esa gloria que no puede brotar sino de los campos de batallas, es ya poco apetecible á los ojos de los pueblos.

Úbeda, sin embargo, ha hecho desaparecer sus muros como otras ciudades andaluzas. Ha pasado con indiferencia sobre ellos y ha ido á sentar más allá del foso sus casas y sus monumentos; pero no sin dejar en pié restos grandiosos que permiten apreciar todavía el conjunto de esa fortificación labrada á costa de tantos y tan bravos caballeros. En la Cava, en la plaza de Toledo, entre el Salvador y la Colegiata, entre los paredones de

calles tristes y solitarias presenta aún torres, ya enteras, ya medio derruídas, sobre que tal vez se cierna con majestad el águila altanera; en una estrecha cuesta llamada del Rosal ostenta una de sus antiguas puertas árabes, por cuyos arcos ultra-semicirculares, medio envueltos en la oscuridad, se llega aún á esperar en un momento de ilusión que asome alguna mora recatada, cubierta de piés á cabeza por su blanco alquicel de lino, ó algún soldado del Profeta armado de todas armas, revestido de su kabá y montado en su corcel de guerra. No, no lo ha destruído aún todo: en medio de su indiferentismo por lo pasado, parece haber sentido cierto respeto para esos torreones y esa puerta cuyas piedras son las únicas que recuerdan una dominación de cinco siglos. Ni aquellos pueden servirle ya de defensa, ni esta es ya más que una puerta sin objeto, y con todo se estremecería quizá, si oyese resonar el pico y el azadón bajo las bóvedas de argamasa que los cubren ó al pié de los arcos que la protegen y la adornan.

Y no son sólo monumentos militares los que conserva Úbeda: su San Nicolás, su San Pablo, su Colegiata son templos góticos que si no reflejan ya el gusto de los artistas de San Fernando, guardan impresas las huellas del último tercio de la Edad media. Las tres naves en que está dividido el interior de San Nicolás llevan sobre haces de columnas bóvedas todas ojivales, y respiran en todas partes sencillez y gallardía. No presentan aún ninguna curva exagerada, ni esa inoportuna aglomeración de adornos que señalan los primeros pasos de la decadencia de un estilo; afectan en sus arcos más bien gravedad que ligereza, y revelan no el atrevido genio artístico de los siglos XIV y XV, pero sí la mano y el corazón de un arquitecto cristiano. Tienen ya invadidas sus capillas por fríos altares modernos, y falseado su estilo en el interior por una página del renacimiento, y en el exterior por una fachada corintia á cuyo pié se alza una torre tan simple como severa; pero aún así tiene este templo interés para el artista, que ve en él un viejo libro gótico con encuader-

nación moderna, un álbum de la Edad media en cuyas hojas recamadas de ojivas ha escrito la restauración sus frívolos conceptos.

No es menos digna de atención San Pablo. Descúbrese us



ÚBEDA.—Iglesia de San Pablo

fachada gótica en el fondo de una plaza espaciosa, cuyos viejos caserones descansan en los informes pilares de antiguos soportales; y apenas se pone el pié en la plaza, cuando se van los ojos á sus ojivas concéntricas, apoyadas en hacecillos de columnas, entre las cuales asoman figuras de ángeles y ramos cubiertos de follaje. Ábrese en medio de las ojivas una puerta constituída por dos arcos trilobados y dividida en dos partes por un pilar ricamente esculpido en que campea bajo un dosel sencillo la imagen de San Pablo; está en el dintel María sostenida y adorada por los serafines y coronada por el Padre Eterno; y es aún grande el misticismo del conjunto. No es tampoco homogénea esta fachada: artistas posteriores al que la levantó de sus cimientos labraron un antepecho calado, en medio del cual hay

un escudo y una cruz enormes; y á su izquierda hubo quien construyó más tarde un cuerpo cuajado de molduras platerescas y corrido de una pobre galería, cuyas formas extrañas y mal determinadas ya le dan el aspecto de un altar, ya el de un sepulcro; pero no falsean tanto su efecto las incoherencias de estilo, como la confusa y revuelta mezcla de formas que se observa en el interior de la iglesia, verdadero caos arquitectónico donde no hay estilo ni curvas dominantes. Distínguense aún ciertos trazos góticos, sobre todo en las capillas del Alba y la Encarnación, enriquecidas con curiosas leyendas (1); pero ahogados en medio de otros de carácter vago é indefinible, y bastardeados, al parecer, por manos inexpertas, se pierden cuando no se escapan á los ojos del observador, y no determinan siquiera el estilo del lugar en que los vemos. Para apreciar San Pablo, es preciso fijarse sólo en su exterior, analizar la fachada ya descrita, examinar otra lateral hoy tapiada, donde sobre un cuerpo saliente descansan toscas ojivas concéntricas, corridas unas de anchas hojas, otras de testas de capricho, otras de esos clavos tan comunes en todas las portadas bizantinas. Figura en el cuerpo saliente una serie de arcos tribolados, sostenidos por columnitas; corre debajo de estas una repisa; debajo de la repisa otra serie de arcos de segmento; y tiene toda la portada

(1) En dos arcos de la capilla del Alba se lee: «Esta capilla mandó fazer el venerable Francisco de Vago, beneficiado de esta iglesia, criado y camarero que fué del ilustrísimo y mui magnífico senor Alonso Xuarez, de Fuente el Sauce, obispo de Jaen: acabóse en el anno de m. d. x x x. vi.» Encima de los arcos hay dos medallones con los bustos en relieve de la justicia y de la caridad; y sobre estos bustos se lee: «virtus justitiæ-virtus caritatis.» Encima de los medallones se lee á la izquierda: «unus Deus, una fides, unum baptisma: pater et filius et spiritus sanctus:» y á la derecha: «hi tres, unus solus Deus est qui vivit et regnat in secula seculorum.» Debajo de los mismos medallones se lee á la izquierda: «pues el tiempo y la ventura — biben con el mudamiento: y á la derecha: quien bibe menos contento —. . . . . cura.» En el remate de la capilla debajo de la cruz se lee: «Domine miserere nostri.» Hay cuatro santos sobre cuatro pedestales, y en estos se lee: «San Ambrosio: San Agustinus: San Gregorius: San Hieronimus.» En un sepulcro interior que hay en la capilla se lee por fin: «aqui está el camarero Francisco de Vago.» — En la capilla de la Encarnación no hay más que una pequeña leyenda grabada circularmente en torno de una clave de la bóveda; y de ella sólo pudimos leer: «esta capilla mandó fazer Rui Perez. . . . . .

aire tan severo y formas tan robustas, que hace retroceder la imaginación no ya al último siglo de la Edad media, sino al siglo mismo de San Fernando, á esa época en que el arte romano-bizantino tenía aún bastante fuerza para incrustarse en los muros de los nuevos monumentos ojivales. ¿Habrá sido esta puerta la principal del templo? Debió ser cuando menos la primera: entre ella y la que es hoy principal hay siglos de distancia.

No es aún San Pablo el monumento de más amputaciones é ingertos; en la Colegiata apenas cabe dar paso sin que se descubra un nuevo estilo y se vea impreso el sello de otro siglo. La fachada es greco-romana y tras ella se descubren ya las ojivas de un claustro gótico, claustro tan irregular y mutilado, que no ofrece casi motivo alguno de goce ni para el alma, ni para los sentidos. Al poner el pié en el templo, ni se acierta á comprender el número de naves que lo componen: ya parece dividido en cuatro, ya en cinco, y no hay dos que guarden siquiera esa armonía que sabe hacer brotar el arte aun de lo más heterogéneo, aun de las formas más híbridas y complexas. Los arcos son ojivales desde la entrada al crucero; pero del crucero al ábside son casi todos plenas cimbras. Preséntase la curva gótica casi en todos sus estados: ora grave y sencilla como después de las cruzadas, ora arrogante y gallarda como cuando se sentó vencedora sobre las ruinas del arte bizantino, ora esbelta y delicada como en el último tercio de su vida, en que, segura de su triunfo, se afeminó y engalanó trocando sus adornos varoniles por los pueriles atavíos con que bajó al sepulcro. De las bóvedas que cubren las naves unas son de cañón seguido y otras por arista; de los pilares que sostienen las ojivas están unos desnudos, otros cubiertos de haces de columnas. Adornan el templo algunas capillas; pero apenas hay dos que revelen una misma mano, ni un mismo siglo. En el crucero á la derecha se ve una en ojiva que recuerda los buenos tiempos del goticismo: ancha y degradada su elegante curva, corrida de mil follajes y molduras, embellecida en sus lados por las imágenes de San

Pedro y de San Pablo, realzada en su vértice por la figura de una Virgen que cobija un rico doselete, puesta al fin entre dos agujas de crestería, permite aún descubrir el gusto de la época en que, reina de todas las artes la arquitectura, llamaba á sí no sólo la cantería, sino también la estatuaria á que templaran la frialdad de sus muros, sus arcos y sus pilares. Pero no ostentan ya de mucho tanta hermosura ni tanta pureza de estilo las demás capillas góticas, abiertas á lo largo de las naves y en uno de los testeros: sus columnas, algunas espirales, sus arcos de curva caprichosa, el aislamiento de las figuras que las embellecen, la mala distribución de sus adornos, todo va señalando en ellas los pasos que da insensiblemente hacia su ruina un arte ya decrépito y herido de muerte. Nada, nada hay homogéneo en esta Colegiata: de los objetos dedicados al culto quizá no hay uno que sea gótico, y casi todos son fríos, malos, artísticamente considerados. Desde los altares hasta el tabernáculo, desde la triste lámpara que arroja su débil luz sobre el fondo de la más oscura capilla hasta la araña que alumbra el santuario, todo está falto de armonía y de relación con el conjunto. ¿Quién podrá ver sin dolor tan absurda amalgama de formas? Si por un momento pudiesen levantarse de sus sepulcros los que construyeron las catedrales bizantinas, caerían de nuevo en sus tumbas al ver profanación tan sacrílega é impía. Hasta la distribución de las partes del templo está falseada en esa Colegiata; y es sabido que esta distribución era simbólica é inalterable en los primeros siglos de la Iglesia.

La Colegiata debió ser indudablemente uno de los primeros monumentos de Úbeda: fué instituída por Pascual, obispo de Jaén, en 1250; y es probable que ya antes de la institución existiese el templo. Las demás fábricas que hay en la ciudad son todas modernas, y apenas ofrecen más interés que el que le comunicó el nombre de sus fundadores. El hospital de Santiago, situado al occidente junto á la puerta de Baeza, es un edificio sólido, vasto, majestuoso; pero falto de gusto y de

belleza, frío, desnudo, sin más adorno que una imagen de Santiago sobre la puerta de su fachada, sin más significación que la que le dan unos caracteres romanos entallados en la misma piedra, caracteres que revelan el nombre de un esclarecido obispo de Jaén, la piedad y la munificencia de Diego de los Cobos. Grandioso también y más bello que este hospital es el convento de las Cadenas, fundado en 1560 por Juan Vázquez de Molina, secretario de Felipe II; mas ¿qué interés ni qué sentimientos religiosos puede excitar un monumento cuya fachada, dividida en tres cuerpos, está decorada por dos series de pilastras y una de cariátides, y no ostenta sino dos templetes y un escudo de armas en los ángulos y una Virgen en el centro? El Salvador es la más bella y suntuosa de las obras de este género; y, sin embargo, carece como las demás de significación y de poesía. No hay en él unidad de pensamiento, y se descubre en todas sus partes falta de fe y de entusiasmo religioso. Vense sobre todo en la fachada confundidas las ideas del cristianismo con las del paganismo, unido lo profano á lo sagrado, enlazada de una manera ridícula la Jurisprudencia con la Teología, escritas sin separación alguna las ideas de la escuela estóica y la doctrina revelada, admitidas y falseadas á la vez las formas de un mismo arte, amalgamados y revueltos en fin los principios más contradictorios; y apenas se le analiza, cuando se comprende que sólo pudo ser concebido por uno de esos artistas del siglo XVI, que careciendo ya de las firmes creencias de la Edad media, ignoraban el lenguaje del alma, y no sabían hablar más que á los sentidos. Cuatro columnas pareadas, parecidas á las corintias, llevan sobre el abaco de sus capiteles un arco ricamente labrado, en cuyas enjutas están tendidas las figuras de la Fe y la Justicia, coronadas por dos ángeles y armadas de unas como lápidas en que está escrita la definición escolástica de las dos virtudes (1). Corre sobre el arco un entablamento

(1) He aquí las dos definiciones: La primera es: «Fides est credere quod non

cuyo elegante friso ocupan dos alegorías, y sobre él un segundo cuerpo, igual al primero en formas aunque no en riqueza, en cuyo cetro figura en relieve la subida de Jesús al monte Tabor, ese monte en que se transfiguró el Hombre-Dios, llenando de asombro á los apóstoles. Ábrese para mengua del artista más allá del relieve una ventana y sobre la ventana un pequeño frontón, digno remate de tan hermosa puerta. ¿Qué pudo proponerse con esto el que la compuso? ¿qué efecto podría producirle al mismo empezada con tanta esplendidez y tan friamente terminada? Campean, además, á cada lado junto á las columnas del primer cuerpo la figura de una ninfa y la de un guerrero que sostiene un escudo de armas: ¿qué ideas de arte tendría el autor, si llegó á concebir que podían caber sin violencia en una misma portada imágenes de ninfas y de santos, de soldados y de apóstoles?

El interior está muy lejos de hacer descubrir entre las nubes de incienso que brotan del pié de los altares la figura de Cristo; pero tiene más perfección, más arte, más unidad, más armonía. Catorce medias columnas corintias, entre las que se abren los gallardos arcos de espaciosas capillas, llevan, en la única nave de que constan, un alto entablamento, sobre el cual corre una galería y descansan las majestuosas cimbras de las bóvedas. Son estas por arista; y están cortadas en el centro del crucero por una esbelta cúpula que derrama luz á torrentes sobre el tabernáculo. Divide el templo en dos partes una alta verja de hierro, más acá de la cual puede doblar todo el pueblo cristiano la rodilla, y más allá sólo el sacerdocio que tiene allí su coro y su santuario. Es todo el pavimento de mármol; están doradas las columnas, los arcos, las claves de las bóvedas; dorada y pintada ricamente la cúpula; y respira todo suntuosidad y

---

vides:» la segunda: «justitia est constans ac perpetua voluntas jus suum unicuique tribuendi.» ¿No bastan estas definiciones para confirmar lo que de esta fachada decimos en el texto y caracterizar perfectamente la época en que fué erigido este monumento, que fué del 1540 al 1556?

magnificencia. Mas ¿es esta elegancia y esta grandeza la que conviene á un templo? Monumentos tales más parecen hijos del orgullo que de la caridad: parecen destinados á perpetuar la memoria de los que los fundaron. Fué levantado éste del Salvador á expensas de Francisco de los Cobos, secretario de aquel emperador Carlos V, que hizo estremecer bajo las plantas de su caballo el suelo de dos mundos: y ¿quién al entrar en él no sospechará que pudo hacerlo edificar este poderoso consejero como su sepulcro? Blanquea en medio del templo sobre el pavimento azul una sola losa de mármol blanco; y esta piedra, sola y sin leyenda, basta para revelar que yace allí sepultado el fundador, el que fué un día el alma de uno de los más grandes monarcas de la tierra. ¿No ha de parecer así el Salvador un gran monumento para un pequeño cadáver, como las pirámides levantadas en la embocadura del Desierto?

Es con todo el Salvador la obra más completa y acabada de Úbeda; y es digna no sólo del respeto, sino del amor del viajero, que, si codicia nuevas impresiones, es ya preciso que deje esta ciudad, sentada en una loma y cercada de olivares y viñedos, para trasladarse á la escarpada y pintoresca sierra de Cazorla, llena de barrancos y de precipicios, poblada de bosques de pinos y encinas, coronada de cerros por donde trepan la cabra montés y el corzo, cubierta siempre de verdor, animada sin cesar por el murmullo de los torrentes, plateada á lo largo de sus faldas por las aguas de los ríos y los arroyos que brotan de su fecundo seno (1), animada en invierno por el aullido de las fieras, halagada en verano por el continuo balido de millares de ganados que apacientan bajo las frescas sombras de sus árboles al cuidado del rústico pastor que canta en la arroyada (2). En la vertiente septentrional de la sierra está la

(1) Nacen de las cumbres de esta sierra además de otros muchos ríos y arroyos el Vega, el Borosa, el Guadalentín y el Río Frío.

(2) Antes de la guerra de la Independencia veraneaban en esta sierra hasta 100,000 cabezas de ganado; hoy veranean aún sobre 20,000.

ciudad del mismo nombre rodeada de extensas y numerosas huertas que riega el Cerezuelo y no llegan á marchitar nunca los ardores del estío; y apenas hay ciudad que pueda presentar aspecto más risueño. Está sentada en el monte en forma de anfiteatro; y la llanura que á sus piés se extiende parece alfombra de verdura y flores. Crecen á su alrededor árboles frondosos que se inclinan á su tiempo bajo el peso de doradas frutas; murmura en ella el río, más allá el arroyo; la cubre un cielo alegre y puro; le da vida un ambiente claro, y la orea tal vez suaves brisas, perfumadas con el aliento que despiden monte y prado. Defiéndenla dos castillos, uno musulmán, otro cristiano; y conserva, aunque ya muy arruinada, una iglesia antigua, debajo de cuyos cimientos se desliza calladamente el Cerezuelo. La levantó un marqués de Camarasa que construyó sobre el río un arco de ocho varas de ancho y ciento ochenta de largo. Edificó sobre él la humilde iglesia que tenía concebida, y siglos después, en un momento de cólera, soldados de un rey extraño, de un Emperador que, encumbrado por la revolución y la suerte, creyó poder uncir á su yugo todas las naciones, la incendiaron.

Todo está ya casi destruído en el reino que estamos recorriendo: lo que no ha derribado la fuerza de los siglos ha sucumbido al impulso de armas invasoras: lo que ha respetado la guerra ha venido á morir al fin bajo el hacha de la revolución ó la ignorancia y el antojo de artistas que no han vacilado en sentar sus humildes fábricas sobre las grandes creaciones del arte y la poesía. Escaso es ya lo que conserva Cazorla: ¿queda algo más en todo el Adelantado? ¿Qué cabe ver hoy en esa antigua villa de Quesada que tanta sangre costó á moros y á cristianos, que tantas veces fué cercada y combatida, que tantos héroes vió pelear ante sus muros, que tantos y tan variados pendones vió enarbolados en lo alto de su alcázar? Esa pequeña villa, que ocupa la falda meridional del cerro de la Magdalena y apenas consta sino de seiscientos hogares, cercados de algunas huertas que fecunda un río, fué uno de los teatros de las

glorias de San Fernando, fué luégo para el arzobispo D. Rodrigo cuando no un baluarte, un campo de batalla, fué más tarde una conquista y un medio de paz para uno de los reyes de Granada, fué por largo tiempo población de importancia y cabeza de un pequeño feudo; y nada, casi nada guarda de ese pasado, tan tempestuoso como lleno de gloria y de grandeza. Levántase sobre ella un torreón negro y sombrío; y he aquí el único resto de su alcázar, la única losa que encierra su pasado, la única piedra céltica, puesta sobre la tumba de este pueblo, para que sea respetado su cadáver por el torrente de las generaciones venideras.

Mas no hemos explicado aún todas las vicisitudes de esta villa. Dejamos la historia del reino de Granada en el momento de bajar al sepulcro San Fernando; y hechos grandes hemos de referir aún de Quesada en el largo y borrascoso período histórico que vamos á bosquejar en los capítulos siguientes. Los principales pueblos conquistados por el Rey Santo están ya recorridos y descritos: quedan otros muchos por vencer, queda por sujetar todo un reino; y antes de entrar en él con el báculo del viajero y el pincel del artista, fuerza es que, según nuestro método, le veamos creciendo y prosperando á la sombra de los reyes musulmanes, y doblando al fin humildemente la cabeza bajo los pendones de las armas de Castilla.







CAPÍTULO XIII

Fundación del reino de Granada.—Mohamed-el-Ahmar

DE 1238 Á 1273



REINABA aún en Castilla San Fernando, cuando, del seno de las turbulencias que agitaron á los árabes después de la ruina del imperio almohade, surgió un joven, que logró detener con la prudencia y con las armas la marcha vencedora de los ejér-

citos cristianos. Levantóse en Arjona el año 629 de la Egira (1231), se apoderó al siguiente de Jaén, tomó á poco Guadix y Baza, y á principios del 633 era ya señor de Loja y de cuantos pueblos ocupaban la sierra de Alhama. Fué abriéndose paso más con la política que con el alfange hasta en las mismas villas y ciudades que obedecían á Ben-Hud. Favorecido por su parcial Khaled, cautivó el ánimo de los moros de Granada; y en el mes de Ramadhán del 635 entró y fundó en esta ciudad un trono que duró por espacio de tres siglos. Apoderado de la antigua capital de los Zeiritas, no tardó en adquirir todo lo que más tarde constituyó su reino: recibió en el mismo año el homenaje de la ciudad de Málaga, y en 638 el de todo el waliato de Almería, que le entregó Abdelrhamán después de haber asesinado á Ben-Hud tras los brindis de un banquete. Ganó con palabras generosas muchos pueblos, conquistó comarcas enteras con sus primeros actos y el recuerdo de sus hazañas; y apenas habían pasado diez años después de su levantamiento en Arjona, cuando dictaba la ley á todo el territorio comprendido entre Sierra-Morena, los montes de Córdoba, los de Murcia y el mar que va desde Orce hasta el Estrecho (1).

Llamábase este joven Mohamed-Ben-Yusuf-Ben-Mohamed-Ben-Ahmed-Ben-Kamiis-Ben-Nasr-Ben-Kays-Al-Khazreji-Al-Ansari, por sobrenombre el Ahmar, el Rojo, y también Al-Ghaleb-Bilá, vencedor por la gracia de Dios. Era, según los cronistas cristianos, de origen oscuro (2); pero no según los árabes, que

---

(1) Tocamos tan de paso estos hechos porque los hemos ya dejado casi todos consignados en el capítulo X de este mismo tomo.

(2) Fúndanse los cronistas cristianos para asegurar este aserto en un pasaje del arzobispo D. Rodrigo que copiamos en el capítulo citado en la nota anterior. El-Ahmar, según este autor, seguía las huellas de la yunta y del arado poco antes de su aparición en el mundo político; mas ¿cabe deducir de aquí que El-Ahmar fuese á la sazón un simple aldeano, falto de educación y de conocimientos, que en un momento de entusiasmo pudiese llegar á trocar la esteva por la lanza, y poco después el campo por un trono? El-Ahmar, dice el-Khattib, nació en Arjona en territorio de Córdoba, donde heredó de su padre extensos dominios que cultivó con sus propias manos. ¿No parece esto una explicación mucho más natural de las palabras del arzobispo? (Véase *History of Mahomedan Dinasties*, tomo 2.º)

lo suponen hijo de padres esclarecidos, y le hacen descender por línea recta de Sád-Ben-Obadah, señor de la tribu de Khazrej y uno de los compañeros del Profeta (1). Reunía, al decir de todos los historiadores musulmanes, prendas eminentes (2): en guerra era tan esforzado y fiero con los combatientes como generoso con los vencidos; en paz, un rey para sus enemigos y un

(1) Los historiadores árabes, no contentos con darle una brillante genealogía, han llegado á creerlo predestinado por el mismo Alá para ser el amparo y la defensa de los Muzlimes. He oído referir á el Khattib, Mohamed-Ibn-Mohamed-Ibn-Abdillah-Allushi-Al-yahssobi, á quien encontré una vez en Jaén (leemos en uno de los autores que ha traducido el Sr. Gayangos), que su abuelo poseía una yegua excelente que montaba cuando tenía que rechazar al enemigo ó invadir la frontera del reino de Castilla. Llegó á ser tan conocida la yegua entre los cristianos de las comarcas vecinas, que el rey castellano, oyendo ponderar sus buenas dotes y su aptitud para la guerra de algarada, envió mensajeros á Al-lushi para que éste se la mandase y fijase á su antojo el precio. Estaba Al-lushi tan prendado de esa preciosa cabalgadura, que, no queriendo deshacerse de ella, se la negó al monarca; y dicen que por la noche soñó y oyó una voz que le decía: vé á Arjona y lleva contigo la yegua: pregunta por uno á quien llaman Mohamed-Ben-Yusuf, y en cuanto le encuentres véndesela, porque con ella ha de conquistar Jaén y otras ciudades, y ha de ser esta conquista muy beneficiosa para las generaciones venideras. No obedeció de pronto Al-lushi á tan singular mandato: pero por tres veces oyó en sueños la misma voz, y empezó á pensar seriamente en lo que con tanto afán se le encargaba. Preguntó á un amigo suyo, llamado Ben-Ya'ysh, muy conocedor de toda la comarca, quién podía ser el que le había sido indicado en sueños; y como se le manifestó que no podía ser otro que el Ahmar, partió para Arjona, donde fijó su residencia. Apenas fué sabida en esta ciudad su llegada y el objeto de su viaje, pasaron á su casa el Ahmar y algunos de sus parientes y empezaron á negociar la yegua; mas era tal el precio que Al-lushi exigía, que el Ahmar se vió obligado á declarar la imposibilidad de apronta una suma tan exorbitante. Propuso al fin el Ahmar pagarla parte al contado y parte á plazos, y viendo que consentía en ello Al-lushi, se la llevó á su casa. Habló á poco Al-lushi á el Ahmar en la mezquita del castillo, y le reveló su sueño; y satisfecha por éste la suma convenida, se volvió á Jaén.

Había pasado apenas un año después de este suceso, añade la crónica, cuando el Ahmar tomó en Arjona el título de rey y se apoderó de la ciudad que había mentado á Al-lushi la voz de su profético sueño. — GAYANGOS, *History of the Mahomedan Dinasties*, tomo 2.°

(2) Copiamos á continuación la pintura que hace de este príncipe el historiador el Khattib, uno de los traducidos por Cassiri: Ad illius mores quod attinet vir erat domi militiæque plane admirabilis: miles enim egregius plenusque animi et roboris semper est habitus, otii inimicus et sui commodi non studiosus; cultu perparcus et frugalisimus princeps; in acie expertus simulque temporum callidus, aspectu etiam et auctoritate verendus, expeditissimus dux atque magnus discriminum contemptor. Uxores non nisi genere pares sibi adjunxit, domesticorum commodis consulebat atque regia vectigalia pari cum moderatione exigebat. Præliis ipsemet interfuit quæ historici fuse lateque prosequuntur. Veste vulgari indutus in ocreis incedebat, suarum rerum ita satagebat ut labori nulli parceret.

padre para su pueblo. Verdadero creyente del Profeta, no olvidaba sus deberes religiosos ni aun en la embriaguez de la victoria; verdadero genio político de su época, sabía sacrificar su orgullo en aras de la conveniencia pública hasta el extremo de ir á pelear personalmente en favor de un rey cristiano. Conocía los tiempos en que debía guardar y desnudar la espada, el modo de excitar y acallar las pasiones, los medios más eficaces para templar y halagar el carácter de sus súbditos, la difícil manera de presentar humilde al monarca y magnífica y llena de mágico esplendor la monarquía. Más noble aún de corazón que de linaje, no reconocía necesidad á que no atendiese, ni sufrimientos que no aliviase: levantó á poco de haber entrado en Granada almarrestanes para los enfermos y casas de socorro para los pobres y los ancianos desvalidos; procuró mejorar constantemente el bienestar de sus vasallos; y ni aun cuando vió inundado el reino por avenidas de árabes proscritos que huían de las ciudades conquistadas por los cristianos, pudo dejar abandonado á ningún creyente al rigor de su destino. Si manifestó esplendidez, fué para el mayor prestigio de su trono, no para sí, que se presentó siempre parco no sólo en el traje y en la mesa, sino también en su harem, donde más solían ostentar su lujo todos los reyes musulmanes. Sentía gravar con tributos á sus pueblos; y no creyendo digno de un monarca exigirlos para sus placeres, no los aumentó sino para embellecer con fuentes, baños, colegios y un palacio grandioso esa hermosa ciudad que eligió por silla de su imperio é hizo en breve rival de Bagdad y de Damasco. Quería ser más el servidor que el tirano del pueblo. Le daba audiencia dos días por semana en uno de los salones de su alcázar; llamaba á sí jeques y cadíes para la resolución de los negocios del Estado, y visitaba á los pobres de los almarrestanes hasta en su lecho de muerte.

Con tan brillantes dotes, realzadas á los ojos de la muchedumbre por la gravedad de su rostro, la gallardía de su figura, lo cortés de su trato y los rasgos caballerescos de su carácter,

no sólo logró el Ahmar librar á sus nuevos estados de la ruina que les amenazaba, sino que también darles unidad, robustecerlos y elevarlos á la cumbre de la mayor grandeza. Empezó acreditando su valor en frente de los muros de Martos y en dos batallas sangrientas, en que rompió y desbarató dos ejércitos cristianos; y ya que se consideró bastante temible, pasó á la frontera, la aseguró, reparó las fortalezas que la defendían, volvió á Granada, y se entregó desahogadamente á la organización interior de su casa y de su reino. Levantó y fortificó el alcázar de la Alhambra, fijó en ella su residencia, nombró jueces (1) y katebes (2), reunió en torno suyo un senado de nobles y de ancianos, confirió el mando de los waliatos y cadiatos á los que más se habían distinguido por su lealtad y por sus proezas, fundó casas de asilo para la pobreza, dispuesta siempre á la rebelión cuando no ve término á sus privaciones y sufrimientos, surtió de agua y de víveres las ciudades, labró en el campo acequias, fundó numerosas escuelas, abrió las puertas de su palacio á la ciencia y á la poesía, protegió con mano generosa la industria y la agricultura, no perdonó, al fin, medio para mejorar el estado de su reino. Conociendo que las costumbres son la base de las leyes, procuró reformarlas, y recurrió para ello menos al mandato que al ejemplo, administró por sí su patrimonio, dirigió la construcción de su alcázar (3), cultivó con sus propias manos los jardines que crecían al pié de sus

---

(1) El cargo de Juez era entre los árabes de los más importantes. El Khattib refiere al fin de cada reinado todos los que lo tuvieron en Granada, y cita entre los del tiempo de el Ahmar á Abu-Abdala-Mohamed-Ben-Ibrahim-Ben-Abdehalam-Altamini Criminum quæsitor.—Cassiri, tomo 2.°

(2) Hace mención el Khattib, entre los Katebes ó ministros de este príncipe, de Abu-Meruan-Abdelmalek-Ben-Juseph-Ben-Sananid, natural de Jaén; de Alí-Ben-Ibrahim-Alschaibani-Azadita, natural de Granada; de Abu-Abdala-Mohamed-Ben-Mohamed-Ben-Alramin, en otro tiempo almirante; de Yayah-Ben-El-Khattib, que tuvo también por patria la misma ciudad de Granada. El primero de estos fué wizir, es decir, primer ministro.

(3) El Khattib asegura que dirigió él mismo la construcción de este palacio: Alhamra, dice, cui construtioni et ipse adfuit ac præfuit. «Principió la Alhambra, y él mismo dirigió la obra y andaba entre los alarifes y arquitectos» (Conde).

salones, enriqueció sin cesar su espíritu (1), obedeció en público la voz del muezin cuando le llamaba á la plegaria (2), vistió humildemente, economizó las mujeres en su harem, desterró lejos de sí la afeminación y el ocio, no perdonó sacrificio alguno ni por su Dios, ni por su patria. Deseoso de alejar del corazón de sus pueblos los temores de un porvenir incierto y asegurar el triunfo de su dinastía, confió sus hijos á sabios y virtuosos alfaquíes, los instruyó en sus horas de descanso, y apenas vió desarrollada el alma del que escogió por heredero de su corona, le llamó junto á sí para acostumbrarle á los negocios del gobierno, comunicarle los secretos de su política, inspirarle sus sentimientos y hacerle aceptable para su reino, presentándole como el espíritu que había de sobrevivir á su muerte.

Nada olvidó el Ahmar para poner en orden la administración de sus estados y asegurarles la paz interior de que necesitaban; pero tenía más allá de sus fronteras un enemigo poderoso, y no podía pensar exclusivamente en mejorar la suerte de los pueblos. Debía acordarse á cada paso de que tenía pendiente sobre ellos la espada del Rey Santo y corría aún peligro la existencia de ese mismo reino que acababa de cimentar sobre las ruinas del imperio almohade; y no lo olvidó tampoco. Temeroso de que algún día podía verse en la necesidad de llamar en su socorro los ejércitos de otras naciones, manifestó desde el principio de su reinado un respeto y una deferencia suma á los reyes de Tremecén, Túnez y Marruecos (3), y para disponerlos más á favorecerle, llegó al extremo de hacer rezar

(1) Gustaba, según Conde, de leer historias y de oirlas contar á su contador de hadizes, y se entretenía mucho en sus jardines cultivando plantas aromáticas y flores.

(2) Al llegar el Ahmar á la puerta de la Kassabah de Granada, leemos en uno de los escritores árabes que ha traducido el Sr. Gayangos, se oyó la voz del muezin á lo lejos llamando al pueblo á la plegaria del sol poniente; y sin ir más allá se dirigió al Mihrab de la mezquita, recitó el capítulo I del Korán, y entró en el castillo de Badis precedido de algunos hombres con hachas en la mano *(History of the Mahomedan Dinasties)*.

(3) Los reyes de Tremecén eran á la sazón Zayanitas, los de Túnez Haphsitas, los de Marruecos Almohades.

por ellos la khotbah en todas las mezquitas de su reino. Hízola rezar por el mismo Califa de Bagdad (1), de quien le separaban antiguas discordias y todas las aguas del Mediterráneo; y apenas encontró coyuntura para solicitar la amistad del rey cristiano, se manifestó para alcanzarla dispuesto á sacrificar su ambición y hasta su orgullo. Como antes hemos indicado, al ver resuelto á San Fernando á tomar de grado ó por fuerza á Jaén, al considerarse incapaz de protegerla, al prever que después de vencida era fácil que otros pueblos doblasen de terror la frente, creyó llegada la hora del sacrificio, y solo y sin más consejo que su propio corazón y su cabeza, salió para el campamento cristiano, entró en la tienda del rey, le pidió la paz, le besó la mano en señal de vasallaje, se declaró su feudatario, le ofreció asistir á las Cortes á que fuese llamado y prometió servirle con cien lanzas. Sentiría sin duda pasar por tan dura humillación; mas no vió ni pudo ver otro medio de salvar su reino. Calculó que de otro modo iba á sucumbir Andalucía y á no quedar en España ni un asilo para los hijos del Profeta; y antes que la estéril gloria de los héroes que no temen aventurar su vida, aunque al caer deban arrastrar tras sí vastos imperios, procuró atraer sobre su cabeza las bendiciones que merecen los que con abnegación sublime detienen la caída de los pueblos y hacen florecer al borde del sepulcro generaciones amenazadas de muerte. Se humillaba con este paso y humillaba á su reino; pero humillándolo, le salvó, y llevándole al campo de batalla no habría hecho sino acelerar ese día infausto en que el África tuvo que recoger millares de árabes proscritos, sobre los que pesó por más de un siglo la más humilde servidumbre.

Celebrada así la paz con su mayor enemigo, volvió el Ahmar con el walí de Jaén Alí-Ben-Muza á la ciudad de Granada, en que siguió tranquilo su obra de reorganización á pesar de tener aún en las fronteras occidentales de su reino á los

(1) Era á la sazón sultán de Bagdad El-Abbasi.

almohades que tanto aborrecía. Llamado á los ocho meses á la campaña de Sevilla, tuvo que interrumpir por segunda vez sus útiles tareas, y salió á la cabeza de quinientos caballos con el rey cristiano; pero apenas cayó vencida aquella plaza, en cuyo cerco se distinguió tanto por su generosidad como por su heroísmo, cuando prosiguiéndolas con mayor ahínco que nunca, logró animar su reino con la explotación de minas de oro y plata y el rumor de talleres en que ya se fabricaban armas de fino temple, ya se tejía la seda con más perfección que en los mismos pueblos de la Siria. Acertó á venirse por aquel tiempo á Granada gran número de moros, fugitivos unos de Játiva y Valencia por no poder sobrellevar la servidumbre del rey aragonés D. Jaime, procedentes otros de Sevilla, donde temían los ultrajes que para los caídos suele llevar consigo la derrota; y deseoso ese gran príncipe de detenerlos á todos en su reino, del cual era fácil que salieran para poblar el África, no sólo no escaseó gastos para alimentarlos, sino que también repartiéndolos por sus tahas, les dió hogar donde viviesen, los eximió por algunos años del pago de tributos, y procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance hacerles llevadero el recuerdo de las pasadas desventuras. Sabía cuán escasa era la población de Granada á causa de las grandes guerras que por tanto tiempo la agitaron, conocía de cuánto era capaz un suelo fértil donde la naturaleza parece haber prodigado sus tesoros, temía que en lo futuro pudiesen venir contra su reino monarcas poderosos que habían hecho temblar ya imperios tan vastos como los de los almohades y los almoravides; y convencido de que para contener estas invasiones debía suplir por el número de sus súbditos el de sus fortalezas y ciudades, se aprovechó de estas y de otras circunstancias parecidas como de ocasiones que le ofrecía su Profeta para multiplicar los soldados que debían sostener una monarquía, al parecer fundada sobre arena y expuesta á hundirse al primer torrente que se despeñase de Sierra-Morena ó de los montes de Segura.

Tuvo afortunadamente el Ahmar en apoyo de sus altas miras políticas un regular período de paz que vino á prolongar en 1152 la muerte de San Fernando. Cuando supo este grave accidente, envió una embajada al nuevo rey D. Alfonso para que confirmase el tratado de Jaén bajo las mismas condiciones; y otorgado esto, siguió dedicándose sin tregua á las mejoras materiales de su reino, hasta que á los dos años partió para Jerez, llamado por el monarca de Castilla. Regresó inmediatamente después de la toma de Jerez á su ciudad favorita, recogió con el mismo amor que siempre á los desventurados almohades que iban huyendo de los pueblos sojuzgados durante la campaña, continuó favoreciendo todas las artes útiles, y al paso que veía prosperar incesantemente la industria y la agricultura, se complacía en contemplar cómo crecían de día en día los encantados patios y salones de la Alhambra.

Era el Ahmar guerrero; pero sentía esos llamamientos de los reyes castellanos, que á más de distraerle de las atenciones del Estado, le obligaban á emplear sus armas contra sectarios que, aunque herejes, no dejaban de ser como él hijos leales del Profeta. No encontraba entonces para la salvación de su reino otro medio que el de la paz; y la deseaba, y procuraba con tanto afán, que estaba dispuesto para obtenerla á sacrificarlo todo, hasta su propio bienestar, hasta la amistad, hasta sus más ardientes é hidalgos sentimientos. Si obedecía con tanta resignación á las exigencias de los reyes castellanos, no era sino porque veía así asegurada la paz para sus pueblos. Se excusó poco después de hospedar en su corte al infante D. Enrique, que tras la campaña de Jerez se enemistó con su hermano el rey Alfonso, y no lo hizo por otro motivo que por el temor de comprometer esa misma paz que él consideraba como la base de la futura grandeza de su patria. Movió á Enrique á que en lugar de pasar á Granada se dirigiera á Túnez, para cuyo emir le dió cartas dictadas por el sentimiento de amistad más puro, y logró así contentar al infante y obligar más al rey, que no le llamó

hasta tres años después para la conquista de los Algarbes.

Á pesar de este sistema político no tardó, sin embargo, el Ahmar en verse envuelto en una guerra larga y complicada que llegó á poner en peligro su corona. Envió al Algarbe al walí de Málaga con algunos caballeros, recorrió en tanto sus dominios, visitó sus tahas, fortificó sus fronteras, y, estando en Gibraltar, recibió mensajes de Jerez, de Arcos, de Sidonia y hasta de Murcia, ciudades que se ofrecían á proclamarle rey si les ayudaba á sacudir el yugo á que acababan de uncirlas los cristianos. Persuadido de la necesidad de conservar la paz, resistióse por de pronto en su interior á acceder á una demanda que la comprometía; mas considerando luégo como un deber amparar á muzlimes oprimidos y movido quizá por sus ímpetus guerreros, el afán por la gloria y la esperanza de ensanchar su reducido imperio, si no se decidió por la afirmativa, prometió cuando menos á los mensajeros llevar la proposición al senado de los jeques y estar por lo que estos cautos ancianos resolviesen. Pasó á Granada, juntó el consejo, manifestó las pretensiones de los pueblos recién conquistados, y lejos de encontrar duda ni temor en los ánimos, los encontró casi todos decididos abiertamente por la guerra. Púsoles por delante los peligros que iban á nacer del primer choque que tuviese lugar entre granadinos y cristianos, y los vió dispuestos á pasar por todo; pero ni aun así pudo consentir en que se rompiese clara y terminantemente con el rey Alfonso. Propuso que ante todo se procurase el simultáneo alzamiento de la ciudad de Murcia y los pueblos del Algarbe á fin de que Alfonso, no pudiendo estar á la vez en puntos tan distintos, le llamase y le diese ocasión para negarse á socorrerle; manifestó que, rota con este pretexto la alianza, era fácil que se les declarase la guerra y se les ofreciese motivos para ir con tropas más allá de la frontera, y acabó, al fin, diciendo que sólo así creía legitimado y provechoso el rompimiento que se proyectaba.

Aceptadas estas ideas por el consejo, empezó el Ahmar á disponer secretamente la sublevación de aquellos pueblos, y no

tardó en ser aclamado casi en un mismo día por los árabes de Murcia, Lorca, Mula, Jerez, Arcos y Lebrija, que, invadiendo como leones las casas y las fortalezas de los cristianos, mataron á cuantos no pudieron recurrir á la fuga. Mandó desde luégo tropas hacia Murcia; y apenas se vió requerido por el rey de Castilla, le escribió cuán cortésmente pudo, alegando que motivos de política y sobre todo de religión le impedían por entonces pasar al servicio de un príncipe cristiano, tanto que ni se atrevía á asegurarle si podría en esta guerra permanecer del todo ocioso. Dirigióse á sus alcaides y apercibió su caballería mientras esperaba la resolución de Alfonso; y luégo que supo la orden de éste para que las tropas fronterizas rompiesen las hostilidades, salió de Granada, corrió y taló los campos de Alcalá de Ben-Zaide, peleó á la vista de esta ciudad con un ejército castellano, y lo batió y destrozó de manera que logró infundir temor en el pecho de sus orgullosos enemigos. No descansó siquiera un momento: empleó sus tropas cuando no en batallas campales, en refriegas y escaramuzas; y mientras corrían al Algarbe los mejores caudillos de Alfonso, anduvo molestando sin cesar las fronteras de Castilla con algaradas sangrientas que las mantenían en continua alarma. Dispuso de nuevo para Murcia gente de á pié y de á caballo, nombró jefes y la distribuyó toda en el mejor orden que pudo; mas poco pudo alcanzar con tan oportunas medidas. Deseoso de recompensar á los que se habían distinguido tanto en la jornada de Alcalá como en las luchas sucesivas, concedió en este tiempo gracias á algunos zenetas y zegríes, ofendió con esto á Abu-Mohamed-Abdalá, walí de Málaga, á Abu-el-Hasán, walí de Guadix, y á Abu-Yshac, walí de Comares; y cuando más necesitaba de fuerza para proteger una ciudad que veía acampadas cerca de sus muros las tropas de Aragón y de Castilla, tuvo el desconsuelo de verse amenazado por esos tres poderosos gobernadores, que, además de negarse á tomar parte en la expedición de Murcia, se hicieron más tarde aliados y aun vasallos del rey Alfonso.

Comprendió de una mirada el Ahmar los tristes resultados que podía dar este hecho, y perdió en gran parte las esperanzas que tenía; pero no por esto se manifestó menos animoso ni prudente. Preparó nueva campaña, y, antes de salir para ella, hizo jurar y proclamar sucesor á su hijo Mohamed, á quien asoció al gobierno. No pudo conseguir que los tres walíes prestasen el juramento, y hasta sospechó que no pasarían mucho tiempo sin alzar contra él las armas; pero salió, y salió con el intento de pasar á Murcia. Tuvo á poco la guerra dentro de su propio reinado, y vió asaltadas de repente sus fronteras no sólo por las tropas de los walíes sino también por los castellanos, con los que acababan de concluir un tratado de alianza y vasallaje; recibió á cada momento noticias fatales del occidente de Andalucía, donde Alfonso ganó una tras otra Jerez, Sidonia, Rota, San Lucar, Arcos y Lebrija; hubo de ocuparse nuevamente en dar la dirección oportuna á las avenidas de fugitivos que á consecuencia de esas conquistas iban invadiendo sus estados; pero ni aun bajo el peso de tantas atenciones se mostró falto de valor, ni dió la menor muestra de desfallecimiento. Dividió su hueste, mandó la mayor parte á Murcia, púsose al frente de la caballería de Granada, y corriendo, ya contra los de Guadix, ya contra los de Jaén, en todas partes parecía que se hallaba y lograba en todas con su actividad y la fama de su nombre cortar el altanero vuelo de sus enemigos.

Eran, no obstante, tan grandes los apuros de el Ahmar, que buscaba medios para desistir honrosamente de guerra tan dudosa en su éxito y perniciosa para sus estados. Procuró entrar en negociaciones con el rey Alfonso; y para apartarle de la causa de los rebeldes, ofreció renunciar á la conquista de Murcia y concederles treguas por un año. Sabía cuán duras eran para él estas proposiciones; pero respiró al verlas aceptadas. Regresó á su corte, se dedicó á reparar los males que afligían su reino, y al año, libre ya de la guerra exterior y algo repuesto de sus fatigas, abrió nueva campaña contra los sublevados á

pesar de la oposición del monarca cristiano, que estaba dispuesto á favorecerlos encubiertamente con el objeto de mantener siempre fija sobre ellos la atención del gobierno de Granada. Empezó con tanto ímpetu y tan felices resultados, que no sin razón se esperaba que había de vencer pronto á los walíes; pero después de tomados algunos pueblos y fortalezas, tuvo que suspender su marcha, movido por una carta del rey Alfonso en que le amenazaba con otro rompimiento si no declaraba independientes á los rebeldes y le hacía cesión de Tarifa y de Algeciras. Detúvose donde recibió este escrito, aunque no ya con ánimo de doblar humildemente la cabeza ante tan pérfidas y desatinadas exigencias. Lleno al primer momento de ira, mandó reunir tropas y entrar en tierra de cristianos; y aun después de pasado este arrebato, no pudo menos de escribir en tono amargo á su infiel aliado, á quien se quejó ya de la alevosía con que había procedido, ya del atrevimiento con que le pedía dos ciudades que eran las llaves de su reino. Contentóse al fin con pedir á Alfonso que guardase completa neutralidad en negocio que nada le afectaba ni le correspondía; pero ni esto hubiera probablemente alcanzado á no haber sobrevenido en Castilla una rebelión que habría podido ser fatal á los cristianos á ser menos nobles de corazón los caballeros que se levantaron. Tras este hecho no sólo obtuvo del rey lo que pretendía; recibió bajo su amparo al príncipe Felipe, hermano de Alfonso, á D. Nuño y á otros castellanos de los sublevados, no menos ilustres por su origen que por sus altos hechos; y auxiliado por ellos, pudo á poco atacar por tercera vez á los walíes, únicos enemigos contra que se habían ofrecido á desnudar su espada. Confió el mando del ejército á Mohamed, su hijo, y le ordenó que se dirigiera á Guadix; pero no pudo alcanzar ya los resultados que se prometía. Á pesar del valor de Mohamed y de las proezas de los nuevos aliados, vió que toda aquella guerra se reducía á talar y saquear pueblos, levantados hoy para caer mañana; conoció luégo que, divididas como habían de estar sus fuerzas, no

podría fácilmente terminar por sí una lucha que había tomado ya grandes proporciones; y ansioso de remediar un mal que iba corroyendo lentamente su reino, recurrió al extremo de llamar en su socorro á Abu-Yusuf, rey de Marruecos, de esa parte del África de donde vino tantas veces la salvación y la servidumbre de los árabes de España.

No tenía aún tiempo de haber pasado á España Abu-Yusuf, cuando recibiendo el Ahmar noticia de que acababan de entrar en su tierra los walíes, concibió tal cólera, que se resolvió, á pesar de sus ochenta años, á salir al frente de su ejército de los muros de Granada. Salió el Ahmar por la vez postrera. No había aún dejado la ciudad, cuando el pueblo auguraba mal sabiendo que se había roto contra las bóvedas de la puerta la lanza del primer caballero que formaba la vanguardia; y no distaría de ella media jornada, cuando empezó á sentir en su corazón los latidos precursores de la muerte. Atacado de un grave accidente, fué conducido en andas hacia su corte; pero no tardó en espirar bajo un pabellón que hubieron de levantarle en el camino. Murió de un vómito de sangre á la misma hora en que se ocultaba tristemente el sol tras las cumbres de la sierra de Loja; y llorado por cuantos cristianos y muzlimes recogieron sus últimos suspiros, fué trasladado de noche á la capital y enterrado en un sepulcro de mármol, donde su hijo hizo grabar en letras de oro el más cumplido elogio de tan ilustre héroe (1).

(1) Este elogio ó epitafio ha sido traducido de los autores árabes por Conde del modo siguiente: «Este es el sepulcro del Sultán Alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, gloria del día y de la noche, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, polo de la secta, esplendor de la ley, amparo de la tradición, espada de verdad, mantenedor de las criaturas, león de la guerra, ruina de los enemigos, apoyo del Estado, defensor de las fronteras, vencedor de las huestes, domador de los tiranos, triunfador de los impíos, príncipe de los fieles, sabio adalid del pueblo escogido, defensa de la fe, honra de los reyes y sultanes, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios, Abu-Abdala-Mohamed-ben-Yusef, ben-Nasar-el-Ansary, ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y le coloque entre los profetas justos, mártires y santos, y complázcase Dios de él, y le sea misericordioso, pues fué servido que naciese el año 591 y que

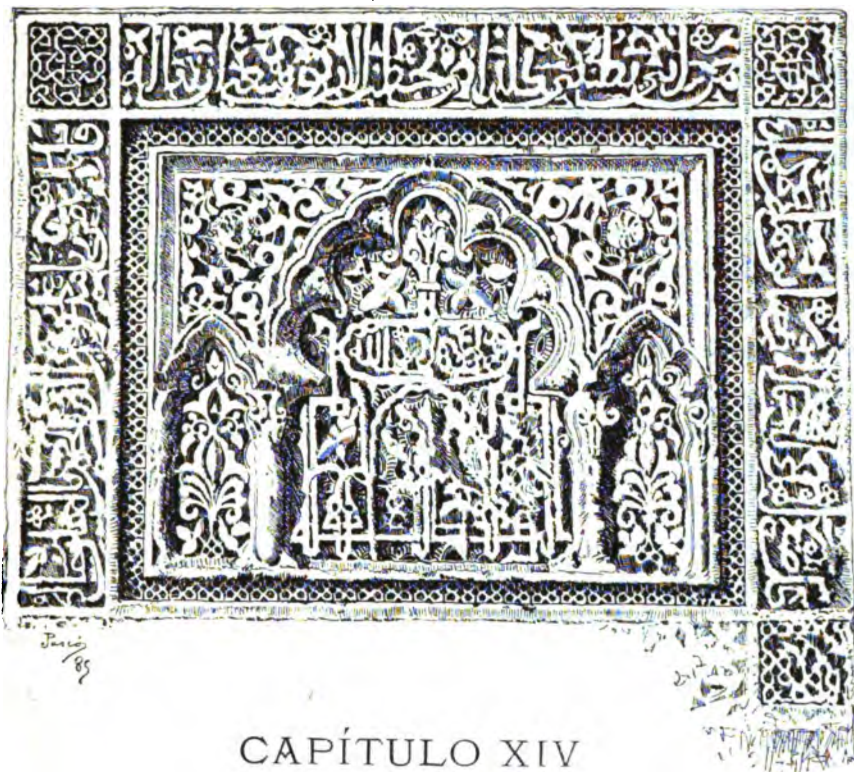
Sintió todo el reino de Granada tan dolorosa pérdida á pesar de ver brillar en el hijo las generosas prendas del padre; mas ¿cómo no había de sentirla siquiera por agradecimiento, cuando á ese el Ahmar debía su libertad y su grandeza? Dejábalo el Ahmar desgarrado por una guerra civil de que fué involuntariamente causa; pero ¿era comparable ese mal con los beneficios que le había procurado? Florecía de oriente á occidente la agricultura; y Granada veía ya su famosa Vega, cruzada por acequias numerosas, cubierta de frutos y flores, salpicada de pueblos, embellecida por palacios y deliciosos cármenes donde se veía sombreadas por el laurel y el álamo ricas paredes y techumbres de oro. Alzábase multitud de molinos á las orillas del Genil y el Darro, y blanqueaban acá y acullá puentes hasta sobre los arroyos. Beneficiábanse aquí minas; sonaba allí ruido de talleres; y en todas partes se estaban levantando templos y alcázares soberbios, entre los que sobresalía el de la Alhambra, no concluída aún, pero cercada ya de huertas y alamedas y animada por el murmullo de risueñas fuentes. Sentadas ya las bases de una buena administración y algo reformadas las costumbres, predominaba la idea del respeto debido á la autoridad sobre los instintos de independencia que tanto caracterizaron y perdieron en todos tiempos á los musulmanes; apoyado de otra parte el gobierno por dos cuerpos de fuerza armada, compuesto el uno de árabes españoles y el otro de africanos, contaba con los medios suficientes para tener á raya las pasiones de los pueblos y la desenfrenada ambición de los walíes. Estaba, por fin, constituída enteramente la nación, asegurada la dinastía que debía regirla, restablecido en gran parte el orden que había de sostenerla: ¿qué faltaba para coronar la obra de el Ahmar sino reducir á la obediencia

---

fuese su tránsito dia giuma después de la azala de alasar á 29 de la luna giumada postrera año 671. ¡Alabado sea aquel cuyo imperio no fina, cuyo reinar no principió, cuyo tiempo no fallecerá, que no hay más Dios que él, el misericordioso y clemente!»

á esos tres rebeldes gobernadores de Guadix, Málaga y Comares, suficientemente desleales aún para arrojar contra el seno de su patria la espada de un rey cristiano, ó bastante ciegos para no ver el abismo que á sus piés se abría? Difícil, muy difícil será que la puedan coronar sus sucesores. La discordia es mal inherente á las sociedades árabes; y brotará y retoñará en cada reinado hasta que se oiga en lo alto del Padul el suspiro de despedida del último rey moro.





CAPÍTULO XIV

Mohamed II.—Mohamed III.—Nasar



La proclamación de Mohamed II fué el viernes 29 de giumada del año 671 (21 Enero de 1273), es decir, en el mismo día en que murió el Ahmar, después de cuyas exequias paseó el nuevo rey las calles de Granada acompañado de la flor de su caballería. Contaba ya treinta y ocho años de edad y diez de estar gobernando el reino con su padre; conocía perfectamente su posición y lo que exigían de él los hombres y las cosas; y lejos

de comprometer la suerte de su nueva monarquía, la aseguró con rasgos de valor y de prudencia que le pusieron á la altura de los grandes reyes. Era como el Ahmar fuerte y sensato, sereno en el peligro, sufrido en la desgracia, constante en sus empresas, magnánimo en la victoria si terrible en la batalla. Llevaba la prudencia hasta la astucia; sabía vencer con la generosidad á sus mayores enemigos y conciliar entre sí las voluntades más opuestas; halagaba con frecuentes dádivas á sus amigos; alentaba con premios á su gente de armas, y hacía de cuantos le rodeaban humildes y afectos servidores. Amaba las letras, y llegó á pasar con justicia por ingenioso poeta; cautivaba á todos con su habla cortés y elegante, ya usase de la lengua árabe, ya de la española, que poseía al par de los más cultos castellanos. Reunía á todas estas dotes del ánimo hermosura y gravedad de rostro, gallardía de cuerpo, maneras gentiles y arrogantes, aseo y compostura en el traje, magnificencia en las costumbres, y tanta perfección en todo, que así por estas como por aquellas prendas llegó á ser el ídolo del pueblo, el honor del islamismo y la esperanza de su patria (1).

No hizo por de pronto Mohamed alteración alguna en las cosas de gobierno. Conservó la guardia africana y andaluza, creadas por su padre; y con objeto de tenerlas más propicias, no hizo sino conceder honores á los capitanes y caudillos que las mandaban, nobles todos y algunos hasta emparentados con los mismos reyes (2). Embebido y confiado en la política de su

(1) He aquí la pintura que hace de este rey el Khattib: «Reges omnes magnificentia, fortitudine, bellica virtute, industria, prudentia, constantia et magno rerum um atque experientia superavit: etenim aulæ administros honoribus, militiæ duces proemiis amplissimis ornavit; ac regnum tandem diversas gentes miscens commercio locupletavit. Ad hæc accedunt summa illius formæ habitusque pulchritudo, solertia, animi liberalitas ac pacientia. Imperii socius à patre cui post obitum successit delectus est. Ad solium vix dum evectus morem optimatibus gessit; ad inimicorum voluntatem dexteritate atque mira arte se finxit; amicos vero praemiis cumulavit.» Añade además que fué gran calígrafo, poeta ingenioso y muy amigo de los sabios.—Casiri: *Bibliot. Arab. Hisp. Esc.*, t. 2.°

(2) Según el Khattib y otros escritores árabes, el jefe de la guardia andaluza había de ser siempre un pariente del rey, ó cuando menos un alto dignatario de

antecesor, creía con razón arriesgado trastornar en lo más mínimo el orden establecido; y así no sólo no mudó de sistema, sino que también se esforzó en hacer de lo antiguo la ley fundamental del reino. No varió siquiera de personal, hecho con que burló tanto las esperanzas de algunos, que, dándose estos por agraviados, se pasaron al bando de los walíes y le amenazaron con una guerra á muerte. Sorprendióse al recibir la noticia; pero, fijo en su idea y resuelto á no desistir un punto de su propósito, salió como un rayo al frente de su caballería, acompañado del príncipe Felipe y sus nobles castellanos, cayó cerca de Antequera sobre los rebeldes y trabó una de las batallas más sangrientas. Los rompió, los obligó á la fuga, y, no satisfecho aún, los persiguió algunas leguas hasta hacerles dejar en el campo todo su bagaje. Trataba de acreditar en este primer hecho de armas no ya su valor, sino su independencia y su firmeza; trataba de manifestar á su pueblo que no podía haber motivos bastante poderosos para desviarle de la senda política trazada por su padre; y quiso acertadamente parecer menos generoso que fiero é implacable.

Volvió Mohamed á Granada é hizo ricos presentes de armas y caballos á sus auxiliares de Castilla; pero no llevaba ya ideas de paz, sino vehementes deseos de abrir una campaña en que pudiese exterminar ó reducir á su obediencia á los walíes. Temía, sin embargo, á Alfonso; preveía el favor que éste había de darles al verlos en peligro; y no se atrevía á provocar una situación que podía aún comprometer la existencia de su reino. Consideró que debía ante todo evitar todo rompimiento con los cristianos; y apenas se le invitó á tratar de paz por el mismo Alfonso, á quien acababa de sobrecoger D. Fadrique escribién-

---

palacio, y el de la africana uno del esclarecido linaje de los Merynes, que estuviese unido también por vínculos de parentesco con los emires de la Mauritania. En esta ocasión, dicen los árabes de Conde refiriéndose al reinado de este Mohamed, era caudillo de los andaluces, por haber fallecido los dos hermanos del rey, Aben-Muza, el mismo que lo había sido durante el reinado de su padre.

dole que los africanos pensaban venir á España, no vaciló un momento en pasar á Sevilla, donde le recibió con gran pompa toda la corte castellana, se hospedó en el mismo alcázar del monarca, se le armó caballero, se le obsequió con grandes fiestas, y se le satisfizo con un tratado de alianza, cuyas ventajas disminuyó con un rasgo casi necesario de caballerismo. Había ya obtenido trocar por el pago de cierta cantidad de mitkales de oro el feudo de cien lanzas y retraer á Alfonso de la amistad de los walíes, cuando sorprendido por la reina Doña Violante que tomaba parte muy activa en los negocios de Castilla, se vió obligado por las ideas de la época á otorgar la demanda de tan augusta princesa, que le pedía nada menos que la concesión de un año más de tregua á los rebeldes. Vió con esto fallidas sus esperanzas y bramó interiormente de ira; pero disimulando cuánto pudo su encono, se despidió de la corte cristiana y volvió á la suya, deseoso de que espirara el plazo de la tregua para arrojarse sin consideraciones de ningún género sobre los walíes y vengarse de la pérfida política de Alfonso.

Pasó el año, y abrió Mohamed la guerra. Cayó sobre los walíes arrostrando toda suerte de peligros; y aun viendo que peleaba sin fruto, no quiso retroceder un paso. Escribió á Yusuf, rey de Marruecos y caudillo de los Beny-Merines, le manifestó la situación precaria del islamismo en España, le pintó con vivos colores los daños que ocasionaba á su reino la rebeldía de los walíes, le pidió encarecidamente que pasara á Andalucía, y para obligarle y estimularle más le ofreció los puertos de Tarifa y de Algeciras. Halló afortunadamente favor en el africano, que, dueño ya de dos imperios, se sentía arrebatado á nuevas conquistas por sus ímpetus religiosos y la embriaguez de la victoria; y el 16 de Djulkada de 673 (12 de Abril de 1275) tuvo ya en Tarifa á Abu-Zyan, hijo de Yakub, á la cabeza de cinto mil jinetes. Vió luégo á los walíes doblando con humildad la frente, primero ante Abu-Zyan, y á poco ante el mismo Ya-

kub, que apenas desembarcó en España (15 de Agosto de 1275), les reconvino por su rebelión y les reconcilió con su rey para todo el tiempo de la guerra santa. Lleno ya de esperanza, pasó á Algeciras, se apersonó con el emir, celebró consejo con él y los walíes, y salió con rapidez hacia Jaén, mientras se preparaban los de Málaga, Guadix y Comares para entrar en tierra de Córdoba, y un hijo del africano penetraba en la comarca de Sevilla al frente de numerosos escuadrones.

Logró así Mohamed hacer temblar de espanto á toda la Península. Ausente de ella Alfonso en busca de su codiciada corona de Alemania, estaba gobernada Castilla por el primogénito D. Fernando, que apenas tuvo tiempo para poner en defensa las fronteras, cuando talaban ya la tea y la espada las risueñas campiñas de Almodóvar, Úbeda y Baeza, y sonaba el estruendo de la pelea al pié de los castillos, y precedía á los ejércitos de los infieles multitud innumerable de cautivos y ganados que cubrían cerros y valles. Envióse de pronto contra los invasores al Adelantado de la frontera, á ese esforzado D. Nuño que con tanto denuedo peleó por el Ahmar y su hijo; pero en vano, porque el valor no puede suplir el número, cuando se ha de combatir con tropas que han conquistado ya dos reinos poderosos y miran como estacadas de fiesta los campos de batalla. Recogió D. Nuño cuánta gente pudo y se dirigió volando á Écija, donde estaba Yakub contemplando los despojos y los cautivos de esta primera campaña; y, á pesar de ver sobre sí toda la hueste africana, doble mayor cuando menos que la suya, aceptó sin vacilar un punto la batalla; mas por mucho que pelearon él y los suyos como leones, abrumado y acorralado por los árabes, quedó al fin vencido, derrotado, aniquilado, sin ejército, sin vida. Todo debió contribuir entonces á la venganza y á la suerte de Mohamed, que no pudo, sin embargo, dejar de llorar ante la cabeza de D. Nuño, que le remitió su aliado (1).

(1) Añaden algunos autores árabes que hizo Mohamed llenar la cabeza de al-

Fernando, el hijo de Alfonso, que, después de haber llamado á las armas á todos los ricos hombres y pueblos de Castilla, había salido de Burgos é iba incorporando consigo cuantas tropas y mesnadas encontraba al paso, enfermó al llegar á Ciudad-Real y falleció á los pocos días dejando tras sí el abatimiento y la discordia. D. Sancho, hijo segundo de D. Alfonso, que lleno aún del valor que desplegó en su juventud había reunido por su parte un ejército considerable y acudía apresuradamente á las fronteras de Granada, supo antes de entrar en esta la muerte del primogénito, y lejos de seguir la senda gloriosa que le trazaban los intereses de su patria, retrocedió impelido por su ambición al centro de Castilla, esperando hacerse proclamar sucesor y heredero de la corona en perjuicio de sus sobrinos. D. Sancho, arzobispo de Toledo, que, no pudiendo ver con indiferencia los progresos de los musulmanes, se había procurado una bula del Papa, y después de haber pregonado la cruzada había tramontado Sierra-Morena é iba recorriendo las cercanías de Jaén y Martos, entró á poco en batalla con un ejército de africanos y andaluces y perdió no sólo el campo, sino también sus mejores caballeros, su propia libertad y poco después su vida (1). Don Lope Díaz de Haro, que venía detrás del arzobispo, deseoso de vengar esta derrota renovó luégo el combate; pero, si no salió vencido, no salió tampoco vencedor, ni pudo impedir que los árabes se retirasen con su presa. Estaba en tanto Yakub talando el país hasta las mismas puertas de Sevilla, y todo eran desventuras para los cristianos.

No por esto obtuvo Mohamed los resultados que esperaba de tan feliz campaña. Llegado Alfonso á Toledo, partió para Córdoba su hijo Sancho, que ya se había hecho reconocer in-

---

mizcle y alcanfor, y la envió en un cofrecito de plata primorosamente labrado al infante D. Sancho, que se hallaba á la sazón en Córdoba, para que la enterrase honoríficamente. (ROMEY. t. 3.º capítulo 8.º)

(1) Hemos hablado ya de esa desgraciada muerte de D. Sancho al consignar los principales hechos de la historia de Martos.

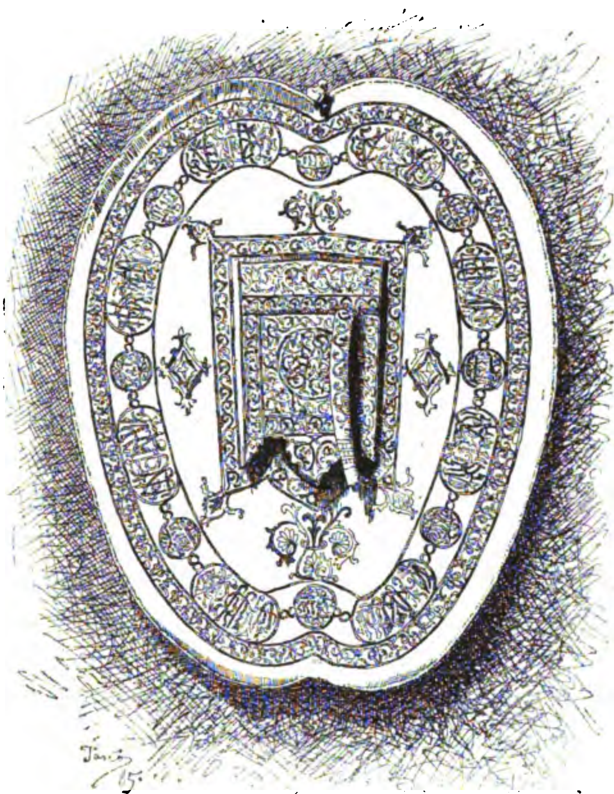
fante heredero; y viendo dentro de poco Yusuf muy hostilizadas por una parte sus tropas y atajado por otra eficazmente el paso del Estrecho, creyó indispensable pedir á la corte de Castilla una tregua de dos años, que fué desde luégo otorgada y firmada por las dos partes. Despidiéronse los walíes de los africanos con ánimo de continuar en su rebeldía apenas el emir llegase al África; y le hubo entre ellos que considerando nociva la tardanza procuró desde aquel momento reanudar sus relaciones con el monarca castellano, haciéndole vivas protestas de que sólo la prepotencia de Yusuf y las leyes de su religión le habían podido inducir á tomar parte en aquella guerra santa. Volviéronse los africanos á la costa opuesta; pero sin soltar ya las plazas de Tarifa y de Algeciras, que eran nada menos que las llaves del reino de Granada. Quedó Mohamed solo, enteramente aislado, sin más ventaja que la de haber alcanzado una tregua y la de haber hecho ver á los cristianos que le bastaba dirigir un grito de socorro al África para envolverlos en guerras sangrientas y derramar sobre las tierras recién conquistadas torrentes de soldados. No obtuvo otro beneficio de cinco meses de talas y combates; no ganó ni una ciudad, ni una villa, ni un pueblo miserable; no ganó, y aun sólo por momentos, sino campos cubiertos de cadáveres y montes que enrojecieron el cielo con las llamas del incendio. Parece imposible, verdaderamente imposible, que con un ejército aguerrido, compuesto de millares de combatientes y mandado por jefes audaces acostumbrados á vencer en cuantos combates emprendieron, en cinco meses largos, estando fuera de su reino Alfonso, muriendo el primogénito, viniendo luégo la ambición de D. Sancho á complicar los negocios de Castilla, parece verdaderamente imposible, repetimos, que no se pensase siquiera en restaurar á Sevilla, Córdoba, Jaén ú otra ciudad cualquiera de las fronterizas á Granada para, puesto en ellas el pié, ensanchar ó cuando menos dejar más asegurado ese Estado reciente, esa pequeña monarquía, último asilo de un pueblo sobre el cual parecía estar pesando de algún tiempo

acá la maldición del cielo. Para una simple guerra de algarada ¿se habían de poner en movimiento dos naciones y fatigar el suelo granadino con el paso siempre asolador de tantas tropas extranjeras?

Retiróse Mohamed á Granada después de estas luchas, deseoso menos de otras guerras que de aprovechar la tregua para robustecer el gobierno, mejorar la suerte de sus pueblos y continuar hermoseando esa ciudad de Granada que ya á la sazón parecía brotar sobre sus hermosas colinas de entre frondosas alamedas y olorosas flores. Hizo proseguir la construcción de la Alhambra, á cuyo cuerpo añadió dos alas que han hecho desaparecer ya el descuido y la ignorancia; procuró hacer de su corte un emporio del comercio; y, deseoso de convertirla á la vez en depósito del saber humano, cultivó en medio de sus tareas la elocuencia y la poesía, abrió su alcázar á todos los hombres aventajados en ciencias y en literatura, y reunió en breve á los mejores filósofos, poetas, médicos y astrónomos, no sólo de su nación, sino también de las naciones africanas. Estaba aún poseído del espíritu de su padre, y no perdonaba medio para hacer florecer en los ámbitos de su reducida monarquía todas las artes que directa ó indirectamente podían contribuir á la felicidad de los súbditos.

Siguió dedicándose así á los cuidados del gobierno, aún después de los dos años de tregua. Á pesar de la vuelta de Yakub á España en el verano de 676 (Julio de 1277), permaneció impasible y no se incorporó con él hasta que, derrotado Alfonso junto á Sevilla, taladas las cercanías de Jerez y ganada por asalto Alcalá de Guadaira, fué llamado á tomar parte en la guerra y asistió al largo sitio de Córdoba, en que no pudieron hacer más que pasar á fuego y sangre la campiña. Vió luégo imposible apoderarse de aquella ciudad de los califas, que recordaba, aun en medio de su degeneración, el brillante poder de los Abd el-rhamanes: levantó el sitio, taló con el emir africano toda la tierra que media entre ella y Jaén, se hizo dueño de

Hisn-ben-Yeschir, y fué tal el desaliento que logró introducir en los cristianos, que, no encontrando Alfonso medio de salvación sino en la paz, la solicitó por medio de una embajada de clérigos y monjes. Recibió á los embajadores después de haberlos



ADARGA ÁRABE

despedido Yakub, que alegó no debían entenderse con él por ser un simple auxiliar del rey de Granada; les hizo jurar sobre la cruz la paz que pedían, y firmó á continuación un tratado que ratificó el vencedor emir de Marruecos á fines del mes de Ramadán de 676 (Febrero de 1278).

Mohamed, sin embargo, gozó también muy poco de los be-

neficios de esta segunda campaña. Al ver que en el mismo año de 1278, deseando Alfonso reparar el honor de sus banderas, había caído sobre Algeciras con todo su ejército y su armada en ocasión en que los aguaceros y los huracanes impedían el paso del Estrecho; á pesar de sentirse sin fuerzas contra tanto poder, sintió de tal manera que hubiese de caer en manos de su enemigo una plaza que, aunque no suya, era uno de los mejores desembarcaderos para sus auxiliares los africanos, que apenas supo ya en Tánger al hijo de Yusuf con una escuadra de sesenta naves, le envió doce embarcaciones armadas en Málaga, Almuñecar y Almería. Supo en breve que Algeciras estaba ya libre de cristianos, y se había retirado al África la escuadra marroquí, de la que necesitaba Yusuf para emprender la guerra contra el rey de Tremecén, nuevo aliado de Granada; mas no queriendo darse aún por satisfecho, recogió su pequeña escuadra, entró en Castilla á la cabeza de su ejército, taló los alrededores de Écija y Córdoba, cogió al infante D. Sancho en una emboscada, y llegó á matarle hasta tres mil hombres, entre los cuales se contaron distinguidos capitanes é ilustres caballeros. Recibió al año siguiente noticia de que se adelantaba hacia su reino el mismo infante ansioso de venganza; y libre ya de todas las consideraciones que antes le detenían, salió de Granada acaudillando cincuenta mil combatientes, se arrojó con ímpetu sobre él, y alcanzó otra victoria, en nada inferior á la primera, á consecuencia de la cual hasta logró apoderarse de los reales enemigos.

Tan sangrientas batallas no impidieron, sin embargo, que Mohamed se hiciese aliado de ese mismo infante, cuando poco después estalló una guerra escandalosa entre éste y su padre el rey Alfonso. Ayudólo con todo el poder de sus armas al verle sitiado en Córdoba por las tropas de Castilla y África; y no contento con hacer levantar el cerco, persiguió á los cristianos hasta que logró derrotarlos en Úbeda con la flor de su caballería. Salió nuevamente de Granada apenas le vió vencido por los

ejércitos reunidos de Abu Yusuf y el walí de Málaga, que acababan de hacerse aliados del rey Alfonso; dirigióse sin temor contra tan poderosos enemigos, y como si estuviese seguro del triunfo, procuró, aunque sin éxito, empeñarlos en una batalla decisiva. No pudo trabar con ellos sino continuas escaramuzas; pero aun así favoreció mucho la causa de D. Sancho. Mal interpretadas por los castellanos esa falta de energía de Yusuf y la blandura con que trataba á los pueblos granadinos, logró, si no romper, cuando menos entibiar las amistosas relaciones entre Alfonso y el africano, y dió lugar al infante para que se repusiera de su derrota, y á Yusuf motivo para que se retirase á Algeciras y de allí á Marruecos.

Muerto á poco Alfonso, en el trono Sancho, y concluídas las guerras civiles de Castilla, creyó Mohamed llegada la hora de volver á dejar tranquila por algún tiempo la espada y pensar en los negocios interiores de su reino; pero no tardó en verse amenazado de nuevas y más terribles guerras que, á haberse empezado, hubieran tal vez destruído su monarquía. Al tiempo que mandó una embajada á Sancho felicitándole por su advenimiento al trono, envió Yusuf á éste al arráez Abdelhac para que le ofreciese en su nombre continuar con él la alianza que había tenido con el rey difunto. Contestó Sancho tan desabridamente al arráez, que irritado el marroquí, entró de repente en España, corrió y taló á Sidonia, Alcalá y Jerez como si fuera el mismo genio de la tormenta, y no retrocedió hasta que algo satisfecho su encono y viendo cerca de sí á su enemigo con poderoso ejército, se replegó á Algeciras. No intentó ya Yusuf abrir otra campaña contra los de Castilla. Recordando la enemistad del rey de Granada, ardía en tan vivos deseos de vengarla, que habría invadido ya entonces las fronteras á no haberle detenido su hijo Yakub, á cuya instancia, probablemente, convocó á vistas á Mohamed y á los walíes de Málaga, Guadix y Comares, que abierta ó descubiertamente siguieron siempre tenaces en su rebeldía. Acudió Mohamed al punto á la ciudad de Algeciras,

deseoso como el que más de poner término á las pasadas discordias y obtener la paz aunque fuese á costa de grandes sacrificios; mas por mucho que habló Yakub en la conferencia que tuvieron invitantes é invitados, no pudo lograr ninguna avenencia por la terquedad de los walíes, que, según dijeron, no habían ido allí para abjurar sus derechos y sujetarse al rey de Granada, sino para tratar con él de una concordia que pudiera ser ventajosa á los intereses de todos y especialmente á los del islamismo. Despidiéronse todos más despechados y enemigos que antes, como quizá deseaba en su interior Yusuf, que no aspirando más que á la ruina de unos y otros, se fué como aliado con el walí de Málaga y le despojó á poco del reino, dándole en cambio Cartama y otras posesiones en Marruecos.

Mohamed, que había salido ya muy disgustado de la conferencia de Algeciras, se afectó en extremo al saber este último suceso. Conoció lo difícil de su posición, y no se aventuró aún á promover la guerra, ni á concebir esperanzas de mejor suerte hasta que, muerto Yusuf, subió al trono de Marruecos aquel bondadoso y magnánimo Yakub, que tanto deseaba la concordia de todos los muzlimes. Apenas supo que Yakub, ya proclamado rey, había desembarcado de nuevo en España, salió de Granada para visitarle, se adelantó hasta Mirtola, y, después de haberle felicitado, le pidió cuán encarecidamente pudo que bajo ningún pretexto ofreciese su generosa mano á los walíes. Alcanzólo y volvió á su corte con ánimo de emplear por de pronto todos los medios pacíficos para reducir á su obediencia á los rebeldes; pero como no pudiera ver sin sentimiento ni sin temor la ciudad de Málaga en manos de reyes tan poderosos como los del África, y creyera por otra parte imposible que Yakub quisiese en ningún tiempo restituírsela, tenía tan fija la atención en ella, que dejando á un lado todas las consideraciones de amistad y los resultados funestos que podía tener su proyecto, se dirigió al walí que la gobernaba y no paró hasta que le hizo dejar el waliato por la tenencia en propiedad del castillo y ciu-

dad de Salobreña. Creyó y no infundadamente que Yakub había de venir á España al recibir la noticia de tan inesperado acontecimiento: envió al alcaide de Andarax á negociar por él con el rey Sancho, obtuvo tropas y cuantos auxilios necesitaba, púsose en pié de guerra, y no bien supo que estaba sitiada Béjar por los africanos, salió para esta ciudad con tal energía y tan numeroso ejército, que obligó á Yakub á que se embarcara precipitadamente para Tánger. Logró así salvarse de la venganza del marroquí sin derramar una gota de sangre, pero irritó mucho con esta humillación á Yakub, y tal vez habría debido sucumbir más tarde, si la armada de Castilla no hubiese pegado fuego á las naves que había en Tánger al tiempo de ir Yakub á embarcarse para la Península con doce mil caballos.

Libre Mohamed de los africanos, ya por sus propios esfuerzos, ya por los de Castilla, que les tomó á Tarifa y les derrotó poco después frente los muros de esta plaza, cuando más parecía tener segura la paz, provocó por no querer combatir á los walíes, una guerra peligrosísima que supo no obstante proseguir con valor y no dejó hasta la muerte. Pidió Tarifa á Sancho so pretexto de que le había sido usurpada por los africacanos; y como recibiese por toda contestación que si debía darse valor á derechos antiguos, se podía reclamar de él todo el reino de Granada, lleno de cólera ó quizá deseoso de ensanchar sus estados, mandó al frontero de Vega que penetrase en Murcia, y á los que lindaban con el reino de Jaén que entrasen á fuerza de armas en tierra de cristianos. Enfureció con estas algaradas á D. Sancho, que, puesto á la cabeza de numeroso ejército, tomó en breve tiempo á Quesada y Alcaudete pasándolo todo á fuego y sangre; pero recobró estas plazas luégo de muerto Sancho, que falleció inmediatamente después de esta rápida campaña. Partió á la frontera al frente de su caballería, empezó una guerra de talas continuas é incesantes luchas, y á mediados del 697 se apoderó de Quesada, que pobló de muzlimes y gente de Alhama, puso cerco á Alcaudete, derribó los

muros, la entró por asalto, acometió y venció el alcázar, y consiguió uno de los mayores triunfos de su reinado.

Recibió en este tiempo de Yakub por cierta cantidad de mitkales de oro la ciudad de Algeciras, de que pensó deshacerse el africano con el objeto de no volver á España; y con esto acabó de ganar tal prepotencia, que pudo al fin obligar á los walíes á doblar bajo sus soberanas leyes la cabeza. Favorecido de este modo por la suerte, volvió á pensar al punto en el recobro de Tarifa, dirigióse al príncipe Enrique, que gobernó las fuerzas de Castilla durante la menor edad del sucesor é hijo de D. Sancho, y ofrecióle veinte mil doblas de oro por ella y algunos castillos de la frontera; y al saber que, si bien convenía en ello el príncipe, se negaban á sus deseos los ministros de la reina gobernadora y el alcaide de la ciudad, cuya restitución pretendía, no vaciló en dejarse caer sobre ella después de haber derrotado en una batalla al mismo Enrique y á Guzmán el Bueno. Combatió á Tarifa con todo género de máquinas de guerra; pero no logró ganarla. Pasó lleno de despecho á Jaén, que cercó también sin fruto, pasó á Baeza, cuyos arrabales entregó á las llamas, pasó á Velmar y logró apoderarse por fin de esta importante fortaleza. Rebosaba aún de brío á pesar de ser anciano; y como viese apagada por una parte en lo interior de su reino la discordia y sumergida por otra Castilla en el cieno de las pasiones y las revueltas, creía llegada la hora de obrar rompiendo por todos los obstáculos que se oponían al progreso de sus armas.

No respeta, sin embargo, la muerte los altos pensamientos ni la vida de los héroes. Poco después de tan gloriosos hechos estaba Mohamed en oración, cuando bañadas de repente sus mejillas en copiosas lágrimas exhaló su último suspiro. Murió el domingo 7 de Jabán del año 671 (9 de Abril de 1302) no menos llorado ni con menos razón por todos los buenos ciudadanos que su antecesor el Ahmar, el fundador del reino (1).

(1) «Fué enterrado, dice Conde, en sepultura aparte del cementerio de sus mayores en la parte oriental de la gran mezquita, en las huertas contiguas á las

Fué también, como manifiestan los hechos referidos, un gran príncipe: supo estimar siempre en su justo valor todas las circunstancias, aprovecharlas y llevar casi incólume la nave del Estado entre contrarios vientos y recias tempestades. Cercado por todas partes de peligros, supo arrostrarlos y vencerlos, acabó las guerras interiores, y como si esto no bastase para lustre de su reinado, entró en tierra de cristianos con gloria de sus armas. De dos ciudades que dió apenas hubo subido al trono, rescató al fin la una; y ¿quién sabe si hubiera logrado algo más tarde el recobro de Tarifa á no detenerle la muerte en su marcha vencedora? Hemos visto ya los esfuerzos que hizo para unir de nuevo esta ciudad al reino: rompió á poco con los generales de D.ª María de Molina, que gobernaba á Castilla durante la menor edad de D. Fernando, y se presentó por fin él mismo frente los muros de la apetecida plaza. No se podía exigir más de él: á pesar de los rudos tiempos que le tocaron, dejó el reino como no lo pudo dejar ninguno de sus sucesores; lo dejó en paz, casi íntegro, próspero y temido.

No fué de mucho tan afortunado su hijo Mohamed-Abu-Abdala á pesar de las brillantes dotes que también tenía. Abu-

casas que edificó su nieto descendiente, el sultán Abul-Walid, y después le dejó en ruinas el más generoso de su estirpe, el sultán Amir de los Muzlimes Abul-Hegiag, hijo de su hija: Dios los haya á todos en su misericordia y en su gracia amplísima con felicidad de sus descendientes. Dejó el rey Muhamad tres hijos: el sucesor y socio de su imperio, de que hablaremos á honra de Dios; Ferag, el que conspiró contra la vida de su hermano, y Naser el Amir después de su hermano, depuesto por el mismo. Su principal Wazir ya se ha dicho que fué Abu-Sultan-Azir-ben-Ali-ben-Abdelmenam de Denia. Sus catebes y secretarios los de su padre y los hijos de aquellos Abu-Becar-ben-Juzef de Loja el-Yahsabi, después los otros dos hermanos Abu-Ali-Alhasen y Abu-Ali-Husein, hijos de Muhamad-ben-Juzef de Loja, que sucesivamente le sirvieron: ambos eran de mucha erudición y de excelentes prendas.» Sigue el mismo autor dando noticia de otros muchos catebes y del cadí de los cadíes Abu-Abdala-Muhamad-ben-Hisen. Casirí habla, además, de los jueces que hubo durante su reinado, y hace especial mención de Abu-Baker-Mohamed-ben-Phath-ben-Ali vulgo Alaschbaroni, natural de Sevilla. Is, continúa, morum jam Censor ita ad omnes casus erat paratus, ut quum militem quemdam in foro ebrium simulque insolentius in populum circunfusum inuentem offendisset, ipse unus accurrerit mox in illum arreptum captumque severissime animadverterit (CONDE, par. 4. cap. 13.: CASSIRÍ, *Bibl. árab. hisp. esc.* t. 2.º).

Abdala, conocido con el nombre de Mohamed III, estaba ya al ocupar el trono muy versado en los negocios de gobierno. No le faltaba ni prudencia ni valor; y reunía á gran perspicacia de ingenio constancia infatigable. Trabajaba noche y día, sin que el sueño llegara muchas veces á cerrar sus ojos ni aun durante las horas indispensables para reparar su cuerpo de quebrantos y fatigas. Era hermoso y gallardo, grande orador y esclarecido poeta, y tan amigo de los sabios, que no contento con abrirles las puertas de su alcázar, se complacía en tenerlos á la mesa para aprender y platicar con ellos. Tenía, según cierto historiador árabe, rasgos de cruel, pero no, según otros, que ponderan su buen corazón, su afabilidad, su cortés trato (1).

Empuñó Abu-Abdala las armas apenas se hizo cargo del gobierno. Dirigióse á la ciudad de Almandhar, y la combatió con tal fuerza que la entró en breve por asalto y cautivó toda la guarnición enemiga. Volvió á Granada lleno de despojos, y llevando tras sí en un carro magnífico á una cautiva de incomparable hermosura, que fué más tarde reina de una de las monarquías africanas; y como si no hubiese hecho la campaña sino para hacerse respetar y temer de los cristianos, no pensó en otras guerras hasta que la rebelión de un walí de Guadix, pariente suyo, vino á distraerle de las tareas administrativas á

(1) Trasladamos á continuación la descripción que el Khattib hizo de este príncipe. Mohametus III, princeps nominis celebritate et solertia omnium clarissimus, forma etiam insignis, rex sane incomparabilis, tum consilio tum ingenio felicissimus. Is, patre rege atque duce, optimam nactus est disciplinam; quippe ad imperii administrationem eruditus rerumque jam expertus rempublicam una cum ipso tractavit: cui postea in regnum succesit ejus vestigiis omnius insistens. Gravissimis regni curis, id postulante iniqui illius temporis ratione, distentus ad multam usque noctem prælucentibus funalibus de reip. et domus regiæ commodis cogitando frequenter vigilare solebat, excubantibus quibusdam qui transactas horas annotarent, unde epiphora laborare cœpit. Cæterum res illi omnes, fortuna comite, ad nutum fluebant: quippe qui hostes non semel vicerit, pacemque cum regibus inierit. Poeta ille erat insignis et orator: adeo ut poetis materiem proponeret multiplicem ac versibus etiam alternis contenderet. Viros eruditos penitus noverat ac plurimi faciebat, cum principibus convivari solitus erat. Ad hæc accedunt summa qua eminebat rerum scientia, ingenii acumen, scribendi peritia et exarandi litteras elegantia: Rex quidem optimus nisi fuiset natura crudelis. (Casirí, *loc. cit.*)

que con tanto afán se dedicaba. Si hemos de dar crédito á ciertos escritores musulmanes, sabedor de que estaba el walí fraguando una conspiración en su misma corte, le llamó y le hizo matar á su presencia con el objeto de cortar el paso á una guerra desastrosa; mas, según otros, salió contra él al frente de su caballería y le dió una batalla sangrienta en que le dejó sin ejército y le obligó á la fuga (1).

Escribió en este mismo año, que era el de 703, al rey de Castilla pidiéndole encarecidamente la ciudad de Tarifa que deseaba adquirir, bien en cambio de otras plazas, bien á precio de oro; pero considerando imposible recobrarla, fijó al año siguiente los ojos en la vecina costa de África, envió contra Ceuta con numerosas tropas á su cuñado Ferag ben-Nasar, walí de Málaga, la sitió por mar y tierra, y la combatió con tanto ahínco, que el rey Abu-Taleb-Abdala, que la poseía, tuvo que abandonarla dejándola á merced de sus enemigos. Entró en Ceuta la luna de Shawal del año 705 (Abril ó Mayo de 1306), se apoderó de los más nobles habitantes, recogió los inmensos tesoros que había acumulado Taleb, y después de haber hecho suyas algunas fortalezas del contorno, regresó á Granada con ricos despojos y gran muchedumbre de cautivos (2). Entró en

(1) Los autores traducidos por el Sr. Gayangos explican este hecho como sigue: En el año 703 (14 de Agosto de 1303) disgustado (Mohamed III) de Abu-l-hejaj-Ybn-Nasr, gobernador de Guadix, le destituyó de su gobierno. Abu-l-hejaj, que estaba á la sazón en Granada, empezó á formar un partido en su favor, ya en Guadix, ya en la capital: súpolo Mohamed, y llamándole, le hizo matar inmediatamente (GAYANGOS; *History of Mahom. Dinast.* t. 2.º). Los historiadores traducidos por Conde suponen que la rebelión de Abu-l-hejaj tuvo lugar inmediatamente después de haber subido Mohamed al trono, y añaden que se negó ya á asistir á la solemne jura á que se presentaron los demás walíes. Según ellos, en el año 703 no empezó la rebelión, sino que fué ya castigada por el rey en la batalla de que hablamos en el texto (CONDE, part. 4.ª cap. 14). No tenemos datos para preferir una opinión á la otra; pero sí extrañamos que estos últimos escritores árabes no nos dén noticia alguna sobre la suerte que deparó Dios al walí después de la derrota referida.

(2) Sobre estos cautivos leemos el hecho siguiente en los autores árabes del Sr. Gayangos: Los principales habitantes (de Ceuta) fueron llevados á Granada, donde al empezar el mes de Moharram del año siguiente 706 recibieron orden de presentarse al monarca. Recibiólos éste de ceremonia rodeado de sus guardias y

la ciudad aclamado por el pueblo; y deseoso de consignar el recuerdo de tan singular victoria, mandó levantar con los tesoros del rey vencido una suntuosa mezquita llena de mármoles y jaspes, pintada toda de oro, y sostenida por columnas con basa y capitel de plata (1).

Estaba aún Abdala labrando este y otros monumentos, entre ellos unos baños cuyos réditos junto con muchas tierras y huertas aplicó á la conservación y culto de la mezquita, cuando supo que Soleimán pretendía alzarse con la ciudad de Almería, de que era walí, y andaba para ello en secretas negociaciones con D. Jaime de Aragón, señor ya de todo el reino de Valencia y Murcia. No esperó siquiera á que estallase la rebelión del walí, salió precipitadamente y tomó el camino más corto de Almería; pero no pudo ni aun con esta actividad apoderarse del rebelde, y pasó de la prosperidad y la paz á un período borrascoso, lleno para él de dolor y de amargura. Soleimán se acogió al rey D. Jaime y le movió á emprender la conquista de la ciudad que había gobernado; el rey de Castilla, de acuerdo con el aragonés, entró con poderoso ejército en tierra de Granada y fué á poner cerco á Algeciras; y vióse así el desgraciado Abdala entre dos enemigos á cual más temibles, entre dos campos de batalla separados entre sí, y establecidos en los dos límites del reino. Armó por de pronto su caballería y voló al socorro de Algeciras; pero nada pudo adelantar impedido por el furor de copiosos aguaceros y rudos temporales. Tuvo que permanecer allí impasible viendo cómo Soleimán le atacaba por un lado la ciudad de Ceuta, y por otro los castellanos se apoderaban de la villa de Gibraltar sin dejar otros recursos á los vencidos que

ministros. Habiendo alguno de los cautivos recitado versos en su alabanza, se conmovió y los soltó á todos, dándoles casa en que viviesen y señalándoles una pensión que bastase para cubrir sus necesidades. (Gayangos, *loc. cit.*)

(1) Ex magnificis illius monumentis posteritati relictis est Templum maximum quod in regia urbe (vulgo Alhambra) pereleganti forma extruxit, musivo opere pictum, columnisque magnis mira quidem arte elaboratis, capitulo insuper et basi argentea insignibus suffultum. (Casirí, *loc. cit.*)

doblar la frente ante la servidumbre ó trasladarse al África; y acosado por todas partes, abatido, sin esperanzas de vencer tan grandes obstáculos, no encontró para salir de tan terrible angustia otro medio que enviar el arráez de Andarax al rey Fernando, ofreciendo darle cuatro fortalezas y cinco mil doblas de oro si levantaba el sitio de Algeciras y desistía de la guerra. Lo alcanzó y respiró; pero no encontró agradecimiento ni por su buen celo ni por la poderosa, aunque desgraciada, energía con que velaba por los intereses del Estado.



VASO ÁRABE, GRANADINO

Al volver Abu-Abdala á Granada tenía ya contra sí una conspiración que no tardó en estallar y obligarle á que abdicara la corona. Amaneció el día de Alfitra del año 708 (Abril de 1309), cuando reunidos los conjurados pasaron á la habitación del príncipe el Nasr, hermano de Abdala, y se dirigieron á la del vizir el Lachmi, mientras rodeando el pueblo el alcázar aclamaba á Muley-Nasr. Agolpóse luégo parte de la muchedumbre á la casa del vizir, que había escapado al primer asomo de la tormenta, la entró por fuerza, robó armas, alhajas y oro, quemó muebles y libros preciosos, y esplayó su cólera en cuanto encontró á mano. Bajo el pretexto de que no se había hallado al vizir y estaría en palacio, se invadió por otra parte la Alhambra, se atropelló la guardia del rey, se maltrató de muerte al Lachmi, se robó y despojó los salones á presencia del mismo

Abdala, que no infundía ya el menor respeto. Pasaron al caer de la tarde á palacio los caudillos de la sedición, cercaron al rey, le intimaron que abdicase en favor de su hermano si no quería ser víctima del furor de la muchedumbre, y reuniendo á la mayor brevedad á los jueces y á los dignatarios del Estado, hicieron que aquella misma noche renunciase solemnemente la corona, y saliese de Granada, por de pronto para el palacio del príncipe y pocos días después para Almuñecar (1).

Sucedió á Mohamed III el Nasr, que al día siguiente paseó á caballo por la ciudad entre las aclamaciones estrepitosas de sus favorecedores. Era también el Nasr de prendas eminentes: resuelto y audaz, aunque muy enemigo de la guerra, sabio, prudente, cortés, de tan buen corazón y simpática figura, que ganaba con sólo su presencia las más agenas voluntades. Pero empezó mal, muy mal su carrera: con dar oídos á rebeldes, con permitir que se le encumbrara sobre la ruina de su hermano, con tolerar y sancionar un destronamiento, y un destronamiento del todo injusto, abrió la puerta á gravísimos males no sólo para sí, sino también para su dinastía, para su reino, para la causa del islamismo. Rompió el freno que la legitimidad imponía á la ambición y á la codicia, y fué él, fué él quien dió pié no sólo á las pacíficas deposiciones de monarcas amantes de sus pueblos, sino también á los impíos asesinatos que más tarde mancharon

(1) Difieren muy poco acerca de este hecho los historiadores árabes que hemos consultado. El Khattib está casi del todo conforme con lo que decimos en el texto: Die paschatis anni egiriani 708 (dice) Regni proceres fratrisque Regis partium fautores qui regi insidias dudum moliti erant, imminente jam fatali illus hora, ædem regiam milites insederunt: mox in primarium illius administrum Absi-Abdalla-ben-Abdelhakim irruentes ejus domum opibus inmensis, armis, suppelleetilibus refertam una cum ampla bibliotheca diripuerunt; Nasserumque ejusdem regis fratrem Regem consalutarunt. Itaque rumore divulgato, ad inopinatum casum magnus fit populi tumultus qui catervatim et licentius ad Alhambram convolans, omnia miscet, domos expilat, manus etiam in Visirum insolentius injicit. Ad vesperem tandem ejusdem diei rex, imperio coram judicibus abdicato, in Arcem Principis extra Granatam ad tempus per breve, inde in urbem Almuñecar transfertur. Hujusmodi regis casus mahometanis quam acerbissisimus accidit (Casirí, *loc. cit.*)

la historia de los reyes de Granada. Tocó ya él mismo, como veremos, las consecuencias de su obra.

Subió el Nasr al trono, mientras los castellanos se estaban apoderando de un castillo de la frontera y Soleimán ocupaba la ciudad de Ceuta. Sabedor de que el ejército de D. Jaime estaba ya sobre Almería, salió de Granada, le presentó batalla y le obligó á levantar el sitio. Volvió á su corte, pidió en vano treguas al rey de Castilla, y no pasó muchos días sin verse amenazado por rebeldes, que aspiraron nada menos que á derribarle del trono. Quiso cortarles el vuelo mandando prender al que los acaudillaba, es decir, á su sobrino Abu-el-Walid, hijo de su hermana y de Ferag-ben-Nasr, walí de Málaga; pero no pudo ya ver llevado á ejecución su decreto ni alcanzar la ayuda de Ferag, que no contestó á sus cartas sino para echarle en cara su vil manera de proceder con Abu-Abdala, su hermano. Preocupóse; y no pensaba sino en hallar medio de atajar el paso á su sobrino, cuando atacado de un accidente de apoplegía, llegó á pasar por muerto, dando lugar á que para mayor complicación de los negocios del reino, fueran algunos á Almuñecar, y trajeran precipitadamente á Granada al príncipe á quien tan injustamente se había arrebatado la corona. Al recobrar la salud se encontró inesperadamente con él; pero no tardó en verse libre de tan bondadoso hermano que murió sin mancha sobre su frente á principios del mes de Shawal del año 713 (1).

(1) Los historiadores árabes de Gayangos explican la muerte de ese Mohamed III de modo muy diverso que los de Conde. Dicen los primeros: Por orden del Nasr Mohamed fué llevado de la casa en que se había alojado al palacio de su hermano Ferag; y á principios del mes de Shawal del mismo año 710 (Febrero de 1311) corrió el rumor de que había muerto. No faltaron quienes aseguraron que había sido asesinado y arrojado dentro de un estanque en el jardín del mismo palacio. Los segundos suponen que el Nasr le mandó volver á Almuñecar, donde murió tres años después á principios de la luna Shawal del año 713. Estamos por estos: y nos mueve á ello el largo epitafio puesto sobre el sepulcro de Mohamed, al fin del cual se leía según los árabes del mismo Conde: Nació, complázcase Dios de él, en dia miércoles tres de Jaban honrado del año 655; y murió, santifique Dios su espíritu y refrigere su sepulcro con las copas suaves de su benignidad, en dia lunes tres de Jawel del año 713. Llévele Dios á las más altas mansiones de los justos,

Libre ya el Nasr de temores por parte de Mohamed III, pudo luchar frente á frente con Abu-el-Walid; pero luchó perdiendo. Tenía por vizir al ambicioso Mohamed-ben-Alí-el-Hagí, hombre altanero y sin corazón que lo sacrificaba todo á la idea de tener exclusivamente la confianza del rey, astuto, suspicaz y pérfido hasta el punto de urdir asechanzas á la virtud más acendrada, tan audaz é inicuo con sus inferiores, como aparentemente humilde y bueno con su soberano. Enajenóse con la insolente conducta de este vizir la voluntad de los que más podían en Granada; y tuvo en breve la guerra dentro de las mismas puertas de su corte. Temeroso del pueblo, que se amotinó pidiéndole á voz en grito la cabeza del vizir, hubo de deponer por de pronto al valido, y como siguiera gobernándose secretamente por sus interesados consejos, vió crecer de día en día con gran número de descontentos el partido de su sobrino, ya bastante fuerte para ir allanando pueblos y fortalezas y adelantarse hasta el mismo campo de Granada. Conoció entonces el mal; pero ya tarde. Al saber que estaba cerca Abu-el-Walid, púsose toda la ciudad en movimiento: unos salieron para incorporarse á sus banderas, otros para combatir la plaza; y los que se quedaron, ya llevados por sus propios sentimientos, ya sobornados por el oro, se levantaron é intimidaron á el Nasr hasta el extremo de moverle á encerrarse con los suyos en la Alhambra. Dividióse la ciudad en bandos: y hubo robos y atropellos y muertes, nacidas de resentimientos y venganzas; y cansados al fin todos del desorden, abrieron las puertas á las tropas de Abu-el-Walid, que ocuparon en seguida la alcazaba sita enfrente del alcázar. Escribió apresuradamente el Nasr á Pedro de Castilla manifestándole su peligrosa situación y pidiéndole socorro; pero estrechado más y más por su enemigo, y viendo á los suyos descontentos, amedrentados y dispuestos á rendirse, conoció

por la verdad de la ley, y bendiga á los que quedan de su casa. Bendiga Dios á nuestro señor y nuestro dueño Muhamad y á los suyos con bendicion cumplida (CONDE, parte 4. cap. 15).

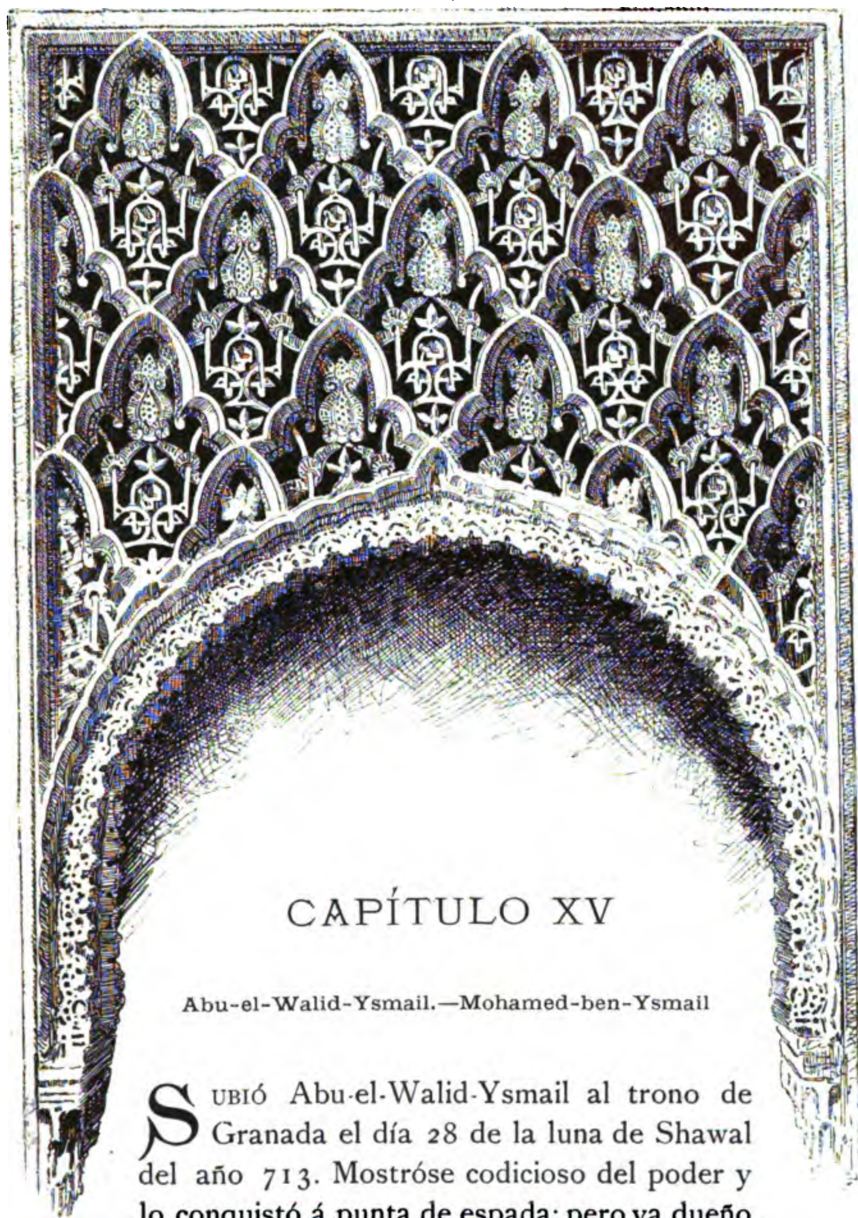
los graves riesgos que corría, y se resolvió á capitular bajo la condición de que se le diera Guadix y su comarca, y se concediese perdón completo á todos sus parciales. No podía desear más Abu-el-Walid: convino en todo, y mientras se le estaba aclamando con ese entusiasmo pasajero que suele infundir la novedad al pueblo, salió el Nasr para su destino, recordando tal vez que, como su vencedor, había acibarado con un destronamiento, no ya á un tío ambicioso, sino al mejor de sus hermanos.

Fué, sin embargo, después de este suceso tan filósofo y prudente como había sido arrebatado y audaz al querer conquistar un trono. Miró con la mayor impasibilidad el triunfo de su sobrino, cerró el oído á cuantos le aconsejaban que aspirase á recobrar el solio, y manifestó interesarse sinceramente por la prosperidad de su pueblo. Supo á pocos días de estar en Guadix que D. Pedro acababa de entrar en tierra de Granada con escogida gente de á caballo para darle la ayuda que esperaba; pero ni se apartó un punto de su resolución, ni sintió el más leve arrepentimiento de haber capitulado, ni abrigó por lo más remoto la idea de dar por nulo el convenio, como arrancado por la necesidad y á fuerza de armas. Vivió en Guadix no sólo tranquilo, sino también contento de ver que Alá le hacia expiar en vida el delito que había cometido con Mohamed el Bueno; y murió en la misma ciudad el miércoles 6 de la luna de Dilcada del año 722. Fué llorado de pocos; pero no dejó por esto de ser trasladado á Granada, donde con mucha pompa y solemnidad se le enterró en el cementerio de su padre por orden del mismo Abu-el-Walid, que rezó la oración de Alajar sobre su féretro (1).

(1) Llevaba también el sepulcro de este rey un largo epitafio, al fin del cual se leía en verso: ¡Oh sepulcro del generoso! sobre tu polvo caigan nubes celestes de amparo, de misericordia y de paz: en tu estrado se oiga siempre la bendición á un rey noble, generoso de los más generosos, delicia del género humano, bondad de corazon sobre todas las criaturas, caridad, manantial perenne de gloria; sé feliz con Nazar el cuarto de los reyes de Beni-Nazar defensores del Islam. Desde la

salida del lucero de la religión, desde el alba de la ley fue su trono de ellos el mejor amparo de las criaturas: Oh señor de la bondad y de la humanidad, tu casa fué mina de juicio, de prudencia, de virtud y de beneficencia, y hallaron en ti lo que deseaban cuantos tuvieron la suerte de conocerte y acercarse a ti: la nobleza y excelencia del orbe, el resplandor de la bondad en su cara como la luz del día que quita las sombras. Nunca estuvo la luna en más perfecto y hermoso plenilunio: los altos méritos de Abul-Giux dan de sí olor vivo como el mosco precioso se descubre aun en sellado bote. Cúbrale Dios con su misericordia, con la cual se sirva ponerle en eterna morada de delicias (CONDE, parte 4.ª cap. 19.)





CAPÍTULO XV

Abu-el-Walid-Ysmail.—Mohamed-ben-Ysmail

Subió Abu-el-Walid-Ysmail al trono de Granada el día 28 de la luna de Shawal del año 713. Mostróse codicioso del poder y lo conquistó á punta de espada; pero ya dueño de él supo conservarlo brillantemente en batallas peligrosas y aventuradísimas empresas. Tuvo que luchar durante su reinado con un enemigo resuelto, audaz y temible más que por sus ejércitos por una fuerza de voluntad incontrastable; y luchó, si no

siempre con ventaja, con un denuedo y una constancia que impusieron á sus mismos vencedores. De gran corazón, sobre todo de firmes creencias y hasta de un ciego fanatismo por su ley, amaba y provocaba los combates, se encarnizaba en ellos y se arrojaba con tanta fiereza sobre los vencidos, que raras veces llevaba consigo más despojos y cautivos que cadáveres había dejado en el campo y ruínas cubiertas de sangre en las ciudades. Según sus propias expresiones, no creía más que en Dios y su acero (1); y era implacable para los cristianos, en quienes veía no sólo á sus propios enemigos, sino á los enemigos de Alá, á los infieles de Dios que impedían se estableciese sobre la tierra el reino del Profeta. Respetaba y quería en cambio á los creyentes; pero los trataba severamente, sobre todo respecto á la observancia de las prácticas muzlímicas. Prohibió el uso del vino; y para que en ningún caso pudiesen los verdaderos musulmanes confundirse con los judíos, obligó á los judíos á llevar cierto distintivo exterior que bastase á distinguirlos.

Era jefe de los ejércitos de Castilla el príncipe D. Pedro; y apenas supo Abu-el-Walid-Ysmail que éste mandaba víveres al Nasr con buen número de cristianos fronteros por escolta, hizo salir para escarmentarlos toda la flor de su caballería. Lejos de alcanzar lo que pretendía, recibió la noticia de haber sido vencidas sus tropas en la batalla de Fortuna, y á poco la de que los cristianos, enardecidos por el buen éxito de esta primer campaña, se habían apoderado de las fortalezas de Cambil y Alhawar y estaban talando en derredor la tierra. Salió lleno de cólera con numeroso ejército; y al ver que estos se retiraban apresuradamente á sus fronteras, partió, deseoso de represalias, á Gibraltar, que consideraba no sin razón como la principal llave

(1) Era Ysmail, dice Conde, fervoroso en la creencia, ardiente y arrebatado defensor de ella, y como en cierta ocasión se tratase delante de él de los fundamentos y verdad de ella, cansado de oir sutilezas de los Alfakíes y Alimes que disputaban, se levantó y dijo: Yo no conozco ni entiendo otros principios ni quiero más razones que la firme y cordial creencia en el omnipotente Alá, y mis argumentos están aquí, y empuñó su espada. (Conde, parte 4.ª cap. 18.)

de su reino. Tuvo que retroceder ante los fronteros de Sevilla que fueron á socorrer la plaza; y apenas cerró la campaña, cuando vió otra vez dentro del reino al rey de Castilla, que tuvo la audacia de acercarse á tres leguas de Granada, pasar á Isnalloz, entrar en el arrabal de Pina y talar y quemar toda la huerta de Montegicar. Más despechado que antes, volvió á dejar la corte y correr contra su enemigo; pero no pudiendo tampoco alcanzarle, regresó á Granada, donde tuvo á poco el desconsuelo de saber la nueva entrada del príncipe cristiano y los sangrientos asaltos de Vélmez y Tiscar, que después de una defensa heróica, sucumbieron faltas de socorro. Irritado hasta no más, reunió y organizó cuantas gentes pudo; miró en tanto impasible cómo talaba el enemigo la Vega desde Alcaudete hasta Alcalá la Real; le vió sobre Illora y sobre Pinos; y no manifestó deseos de atacarle, ni movió su ejército hasta que le tuvo á las puertas mismas de Granada. Lleno entonces de resolución, encarga el mando de sus tropas á Mahragián, sale con su gente de reserva, entra en batalla, rompe y desbarata á los cristianos, los envuelve en una nube de lanzas y de alfanges, hunde en el polvo la ensangrentada frente del príncipe D. Pedro y la de D. Juan su hermano, da el alcance á los fugitivos, y venga con creces en una sola jornada todas las derrotas anteriores. Manda luégo enterrar en el mismo campo todos los cadáveres, los de los cristianos desnudos, los de los muzlimes con la armadura para más honrarlos; y entra en la capital en medio de grandes aclamaciones y festejos públicos.

Alcanzó Ysmail esta victoria á fines del año 718 (1319). Salió otra vez, corrió la tierra, recobró las fortalezas perdidas, envió el cadáver de D. Juan á Córdoba, concedió las treguas que se le pidieron, mandó romper la guerra por la parte de Murcia y se hizo dueño de Huéscar, Ores y Galera, pueblos del Adelantado de Cazorla. Mas no fué aún entonces, sino después de concluídas las treguas, cuando mostró todo su ardor guerrero y su arrebatado celo por la fe muzlímica. Salió con gran hueste

contra Baza, la combatió noche y día con máquinas de guerra, y la obligó en breve á doblar ante sus armas la cabeza. Dirigióse al año siguiente á Martos, se apoderó al pronto de la fortaleza, escaló las murallas, peleó sin tregua hasta que pudo rechazar á los cristianos, entró en la ciudad, pasó á cuchillo hasta las mujeres y los niños, y rezó la Azala de Almagreb (oración de la puesta del sol) sobre un campo cubierto de cadáveres y sangre. Era difícil ganar entonces la ciudad de Martos. Mirada por los cristianos como el principal baluarte de sus fronteras, estaba bien defendida, y ya en otro tiempo había inutilizado los esfuerzos del mismo el Ahmar, que en todas sus campañas parecía llevar delante de sus banderas la victoria. Próxima á Jaén y sentada en la falda de una peña escarpada y ceñida de muros y torreones, parecía inexpugnable; pero Ysmail la venció, y, viendo que no podía conservarla en sus manos, la pasó á sangre y fuego como si se tratase de una ciudad rebelde.

Regresó á Granada con muchos despojos y hermosas cautivas, entre las cuales sobresalía por su belleza una muy joven que había arrancado de mano de la soldadesca uno de los más esclarecidos jefes muzlimes, el generoso Mohamed, hijo del walí de Algeciras. Fué recibido con entusiasmo frenético: no pasó por calle que no estuviese cubierta y entoldada de oro y seda, ni oyó en toda la ciudad más que víctores de triunfo, ni respiró mientras no llegó á su palacio sino el perfume de suaves aromas que ardían por todas partes en ricos y numerosos pebeteros. Llegó á la Alhambra rebosando de júbilo, y también de amor á la cautiva; mas ¡ay! en medio de su ventura y de sus transportes de alegría, ¿cómo pudo olvidar á Mohamed, á quien había arrebatado aquella peregrina hermosura? Tres días después de la entrada en su capital, no bien acababa de salir de las puertas de la Alhambra acompañado de su vizir, vió brillar sobre sí la hoja de una daga, y cayó en el suelo heridas cabeza y pecho á puñaladas. ¡Traidores! exclamó: y tuvo la desventura

de reconocer en medio de las sombras de la muerte al ofendido Mohamed y á sus parciales, que, veloces como el rayo, se arrojaron sobre el vizir al verle desnudar la espada, le dejaron envuelto en sangre, y escaparon antes que los eunucos y guardias pudiesen haber oído los gritos de las víctimas (1).

Acaeció este regicidio el día 27 de Regeb del año 725. Fué efecto de unos celos, de una venganza particular; pero no tardaron en nacer crímenes no menos graves de pasiones más bastardas, de ambiciones desmedidas y tal vez injustas. El Nasr abrió la puerta á los destronamientos; Mohamed la abre ahora al asesinato. No hay ya esperanzas de mejor suerte para ese infeliz reino de Granada: el peso de sus triunfos quedará casi siempre contrabalanceado por el de sus delitos y el de sus discordias; y todos los días marchará con más rapidez á su fatal destino.

Recogieron á poco los ministros al desgraciado Abu-el-Walid-Ysmail, y le llevaron á la cámara de su madre. Se le curó; pero en vano, porque eran de muerte sus heridas. Fueron tan cortos los momentos de vida que le quedaron, que ni pudo arreglar la sucesión del reino: hecho que, á no haber sido por la prudencia del segundo vizir, habría envuelto quizá en otras guerras civiles esa trabajada monarquía. Apenas se tuvo en la ciudad noticia del inesperado suceso, subió el pueblo al palacio, deseoso de saber si peligraba la vida del monarca; se alborotó la guardia, empezó á agitarse el caudillo Ozmín, que estaba al parecer de acuerdo con los conjurados, y todo hacía presagiar que no tardarían en rugir al rededor del moribundo Ysmail las desenfrenadas voces de la ambición y la discordia; mas el segundo vizir detuvo este movimiento asegurando en alta voz que las heridas del rey eran leves, y confirmándolo constantemente hasta los instantes en que éste exhalaba sus últimos suspiros. Al ver muerto á Ysmail, llamó al alcázar á Ozmín y á los

(1) Véase la pág. 197.

alcaides, jeques y caballeros principales de la corte, bajo el pretexto de que el rey deseaba hablarles; y ya que les tuvo reunidos en un salón, les presentó á Mohamed, hijo mayor de Ysmail, é hizo que le reconocieran y juraran por sucesor al trono, diciendo terminantemente que tal era la voluntad del rey, y que si éste no se la manifestaba por su propia boca, era porque se sentía malo y no podía hablar á causa de sus heridas. Cuando todos hubieron jurado obedecer al príncipe, les anunció la muerte del monarca. El mismo Ozmín, viendo ya frustrados sus planes y disipados del todo los temores que abrigaba de que el rey difunto no conociese su perfidia, al oir las últimas palabras del vizir, fué el primero en dar el grito de *ensalce Dios á nuestro rey Muley-Mohamed-ben-Ysmail:* grito que fué repetido con entusiasmo y por toda la nobleza. Bajaron guardias y caballeros á la ciudad, recorrieron las calles dando las mismas voces, y quedó proclamado en todas partes Mohamed-ben-Ysmail el IV.

Subió Mohamed al trono el día 26 de la luna de Regeb del año 725. Era todavía niño, y durante algún tiempo hubo de gobernar el reino por medio de sus vizires y caudillos. Quiso al principio su buena estrella que los encontrara celosos y leales en Abu-el-Hasán-ben-Mazud y en Otmán, jefe de la caballería de los Algarbies; pero después de la muerte de Hasán acaecida á los pocos meses, dió con uno que llegó á comprometer la suerte de su corona. Llamábase éste Mohamed-Almahruc y era natural de Granada. Tenía tan grande ambición y tan ciego exclusivismo, que no sabía mirar sino con odio á cuantos veía en derredor del trono, y hasta á los hermanos del rey procuró alejar de la corte fingiendo á cada paso ridículos temores. Desterró al príncipe Ferag á Almería y al príncipe Ysmail al África; y cuando vió enteramente aislado al rey, le enajenó la voluntad del caudillo Otmán, que abandonó el reino para volver espada en mano y sediento de venganza. Tenía al fin tan movidos contra sí los ánimos de los nobles y tan irritado el pueblo, que

apenas había ya quien no desease un nuevo monarca que los librase de tanta tiranía; pero pudo afortunadamente atajar el curso de los sucesos la inesperada energía de Mohamed, que conociendo por sí el peligro en que se hallaba, depuso al vizir y le encerró en el fondo de una cárcel.

Granjeóse Mohamed con esta primera resolución las simpatías de todos los buenos ciudadanos de Granada. Infundió ánimo á los humildes y temor á los poderosos, y fué desde luégo la esperanza de todos los muzlimes. Reveló á poco sus nobles y generosas prendas, y no tardó en hacer enteramente suya la voluntad del pueblo. Era tan esforzado como prudente, humano, liberal, magnífico y elegante en sus costumbres, de buen corazón, de sutil entendimiento, de habla fácil y agradable, y de tanta hermosura que pasaba por el más gallardo de su reino. No había quien le aventajase en fortaleza, ni en agilidad de cuerpo, siendo tan buen jinete, que, según la expresión de el Khattib, difícilmente se le podía seguir con la vista, cuando, suelta la brida al caballo, emprendía por monte y valle su veloz carrera. Gustaba mucho de justas y torneos y sobre todo de la caza, ejercicios á que se entregaba con ahínco cuando no podía lucir en sangrientos combates su destreza en el manejo de armas y caballos. Á nada tenía tanta afición como á la guerra; mas no por esto olvidaba ni dejaba de cultivar las ciencias y las artes, cuyas ventajas llegó á preferir un día á las que da de sí la toma de una ciudad y las victorias conseguidas en los campos de batalla. No protegía menos á los doctos y á los de aventajado ingenio que á los que más se distinguían por su ardor y su intrepidez en la pelea; y logró así hacerse digno de su siglo no sólo por sus virtudes militares, sino también por las de su corazón y de su espíritu (1).

(1) Mohamed-Ben-Ysmail-Ben-Pharagi-Ben-Ysmael-Ben-Joseph-Abu-Abdalla Nuncupatus, Hispaniæ rex qui regum præstantissimorum nulli solertia, viribus, munificentia, oris forma, atque morum elegantia est posthabendus. Ad hæc accesserc ingenium mite, humanitas, sermo facilis et acer, summaque liberalitas. Robo-

Con tan brillantes dotes, sin embargo, vióse Mohamed en grandes apuros al principio de su reinado. El caudillo Otmán con su hijo Ibrahim pasó á Andarax, concitó á la rebelión á muchos pueblos de la Alpujarra, é hizo proclamar por rey de Granada á Mohamed-ben-Ferag-ben-Ysmail, que estaba en Tremecén y se temía que entrase en España con numerosa hueste de africanos. Salió apresuradamente Mohamed contra tan temibles enemigos; y aunque les venció en algunas jornadas, quedó en otras vencido, y debió al fin convencerse de cuán difícil era aniquilarlos dirigidos como estaban por expertos capitanes y enriscados como se hallaban en sierras fragosas, defendidas por castillos y cortadas por espantosos precipicios. Para colmo de mal recibió en tanto la noticia de que los cristianos de Sevilla acababan de invadir el Reino y estaban corriendo la comarca de Vera: por de pronto nada pudo tampoco contra estos adversarios. Tuvo que dividir su ejército y distribuirlo de manera que pudiese soportar á la vez la guerra en tan distantes puntos; por acelerado que anduvo en operación tan peligrosa, no pudo llegar á vista de los contrarios cuando había perdido ya la ciudad de Vera y los pueblos de Olvera y de Ayamonte. Alcanzólos en las riberas del Guadalhorce junto á Córdoba, y se arrojó sobre ellos con valor capaz de asombrar á sus mismos enemigos; pero ni aun así pudo evitar una derrota que le obligó á retirarse confuso y aturdido á su corte de Granada.

Llegó á Granada Mohamed con tal ira que aquel mismo día hizo descabezar en la cárcel á su antiguo vizir Almahruc, á quien consideraba, no sin razón, como autor de tantas desven-

---

re sic valuit ut ejus fortitudo in proverbium abierit. Eques erat insignis sed plane temerarius: quippe in hippodromo, nulla habita discriminis ratione, effussis equi habenis concitatissimo ac rapidissimo cursu, qui oculorum aciem facile fugeret per acclivia et declivia juxta loca ferebatur: idque maxime si gloria vel certamine accenderetur. Qua quidem equitandi arte peritissimus, omnibus palmam eripuit. Venatum in amore ac deliciis habebat. In nobilium equorum stirpe dignoscenda versatissimus: nec minus poetices quam rhetorices extitit studiosissimus (Casiri, *Bibl. árab.*, *Hist. Ecc.*, t. 2.°).

turas. Reunió luégo con gran precipitación gran número de tropas; pero rodeado de enemigos, no sabía á dónde con preferencia dirigirlas. Además de los cristianos de Sevilla y los rebeldes de las Alpujarras tenía ya en campaña á un ejército africano que acababa de apoderarse de Algeciras, Marbella y Ronda; y los veía á todos y á cada uno de por sí tan poderosos, que contra ninguno esperaba obtener victoria. No se acobardó, sin embargo, ni fué á mendigar como otros ni un tratado de paz ni un momento siquiera de tregua; tomó una resolución desesperada propia de su gran corazón, y como si nada tuviese que temer de tantos enemigos, lejos de dirigirse contra ellos, se dirigió á las fronteras de los cristianos, cayó sobre Cabra y Priego, los tomó arrebatadamente á fuerza de armas, y tuvo la audacia de presentarse nada menos que ante los muros de la ciudad de Baena. Baena era plaza fuerte, y los mas entendidos jefes árabes juzgaban difícil conquistarla; mas él no desistió, antes viendo que salían á acometerle los cristianos, les dió batalla, se abrió paso á lanzadas, los dispersó y les siguió al alcance hasta las mismas puertas de la plaza. Entró en Baena y pasó luégo á Casares, que habría quizá tomado, sino hubiese diferido hasta otro día ganarla por asalto. Sabedor de que un ejército cristiano venía á socorrerla, levantó el cerco que le tenía ya puesto, se dirigió contra el enemigo, y le atacó tan de improviso, que le desbarató y rompió al primer ímpetu la caballería. Siguióle con la punta de la lanza en la espalda durante algunas horas; y ya que se vió cerca del Estrecho, acometió la empresa de reducir de nuevo á Gibraltar, ocupada á la sazón por los cristianos. Con las escasas tropas que llevaba no le habría sido fácil la conquista de esta plaza; pero la encontró sitiada por los ejércitos reunidos del rebelde Otmán, Mohamed-ben-Ferag y Abu-el-Hasán de Fez, y, reconciliándose con todos, logró al fin ganarla.

No podía á la verdad Mohamed esperar mejores resultados de su inesperada y audaz política. La idea de llevar sus tropas á tierra de sus enemigos, mientras éstos recorrían y talaban las

fronteras de su reino, no sólo le bastó para detener su ruina, sino que también le proporcionó la conquista de plazas importantes y la de un partido que auxiliado por los reyes de África amenazaba sumergir en sangre el trono de Granada. Si en vez de acudir á tan extraordinario remedio se hubiese limitado á seguir la guerra en la Alpujarra, cortar el paso á las tropas invasoras de Castilla, ¿qué hubiera podido alcanzar después de largas y sangrientas luchas sino el descrédito de sus armas y treguas más ó menos estériles ya con los muzlimes, ya con los cristianos? Ni aun con los más heroicos actos hubiera logrado imponer nunca ni á unos ni á otros, como les impuso con el solo hecho de haber tomado al primer embate la ciudad de Cabra.

Dueño ya de Gibraltar y celebrada la paz con los rebeldes, no tardó en recobrar Ronda, Marbella y la misma Algeciras, que le había sido arrebatada poco antes por los cristianos. Defendiólas y volvió á Granada; mas no para gozar mucho tiempo de la paz, sino para abrir pronto una nueva campaña en que no fué muy afortunado á pesar de su valor y su constante arrojo. Recibió á poco noticia de que iban los cristianos sobre Gibraltar, y aunque hizo con su sola presencia levantar el sitio, no pudo evitar la pérdida de otros pueblos, tales como Teba, Priego, Cañete, La Torre, las Cuevas y Ortejícar. Apenas supo el cerco de Teba, movió el campo hacia Turón y atacó parcialmente al enemigo. Armóle una celada en lo hondo de un valle, y viendo la ineficacia de este medio, le acometió decididamente peleando como un héroe; pero si no perdió del todo la batalla, quedó tan quebrantado que los muzlimes de la plaza no tuvieron más recurso que el de capitular con los cristianos. Perdió después de Teba los pueblos ya referidos, y en tanto se vió en la dura necesidad de ceder á Abu-el-Hassán la fortaleza de Gibraltar, uno de los fuertes que más quería. Abu-el-Hassán era uno de los que más habían contribuído á su conquista; y creyéndose con derecho para reclamarla, pasó el mar, y, lleno de la resolución con que había sabido apoderarse del reino de Fez contra

su hermano Omar, hijo y sucesor del buen príncipe Abu-Said, la sitió, la combatió y la tomó en muy corto tiempo á fuerza de armas. Súpolo Mohamed y lo sintió en el alma; pero atacado sin cesar por los cristianos y conociendo cuán peligroso era romper con tan poderoso príncipe, lejos de protestar contra el hecho, le escribió una carta en que, además de cederle la fortaleza, se declaró su amigo y su más generoso aliado. Quería reparar de algún modo tantos males, y cercó y combatió de día y de noche á Castro del Río, del cual hubo de regresar sin cumplir ese buen deseo á su corte de Granada.

Los cristianos entre tanto fueron otra vez sobre Gibraltar, que miraban justamente como la fortaleza más importante de Andalucía. Sitiáronla por tierra con numeroso ejército y por mar con una escuadra que recorría sin tregua el Estrecho y tenía cerrado el paso á las naves de África. Hallaron mucha oposición en los sitiados, súbditos todos del rey de Fez Abu-el-Hassán; pero á fuerza de días y con riguroso bloqueo llegaron á ponerlos en tales apuros, que ya casi contaban con decidir á favor suyo la victoria. No dejaban salir un solo soldado de la plaza; mas aunque procedían en esto con mucho rigor, no pudieron impedir que algunos se fugasen y fuesen aceleradamente á pedir á Mohamed que bajase á socorrer á los cercados en virtud de la alianza que con el Hassán tenía. Mohamed, que acababa de llegar á Granada, dispuesto aún en medio de sus mayores desgracias á emprender cualquier hecho de armas por aventurado que fuese, lejos de negarse á la demanda, accedió con tan buena voluntad y tal entusiasmo, que reuniendo con la mayor rapidez á sus mejores jinetes, salió y sin vacilar un punto pasó á Algeciras, se dejó caer sobre el campamento cristiano, entró en batalla, y frustró en un solo combate todas las esperanzas concebidas por las armas de Castilla.

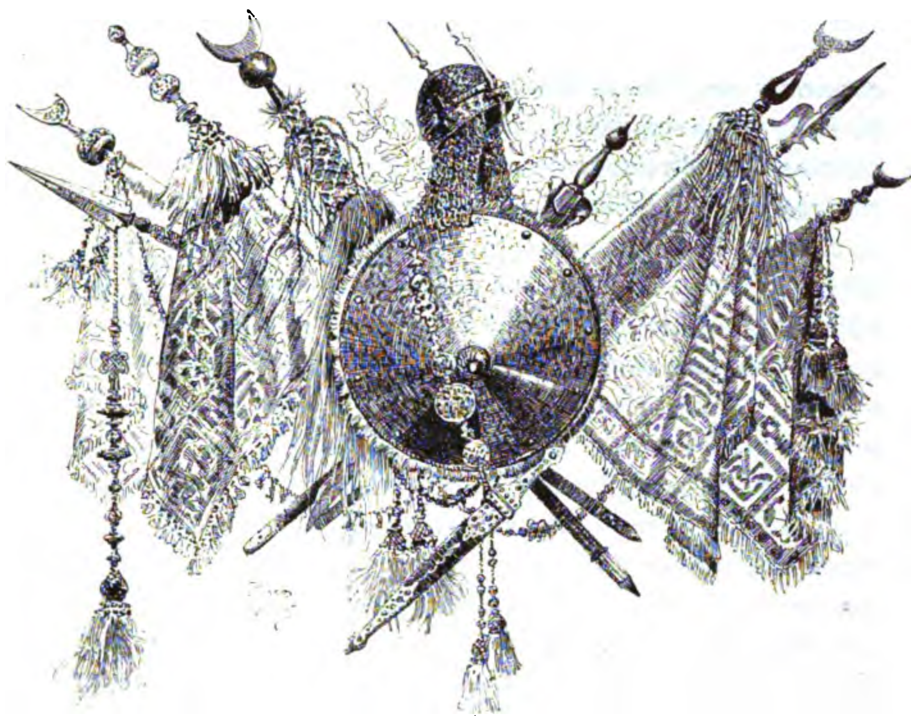
Cara pagó, empero, tanta gloria ese desgraciado rey de Granada. Cuando entró en Gibraltar quiso hacer alarde de sus proezas delante de los africanos y les acusó en tono festivo de cobardes, cosa que les ofendió hasta el punto de obligarles á

pensar en la muerte del Príncipe. Deseoso de pasar al África para visitar á su amigo Abu-el-Hassán, despidió su ejército dejando consigo un reducido número de sus mejores caballeros, salió al día siguiente á correr el monte, y al estar en lo más fragoso, se vió acometido de repente por asesinos implacables, que, no contentos con matarle á lanzadas, le precipitaron desde lo alto de una peña (1). Llevaba escolta; pero era tan angosta la vereda en que se ejecutó el crimen, que ninguno de sus guardias pudo hacer más que prorrumpir en vanos alaridos. Murió el día 13 de Dilhagia del año 733 (24 de Agosto de 1333) y estuvo el infeliz al pié del monte, desnudo, magullado y hecho el escarnio de los mismos que acababa de salvar de la muerte, hasta que su hermano y sucesor Yusuf mandó que recogieran su cuerpo y le llevaran á Málaga. ¿Podía darse mayor desventura para rey tan magnánimo y guerrero? ¿Merecía ser víctima de tamaña ingratitud un príncipe que sólo por favorecer á sus aliados levantó contra Castilla una espada abatida, si no por su flaqueza de ánimo, por su mala estrella? ¡Y no hubo siquiera quien tratase de vengar su sombra! Ninguna historia árabe ni cristiana refiere que reclamase entonces ni el mismo Yusuf contra los asesinos; ninguna historia árabe ni cristiana refiere tampoco que Abu-el-Hassán los castigase. La alianza, el espíritu de nacionalidad, el parentesco, nada hicieron para dejar satisfechos los manes de Mohamed; satisfaciéronle todos con hacer grabar un pomposo epitafio en la losa de su sepulcro (2).

---

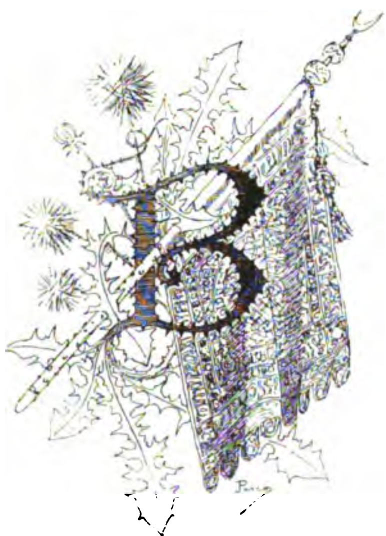
(1) La noticia de haber sido Mohamed despeñado del monte después de muerto á lanzadas no la encontramos en los árabes de Conde, pero sí en los de Casirí (Véase).

(2) Este epitafio es como sigue: Este es el sepulcro del noble rey, fuerte, magnánimo, liberal, esclarecido Abu-Abdala-Muhamad de feliz memoria, de la real prosapia, prudente, virtuoso, insigne guerrero, vencedor, caudillo de vencedoras huestes, de la antigua é ínclita familia de los Nazares, príncipe de los fieles, hijo del sultán Abul-Walid-ben-Ferag-ben-Nazar, á quien Dios haya perdonado y tenga en descanso. Nació (el Señor se complazca de él) día 8 de Muharram del año 715, fué proclamado rey por muerte de su padre á 26 de Regeb del año 725, y murió (Dios le perdone) á 13 de Dilhagia del año 733. Loor y gloria á Dios altísimo é inmortal. (CONDE, parte 4.ª, capítulo 20.)



CAPÍTULO XVI

Yusuf-Abu-el-Hagiag.—Mohamed V.—Ysmail II.—Abu-Said



IEN pronto se supo la muerte del rey Mohamed en el ejército que iba de Gibraltar á Granada. La tarde del mismo día 13 de Dilhagia fué ya proclamado por estas tropas á orillas del Wadalsefain Yusuf-Abu-el-Hagiag, hermano del rey difunto. Era Yusuf esforzado también, pero sin tener de mucho los instintos guerreros de sus antecesores. Amaba de

corazón la paz, y no se sentía dispuesto á quebrantarla, sino cuando se lo exigiesen imperiosamente el honor y la defensa de sus pueblos. Viendo aquejado el reino de males gravísimos, creyó más glorioso remediarlos que tentar empresas peligrosas; así que se consagró casi por entero á restablecer las creencias, reformar las costumbres, corregir las leyes, hacer más pronta y fácil la administración de justicia, y extirpar por fin todos los abusos á que habían abierto paso la codicia de algunos, la ignorancia de muchos y las sutilezas de Alcatibes y Alcadíes. El principal sentimiento que abrigaba era el de la rectitud: no podía ver ni oir sin disgusto la menor injusticia ni el más leve desafuero. Era, además, hombre de ciencia, y como tal modesto y tímido: escuchaba con atención á sus vizires y acogía con benevolencia los consejos que le daban, aunque sin dejarse llevar siempre por ellos cuando los creía interesados ó contrarios á los súbditos. No desatendía nunca las quejas de nadie por más que fuesen encaminadas contra aquellos en quienes tenía mayor confianza: les otorgaba lo que en ellas pedían si eran fundadas, y llegó no pocas veces al extremo de atenderlas aun antes de que se las formulasen. Reunía á tan nobles prendas una imaginación viva y poética, mucho ingenio, grandes fuerzas, gravedad sin afectación, gallardía de cuerpo, carácter apacible y cortés trato; dotes todas que contribuyeron á que á pesar de sus desgracias en todas las guerras que tuvo, se le quisiese en vida y se le llorase muerto.

Su primer cuidado al ocupar el trono fué negociar una tregua con los reyes castellanos. Envió cartas y mensajeros á Sevilla, donde estaba Alfonso XI, y obtuvo bajo condiciones ventajosas un tratado que le aseguró la paz por cuatro años. Libre ya como deseaba de todo temor de guerra, empezó á reformar las leyes y prácticas del reino, creó fórmulas más sencillas para los documentos públicos, y animó á los alimes á que escribieran para que se las entendiese y apreciase mejor en todos los pueblos de la monarquía. Persuadido de que en los adelantos de las

artes estribaba principalmente la grandeza de las naciones, mandó componer tratados sobre cada uno de los ramos de la industria, protegió con eficacia la publicación de los conocimientos científicos, y no perdonó medio para difundirlos en las clases fabriles. Propuso ricos premios para cuantos sobresaliesen en su carrera, sobre todo para los jefes militares y empleados civiles que ejerciesen con más celo y pureza su destino. Amante de las bellas artes y entusiasta por su religión, edificó al mismo tiempo en su Corte la Aljama mayor, obra de gran magnificencia de que desgraciadamente no quedan ya ni ruinas, y en las cercanías de Málaga un suntuoso alcázar cuyo plano se le atribuye, como á el Ahmar el del palacio de la Alhambra.

Empezó á dedicarse á tan útiles tareas ayudado por el vizir Reduán, que ya lo había sido de Mohamed su padre. Le perdió en el año segundo de su reinado, y tardó en hallarle un sucesor que supiese seguirle en sus altas miras y no vejase ni ofendiese al pueblo. Llamó á su lado á Abu-Yshac-ben-Abdelhar, uno de los más ricos caballeros de Granada; pero tuvo que deponerle dentro de pocos días á instancias de los nobles y caudillos de la ciudad, que le acusaron de orgulloso y vengativo. Nombró en su lugar al Hageb-Abu-el-Naim, hijo de Reduán; pero tampoco pudo sostenerle por mucho tiempo, aunque era hombre en quien no cupo jamás mancilla. Era Abu-el-Naim virtuoso, pero de un carácter tan duro que no había quien no temblase al presentarse ante él en juicio. Oía poco, fallaba con rapidez, y veía tan exageradamente las faltas que se atribuía á los reos, que aun por causas leves los condenaba con frecuencia á muerte. Aunque no lo hacía llevado de mal corazón, sino por el vehemente deseo de extirpar el crimen, era tal en esto su ceguedad, que no pocas veces confundió al inocente con el más culpable. Súpolo Yusuf, que, como llevamos dicho, no se desdeñaba de oir ni aun las quejas de los que menos valían en su reino; convencióse de que muchos fallos habían sido dictados más por la cólera que por la justicia; y no contento con destituirle, le hizo

encarcelar el día 22 de Regeb del año 740. Puso en lugar de Abu-el-Naim, á Abu-el-Hassán-Ali-ben-Mul; pero no encontró un sucesor digno de Reduán mientras no dió con Abu el-Hassán-ben-Algiab, khattib que había sido de su hermano Mohamed, hombre que reunía un gran sentimiento de justicia, una circunspección nada común y mucha ciencia.

Tuvo Yusuf, mientras estaba en estos cambios, el placer de recibir en Granada más de mil cautivos cristianos recogidos por el caudillo de la frontera oriental y el arráez de la caballería del Algarbe en una atrevida y venturosa algarada que hicieron por la parte de Murcia; pero se sentía tan inclinado á la paz, que no hizo sino celebrar con fiestas y zambras la victoria. No proyectó por esto ninguna expedición formal en país enemigo; sólo se dispuso á salir en campaña al saber que el rey de Fez había derrotado en el Estrecho la armada de los reyes de Castilla. Después de haber celebrado la noticia con iluminaciones, fuegos y otras fiestas públicas, reunió á sus alcaides y sus mejores caballeros, salió con la más brillante comitiva que pudo nunca llevar monarca alguno, y se dirigió hacia el de Fez, que estaba acampado á la sazón en la comarca de Algeciras. Cautivó mucho al africano con tan espontáneo é inesperado socorro, comieron los dos juntos con los principales caudillos que cada cual traía, y convinieron para no tener ocioso el ejército en emprender inmediatamente el cerco de Tarifa. Parecieron á la vista de esta plaza, que tanta sangre había costado á los musulmanes, el día 3 de la luna de Rabiah del año 741, sentaron allí sus reales y no tardaron en empezar á combatirla, como dice Conde, con máquinas de truenos que despedían balas de hierro grandes con nafta, causando gran destrucción en los bien torreados muros. Á pesar de su mucha infantería y caballería conocieron que sólo después de muy largo bloqueo podían esperar la entrega de ciudad tan defendida, y creyendo que era perder tiempo no acometer en tanto otra empresa con que distraer é infundir pavor al enemigo, destacaron algunas compa-

ñías de zenetes, mazamudes y gomares para que al mando de dos caudillos africanos fuesen á correr la tierra de Jerez, Sidonio, Arcos y Lebrija. Lograron por de pronto lo que pretendían, pues quedó talada toda esta comarca como si hubiese pasado por ella la más feroz tormenta; pero al fin pagaron cara esta victoria, porque atacados de repente por una hueste de caballería dejaron muertos sobre mil quinientos soldados, y sólo pudieron escapar con vida los que recurrieron á la fuga.

Yusuf y el Hassán se conmovieron al saber la derrota: enviaron por nuevas tropas á Granada y África y sin levantar el sitio de Tarifa acometieron á los cristianos en las orillas del Wadacelito. Rayaba apenas el alba, cuando hacían ya estremecer el campo alaridos de guerra y confusos sonidos de lelilíes, cornetas y atabales. Diéronse las primeras lanzadas al querer pasar el río los castellanos. Yusuf, al frente de su caballería, se arrojó sobre ellos sediento de venganza; pero mientras luchaba con un valor que imponía á sus mismos enemigos, se dispersaron algunas cábilas alárabes al ver sobre sí caballos cubiertos de hierro, acometieron de improviso el campamento los cercados en Tarifa, y no tuvo más recurso que el de retirarse en buen orden á Algeciras, cuyo camino regó con la sangre de sus soldados.

Embarcóse para el África Hassán y para Almuñecar Yusuf, á quien por tierra habían cortado ya la retirada. Era este rey tan desgraciado en la guerra, que casi podía contar por el número de derrotas sus batallas. Perdió en esta jornada á Calayaseb, Priega y Ben-Anexir; y no había aún transcurrido un año cuando supo que en la embocadura del Guadalmecí habían sido quemadas gran cantidad de naves suyas y africanas y sepultados en el fondo de las aguas los almirantes que las gobernaban. Abrió otra campaña al recibir la noticia de que los cristianos se habían dejado caer sobre Algeciras; pero, á pesar de su estrategia y el arrojo de sus tropas, tampoco alcanzó más que ver morir á sus más bravos caballeros en las puntas de las lanzas enemigas. En

vano llamó de nuevo á su socorro á los Beny-Merines, en vano se dirigió al rey Alfonso, que se negó á entrar en negociaciones antes de haber recibido las llaves de la plaza: apremiado por su triste situación y las instancias de los mismos sitiados, tuvo que entregar finalmente la plaza de Algeciras y solicitar como singular favor una tregua de diez años.

Era en cambio Yusuf durante la paz uno de los mejores príncipes. Deseoso de reformar las costumbres y las leyes, hizo construir mezquitas hasta en las alquerías de doce hogares, prescribió la separación de hombres y mujeres en el templo, prohibió ciertas prácticas ridículas y supersticiosas, formuló para mejor evitarlas las oraciones con que debía implorarse el auxilio de Dios en tiempos de sequía y la gracia del Profeta sobre los difuntos, recomendó para la celebración de las grandes fiestas religiosas la limpieza y la limosna, anatematizó el lujo en los cadáveres, trabajó sin cesar para que predominara el culto del corazón sobre el de los sentidos. Al paso que hizo del valor un deber imponiendo pena de muerte al que sin orden de su jefe volviese la espalda al enemigo, prohibió que los campeadores y los almogavares matasen á niños, mujeres, ancianos, enfermos y anacoretas que no ayudasen directamente á los cristianos. Dió mayor fuerza á la autoridad de los padres sobre los hijos, modificó las sangrientas leyes del hurto y el adulterio, perfeccionó la policía de las ciudades creando wacires y estableciendo rondas nocturnas, decoró por fin los monumentos públicos con relieves y pinturas de azul y oro, animando con su ejemplo á los particulares, que embellecieron desde entonces sus voluptuosas moradas con ricas techumbres de alerce, pavimentos de azulejo, menudas labores de estuco y patios perfumados en que murmuraba la brisa entre los árboles y el agua entre las flores.

Amaba tanto la paz, que después de los diez años de tregua no vaciló en pedir prórroga á Alfonso de Castilla, y tuvo un vivo sentimiento al saber que codicioso éste de gloria, lejos de oir sus humildes proposiciones, se dirigía sobre Gibraltar con

gran golpe de gente y de caballos. No pudo menos de volver á desnudar la espada; pero ¿cómo no habría de blandirla con desconfianza después de sus muchos descalabros? Tuvo la suerte de que muriese Alfonso en la jornada y debiesen los sitiadores levantar el cerco; de no, difícilmente hubiera podido resistir á huestes tantas veces vencedoras con ejércitos tantas veces vencidos y humillados.

Regresó á Granada, no ya para proseguir sus reformas, sino para descender pronto al sepulcro.—En el día de Id-Alfitra, 1.º de Shawal del año 756, estaba orando tranquilamente en la mezquita cuando vió de repente sobre sí á un árabe furioso de cuyos ojos brotaba el fuego de la cólera. Quiso luchar, pero no pudo. Se dejó quitar el puñal que llevaba en el cinto y cayó un momento después sobre su propia sangre. Ya herido, dió un grito y logró que acudiera gente en su socorro; pero ¡en vano! Sostenido por sus más fieles servidores, no bien hubo llegado á los salones del Alcázar, cuandó exhaló su último suspiro (1). —Se le enterró al anochecer del mismo día en el cementerio de la Alhambra; se descuartizó y quemó á la vista del pueblo á su asesino; y fué luégo proclamado rey su hijo Mohamed, no menos bueno que él ni menos desgraciado.

Mohamed V no contaba veinte años al subir al trono. Tenía hermoso el cuerpo, pero más hermosa el alma: no podía oir ajenas desventuras que no llorase. Era de rostro grave, de apacible trato, modesto en la prosperidad, resignado en la desgracia, amante de su patria, enemigo de la adulación y el lujo, dadivoso sin prodigalidad, misericordioso sin dejar de ser justo, tan severo en sus costumbres que nunca se permitió otras

(1) Así refiere este hecho el Khattib que fué testigo ocular de estos sucesos... homo quidem perditus irarum plenus in eum irruens pugione quo erat instructus latus transfodit. Clamat Rex sancius: interpellatur supplicatio. Ad insolitum casum omnes districto ense convolamus, regemque jam exanimem atque hæsitante lingua murmurantem humeris vectum ad regias ædes detulimus ubi continuo efflavit. Interea sceleris auctor captus discerpitur; flammisque mox coram populo frequentissimo traditur (*Bib. Arab.*, t. 2.º)

diversiones que la lectura y los ejercicios de caballería. Como su padre, amaba tanto la tranquilidad del corazón como la paz del reino; como él y más que él fué en un principio blanco de la adversa suerte (1).

Lleno de solicitud por el bienester de su familia, apenas hubo ceñido la corona de Granada cuando cedió á sus hermanos y á su madrastra un palacio contiguo al suyo, de no menos suntuosidad y magnificencia; y á pesar de tan generosa conducta tuvo en sus mismos allegados enemigos encubiertos que trabajaron incesantemente por su ruina. La sultana madre, que se proponía entronizar á su hijo Ysmail y había sacado con este objeto inmensos tesoros de la Alhambra el día en que murió Yusuf su esposo, empezó desde luego á fraguar contra él una conspiración en que hizo entrar á su yerno Abu-Abdala, uno de los príncipes de la sangre; y aunque lenta en sus operaciones, no tardó cinco años en privarle del trono y ponerle al borde del sepulcro.

No había Mohamed experimentado aún más contratiempo que la rebelión de un walí de Gibraltar llamado Isa-ben-el-Hassán, que, preso por sus mismos súbditos, fué á Ceuta á morir en medio de los más bárbaros tormentos; así que estaba tan seguro del amor de sus pueblos, que ni por lo más remoto podía sospechar la existencia de tan fatal peligro. Villanamente

(1) Mohamed-ben-Joseph-ben-Ysmael-ben Faragi. Is quas in aliis dispersas reperies virtutes, in se unum collegit, humanitatem videlicet, probitatem, animi pacem tranquillitatemque, fidem ac summam cum eximia oris specie integritatem. Post obitum patris adolescens annum prope vigessimum adeptus ob matris judicii laudem imperio planè dignus habitus est. Quamobrem rex delectus renunciatusque horis vespertinis diei Paschatis anno Egiræ 755 ætatis defectum studet virtutum copia supplere. Itaque gravitatem, prudentiam, modestiam, temperantiam adhibuit, tantam præterea morum lenitatem et animi clementiam ut miserorum vicem lachrymis vel obortis doleret; suosque sibi et beneficiis et amore devinxerit. Regnum pacatum ab omni ambitione alienum et undique tutum nactus est. Hinc ille cum aliis equitibus in hippodromo ad corpus exercendum cursu et viribus decertare consueverat. Eo denique rege luxus omnis atque adulatio ab aula exulebat. Quæ sane res effecit ut ejus familiaritate populus mansuesceret, optimates vero comitate deliniti morem ei libentius gererent; omnes denique ejus humanitatem ac prudentiam summis laudibus extollerent. *(Bib. Arab. hisp.* t. 2.º*)*

sorprendido, ni tiempo ni lugar tuvo siquiera para luchar con tan pérfido enemigo. Al amanecer del 28 de Ramazán del 760 tenía ya dentro de su alcázar cien conjurados provistos de lanzas y puñales; é ignorándolo todo vivía retirado y libre de todo temor y sobresalto. Oyó al cantar del gallo gritos desaforados de venganza, y vió brillar sus salones á la luz de teas que llevaba en la mano una turba frenética y osada; pero ni aún entonces habría quizá llegado á creer el riesgo en que se hallaba á no ver á sus leales servidores cayendo entre el destrozado mueblaje de sus ricas cámaras. Convencido del peligro, quiso huir; pero entraba ya Abu-Abdala proclamando á Ysmail, y no era fácil evitar la muerte. Corrió á su harem, vistió un traje de esclava que le deparó una de sus doncellas, salió con ella y un hijo de Yusuf en ligeros caballos que encontró al dejar los jardines del palacio, y logró ponerse á favor de la oscuridad de la noche fuera del alcance de sus enemigos.

Llegó sin peligro á Guadix, y vió en medio de sus desventuras camino á la más hermosa restauración y á la más brillante gloria. Escribió por de pronto Mohamed á Abu-el-Hassán de Fez y á Pedro de Castilla pidiéndoles socorro. Viendo que ni uno ni otro satisfacían sus deseos, pasó á Marbella, se embarcó para África, pidió y obtuvo tropas de Hassán y volvió con dos ejércitos á España. No tardó por su desgracia en verse abandonado de estos mismos auxiliares. Murió el rey de Fez, llamó el sucesor las tropas expedicionarias; y tuvo que retirarse á Ronda el desventurado príncipe, fugitivo, casi solo, desalentado, con pocas esperanzas de mejor fortuna. Imploró en vano el socorro de D. Pedro y el de Mohamed-Abu-Zeyán, recién proclamado rey de Fez: no tenía en favor suyo sino algunos pueblos que no bastaban á protegerle, y con sobrada razón empezaba á creerse condenado á languidecer y morir en el destierro. No sentía solamente su desgracia; sentía la de todo el reino, gobernado por un príncipe voluptuoso, débil, arrastrado á los más torpes actos y á los más infames delitos, parte por sus propios

vicios, parte por su falsa posición, parte por el dominio que ejercía sobre él Abu-Said, hombre pérfido, que no satisfecho con mandarle como un esclavo y obligarle á que condenara á muerte al mejor de sus vizires, le destronó, le hizo matar á traición por sus propias gentes, y después de haber paseado por las calles de Granada la cabeza del príncipe y la de su hermano Cais, se hizo proclamar rey por sus parciales con escándalo del pueblo. Sufría terriblemente Mohamed al ver su imperio á merced de tan bárbaros monarcas. Volvió á suplicar á D. Pedro que le prestara auxilio, y se lo suplicó tanto y con tanto ahínco, que en 763 (1362) logró al fin tenerle en Ronda al frente de una numerosa hueste de caballería é infantería. Unidos musulmanes y cristianos, partió sobre Casares y de allí sobre Hins Azara, plaza que atacó con tal denuedo, que la tomó por asalto á pesar de los muros y la alcazaba que la defendían. Rindiéronsele al verle vencedor muchos pueblos de la comarca, y todo parecía favorecer su intento de recobrar el trono; mas ni aún la victoria pudo ahogar la voz de sus generosos sentimientos, ni hacerle olvidar lo que debía á su reino y á su patria. No pudiendo sobrellevar la idea de que sus pueblos, sólo por él, se vieran entregados á los horrores de la guerra, rogó al rey D. Pedro que abandonara su empresa, y se lo rogó con el mismo ardor con que antes había solicitado su apoyo. «Por ningún imperio del mundo debo sacrificar mi patria, le dijo: prefiero vivir en la emigración á reinar sobre un montón de ruinas:» rasgo generoso y sublime que probará á los ojos de algunos escritores debilidad de ánimo en Mohamed, y no revela á nuestros ojos sino grandeza de alma, heroísmo. No es héroe sólo el que arriesga su vida y la vida de sus hijos; es héroe también el que sabe sacrificar por el bien común la satisfacción de la venganza, de la codicia de mando, del orgullo, de todas las pasiones que devoran y pervierten el corazón del hombre.

Ganó Mohamed con esta noble acción lo que difícilmente habría alcanzado con derramar la sangre de sus súbditos en

cien campos de batalla. Cautivó de día en día á sus mismos adversarios. Hizo resaltar más y más á la vista de los pueblos la tiranía de Abu-Said, que desconfiando de sus propias fuerzas y deseoso de granjearse la amistad de D. Pedro, le envió sin rescate al maestre de Calatrava y á otros ilustres castellanos que acababa de vencer en la frontera. Fué proclamado aquel mismo año en Málaga y saludado todos los días por nuevos adoradores que se iban acogiendo á la sombra de sus banderas; y puso al fin en tal turbación al usurpador, que no creyéndose éste seguro ni aun en su reino, fué á entregarse en brazos de su mortal enemigo el rey de Castilla, llevando consigo las más ricas joyas y los mejores jaeces, armas y caballos. No tardó en verse libre para siempre de Abu-Said, que murió alanceado en Sevilla por el mismo D. Pedro, después de pasados á degüello en aquel alcázar los nobles que le acompañaban; entró en Granada, en medio de las ardientes aclamaciones de todos los ciudadanos, y aun de los mismos parientes de las víctimas sacrificadas á traición en la corte de Castilla.

Gobernó desde entonces el reino con la misma confianza que á la muerte de su padre. Tuvo á los pocos meses contra sí al walí Alí-ben-Alí-ben-Ahmed-ben-Nasr, individuo de su propia familia; pero bastó que llamara en su socorro á los mismos pueblos para vencerle en cuantas batallas aceptó y reducirle á huir y vagar errante y sin asilo. Era más fuerte que nunca, y no dió ya en la vida con quien se atreviese á disputarle un poder que le había dado no la violencia, sino el derecho, no las armas, sino el amor y los sentimientos de justicia de todo el reino.

No pudo, sin embargo, gozar de completa paz. Había tenido un verdadero amigo en D. Pedro de Castilla, y habría merecido la calificación de ingrato si le hubiese abandonado á sus propias fuerzas cuando estalló la guerra entre él y D. Enrique, aquel conde de Trastamara que no temió pedir en defensa de sus derechos el apoyo de Aragón y Francia. Envióle por de pronto al mando del esforzado Reduán seiscientos caballeros de los

mejores de su reino; envióle á poco siete mil caballos y gran número de infantes que llegaron á tomar el alcázar viejo de la ciudad de Córdoba y talaron las campiñas de Jaén, Úbeda, Baeza y otros muchos pueblos del norte de Andalucía; y cuando vió que ni aún esto bastaba para salvar á su aliado, reunió todas sus fuerzas y salió de Granada al frente de un formidable ejército. No había aún traspasado las fronteras cuando supo la muerte de D. Pedro; mas lejos de retroceder se metió en Castilla rechazando la alianza con que le brindaba D. Enrique, y asoló cuantos pueblos encontró sin muros que pudieran detener sus pasos. Dirigióse al año siguiente á Algeciras, á la sazón mal defendida, la tomó por asalto, y temeroso de que no volviera á caer en poder de cristianos, la entregó á las llamas y derribó los muros hasta no dejar piedra sobre piedra. Habría podido hacer aún mucho más; pero quería la paz, y cuando consideró que había ya dejado vengada la muerte de D. Pedro y bien puesto el honor de las banderas musulmanas, otorgó al nuevo rey de Castilla las treguas que pedía, y regresó á Granada, deseoso de cicatrizar las heridas que había abierto en su reino la insensata ambición de Ysmail y de Abu-Said y su alianza con un rey cruelmente justo y más cruelmente desgraciado.

Un príncipe que sentía tanto las desventuras de los súbditos, ¿á quiénes mejor que á los desventurados podía consagrar sus primeros trabajos administrativos? Trató de edificar una casa de asilo para pobres y enfermos, y la levantó desde los cimientos en poco más de un año. Construyó un edificio magnífico, y llevó su buen corazón al extremo de adornarlo con fuentes y estanques rodeados de alegres alamedas para que pudieran los tristes divertir mejor sus penas y su melancolía. Fomentó la industria en todo el reino, y llevó las artes á su más completo desarrollo. Hizo en pocos años prosperar tanto su corte, que, como dice el Khattib, autor contemporáneo, no parecía Granada sino el emporio del comercio, la metrópoli de todas las ciudades

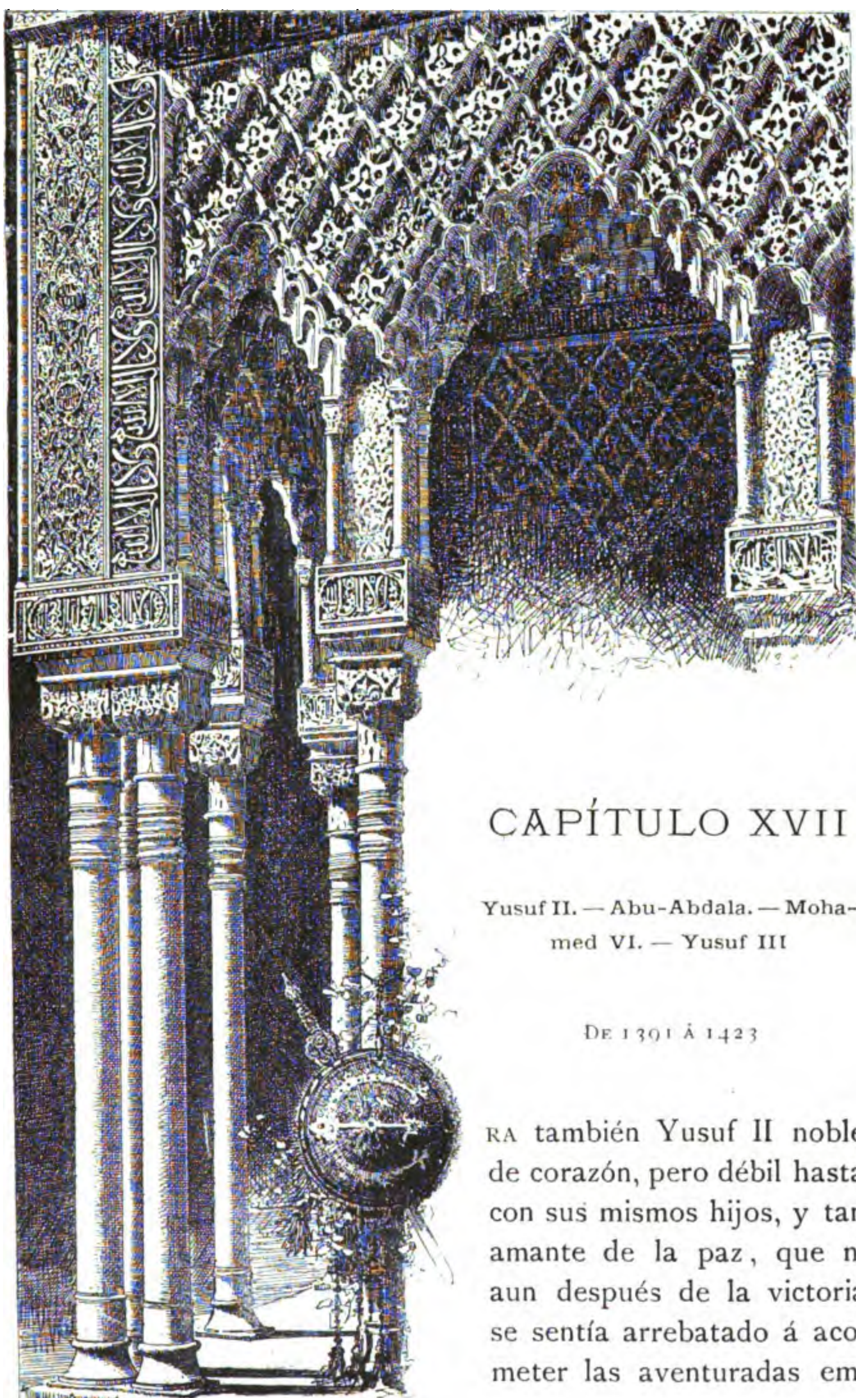
del Mediterráneo, la patria común de todas las naciones. Reuníanse entonces en Granada, ya como mercaderes, ya como viajeros, musulmanes, judíos, cristianos, hombres de todas las religiones y de todos los imperios, siendo tanta la tolerancia que en ella había, que al jurarse por sucesor á Abu-Abdala-Yusuf, hijo de Mohamed, y sobre todo al venir á Andalucía el príncipe de Fez para dar su hermana á Abu-Abdala y casarse con Zahira, hija de una de las principales familias de la nobleza granadina, fueron á tomar parte en las justas y torneos que se celebraron caballeros de Egipto, Castilla, Francia y otros reinos de África y Europa. Mucha, muchísima había de ser entonces la vida de Granada, cuando después de tan asoladoras guerras civiles, en cortos años de paz se reponía de todos sus quebrantos y recobraba el esplendor perdido; pero es también indudable que fué afortunada en medio de sus desdichas, puesto que tuvo por contrapeso del débil Ysmail y del bárbaro Abu-Said á un príncipe tan sensato, tan generoso y tan esforzado como Mohamed V, uno de los pocos reyes de Granada que bajaron al sepulcro sin mancha en el corazón, sin una herida abierta por mano de súbditos, sin llevar consigo el odio del pueblo, sin remordimientos (1).

Falleció Mohamed en 694 (1391), once años después de haber muerto en Castilla el rey Enrique, con quien había prolongado las treguas convenidas, y uno después de haber subido al trono Enrique III por muerte de D. Juan I. Fué general el sentimiento producido por la noticia de tan irreparable pérdida. Acompañáronle al Generalife, donde se le enterró, todas las

(1) El Khattib, contemporáneo de Mohamed, de quien fué vizir, decía ya entonces de Granada: «Est autem Granata urbium maximè maritimarum metropolis, superbum totius regni caput, nobile mercatorum emporium, classiariorum militum optima parens, peregrinorum undique terrarum confluentium receptaculum, perpetuus fructuum sibi mutuo succedentium hortus, gratissima hominum remora, publicum ærarium, agris, locisque munitissimis celeberrima civitas, inmensum tritici mare et leguminum præstantissimorum necnon serici atque sacchari ferax fodina... Inter singulares illius dotes ea in primis est censenda quod nullo anni die sementes vireta ac læta pascua desideres.» (*Bib. Arab. hisp. esc.* t. 2.º)

clases del Estado; y fué proclamado luégo Abu-Abdala-Yusuf, á quien besaron la mano en señal de vasallaje los nobles y los principales walíes y cadíes de las tahas próximas á la corte granadina.





CAPÍTULO XVII

Yusuf II. — Abu-Abdala. — Mohamed VI. — Yusuf III

De 1391 á 1423

RA también Yusuf II noble de corazón, pero débil hasta con sus mismos hijos, y tan amante de la paz, que ni aun después de la victoria se sentía arrebatado á acometer las aventuradas em-

presas de otros reyes (1). Escribió á los monarcas españoles pidiéndoles prórroga de las treguas, y para mejor obligar al de Castilla puso espontáneamente en libertad á los cautivos, y se los mandó junto con seis caballos cubiertos de ricos jaeces y adornados con armas y excelentes paños de oro. Fué á poco calumniado de infiel y combatido por su mismo hijo Mohamed, que amotinó contra él parte del pueblo; mas lejos de arrojarse contra la muchedumbre y castigar espada en mano la ambición del rebelde, se mostró dispuesto á abdicar, y habría abdicado á no salir en su defensa un embajador de Fez, que recurriendo á la elocuencia y desplegando á los ojos de los conjurados el cuadro de las desgracias á que habían de llevar á la patria las continuas discordias civiles, no sólo las contuvo, sino que los animó á volver contra los cristianos las armas que em-

(1) Nos falta ya la relación de el Khattib, uno de los más célebres historiadores árabes de los reyes de Granada, á quien hemos seguido hasta ahora escrupulosamente. ¡Lástima que no podamos seguirle hasta el fin de nuestra historia! El Khattib es uno de los hombres que más figuraron en el reinado de Mohamed V, y merece por esta sola circunstancia mayor crédito y consideración que ninguno de los que historiaron la dinastía de los sultanes nazaritas. Escribió hasta el reinado de Mohamed V inclusive, pero no lo concluyó: «Mahometus autem etiamnum in Hispania regnat ad annum videlicet Egiræ 765 incuntem quo Chronologiæ hujus quam perennem fontem vere dixeris finem facimus.» leemos al fin de su obra. Murió antes que Mohamed, y, lo que es más raro, por orden de ese mismo Mohamed, que durante muchos años tuvo depositada en él toda su confianza. Fué el Khattib, como todos los hombres de posición muy elevada, el blanco de la envidia de casi toda la nobleza, que se sentía ofuscada por su talento, por sus virtudes, y sobre todo por la brillantez del puesto que ocupaba junto á la persona de su soberano. Temió ser víctima de la intriga á pesar de lo mucho que Mohamed le honraba; y un día, socolor de visitar las fronteras, salió con su primogénito Alí y algunos caballos para la fortaleza de Gibraltar, donde se hizo á la vela para el África. Fué recibido en Ceuta muy obsequiosamente por su amigo Abdelaziz, rey de Fez, á quien había sostenido en la lucha que tuvo éste con Abdelrhamán, pretendiente á la corona de aquel reino; pasó á Fez, se estableció en la capital, y vivió en ella tan querido como respetado.

Mohamed, al saber su fuga, no pudo menos de convertir en odio todo el amor que le tenía; mas, cuando se le dijo que había pasado al África con ánimo de mover á Abdelaziz á que emprendiera la conquista de la Andalucía, juró vengarse cruelmente, y no paró hasta que concitándole en Fez enemistades y protegiendo á los que se manifestaban contrarios á los que le protegían, logró que le ahogaran en la cárcel los verdugos de un príncipe africano. Á tales extremos llevan á los monarcas las intrigas y calumnias cortesanas. (Gayangos, *The Hist. of mah. dyn.* t. 2.º)

puñaban contra un rey que se desvelaba por la salud del reino. Comprometido entonces por las palabras del embajador, y obligado por la conveniencia de apartar de sí la nota de infiel con que le había manchado su hijo, salió al frente de un ejército á correr los campos de Murcia, y azotó la frontera con todos los estragos de la guerra; pero no tardó en renovar las treguas, ya porque se las pidiese el enemigo, ya porque las solicitase él secretamente, como dicen los autores árabes. No hubo entre sus antecesores ninguno que más amase la paz: ofrecíale ocasión para brillantes campañas el estado singular del reino de Castilla, gobernado por un príncipe falto de salud, de dinero, de fuerzas capaces de resistir serios empujes de sus enemigos, y no cesaba de hacer dádivas á Enrique, como si fuese él quien debiese temblar ante las armas de Castilla.

Si hemos de dar crédito á crónicas cristianas, llegó Yusuf á verse retado por D. Martín Yáñez de la Barbuda, maestre de Calatrava, á quien cegaron las palabras de un ermitaño que en nombre de Dios le prometió grandes victorias contra infieles. Ni contestó á tan imprudente desafío, ni al ver al maestre sobre la torre de Egea hizo otra cosa que mandar contra él un ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos. Le derrotó en una batalla, dejando tendidos en el campo á él y á cuantos no recurrieron á la fuga luégo de empezada la pelea; y ni después de tan soberbio triunfo quiso meter fronteras adentro de Castilla sus huestes vencedoras. Recibió cartas de Enrique III en que echaba de sí la responsabilidad de haber entrado el maestre en tierra de Granada por no haber mediado orden ni consejo suyo, se dió por satisfecho, mandó recoger las tropas, y restableció la paz por que tanto suspiraba.

Murió Yusuf el año 798 de la Egira dejando en completa tranquilidad el reino, pero con sobrados motivos para luchas desastrosas que sólo pudo contener el bondadoso carácter de su hijo primogénito Ysmail, más amigo de los placeres de la vida privada que de los deslumbradores goces del trono á que le lla-

maba su padre, la ley y la justicia. Mohamed, el mismo que ya en vida de Yusuf había pretendido usurpar la corona de Granada, apenas le vió moribundo, se dirigió á la nobleza y logró á fuerza de promesas y de intrigas hacer prevalecer sus deseos sobre los derechos de su hermano. Fué proclamado rey ya antes de que sepultaran á su padre, é inauguró desde aquel mismo día un reinado que empezó por un acto el más despótico y acabó por una orden fratricida que no fué afortunadamente ejecutada.

Mohamed VI no era, con todo, un tirano. La ambición le hizo criminal sólo para su hermano Yusuf, no para su pueblo, cuyo amor cautivaba con rasgos de nobleza y de valor que hacían recordar en él al generoso el Ahmar, al bravo fundador del reino. Reunía á la hermosura y robustez del cuerpo pasiones grandes y ardientes, ánimo varonil, tendencia á todo lo que podía parecer heróico, y allá donde veía más obstáculos, allá se arrojaba con más ardor y aliento. Temió á Yusuf para el caso en que tuviese que salir de Granada, y le mandó encerrar en el castillo de Salobreña; temió que el rey de Castilla no le acometiese confiando en que la guerra había de ser origen de funestas discordias para los muzlimes, y acompañado de sólo veinte y cinco caballeros, se dirigió á la frontera socolor de recorrerla, y pasó en calidad de embajador al mismo centro de Castilla, á Toledo, donde sorprendido Enrique le recibió con la mayor cordialidad y le entregó las treguas que con razón deseaba. Cuando poco después vió invadidas sus fronteras por los Adelantados de Andalucía, sin quejarse al de Castilla del rompimiento de las treguas, salió al frente de su ejército, acometió el Algarbe, taló campos y alquerías y no volvió á Granada sino después de haber tomado por asalto el castillo de Ayamonte, una de las más temidas fortalezas. Recibió embajadores castellanos que fueron á reclamarle la plaza conquistada; mas se negó á devolverla hasta que se le resarcieran los perjuicios ocasionados por las talas de los fronteros; y al ver de nuevo al enemigo dentro de

su reino, salió y fué á combatir encarnizadamente con él en la batalla de los Collejares, batalla sangrienta que sólo pudieron terminar las tinieblas de la noche, no el temor ni el cansancio de unos ni otros combatientes. Al advenimiento al trono de D. Juan II fué atacado en las fronteras de Murcia y derrotado cerca de Jijena, perdió Pruna por la traición de un moro, y no sufrió sino derrotas aun en las escaramuzas que le presentaron; pero armado de valor y cólera, no tardó en romper por medio de sus mismos enemigos, atacar, aunque sin fruto, á Lucena, caer sobre Baeza y volver á Granada si no con la victoria, con ricos despojos, armas, cautivos y caballos. Á poco tuvo contra sí á un enemigo temible, al tenaz infante D. Fernando, regente de Castilla durante la minoría de D. Juan II. No pudo impedir la pérdida de Zahara, que se entregó capitulando honrosamente, ni la de Ayamonte, que cayó bajo los repetidos ataques de Pedro de Zúñiga, ni la de Lacobín, Priego, ni Ortegicar, pero detuvo la caída de Setenil, y no llevándole socorro, sino arrojándose osadamente sobre Jaén y llamando así sobre este punto la atención del infante castellano. Quemó y taló todas las cercanías de la ciudad, sostuvo gran número de refriegas con los que se atrevieron á extender sus correrías á Málaga, y no había aún transcurrido un año, estaba ya sobre Alcaudete con doce mil infantes y siete mil caballos. No pudo con Alcaudete; pero introdujo el espanto en toda Andalucía, hizo poner en pié de guerra tres ejércitos cristianos que por otras tantas partes invadieron el reino de Granada, dió acá y acullá batallas sangrientas, y cuando ya cansado de la guerra, pudo aún obtener de D. Fernando una tregua de ocho meses.

Era Mohamed VI intrépido, uno de esos corazones que crecen con el peligro, una de esas almas orgullosas que se rebelan contra la ley de su destino. Veía cuán desigual era la lucha, pero porque era desigual la sostenía; creía que tras la inercia había de seguir la humillación, y habría sacrificado para evitarla no sólo su propia vida, sino también la de su reino. Consideraba,

por otra parte, la guerra un medio de hacer olvidar su vicioso encumbramiento, de acallar el grito de las pasiones, de ahogar la voz de la discordia. No es extraño que desease luchar casi sin tregua: dominado por la sed de gloria, y sobre todo por la ambición, la guerra era su vida, la paz su muerte.

¡Lástima que esa ambición le hiciese manchar con otro crimen el fin de su reinado! Al verse moribundo, teme Mohamed que Yusuf ocupe el trono destinado á su hijo; y preocupado por la misma idea que le armó contra su padre, manda al alcaide de Salobreña una carta en que le ordena que luégo de recibida acabe con su bueno y desdichado hermano. ¿Puede concebirse más espantoso crimen á las puertas del sepulcro?

¡Ese fratricidio no llega á consumarse! Alá, que vela sin cesar sobre los buenos, dicen los autores árabes, salva casi milagrosamente á Yusuf y le lleva desde el borde de la tumba al trono. — El arráez, portador de la carta, llega á Salobreña en ocasión de estar jugando al ajedrez el príncipe y el alcaide del castillo. Lee el alcaide la carta y se estremece. Adivina Yusuf que se trata de su muerte, recorre con sus propios ojos su sentencia, y no pide sino horas para despedirse de sus doncellas y disponer de sus alhajas. « No es posible, replica el arráez, está medido el tiempo de mi vuelta á Granada, y no he de salir de aquí que no haya recogido vuestro último suspiro. » Hielan de terror estas palabras al alcaide, pero no á Yusuf, que dice con la mayor calma: « dejadme cuando menos concluir esta partida; » y sentado en sus almohadones de oro y seda continúa el juego. Queda confundido al ver la tranquilidad del príncipe hasta el mismo arráez, y el alcaide se conmueve de modo que no acierta á mudar pieza ninguna; pero él no sólo atiende á su juego, sino también al del contrario, y le va advirtiendo las faltas y corrigiendo las jugadas. Llegan en tanto dos caballeros que anuncian la muerte de Mohamed y la aclamación de Yusuf en Granada, suspéndese la ejecución, vienen unos tras otros numerosos cortesanos, y el que poco há contaba por minutos el tiem-

po de su vida, ve abierto ante sí el camino del poder y de la gloria. No se inmuta tampoco Yusuf: monta á caballo, vuela á Granada, y entra con entusiastas aclamaciones por el pueblo, que ha adornado ya las calles con arcos de triunfo, cubierto de ricos brocados las fachadas de sus monumentos y sembrado de flores la carrera. Ni á la vuelta del más victorioso de sus reyes se ha engalanado como ahora la émula de Bagdad y Damasco: conocedora de cuánto merece el que tan resignadamente sufrió la usurpación y el destierro, apenas sabe cómo manifestarle ni su agradecimiento, ni su placer al verle repuesto en el trono de su padre. Los pueblos suelen ser tarde ó temprano justos.

Yusuf III era el reverso de Mohamed. Consideraba efímera y de ningún valor la gloria de las armas, y aborrecía la guerra como gravosa hasta para los mismos vencedores. No la admitía sino como una necesidad; y aun en medio del estrépito de los combates deseaba y pedía la paz, á sus ojos la única base de la felicidad de los pueblos. No bien había subido al trono cuando pedía ya la renovación de la tregua; no bien había espirado el plazo por que se la otorgaron, cuando enviaba á Castilla á su hermano Alí en demanda de nueva prórroga. Cuando vió que no podía obtenerla sino á costa de duras humillaciones, la rechazó; pero ni aun entonces fué el promovedor de la guerra, fueron los cristianos, fué el esforzado infante D. Fernando, que ardía en deseos de renovar las heróicas y aventuradas campañas del Rey Santo.

Amaba D. Fernando la guerra tanto como Yusuf la aborrecía; y deseoso de provocarla, no quiso conceder treguas como no se declarase feudo de Castilla el reino de Granada. Reunió un ejército en que brillaron las lanzas de los más esforzados capitanes, entró en Andalucía, atravesó el Yeguas que á la sazón separaba los dos reinos, y se dejó caer con rapidez sobre Antequera. Puso en alarma todo el reino de Granada, puso en alarma al mismo Yusuf, que creyó deber pregonar la guerra santa; pero no pudo llevar fácilmente á cabo tan arriesgada empresa.

Considerada Antequera como palenque por muzlimes y cristianos, fué pronto teatro de las más reñidas escaramuzas, de los más formidables asaltos, de las más sangrientas batallas. Pelearon allí unos y otros como tigres devorados por el hambre; y ni la muerte de los mejores caudillos, ni los campos cubiertos de cadáveres, ni los fosos inundados de sangre, ni el espectáculo de la ciudad envuelta en ruinas pudieron entibiar su ardor frenético. Empleóse por una y otra parte la estrategia, el cañón, armas de punta envenenada, los medios y los instrumentos más terribles. En nada se escaseó la sangre del soldado; por nada dejaron de aventurar su vida ni aun los príncipes que gobernaban las dos huestes. Hubo en unos y otros actos de valor, rasgos de heroísmo (1); desgraciadamente ninguna generosidad, mucha barbarie. Los soldados de Yusuf fueron dos veces vencidos y mordieron en número de más de treinta mil el polvo de la tierra: y cuando sonó al fin para Antequera la hora de su caída, ni á capitulación fueron admitidos los pocos que después del asalto se retiraron al alcázar. Alkarmen, el héroe de aquel sitio, tuvo que rendirse con un puñado de valientes sin alcanzar de sus enemigos sino la libertad y la vida. Hubo alguna generosidad, pero después de la victoria, cuando la vista de los vencidos extenuados por el hambre no pudo menos de despertar sentimientos de compasión en los cristianos. No escaparon con vida de aquel montón de ruinas sino dos mil seiscientas treinta y ocho personas; y ¿cómo no habían de conmover á sus enemigos aquellos escasos restos de una ciudad que había sido una de las más populosas del reino de Granada? Salieron todos lamentando amargamente la pérdida de sus familias, derramando

(1) Cuentan que durante el sitio, que fué muy largo, se hubo de llenar de escombros un ancho foso que impedía el acceso de las tropas castellanas á los muros, y viendo D. Fernando que los soldados á quienes se había impuesto este deber lo hacían con miedo por ser más los que morían que los que escapaban con vida, les arengó, cogió una espuerta, la vació en el foso, y les dijo: avergonzáos y haced lo que yo. D. Fernando tomó la conquista de esta plaza con mucho empeño, y no sin razón se le conoce en la historia con el nombre de Fernando de Antequera.

cada cual lágrimas de dolor y de vergüenza, no atreviéndose ninguno á pedir al cielo ni para las víctimas perdón ni para sí consuelo. Alcanzaron al fin permiso del vencedor para retirarse unos á Archidona y otros á Granada, donde fundaron el barrio de Antequeruela; y pudieron cuando menos ir á llorar en el regazo de un monarca bondadoso, en el seno de una ciudad amiga.

Quedó aterrado Yusuf; pero no tardó en cambiar de suerte. Alcanzó las tan deseadas treguas luego de llamado el infante al trono de Aragón (1), y no las vió rotas sino momentáneamente durante el resto de sus días. Tuvo que llamar otra vez á las armas á sus súbditos para castigar la rebelión de Gibraltar, que cansada de la tiranía de su gobernador, enarboló la bandera de los Beny Merines de África; y aun en esto encontró un sólido elemento de paz. El rey de Fez, á cuyo amparo se acogieron los gibraltareños, comisionó para que tomase posesión de la plaza á su hermano Abu-Said, á quien envidiaba y en secreto aborrecía; y al verle delante de las tropas de Yusuf fingió apoyarle y le dejó á merced del enemigo. Rindióse Abu-Said, pasó á Granada, y apenas había empezado á sentir la generosidad de Yusuf, cuando recibió de manos de éste una carta en que su hermano el rey de Fez solicitaba que le envenenasen á fin de asegurar mejor la paz de los Estados de África. Brama de cólera Abu-Said al ver tanta perfidia, pide armas á Yusuf, obtiene soldados y oro, parte á Almería, corre á Ceuta, penetra en lo interior de África, engruesa al paso su ejército, cae sobre Fez, derrota á las puertas á su hermano y pasa en hombros de la muchedumbre del campo de batalla al trono. Rey ya de Fez, ¿cómo no había de manifestar su agradecimiento á Yusuf, á quien debía esa misma corona que acababa de recoger entre el polvo del combate? Le envía armas, caballos, joyas, oro; le ofrece su perpetua amistad, y le hace temible á los castellanos,

(1) Ese D. Fernando fué el elegido por el parlamento de Caspe después de la muerte de D. Martín el Humano. (Véanse los tomos de *Cataluña* y de *Aragón*.)

que desde entonces deben tomar ya en cuenta para sus conquistas no sólo las huestes granadinas, sino también esas tropas africanas que tantas veces han hecho estremecer el suelo de la vieja Europa.

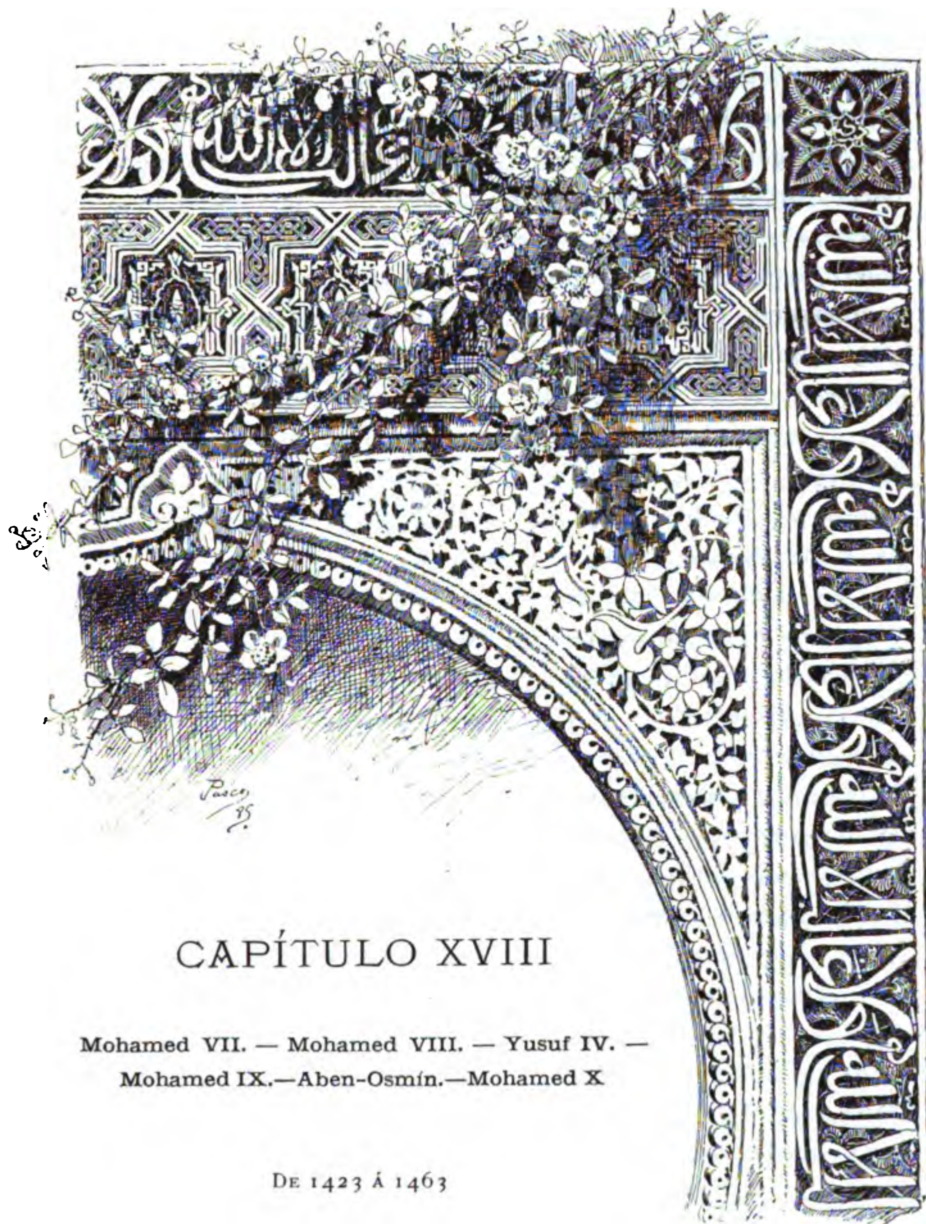
Renovó Yusuf por tercera vez las treguas; y, libre ya de todo temor de guerra, se dedicó con tanto ahínco á restaurar el reino, que á poco no quedó en toda Granada ni huella de las pasadas luchas. Restableció en todas partes el orden, la calma y la confianza, animó las ciudades con la frecuente celebración de justas y torneos, y logró hacer atractiva su corte hasta para los mismos castellanos que no pocas veces la visitaban, ya por deseo de hablar á los mismos con que habían cruzado en el campo sus espadas, ya por tomar parte en los ejercicios caballerescos de Bib-Rambla, ya por satisfacer entre sí deudas de honor á juicio de caballeros y damas moras (1). Dábales para esto jueces y estacada, siendo tal la influencia que ejercía sobre los pechos nobles, que aun en el mismo palenque no era raro que pusiese amigos á los que un momento antes habían roto contra sí sus armas sedientos de sangre y de venganza.

Dos veces vió aún comprometida la paz por los fronteros que disputaban eternamente sobre los mal determinados linderos de uno y otro reinos; otras tantas logró cortar el paso al incendio procurando conciliar los ánimos y recurrir antes que á la guerra al arbitraje. Ni un solo punto descuidó la tranquilidad y el esplendor de su reducido imperio; y alcanzó así llevarlo á tal altura, que á pesar de la caída de Antequera ha sido considerado justamente su reinado como el último término del

(1) De resultas de haber muerto alevosamente un escudero de D. Iñigo de Estúñiga á Antonio Bonel, diestro adalid á quien estimaba mucho D. Juan Rodríguez de Castañeda, señor de Fuentidueña, cuéntase que hubo entre éste y el Estúñiga ciertas contiendas que creyeron no poder terminar sino en duelo. No pudieron celebrarlo los dos bravos caballeros en Castilla, y obtuvieron de Yusuf permiso para celebrarlo en Vivarambla, donde aunque llegaron á romper las lanzas, no á verter su sangre, merced á los nobles deseos del rey y á la declaración que hicieron los jueces moros de haber quedado ambos como buenos en el primer combate (*Crónica de D. Juan II*, cap. 262).

encumbramiento de Granada. Murió en 1423 de un ataque de apoplegía que le derribó cuando menos esperaba sobre las losas de uno de los salones de la Alhambra; y no sin razón fué llorado de todo el pueblo, presa ya en adelante de discordias civiles que le arrojaron por fin abatido y ensangrentado á los piés de los monarcas de Castilla.





CAPÍTULO XVIII

Mohamed VII. — Mohamed VIII. — Yusuf IV. — Mohamed IX.—Aben-Osmín.—Mohamed X

De 1423 á 1463

Sucedió á Yusuf III su hijo Mohamed VII, conocido en la historia con el sobrenombre de el Izquierdo, ya por ser zurdo, ya por la siniestra fortuna que le acompañó en la paz como en la guerra. Reunía este príncipe muchas cualidades que

le hacían aborrecible: era colérico, altivo con los que más interesados estaban en sostener su trono, déspota hasta el punto de no querer oir ni á sus walíes, tan amigo de esclavizar y hacer sentir la esclavitud al pueblo, que hasta le privó de las zambras y torneos que contribuían bajo otros reyes á dorar los hierros con que se le oprimía. Amaba como su padre la paz; pero no con el fin de procurar mayores beneficios á sus súbditos, sino con el de poder reinar más á su antojo en medio de los placeres de la Alhambra. No tenía más amigo que su wizir Abu-Zeragh, uno de los caballeros más ilustres de los abencerrajes; y ni aun con este poderoso privado supo cautivar el ánimo del pueblo, antes sublevó contra sí las demás tribus, ya de mucho tiempo rivales y enemigas.

No tardó mucho en ser destronado por los granadinos. Á pesar de su alianza con los reyes de África y las treguas que alcanzó de Juan II perdió gran número de gente y de caballos junto á Antequera y Archidona; y mientras no se ocupaba sino en calmar los belicosos arranques de los fronteros, única causa de tamaños males, se vió acometido tan de improviso por turbas de conjurados y asesinos, que, sólo saltando las tapias de un jardín, pudo escapar de manos de los agresores. Saltó, se disfrazó, ganó la costa y no tuvo más recurso que dirigirse al África y ponerse á la sombra de Aben-Farix de Túnez.

Volvió al trono á los dos años; pero no por sus esfuerzos, sino por los de su antiguo wizir y otros abencerrajes de alta cuna; no por sus virtudes, sino por los vicios de su rival Mohamed VIII, que se lanzó como él en brazos de una tribu y armó contra sí millares de enemigos. Mohamed VIII, llamado el Zaguer (el Joven), era príncipe resuelto, de valor, de genio; pero encumbrado por una revolución temía sucumbir ante otra, y no sabía encontrar término entre la tiranía y la lisonja. Deseoso de granjearse el afecto de las turbas, mandó por de pronto celebrar su triunfo con zambras, justas y torneos: bajó, á fin de entusiasmar al pueblo, á la estacada; y apenas perdió ocasión

en mucho tiempo de lucir al par de los demás caballeros su destreza en revolver el potro y manejar la lanza. Procuró halagar las tribus vencedoras convidándolas á danzas y banquetes, distribuyéndoles joyas, distinguiéndolas con bellos rasgos de amistad y grandes cargos; pero no supo hacer suyos á Abu-Zeragh y á su familia, condenada todos los días á devorar en secreto un nuevo ultraje, y provocó al fin una rebelión en que salió vencido. Cansado Abu-Zeragh de tanto sufrimiento, sale una noche de Granada con quinientos caballeros, pasa á Lorca, vuela á Castilla, de Castilla á Túnez, de Túnez á Orán, de Orán á Vera, y con ayuda de Juan II empieza á proclamar de nuevo al destronado Mohamed, á quien lleva en su mismo campamento. Sabedor á poco de que el hermano del Zaguer que se dirigía contra él se ve abandonado por los suyos, se adelanta á Guadix. Corre luégo á Granada, entra, sitia desde la Alcazaba al rey, que está en la Alhambra, y logra que los mismos cercados le entreguen al Zaguer y su familia. Hace matar al usurpador por orden de Mohamed; manda que sepulten á los hermanos y á los hijos en sombríos calabozos, y consigue vengar á un tiempo sus ultrajes y los de su monarca.

Repuesto ya en el trono Mohamed VII, no fué más dichoso que en su primer reinado. Al manifestar su agradecimiento á Juan II por el socorro que había recibido, le pidió la paz, y ni treguas obtuvo por negarse á satisfacerle las parias vencidas y los gastos de la campaña y poner en libertad á los cautivos. Vió invadido de repente el reino por los Adelantados de Jaén, Ronda y Cazorla, pasada la Vega á fuego y sangre, saqueada Igualeja, taladas las campiñas que baña el Guadalhorce. Mató en el camino de Riogordo al alcaide de Antequera, y humilló y deshizo en el Vado de las Carretas á Rodrigo de Perea y al alcaide de Quesada; mas perdió en cambio un escuadrón de abencerrajes y allá en la frontera de Cazorla el castillo de Jimena, asaltado una noche por García de Herrera entre alaridos de cólera, estrépito de armas y cornetas y el espantoso bramido

del trueno y la tormenta. No paró aquí su desventura. Acometido hacia Alhendín y Alcalá la Real por cincuenta mil infantes y tres mil caballos que acaudillaba el condestable D. Alvaro de Luna, no acertó siquiera á detener la marcha asoladora de tan grande ejército; y tuvo que contemplar impasible desde sus torres de Granada la terrible tala de los campos de Illora, el orgulloso avance del enemigo por las riberas del Genil y el Darro, el incendio de los cármenes de Aynadamar y el Soto, el ataque de Tajarja, cuyos soldados se atrevieron á resistir á un guerrero que acababa de enviarle un cartel de desafío. Los vió retirar en buen orden devastando lo que se les ofrecía al paso; supo que estaban talando las huertas de Loja, entregando á las llamas el Salar, destruyendo las atalayas y molinos de los alrededores de Archidona; recibió noticia de que acababa de sublevarse contra el condestable toda la infantería que llevaba; pero nada hizo ni para castigo de los invasores, ni para prevenir la tormenta que estaba fraguando en Córdoba el poder de Juan II y amenazaba sumergir en ignominia y sangre el trono de Granada. Parecía que la fatalidad le tenía atadas las manos: preparábase en tanto en el seno mismo de su corte otra conjuración que había de complicar de lamentable manera la situación del reino.

Yusuf-Ebn-el-Ahmar, descendiente de Aben-Hud y nazarita, empezó á pretender el trono confiando en su propio valor y el de los mejores caballeros de su tribu. Conspiró largo tiempo aguardando ocasión de levantar abiertamente sus pendones, creyó llegada la hora al saber que iba á pasar la frontera Juan II, salió de Granada, mandó de embajador de Córdoba á Venegas, ofreció su brazo y dió ochocientos jinetes por el apoyo de Castilla, y, ya obtenido, se unió con el rey cristiano. Animó con esto á D. Juan, y no tardaron en cubrir la Vega cristianos y muzlimes, enemigos todos de Mohamed el Zurdo.

Mohamed, al considerar el peligro en que estaban su trono y el reino, llamó á la guerra á todo creyente, y se vió pronto

rodeado de numerosos escuadrones y tribus armadas de flechas y puñales que acababan de despeñarse de la sierra de Baza y las vertientes de la Alpujarra y Ronda; mas ¿qué había de poder contra todas las fuerzas de Castilla, contra un ejército de setenta mil infantes y diez mil caballos, en que figuraban un Alvaro de Luna, un Suero de Quiñones, un Diego Ponce de León, un Venegas, un Yusuf-Ebn-el-Ahmar que llevaba consigo la flor de la caballería musulmana? Fué el primero en romper el fuego, aventurándose primero en escaramuzas sangrientas, y obligando luégo al ejército castellano á empeñar una batalla decisiva; pero le sirvió de poco su valor y el desesperado arrojo de algunas de sus tropas. Encarnizado, tremendo fué el combate: toda la Vega se estremeció al choque de las lanzas, al crujir de las armaduras, al relinchar de los caballos, al bárbaro alarido de los combatientes, al agudo gemir de los heridos. Derramóse la sangre á torrentes; combatióse al fin sobre un suelo de cadáveres, y ¡no hubo por mucho tiempo quien abandonara su puesto sino con la vida!

Tuvieron que ceder los granadinos. Las mal armadas tribus de las cercanías quedaron arrolladas al primer embate; y los cerrados escuadrones de caballería, aunque llenos de heroísmo y destreza, vieron sucesivamente sobre sí tantos y tales enemigos, que acosados por todas partes y cansados de tan desigual pelea, no tuvieron más recurso que la fuga. Huyeron unos á Sierra Elvira, otros á la ciudad, y fué tal el ardimiento de don Alvaro, que llegó á perseguir á los últimos hasta las mismas puertas de Granada.

Afortunadamente los rencores que poco há estallaron en Castilla renacen en el campamento después de la victoria: temen D. Alvaro y D. Juan, y siendo vencedores no pueden menos de levantar el campo.

Respiró Mohamed; pero hasta la naturaleza pareció sublevarse contra tan desgraciado príncipe. Dió la tierra espantosos bramidos; tembló todo el suelo de Granada á impulso de vio-

lentos terremotos; cuarteáronse torres y mezquitas, y cayó con grande estrépito hasta un lienzo de los muros de la Alhambra. Añadióse el terror á la aflicción y al desconsuelo, cundieron de boca en boca funestas profecías, y se empezó á temer la caída de todo el reino.

¡Sobrevino después de todo una guerra civil! ¡Ah! está ya roto en Granada el freno de la ambición, débil y embrutecido el pueblo: ¡cuán poco ha de sobrevivir el trono al buen Yusuf III! — Irritado Ebn-el-Ahmar al ver la imprevista retirada de D. Juan, y al considerar cuán inútilmente ha ido á derramar por él su sangre, prorrumpe á cada paso en amargas quejas que no pueden menos de llegar á oídos del príncipe cristiano. Recuerda á D. Juan las promesas que le hizo al abrirse la campaña; y después de haberse sujetado á las más duras condiciones, entra de nuevo en su patria apoyado por los fronteros de Castilla. Logra al pronto interesar en su favor á los alcaides de Cambil, Alicún, Montefrío, Illora, Ronda, Archidona, Setenil, y otros pueblos de Córdoba y Sevilla; vuela á Loja, donde se ha sublevado el pueblo y retirado el alcaide á la alcazaba; acometido por un escuadrón de abencerrajes, se arroja con furor sobre ellos y logra dar muerte al caudillo; se dirige á la capital, asoma por las cumbres de Sierra Elvira, y amenaza y llena de espanto la corte de Granada. No tiene amigos en la ciudad; pero la ve triste, abatida, desmayada, y hace que los mismos ciudadanos obliguen á Mohamed á huir de la Alhambra y le abran las puertas que habían de conducirle al trono. Mientras Mohamed sale en dirección á Málaga con toda su familia, con los hijos del Zaguer y con todas las joyas y el oro de su alcázar, entra él en la ciudad con sólo seiscientos caballeros, llega á la Alhambra en medio del mayor silencio, y consigue al fin ceñir su frente con la corona que tanto ha codiciado.

Es ya rey Yusuf, ¿pero qué rey? Un rey feudatario de Castilla que ha de entregar todos los años á D. Juan veinte mil doblas de oro, que ha de seguir los pendones cristianos con mil

quinientos caballeros, que ha de asistir á las cortes que se celebren aquende de Toledo, que ha de poner en libertad á todos los cautivos, que ha de ser toda su vida un servidor de otro rey, un mal vasallo. ¿Qué simpatías puede tener en su pueblo? Acaban de recibirle en la corte oprimido el corazón, muda la boca: los empleados y los nobles son los únicos que suben á felicitarle, y aun no por afecto; el rey de Túnez habla contra él á D. Juan; Mohamed despierta entusiasmo en Málaga; y él fuera del recinto de su alcázar apenas ve más que la indiferencia ó el desprecio. Si queda aún en su corazón algún resto de dignidad, ¿qué puede hacer más que abdicar ó dejarse morir de vergüenza y de melancolía? Muere á los seis meses y deja otra vez abierto el camino del trono al príncipe legítimo.

Fué aclamado Mohamed por tercera vez rey de Granada á fines del año 1432. No cometió los desaciertos que la primera, ni se ensañó como la segunda contra su rival, cuyos hijos respetó hasta el punto de dejarles sus títulos y haciendas y enlazarlos con hijas de su mismo linaje; pero ni aun así pudo asegurar su corona contra los embates de la ambición ni contra los rudos ataques de revoluciones fraguadas bajo su mismo trono á la sombra del misterio. Todo pareció sonreirle en un principio. Con la ayuda de su wizir Abdhelvar, uno de los más prudentes caballeros de la tribu abencerraje, fué extinguiendo los odios, reparó aunque lentamente los males de la guerra, arrancó al rey de Castilla treguas por dos años, é hizo bendecir su restauración hasta por los mismos que habían contribuído á destronarle. Aún despues de estallar la guerra fué sino querido, cuando menos respetado por el ardor con que sostuvo tantas luchas, por la constancia con que en medio de funestísimos azares supo vender caras al enemigo las victorias. No fué tan desgraciado como en otras guerras. Perdió después de sangrientos rebatos á Huescar, primera conquista de aquel D. Rodrigo Manrique que fué más tarde conde de Paredes y maestre de Santiago; perdió á Galera y Castilleja después de talados á

hierro los vecinos campos; perdió tras cuatro días de pelea á Huelma, combatida por el famoso marqués de Santillana; perdió las fortalezas de Vélez Blanco y Vélez Rubio, que se dieron á partido cansados de talas y saqueos; perdió el castillo de Solera, que cayó en poder de D. Fernando de Quesada, comendador de Bedmar; pero supo tomar cumplida venganza de estas derrotas en Illora, donde murió el adelantado de Andalucía traspasada la boca de un flechazo que le disparó el alcaide; en las laderas de Archidona, donde rodaron á lo más profundo de un abismo arrastrados por rocas despeñadas de las vecinas cumbres más de mil quinientos soldados, muchos valerosos capitanes de Écija y gran número de caballeros y comendadores de la orden de Calatrava; en los campos de Guadix, donde sólo pudieron ser vencidos los muzlimes después de haber hecho sentir el peso de sus armas á millares de cristianos; en Gibraltar, donde pereció ahogado el conde de Niebla al querer escapar de mano de sus vencedores; en los alrededores de Castril, en que cayó el adelantado de Cazorla y casi todos los suyos bajo los terribles golpes del hijo de Aben-Zeragh y sus abencerrajes. Logró indudablemente dejar bien sentado el honor del reino de Granada, si no por sus esfuerzos, por los de sus caudillos.

No salió nunca de la corte, no salió hasta que otro usurpador, su sobrino Aben-Osmín, vino á arrojarle otra vez de la Alhambra, que era para él su corte, su reino, su único campo de batalla. Aben-Osmín era tan ambicioso como intrépido; y al saber que irritado su primo Ysmail por una injusticia del monarca se acababa de retirar á Castilla con la flor de sus abencerrajes, partió secretamente á Granada, derramó oro á manos llenas, explotó en su favor el odio de todo el pueblo, se apoderó en un momento de la ciudad y de la Alhambra, puso preso á Mohamed, y fué proclamado rey por todas las tribus enemigas de la familia del príncipe vencido. Apenas hubo subido al trono vió rebelada contra sí una hueste abencerraje que partió secretamente á Montefrío; pero la despreció, levantó el mayor ejército posi-

ble, salió contra cristianos, pasó á fuego y sangre Benamaurel y Aben-Zulema, y regresó á Granada, lleno de gloria, de armas, de cautivos. En una segunda campaña se apoderó de Huéscar, de los Vélez, de Castilleja, de Galera, de casi todas las plazas que habían conquistado después de tremendos combates los más ilustres castellanos; y no hubo en breve fortaleza, ejército ni caudillo que bastasen á detener sus asoladoras incursiones. Pasó junto á los fronteros de Lorca, Fajardo y Ribera, y no los vió salir de sus castillos: pasó por Hellín y Jumilla, donde residía á la sazón Álvaro Téllez, luchó con él y pasó á todos sus enemigos por el hierro de la lanza. No estuvo tan feliz con el conde de Arcos, que le atacó y deshizo en Mataparda; pero deseoso de vengarse en Murcia, no tardó en mandar á esta frontera lo mejor de los soldados de Granada al mando del valiente Abdhelvar, hijo del wizir de Mohamed, gallardo y arrogante mozo, de quien el amor de una mora de otra tribu hizo un león en justas y torneos y un abencerraje indiferente por la causa de los que se habían retirado con su padre á Montefrío. Hizo temblar por de pronto á Lorca y Cartagena; pero hubo de temblar á su vez al recibir sólo cien soldados de tan numerosa hueste. Los demás perecieron casi todos en la batalla de los Alporchones, una de las más reñidas que llegaron á trabarse entre moros y cristianos.

Ciego de cólera Aben-Osmín, conocido con el nombre de Mohamed IX, mandó matar al desgraciado Abdhelvar que había logrado escapar de la pelea (1): se hizo tiránico, cruel, y se entregó en brazos de la maldad y el crimen. Depuso á sus más leales servidores para emplear arrayaces, instrumentos de sus odios; condenó á muerte á cuantos sospechó que pudieran serle

(1) Al ver Aben-Osmín á Abdhelvar, le reconvino, según Conde, con la mayor amargura, y le dijo al fin con tono airado: «Ya que no has sabido morir en la batalla como valiente, morirás en la cárcel como cobarde.» Apoderáronse luégo del desgraciado caudillo unos verdugos, le llevaron á una mazmorra, y le decapitaron inhumanamente (Conde, tomo 3.º *Dom. de los Arab.*)

enemigos. Turbó á cada momento la paz de las familias llamando á su harem á las más hermosas doncellas, obligando á los padres á casar las hijas con sus favoritos y privados, rompiendo con intención las más honestas relaciones entre ilustres mancebos y señoras de alta cuna. Llevó su despotismo hasta el extremo, y concitó tan de repente el furor de todo el pueblo, que no bastaba á poco Montefrío para contener á los nobles y plebeyos que salían con armas de Granada.

Fijáronse todos en Aben-Ysmail, que al verse apoyado en Montefrío de una parte por D. Juan y de otra por los mismos granadinos, acudió como un rayo al llamamiento. Bajó Ysmail á la Vega, metió por las puertas de la ciudad á los que se atrevieron á salirle al paso, é infundió tan súbita alarma en el ánimo de Osmín, que desalentado éste, no supo recurrir más que al terror, al asesinato, á la perfidia. Fueron llamados bajo pena de muerte á las armas todos lo que fuesen capaces de empuñarlas; fueron asesinados villanamente en la Alhambra los principales caballeros de Granada, reunidos por orden del rey para la abdicación que fingía querer hacer de su corona; fueron cometidos los más horrendos crímenes; pero triunfó al fin Ysmail sobre el tirano Osmín, que escapó de la muerte saliendo por una puerta falsa, subiendo por las colinas del Cerro del Sol, é internándose por los amenos valles que fecunda el Darro.

Mohamed X, Aben-Ysmail, sobrino de Mohamed el Zurdo, era de mejor alma. Lejos de pretender como su primo Aben-Osmín hacer olvidar al pueblo el despotismo con que se le oprimía teniéndole ocupado en incesantes guerras, no abrigaba otro deseo que el de llamar á la agricultura los brazos, destinados antes á las armas, ni se llevaba otra mira que la de cautivar el amor del pueblo procurándole los beneficios de una administración bien entendida. Pidió desde el momento treguas á Juan II; y al ver talada la Vega y asolada Estepona por Enrique IV en venganza de la pérdida de Garcilaso, que murió herido por la flecha envenenada de un abencerraje, no vaciló en humillarse

al nuevo rey y adquirir la paz á costa de las más duras condiciones. Sujetóse á pagar anualmente doce mil doblas de oro, á poner en libertad seiscientos cautivos, á dar en rehenes otros tantos moros cuando no tuviese en sus mazmorras soldados de Castilla.

Creía escaso todo sacrificio para conseguir la paz; pero tuvo la desgracia de vivir casi siempre en guerra. Era el término de Jaén, en virtud de la misma tregua, paso franco á las tropas invasoras de uno y otro Estados; y puesto en la alternativa de atacar ó ser atacado, no quiso contrariar los instintos belicosos de su hijo Muley-Hacén, que ardiendo en deseos de manifestar su valor, salió al frente de dos mil caballos, se adelantó hasta Baeza, luchó mano á mano con el conde de Castañeda y el obispo D. Gonzalo, y los trajo cautivos á Granada después de haber puesto en fuga las huestes que llevaban y dejar tendidos en el campo los bravos escuderos que los defendían (1). Pagó cara

(1) Sobre la batalla y prisión de ese obispo D. Gonzalo de Zúñiga creemos oportuno transcribir el romance siguiente;

Ya repican en Andújar
Y en la Guardia dan rebato:
Dia es de S. Anton,
Ese santo señalado.
Ya se salen de Jaen
Cuatrocientos hijos-dalgo;
Y de Ubeda y Baeza
Se salian otros tantos.
Mozos deseosos de honra
Y los mas enamorados,
En brazos de sus amigas
Van todos juramentados
De no volver á Jaen
Sin dar moro en aguinaldo.
La seña que ellos llevaban
Es pendon rabo de Gallo.
Por capitan se lo llevan
A ese obispo D. Gonzalo,
Armado de todas armas
En un caballo alazano.
Todos se visten de verde,
El obispo azul y blanco.
Al castillo de la Guardia
El obispo habia llegado;
Sáleselo á recibir
Megía el tan noble hidalgo:
Por Dios te ruego, el obispo,
Que no pasedes el Vado,
Porque los moros son muchos,
A la Guardia avian llegado.
Muerto me han tres cavalleros,
De que mucho me ha pesado:
El uno era tio mio,
El otro era primo hermano,
El otro es un pagecico,
De los mios mas preciados.
Demos la vuelta, señores,
Demos la vuelta á enterrarlos;
Haremos á Dios servicio,
Honraremos los cristianos.
Ellos estando en aquesto,
Llegaba D. Diego de Haro:
Adelante, cavalleros,
Que me llevan el ganado:
Si de algun villano fuera,
Ya lo huvierades cobrado;

la acción, porque perdió en aquel mismo año al famoso alcaide Aliatar en manos de Fernando de Narváez; vió al siguiente derrotado á su hijo Muley en la batalla del Madroño; perdió á Gibraltar, perdió á Archidona, reina de las fortalezas musulmanes, guarida del formidable Ibrahim, de ese león que al verse vencido se arrojó á caballo en lo más profundo de un tajo abierto al pié del cerro. Mas ¿habría logrado evitar de otra manera tan frecuentes invasiones cuando á pesar del mismo rey de Castilla se lanzaban adelantados y fronteros á las más difíciles empresas y rivalizaban entre sí sobre quién podría contar hechos más temerarios y sangrientos? ¿Quién podía contener ya los briosos ímpetus de un Pedro Girón, ese terrible vencedor de Archidona, que se atrevía á pretender el mismo trono de Castilla? ¿ni el arrollador empuje de D. Juan Alonso de Guzmán, ese intrépido duque de Medina Sidonia, que se hizo dueño de Gibraltar, donde tantos y tan bravos caballeros sucumbieron? ¿ni el indómito valor de D. Rodrigo Ponce de León, que en la batalla del Madroño se atrevió á combatir solo, á pié y sin lanza ni escudo contra un puñado de moros que cargaron sobre él con todo el furor de hombres á quienes desespera el vencimiento?

Empero alguno está aquí
Que le place de mi daño.
No cabe decir quién es,
Que es el del roquete blanco.
El obispo que lo oiera
Da de espuelas al cavallo.
El cavallo era ligero,
Saltado avia un vallado.
Mas al subir de una cuesta,
A la asomada de un llano,
Vido mucha adarga blanca,
Mucho albornoz colorado,
Y muchos hierros de lanzas
Que relucen en el campo.

Metídose avia por ellos
Como leon denodado.
De tres batallas de moros
La una ha desbaratado
Mediante la buena ayuda
Que en los suios ha hallado.
Y aunque algunos de ellos mueren
Eterna fama han ganado.
Los moros son infinitos,
Al obispo avian cercado.
Cansado de pelear,
Lo derriban del cavallo,
Y los moros victoriosos
A su rey lo han presentado.

Son muchos los romances que hacen referencia á este obispo: sus prendas militares le hicieron uno de los personajes más populares de su época. Murió en Granada y fué luégo trasladado á la catedral de Baeza.

¡Ay! esa generación de héroes es ya un torrente que no pueden contener ni los mismos reyes cristianos.

Pudo, sin embargo, Ysmail volver aún á restablecer la paz. Sabedor de que Enrique IV se proponía entrar de nuevo en la Vega, le pidió una entrevista, le recibió á las puertas mismas de Granada, y recabó de él no sólo una tregua, sino también una alianza. Enrique, contrariado sin cesar por grandes facciones, era débil; y pudo fácilmente persuadirle Ysmail de cuánto convenía la paz á entrambos. No trabajó desde entonces poco por el deseo de conservarla.

Dedicóse por entero Ysmail á mejorar la situación del Reino; y á los pocos años Granada parecía haber recobrado toda la hermosura y grandeza de otro tiempo. Volvió á estar cultivada la Vega, y llegaron á cubrir las mieses hasta las yermas faldas del Cerro del Sol por donde hizo pasar ese buen rey el Darro. La industria puso otra vez en movimiento sus talleres y surtió á España de brocados tejidos de oro y seda, telas de lino y cáñamo, armas y otras mil manufacturas. Cruzaron la costa del Mediterráneo buques de todas las naciones, reanimóse el tráfico entre moros y cristianos, y fué pronto Granada uno de los mayores focos de la civilización de España. ¡Lástima que mientras más próspero estaba el reino viniese á sumirlo de nuevo en el caos de la guerra la muerte de Aben Ysmail!

Murió Ysmail en Almería el año 1465: ¡ay! ¡y murió con él la paz y empezó con su hijo esa bárbara y desgarradora agonía que suelen sufrir los imperios antes de bajar al sepulcro! No he de pintarla aún: después de tantos horrores como llevo descritos, siento embotadas la fantasía, la pluma, el corazón. Una ojeada rápida á los lugares que fueron teatro de los sucesos referidos puede servirnos de descanso: recorrámoslos: podrán estar faltos de monumentos, no de recuerdos.

CAPÍTULO XIX

Archidona.—Antequera





I no son muchas aún las conquistas hechas en las provincias granadinas después de la muerte de Fernando el Santo, bastan, sin embargo, dos de ellas para hacernos interrumpir nuestro bosquejo histórico. Archidona y Antequera fueron dos sangrien-

tos campos de batalla, dos pueblos en que tuvieron lugar rasgos de amor y de caballería que dejaron oscurecidos los mejores de los siglos medios: no es posible dejar de arrojar sobre su presente y su pasado una mirada poética.

Archidona fué antiguamente una fortaleza que extendió sus muros y torreones sobre las cumbres de tres cerros. Tenía su población en un hoyo formado por las tres alturas, y no sin razón llevaba el nombre de *Arx Domina*, reina de los alcázares. —Hoy no es sino una villa sentada en la vertiente de una sierra á la sombra de un castillo árabe; pero impone aún por su posición, por los restos de esa misma alcazaba rodeada de precipicios, por lo sombrío y montaraz de sus alrededores llenos de tajos, abismos y cuevas ensombrecidas por la tradición y la leyenda. Agrias cuestas, por donde tras grandes aguaceros se precipitan rugiendo los torrentes, constituyen algunas de sus calles: es cada hogar un baluarte, como cada hombre un soldado; y no sería aún fácil vencerla sin derramar raudales de sangre en las ásperas faldas de la sierra. Tiene á sus piés una vega que se extiende casi hasta Antequera, pero desigual, montuosa, cortada á trechos por barrancos. Está por todas partes cercada de altos cerros que se cruzan en todas direcciones y dan origen á hondas cañadas y tortuosos valles; y si algo presenta á su alrededor de pintoresco, no son cuadros de flores ni sombrías alamedas, sino derrumbaderos como las laderas de su mismo nombre, sepulcro de tantos héroes de Calatrava, saltos como el del Moro, donde es fama que se precipitó su último alcaide, profundidades como la de Cea, cuyo fondo removido tal vez por el fuego de los volcanes desconoce y mira con terror el hombre. Un solo río atraviesa su término, el Guadalhorce; un solo arroyo, el del Ciervo; y aun las aguas de estas dos corrientes, lejos de deslizarse tranquilas por entre campos de verdura, se las ve raudas y espumosas saltando en forma de cascadas de peña en peña, de quiebra en quiebra, de uno á otro barranco. Todo es salvaje en torno suyo, hasta el mismo arte,

hasta esa misma fortificación que ciñe como un doble cinturón de piedra el cerro cuyas faldas cubre. Los muros de sus dos cercas parecen estar desafiando aún el impetuoso furor de las revoluciones y la acción lenta de los siglos; los ennegrecidos cubos y torreones que defienden sus puertas se alzan aún á los ojos del viajero como fantasmas de un pasado horrible, como espectros que arroja de sí la tumba de los que murieron el día de la fatal caída en medio de alaridos de desesperación y de venganza. Levántase entre las ruinas una humilde ermita consagrada á la Virgen de la Gracia; pero no parece tampoco sino un altar sobre un sepulcro. La naturaleza, la historia, el arte, todo contribuye allí á presentar los objetos como velados por una niebla que forman los vapores de la sangre derramada. La vecina sierra del Conjuro excita con su solo nombre recuerdos misteriosos que dejó consignados la voz de las tradiciones populares (1); la de la Cueva de las Grajas, sumerge la imaginación en esa poesía aterradora que audaces fantasías han hecho brotar del fondo de las profundidades de la tierra: las crestas de entrambas, ceñidas de restos de torres y murallas, permiten aún evocar las sombras de la antigüedad, que levantó la formidable *Arx Domina* sobre los gigantescos escombros de la primitiva Escua, pueblo que encerraba en su mismo nombre la idea de superioridad y fué considerada por sus mismos fundadores como cumbre y cabeza de las demás ciudades (2). Las sombras digo, no los hechos, porque Escua y Arx Domina son casi un

(1) Hay en esta sierra del Conjuro un camino, ya medio borrado, que sólo se presenta claro y distinto á los ojos del que lo ve de lejos. Esto ha dado lugar á creer que aquel camino fué el que siguió la Virgen, cuando deseosa de ayudar á los cristianos que cercaban á Archidona bajó del cielo, y les animó á que bombardearan el castillo al abrigo de esta misma sierra. Aun lo de la misma Virgen no pasa de ser hijo de la tradición; mas está tan arraigado en toda la comarca que apenas hay aldeano que no lo refiera candorosamente.

(2) La ciudad primitiva, que se supone haber sido de fundación cartaginesa, se llamó Escua, voz que en lengua púnica significa cabeza. Llamáronla luégo los romanos Arx Domina traduciendo, como no pocas veces hicieron, á su lengua su denominación primera. De Arx Domina ó Domna hicieron los árabes Arxiduna, que es lo que más se acerca al nombre de Archidona que ahora tiene.

misterio para nosotros (1); porque para nosotros apenas es histórica más que la Arxiduna de los árabes, y aun ésta no nos ha llegado en alas de la crónica sino en su época de decadencia, cuando ya los freires de Calatrava templaban contra ella sus aceros en la sangre de los que rodaron á las hondas simas de las Laderas bajo rocas precipitadas desde lo alto de los cerros y en la de los que cayeron bajo el alfange de Ibrahim, el más fiero é implacable alcaide de la fortaleza.

Ibrahim fué el héroe, el genio, el alma del castillo. No parece sino que ni antes ni después haya existido otro hombre en el seno de estas ruinas, según viene resumida en él la historia de todo un pueblo.

Ibrahim, dicen las crónicas, era tan valiente como magnánimo. Miraba con respeto al vencedor, con piedad al vencido, y ahorraba cuánto podía la sangre de sus soldados. Se le temía en el campo, nunca bajo las bóvedas de su castillo, donde era generoso con amigos y enemigos. Mas llegó día en que una herida incurable le llenó de amargura el corazón, y se convirtió en déspota y sanguinario el que ayer sabía tender la mano á cuantos sucumbían en los combates.

Tenía Ibrahim una hija llamada Tagzona, que era la luz y la esperanza de su vida. Ignorante de los secretos amores de la joven con Hamed-Alhaizar, uno de los moros más gentiles de la corte de Granada, la ofreció por esposa á un bravo alcaide de Alhama tan rico como viejo, y abrió sin saberlo el camino á una serie de amargas desventuras. Contrariados los amantes recurrieron á la fuga, partieron de la vecina fuente de Antequera sobre un caballo que parecía dejar atrás el viento, se adelantaron hasta el Guadalhorce, encontraron allí al ofendido Ibrahim

(1) La historia no refiere de la antigua Escua sino que fué el abrigo de los prefectos de las naves, que se insurreccionaron contra Asdrúbal cuando ya habían entrado los Scipiones en España. Fué tomada primero por los rebeldes y poco después por el mismo Asdrúbal, que vengó de una manera cruel la traición de los prefectos.

y á sus soldados, se turbaron y desconcertaron, no supieron buscar su salvación sino en lo alto de una peña, y al verse perseguidos hasta en aquel asilo, perdida toda esperanza y no pudiendo ya renunciar á una unión consagrada por el amor más puro, se abrazaron tristemente, volvieron al cielo y á su alrededor los ojos y se precipitaron monte abajo corriendo á buscar en el abismo su lecho nupcial y su sepulcro (1).

Ibrahim los vió rodar sin que pudiera detenerlos; los vió morir sin llegar á tiempo para oir una palabra de perdón ni recogerles más que el último suspiro. Quedó tan lleno de dolor, tan ebria el alma de amargura, que no pudo por mucho tiempo ni mover la planta, ni proferir una queja, ni arrancar una sola lágrima de sus ojos, fijos en el magullado cadáver de Tagzona. Sintió por de pronto embotado el corazón, sintiólo á poco sediento de venganza; y como si el mundo entero fuese la causa de su desventura, trocó en crueldad y hasta en fiereza su antigua mansedumbre. Acechó desde sus torreones al enemigo como el águila desde las cumbres de los cerros; se arrojó sobre él como el rayo, y allí donde sentó la planta hizo sentir á buen número de cristianos el peso de su cólera y el hierro de su lanza. Ahorcó á muchos, dejó para pasto de buitres á los que más le disputaron la victoria, maltrató á los cautivos hasta hacerlos suspirar por la suerte de los que murieron en batalla, exigió por rescate la fortuna de las familias, y se mostró en todas ocasiones tan inflexible, que ni las piadosas súplicas de sus mismos soldados le movieron nunca al perdón de los vencidos. Cuando no tuvo fronteros que atacar dentro de la jurisdicción de su castillo, no hallando medio de borrar el doloroso recuerdo de su hija sino entregándose de lleno á los combates, se dedicó á la guerra de algarada, dió rebatos sangrientos, saqueó, abrasó, asoló cuánto pudo sorprender en sus inesperadas

(1) La peña en que se refugiaron los dos amantes se llama desde entonces Peña de los Enamorados.

excursiones, y se complació en ver entregados al hambre y á la desesperación los pueblos comarcanos. Fué, al fin, el terror del país, el formidable dragón de aquellos días, la fiera que tarde ó temprano había de excitar contra sí el religioso heroísmo de alguno de esos caballeros de la cruz que nunca temían arriesgar su vida en las más aventuradas empresas de su siglo.

No tardaron los pueblos en levantar la voz contra este azote. Clamaron al rey, apelaron de él á los caballeros de Calatrava, conmovieron con sus justas y sentidas quejas á Don Pedro Girón, maestre de la Orden, y hallaron al fin en ese esforzado adalid su paladín, su libertador, su héroe. Pedro Girón llamó á sí á todos los freires que defendían la frontera, y al eco de su poderosa voz no sólo alcanzó poner sobre las armas á los cruzados de Calatrava, sino que hasta logró agrupar en torno de su estandarte los pueblos de Arjona y Osuna y al bravo Diego Fernández de Córdoba, segundo conde de Cabra, y al joven comendador de Santiago Fadrique Manrique, que llevó consigo doscientos caballos y cuatrocientos peones. Reunido ya el ejército penetró en territorio de Archidona; y aunque se vió á poco acometido por el terrible alcaide, fué tal el denuedo con que combatió, que le hizo volver por primera vez la espalda y llegó sin más obstáculo hasta el pié mismo del alcázar. Contentóse por de pronto con cercarlo é impedir á Ibrahim toda comunicación con la corte de Granada; pero al ver que tras un mes de riguroso sitio no había logrado quebrantar aún el ánimo de sus enemigos, mandó á sus estados por máquinas de guerra, sentó sus baterías al abrigo de la sierra del Conjuro, derramó sobre los cercados bombas y proyectiles incendiarios, y les molestó con tan continuos ataques que ni tiempo les dejó para ir á cortar el incendio de sus hogares. Los puso en tal aprieto, que, acosados por la sed, no tuvieron más recurso que el de bajar á disputarle á punta de espada el agua de un pozo abierto á tiro de la fortaleza; mandó entonces sobre ellos á uno de sus mejores capitanes, tras éste al bravo conde

de Cabra, y á pesar del desesperado arrojo con que aquellos pelearon, los derrotó y persiguió hasta las puertas mismas del castillo, que no dejó en tanto de diezmar con incesantes fuegos las huestes castellanas. Cansado de refriegas parciales y demoras resolvió el asalto; mas ¿quién había de ser el primero que se atreviese á escalar una fortaleza cercada de dobles muros y defendida por hombres resueltos á morir entre las ruinas de sus torreones antes que arrojarse en brazos de un cristiano? Tomó él mismo á su cargo tan peligrosa hazaña, y armado de una escala y de un acero, él, el maestre de Calatrava, el más poderoso feudatario de la corona de Castilla, el que se atrevía á pretender la mano de una princesa á quien se reservaba la posesión del trono, él fué quien empezó á trepar por la torre del Sol entre una espesa lluvia de piedras y saetas de punta envenenada. Rodó bajo el peso de una roca disparada al intento, y cayó al foso como si estuviese muerto; mas su heroísmo pudo con los suyos más que su desgracia, y tuvo el consuelo de saber á poco la toma de la Torre del Sol. Treparon tras él los alcaides y capitanes de su ejército; treparon tras ellos los soldados, y se pasó en corto tiempo más de quinientos moros á cuchillo. Hombres, mujeres, niños, todos perecieron, y los que se albergaron en el segundo recinto cayeron en estado tal de confusión y abatimiento que pronto debieron también entregar sus cuellos al filo de las armas enemigas. Todos debieron sucumbir al fin bajo los esfuerzos de los cristianos; pero no Ibrahim, que, según fama, al verse vencido corrió al borde del tajo á que dió después su nombre, metió el acicate en su caballo hasta obligarle á saltar el abismo, y desapareció en las profundidades de la espantosa sima.

Así cayó al fin esa formidable Archidona contra la cual habían asestado inútilmente sus tiros Alfonso de Castilla y Fernando de Antequera. Arrastró en su caída á los guerreros más ilustres de los dos ejércitos; pero se hundió para siempre, y para siempre vió enarbolada la cruz en la más alta de sus

torres. No volvió á figurar en los anales de los pueblos, y á los pocos años hasta se vió abandonada á su destino. Quedó con algunas murallas y torreones que levantan aún al cielo sus sombrías coronas de almenas; pero no los ostentó ya á los ojos del viajero como instrumento de defensa, sino como lúgubre cenotafio erigido á la memoria de Ibrahim, como monumento de gloria levantado para recuerdo de Pedro Girón. ¡Salud, muros y torres testigos de tantas hazañas! ¡Que jamás se borren los recuerdos consignados en vuestras imponentes ruinas!

¡Antequera es también un monumento! Un infante de Castilla que fué después rey de Aragón conquistó allí sus únicos laureles; un caballero tan ilustre por su hidalguía como por sus proezas la escogió por teatro de sus brillantes hechos y vinculó en ella sus glorias militares, su fortuna y el nombre y la fortuna de todo su linaje. Ciudad antiquísima, como parece revelarlo su mismo nombre, gozó ya de mucha fama durante la dominación romana: se la declaró municipio, se la fortaleció con un castillo de que se conservan ruinas, se la decoró con templos y palacios sobre cuyos techos irguió su cúpula altanera el Panteón de los Dioses, construído por M. Agrippa y restaurado por los emperadores. Tuvo como otras tantas ciudades la desgracia de ver asolados sus monumentos por las frameas de los bárbaros y el desconsuelo de no encontrar quien la levantara de los escombros; vióse durante siglos abandonada, oscurecida, despreciada, muerta; mas no por esto dejó ni podía dejar de existir una ciudad puesta al abrigo de una sierra, cercada de una rica y espaciosa vega que bañan dos ríos y multitud de arroyos y llena de vida en sus alrededores. Convidados los árabes por la fecundidad del suelo y su constante afán en habitar risueñas campiñas regadas por caudalosas corrientes, la miraron con la predilección que los romanos; y ya que no la enriqueciesen con magníficos templos ni alcázares suntuosos, la dieron los ríos y los arroyos por esclavos y un valle delicioso y fecundo por alfombra. Labraron en ella una mezquita y al parecer una casa

de armas; pero en su sistema de cultivo y riego dejaron principalmente perpetuado el recuerdo de su dominación benéfica.

Hoy es aún Antequera una de las ciudades más bellas y animadas del centro de Andalucía. Situada al pié de una colina en cuya cumbre no quedan sino los escasos restos de un castillo, salpicada de monumentos cristianos del siglo XVI que hierguen sus torres y sus cúpulas sobre las tres mil casas que cuenta en su recinto, animada por los murmullos de las aguas que fertilizan sus contornos, dibujada á los ojos del que la mira desde el norte sobre la falda de la sierra del Torcal, sierra grave é imponente como todo lo grande, bella como todo lo que la naturaleza cubre con sus más pingües dones, caprichosa y fantástica como esas misteriosas grutas formadas por las revoluciones de la tierra, tiene todavía un conjunto agradable y pintoresco no sólo para el que acabó de atravesar los ásperos cerros de la frontera septentrional de Málaga, sino también para el que viniendo del Mediodía pudo admirar ciudades levantadas en vastos y risueños valles que limita por una parte el mar y por otra montes de cumbres desiguales coronados de torres y atalayas. No reune grandes bellezas artísticas á pesar de lo numerosos que son en ella los monumentos con que la embelleció la piedad de reyes, barones y prelados, porque, sujeta como los demás pueblos á las vicisitudes del gusto, y no conservando casi nada de los templos en que doblaron las rodillas sus conquistadores, apenas deja entrever en el fondo de sus frías naves greco-romanas un solo rasgo del poético estilo de la Edad media; mas tiene en cambio recuerdos que no desaparecerán ni con la última de sus piedras y aun la embellecerán en sus ruinas si la borrase el destino de la faz de esa tierra que la ha visto en mejores tiempos cubierta de gloria y poesía. Donde estuvieron las antiguas casas del cabildo hay ahora un arco de sillería que no sin razón lleva el nombre de arco de los Gigantes; y este arco, hoy solo, es una historia, es un libro de piedra que tiene por hojas lápidas de la antigüedad romana, por leyenda firmas y

hechos de personajes cuyos nombres dispersos por las heterogéneas creaciones de veinte siglos son el resumen, la cronología, la síntesis de una época. No sólo están consignados en ese álbum los principales sucesos de Anticaria; también lo están los de Singilia, los de esa antigua ciudad, sita en las márgenes del Guadalhorce, en lo alto de un monte cubierto aún de mármoles, alabastros, búcaros, sepulcros, algibes, ruinas de una vasta ciudadela cuyos muros podían contener hasta cinco mil soldados, restos de una naumaquia y vestigios de uno de esos anfiteatros donde luchaban entre sí los gladiadores para diversión de un pueblo embrutecido. Los que libraron de algún azote á esas ciudades, los emperadores que las favorecieron, los que levantaron templos en honor de los dioses del Olimpo, los que merecieron bien de los municipios, hasta los que llenos de amor consagraron una memoria funeraria á sus familias tienen grabado allí para siglos de siglos el recuerdo de sus generosos sentimientos. ¡Sería de sentir que desapareciera ese arco histórico! Ciudades que, como la mayor parte de las nuestras, no brillan sino por su pasado, deberían recoger con afán restos que tanto pueden favorecer su orgullo y tal vez explicar su caída.

Álzanse aún en la cumbre del monte, á cuyo pié está Antequera, viejos muros y sombrías torres, ruinas aún elocuentes del castillo. Nada tampoco hay que admirar en él, nada que pueda hablar á los ojos ni al alma del artista; mas ¡qué de recuerdos no brotan también de esos escombros, presa ya de una vegetación parásita que va minando hasta lo más hondo de sus cimientos! Contra esos muros hoy destruídos se estrelló el valor de Pedro de Castilla, ese monarca cuya voluntad de hierro vencía los más insuperables obstáculos. En el fondo de esos torreones que va desmoronando el tiempo profirió sus más enérgicas palabras aquel severo Alkarmen, que no sucumbió sino ante la inflexible ley de su destino: aquí combatió y arrostró la muerte Fernando de Antequera y pelearon y vencieron los más grandes héroes de su tiempo; aquí logró al fin plantar la cruz

después de haber pasado sobre la ciudad, cuyos hijos yacían insepultos entre los escombros. Fué este castillo en los primeros tiempos de la conquista el más temido alcázar de los moros de Granada: vivían en él de alcaides los Narváez, y era espantosa en los combates la lanza de esos bravos caballeros. Rodrigo, el primero de esa familia que poseyó la alcaidía de Antequera, fué respetado hasta de los mismos árabes, que admiraban tanto sus proezas como los nobles sentimientos que desplegó al ver en sus manos la suerte de Jarifa y su desdichado amante (1).

---

(1) Ese rasgo de generosidad de Rodrigo de Narváez es una de las tradiciones más populares que tenemos en España. Nos ha sido transmitida por autores árabes y cristianos, ha sido cantada por muchos de nuestros romanceros, celebrada por Jorge de Montemayor, y referida con bello lenguaje y gran sentimiento por Antonio de Villegas, que la publicó con el título de *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*. Consiste en lo siguiente: — Rodrigo de Narváez, dicen, no dejaba de recorrer ni un solo día los alrededores de Antequera. Salió una noche con nueve hidalgos; y movido después de una larga excursión, tanto por el cansancio como por el espectáculo que ofrecía la naturaleza bañada por la luz de la luna y dulcemente agitada por frescas brisas que perfumaba el aliento de las flores, se apeó, se tendió sobre la yerba y se entregó á las tranquilas emociones que suele despertar á tales horas la vista de campos risueños y de un cielo puro. Sintió á poco rumor de pasos, montó rápidamente á caballo, dividió á los suyos en dos grupos, y se dirigió en silencio á una encrucijada por donde creyó que había de pasar el que le había puesto en alarma, que era un gallardo moro como de veinte y tres años, montado en una yegua andaluza, tan ligera que apenas dejaba impresa en el suelo la herradura.

Venía el moro cantando una canción de amores llena de gracia y de poesía, tan preocupado al parecer por una idea, que pasó por junto á los cristianos sin reparar en ellos. No se dejó, sin embargo, sorprender por los del primer grupo que le acometieron; enristró la lanza, derribó al que tuvo más cerca, y dando del acicate á su caballo, escapó como sombra dejándolos sin esperanza de alcanzarle. Corrió, voló, pero tuvo que detenerse al fin herida su yegua por un venablo que le arrojó Narváez, que apenas vió á los suyos en peligro, se disparó como un rayo contra el audaz mancebo. No bien se vió cautivo, cuando arrojando con gran desaliento la lanza, prorrumpió en lágrimas sin abrir los labios hasta que le hubo preguntado su vencedor quién era, á qué tribu pertenecía y la causa de su llanto, muy impropio en caballero que tan buena razón acababa de dar de su valor y de sus armas. Contestó entre sollozos que era abencerraje é hijo del alcaide de Ronda, y dió tan bien á entender que procedía su sentimiento de motivos mayores que el de su cautiverio, que Rodrigo no veía llegado el instante de oir de sus labios la historia de sus tristes aventuras.

Refirió el mancebo como hacía muchos años que no vivía sino por la hija del alcaide de un castillo inmediato, muy enemigo de su linaje. «Por mi Jarifa, añadió, he arrostrado la muerte en cien combates, y no siento más que no haberle podido conquistar una corona para cegar con ella los ojos de su padre. Hoy esperaba tener la ventura de conducirla á mi patria en la delantera de mi caballo: teníamos

Al verse amenazado por los infieles cuando subió Mohamed el Zurdo al trono de Granada, salió de ese castillo con un puñado de valientes, se emboscó hacia la Peña de los Enamorados, cayó de improviso sobre los enemigos, y no satisfecho con arrebatarles el botín que habían recogido en asoladoras incursiones, los persiguió é hizo en ellos tal estrago, que aún hoy se conoce el sitio de la batalla con el nombre de Torre de la Matanza, y al remover aquel suelo empapado en sangre se da aún con espuelas, estribos, espadas y otras armas que hubieron de dejar allí con los vencidos. Su hijo y sucesor en la alcaidía, Pedro de Narváez, no fué tan afortunado, pero tuvo por su desgracia el mismo arrojo, la misma bravura que todos los de su linaje. Los abencerrajes de Mohamed estaban á las puertas de Antequera en tanto que él iba recorriendo los límites de Castilla: regresa corriendo á la ciudad, llega hasta cerca de Riogordo, da con un ejército de infieles y empeña sin vacilar la lucha. No tiene fuerzas para combatir con tan poderoso enemigo; pero nada teme confiado en su Dios, su corazón y el valor de sus soldados. Pierde á poco sus peones, que le vuelven sin rubor la espalda, pierde á poco las dos terceras partes de escuderos que le acompañaban, pierde al fin hasta los cincuenta que le quedaban de tan desigual pelea; mas ni aun viéndose solo quiere rendirse. Desesperado, frenético al contemplar á los suyos, fugitivos unos, re-

---

concertada la fuga, y estará la infeliz esperándome en vano entre las sombrías alamedas que crecen al pié de su castillo. No es el rigor de mi suerte el que me espanta, es la amargura que ha de sentir ella al ver que asoma el alba y su amante no parece.» No pudo continuar, pero bastó lo dicho para conmover á Narváez, que le dió lanza y caballo y le permitió que fuera á ver á la bella Jarifa bajo juramento de que se presentaría al amanecer dentro de los muros de Antequera. Voló al castillo, habló á la mora, la encontró resuelta á ser compañera de sus infortunios, la puso en su caballo adornada con sus ricas joyas, partió á todo escape hacia Antequera, se arrojó á los piés del generoso alcaide, y le ofreció por rescate las alhajas de la sin par cautiva.

No paró allí la magnanimidad de Narváez: declaró libres á los dos amantes, embelleció con nuevas joyas la frente de Jarifa, la presentó á los caballeros y damas de la ciudad, intercedió por el moro al padre de la novia, y destacó una brillante escolta para que los pusiera salvos en las puertas de Ronda, patria del enamorado abencerraje.

vueltos otros entre el polvo del combate, se precipita sobre las filas moras, y sólo con la vida suelta la espada. Día de luto fué este para la ciudad, y aún más para el castillo en que tantas veces animó sus tropas con palabras hijas de un corazón entusiástico por la gloria. Era la tenacidad una de las cualidades distintivas de esta raza: Hernando de Narváez, digno hermano de ese infeliz D. Pedro, odiaba tanto la paz, que aun viéndose libre de enemigos, no sabía dejar quietas sus armas. Invadía las fronteras de otras alcaidías al recibir noticia de que habían entrado en ella enemigos de Castilla; y si por acaso llegaba á sus oídos la fama de alguna derrota sufrida por los cristianos, pensaba luégo en tomar por sí mismo la venganza. Sabedor del cautiverio del conde de Castañeda y el obispo D. Gonzalo, sin respetar treguas, sin oir más que la voz de su ira, se armó, cayó sobre la hoya de Málaga, donde estaban los moros apacentando tranquilamente sus rebaños, la taló del uno al otro extremo, y no vaciló en aguardar á sus enemigos, que en número de mil infantes y cuatrocientos caballos acababan de salir de Málaga á las órdenes del bravo alcaide Aliatar, uno de los más leales servidores que tenía á la sazón la corte de Granada. Avisáronle llenos de temor sus delanteros, y hasta hubo capitanes que le propusieron batirse en retirada; pero no les contestó sino enristrando la lanza y acometiendo con furor al jefe moro, sobre cuyo cadáver pasó con todos los suyos entre un ejército ya sin cabeza. Imposible parecía que un Narváez volviese la espalda al enemigo: preferían morir á retroceder, como si temieran que ese mismo castillo que les servía de albergue se había de desplomar sobre ellos en cuanto penetrasen vencidos en sus puertas cercadas de torreones.

La ciudad tiene también sus recuerdos; pero no grandes monumentos. Entre tantas iglesias como cuenta en su recinto, inútilmente busca ya el viajero la del Salvador, tumba de sus bravos alcaides, lugar siniestro en que la astucia del joven Hernando dominó el débil y vacilante carácter de Enrique IV le-

vantando sombras y espectros capaces de conmover corazones más bravos que el de un monarca afeminado por todo género de placeres (1).

Monumentos que contengan algún recuerdo importante no existen ya en Antequera si exceptuamos el convento de San Agustín, donde se conserva aún el blasón de Ruiz Díaz de Rojas y Narváez, padre político del segundo alcaide de la ciudad, caballero de los más bravos que hubo en Andalucía, á quien no sin razón llamaban en su tiempo el héroe de la gran lanzada. Ganó Ruiz diez y siete banderas á los moros, y entre tantas luchas como sostuvo se asegura que no salió nunca vencido. Consérvanse en el convento los blasones, no los estandartes suspendidos por la mano de su hijo en los arcos torales

(1) Temiendo el joven alcaide que el rey pretendiera quitarle el destino de su padre con objeto de conferirlo al ambicioso Alonso de Aguilar, es fama que no quiso recibirle en la ciudad con más de quince escuderos; alzó tras ellos el puente para impedir el paso á las tropas castellanas; y le condujo al templo de San Salvador, donde negros tapices que colgaban desde el techo al pavimento dejaban casi en completa oscuridad la nave, alumbrada sólo por algunas antorchas que brillaban ante el cadáver de Rodrigo, tendido en su ataúd con las llaves de la ciudad en la mano. Hizo en breve Hernando aparecer á la vista de Enrique una procesión de frailes con cirios mortuorios que fueron á ponerse en ala ante el misterioso féretro, é hizo resonar bajo los piés del rey un sordo y vago rumor que terminó con la estrepitosa rotura de una losa por entre la cual salió un coro de mujeres medio desgreñadas, quejumbrosas al pronto, poseídas poco después por la ira, agitadas luégo por una desesperación profunda que las llevó á cercar al rey y las obligó á decirle: ese cadáver que yace aquí fué un héroe: uno de nuestros mayores le entregó esas llaves; arrebatádselas si os atrevéis: su hijo no podrá ultrajar ni ver ultrajar nunca la memoria de su padre. El rey se amedrentó, prometió á Hernando conservarle la alcaidía, y cuando no ansiaba ya salir de aquel lúgubre recinto, vió con mayor sorpresa que antes descolgarse de repente los tapices, desaparecer frailes y plañideras y hundirse con estrépito el sepulcro de Rodrigo, quedando bañado en luz, en vida, en alegría el templo que no há mucho parecía el teatro de la muerte. Alonso de Aguilar, al saber tan atrevido suceso, juró vengarse del alcaide, y hasta amenazó la ciudad; pero no desoyó su reto el valeroso Hernando, que cayó con los suyos sobre él y se cebó en las tropas que le acompañaban como si no fuesen tropas castellanas.

Esta tradición existe aún viva en la memoria de los antequeranos. ¿Dónde está, sin embargo, el escenario de tan singular acontecimiento? ¿Dónde está la nave en que pueda la fantasía reconstruir ese aparato lúgubre, hijo de la ambición, de la rivalidad, del escaso respeto que infundía á la sazón el trono de Castilla, del vergonzoso estado de los negocios políticos en una época en que nobles y prelados se atrevieron á destronar y á insultar en efigie á su rey no en el casco de una ciudad murada, sino á la plena luz del día y en medio de los campos de Ávila?

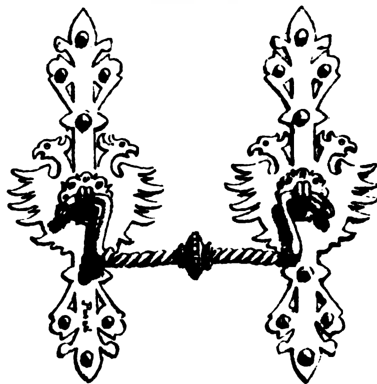
de la iglesia. El siglo XVI quitó á la ciudad algo del colorido poético que le daban los humildes monumentos levantados por los conquistadores; los siglos XVII y XVIII fueron arrebatándole uno por uno sus trofeos; el XIX al fin sepultó con mano implacable en el olvido los postreros vestigios de su gloria, sus últimos recuerdos. Los templos que vinieron á sentarse sobre las ruinas de los antiguos presentan aún en su mayor parte belleza y majestad, elegancia y grandeza: las soberbias cimbras que sostienen sus bóvedas descansan sobre pilares cubiertos de arrogantes columnas; sus tabernáculos son ricos y suntuosos; sus pavimentos, de mármol; sus coros, muros de madera cubiertos de bellas esculturas; pero, fríos, monótonos y sin historia, ¿dónde podrá el artista fijar con placer sus ojos? ¿Dónde esplayar su imaginación el poeta? Antequera es ya ciudad que apenas puede llamar la atención sino por los favores con que la enriqueció la naturaleza. El viajero que corra en busca de grandes impresiones, que desee leer los sucesos en las mismas piedras que les sirvieron de teatro, que pretenda contemplar monumentos donde pueda ver reflejados el carácter y las instituciones de los pueblos, no puede hacer mas que echar sobre ella una mirada pasajera y seguirnos entre los ejércitos de cruzados que van á llevar la guerra al corazón de Granada y á sostenerla hasta que puedan doblar la rodilla ante el estandarte de la cruz enarbolado en una de las torres de la Alhambra.



CAPÍTULO XX

Muley - Hacén. — Sus conquistas. — Los Reyes Católicos. — Conquista y descripción de Alhama. — Guerras civiles de Granada. — Conquista y descripción de Ronda. — Muerte de Muley. — Abu-Abdala el Zagal. — Conquista y descripción de Loja y otros pueblos. — Boabdil.

DE 1465 Á 1487



HEMOS llegado al último período de la historia de Granada. Dos reyes van pronto á jurar la ruina de este imperio, y los mismos árabes van á precipitarla con terribles guerras

civiles. Muley-Hacén su rey, es bravo, arrogante, impetuoso, entusiasta por la causa de su patria y el trono de sus mayores; pero aunque combata desesperadamente, no logrará detener su caída. Ganará todavía batallas y entrará triunfante en su corte, elevará por un momento á nueva altura su degenerada monarquía; su reinado no será sino la última llamarada de una luz próxima á extinguirse. Pesa ya sobre Granada el dedo de la fatalidad, y hasta la misma victoria será para ella origen de nuevas desventuras.

Subió Muley-Hacén al trono cuando reinaba aún Enrique IV, y desgarraban Castilla las sangrientas parcialidades de los nobles. No perdió ni una sola vez la ocasión de pelear que le ofrecían á cada paso esas mismas turbulencias: cuando no se sentía con fuerzas para combatir ciudades, acometía de improviso los castillos de las fronteras, llevaba la desolación y la muerte al campo de sus enemigos, y mantenía en actividad el ardor guerrero de sus soldados empeñándolos en escaramuzas y luchas peligrosas. Ganó en una de sus invasiones la villa de Quesada, ante cuyas murallas se estrellaron tantos ejércitos moros y cristianos; castigó con mano atrevida la rebelión de su alcaide de Málaga, que al sentirse débil buscó el apoyo de los reyes de Castilla; deseoso de vengarse de D. Enrique por haber ofrecido protección á su enemigo, atravesó á la vez las fronteras de Córdoba, Sevilla y Murcia, y las pasó á sangre y fuego sin que se atreviese nadie á detener sus pasos; entró en la comarca de Martos á pesar de los caballeros de Calatrava que la defendían, taló la campiña, sorprendió los pueblos de Santiago y la Higuera, cuyos altares manchó con la sangre de cuantos estaban orando en el templo, volvió á Granada con más de cuatrocientos cautivos, con acémilas cargadas de ricos despojos, con numerosos rebaños, con preciosos trofeos militares arrebatados al enemigo; y no bien supo la toma de Cardela por D. Rodrigo Ponce de León, ardió en tan vivos deseos de reparar la afrenta, que mandó al punto contra ella parte de

GRANADA



Vista General

su ejército, y al verla rechazada, salió, dió vista á la plaza, la batió con la artillería que llevaba y la obligó á doblar de nuevo la cabeza ante el estandarte del Profeta. Considerando como una humillación toda derrota, no sabía dejar quieta la espada al recibir noticia de cualquier contratiempo: orgulloso y fiero, ni podía llegar á contener por momentos sus ímpetus guerreros, y habría salido á campaña aun sabiendo que en ella iba á perder la vida.

Al ceñir la corona de Castilla los Reyes Católicos calmó ese brío; pero no tardó en dejarse llevar otra vez de sus instintos de guerra y de venganza. Pidió treguas; y al oir que los embajadores cristianos le exigían en nombre de sus príncipes el pago de las parias estipuladas con sus antecesores, les contestó con arrogancia: «Volveos, y decid á vuestros soberanos que han muerto ya los reyes que pagaban tributo á los cristianos; que aquí no se labra sino alfanjes y hierros de lanza contra nuestros enemigos.» Preparóse á la lucha, y apenas supo que el marqués de Cádiz había entrado á saco Villaluenga, la torre de Mercadillo y otros lugares de la sierra de Ronda, se dirigió en silencio á Zahara, la atacó en una noche tempestuosa, pasó á degüello á la mayor parte de sus habitantes entregados tranquilamente al sueño, cautivó á los que pudieron escapar con vida, y regresó á Granada satisfecho en su orgullo y ensoberbecido con el triunfo. Al entrar en la Alhambra oyó entre las felicitaciones de los cortesanos palabras siniestras, hijas al parecer de un triste presentimiento; oyó la voz de un anciano que exclamó como impelido por una fuerza misteriosa: ¡ay! ¡ay! ¡ay de Granada! la hora de su desolación se acerca: llegó ya la hora de hundirse en España el Imperio del Profeta; pero ni se estremeció ni consideró tan aterradoras palabras sino como inspiradas por un fanatismo religioso, indigno de hallar eco en el corazón de un rey á quien no logra intimidar el espantoso rumor de las batallas. Creíase invencible y despreció la profecía; pero no pasó mucho tiempo sin ver abatida su soberbia y estrellados

sus esfuerzos al pié de una de sus ciudades y contemplar en la toma de una de sus principales fortalezas el origen de su ruina y la ruina de todo el reino. Rodrigo Ponce de León, deseando ilustrar su historia con una nueva hazaña, concibió la idea de atacar la villa de Alhama, que por estar circuída de muros y precipicios parecía al abrigo de toda clase de invasiones, y por hallarse enclavada en territorio poblado de infieles abandonó San Fernando después de haber hecho flotar en lo alto de sus torres los estandartes que tantas veces había coronado la victoria. Unióse para la empresa con Diego de Merlo, asistente de Sevilla; con Pedro Enrique, adelantado mayor de Andalucía; con Pedro Zúñiga, conde de Miranda; con Juan de Robles, alcaide de Jerez y con Sancho de Ávila, alcaide de Carmona; reunió hasta cuatro mil infantes y tres mil caballos; se dirigió de noche y con el mayor silencio contra el enemigo, llegó á los muros de Alhama, ordenó de pronto el asalto del castillo, se apoderó de él pasando á degüello á cuantos moros lo defendían, puso luégo en alarma la villa al són de cornetas y otros instrumentos de guerra, entró con todo el ejército por una puerta que le abrieron los que acababan de ocupar la fortaleza, y, á pesar de la desesperada defensa del vecindario, de lo obstruídas que estaban las calles, de lo defendidos que estaban los hogares con numerosas saeteras, y de lo resueltos que se mostraban los infieles á morir entre las ruinas de sus casas antes que ceder al enemigo, pasó al través de cadáveres y sangre hasta los últimos confines de la villa, dejándola al fin vencida y confundida. Nada era ya inexpugnable para tan atrevido cristiano; con este hecho de armas lo puso tan de manifiesto, que logró aterrar á todo el reino y hasta al mismo Muley, que al pronto no supo sino dictar órdenes vagas y de tristes resultados.

Empeñóse, sin embargo, Muley en el recobro de Alhama. Destacó, la misma noche de haber recibido la noticia, mil de sus más valientes caballeros. Al verlos entrar al siguiente día llenos de abatimiento y tristeza, llamó á las armas todas las ciudades

de su monarquía, reunió hasta cinco mil infantes y tres mil caballos, y salió al frente del ejército con ánimo de no volver hasta que recobrase la villa y vengase en los cristianos las sombras de las víctimas. No bien hubo llegado ante Alhama cuando vió devorados por los perros los cadáveres de sus esforzados defensores: encendióse más y más en ira, y sin enterarse de los recursos con que contaban los cristianos ni tomar en cuenta los peligros á que se exponía, lanzó sus soldados á la muralla presentándoles en perspectiva el saqueo, el placer de ver pasados por la espalda á todos los castellanos. Podía convencerse á poco de cuán inútiles eran sus esfuerzos, porque caían sin cesar sus tropas precipitadas de lo alto de sus escalas bajo una lluvia de piedras, flechas y agua hirviendo; pero estaba ciego y enviaba unos tras otros los destacamentos, incitando más y más á la pelea á los que iban quedando de reserva. Pretendió infructuosamente minar y volar los muros; persuadido de la imposibilidad de alcanzarlo, quiso cortar las aguas y por este medio obligar á los cercados á morir de sed ya que no quisiesen sucumbir á la fuerza de las armas. Tropezó con nuevos obstáculos y se vió empeñado en otras luchas; pero no cejó, ni retrocedió un solo paso, y acabó al fin por lograr su intento aunque á costa de mucha sangre. Mas ni aún así alcanzó la entrega de la villa. La voz de socorro que dió desde Alhama D. Rodrigo Ponce de León resonó en toda Andalucía y aun en el centro de Castilla: la oyeron D. Alonso de Aguilar, los hermanos Girones, el conde de Cabra, Diego Fernández de Córdova, alcaide de los Donceles, Martín Alonso, Garci Manrique, el conde de Buendía, el mismo duque de Medina Sidonia, de quien le separaban hacía ya mucho tiempo las más crudas rivalidades, el mismo rey Fernando, que vino precipitadamente desde Medina del Campo dejando exclusivamente á la reina los negocios del gobierno. Reuniéronse en menos de ocho días al rededor de la villa cuarenta mil peones y cinco mil caballos; y tuvo al cabo el infeliz Muley que levantar el sitio sin poder atribuir más que al rigor

de su destino los dolorosos resultados de su tenacidad, del valor de su ejército, del heroísmo con que sus soldados se arrojaron unos tras otros en brazos de la muerte.

Entró Muley en Granada entre las maldiciones de sus mismos súbditos; mas no por esto desistió de su empeño ni desesperó de rescatar la villa que acababa de ser testigo de su mayor derrota. No le hizo desistir de su empeño ni lo infructuoso de su anterior campaña, ni el consejo de sus wacires, ni los avisos de la naturaleza, que un día antes de su salida cubrió toda la ciudad de sombrías nubes, hizo saltar de sus lechos el Genil y el Darro, arrastró gran número de vecinos por los torrentes y levantó tristes presentimientos en el corazon de cuantos pensaban en los futuros destinos de su patria. Salió ahora con trenes de artillería; y apenas llegó ante los muros de Alhama cuando empezó á batirlos con acierto y obligó á los cristianos á que se recogieran dentro de sus baluartes. Impaciente por llevar á cabo su empresa, no quiso esperar ni la luz del día siguiente para ordenar el asalto: llamó á su tienda á los más esforzados de su ejército, les habló con la energía que inspiran las pasiones, les pintó fácil la toma de la villa si con valor y prudencia sabían escalarla por la parte más escarpada y peligrosa, y los animó á realizar inmediatamente su proyecto aprovechándose de las tinieblas de la noche. El punto por donde quería que entrasen en la villa estaba defendido por tan profundo precipicio, que los sitiados no habían creído nunca necesario protegerlo con máquinas de guerra; pero aunque lograron de pronto sorprenderlo y hacerlo suyo, no alcanzaron más que ir á poner en alarma á los cristianos, siendo los más víctimas de su entusiasmo y de su arrojo. No pudieron entrar en la plaza sino sesenta; y aislados estos y abandonados á sus propias fuerzas, tuvieron que sucumbir ante el número de sus enemigos después de haber derramado raudales de su propia sangre. Entre éstos y los que fueron á morir en el hondo del abismo despeñados de las escalas que habían aplicado al muro, vió perdida Muley no sólo la

flor de sus guerreros, sino también su esperanza, reconoció sobre sí la mano de la fatalidad, maldijo con la mayor amargura su destino, y no vió otro medio de salvación que levantar el sitio y arrostrar de nuevo en Granada la cólera del pueblo. Forjó todavía otros proyectos: pensó proclamar la guerra santa y dirigir contra Alhama todas las fuerzas de su reino; mas tuvo que convencerse pronto de que estaba perdida y perdida para siempre. Los Reyes Católicos, por cierto aviso que recibieron de Merlo, convocaron á consejo á los capitanes de Andalucía más prácticos en los negocios de la guerra, y les pidieron parecer sobre si convenía ó no la conservación de Alhama. Oyeron la opinión de todos, y aunque vieron á muchos decididos á que se la desmantelara y abandonara por no ser posible guardarla sin grandes gastos é inmensos sacrificios contra las continuas invasiones que la amenazaban, hallábanse ya tan resueltos á no retroceder hasta que dominasen todo el reino de Granada, que lejos de arruinarla llevaron á ella hasta diez mil peones y ocho mil caballos y la tomaron como punto de partida é hincapié de su larga y peligrosa empresa. No era ya fácil volver á combatirla: mucho menos ganarla.

Así lo comprendió Muley al saber que estaban en ella los Reyes, y mejor lo comprendió aún poco después, cuando empezó á alumbrar sus propios pueblos la antorcha de las guerras civiles y vió alzados contra sí á su esposa y á sus mismos hijos. Muley había contraído enlace por exigencias de familia con una prima suya llamada Aixa, mujer con quien había sido escasa la naturaleza en dotarla de hermosura, pródiga en darle resolución, valor, orgullo. Tenía ya de ella dos hijos, Boabdil y Abu-el-Haxig, cuando movido por los encantos de una cristiana cautiva á quien por su rara belleza llamaban los mismos moros Zoraya, lucero de la mañana, empezó á mirar con desvío á la arrogante Aixa y á consagrar sus tesoros y los más ricos salones de su alcázar á la sin par manceba. Amaba tanto á Zoraya que ni tenía para ella secretos, ni consideraba imposible ni difí-

cil nada que pudiese contribuir á divertirla de su tristeza. Preparábale de continuo fiestas y zambras, abríale hoy los jardines del Generalife, mañana los palacios de Aynadamar, llenos de estanques y poblados de alamedas; y en uno como en otro sitio no aspiraba sino á recoger de su boca los menores deseos para complacerse en cumplírselos y verla gozar, aunque no fuese más que por momentos, de paz y de ventura. Ofendió tanto con esto el orgullo de Aixa, que ésta, no ocupándose más que en la venganza, empezó á conspirar contra él llamando secretamente en su socorro á los abencerrajes, á esa fogosa tribu que tanto dió que entender á muchos reyes, y que aún conservaba en su pecho odios mal apagados y enardecidos sin cesar por ultrajes que les dirigía desde los piés del trono Abu-el-Cacim-Venegas, á la sazón primer ministro. Durante la segunda expedición contra Alhama no había cesado Aixa de seguir adelante su conspiración procurando inclinar los ánimos en favor de su hijo Boabdil; y á la vuelta de Muley la tenía ya tan adelantada, que creyó poder levantar sin peligro á los rebeldes.

Supo Muley, apenas llegó á la Alhambra, que iba alborotado el Albaycín, y mandó en seguida con acuerdo de Venegas prender y encerrar á Aixa y Boabdil en la torre de Comares. Logró al pronto sosegar el tumulto; mas no pudiendo prevenir ni evitar que Boabdil se escapase de noche con ayuda de los abencerrajes y los almaizares y las tocas de las doncellas de su madre, se vió á los pocos días amenazado tan de cerca por los rebeldes y parte del pueblo, que pudo difícilmente salvar la vida abandonando el trono, y corriendo á guarecerce en el castillo de Mondújar. Fué esforzado Muley hasta en la adversa fortuna: deseoso de reparar su afrenta, apenas pudo reunir quinientos soldados que le proporcionaron sus parciales, concibió la atrevida idea de rescatar por sí mismo su alcázar y su corte; fué en silencio á la Alhambra, aplicó una escala al muro, y fué el primero en dar el asalto. Degolló á cuantos encontró en los torreones y en las ricas estancias del palacio, bajó de repente á

la ciudad, peleó acá y acullá con una muchedumbre frenética que en medio del asombro y las tinieblas de la noche apenas sabían contra quién dirigían sus espadas, y no retrocedió hasta que viendo aumentar sus enemigos, y considerando el peligro en que iba á encontrarse si le alcanzaba allí la aurora, salió de la ciudad con Venegas y un corto número de valientes que pudo escapar con vida de tan sangrienta y desigual refriega. No se dirigió ya á Mondújar, sino á Málaga, donde tuvo establecida su corte hasta que los desaciertos de su hijo volvieron á llamarle al trono.

Había en tanto una grande animación militar en Córdoba. Con el objeto de asegurar más la conquista de Alhama se proponían los Reyes Católicos cercar á Loja, sita en la garganta de una cordillera, que abría paso á los reinos de Granada y de Sevilla. Habían llamado ya á las armas á todos los pueblos de Castilla y Andalucía, agrupado en torno suyo la flor de la nobleza, hecho grandes aprestos de víveres y armas, recorrido minuciosamente el país cuya conquista era objeto de sus afanes; y no bien tuvieron organizado su ejército, que se componía de ocho mil infantes y cinco mil caballos, pasaron el Genil por el puente de Écija y cercaron á Loja, sentando sus reales á la orilla misma del río entre unos frondosos olivares. Grande era su esperanza, grande el entusiasmo de las tropas, grande la pericia y el valor de los caudillos, tostados ya casi todos por el sol de los combates; mas hubieron de medir sus armas con el bravo Aliatar, alcaide intrépido qne á pesar de ser hijo del pueblo, había sabido conquistarse una posición brillante entre los más ilustres caballeros de Granada, y había dado á su hija Moraima por compañera de Boabdil, á la sazón su soberano; y no sólo tuvieron que levantar el sitio, sino que también se vieron obligados á retirarse precipitadamente, dejando en el campo al maestre de Calatrava, llevándose heridos un duque de Medinaceli, un Pedro de Velasco, un conde de Tendilla, corriendo á cada paso el riesgo de caer en manos del enemigo,

que pretendía coronar su triunfo con la prisión del rey Fernando. Emplearon toda la serenidad y valor de que eran entonces capaces pechos españoles; pero no dejaron de quedar confusos con tan inesperada derrota. Temieron no sin razón por Alhama, y la socorrieron á poco con seis mil caballos y diez mil peones; socorro por cierto oportuno, porque no bien llegó allí, cuando ya estaban cercando la plaza numerosas huestes de infieles recién venidos de Granada. Salvaron por tercera vez la villa, y este fué el resultado de toda su campaña.

Muley, aunque destronado, no recibió con menos placer que el mismo Boabdil la noticia de haberse vencido en Loja á los cristianos. Entusiasta por su patria aún más que por su trono, y valiente hasta el heroísmo, oía siempre con gozo las hazañas de sus súbditos, y no sólo las oía, sino que también las comentaba, las aplaudía y se sentía impelido á sobrepujarlas. Al saber que cercaban á Loja, convocó y reunió en torno suyo á cuantos guerreros pudo. No fué ya necesario dirigirlos á esa ciudad, y los llevó á correr la comarca de Medina Sidonia, de donde volvió después de una sangrienta escaramuza con ricos despojos y más de tres mil cabezas de ganado. Vió algún tiempo después desde su corte cubiertos de humo los ásperos cerros de la Ajarquía de Málaga; supo que andaban por ella talando la tierra el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz, el conde de Cifuentes, D. Alonso Aguilar, D. Pedro Enríquez, los alcaides de Jerez, Morón y Archidona y otros caballeros, acompañados cada cual de sus soldados, amigos, deudos y parientes; y, como si sintiera aún en sí el ardor de sus primeros años, pidió lanza y caballo, deseoso de castigar con sus propias manos la audacia de los enemigos de su pátria. No salió de Málaga porque no lo consintieron ya sus parciales; pero con ese ímpetu guerrero inspiró un ciego entusiasmo á su hermano Abdala el Zagal, y á los bravos Reduán y Abu-el-Cacim-Venegas, y gozó dentro de pocos días oyendo de boca de sus valientes que perdidos y dispersos los cristianos entre las fragosidades de la Sierra,

acosados por todas partes y rendidos al hambre y la fatiga, perecieron en su mayor parte, unos bajo las lanzas de los creyentes, otros bajo enormes peñascos precipitados desde lo alto de los cerros, otros arrojados en el fondo de los precipicios y de los torrentes. Cuando vió llegar á los suyos con mil quinientos prisioneros, con gran número de banderas, arneses y caballos, con el infeliz conde de Cifuentes, que peleó con el mismo Reduán, y tuvo que entregarse al fin vencido; cuando supo que habían dejado además en la Ajarquía más de ochocientos cadáveres, y puesto en estado tal á los cristianos que bastaban las débiles manos de una mujer para cautivarlos, estuvo ebrio de gozo y llegó á olvidar sus desventuras y aun á creer que era todavía rey de ese pueblo que fué para él tan ingrato. Presentiría tal vez que no había de tardar en volver al trono á que le llamaban el derecho, la energía de su espíritu y su nunca desmentido valor?

Resonó la fama de esa derrota en todo el reino de Granada; y el pueblo, que rara vez se engaña, la atribuyó toda á Muley y á los que le habían sido leales después de su desgracia. Empezaron á echar en cara á Boabdil la flojedad de su gobierno, desearon verle como á su padre entregado al furor de los combates, y para sostener una corona, que apenas había calentado su cabeza, no pudo menos de abrir una campaña é ir á recoger en el campo de batalla laureles con que satisfacer la vanidad del pueblo. Partió Boabdil á la guerra, y fué desgraciado. Es fama que al salir lloró Moraima temiendo que no había de volver á verle, se le rompió la lanza contra la puerta de la ciudad, y en la rambla del Beiro dió con una zorra que no pudieron herir las flechas de sus soldados; mas todos estos accidentes, aunque hicieron presagiar mal al pueblo, cuentan que no lograron arrancar de Boabdil sino una sonrisa de desprecio y las arrogantes palabras: «sé desafiar á la fortuna».

Salió Boabdil de Granada á mediados de Abril de 1483. Reforzó á poco su ejército con una crecida hueste que vino de

Loja á las órdenes del bravo Aliatar; atravesó el Genil, se extendió por los campos de Aguilar, Montilla, Rambla y Santaella, y ya que los hubo talado, revolvió sobre Lucena, defendida por el alcaide de los Donceles. Quiso ganarla por asalto; pero rechazado por el vivo fuego que le hacían los cercados desde unas tapias y casas llenas al intento de saeteras, hubo de limitarse á establecer un sitio riguroso, en que el alcaide supo entretenerle dándole esperanzas de que le había de entregar la plaza. Dió con esto lugar á que vinieran para los cristianos tropas auxiliares en tan gran número, que al sólo divisar sus estandartes creyó indispensable la retirada, y partió precipitadamente por Iznajar á Loja. No halló ya medio de salvación ni aun en este hecho, hasta cierto punto vergonzoso, porque atacado en el camino por auxiliares y sitiados, se vió de repente envuelto entre tantos enemigos que ni le bastó la serenidad ni el valor para conjurar el peligro que le amenazaba. Peleó como un león aun después de abandonado por los suyos; mas después, muerto el caballo y viendo la derrota inevitable, no tuvo más recurso que recurrir á la fuga vadeando á pié el arroyo inmediato de Martín González. Ganó la orilla opuesta y corrió á ocultarse entre unas adelfas y zarzales, temiendo ser conocido por la riqueza y brillantez de su armadura; y ni aun así logró escapar á los ojos de Martín Hurtado, que le prendió y llevó á Lucena creyéndole moro principal, aunque no rey de Granada. Gimió cautivo en Lucena durante algunos días tan desasosegado é inquieto que apenas veía cómo salir del apurado trance en que se hallaba, mucho menos desde que supo la desgraciada muerte de Aliatar, cuyo cadáver arrastraron las aguas del Genil hasta las rocas de Benamejí, donde cuentan que se le encontró con la mano pegada aún á la empuñadura de su espada. Al saberse que era el rey fué trasladado á Córdoba y luégo á Porcuna, donde estuvo hasta que los Reyes Católicos decidieron ponerle en libertad, contra el parecer del maestre de Santiago, para encender más en Granada el fuego de la guerra civil, y



Espada de Boabdil

hacer que los mismos moros abriesen camino á sus ejércitos.

Fué puesto Boabdil en libertad no sin duras y muy duras condiciones. Tuvo que declararse vasallo de los reyes, ofrecer el rescate de cuatrocientos cautivos, comprometerse á pagar por espacio de cinco años doce mil doblas zahenes, obligarse á dar paso por sus villas y ciudades á las tropas de Castilla que pasasen á Granada con el objeto de hacer la guerra á los partidarios del rey viejo, que apenas supo su prisión se apoderó otra vez de la Alhambra sin encontrar oposición más que en la orgullosa Aixa. Consintió en esta humillación, dando en rehenes á su hijo y á caballeros ilustres de su bando, y así por esto como por la sangrienta correría que acababa de hacer el rey Fernando en la Vega de Granada, donde tomó por asalto la fortaleza de Tajarja después de haber asolado las inmediaciones de Illora y Montefrío, encontró tan alterados á sus súbditos que no se atrevió á entrar en su corte sino por una de las puertas del Albaicín, lugar en que residían como medio desterradas su madre y su afligida esposa. Sorprendió, sin embargo, con su llegada á Muley,

tanto que apenas la supo éste por su wasir, llamó á la Alhambra á sus capitanes, puso sobre las armas el ejército, y reunió en torno suyo la flor de sus guerreros.

Permaneció Boabdil en la mayor inacción; pero no sus parciales ni sus enemigos, que al amanecer del siguiente día salieron con armas y ensangrentaron calles y plazas trabando escaramuzas y batallas. Promovieron unos y otros en toda la ciudad la confusión, la alarma, el espanto; y todos pelearon tan encarnizadamente como si viese cada cual en su contrario el más terrible de sus enemigos. No se suspendió la lucha hasta que Abu-el-Cacim-Venegas logró al frente de su ejército arrinconar en la Alcazaba á los partidarios de Boabdil, y éstos á su vez le rechazaron desde sus troneras y ajimeces. Llenos de ira los dos partidos, aplazaron el combate para el otro día, en el cual se repitieron y habrían continuado tan lamentables escenas á no haber mediado entre las tribus enemigas los alfakis y ancianos de la corte, que propusieron un armisticio dando á Boabdil la ciudad de Almería por lugar de residencia y capital de su reino.

Triunfó evidentemente Muley, y con el fin de afirmar su corona trató de excitar de nuevo el entusiasmo repitiendo en las fronteras los sucesos de la Ajarquía, tan celebrados aún de sus enemigos. Ordenó á los gobernadores de Málaga y Ronda, Bejir y Hamet-el-Zegrí, que dispusiesen tropas con que asolar los campos del reino de Sevilla, y con tal ardor les escribió, que á pocos días cruzaban ya los dos caudillos la frontera con un ejército de cuatro mil infantes y más de mil caballos. Mas no alcanzó los frutos que esperaba: divididas las tropas árabes en tres huestes, fueron atacadas en Lopera por D. Luís Portocarrero, y quedaron casi todos en el campo de batalla, pudiendo apenas escapar con vida el intrépido Hamet con menos de doscientos moros. Murió allí Bejir, y habría muerto el mismo Hamet á no ser por un renegado que, seducido por el oro, le enseñó veredas ocultas, desconocidas del ejército cristiano. Tantas y tan repetidas desventuras, la división del reino en dos monar-

quías, los odios implacables de las tribus, ¿cómo no habían de hundir á Granada en la tumba que le estaban abriendo dos reyes universalmente queridos de sus pueblos?

Cada derrota fué origen de nuevos desastres para los desgraciados granadinos. ¿Qué no trajo consigo la de Lopera? Zahara fué vencida, los campos de Alora, Coin y Cartama yermos, las tierras de Pupiana y Alhendín pasadas á sangre y fuego, la Vega de Málaga reducida á desierta llanura, aniquilada á pesar del furor con que la ciudad se arrojó sobre el ejército de Castilla. Alhama, esa villa ante cuyas murallas se derramó tanta sangre, escasa como siempre de víveres y amenazada casi de continuo por el hambre, fué de nuevo atacada; pero sin éxito. Los moros se estrellaron otra vez contra el valor y la tenacidad de los caudillos castellanos, entre los cuales descollaban por aquel tiempo el conde de Tendilla y Fernán Pérez del Pulgar, joven á quien jamás hicieron vacilar un punto las más temerarias empresas militares. Fué luégo conquistada por los mismos Reyes Católicos Alora; vencidas sin disparar una flecha Cartama, Alozaina y Casarabonela; llevado el incendio hasta las puertas mismas de Granada; reducida Setenil, contra la que nada habían podido las armas de Fernando de Antequera. No hay ya quien resista las poderosas fuerzas de esos reyes.

Los de Granada lejos de poder ocuparse en detener la caída de su reino, no pensaban sino cómo podrían sostener su trono contra las guerras civiles. Abdala el Zagal, hermano de Muley, no sabiendo ver con resignación dividido el reino en los momentos en que más urgía conjurar el peligro, compró el favor de algunos alfakíes de Almería, se dirigió á esta ciudad con sus más decididos parciales, entró, mató al gobernador, que quería poner en alarma al vecindario, y subió precipitadamente al alcázar en busca de Boabdil y de Aixa, á quienes pretendía llevar presos á Granada. Dió con la orgullosa sultana, á quien cautivó al momento, y con Aben-Haxig, á quien en un acceso de cólera hirió de muerte con su alfanje; pero no con Boabdil, que avisa-

do momentos antes, montó á caballo con sesenta de sus más leales partidarios y fué á buscar en Córdoba el apoyo de los reyes de Castilla. Bramó de ira el Zagal: había fundado en el buen éxito de su empresa las esperanzas de salvar el reino; y al saber la fuga de su sobrino no pudo menos de prever los días de luto y desolación que habían de amanecer para la infeliz Granada.

Recibieron los reyes á Boabdil con el placer que había de inspirarles naturalmente la continuación de la guerra civil entre los moros. Convocaron luégo para otra campaña toda la gente de armas de sus reinos; marcharon sobre Benamejí, que castigaron duramente por haber faltado á la alianza que tenía con ellos contraída; atacaron á Coin y la tomaron á pesar del arrojo de Hamet el Zegrí, que se abrió paso hasta la villa, y al verla obligada á rendirse, cargó sobre los vencedores al frente de sus intrépidos Gomeles evitando la humillación á que parecía haberle condenado su destino; se apoderaron de Cartama, intimidaron hasta hacerles creer necesaria la emigración á los vecinos de Churreana, Alhaurín, Guaro y otros pueblos, y fueron al fin á poner cerco á Ronda, una de las ciudades más ventajosamente situadas de la monarquía sarracena, defensa y metrópoli de toda la Serranía, baluarte hasta entonces inexpugnable ante el cual habían detenido los invasores sus ímpetus guerreros. Supieron que faltaba en ella el Zegrí y los mejores caballeros de la tribu que le acompañaba; y deseosos de aprovechar tan bella coyuntura, volaron á apoderarse de los caminos y cerros inmediatos, cortándoles por de pronto toda esperanza de socorro. Tras unos días de sitio, en que les llegaron á privar del agua, ordenaron el asalto, siendo tan felices en su expedición, que no tardaron en ver enarbolada la bandera de Juan Fajardo sobre la cúpula de la mayor de las mezquitas. Tuvieron que combatir aún por muchos días con los que fueron á guarecerse en el alcázar; pero los obligaron al fin á pedirles la paz atormentándolos con el incesante fuego de sus cañones, que abra-

saron y destruyeron almacenes, torres y murallas. Respetaron la vida, la libertad y la propiedad de los vencidos, y recibieron en cambio hasta cuatrocientos cautivos que gemían en lo profundo de las mazmorras, muchos desde la desgraciada expedición de la Ajarquía.



VASO DE LA ALHAMBRA

No fué de pocos resultados para Castilla la toma de esta ciudad. Aterrados los alcaides de las fortalezas y pueblos de la comarca, se apresuraron á entregar sus plazas estipulando las más ventajosas condiciones; y pertenecieron desde entonces á los reyes Yunquera, Monda, Tolosa, Casares, Montejaque y hasta el castillo de Gaucín, cuyos sombríos restos no parecen sino la continuación de la peña que le sirve de cimiento; perteneciéronles además otras siete villas de la sierra de este mismo nombre, diez y nueve de la del Haraval, doce de la de Villaluenga, todo el valle de Cartama y toda la tierra de Marbella, lugares los más fragosos y difíciles para la conquista. Aumentaron los disturbios en Granada, donde fué destronado Muley

y proclamado el Zagal, varón de instintos belicosos, pero de pasiones tal vez demasiado exaltadas, que no cesó un momento de pensar en deshacerse de Boabdil, ni vaciló en recurrir para ello hasta el asesinato. Muley, enfermo, decaído, cansado de luchar en el exterior con los cristianos y en el interior con sus propios hijos, consintió en abdicar la corona en favor de su hermano y se retiró á Mondújar, donde murió á poco sin más consuelos que los de Zoraya y sus dos hijos, mas no detuvo con esto la caída del reino, como tal vez esperaba, antes avivó más las guerras civiles dando lugar á que Boabdil se presentase con mejor derecho que nunca á reclamar el trono. Esa misma muerte de Muley vino por otra parte á complicar de una manera lamentable la situación de los pretendientes. Aixa hizo correr la voz de que su esposo había sido envenenado por el Zagal, y hasta los más entusiastas por ese príncipe, á quien habían granjeado no pocas simpatías su resolución y su ardimiento en los combates, trocaron cuando menos en frialdad el respeto y el amor que le tenían. Comprendiólo el Zagal y procuró, dominando sus instintos, entrar en negociaciones con Boabdil, á quien más aborrecía. Convino en que se dividiera entre los dos el reino, viviendo ambos en Granada y ocupando el uno el palacio del Albaicín y el otro el de la Alhambra; mas una alianza hija de las circunstancias ¿podía durar mucho tiempo?

Boabdil condescendió con lo que el Zagal le proponía. Partió de Córdoba á Loja, de Loja á Granada; y al saber que los reyes iban sobre aquella ciudad con un ejército de cuarenta mil infantes y doce mil caballos, aunque dudó en un principio si le era útil ó no dejar abandonada enteramente á su rival la corte, enarboló en la Puerta Monaica su bandera y partió al frente de quinientos jinetes y cuatro mil infantes. Apenas llegó á Loja, cuando vió ya cerca al enemigo: se exaltó, cayó sobre el marqués de Cádiz y D. Alonso Aguilar, que se apoderaban á la sazón del campo, y á pesar de verse menor en fuerzas y rechazado una y otra vez por sus contrarios, cargó hasta que cayó

con dos heridas en manos de los abencerrajes. Fué desgraciado como en todas sus empresas, pero no cobarde: con sus escasas tropas ¿podía resistir á un ejército tan numeroso, dirigido por un rey acostumbrado á vencer y gobernado por caudillos entre los que figuraban, no sólo las mejores lanzas españolas, sino también aventureros tan osados como Gastón de León y el conde de Rivers? No pudo ya detener á ese ejército ni el mismo Hamet el Zegrí, que vencido en su primer ataque y herido en el segundo, dió lugar á que entrasen tras él en Loja los cristianos, y ganados á punta de espada los arrabales, se viese obligado todo el vecindario á replegarse en el alcázar. Encontráronse allí tanto Hamet como Boabdil en gravísimos apuros; atormentados sin cesar por los disparos de la artillería, incapaces para defenderse por la superabundancia de gente recogida dentro de aquellos muros, aterrados por la idea de haber de humillar la cabeza ante los estandartes de los reyes, se sentían resueltos á morir entre los escombros de la fortaleza; pero ¿debían condenar á muerte toda la ciudad? Empezaron á negociar la paz con D. Fernando, y la obtuvieron al fin bajo condiciones nobles para Hamet y los lojeños, pero muy humillantes para Boabdil, á quien hicieron abdicar el carácter de rey de Granada y obligaron á estar en continua guerra con su tío.

Las discordias civiles eran para los Reyes Católicos un elemento de triunfo, y por esto las fomentaban con ahínco y no vacilaban en soltar por segunda vez á Boabdil. La conservación del trono ocupaba así á entrambos pretendientes; y en tanto seguían con menos dificultad una guerra que había de dar por resultado la unidad política y religiosa de la nación española. Tomaron después de Loja Illora, Moclín, Montefrío y Colomera, tomaron el Salar, recorrieron y talaron la Vega, y no habían cerrado aún la campaña, cuando ya supieron los terribles efectos que la noticia de estas conquistas había producido en la corte de Granada.

La capitulación de Loja, sobre todo, acabó de irritar de tal



ALBAICÍN.—CASA DEL CHAPIZ

modo los ánimos contra Boabdil, que ya no se oían contra él en Granada ni aun en todo el reino sino duras y terribles maldiciones. Mostrábase principalmente colérico su tío Abdala el Zagal, que no sabiendo ya cómo acabar con su rival, se ensañó de una manera cruel contra los que le protegían y le envió embajadores, no para tratos de paz como parecía, sino para hacerle tragar la muerte en una copa emponzoñada. No alcanzó su intento; mas no dejó de seguir aún preparándose contra Boabdil, que armado, en un momento de entusiasmo, de una resolución que no siempre tenía, se dirigió por entre ocultas veredas á Granada, se llegó sin escolta al Albaicín, llamó á la puerta de Fajalauza, y sorprendiendo con su vista á los soldados que la guardaban, logró introducirse en la Alcazaba, reunir á sus parciales y disponer para la aurora una de las más sangrientas luchas que han ocurrido dentro de los muros de una corte. Al saber la entrada de su adversario en el Albaicín, puso también en movimiento Abdala todas sus tropas, enarboló su bandera en lo alto de la Alhambra, llamó á sí todas las tribus enemigas de los abencerrajes, y apenas apuntaba el día, cuando bajó á la ciudad, atacó impetuosamente á los de Boabdil y los llamó á las afueras considerando estrecho para el combate el recinto de la plaza. Rotas ya las hostilidades, no pudo detenerlas cuando quiso: tuvo todos los días que renovar la lucha, y hubo de pelear al fin no sólo contra las fuerzas de su sobrino, sino también contra las del rey cristiano, que mandó en socorro de Boabdil al esforzado Alarcón y al capitán Gonzalo. Batió con singular denuedo á las unas y las otras, y cansó á los cristianos hasta el punto de obligarlos á dejar aquel campo de batalla; pero ni aun así logró sofocar una guerra que devoraba sin tregua á los que mejor podían defender el reino. Mediaba entre él y su rival la astucia del rey Fernando; y lejos de poderse calmar los ánimos, se embravecían más y más con las maliciosas sugestiones de este príncipe.

La política de Fernando se reducía á llamar la atención de

los dos reyes sobre Granada á fin de poder con mayores esperanzas de buen éxito atacar las ciudades situadas á alguna distancia de la corte. Preparó otro ejército durante estas discordias de los moros, y después de haber pedido consejo á sus más ilustres capitanes, se dejó caer sobre la ciudad de Vélez Málaga, sita á orillas del mar en medio de un fresco y delicioso valle. Sentó sus reales entre Bentomín y la ciudad mientras esperaba la artillería que había dejado en Archidona, resistió con peligro de su vida una inesperada salida de los cercados, tomó por asalto los arrabales, derrotó en una noche á el Zagal, que no había podido resolverse á salir de Granada sino esperando que si salía vencedor aseguraría más su trono; intimó luégo la rendición á la ciudad, y alcanzó que se la entregasen sin verter más sangre bajo la condición de que dejaría libres á los vencidos para permanecer en sus hogares ó pasar á las vecinas costas de la Mauritania. Obtuvo á consecuencia de esta conquista la entrega de casi todos los pueblos de la Ajarquía, y con la toma de unos y otra se facilitó para otra campaña el sitio de Málaga, desde entonces amenazada de muerte (1).

(1) Sobre esta conquista de Vélez Málaga me ha remitido mi amigo y colaborador el Sr. Quadrado el fragmento de una comunicación del Rey Católico á la ciudad de Palma de Mallorca (contenido en un libro de Letras Misivas del Archivo Histórico del Reino Balear), que copiado á la letra dice:

«El lunes segundo dia de Pascua de Resurreccion con el nombre de Jesus pusimos nuestro cerco real sobre esta ciudat de Velez Málaga que es de tres mil vezinos á la marina, ciudat muy fuerte y de las principales deste reyno, donde havia cinco mil moros de pelea; y plugo á nuestro Señor que el dia siguiente á fuerza de armas entramos el arraval, en el cual hay mil casas, no sin gran daño de los moros y alguno de los cristianos (con todo que poco). Y puestas allí nuestras stanzas sperando nuestra artillería, sin la qual era imposible sin grandísimo daño combatir la ciudat, hovimos nueva como el rey de Granada venia con todo su poder á socorrer aquella; y el día siguiente á media legua deste nuestro real descobrimos algunas batallas de moros que venian en la delantera, y allegándose en una muy alta y muy áspera sierra. Mandamos ir allí algunos de nuestra gente, y luego fueron con ellos, é á vista nuestra pelearon; y plugo á nuestro Señor que los moros fueron vencidos, y murieron muchos dellos sin recebir daño alguno los cristianos, y fuyendo se retrayeron en otra mas áspera montaña donde por la fragosidat della fué imposible dañarles. El dia siguiente vino allí el rey de Granada con quarenta mil peones y mil y quinientos de cavallo, con intencion, segun fama, de morir ó socorrer la ciudat y desbaratar nuestra artillería que aun no era llegada;

Conviene, empero, no anticipar los sucesos. La toma de Málaga es uno de los principales hechos de la guerra de Granada, y antes de ocuparme en ella urje que me haga cargo de la situación de los reyes invasores. Con su última victoria destronaron á el Zagal y dejaron más unido el reino musulmán, puesto casi todo en manos de Boabdil; pero se sabe ya cuán desgraciado era este príncipe y cuán inmensa la ventaja de los reyes de Castilla que contaban numerosos ejércitos, caudillos

---

el qual dos horas antes de ponerse el sol á vista nuestra movió con sus batallas ordenadas y vino al mesmo lugar donde fué la primera pelea; y por ser ya boca de noche quando allí llegaron, ni quisimos ir ni permitimos que á ellos fuese alguna de nuestra gente por los inconvenientes y peligros que la noche trahe y por estar ellos en tan áspera tierra, esperando que á la mañana nos veríamos mas cerca si aguardaran, salvo que de nuestro real enviamos alguna mas gente á la artillería por tenerla bien segura. Y faziéndose de noche, algunos de los moros baxaron quasi junto con nuestro real con gran grita y mucha spingardería y ballestería faziendo muy grandes fuegos; é nos por ser tal hora como dicho es, no dimos lugar que alguno de nuestros capitanes fuese á ellos, é pusimos nuestras guardas é stanzas bien ordenadas, pero no podimos tanto ordenarlos que algunos no se desmandasen arremetiendo para los moros, de manera que con spingardería y ballestería que levavan y con algunos ribaudaquis (*) que de las guardas despararon, obrando en ello nuestro Sr. Jesucristo, los infieles fueron desbaratados, y los mas de ellos fuyeron y. . . . .
. . . otros se retruxieron con el dicho rey de Granada á la misma montaña de donde havian partido y fuyendo se dejaron muchas armas y fardaje. El dia siguiente llegó parte de nuestra artillería junto á esta ciudat, que las lombardas gruesas por la grande aspereza del camino no pudieron pasar. Los moros de la dicha ciudat, visto el desbarate de los de la sierra é vista la dicha artilleria, spantados de aquella é teniéndose por perdidos, ca por la aspereza de la tierra no creian pudiese alguna della acá venir, é luego ante de descargar cosa alguna de la dicha artillería, nos enviaron á suplicar de partido y que nos dexarían la ciudat; lo qual por ganar tiempo y por evitar muerte de cristianos nos plugo acceptar; y así con la ayuda de nuestro Señor, á la potencia del qual es todo de atribuir, hoy viernes que contamos XXVII del presente, la dicha ciudat se nos ha entregado, y damos orden que los moros que dentro stavan se vayan seguros adonde bien les venga. Havia dentro de aquella CC cativos cristianos, los quales en haverlos redemido y sacado de poder de los infieles ha seydo obra muy meritoria y de que nuestro Señor Dios recibe grande servicio. De lo qual nos así como somos obligados le fazemos infinidas gracias, rogándovos fagays lo semejante, y deys orden como se fagan procesiones en esa ciudat alabando y glorificando á nuestro Señor de lo que fecho se ha, y suplicándole nos faga merecedor de allegar al fin desta sancta empresa. De lo que mas adelante succeyrá, por vuestro plazer vos mandaremos avisar. Dat. en el nuestro real delante de nuestra ciudat de Velez Málaga á XXVII de Abril anyo de Mil CCCCLXXXVII. Yo el Rey.»

(*) La palabra está clara; parece francesa de origen; y se halla en el diccionario de Valbuena *ribadoquin*, culebrina de poco calibre.



ALBAICÍN.—Patio de una casa árabe

prudentes y entusiastas y pueblos que corrían á sus banderas apenas lo creían necesario para llevar á cabo la unidad de la monarquía. Habían sujetado ya estos reyes lo más áspero y fragoso de Granada y tenían el pié en las riberas del Mediterráneo. Está ya definitivamente vencida Alhama, que puesta en la raíz oriental de una colina coronada de un castillo y defendida á norte y occidente por un muro casi derribado y á oriente y mediodía por un tajo, en cuya profundidad corre el río del mismo nombre después de haber cubierto de hojas y flores un pintoresco valle, se hizo en todos tiempos difícil para combatida y mucho más difícil para conservada. Está ya vencida Loja, ciudad célebre entre los mismos árabes, sentada graciosamente en las vertientes de un collado cuya cumbre ocuparon en otro tiempo una mezquita y un alcázar dentro del recinto de su alcazaba. Cuenta Loja con recursos naturales: con una vega fecunda, con aguas abundantes que brotan de las faldas de las vecinas sierras, con el Genil, que corre á vestir de hermosura vastos y misteriosos paisajes donde se precipitan estruendosamente sus aguas, con el Manzanil, arroyo que después de haberse deslizado mansamente por el valle cae al río en forma de cascada, con las agradables corrientes del Plines, Riofrío, Frontil y la Alfaguara, que nace dentro de su mismo seno y fertiliza una huerta que aún lleva el nombre de Alvaro de Luna, nieto de ese condestable de Castilla que la cercó durante el reinado de Juan II. Contaba entonces además con numerosas acequias debidas á los árabes, con fortalezas que defendían su campo, con castillos que protegían su frontera; y no era tampoco fácil vencerla, ni fácil conservarla. Había resistido á las armas de Fernando III, que no la venció sino para destruirla y abandonarla; había resistido pocos años antes al poder de D. Juan; acababa de hacer ineficaces los esfuerzos de esos mismos Reyes Católicos, que sólo pudieron conquistarla después de dos sitios largos y sangrientos. Está ya también vencida Ronda y toda su Serranía; Ronda, ciudad puesta en la plataforma de una peña, al borde

de espantosos precipicios, dividida en tres partes por un tajo sobre que se alzan dos puentes, cercada de muros romanos y de torres árabes, defendida en aquellos días por un castillo central de que no quedan ya ni ruinas, rodeada de un círculo de cerros cuya cima cubren nieves eternas, animada sólo hacia el norte por una feraz campiña que riegan las aguas del Guadalevín y muchos riachuelos y arroyos de abundosa corriente; ciudad bella é importante aún en su decadencia, que no reune ya muchos monumentos, pero recuerda todavía á sus conquistadores en la iglesia de Santa María de la Encarnación y en la de Santa Cecilia, cuyas artesonadas techumbres cargan en parte sobre arcos ojivales y columnas en haz ceñidas de coronas de flores y figuras en relieve; á los árabes en los restos de la casa del Rey Moro, cuyas paredes estucadas miran á lo profundo del tajo sin más belleza que la del musgo, ni más sombra ni abrigo que la de los frondosos árboles de un jardín contiguo; á los romanos en su Puente Viejo, en sus muros y en los desfigurados escombros que asoman acá y acullá entre sus verdes campos y los bosques que se extienden en las faldas de las sierras; ciudad siempre temida, baluarte en todos tiempos de cuantos arrostraron las iras del poder con sus armas; teatro principal de la rebelión de los Hafilas y los Hafsunes, que por tantos años hicieron la guerra á los califas, campo de batalla escogido por los débiles contra los poderosos desde los tiempos de César hasta la invasión francesa; ciudad al fin justamente considerada como reina de toda la Serranía, de toda esa vasta cordillera que al parecer había de servir de obstáculo invencible á los ejércitos cristianos. Había en toda esta cordillera pueblos defendidos por la misma fragosidad del terreno que ocupaban; castillos como el de Gaucín, sito en un peñasco casi inexpugnable y amparado aún por murallas altísimas y torres gigantescas cuyas sombrías almenas se destacan sobre el azul del cielo; otros muchos medios de defensa creados unos por la naturaleza, otros por el arte, y sucumbió, sin embargo, la Serranía toda

apenas hubo caído Ronda, se entregó atadas las manos á la generosa piedad de los reyes vencedores. Quiso poco después Gaucín levantar la cabeza como avergonzado de su cobardía; mas sitiado por los mismos moros y combatido por el conde de Cifuentes y el marqués de Cádiz, hubo de rendirse nuevamente y ver esclavos á los que no cayeron sobre el hierro de sus enemigos.

Grande, muy grande es el territorio que ocupan los Reyes Católicos en el imperio granadino. Obra ya en su poder esa misma ciudad de Vélez Málaga, situada á orillas del mar, en la falda de un cerro, ciudad también defendida por altos muros y anchos fosos, coronada de bellas colinas, señora de un fresco y extendido valle á que dan sombra el naranjo y la palmera, rica en todo género de frutos, llena de vida propia, poblada de millares de valientes á quienes no había logrado enervar la dulzura del clima. ¿Qué han de temer ya los Reyes? ¿qué pueden esperar ya los moros?



CAPÍTULO XXI

Conquista de Málaga, Baza, Guadix, Almería, Almuñécar, Salobreña y otros pueblos.—Monumentos y recuerdos



DE 1487 Á 1491



OMADA Vélez, cayeron los reyes sobre Málaga. La regía á la sazón un deudo del rey Abdala, walí intrépido, tan celoso por su honor como

entusiasta por su religión y por su patria; pero no pudo impedir que la tomasen á pesar de haberla provisto de víveres y llamado en su apoyo á los más feroces africanos. No logró sino aplazar la caída, y hubo de recurrir para ello á diarias y peligrosas salidas, en que llegaba no pocas veces al real de sus contrarios, á enérgicos rasgos de elocuencia con que avivaba sin cesar el fuego de la venganza en sus soldados, al fanatismo de un moro anciano, llamado Algerbi, que se propuso terminar los males de su patria hundiendo su puñal en el pecho de los Reyes (1). No pudo luchar nunca ven-

(1) Sobre este moro creo oportuno continuar los curiosos detalles que el notario mallorquín Pedro Llitrá, enviado á la corte del Rey Católico para el favorable despacho de los negocios de la Isla, dió á los jurados de Palma: (Debo también este documento al Sr. Quadrado, que lo encontró en el mismo libro de *Lletras Misivas* del Archivo Histórico citado.)

«Per aquesta no he mes á dir sino avisar á vostras magnificencias de las novitats certas que occorren, de las quals jo no vull tantost scriure fins sian ben asentadas, e son aquestas. Primerament que pochs dias ha alguns moros animosos, en nombre no bastant á cent, se son sforçats voler entrar hora captada dins Málaga, portant ab ells un moro sanct segons ells, lo qual los donava entenent que ab Mahoma ell faria *mirabilia.* Lo entrament d'aquests moros, per quant haviant á passar per stret loch e difficultós, tardava tant que los cristians n'hagueren sentiment; e axí alguns dels qui entrats no eran volents passar per un speró de mar se offegaren, altres foren aquí tallats á pessas. Vol se dir que seria restat lo moro sant, altres volen dir que dit moro isqué per l'acte devall scrit de la ciutat, altres volen dir que fonch altre moro qui volgué imitar lo Romá Quinto Mucio Scévola. Aquest moro, qui's vulla fós, fonch trobat per las gents d'un gran capitá, e portat á aquell; anava tot nu e ab molta demostració de sanctimonia; pero diu se en aquell trist albornós ó drap qui'l cobria portava secreta una gomía. Aquest senyor lo pres, e com á moro sant vestí'l,

No escribo esta carta á vuestras magnificencias sinó para enterarles de las novedades que ocurren, de las cuales nada quiero escribir hasta que estén bien deslindadas. Son las siguientes. En primer lugar: hače pocos días que algunos moros esforzados, que no llegaban á ciento, se empeñaron en querer entrar en Málaga llevando consigo un moro según ellos santo que les prometió hacer milagros con la ayuda de Mahoma. Duró tanto la entrada de estos moros en la ciudad por tener que pasar por lugar estrecho y difícil, que llegaron á advertirla los cristianos, cosa que dió lugar á que algunos de los que no habían aún entrado se ahogasen al querer pasar una lengua de mar, y fuesen otros despedazados. Dicen si quedó cautivo el moro santo: hay quien asegura que salió por el lugar de la ciudad abajo escrito, quién que el preso fué otro moro que quiso imitar al romano Quinto Mucio Escévola. Quien quiera que fuese, cayó éste en poder de los soldados de un gran capitán que le llevaron á presencia de su jefe: iba desnudo y con muchas muestras de santidad, pero dicen que en su miserable albornoz traía oculta una gumía. Cogióle el capitán, vistió-

tajosamente contra un ejército numeroso enardecido por sus victorias; no pudo ni podía vencer el hambre que se fué apoderando de la ciudad y abatiendo el ánimo de los que más temían la esclavitud cristiana; y se vió obligado á pedir la paz ponién-

---

cenyintli quasi per scarn una spasa e un punyal, e porta'l á la tenda del Rey, hora ja que'l Rey havia menjat e dormia; la Reyna empero no dormia. Feren la y dir; ella dix que ella no volia ohirlo sens lo Rey lo qual no volia despertar. En aquest temps per esperar, per quant la Bovadilla marquesa de Moya stava cerca de aquell real en sa tenda, e stava ab unas faldetas de brocat, e un gran senyor portogues apellat don Tal de Luna stava li al costat, diguerenlos com lo moro sant era aquí, si'l volian veure. La Bovadilla fonch mol contenta e ávida en veure'l, e metent lo dins la tenda lo moro stava molt alterat: la Bovadilla pensá's que havia fam ó set, maná li traguessent confits pera beure. Lo moro vehent la tant abillada e aquell senyor al costat, pensá's fossen lo Rey e Reyna, e tirá la spasa ó punyal, e arrullá's per ells tirant primer á la Bovadilla de la qual tallá alguns nirvis de las faldetas; e lo don Tal de Luna qui li stava al costat fo tantost penes á la Bovadilla, e lo moro doná li un gran colp al cap de part devant e altre al bras; e tantost los qui eran aquí abrassan se ab lo moro, e tantost, lo tallaren á pessas. Ab lo gran tumult de la novitat lo Rey se despertá, e vista la tanta novitat feu pendre lo cors, e ab una carta ab un trabuch feu lo lansar dins Málaga. Aprés los moros prenen dos catius cristians, diu se homens d'honor, e obriren los per la squena, e ab un ase tragueren los en lo real; car lo real e la ciutat stan vuy tant junst que no hi ha sino un foso al mitj. E axí ara tot hom está ab orellas altas, car debans molts moros sens alguna temor venian de diversas parst besar las mans al senyor Rey. Los dias passats lo rey Xiquito, qui folga en Granada, tramés de grans presents á la senyora Reyna ab

le como moro santo, ciñóle como por escarnio un puñal y una espada, y le llevó á la tienda del Rey en ocasión en que había ya éste comido y estaba durmiendo. No dormía la Reina y se lo comunicaron; mas contestó que no quería oirle sino en presencia del Rey, á quien no quería dispertar. Mientras esperaban, como estuviesen cerca de aquel real en su tienda la Bovadilla, marquesa de Moya, que llevaba unas sayas de brocado, y un gran caballero portugués llamado D. Tal de Luna, les preguntaron si querían ver al moro santo. Mostró la Bovadilla mucho contento y gran deseo de verle, y le introdujeron en su tienda. Estaba el moro muy turbado: creyó la Bovadilla que era de sed ó de hambre, y mandó traerle confites para que bebiese. Viéndola el moro con tan rico traje y con aquel caballero al lado, tomóles por el Rey y la Reina, tiró de la espada ó puñal, y los acometió dirigiéndose primero contra la Bovadilla, á quien cortó algunas cintas de las sayas. El D. Tal de Luna, que estaba á su lado, quiso salvar á la Bovadilla, y recibió dos terribles golpes, uno en la cabeza y otro en el brazo. En esto los que allí estaban se abrazan con el moro y le despedazan. Dispertó el Rey con el tumulto, y sabido el hecho, mandó recoger el cadáver, y junto con una carta arrojarlo de un trabucazo á Málaga. Toman luégo los moros á dos cautivos cristianos, según dicen, gente de rango, los abren por la espalda, y los llevan caballeros sobre un asno al campamento de los Reyes, que está tan junto á la ciudad, que entre él y ella no media mas que un foso. Anda ahora todo el mundo muy sobre sí, así como antes venían de distintos puntos muchos moros á besar las manos del Rey. Días atrás el rey Chi-

dose á merced del enemigo. Envió á los Reyes Católicos á Alí Dordux, estableció algunas condiciones para la entrega, y, según algunos escritores, puso personalmente las llaves de la ciudad en manos de los dos monarcas. Hay quien supone que la entregó traidoramente el mismo Alí, entraron los nuestros por el castillo y bajaron á la ciudad pasándolo todo á sangre y fuego; mas no es de presumir que fuese así, sabiéndose que la reina intercedió por los moradores, y conservaron los más su vida, su libertad y su hacienda (1).

Vélez Rubio, Vera, Mujacar y otros lugares no tardaron en abrir la puerta al vencedor, que al verse á poco rechazado de Huéscar y Taverna, volvió al otro año con un ejército de cincuenta mil peones y doce mil caballos, y se presentó ante los

---

molta cerimonia; pero creu se poch fruyt. De Córdoba á XXV de juny 1487.»

quito (Boabdil), que está holgando en Granada, envió con muchas ceremonias grandes regalos á la señora Reina: créese, sin embargo, que con poco fruto. Córdoba 25 de Junio de 1487.

(1) Por otra comunicación del mismo Llitrá se sabe que el walí no quiso aceptar las capitulaciones estipuladas por Alí, pero no que se tomase la ciudad por asalto:

Aquesta ciutat de Málaga se doná dissapte apres mitj dia á XVIII de agost entrevenint per los moros Alí Gorduix, home alcalde llur e riquíssimo, lo qual obtingué salvetat de bens é vidas per si e per clxxx casas de moros per ell nomenadas e á las quals no es estada feta novitat alguna: tots los altres á mercé del Rey. Lo Capitá, empero, lo nom del qual no 'm recorda, ja mes no es volgut entrar en condició alguna sino que ha dit tant se dona si 'l matan o 'l cativan que mes ho amará que fer malvestat á son senyor. Fins vuy stá pres dins l' Alcassava servit empero honradament: no se que 'n será fet d' aqui davant, com en aquests secrets tot hom no y post entrar.

Esta ciudad de Málaga se entregó después de las doce del sábado diez y ocho de agosto, mediando por los moros Alí Gorduix, su alcalde, hombre riquísimo que obtuvo salvedad de vidas y haciendas para sí y ciento ochenta vecinos por él nombrados, á quienes no ha sido hecha cosa alguna: todos los demás á merced del Rey. El Capitán, empero, cuyo nombre no recuerdo, no ha querido entender en más condiciones: ha dicho que tanto importa que le maten como que le cautiven, que prefiere esto á quedar mal con su señor. Hoy está preso aún en la Alcazaba, pero servido con mucha distincion: no sé qué van á hacer de él en adelante: no es dado á todo el mundo entrar en estos secretos.

Estamos persuadidos de que el autor de esta carta no hubiera omitido un hecho tan importante como el de haber sido tomada la ciudad á fuerza de armas, si la capitulación de Alí Dordux, con quien mediarían otros tratos secretos, no hubiese puesto á los Reyes en posesión de Málaga.

muros de Baza, resuelto á no levantar el campo hasta apoderarse de una ciudad que creía no sin razón uno de los principales centros del reino de Granada. Baza, que ya temía ese suceso, estaba prevenida; contaba con una guarnición numerosa y valiente, con un caudillo resuelto, el esforzado Cidi Yahya, hijo de Celim de Almería, con vituallas para algunos meses, con la energía de sus hijos, que al tener cerca el peligro se mostraban decididos á morir antes que doblar la frente á la corona de Castilla. Mas no pudo hacer sino prolongar su resistencia: falta al cabo de víveres y perdida la esperanza de que Abdala el Zagal la socorriera, hubo de pedir como las demás ciudades la paz que tanto aborrecía. Presentóse por ella Cidi Yahya al real de los vencedores, y obtuvo no sólo la paz, sino también condiciones tan generosas y palabras tan corteses, que lleno de sorpresa y de respeto, juró no volver á desnudar la espada contra tan nobles reyes. Consolóse así algún tanto la ciudad; pero, ¿cómo no había de estar llena de amargura al verse sujeta á un poder extraño, y sobre todo al prever la ruina que amenazaba á todo el reino?

Cidi Yahya después de la caída de Baza pasó á conferenciar con Abdala el Zagal, que á consecuencia de la derrota que sufrió delante de Vélez Málaga, se retiró con sus parciales á Almería. Pintóle al vivo las grandes fuerzas de que disponía el enemigo, las calamidades que iban á caer sobre su patria de prolongarse una guerra tan desastrosa en sus resultados, la fatalidad que parecía pesar sobre toda Granada desde el funesto nacimiento de Boabdil, (ante cuya cuna se había ya profetizado la completa ruina del imperio) la magnanimidad de los príncipes cristianos, lo mucho que podía esperarse de ellos poniéndose voluntariamente á la sombra de su trono, la urgente necesidad que había de entregarles las plazas que habían de arrebatar al fin anegándolas en sangre musulmana. Conmovió tanto á Abdala, que después de haber guardado éste un silencio profundo no pudo menos de soltar un suspiro y reconocer la mano del

destino en todos los acontecimientos de su reino. «Bien lo veo, primo mío, exclamó Abdala; si no estuviese decretada la caída de ese imperio, esta mano y esta espada lo habrían mantenido.» Resolvieron los dos presentarse á los Reyes para entregarles Almería y Guadix; estipularon para los vecinos de estas ciudades la conservación de la libertad y la hacienda, y no recibieron en cambio sino escasos dominios en el centro mismo de Granada. Obtuvo Yahya la posesión de la taha de Marchena con sus villas, tierras y vasallos, y Abdala la de la de Andaraz, la del valle de Alhaurín y la de la mitad de las salinas de Maleha, cuya total renta ascendía á cuatro millones de maravedises; mas ¿cómo habían de poder gozar con tranquilidad de esos dominios, recordando que por ellos habían vendido al enemigo dos ciudades y viendo condenados á la servidumbre sus antiguos súbditos? Entregaron Almería y Guadix, y fueron causa de que desalentados en todas partes los muzlimes, alzasen los estandartes de los reyes en Purchena, Taverna, Serón, Almuñécar, Salobreña y en casi todas las cumbres de la áspera Alpujarra; fueron causa de que no quedase ya en pié sino Granada, la ciudad de las cien torres, la cuna de los guerreros, el trono de los poderosos Alhamares, el baluarte de cuantos pretendieron sostener hasta el último extremo la independencia de su patria.

La pluma se resiste aún á describir su caída. Último recinto de los que estuvieron ensangrentando la España durante siete siglos, parece que debería sentir cierto placer al pintarla en su lecho de dolor agitada por los estertores de la muerte; mas nunca he podido ni podré sonreir ante el espectáculo de un pueblo, condenado por la inexorable ley de los vencidos á gemir eternamente en el seno de sus hogares, ó á dejar para siempre el cielo cuya luz abrió sus ojos. La gloria de los poderosos no logrará interesarme nunca como el llanto de los débiles por más que en aquellos vea á mis deudos y en éstos á mis enemigos.

No descorramos aún el velo que oculta la desgraciada suerte de Granada. Baza, Guadix, Málaga, Almería tienen monu-

mentos que describir, recuerdos que evocar: corramos á incluirlas en nuestro álbum artístico antes que Granada se apodere de nuestro corazón, preocupe nuestra fantasía y encierre en el recinto de sus muros la imaginación y los sentidos.

Baza, la antigua Basti, la que ya en el siglo XI vió enarboladas en sus minaretes las banderas de aquel temido emperador Alfonso que llevó sus armas hasta el corazón de Andalucía, la que á fines del siglo XV rechazó de sus muros los ejércitos de los Reyes Católicos acostumbrados á la victoria, la que no cayó vencida sino después de heróica resistencia, es todavía ciudad importante, ya que no por su grandeza ni por la majestuosa pompa de sus monumentos, por su pintoresca situación en la falda oriental de una colina á cuyo pié se extiende una espaciosa vega, salpicada de cortijos que levantan sus blancas paredes entre las copas de frondosos árboles. Anímala el murmullo de fuentes que deslizan sus cristalinas aguas entre riberas de flores, báñanla ríos y arroyos que bajan de las ásperas vertientes de la sierra del mismo nombre, embellécela por todas partes una vegetación lozana que recuerda á cada paso la inteligencia de los árabes. Ostenta aún en lo alto los restos de su Alcazaba, de esa fortaleza bajo cuyas bóvedas suspiraron sus últimos héroes, más abatidos por el rigor de su destino que por sus heridas; levanta aún entre sus humildes casas los ennegrecidos muros de su colegiata, templo gótico de tres naves que restauraron sus conquistadores, y fundó, según la tradición, Recaredo; facilita aún alguno que otro dato para la historia del arte en su iglesia de Santiago el Mayor, cuya nave, construída en 1505, presenta los últimos reflejos del estilo monumental de la Edad media ya casi apagados por los mismos rayos del renacimiento. Á pesar de la escasez de obras creadas por otros siglos conserva, como Baeza, cierto aire aristocrático y severo: tiene casas ya ensombrecidas por el tiempo, adornadas con escudos de armas; palacios entre torreones, propiedad de los que sobre ellas extendieron sus espadas; y evoca todavía á nuestros ojos som-

bras de héroes y esforzados capitanes que rodearon de esplendor las armas de Castilla.

No es de mucho tan aristocrático Guadix, ciudad á siete leguas de Baza, puesta sobre un collado por cuya raíz corre un pequeño río entre unos álamos. Cuenta también palacios sobre cuyos techos se levantan en los ángulos dos torres cuadradas, símbolos al parecer de dominio y de nobleza; pero no logra borrar con ellos la dolorosa impresión que causan en el ánimo sus muchas casas abiertas en el fondo de unas colinas, ya aisladas, ya unidas, cuyo color arcilloso se destaca tristemente sobre las blancas vertientes de Sierra Nevada. Vive parte del pueblo en esas cuevas artificiales sin otra luz que la de su estrecha entrada; y apenas puede uno fijarse en esas lóbregas moradas, sin creerse transportado á los pueblos trogloditas. Ocupan estos subterráneos todo el barrio de Santiago y se extienden hasta Purullena, presentando en ciertos puntos el aspecto de castillos con cubos y torreones, elevándose en otros á dos ó más pisos, y formando en otros bellos y pintorescos grupos: ¿qué idea pueden dar de un país donde falta por otra parte la industria y reina un silencio sepulcral, sólo interrumpido por la periódica agitación de sus mercados? Los palacios de los nobles están los más en ruina; aun cuando no lo estuvieran, no servirían sino para hacer más violento el contraste.

No son tampoco muchos ni muy importantes los monumentos que abriga en su recinto. Guadix es la sucesora de Acci, de esa ciudad romana que mereció los honores de colonia, y se hizo célebre por el culto que dió desde muy antiguo á los dioses Netón é Isis, símbolos del sol y de la luna; y no tiene ni templos ni ruinas que puedan recordar su origen, sólo sí algunas lápidas medio borradas por los siglos donde apenas cabe leer el nombre de los emperadores á que manifestó en público su agradecimiento (1). Fué la primera ciudad española que recibió la

(1) Trasladamos á continuación las lápidas más interesantes que se conservan aún en la ciudad:

GRANADA



GUADIX. — Antiguo barrio de Santiago

luz del cristianismo; según tradición, la primera que acogió en sus muros á los enviados del apóstol Santiago; la primera que se postró á las plantas de Torcuato y derribó de sus altares los ídolos del paganismo; la que á principios del siglo IV vió presidir por su prelado Félix aquel famoso concilio de Elvira, donde por primera vez anatematizó la iglesia de España el culto idólatra de sus dominadores; la que mereció ya de Chindasvinto y Recesvinto la erección de una basílica en que fueron recogidos los sagrados restos de multitud de mártires (1); y nada, absolutamente nada conserva tampoco de esa época en que la miró con respeto todo el reino considerándola como la cuna de la nueva religión, el arca del Evangelio, la hoguera de donde partió el fuego que devoró los crímenes de un pueblo de guerreros embriagados con el placer de la victoria y embrutecidos por el descanso y la molicie que les había proporcionado la conquista del antiguo mundo. No careció de importancia bajo el dominio de los árabes: en las guerras civiles que los precipitaron á su ruina, sobre todo en las que agitaron el reino de Granada cuando empezó para él esa lenta agonía que lo llevó al sepulcro,

---

IULIA CHALCEDONICA
ISIDI DEAE. D.
H. S. E.
ORNATA. UT POTUIT
IN. COLLO. H. MONILE. GEMMEUM.
IN. DIGITIS. SMARAGD. XX. DEXTRA

MAGNIAE UR
BICAE AUG. MA
TRI CASTRORUM
CONINGID. N
CARINI INVIC
TI. AUG. COL. IUL. G.
ACCIS DEVOTA NU-
MINI EJUS.

(1) Consta este hecho por una inscripción que existe en la ciudad, inscripción que copio tal como la dará el Sr. Torres López en la *Historia de Guadix y Baza* que está escribiendo (Nota de la primera edición)

In nomine dni. sacra*ta*
Est ecclesia domne me*mo*
rie crucis die ter*tio*
*id*us maias ann*is*
*Un*decimo et qua*rto*
*Re*gno gloriosiss*imo*

*ru*m dominor nror *chin*
*das*vindi et reccisv*indi*
*r*egum et quinto dec*imo*
*p*ontificatus san*tis*
*si*mi justi episco*pi*

Sigue esta inscripción en otra cara de la misma lápida donde se refieren las reliquias de los mártires que se guardaban en dicho templo; creo inútil copiarla por estar ya muy borrada y carecer por otra parte de interés.

sirvió casi siempre de asilo y baluarte á los príncipes caídos, y debió á esto principalmente honores que la encumbraron sobre las demás ciudades. Sucumbió ante el cetro de los Reyes Católicos sin sangre, sin estruendo de armas, sin ver como otros pueblos pasados á sus hijos por la punta de la lanza, sin perder sus murallas ni sus monumentos al formidable rugir de los cañones; y nada conserva tampoco de los árabes, como no sea una alcazaba sobre cuyos muros medio destruídos sólo grazna el buho durante la oscuridad y el silencio de la noche. Entraron en ella los Reyes Católicos, le purificaron la mezquita, le restauraron la antigua iglesia y la silla de sus prelados, la aforaron (1), le concedieron mil privilegios y mercedes, le dieron por de pronto las villas y lugares de Goraf, de Alicum, de la Peza y de Huaneja (2), extendieron después su término á los pueblos de Abla y Laurecena (3) que quisieron vivir bajo su jurisdicción como vivían antes de ser vencidos por las armas de Castilla; pero no posee de ellos más recuerdos que de los demás héroes que la dominaron, no posee sino una que otra iglesia medio gótica, una casa-palacio, ya del todo bastardeada, que fué residencia de sus corregidores, y una torre apoyada en una puerta de la plaza, que aún hoy después de cuatro siglos es su única cárcel (4). Su catedral, que no deja de presentar grandiosidad y

(1) Fué dado el fuero de Guadix en el Real de la Vega de Granada á 12 de Noviembre de 1491. Es casi igual al de Málaga.

(2) Se las dieron en uno de los artículos de la misma carta de Fuero: «Tenemos por bien é es nuestra merced é voluntad de dar por tierra é jurisdiccion desa dicha ciudad demas de las otras villas é lugares de su jurisdiccion para agora é para siempre jamas las villas é logares de Goraf é Alicum é la Peza é Hueneja segund é en la manera que lo solian en tiempo de los moros para que sean de su jurisdiccion é sujetas á la dicha ciudad de Guadix é que esten debajo de la jurisdiccion desa dicha ciudad é esten juntos é incorporados en ellos.» (De la obra del Sr. Torres López.)

(3) R. C. dada en la villa de Madrid á 15 de Mayo de 1499. Leg. G., núm 17, *Archivo mun.* (De la citada obra.)

(4) «El Rey é la Reina: por quanto por parte de vos el Concejo, justicia, rexidores, cavalleros, escuderos, oficiales é omes buenos de la ciudad de Guadix nos fué fecha relacion diciendo que Nos tenemos en esa dicha cibdad una casa en la qual fasta aquí han posado los corregidores, é que por no haber quien procure las dichas casas estan maltratadas é para se caer é nos suplicastes é pedistes por mer-

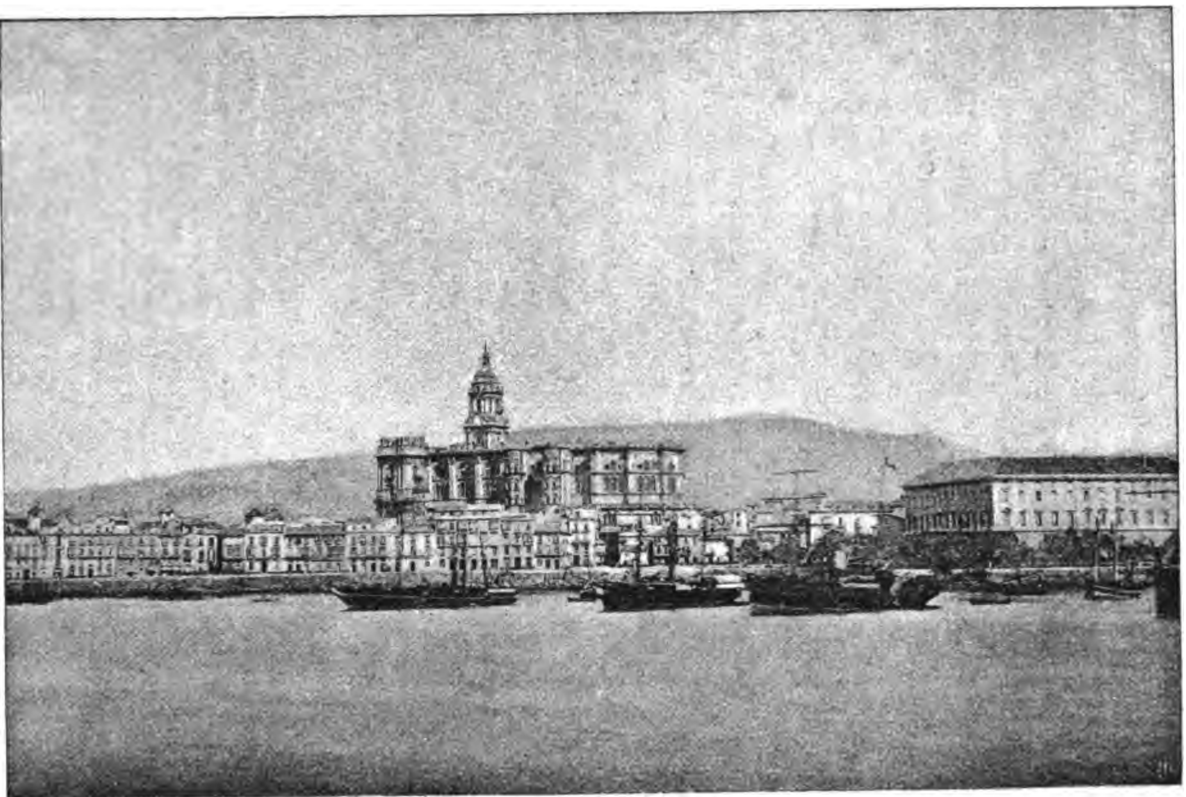
encierra casi las mismas bellezas y defectos que todas las del reino de Granada, es muy posterior: pertenece toda al siglo XVIII, á ese siglo en que cayeron las creencias de una nación vecina al soplo de la filosofía y al empuje de una de las más tremendas revoluciones que han agitado el suelo de la vieja Europa.

Doloroso es á la verdad que hayan desaparecido así los vestigios de lo pasado en la mayor parte de los pueblos de Andalucía, donde si no crea la imaginación alcázares ni restos del Imperio, se espera cuando menos encontrar castillos enriscados sobre peñas y palacios árabes llenos de salas voluptuosas, de jardines encantados cuyos umbrosos árboles se mecen con dulzura sobre las copas de mármol de las fuentes, de risueños miradores cuyas bien labradas galerías dan vista á pintorescas enramadas, á verdes angosturas en que se precipitan rugiendo los torrentes, á valles dilatados en que serpentean los arroyos, á montes cubiertos de nieve, nacarados al recibir los primeros reflejos de la aurora, encendidos en viva lumbre al morir el sol en las sierras de Occidente. Los ocuparon los árabes durante siete siglos: ¿cómo no creer impresas en su recinto las huellas de esos conquistadores cuya civilización aventajaba la del resto de Europa?

---

ced que vos ficiésemos merced de la tenencia de las dichas casas para que esa ciudad las tenga é repare é posen en ella los corregidores; é otrosí nos embiásteis faciendo relazion que en esa dicha ciudad no hay cárcel en que esten los presos sino á mucho trabajo é con muchas prisiones, é que en esa dicha ciudad hay una torre sobre la puerta de la plaza pública que tiene disposicion para tener en ella cárcel, é nos suplicásteis é pedísteis por merced que vos fiziésemos merced de la dicha torre para que se fiziese en ella la dicha cárcel ó que sobre todo probeyésemos como la nuestra merced fuese, lo qual visto por nuestro Concejo é con nos consultado tovímoslo por bien é por fazer bien é merced á esa dicha ciudad, vos damos la tenencia de la dicha nuestra casa-palacio en que posen los corregidores, con tanto que las tengais bien reparadas en pié ó adobadas; é otrosí vos fazemos merced de la dicha torre que está sobre la puerta de la dicha plaza para que sea cárcel, con tanto que la dicha torre é cárcel tengais reparada é en pié; é por la presente vos damos poder é facultad para tomar é tener la posesion de todo ello segund é como dicho es, de lo qual vos mandamos dar esta nuestra cédula firmada de nuestros nombres. Fecha en la ciudad de Granada á diez dias del mes de agosto de noventa y nueve años. — Yo el Rey. — Yo la Reina. — Por mandado del Rey é de la Reina, Miguel Cristóbal Mora. Legajo Y., núm. 19. (De la misma obra.)

MÁLAGA



Vista general

¿Qué conserva ya de los árabes esa misma ciudad de Málaga, cabeza de todo un reino, que estuvo cercada de sólidos muros, defendida por tres fortalezas, hermoseada por una mezquita que sostenían numerosas columnas de ricos mármoles y jaspes, llena de caseríos en cuyos patios se reflejaban las copas de frondosos árboles sobre las aguas de los estanques, rodeada de vergeles, alamedas y deliciosos viñedos donde crecían las grandes y sazonadas uvas que aún hoy constituyen su riqueza (1)? Llama

(1) Llitrá, que entró en Málaga inmediatamente después de la conquista, describe así la ciudad:

Quant á la ciutat la qual sobre la mar stá situada no te sino dos ó tres carreras qui sian rahonables quant á la spaciositat: totas las altras carreras molt tristas é angustíssimas que n' hi ha de tals que un ase delitos no s' hi poria voltar: las portas de las casas tristíssimas é molt despecte cosa á la part de la carrera, á la part empero interior hi ha de molt bellas casas no molt grans pero molt pintadas é molt delitosa cosa: en mitj los patis totas tenen alguna manera d' arbres é cascuna son pou. La murada de la ciutat mol fort é molt spessa de torres segas, sens empero que en dita murada no ha scala alguna, sino algunas que de nou havian fetas al modo d' escala d' arbre de nau. De plassas no n' hi ha alguna: la mesquita principal, é ara *Seu* sots invocació de Nostra Dona, molt gentil cosa quasi la mitat menor de la de Córdoba é composta en aquella manera; ço es sobre columpnas de mármor é de jaspis feta com un fermall é totà storinada; en la qual *in continenti* la Señora Reina doná un tros de la vera creu é hi feu metre de bellas campanas que ja portaba, com ne portá, sus de xxx pessas las quals ha distribuidas entre Málaga é los altres locs qui aquest añy se son guañyats: la qual esglesia te molt bella claustra *seu verius* pati.

La ciudad, que está situada junto al mar, no tiene mas que dos ó tres calles razonablemente espaciosas: las demás son tristes y tan estrechas, que en algunas una caballería algo lozana apenas podría rebullirse. Las fachadas de las casas son también muy tristes y de muy mal aspecto; pero no su interior. Las hay muy bellas, no muy grandes, pero sí bien pintadas y en extremo deliciosas. En los patios todas tienen árboles y pozo. Es la muralla de la ciudad muy sólida y de muchos torreones cegados, pero sin más escaleras que las que habían hecho nuevamente á semejanza de las de los palos de los buques. No hay plazas: la mezquita mayor, ahora Catedral bajo la invocación de Nuestra Señora, es muy gentil, casi la mitad menor que la de Córdoba y construída por el mismo estilo, es decir, sobre columnas de mármoles y jaspes. Está labrada como un joyel y muy adornada. Dióle en continente la Señora Reina un pedazo de lignum crucis, y mandó luego poner en ella hermosas campanas que llevaba consigo: las llevaba en número de más de treinta, que distribuyó entre Málaga y los demás lugares ganados en este año. Tiene esta iglesia muy bello claustro, ó por mejor decir, patio.

En otro párrafo hace mención de las celebradas uvas de que hablamos en el texto:



MÁLAGA. – Hombre del pueblo

todavía las miradas del viajero esa antigua reina del Mediterráneo por estar graciosamente sentada en la llanura, á la orilla del mar, en el centro de un semicírculo de montes á cuyos piés saltan el Guadalhorce y el Guadalmedina entre fecundos valles; llámalas sobre todo por lo bello de sus alrededores y la animación de su puerto, en cuyas aguas anclaron tantas veces las armadas de Cartago y Roma y las humildes naves labradas en las costas de Siria; llámalas por el movimiento mercantil de su muelle, donde asoman en confusa variedad trajes de muchas provincias y naciones, por la vasta extensión de sus establecimientos industriales, donde centuplica el hombre sus fuerzas rompiendo osadamente los límites que al parecer le impuso la naturaleza; pero no las llama ya ni por su mezquita, sobre cuyas ruinas se levantó una catedral greco-romana, ni por sus casas árabes de que no quedan vestigios, ni por sus fortalezas, que ó desaparecieron ó fueron invadidas por la ciudad moderna ó desfiguradas por las nuevas exigencias del arte de la guerra. El castillo Genovés, que se adelantaba sobre la misma lengua del mar, pereció sin dejar huella; la Alcazaba, que erguía sobre la ciudad su cuádruple corona de muros, no conserva sino dos líneas de torreones sobre cuyas gigantescas ruinas ha sentado la población de nuestro siglo sus frágiles moradas; el castillo de Gibralfaro (1) se alza aún en la cumbre de un cerro con sus imponentes murallas y amenazadoras baterías, pero mutilado ya, sin figura de lo que fué, rota la comunicación que lo unía con la Alcazaba, y lo hacía parecer inexpugnable á los que pusieron cerco á la ciudad en 1487.

¡Qué interesantes, sin embargo, son aún los restos de esa

Á la part, empero, dc las muntanyas... moltas viñas para pansas ab uns reyms molt specials axi en sabor com en grossea, sols ab un gra.

Á la parte, empero, del monte... muchas viñas para pasas que producen uvas muy especiales tanto en sabor como en tamaño, de solo un grano.

(1) V. la pág. 85.

Alcazaba (1) entre cuyas torres se distinguen por su espantosa grandeza al Norte la del Vigía y al Sud la de la Vela, donde el día de la conquista subió á fijar una cruz de plata D. Pedro de Toledo! Por cualquiera de las dos cuestas que á ella conducen llega el viajero á una puerta que llaman de Hierro, donde arcos árabes de ojiva y de herradura cargan sobre fragmentos romanos, sobre fustes de columnas extrañamente mutilados y sobre capiteles corintios que parecen revelar la existencia de uno de los más grandiosos monumentos que levantó la mano del antiguo Imperio. Quedaron en pié otras dos puertas conocidas con el nombre de Arcos de Cristo y Cuartos de Granada; pero ninguna presenta el carácter ni el severo conjunto de la de Hierro, á cuyo interior baja luz por una rampa que conduce á la que fué en otro tiempo plaza de armas. Á la vista de las dos puertas se exalta la fantasía y se cree oir aún las formidables luchas que ocurrieron en la fortaleza, cuando después de la ruina del califato de Córdoba alzóse en Málaga un trono que mancharon cien veces con sangre andaluces y africanos. No excitan ya tantos recuerdos los torreones que levantan entre una y otra sus sólidas paredes compuestas de piedras enormes y dobles hiladas de ladrillos; pero respiran aún poesía, conservan aún cierto aire misterioso sobre todo al rodearlos las vagas sombras del crepúsculo de la tarde. Las casas recién levantadas sobre sus ruinas están todas enlucidas, rodeadas unas de árboles, ceñidas otras de flores, y ofrecen con ellos un contraste que halaga la imaginación, seduce los sentidos y sumerge el alma en la melancolía.

Después de los restos de la Alcazaba merece ser visitado otro monumento árabe: un magnífico arco de herradura sobre un ancho murallón coronado de pequeñas troneras y viejos matacanes. Está abierto el arco en un cuadro bello y sencillo; tiene almohadillado el paramento; lleva en sus enjutas dos escu-

(1) V. la cabecera del cap. VI.

dos con leyendas árabes; manifiesta en todas sus partes delicadeza y gusto; pero está ya enteramente solo, afeado por una mezquina puerta, desfigurado por una ventana con reja de hierro abierta en el centro de su espaciosa área, y toda su riqueza y su hermosura no sirven ya sino para hacernos sentir la pérdida del edificio á que en tiempos más felices abrió paso. Las Atarazanas de que formó parte no existen: queda sólo en su lugar un parque de Artillería que en nada revela la mano del artista.



MÁLAGA.—Portada de las Atarazanas

Málaga, como todas las ciudades comerciales, mira al parecer con indiferencia los monumentos que le legaron sus dominadores. No sólo ha visto caer una tras otra las obras de los árabes; ha visto sin levantar la voz arruinarse y desaparecer uno tras otro los templos levantados por los que la repoblaron. La antigua Iglesia Mayor ha sido devorada por una catedral greco-romana, sin que haya quedado de ella más que la puerta del Sagrario, en cuyas exageradas ojivas, corridas de bellos follajes y de figuras de santos cobijadas por enmarañadísimos doseles, se ve sucumbir y espirar el arte gótico. El hospital de Santo Tomás, que fundó Diego García de Inestrosa en su testamento de 5 de Agosto de 1504, sólo conserva de su primitiva fábrica un arco rebajado dentro de un marco de menudas hojas, junto

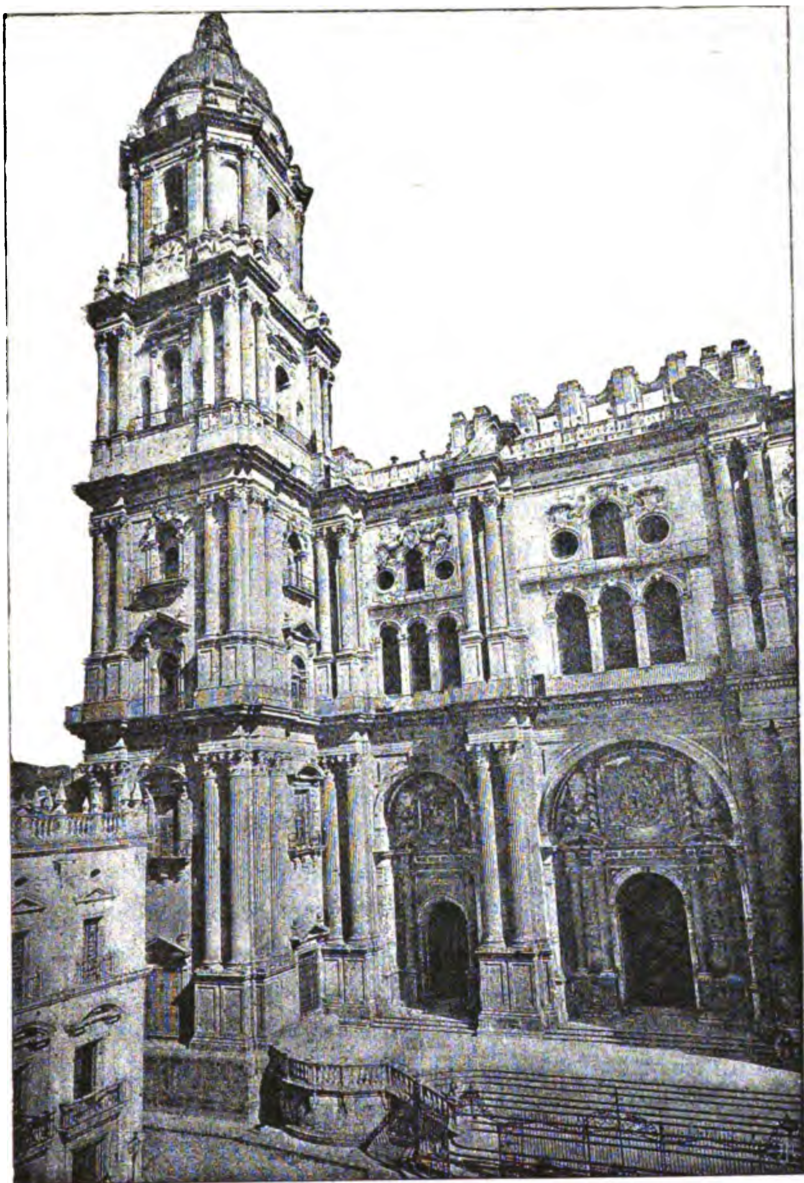
al cual ostenta un humilde ajimez sus formas árabes (1). La iglesia de Santiago, erigida á principios del siglo XVI, no recuerda ya su origen más que en una sencillísima fachada á cuyo pié se alza una torre embellecida con toscos relieves moriscos y coronada de una pequeña cúpula de azulejos que recuerda aún los minaretes de las mezquitas musulmanas (2). Todo debió ceder el paso al estilo de la restauración, que vino á sentar otra vez su imperio sobre las ruinas de toda la Edad media.

Levántase la fachada mayor de la nueva catedral al norte de una plaza en que murmuran las aguas de una fuente que se derraman por los bordes de una doble copa. Tres soberbios arcos sostenidos por ocho columnas corintias constituyen en ella la entrada al interior del templo; un segundo cuerpo de orden compuesto igual en su distribución al primero alumbra con torrentes de luz las vastas naves; dos torres majestuosas, incompletas aún, son sus más firmes estribos y su más bello adorno. No carece de gallardía ni deja de contener bellezas; pero está afeada por accesorios inútiles, por detalles ridículos, por un ornato inoportuno. Debajo de las plenas cimbras del primer cuerpo figuran en el tímpano otros cuerpos arquitectónicos con altos relieves encerrados en pésimos escudos. Las puertas del templo están también entre columnas corintias que no guardan armonía alguna con las del conjunto. Divide los dos cuerpos de la fachada un rico entablamento que no lleva sobre su cornisa sino un mal antepecho. Está el segundo cuerpo subdividido, cuajado de

(1) He encontrado este testamento en el Archivo Capitular de la misma ciudad. En él se lee: Item, considerando los beneficios é mercedes que Dios Nuestro Señor sin yo merecerlo me quiso hacer por su gran misericordia é bondad, deseando é queriendo facerle señal de servicio é agradecimiento perpetuo, mando que las casas mias principales donde al presente vivo, que es junto á la Iglesia Mayor, sea fecha hospital de la vocacion del Bienaventurado apóstol Santo Tomás, á quien yo so mucho obligado é devoto, á quien yo dejo por universal heredero de todos mis bienes así muebles como raices despues de cumplidas las mandas particulares que yo mando hacer é cumplir, así los bienes de Sevilla como los de Málaga como de Alhaurin é Laulin é Benaque é Macharabiaya é Cártama con las tierras é cortijos que yo tengo en la ciudad de Antequera. (Legajo 1, núm. 22.)

(2) V. la cabecera de este capítulo.

MÁLAGA



Fachada principal de la Catedral

molduras, lleno de claraboyas y ventanas, y presenta por todo remate una balaustrada interrumpida por frontones rotos, desproporcionados, sin objeto. Las dos torres están llenas de pilastras, de balcones, de aberturas simuladas, de adornos raros é incoherentes: ¿qué sentimiento religioso puede despertar en el alma? ¿quién sino el crítico podrá detener en fachada tal sus ojos? El arte parece haber sido para su autor sólo un juguete. Dios, á quien consagraba su obra, no le inspiró un solo pensamiento.

Dividen el interior del templo tres anchas y espaciosas naves cuyas bóvedas cubiertas de relieves descansan sobre altos pilares ceñidos de columnas corintias. Está el coro en el centro, el tabernáculo en un presbiterio aislado lleno de cuadros y molduras, los altares consagrados á los mártires en el fondo de grandes capillas abiertas en los muros. Dos elegantes portadas decoran las extremidades del crucero; mármoles blancos y azules cubren el pavimento; suntuosos plafones revestidos de oro y colores sirven de clave á las inmensas bóvedas. Respira magnificencia y grandiosidad en el conjunto, riqueza en los detalles; pero no llega ni á satisfacer los sentidos con aquella armonía de líneas propia de su estilo. Los pedestales de los pilares son circulares y sin gracia; los capiteles de las columnas, pesadísimos; los entablamentos, aunque ceñidos á las reglas del arte, demasiado grandes. Los arcos de las bóvedas no cargan directamente sobre los pilares, sino sobre una columna que estos llevan en lo alto de su cornisa. Las capillas presentan desmesurada anchura, las luces sobran, la monotonía reina en todas partes.

No son notables en este templo sino algunas capillas que contienen objetos de pintura y escultura. En la de los Reyes cabe admirar aún la imagen de la Virgen que, según tradición, llevaron Fernando é Isabel en sus campañas. Junto á la de San Francisco, donde están echadas sobre la losa del sepulcro las figuras de dos prelados, hay una cuyo altar lleno de imágenes y afiligranados doseletes recuerda el estilo gótico en el último período de su decadencia. En la de la Encarnación, al pié de un

altar de mármol que sostienen ocho columnas, álzanse los bellos sepulcros de José Molina y Bernardo Manrique, obispos cuyas figuras están de rodillas sobre la cubierta vueltos los ojos y las manos á la Virgen. Cuelga al fin de una de las del trascoro un cuadro en que Alonso Cano pintó con valentía y singular belleza la adoración de la Virgen por los Santos. Se esplaya el ánimo al descubrir en esas frías y monótonas catedrales cualquiera composición que revele sentimiento en el artista.

No son más artísticas las puertas laterales. La de las Cadenas es la que más atrae las miradas del viajero, y no por su hermosura ni por el pensamiento que pueda darle vida, sino por lo caprichoso y raro de sus líneas, por lo complicado de sus detalles, y por la misma incoherencia de sus adornos. Una ancha y profunda cimbra apoyada en un entablamento que sostienen cuatro pilastras corintias abre paso á una puerta de arcos concéntricos apoyados en dos columnas de gallardas proporciones. Sobre estos arcos, en cuyas enjutas están entallados dos grandes mascarones de piedra, corre un entablamento sostenido por otras dos pilastras, entre las cuales asoma un arco dentro otro mayor, que no son más que un puro y trivial adorno. Sobre la plena cimbra de entrada álzanse otros dos cuerpos; pero tan sobrecargados de balcones, tan llenos de extrañas aberturas y coronados de frontones tan ridículos, que se van involuntariamente los ojos hacia dos altos cilindros que ocupan los ángulos de tan singular fachada. Presentan estos cilindros bellas estrías y largos paramentos que ya les dan el aspecto de torres, ya el de columnas gigantescas privadas de sus capiteles.

Triste, muy triste es ver tan adulterado el arte en este y otros templos: no se descubre en ellos sentimiento ni inteligencia; no hay nada motivado por el gusto; no están siquiera entendidas las leyes del estilo á que lo sujetaron sus autores. Se empezó esta catedral en buena época, pero se la continuó y sobre todo se la concluyó en un período fatal para las artes. Concibióse el proyecto de la nueva obra el año 1528 en que

D. Bernardino de Contreras, provisor por César de Riario, patriarca de Alejandría, presentó la muestra y traza de ella ante un respetable concurso, compuesto del cabildo, el corregidor de la ciudad, el alcalde mayor, seis regidores, dos jurados y muchos hidalgos vecinos de Málaga invitados al efecto (1); mas ni

(1) Sesión del cabildo del 29 de Marzo de 1528. «Domingo 29 dias del mes de marzo año del nascimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos y veinte y ocho años, estando en las casas del cabildo de la dicha iglesia, donde comunmente se suelen ayuntar los revdos. ss. dean é cabildo de la dicha iglesia que es en la claustra de la dicha iglesia nombrada por el reverendo Sr. Dr. D. Bernardino de Contreras, provisor en la dicha iglesia por el Ilmo. y Rvmo. Sr. D. Cesar de Riario, patriarca de Alejandría, obispo de Málaga para la causa é negocio infra escripto, conviene á saber el licenciado D. Andrés Lopez de Frias, alferez de S. S., dean, D. Juan Cea. arcediano de Málaga, D. Antonio de Hojeda, tesorero, D. Lorenzo de Padilla, arcediano de Ronda, D. Pedro Amato, arcediano de Velez, D. Bartolomé de Vaena, prior, Gonzalo Sanchez, Diego Megía, Juan de Logroño, Francisco del Pozo, Juan de Angulo, el licenciado Alonso Fernandez de Valde Olivas, Cristóbal de Mosquera, Pedro de Orihuela, canónigos, é Juan Escudero, Pedro Tamayo, racioneros, é Antonio Bocanegra, Antonio de Aguilar, é Luis Lopez, capellanes en la dicha iglesia, é los ss. Hernan Perez de Lujan, corregidor, é el licenciado Fernando de Monzon, alcalde mayor, Francisco Lobato, alguacil mayor, Gutierre Gomez de Fuensalida, comendador de los bastimentos, D. Gomez Manrique, comendador de la orden de Calatrava, el comendador Gomez Suarez de Figueroa, Hernando de Ancibuy, Juan de Torres, Gabriel de Conela, regidores, Juan Diez é Juan Cid, jurados, Pero Laso de la Vega, Gregorio de Rojas, Jorge Proanio, Diego de Catalles, R.º de la Fuente, Sancho de Monasterio, Diego de Avila é otros muchos nobles vecinos de la dicha cibdad; el dicho Sr. provisor dijo en presencia de los dichos señores que con el ayuda de Ntro. Sr. queria hacer comenzar á edificar la iglesia mayor desta cibdad, para lo qual él ha hecho hacer una de muestra y traza é ha hecho venir á esta cibdad al maestro Enrique, maestro mayor de la iglesia de Toledo, así para que viese la dicha traza como para que viese el lugar y sitio donde la dicha iglesia se ha de edificar y sobre todo diese su parecer; el qual dicho maestro, juntamente con Pero Lopez, cantero, lo han visto todo y dicen que la dicha traza está muy buena y el tamaño de la iglesia es muy bueno, y han señalado donde la dicha iglesia se edifique: por tanto que suplicaba á sus mercedes, pues el efecto de esta obra era para el servicio de Ntro. Sr. Dios donde su santo nombre fuese loado, honra de los cavalleros vecinos desta cibdad y de muchas personas de diversas partes que á él vienen por ser como es puerto de mar, que cada uno dijese su parecer, para que visto y acordado por todas sus mercedes con el mejor parecer y acuerdo se comenzase. E luego todos dichos señores comenzaron á praticar muy largamente con los dichos maestros preguntándoles qué tanta largura, anchura y altura avia de tener la dicha iglesia y quántas navadas y quántas capillas y qué tan grande cada una; y los dichos maestros dando cuenta y razon á cada cosa que les han preguntado, y despues de muy largamente aver praticado en ello, fué acordado por todos los dichos señores que la dicha iglesia se comienze conforme á la traza y muestra que los dichos maestros allí mostraron, la qual se firmó de dicho Sr. provisor é de los dichos maestros, y que se edifique en el lugar y sitio donde los dichos maestros han señalado, y que el fundamento della



CATEDRAL. — PUERTA DE LAS CADENAS

con la actividad del provisor ni con exhortar á los fieles á que contribuyeran á los gastos de fábrica, se pudo acelerar la construcción de la obra, tan lenta, que en sesión de 15 de Enero de 1665 el prelado fray Alonso de Santo Tomás propuso al cabildo á fin de poder continuarla influir con el rey para que pidiese al Papa dos mil ducados anuales por espacio de diez años. Ofreció por de pronto fray Alonso cuatro mil ducados, y acordó el cabildo en el mismo día dar de su mesa capitular otros mil quinientos al año durante el mismo decennio; mas ni aún así pudo medrar el monumento, que para colmo de desventura padeció mucho en 1680 á causa de un violento terremoto. Siguió incompleto y medio derribado hasta Octubre de 1719 en que el Sr. Cozar dió para irlo reparando el precio de sus coches, y á instancias del deán señaló el cabildo mil ducados anuales para el mismo objeto. Merced á estas dádivas y á los arbitrios que concedió el Rey en Mayo de 1723 notóse alguna animación en la obra: ¿cómo estaría antes cuando en el acta de la sesión celebrada en 28 de Marzo de 1753 leo que el cabildo recibió del obispo dos libranzas de cuarenta mil ducados para el cerramiento de las bóvedas? Después de tantas pensiones y arbitrios, después de haberse asignado á la obra ciento cincuenta mil ducados sobre las rentas del muelle por real cédula de 1754, hubo de suspenderse en 10 de Enero de 1765 la continuación de las torres de la fachada y hoy una de ellas está incompleta: ¿puede darse mayor idea del coste de esta fábrica? ¡Lástima que tantos sacrificios hayan producido tan tristes resultados (1)!

Escasean en Málaga los monumentos, y los pocos que subsisten carecen en casi todas sus partes de unidad y de interés artístico. La iglesia de Santiago, la de Santo Domingo que levanta sus humildes muros junto al puente de Guadalmedina, la del convento de la Victoria levantado sobre la misma huerta

---

sea muy perfecto, porque así se acabará mediante Ntro. Sr. para cuyo servicio la dicha iglesia se hace.» (*Archivo Capitular*, libro de Actas Cap.)

(1) He sacado todos estos datos del mismo libro de Actas Capitulares.

del Acibar, en que estuvo sentada la tienda de campaña de la Reina Católica, ninguno de los templos diseminados en la ciudad abre campo á la imaginación ni á los sentidos. Debajo de la iglesia del convento de la Victoria hay un panteón donde están



MÁLAGA.—PUERTA DE LA IGLESIA DE SAN BARTOLOMÉ

enterrados los condes de Villalcázar; y aun en aquella mansión de la muerte hay frívolos y caprichosísimos adornos.

Málaga tiene en cambio una animación que buscaríamos inútilmente en ninguna de las ciudades de aquel reino, ni aun en la misma Granada, hace cuatro siglos una de las más brillantes capitales de la culta Europa. Quedó después de la conquista sin más vecinos que Alí Dordux y otros ciento sesenta moros propietarios; y llegó por de pronto á tal estado de abatimiento, que estaba desierta la Alcaicería, derribadas muchas de sus tiendas en Mayo de 1489, y otras muchas amenazando ruina (1). Conocieron los Reyes Católicos cuánto convenía dar

(1) «Otrosí porque somos informados de Cristóbal Mosquera é Francisco de Alcaras, nuestros repartidores de la dicha cibdad de Málaga, quel circuito del Al-

vida á ciudad tan bellamente situada á las orillas del Mediterráneo; y le dieron una carta de población, otra de fuero (1), le concedieron ferias y mercados, ofrecieron grandes mercedes á los que de nuevo la poblasen, convidaron á poblarla á los genoveses, que ocupaban uno de sus barrios en tiempo de los moros (2), le permitieron reanudar con las costas de África las relaciones comerciales que con ellas había tenido durante la dominación romana (3), dispusieron cuanto estuvo á su alcance para la reparación de sus muros (4), levantar las casas caídas,

---

cayzeria de la dicha cibdad es todo tiendas é estan caidas é mal reparadas por no aver quien las repare, porque aquellas con las otras de la dicha cibdad es mucha cantidad de tiendas é que sería é es mas nuestro servicio que se diesen por solares de casas que no que las dichas tiendas se cayan, por ende mandamos á los dichos nuestros repartidores que repartan la dicha Alcayzeria á quien entendieren que mas prestamente ó mejor las podrán labrar de casas.» R. C. dada por los Reyes Católicos en la ciudad de Jaén á 27 de Mayo de 1489. *(Archivo municipal,* libro 1, f. 2.)

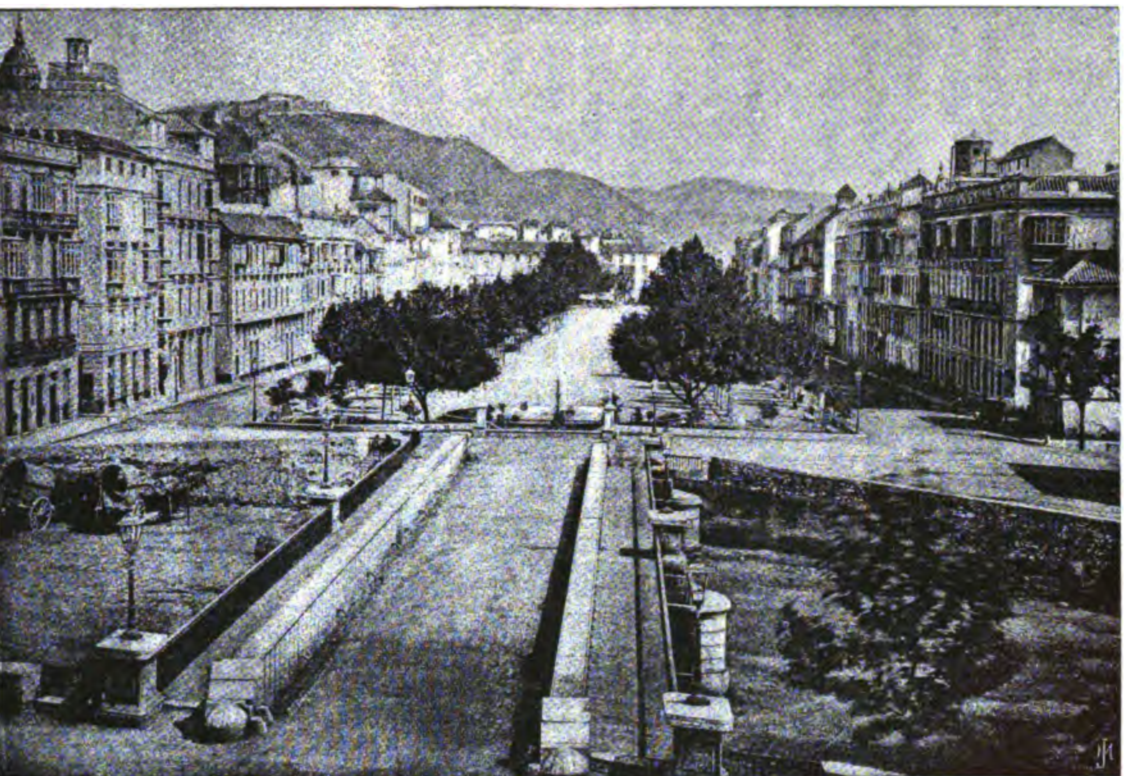
(1) La carta de población es la R. C. citada en la nota anterior: la de fuero, dada en Sevilla á 6 de Mayo de 1490, está continuada en el mismo lib. 1, fol. 59.

(2) «Otrosí es nuestra merced que si se fallaren tales personas ginoveses que quieran facer y labrar las casas que antes eran de ginoveses á la ribera del mar de la dicha cibdad, que los dichos nuestros repartidores les señalen é den suelos para en que las hagan é labren, é que labrádolas sean suyas é puedan facer é fagan dellas después de labradas é fechas todo lo que quisieren é por bien tovieren como de cosa suya propia, porque labrándolas Nos les facemos merced dellas.» (R. C. de 27 de Mayo de 1489.)

(3) Los Reyes Católicos obtuvieron para ello permiso de S. S., que lo concedió: «acatando que las dichas cibdades é villas é lugares que Nos avemos ganado é esperamos ganar con la ayuda de Nuestro Señor en el reyno de Granada de los moros enemigos de Nuestra Santa Fé Católica, especialmente las cibdades é villas é lugares dellas que son en la costa de los mares acostumbran tratar é trataban antiguamente con los moros de allende en las partes de África, é siendo informado que si este trato é comercio agora cesase, las dichas cibdades é villas é lugares del dicho reyno de Granada no se podrían bien poblar ni los vecinos dellas sustentarse... etc.» (R. C. fecha en Córdoba á 8 de Noviembre de 1490, lib. 1, fol. 17.)

(4) «Otrosí por quanto los muros de dicha cibdad han menester repararse é labrarse luego, porque ansi cumple á nuestro servicio é á la buena guarda della, nuestra merced é voluntad es de nombrar é nombramos por obrero para que faga labrar é reparar los dichos muros é edificios de la dicha cibdad á Fernando de Arévalo por dos años que comienzen desde primero de Enero deste presente año de ochenta é nueve, é que lo que montare en la costa y labor de los dichos muros se aya de pagar é pague de lo que mandáremos dar de propios á la dicha cibdad de los dichos dos años, porque pasados los dichos dos años dende en adelante la dicha cibdad nombre obrero para las dichas labores de dos en dos años.» (R. C. de 27 de Mayo de 1489.)

MÁLAGA



Vista de la Alameda

poner en estado de defensa los castillos y embellecer la ciudad con nuevos edificios. Consiguieron ya antes de morir verla poblada, floreciente, dispuesta á hacerse entre las ciudades marítimas la Málaga de los árabes, romanos y fenicios. Creció la ciudad de día en día, prosperó, se hizo rica y poderosa; y cuando se encontró estrecha dentro de su recinto, invadió la Alcazaba, saltó los muros que la oprimían, y se extendió por la llanura más allá de la ribera del Guadalmedina. Se remozó desde entonces; y á las tristes fachadas de las viviendas construídas por los moros substituyó otras no muy elegantes pero alegres, pintadas de risueños colores, animadas por anchos balcones que cubre tal vez en forma de cortina la verde enredadera. En el lugar de su célebre Alcaicería levantó modernamente los pasajes de Larios y de Heredia; y los jardines que adornaban el interior de sus casas los trocó por una hermosa alameda, entre cuyos árboles figuran bustos de mármol y una fuente que deja caer sus aguas por los bordes de una triple copa. No satisfecha con el movimiento que da de sí el comercio, abrió grandes talleres industriales donde elabora el algodón y sujeta el hierro á todos sus caprichos, animó con ellos su campiña, que se extiende hasta el pié de unas sierras sombreada por frondosos árboles é interrumpida por colinas cubiertas de vides y alquerías, construyó un muelle paralelo al antiguo y mejoró notablemente su puerto, según expresión del citado Llitrá, semipuerto y semiplaya. Fué en muchos tiempos llave y cabeza de Andalucía, y no será difícil que vuelva á serlo, atendido su incesante progreso y sobre todo la rápida decadencia en que se encuentran Cádiz y todas las ciudades del reino de Granada.

Rivalizó durante la Edad media con Málaga la ciudad de Almería; no ya hoy, que yace triste y silenciosa en su desierta playa. Almería es un cadáver animado por el galvanismo: no presenta vida sino cuando la agita el extranjero tumulto de sus ferias y mercados. Sus calles están casi siempre solitarias;



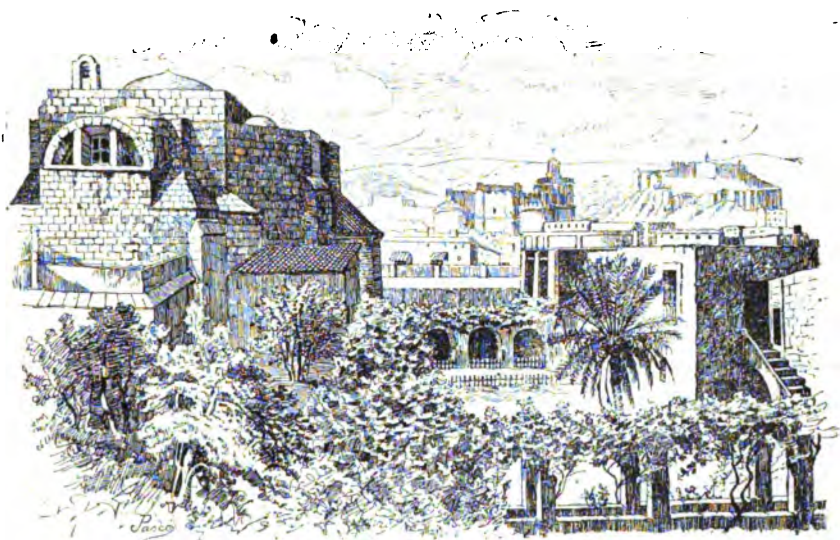
Fuente de la Alameda

en sus paseos no se oye de ordinario más que el susurro de los árboles. La industria no levanta allí la voz sino al pié de las olas del mar, donde se funde y se trabaja el plomo; el comercio está en espantoso abatimiento, la agricultura perece por carecer de aguas que fecunden la espaciosa vega. El árbol que más abunda en la ciudad y sus alrededores es la oriental palmera, esa planta importada por los árabes que crece en los secos arenales del desierto.

Está sentada también Almería á la orilla del mar, en un valle que formaban poco há dos cerros coronados por una alcazaba y un castillo. Ceñíanla poco há también altos muros que bajaban de las contiguas fortalezas y se extendieron probablemente en otro tiempo hasta otra peña que reflejan las aguas del Mediterráneo; pero sin contener en su recinto más que las casas de la ciudad vieja, dividida del populoso barrio de las Huertas por los mismos muros y un paseo que llaman la Alameda. Descuellan sobre las bajas azoteas del casco de la ciudad los templos de Santo Domingo, San Pedro y Santiago; levanta sobre todos la frente una orgullosa catedral cuyas paredes cortadas por almenas y torreones recuerdan aún los monasterios feudales de los siglos medios; y el viajero cree distinguir aún en el conjunto la sombra de esas antiguas sociedades en que hasta la iglesia era belicosa y los pueblos tenían siempre sobre sí la espada de su señor y la cuchilla del verdugo. Todo presenta cierto carácter sombrío y melancólico en esa ciudad antigua; hasta las mismas vertientes de sus cerros cubiertas de espinosos nopales. Extiéndese por ellas el barrio de San Cristóbal, y están todas sus viviendas tan aisladas, que en él más que en ningún otro punto se siente pesar sobre ese pueblo lo pasado. Presenta aún la ciudad en su parte material el risueño aspecto de casi todas nuestras poblaciones marítimas, limpias, de aseadas calles, de risueñas casas, de plazas circuídas de pórticos y animadas por vistosos jardines; pero no suple con esto la vida y la animación de Málaga, de la que se distingue hasta en el habla y

el traje de sus moradores, vestidos de anchos zaragüelles y chalecos de seda labrados, como los que se usa en los reinos de Murcia y de Valencia.

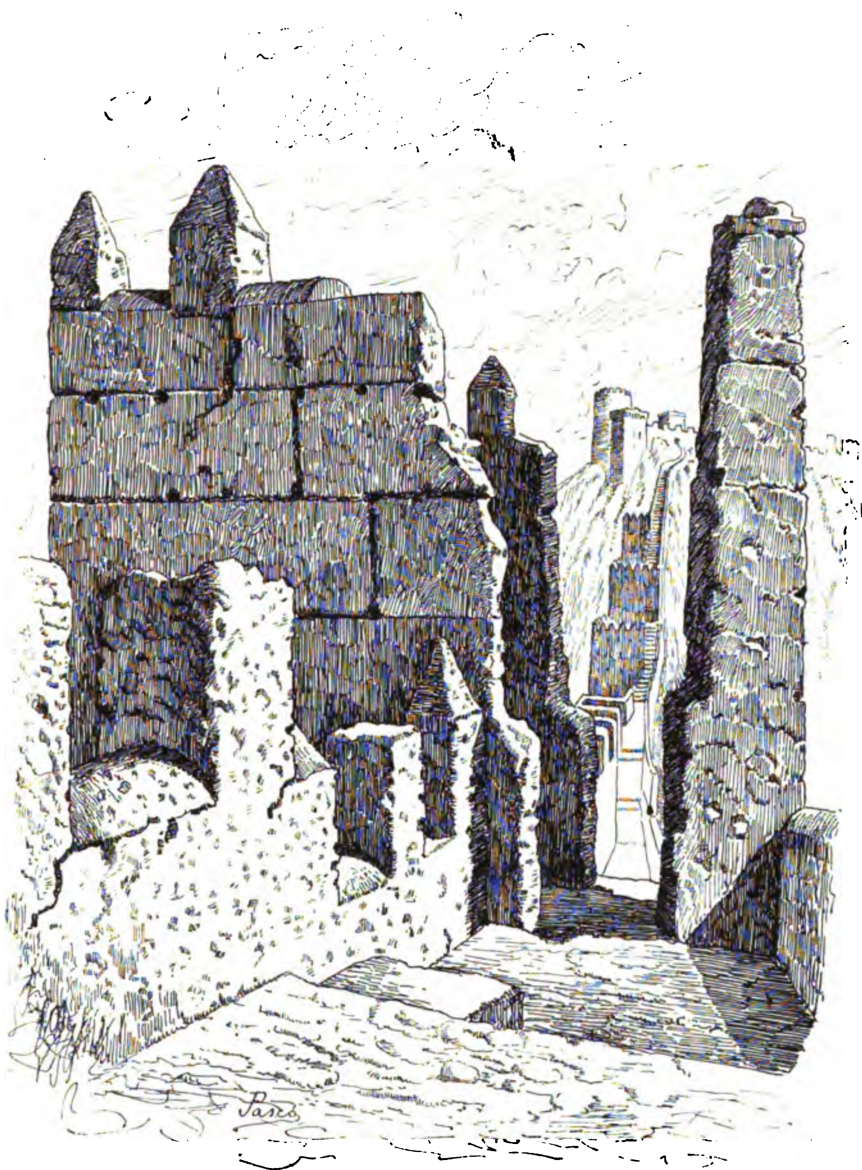
Tiene en cambio Almería interesantes monumentos. Está



ANTIGUA VISTA DE ALMERÍA

aún en pié su catedral: quedan aún restos de sus orgullosas y formidables fortalezas, que corrían del mar al monte, del monte al valle, del valle á la cumbre de otro cerro y del cerro á la ciudad, que oprimían con una larga cadena de torreones. Ocupó su Alcazaba la cúspide de un monte sembrado de ruinas y cubierto de nopales en cuya falda había torres medio caídas que abrían paso á dos extensas plazas, rodeadas de altos y estrechos muros con almenas. No conservaba la primera de estas plazas, cuando la ví, sino unas bóvedas de ladrillo que cubrieron al parecer la galería de un aljibe y una cisterna profunda cuyos prolongados ecos despertaba la piedra que por acaso hacía rodar en su fondo la planta del viajero; pero excitaba todavía

vivo interés la segunda, sobre que descollaba majestuosamente el torreón del Homenaje, circuído de sólidas murallas, defendido por espantosos abismos y embellecido por dos fachadas góticas entre cuyas severas ojivas campeaba el escudo de armas de Isabel y Fernando. Conservaba este torreón sus bajos y oscuros salones, sus pasadizos cortados por cuatro grandes miradores, sus altísimos adarves, recuerdos de un puente levadizo, una puerta de comunicación con el andén de la muralla que dividía los dos reductos de la fortaleza; y se presentaba por todas partes tan imponente, tan soberbio, que él solo á pesar de no llevar origen más que del siglo xv, parecía condensar la historia de tantos siglos como pasaron sobre el monumento. Alzábanse á su lado otros dos torreones, uno de ellos cerrado por una cúpula á cuyo vértice conducía una serie de escalones que bajaban desde él hasta el vecino adarve, coronado el otro de una estrecha barbacana cuyas trilobadas ojivas descansaban en repisas góticas de bellísimas molduras; pero quedaban todos pequeños y mezquinos ante ese coloso que elevaba su frente sobre toda la fortificación y parecía abarcar con su mirada los más lejanos horizontes. No llamaba después de él la atención sino el vasto lienzo de muralla que desde esta alcazaba descendía al llano y trepaba de roca en roca por la rápida vertiente del cerro en que está el castillo de San Cristóbal. Tenía este muro un declive aterrador, templado por unas angostas escaleras abiertas al través de torres ruinosas que iba agrietando y arruinando la mano de los siglos; y se estremecía involuntariamente el que lo recorría al considerar que por aquellas gradas que recorría uno con pié mal seguro y receloso habían pasado en otras épocas rodando entre cadáveres guerreros vestidos de pesadas armaduras, amenazados aquí por hondos precipicios y allí por las armas enemigas. Era difícil hacerse cargo de tan extensa fortificación: sus cubos y sus torres iban siguiendo la pendiente de los dos cerros, y asombraba la altura de los que partían del fondo de la quebrada. El castillo de San Cristóbal



ALMERÍA. — ANTIGUAS MURALLAS

apenas era más que la continuación de ese muro: se unía con él, bajaba con él por la vertiente opuesta y corría á enlazarse con los de la ciudad, presa entre las dos fortalezas como entre las garras de dos leones.

La catedral es también un castillo. Cuatro torres de grandiosos sillares defienden sus ángulos, y hasta el ábside presenta la forma de un torreón polígono. Almenas y troneras protegen lo alto de sus muros; y aunque no asoman ya en ellas ni espingardas ni cañones, es fama que los hubo en los tiempos, en que las armadas turcas amenazaban sin cesar las costas del Mediterráneo. En 1517, cuando no estaba aún reconstruída la obra que hoy existe, gastó ya el cabildo veinte mil maravedises en armas; distribuyólas al año siguiente entre los beneficiados de la iglesia; hizo años después, edificado ya el templo, nuevo acopio de pólvora y fusiles; compró posteriormente tiros pedreros, más allá arcabuces y mosquetes: ¿cómo no había de tomar la catedral ese aspecto militar que la caracteriza? Cuando se organizaba el cabildo militarmente ¿podía dejar de tomar la iglesia las formas de un baluarte? Cayó la antigua catedral á impulsos de un terremoto el día 22 de Setiembre de 1522; y es probable que, si no en aquel año, á principios del siguiente se empezaría su reconstrucción, para la cual se había recurrido á la munificencia de los Reyes y se había obligado el cabildo á ceder durante cuatro años lo que le tocase por derecho de acrecer al ausentarse un prebendado. Siguióse trabajando en la obra hasta fines de aquel siglo, en que es sabido que no cesaron sino muy tarde las amenazas de invasiones turcas (1).

(1) He aquí los documentos en que apoyo estos hechos. *Archivo Capitular* de Almería, libros de actas, sesión del 25 de Marzo de 1518. «En la cibdad de Almería, dentro de la iglesia catedral della en veinte i cinco dias del mes de Marzo de M.D.X.VIII este dia los reverendos señores dean é cabildo de la dicha iglesia, conviene á saber, etc., todos estando juntos en su cabildo é ayuntamiento dijeron: que por quanto por mandado de su señoría el año pasado de quinientos diez y siete se compraron veinte mil maravedís de armas para que estobiessen en esta iglesia catedral así para la defension della y de sus inmunidades como para la nueva que se insurgió de los turcos é de su armada que tenian hecha para venir

La fachada mayor de esta catedral tiene en sus ángulos dos grandes estribos ó pilares que llevan en sus bases dos ángeles de alto relieve, en sus capiteles dos bellos mascarones y en los remates dos jarros entre los cuales corre un antepecho embellecido por entrelazos árabes. Es de orden corintio. Cuatro columnas estriadas, sostenidas por dos pedestales en cuyo liso figuran dos ángeles al pié de una palmera, llevan sobre sus abacos un hermoso entablamento entre cuyos adornos se distinguen por su delicadeza y frescura las hojas que decoran todo el friso. Están adosadas las columnas á pilastras, y llevan entre ellas dos nichos vacíos, cuyos adornos consisten en la cabeza de un querubín entallada al pié y un busto al parecer romano que se eleva sobre una graciosa concha. Cobija el entablamento la puerta que da paso al interior del templo, puerta cuadrangular rica en molduras sobre la cual corre un frontón que desvirtúa algo el efecto del conjunto.

Carga sobre este primer cuerpo de la fachada otro segundo, bello también y de gallardas proporciones, en que el artista desplegó la misma elegancia y riqueza, deseoso tal vez de evitar el ingrato contraste que presentan las fachadas de su época, tan embellecidas en los cuerpos inferiores como desnudas y frías

---

en estas partes, é así por estas razones las dichas armas se compraron y estan en la librería de esta iglesia, é que agora porque las dichas armas no se tratan é se devrian é se podrian perder é dañar, por tanto que acordaban y acordaron que las dichas armas se repartan entre los beneficiados de la dicha iglesia, etc...» Sesión del 24 de Octubre de 1522. «Que por quanto esta cibdad é iglesia plugo á Nuestro Sr. de la asolar de un gran terremoto que le vino á 22 del mes de Septiembre pasado de este año de mil quinientos é veinte é dos años que para remediar la iglesia della y reedificarla de nuevo hay necesidad que vaya una persona del cabildo á la corte para procurar con su magestad que la mande reedificar porque sus rentas no son bastantes para ello, y para que si su magestad no curava de la reedificar, con su licencia y consentimiento viendo la destruccion de muros desta cibdad que nos podamos trasladar á otra cibdad ó villa ó lugar de este obispado donde á su magestad pareciere.» Sesión del 1.º de Octubre de 1526. Por ella consta la cesión hecha en 1522 por el cabildo. Sesión del 12 de Mayo de 1580. «Que se diga al racionero Paredes, mayordomo que fué de la fábrica, dé quenta de las armas y pólvora que estaban en la iglesia y que las vean los SS. Diputados.» Sesión del 29 de Octubre de 1636. «Que se compren cincuenta arcabuces y veinte mosquetes, y que se pidan cuatro tiros pedreros que esta iglesia necesita para su defensa y se traigan y siempre esten en dicha iglesia.»

en los superiores. Decoró el autor este segundo cuerpo con un grande escudo imperial en el centro, dos guirnaldas en los lados de las que se destacan las figuras de San Pedro y San Pablo, y un nicho en que se ve la Virgen debajo del entablamento. Conocía y sentía el autor de esta fachada, lindísima á pesar de sus defectos: está bien proporcionada, tiene buen ornato y es en general bella y de buen efecto.

El interior de la catedral pertenece al estilo gótico de la decadencia. Divídenlo en tres naves diez y seis haces de columnas sobre cuyos capiteles, casi corintios, cargan los numerosos nervios de las ojivas en que descansan las bóvedas. Tiene en medio el coro, en la extremidad el presbiterio, en la nave lateral derecha y el ábside capillas profundas cuyas cimbras concéntricas están sostenidas por ligeras columnas coronadas de follaje. Campea entre las capillas de la nave una sencilla fachada donde el arco semicircular en degradación despliega sus bellas curvas entre dos agujas de cresterìa; y entre las del ábside una muy espaciosa y clara, en medio de la cual yace en rico sepulcro de mármol fray Diego de Villala, prelado que no perdonó sacrificio por levantar el templo en que se guarda con sagrado respeto sus cenizas. No es mucha la belleza que este interior respira; mas aun sus mismos defectos, hijos como son de una época que apenás comprendía ya el estilo con que se proponía desarrollar sus pensamientos, llaman la atención del artista. Son complicadísimas las claves de las bóvedas, están bastardeados los capiteles de las columnas, producen pésimo efecto las capillas laterales, ya por no guardar armonía con el resto del templo, ya por no ocupar sino una de las naves; pero no por esto mira uno con repugnancia ni indiferencia esos detalles, entre los cuales es principalmente digna de atención la sillería del coro, trabajada con delicadeza y gusto desde el año 1558 al 60 por el tallista Juan de Orea (1).

(1) Sobre esta sillería del coro hemos hallado en los mismos libros capitulares los siguientes documentos: Sesión del 26 de Marzo de 1558. «Este dicho dia

Por malo que parezca este templo al que lo vea sin observar que vienen á estar simbolizados en él los diversos principios arquitectónicos que al empezar el siglo XVI entraron en lucha, no dejará de ser mirado por él con cierto amor si lo visita después de haber recorrido los de Santo Domingo y Santiago y aun el de San Pedro, que no refleja su antigüedad sino en sus ennegrecidos paredones. Las iglesias de Almería son hijas más bien de la necesidad que del arte. Sólidas, pero frías y desnudas de todo adorno, sólo imponen por su sencillez; ni enardecen la imaginación del pintor, ni llenan de entusiasmo el corazón del poeta. Almería es, propiamente hablando, una ciudad en que murió el arte con los árabes: el viajero que desee buscar en ella algo que le halague, en lugar de introducirse en sus templos, sus plazas y sus calles, debe buscar las perspectivas que presenta, examinarla en conjunto desde sus mejores puntos de vista y verla desde el andén de sus viejos muros que á cada paso desarrollarán ante sus ojos panoramas llenos de vida y de hermosura.

Morían los últimos rayos del sol en Occidente, cuando recorriendo esas murallas ante las cuales combatieron tantos héroes de Aragón y de Castilla, tendía las miradas sobre la campiña y creí percibir aún á lo lejos alguno de los ejércitos que vinieron á sentar en ella sus vastos campamentos. Volví los ojos á la ciudad: un cenador cuyo techo de hojas y flores descansaba sobre rústicos pilares se extendía deliciosamente bajo mis plantas; un patio al que daba sombra una palmera corría más allá del estanque hasta el pié de una baja galería cubierta de

---

se dió otro libramiento para que el Sr. canónigo Zamora pague á Juan de Orea seis ducados, los quales son por la jornada que hizo en ir á comprar el nogal para las sillas del coro de esta iglesia.» Sesión del 17 de Junio de 1558. «Este dia se dió un libramiento del obispo y cabildo para que el Sr. canónigo Zamora, mayordomo de la fábrica desta iglesia, pague quarenta ducados á Juan de Orea para principio de paga de las sillas que empiece á hacer para el coro desta iglesia con dos sillas para muestra.» Sesión del 26 de Abril de 1560. «Líbrese á Juan de Orea el tercio postrero de la obligación de las sillas, y mas doscientos quince ducados por la silla episcopal y demasías.»

verdura; levantábase á mi izquierda la severa mole de San Pedro, cuyos altos techos apenas dejan entrever su cúpula, á mi derecha la Alcazaba con sus desmoronados torreones y plazas solitarias, en el centro la catedral, cuya torre cuadrada parecía haber recogido los últimos reflejos de la luz del día, en el fondo elevados cerros, cuyas azuladas vertientes estaban medio envueltas en las primeras sombras de la noche. Bañóme el alma dulce melancolía, y no pude dejar sin dolor una ciudad que en su abatimiento presenta aún cuadros poéticos y respira cierto aire oriental que permite recordar el tiempo en que fué autónoma y buscaron asilo á la sombra de su trono los poetas y los sabios que acababan de abandonar los ensangrentados muros de la ciudad de Córdoba.

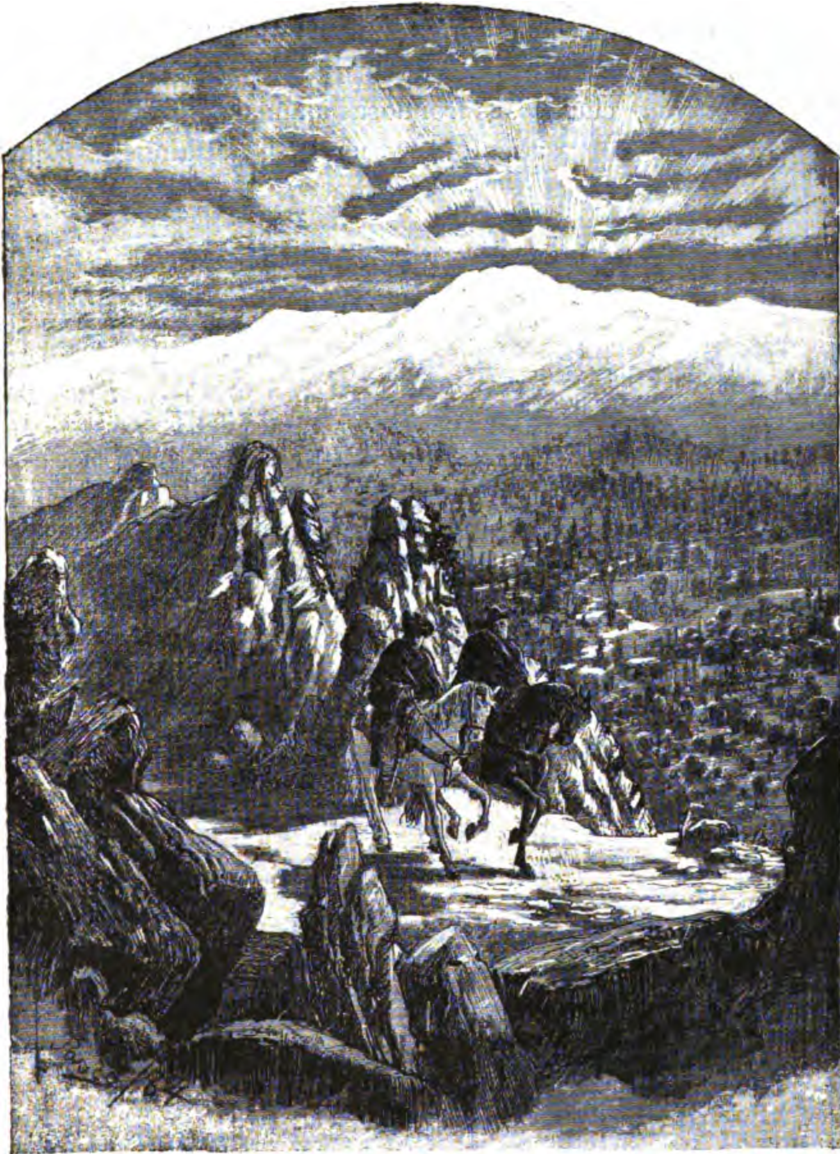
Al salir de Almería poco queda ya por recorrer del reino de Granada. Cayeron con ella en poder de los cristianos los pueblos sentados desde sus costas á las de Málaga; cayeron esas temidas Alpujarras que un siglo después se levantaron contra Felipe II, y llamaron la atención de Europa; mas ¿qué puede buscarse ya en todas estas poblaciones sino recuerdos de escenas dolorosas consignados casi todos en las páginas de esta obra? Motril, visto desde la vertiente meridional del Puerto, presenta todavía una hermosa perspectiva: vese en el fondo el mar teñido tal vez de púrpura por las nubes sobre él formadas, al pié del mar una vega en que crece el algodón y la caña de azúcar, en medio de la vega la ciudad, puesta al rededor de un cerro en cuya cumbre hay el templo de la Virgen de la Cabeza. Bájase á ella por una cuesta cercada de pitas y nopales; y no bien se penetra en una de sus calles, cuando se respira ya esa alegría que se siente al ver las enlucidas casas de todos los puertos de la Península. Es Motril una ciudad pequeña, pero de buenas calles y mejores plazas: tiene una iglesia de tres naves en que asoma aún el arco ojivo, un convento de bella ensambladura por debajo del cual pasa una acequia que corre á fecundar la vega; una ermita construída, según tradición, por la reina Doña

Juana, en cuya sacristía se conserva la piel de una serpiente enorme, terror en otros tiempos de la comarca. Descúbrense desde el montecillo en que está situada esta ermita vistas pintorescas, marinas risueñas, cuadros bellísimos en cuyo fondo se descubre no pocas veces el castillo y la ciudad de Salobreña donde están vinculados los recuerdos de tantos héroes; pero nada presentan ni la ermita ni los demás monumentos que pueda figurar en las páginas del álbum de un artista.

Bellezas monumentales no las hay ya ni en Motril, ni en Almuñécar, ni en el mismo Velecillos, sentado en la falda de un cerro cuya cumbre ocupan los restos de un castillo pentagonal más notable por su severidad, su solidez y las peñas que le sirven de cimiento, que por la buena proporción y gallardía de sus formas; no hay en toda esta provincia sino bellezas naturales, hijas de las misteriosas armonías que brotan á cada paso de la superficie general del mundo, bellezas dignas también de atención para el que sepa sentir en medio de los grandes espectáculos, en el fondo de los valles, en el seno de los montes, á las orillas de los ríos, al pié de los torrentes. No bien se sale de Velecillos en dirección á la Alpujarra, se da con inmensos olivares al través de cuyo oscuro ramaje se descubre á derecha é izquierda campos de maíz y árboles que se inclinan bajo el peso de sazonadas frutas; déjase atrás los olivares, y se entra en las solitarias márgenes del Orgiva, cuyas aguas se deslizan mansamente entre juncos, adelfas, cachombas y ligeras cañas; álzanse á un lado los majestuosos montes de la Sierra de Lujar, cubiertos por el roble y el agreste pino; bajan por el otro con estrépito los torrentes de Ifo, que braman como llenos de cólera al pasar oprimidos entre dos altísimos cerros cuyas cumbres une un sencillo puente de madera; vese más allá algunas cuevas de estaláctitas parecidas á la más delicada filigrana; descúbrese por fin la vega de Orgiva, la falda de la sierra de que fué cabeza, las anchas riberas del río Sucio; y al paso que corren los ojos de uno en otro objeto, vuela la imaginación, cruza los es-

pacios, rasga el velo del firmamento y penetra en las regiones de lo infinito. No son de menos interés las Alpujarras, cerros ásperos cubiertos hasta sus cumbres de trigo, de maíz, de árboles frutales, cerros que á fines del siglo XVI vieron á los ofendidos moriscos desenterrar las armas de sus abuelos y desafiar al más poderoso monarca de la tierra, cerros que tienen vinculada en sus riscos y barrancos la tradición de tan sangrienta lucha, y hablan aún al viajero de escenas de muerte y exterminio, de moras arrojadas en el abismo, de cristianos sumergidos en los ríos, de pueblos devorados por las llamas, de reyes levantados hoy sobre los escudos de sus soldados y entregados mañana al puñal del asesino. Están las Alpujarras llenas de villas y lugares, regadas por copiosos manantiales, cruzadas en su raíz por una acequia que llaman aún del Moro, acequia cuyas aguas se precipitan por entre altas y verdes yerbas desde un otero al valle; y esta acequia y estos manantiales y estos pueblos, recuerdan aún que vivieron allí los árabes, que no dejaron este país hasta que ya vencidos y desterrados tuvieron que buscar hospitalario asilo en esas mismas playas de África, de que habían venido ocho siglos antes á conquistar el Reino. Los manantiales y la acequia alegran al viajero; pero no ya los pueblos, de calles tortuosas, de casas humildes con rústicos soportales, de plazas informes y desiertas en que suele levantar la iglesia parroquial sus paredes de mampostería y una torre ya cuadrada, ya octógona, cubierta por un obelisco de teja ó de pizarra. Presentan todos un carácter triste, miserable, oscuro; y no puede menos de sentirse cierto pesar al ver que yacen en tan espantosa decadencia poblaciones que fueron en otro tiempo formidables.

No te detengas en ellos, lector, si no es que quieras oir sus tradiciones; dobla sus cumbres y corre á tomar por Guadix el camino de Granada. Admira al paso los Chaparrales de Diezma, vastos paisajes que se dibujan en el fondo de Sierra Nevada, las Muelas de la Vieja, altura erizada de peñascos desde la cual se descubren extensos panoramas, los bien situados pueblos



Chaparrales de Diezma

de Huetor y el Fargue, y por fin la Vega de Granada en que voy á evocar á tus ojos las sombras de los Reyes Católicos y las de tantos héroes como vinieron á sentar sus pendones en la última capital del Islamismo. La Alhambra te abrirá sus espléndidos salones, la ciudad sus frondosas alamedas, el Albaicín sus ruinas: respira, cobra aliento y sígueme en la última jornada.





CAPÍTULO XXII

Situación de Boabdil. — Tala de la Vega de Granada. — Sitio y entrega de esta ciudad. — Descripción de algunos de sus monumentos. — Alhambra. — Descripción de este suntuoso alcázar. — Generalife.

AÑOS DE 1490, 91 Y 92

BOABDIL reina sin rival en Granada, pero lleno de temor y sobresalto. Apenas se le obedece más que en el estrecho espacio que puede abarcar desde las torres de la Alhambra; y aun en tan estrecho espacio cuenta más enemigos que soldados.

Su molicie, sus sangrientas venganzas contra los partidarios de el Zagal, y sobre todo su funesta amistad con los reyes cristianos, le han atraído el odio y el desprecio de sus súbditos, que, al ver flotar las banderas de Castilla, se agitan llenos de furor, y sólo se agrupan en torno suyo obligados por la necesidad de reunir todas sus fuerzas contra ejércitos vencedores de Málaga, Baza, Almería y otras ciudades del reino. Apremiado por sus antiguos libertadores, que le exigen la entrega de Granada en virtud de su última alianza, estimulado por su orgullo, que no le permite poner en manos de sus enemigos una corona defendida por sus antecesores en cien campos de batalla, intimidado por los clamores del pueblo que pide á voz en grito la guerra, amenazado por unos, arengado enérgicamente por otros, movido por la alarma y desesperación de todos, resuelve al fin romper los vínculos con que le ataron sus propias desventuras, y trocando el cetro por la espada, salir de nuevo á la lid al frente de sus tropas; pero lo resuelve ya tarde, cuando ni el valor ni el heroísmo pueden hacer más que prolongar la lucha, multiplicar los males y agravar la miseria del vencido. Sale en efecto de la ciudad, cae sobre Alhendín, lo toma por asalto, lo destruye y aniquila, invade de repente las tierras de Cid Hiaya, toma y desmantela el castillo de Marchena, pone en alarma y temor la taha de Andarax, que posee el Zagal como feudatario de Castilla, y deja en todas partes marcada con sangre la huella de sus pasos: enardece con esto por instantes los ánimos del pueblo, aumenta su ejército, y crece en valor, confiando en su fortuna; convoca sus mejores caballeros, los consulta, les pide consejo, y no bien se convence de la necesidad de abrirse paso al mar á fin de recoger socorros de África, se dirige precipitadamente á las playas del Mediterráneo con el firme propósito de conquistar la fortaleza de Almuñécar. Grande es su ardimiento y mayor aún el entusiasmo que inspira: conmuévense y se agitan hasta los pueblos sometidos á los reyes de Castilla, enciéndese en el corazón de todos la esperanza, y hay todavía

quien crea en que la infausta estrella de Boabdil ha dejado caer su velo y alumbrará nuevamente por el camino de la prosperidad el reino de Granada.

Sigue Boabdil con afán la senda que al parecer ha de conducirle á reparar su fortuna y asegurar su trono. Ve en el camino de Almuñécar ocasión para apoderarse de Salobreña, la ataca, y toma al primer ímpetu los arrabales, poniendo en gran peligro á los cristianos y obligándolos á encerrarse en el castillo. Los cerca, estrecha de día en día el sitio, los reduce á la mayor escasez, los condena á morir de hambre, y ve al fin caer á cada paso de lo alto de los adarves cadáveres de hombres y caballos. Sabe que están en movimiento los cristianos de los pueblos inmediatos, que van á salir contra él caudillos esforzados, que el mismo rey Fernando acaba de reunir en Córdoba la flor de sus guerreros, deseoso de castigarle por su atrevida empresa; y no retrocede, no retrocede ni aun cuando Pulgar, ese héroe á quien llamaron el de las Hazañas, logra introducirse en el castillo con setenta de sus más bravos escuderos. Brama entonces de cólera, ordena sus huestes, y les manda que asalten el castillo sin dejar hombre á vida ni piedra sobre piedra. Lucha con valor; pero tiene ya cristianos á la espalda, siente tras sí los pasos de los reyes castellanos, y puesto entre dos fuegos, se ve obligado á retirar y marcharse con rapidez por las vertientes de Sierra Nevada.

¿Qué puede hacer ya Boabdil en una Corte circuída de peligros, que ha visto ya en su vega las armas del rey Fernando? Los ejércitos enemigos llevan consigo á Cid Hiaya y á el Zagal, y estos vengativos musulmanes los auxilian no sólo con sus armas, sino también con su astucia y su perfidia. Los Reyes Católicos, animados por sus últimas victorias, bajan de nuevo á la Vega con más de veinte mil soldados, recurren al incendio, y dejan yermos los campos, que eran la esperanza de los defensores de Granada. Los caballeros que acompañan á los Reyes, como si creyesen encadenada á sus banderas la victoria, se em-

peñan á porfía en las empresas más difíciles: entran en batalla con escaso número de tropas, se dirigen calladamente y de noche á la ciudad y llevan la osadía al extremo de clavar con su puñal en la puerta de la Mezquita mayor un pergamino en que va escrito el nombre de la Reina de los Cielos. Cree el rey Fernando llegada la hora de acabar con el imperio de los Alhamares, y entra por fin en la Vega con todo el grueso de sus tropas. Arrasa por tercera vez la campiña, corre hasta el valle de Lecrín, pretende forzar la aspérrima Alpujarra, y regresa después de algunos encuentros dejando monte y valle cubiertos de ruinas y cadáveres. No retrocede á Castilla como en las campañas anteriores; sienta sus reales en el pago del Gozco, los fortifica con fosos y murallas, y empieza á estrechar por hambre la ciudad, que cuenta aún fuerzas para resistir á sus armas.

Grande es en esto el apuro de Boabdil. Aunque ve cierta su caída, quiere animar á su pueblo y hacer alardes de valor; pero sin fruto. Sufre en cada combate una derrota, ve de día en día crecer el peligro, y abandonado por la suerte, llega á temer más de sus súbditos que de sus enemigos. Cuenta aún héroes entre sus soldados; y al ver en la Zubia á la reina Isabel, que, deseosa de contemplar mejor á Granada, se atrevió á bajar allí defendida por las tropas de sus mejores capitanes, manda contra el enemigo huestes que le obligan á la lucha; pero no alcanza sino la pérdida de más de dos mil hombres y el desconsuelo de ver entrar atropelladamente por las puertas de su corte los restos desbandados de su ejército. Sabe á poco que trata Fernando de talar las huertas y jardines que crecen al pié de los mismos muros de Granada, y resuelve salir en persona contra los cristianos al frente de sus escuadrones. Deja la Alhambra entre los sollozos de su familia, baja á los cármenes de Ainadamar, se arroja como un león sobre las tropas castellanas, combate con el mayor denuedo; y ahogado por el número de sus contrarios, poco favorecido por su caballería, y desamparado á poco por la infantería que cejó al primer ataque, ha de recurrir

también á la fuga y buscar su salvación en la velocidad de su caballo.

No le queda ya á Boabdil ni sombra de esperanza. Se incendia por un descuido el campamento de los cristianos y se construye en su lugar la ciudad de Santa Fe, ciudad con cuatro puertas y una plaza que hoy después de cuatro siglos conserva aún la forma de los antiguos reales. Empieza el hambre á hacerse sentir en la ciudad; crece el descontento y conduce lentamente á la anarquía; vagan por las calles turbas sin freno que amenazan con el robo y la muerte á los que no les abren sus arcas para alivio de la miseria pública; quéjanse acá y acullá contra el Príncipe, y todo presagia nuevas calamidades para aquel reino moribundo. Convoca otra vez Boabdil á sus consejeros, y no oye de boca de nadie sino palabras de dolor y abatimiento. Todos creen necesario transigir, temeraria la prolongación de la defensa; y aunque en su interior vacila y siente abatido el corazón por la melancolía, no puede menos de adoptar el parecer de la asamblea. Envía mensajeros á los Reyes para que estipulen las condiciones de la entrega, da en rehenes á su propio hijo, y espera el éxito en la Alhambra sin atreverse á parecer ante los suyos. Recibe la capitulación, y al ver respetada en ella su dignidad y aseguradas la vida, la libertad y las haciendas de los súbditos, reune al punto su consejo. Conmuévense al oirla algunos ancianos y derraman abundantes lágrimas: álzase Muza y protesta pretendiendo aún inflamar los ánimos con el fuego de sus palabras; pero todos callan, y el desventurado rey no encuentra sino la resignación para alivio de los males de su patria. Fírmase y ratifícase lo estipulado con los Reyes; ata el dolor los labios, vela el sentimiento del amor propio los ojos, y se retiran todos á esperar en el silencio de sus hogares el día de la entrega, que no había de amanecer según la capitulación hasta los dos meses (1).

(1) Las principales condiciones de la capitulación fueron las siguientes: la

No acabaron aún para Boabdil los sobresaltos. Hácese pública en Granada la capitulación á pesar del secreto con que se la hizo; arde en ira la muchedumbre, se arma á la voz de un ermitaño, recorre las calles de la ciudad, y produce tan grande alarma, que se cierran todas las puertas y el rey cree necesario atrincherarse en su palacio. Cesa al día siguiente el tumulto, desaparece el autor, y todo parece entrar de nuevo en calma; pero ni los sentidos acentos de Boabdil que arenga al pueblo, ni las pacíficas palabras que los Reyes Católicos dirigieron desde el campamento bien que envueltas en amenazas, ni la vista de su propia situación, logran aplacar por mucho tiempo la irritación de la multitud, que va creciendo sin cesar con el hambre y los demás sufrimientos de una ciudad sitiada. Asoman nuevos peligros, y llega la desventura de Boabdil hasta el punto de pedir por favor á sus enemigos que acorten el plazo de la

---

plaza había de ser entregada dentro de sesenta días; aseguraban los Reyes los bienes y las haciendas de los moros; no se podía imponer á los vencidos más tributos que los prescritos por las leyes musulmanas; el día antes de la entrega Boabdil y sus caballeros debían dar en rehenes quinientas familias principales; las tropas de Castilla el día de la entrada habían de ocupar la fortaleza de la Alhambra subiendo á ella por el campo, y los Reyes habían de devolver el hijo de Boabdil y otros jóvenes moros que en Moclín tenían; se debía respetar en todas sus partes la religión de los vencidos; no debía hacerse cambio ninguno ni en las leyes civiles ni en la administración de justicia; la instrucción pública había de continuar al cargo de los alfaquíes; los moros ausentes tendrían tres meses de término para someterse á las capitulaciones; ningún renegado podría ser molestado por su conducta de otro tiempo; los moros casados con cristianas renegadas no debían divorciarse, á no ser que la esposa manifestase deseos de volver á su religión primitiva; la mora que enamorada de un cristiano abandonase la casa de sus padres, había de ser depositada y amonestada; no podía exigirse lo apresado en guerras anteriores, pero sí el cumplimiento de todos los contratos legales; los judíos habían de gozar lo mismo que los moros de los beneficios de la capitulación; quedando excluídos del gobierno de Granada el Zagal y todos sus deudos y antiguos servidores; los litigios entre moros y cristianos habían de ser dirimidos por jueces de ambas partes; había de hacerse entrega recíproca de cautivos; debían ser escrupulosamente guardadas las acequias de aguas limpias y castigados los cristianos ó moros que las enturbiasen; debían ser conservados los alguaciles y almotacenes moros, y estar separadas las abacerías y carnicerías de vencedores y vencidos; debía ser castigado el que mezclase en ellas carnes vedadas. Existen estas capitulaciones originales en el archivo de Simancas; en el municipio de la ciudad no se conserva más que una copia autorizada.

entrada y se apoderen á la mayor brevedad posible de la Alhambra.

Queda, al fin, concertada la entrega para el 2 de Enero de 1492. Rehusa Boabdil aquel día los honores de rey; y al llegar la hora se despide tristemente de su alcázar. Monta á caballo y baja por la puerta de los Siete Suelos con su familia y cincuenta caballeros de su servidumbre. Da al punto con el cárdenal Mendoza, le habla primeramente en secreto, le dice á poco en alta voz que ocupe sus alcázares, y prosigue su camino hasta la margen del Genil, donde le espera el Rey al frente de su caballería. Apenas le ve, hace ademán de apearse y solicita besarle la mano; y como no se lo consiente Fernando, le besa en el brazo derecho, y le entrega con humildes y sentidas palabras las llaves de la Alhambra. Oye de los labios del Rey palabras de consuelo; mas anonadado por su desgracia, no tiene aliento sino para preguntarle á quién encomienda el gobierno de su ciudad querida. Galardona al agraciado con su sortija de oro, pidiendo á Dios que pueda con aquel sello gobernar á Granada mejor que la ha gobernado el último de sus reyes; y dando de las espuelas á su caballo, parte traspasada de congoja el alma al pueblo de Armilla, donde recibe su hijo de manos de la Reina.

Sale de Armilla, dirígese á Santa Fe, donde le desean los Reyes hasta saber el resultado de la entrega de Granada, y oye allí á lo lejos los vítores del ejército cristiano, que al ver enarbolados en la torre de la Vela la cruz y los pendones de Castilla, aclama con entusiasmo á sus monarcas arrojando de su pecho gritos de júbilo y de orgullo. Ve en torno suyo animación, vida, movimiento; y á cada paso que da siente más abatido su espíritu, más herida su dignidad, más patente su vergüenza. No bien llega á Santa Fe, cuando le conduce Hurtado de Mendoza con señaladas muestras de respeto á la tienda del Cardenal, ricamente adornada de oro y seda; pero ya ni en los obsequios de los demás halla consuelo. Desea salir del campa-

mento, evitar los ojos de sus enemigos, correr á buscar en su destierro de Andarax los desiertos y sombríos paisajes que han de divertir su melancolía. Sale de Santa Fe, y en llegando á la cuesta del Padul, como descubre por última vez á Granada, suspira por su patria.—¡Oh gran Dios!—exclama y tramonta la cuesta bañados en lágrimas los ojos y anudada la voz en la garganta. «Llora, llora como mujer, ya que no supistes defenderte como hombre,» oye de boca de su madre; y oculta el rostro entre sus manos sin poder arrancar del pecho más que profundísimos gemidos.

Con razón, con sobrada razón llora Boabdil: acaba de perder una corona legada por sus mayores, de entregar un reino á la esclavitud y la ignominia, de dejar para siempre los muros de una ciudad que fué su cuna y está sentada sobre una alfombra de flores, al pié de una sierra de cuyas vertientes se destacan las frondosas alamedas del Genil y el Darro. En esa ciudad defendida por más de mil torreones, á cuyos piés se extendían floridos cármenes y feraces huertas bañadas por las aguas de cien acequias, tuvo hace poco un trono, alcázares soberbios, encantados jardines morada del placer y de la poesía; y ha de trocarla hoy por una comarca fragosa donde sólo en el cielo podrá reconocer alguna vez algo de su patria. No verá ya esos dos ríos que se enlazan á las puertas de la ciudad como para fecundar mejor sus alrededores pintorescos; no verá ya esa espaciosa vega entre cuyos árboles blanquean tantas alquerías y palacios adornados de oro y de colores; no verá ya esos cerros desiguales que circuyen el campo y la ciudad como guardas celosos de su riqueza y su hermosura, cerros siempre bellos cuyas cumbres pinta el sol con sus tintas más caprichosas y fantásticas cuando baja al occidente. Con razón, con sobrada razón llora Boabdil, porque esa ciudad que los árabes llamaban justamente granada de rubíes, corona de rosas que salpicó el rocío, fuente que se derrama, estrella del mediodía, ciudad de las ciudades, no ha de volverla á ver él, que respiró por treinta

años el aire que la circunda, gozó de todos sus encantos y aspiró el aliento de su querida Zoraida al pié de sus más puras fuentes, á la sombra de sus más hermosos álamos y bajo las artesonadas techumbres de ese alcázar llamado Alhambra, que parecen haber escogido por asiento los genios de la belleza y la armonía.

Con razón, con sobrada razón llora Boabdil. Su destino alcanza á todos los súbditos, y son muchos, muchos los que lloran como él en el seno de sus hogares. El terror se ha apoderado de la ciudad; las puertas de las casas apenas se abren sino para familias que, no pudiendo sobrellevar la esclavitud, atraviesan los umbrales con la cabeza caída sobre el pecho para no volverlos á pisar en los días de su vida. Ata el rubor los piés, el temor la lengua; y todo está desierto y en silencio. ¿Cómo han de mirar sin dolor invadidos los salones del palacio de sus reyes y profanadas sus mezquitas? En vano se esfuerzan los vencedores por aquietar los ánimos; en vano ponen al frente del gobierno de la ciudad varones tan prudentes como el conde de Tendilla, prelados tan dulces como Talavera, políticos tan sagaces como Hernando de Zafra, á quien confían la interpretación de las capitulaciones: el grito del amor propio herido, la voz de la religión ultrajada, los clamores del horror á la servidumbre, no permiten aún la resignación ni las consideraciones que inspiran al hombre las incesantes vicisitudes por que pasa el mundo. En la mezquita mayor, en la del Albaycín, en otras muchas se alzan ya las imágenes del cristianismo; los ciudadanos hacen entrega de sus armas, rigen exclusivamente la ciudad los hombres de Castilla. ¡Ay! no parará aquí la desventura de los vencidos! Antes de terminar el siglo, un prelado audaz, que no vacila en sacrificar el cristianismo á la política, les quema en la plaza pública los libros santos y los libros de las leyes, y quiere imponerles con la espada sus propias creencias. Contra la voluntad de los Reyes se obliga á los vencidos á abjurar la religión de sus mayores, se les arranca sus antiguas costumbres

y se llega á negarles el uso de sus trajes, prescritos no sólo por el hábito de nueve siglos, sino también por las leyes del Profeta.

No tardarán tampoco en caer sus monumentos: un emperador orgulloso, á quien el espacio de dos mundos parece estrecho campo para sus conquistas, aplastará con la inmensa mole de su palacio los más hermosos salones de la Alhambra; caerán uno tras otro los gigantescos torreones de sus antiguos muros; sentarán los conquistadores sus viviendas sobre los castillos; levantará el cristianismo sus templos con los escombros de las mezquitas que adorna el oro y la deslumbrante pedrería. Después de los reyes y los prelados conspirará contra sus bellos edificios la misma naturaleza: violentos terremotos agitarán la tierra y sacudirán las obras de los Alhamares; devorarán incendios espantosos las artesonadas techumbres de su más rico alcázar. Invadirá la nueva población los esmaltados cármenes que fueron el placer de las sultanas, y se desgarrará el manto de flores con que la ciudad se cubre. Coronarán la obra de destrucción las revoluciones y las guerras: vendrá día en que el viajero apenas reconozca la ciudad de los árabes más que por su vega, su claro sol y su estrellado cielo.

Con razón, con sobrada razón llora Boabdil: ve cruzar ante sus ojos las sombras de lo futuro y llora sobre los destinos de su patria. Desaparecerá con los monumentos hasta el pueblo para que fueron creados. Obedecerá por algún tiempo el vencido morisco las impías órdenes de sus nuevos reyes; pero llegará día en que arrebatado por la desesperación, levantará sus manchados pendones sobre los muros de su Alcazaba, y desafiará el poder de uno de los más grandes monarcas de la tierra. Alzará un rey sobre su escudo y combatirá sin tregua; herido y ensangrentado seguirá aún con furor la desigual pelea; crecerá en valor con las derrotas, y llegará á conmover con su heroísmo los últimos límites de Europa. Desdichado como siempre, caerá vencido bajo la espada de D. Juan; y después

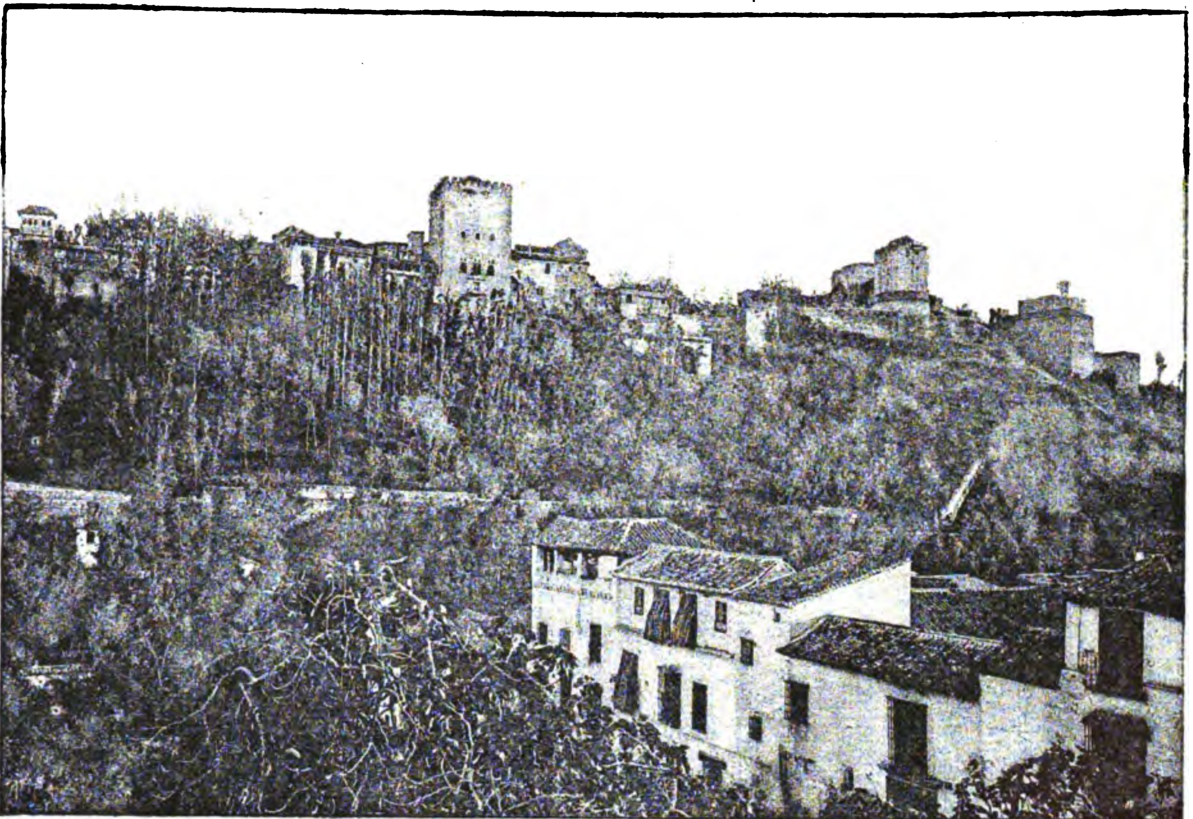
de haber visto sumidos en barrancos de sangre á sus mejores hijos, después de haber sobrellevado mil ultrajes, deberá huir para siempre de sus hogares y buscar en extraño suelo la caridad que no abrigan ya sus cristianos vencedores. Maldecido, proscrito, errará de pueblo en pueblo con su esposa y sus hijos sin ver una lágrima de compasión en los ojos de sus enemigos.

Despojada la ciudad de los que la fundaron, languidecerá de día en día; morirá sin sentirlo, y sin sentirlo bajará al fondo del sepulcro. Apagará la industria su voz y caerá en el más profundo abatimiento. Perderá el campo sus más vivos matices, cesará el murmullo de las aguas que trasmontaban sus más altos cerros. Quedará acallado para siempre el bullicio de sus zambras y festines, que en vano se procurará sustituir con el monótono rumor de sus tribunales, su universidad y sus ferias. Será al fin una ciudad sin movimiento ni vida, una ciudad triste, triste sobre todo para el que no sepa sentir ni á la sombra de los álamos y laureles que pueblan las faldas de sus siete colinas, ni en las márgenes de ríos que pasan ahocinados bajo frescas arboledas.

Así la vais á encontrar hoy, viajeros, vosotros que movidos por su fama venís quizás de muy lejanas tierras para ver á la émula de Bagdad y de Damasco. Si amáis la naturaleza, si gustáis de penetrar en los escombros de lo pasado, si habéis aprendido á leer en las piedras caídas de los antiguos monumentos, os esperan aún horas de placer, momentos de deliciosa calma, goces inefables, impresiones que no trocaríais luégo por las que hayáis podido recibir en las melancólicas ruinas del Oriente; si buscáis la animación febril de nuestro siglo y no acertáis á vivir sino entre el estruendo de los talleres y la incesante agitación del comercio, volveos, porque no os esperan sino horas de fastidio. En pocas de sus calles encontraréis movimiento: están en su mayor parte silenciosas, desiertas, y no sentiréis sino lo incómodo de su piso y lo fatigoso de sus ásperas pendientes. Plazas en mejores tiempos animadas por un

inmenso gentío deseoso de presenciar las luchas de caballeros ricamente armados, yacen hoy poco menos que en la soledad y el silencio; barrios que rebosaban de población, ven hoy desplomarse bajo el peso del tiempo sus casas y sus calles sin que haya quien reconstruya sus muros ni quien recoja sus escombros; alcázares que vieron coronados de lanzas sus torreones y pobladas de embajadores y príncipes sus salas, repiten hoy los pasos del que huella sus pavimentos imponiéndole con largos y misteriosos ecos. Todo refleja el abatimiento á que vino la que fué un día reina de uno de los más bellos imperios de la tierra.

En cambio, ¡qué de bellezas no cuenta en su recinto! Atraviésala el Darro, el río de las arenas de oro; lame sus murallas el Genil, al que aquél presta sus aguas. Corre el Darro dentro de un ancho cauce en cuyos sillares se refleja la mano de la antigua Roma; angóstase al pasar junto á la risueña colina en que ostenta la Alhambra sus cien torres; y en aquella angostura ¡cuán bellas no son sus márgenes! Tienden acá y acullá los árboles sus ramas; una que otra quinta blanquea en la espesura; corre bajo el follaje el agua; suspira el aura entre las flores; gorjean las aves. Desliza el Genil su cristalina corriente entre frondosos álamos; y después de rugir entre las ruedas de los molinos situados alegremente en las faldas de San Cecilio, murmura bajo un hermoso puente que se distingue entre la vegetación más rica y caprichosa. Adornan las orillas de este río paseos, fuentes, huertas y jardines: á la vista de tan deliciosos cuadros, en medio de tanta frondosidad, bajo tanta frescura, serénase el espíritu, depúrase el corazón y se extasían los sentidos. Dirígese el viajero á la Alhambra, y no ve á su alrededor más que alamedas cuya profundidad querrán en vano medir sus ojos; penetra en el Generalife, y apenas se atreve á separarse del pié de aquellos laureles gigantescos, sobre cuyas cúspides sacudieron su manto de nieblas más de cinco siglos. Fíjase en Sierra Nevada y goza al ver en ella reflejados los



Vista general de la Alhambra

rayos del sol de uno de los más sorprendentes espectáculos. Brilla y deslumbra la Sierra cuando la hiere la primera luz de la mañana; toma luégo los caprichosos y variados colores del caleidoscopio.

No son menos interesantes las vistas que el conjunto de la ciudad ofrece. Si se la contempla desde la campiña, se la ve sobresalir de sus viejos muros como una granada de su oscura corteza: la Alhambra le sirve de corona, la Sierra le sirve de brillante fondo, las Torres Bermejas y el Monte Sacro completan el cuadro. Brotan de todas partes el álamo, el ciprés y la palmera; álzanse acá y acullá entre los árboles las torres de sus templos. Dóranla desigualmente los últimos rayos del sol, y todo es entonces belleza y poesía. No existe ya la corte de los árabes; pero se la ve aún con la imaginación y se cree aún distinguir en ella á la vaga luz del crepúsculo las sombras de los héroes que le dieron un trono y las de los reyes que la entregaron pálida y ensangrentada á sus enemigos. Bella, bellísima es todavía la ciudad de Granada. Hay al fin de ella, allá en la margen del Darro, una cuesta poblada de arboleda que conduce á una fuente cuyas aguas cristalinas mezclan sus dulces murmullos con los de las brisas perfumadas por frondosas selvas. Pintoresco y delicioso es el camino abierto en las angosturas de aquel río; pero no es el camino, sino la perspectiva que desde allí se descubre lo que enagena el alma y arroba los sentidos. Extiéndense á nuestros piés calles de altos y ligeros álamos cuyas copas, apenas penetradas por el sol, rebosan de armonía con los trinos y gorjeos de millares de aves. Crece á la derecha de estos árboles y á la otra parte del río que los baña sosegadamente, el áspero Albaycín coronado por los sombríos restos de la que fué Alcazaba; álzanse severas é imponentes á la izquierda las torres de la Alhambra; descúbrese en el fondo la ciudad, unida y compacta como los granos de la fruta que lleva su nombre, más allá la Vega, más allá las sierras cuyas desiguales cumbres se destacan bellamente sobre el azul del cielo.

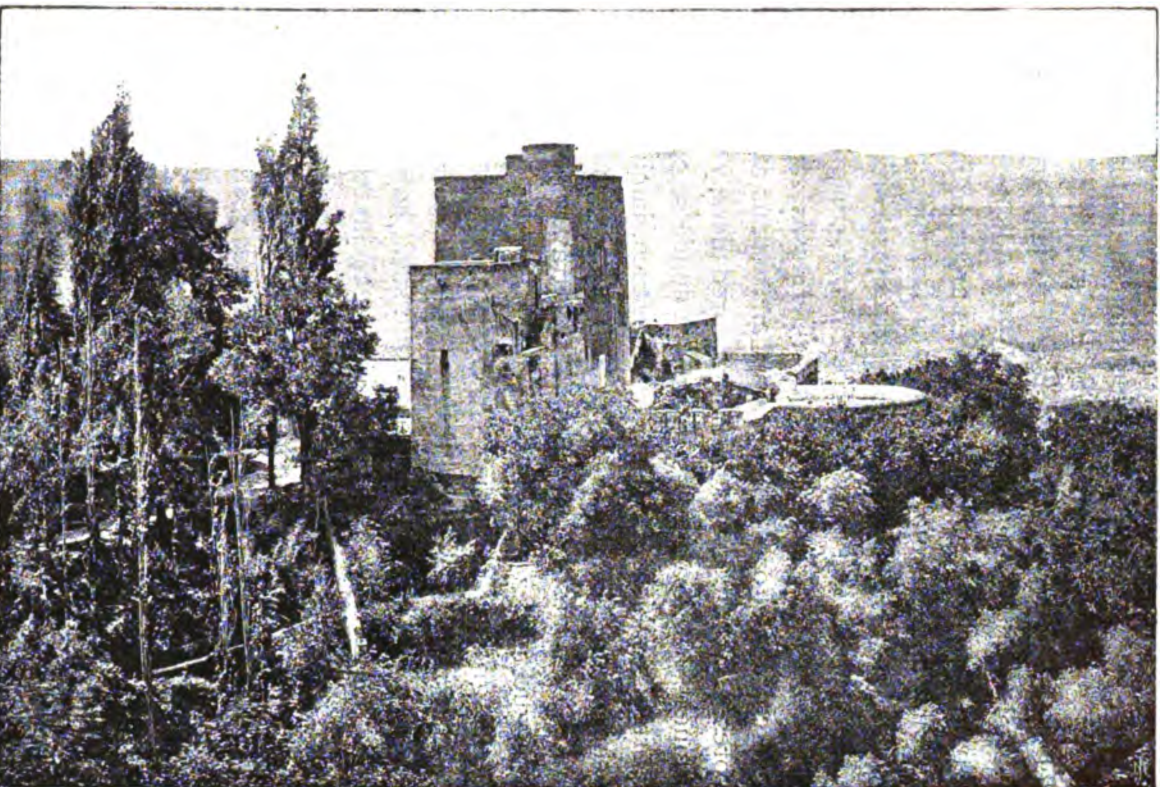
¡Cuán bello contraste presentan, desde aquí, la Alhambra y la Alcazaba! La primera alza aún con orgullo su diadema de muros y torreones; la segunda está ya desmoronada, silenciosa, oculta para el viajero, que no puede menos de olvidarla ante los patios y salones de aquel suntuoso alcázar. Fueron por largo tiempo enemigas, y no parece sino que aquella fué la vencedora y esta la vencida. ¡Y venció, sin embargo, la Alcazaba! Ella fué la que amparó á Boabdil contra las iras de el Zagal, ella la que restableció en la frente de aquel rey la corona que había de rodar más tarde al campamento de Santa Fe desde los muros de la Alhambra.

Mas no olvidemos aún la ciudad para fijarnos en su historia. Granada no es menos bella cuando se la mira desde la cuesta de los Molinos. El peñón de la Alhambra se presenta escarpado como nunca, y sus bien agrupadas torres parecen suspendidas sobre un abismo. Distínguese abajo la ciudad levantando al cielo las cúspides de sus álamos, las almenas de sus murallas y las coronas de sus torres. No hay otra ciudad como Granada: á cada paso que se da por sus calles, por sus cuestas, por las márgenes de sus ríos, se ve cuadros llenos de poesía, dignos de figurar en las primeras páginas del álbum de un artista. Elévase á la izquierda del Darro un monte santificado por las cenizas de los mártires, desde cuya raíz trepan por la falda espinosos nopales que siguen cubriendo las vertientes del Albaycín y la Alcazaba. Desde aquellos nopales llega uno á creer que la ciudad surge de las aguas del río como otra Venus. Está entre dos alturas, y sólo cuando se la sigue en toda su extensión se la ve trepar por las colinas que le sirven de asiento. Allá en lo más alto, en el fondo descuella su catedral; detrás de la catedral no se levantan á mayor altura sino las cumbres de las sierras.

Está Granada entre dos sierras, la Nevada y la de Elvira, viva y brillante antítesis que aumenta su interés y su belleza. La Sierra Nevada es altísima y sublime, de majestuosas cum-

bres, de nieves eternas, de espantosos tajos y torrentes, de bosques salvajes cuya profundidad animan tan sólo los gritos de las fieras; está vestida de flores en verano, cubierta en lo más alto de humildes plantas polares, embellecida en lo más bajo por el naranjo y la palmera, cruzada de trochas abiertas entre precipicios, dotada de un carácter severo, sobre todo en los Hornajos, donde crecen las aguas de los lagos al pié de triples y cuádruples líneas de cerros dibujados constantemente sobre el fondo de montañas azuladas. La Sierra Elvira es baja, monótona, oscura, sin una flor en verano, sin un copo de nieve en el invierno. En vano el labrador hinca allí la reja del arado; en vano derrama allí el cielo el agua de sus nubes: sécase el agua y derrítese la nieve apenas la tocan. No tiene otras aguas que las de una caverna; y aun éstas, lejos de presentar la frescura de las de otras sierras, parecen templadas por hogueras ocultas en el seno de tan misteriosos montes. Es aquella sierra imagen de la vida, y ésta de la muerte.

Es interesante Granada por su posición y su hermosura y no deja de serlo aún por sus monumentos, aunque ya desfigurados por las injurias del tiempo y el mal gusto de los restauradores. Descúbrese aún en todas partes la mano de los árabes, de ese pueblo de ardiente fantasía, que no satisfecho con soñar aéreos palacios para sus monarcas, cubrieron de caprichosas labores los muros de sus casas y convirtieron en moradas de placer las más oscuras viviendas. El Albaycín, barrio construído por los moros que venían huyendo de Baeza cuando la ganó San Fernando, lugar fragoso donde la independencia de Granada tuvo su último baluarte y el desventurado morisco su postrer asilo, altura llena en mejores días de vida y movimiento donde más hicieron oir su voz las artes, aun hoy que está casi desierto, abandonado, cubierto acá y acullá de ruinas, ocupado en muchas calles no ya por casas, sino por humildes chozas que crecen entre los nopales, aun hoy que cuenta cinco siglos de restauraciones, detiene á cada paso al viajero con restos, ya



TORRES BERMEJAS

ennegrecidos por el humo del hogar, ya medio ocultos por la cal y el follaje de los árboles, en que se refleja no sólo el gusto arquitectónico de aquel pueblo, sino también los placeres de que disfrutaba en el seno de la familia. En la calle de Yanguas, en la del Agua, en la de los Oidores, en San Bartolomé, en la cuesta del Chapiz, descúbrese aún en el fondo de lóbregos portales patios llenos de luz con elegantes arcos árabes sostenidos por columnas de mármol con pequeños estanques á que prestan sus aguas fuentes abiertas en los extremos, con altas galerías de madera protegidas por magníficos aleros, con puertas de rica tracería cuyos ejes ruedan dentro de hermosas zapatas en que todavía chispea el oro con que las bañaron sus antiguos constructores. Adorna estos patios la enredadera y la yedra; y todo mueve á entrar en los aposentos donde se conservan bellas portadas cubiertas de labores de estuco, jambas con lindos babucheros, paredes cuajadas de arabescos, techumbres de estrellados artesones, ligeros alhamíes al través de cuyos arcos se distingue tal vez pequeñas bóvedas parecidas á las estalactitas de las grutas. En algunas de estas casas, especialmente en la del Chapiz, que la tradición hace palacio de un rey moro y la historia aduana de manufacturas de seda, hay además alicatados, capiteles de delicadas molduras semejantes á los que decoran los monumentos persas, esbeltos ajimeces con bien labradas celosías, primorosos adornos que rivalizan con los mejores de la Alhambra. ¡Lástima que tan suntuosos restos hayan venido á ser el abrigo de gente que no puede llegar á conocer la belleza de los lugares que habita! (1)

La casa del Carbón, los baños de las orillas del Darro, las gigantescas Torres Bermejas que coronan una de las cumbres de la Alhambra, no han llevado tampoco mejor fortuna. Estas y la casa del Carbón son hoy el abrigo de esa raza egipcia en cuya frente está sellada aún la ignominia y el desprecio de nues-

(1) Véanse las láminas de las pág. 409 y 413.

tras sociedades: los baños sirven de lavadero, y húmedos y sumergidos como están en las tinieblas, producen dolorosa impresión en todo hombre que ama las artes. Consérvase aún de estos baños un hermoso patio y algunos de los cuartos que fueron salas de descanso; pero no llama la atención sino una como galería, cuyos arcos, sostenidos por columnas de mármol, corren al rededor de un aljibe cubierto por una estrellada bóveda. Los ricos y variados capiteles de las columnas, la bella distribución de la galería, la opaca luz que la ilumina, la severidad de los arcos que cobijan sus oscuros corredores, hasta lo descarnado de sus muros les da cierto interés que en vano buscaríamos ni aun en la puerta de la casa del Carbón, donde hay uno de los más bellos arcos de herradura que ha podido trazar la mano de los artistas musulmanes. Decoran esta portada un recuadro lleno de hojas y flores enlazadas, una hermosa faja de letras africanas, un ajimez ya sin columna y dos pequeños arcos sobre los cuales corre un bellísimo calado de estuco; pero está de tal modo jalbegada y destruída por los restauradores, que ni los restos de bóveda estalactítica que se distingue detrás de su archivolta, ni el recuerdo de haber sido lugar donde se celebraron zambras y festines (1), ni la gloria de haber abierto paso al humilde coliseo de Lope de Rueda, que representaba en él sus propios dramas, ni el hecho de estar esculpida en ladrillo la brillante ornamentación de su recuadro, logran suplir la belleza ni la armonía que le han ido arrancando el tiempo y las invasiones sucesivas de los estilos de otras épocas. Las Torres Bermejas, levantadas, según algunos, sobre cimientos fenicios, guardan todavía el adusto carácter que les comunicaron los moros al edificarlas contra los rebeldes mozárabes del barrio de San Cecilio, y lo conservan á pesar de las reparaciones que en ellas hizo el marqués de Mondejar; pero desnudas de adornos, como

(1) Créese que sirvió además para dar hospedaje á los correos y destacamentos de caballería que andaban recorriendo la Vega.

suelen estar las torres destinadas exclusivamente á la defensa, tampoco presentan interés sino por la profundidad de sus muros, su color sombrío y su imponente mole.

La arquitectura árabe, caprichosa y rica en los palacios, era dura, severa, inflexible en todo lo que concernía á la fortificación, murallas, puertas, castillos, alcazabas. Véase, si no, esos vastos lienzos de argamasa que circuyen aún gran parte de la ciudad antigua, esos altos torreones que á trechos los defienden, esa Puerta Monáica que se conserva en la Alcazaba al pié de uno de los más altos cubos, puerta ya medio cegada, cuyos arcos de ladrillo, abiertos bajo un ancho friso, presentan una de las más gentiles curvas usadas por los árabes, esotra puerta ojival de Fajalauza, á que llamó de noche Boabdil al volver de su primitivo cautiverio, la tan celebrada de Elvira, grandioso arco ultrasemicircular trazado entre dos muy altas torres, al través de cuya espaciosa área se distingue otras dos curvas de igual género, mucho más bajas y ligeramente apuntadas en forma de ojiva (1); ese castillo de Biv-Taubin, junto á cuyas recias y almenadas torres levantó el siglo pasado uno de los más bárbaros monumentos que en períodos de decadencia puede concebirse. No se refleja ya en esos notables restos la mano de un pueblo voluptuoso que necesite respirar un aire perfumado por las flores de sus patios y descansar en ricos divanes de oro y seda á la luz que derramen sobre sus salones las celosías de sus ajimeces; se refleja la mano de un pueblo fuerte, guerrero, ardiente, que arrostra con serenidad el peligro, crece con el calor de las batallas, y acepta por pasatiempo y fiesta los comba-

(1) Junto á estos dos arcos se lee: ad florentissimam totoque orbe nimis nominatam urbem granatensem Doctor Petrus de Antequera et Arteaga complutensis in eadem urbe prætor regius anno J. C. D. C. X. epigrama:

Bella Granata, vale, multis decorata tropheis:
O decus Hesperiæ, bella Granata, vale.
Bella Granata, vale, doctorum luce coruscans,
Moribus et castris, bella Granata vale.
Bella Granata, vale; valeat quoque curia regis
Aurigerique duces: bella Granata, vale.

Bella Granata, vale, monachi cum tutè valete,
Doctoresque pii: bella Granata, vale.
Bella Granata, vale, florens vallisque senatus,
Hincque tui cives: bella Granata, vale.
Bella Granata, vale, mari eque dona poetæ
Perpetuoque mihi, bella Granata, vale.

tes. Los árabes eran tan afeminados en la paz como feroces en la guerra; y está indudablemente retratado en sus monumentos ese doble aspecto de su carácter. Á no ser por la identidad de curvas empleadas en unos y otros edificios, ¿quién después de haber visto esas puertas y murallas, sólo notables por su solidez, atribuiría al mismo pueblo que las construyó casas como la de D. Emilio del Pulgar, palacio en otro tiempo de la hermosa Moraima y la orgullosa Aixa (1)?—Penétrase en ellas por un jardín que tal vez ocupe quizá el mismo lugar donde estuvieron las huertas mayor y menor de la Almanjarra. Hay en este jardín una larga calle de laureles, cuyos enlazados ramajes forman espesas bóvedas, y al fin de ella un salón ya muy restaurado en cuyos cuatro muros están abiertas otras tantas curvas dentelladas que dan paso á los cuatro interiores. Cúbrela una rica techumbre de madera, labrada en forma de cúpula; anímala con el murmullo de sus aguas una fuente abierta en su pavimento de mármol; adórnanla en la parte inferior fajas de preciosos alicatados, y en la superior lindos ajimeces con caladas celosías; y no parece sino morada del placer á pesar de haber perdido en gran parte sus relieves de estuco y no conservar sus antiguos atauriques de hojas y flores sino en el intrados y las enjutas de sus arcos, entre los cuales el de la entrada es aún riquísimo en dorados y colores. No respetaron sino este cuarto los siglos; y él solo bastaría á patentizar la antítesis que supongo entre los monumentos militares y los civiles de los árabes.

De sus monumentos religiosos apenas podemos formar idea por lo que existe en esta ciudad, donde en los primeros años de la conquista se derribó ya sus mezquitas. Á las orillas del Genil, no lejos de un puente que conduce á la carrera del mismo nombre, hay una pequeña ermita consagrada á San Sebastián,

---

(1) Estas casas, conocidas con el nombre de Cuarto Real, fueron cedidas por los Reyes Católicos al célebre Fr. Tomás de Torquemada, con el objeto de que fundase el próximo convento de Santo Domingo. En 5 de Abril de 1492 tomó posesión de ellas el P. Fr. Alonso de Velizo y se comenzó la obra.

donde es fama que doblaron los Reyes la rodilla apenas vieron flotar sus pendones en lo alto de la torre de la Vela. Añádese que junto á su puerta fué recibido Boabdil por el rey Fernando: recuerdos todos que le dan cierta importancia no sólo á los ojos de los granadinos, sino también á los ojos de los viajeros. Tiene por puerta un sencillo arco de herradura, por nave una pequeña superficie cortada en forma de octaedro, por techo una bóveda con aristas entrelazadas que figuran una elegante estrella; mas aunque todo revele en ella su origen árabe ¿bastaría á dar idea de la manera como aquellos devotos musulmanes construían y decoraban los monumentos destinados al culto del Profeta?

En el recinto de la ciudad no sólo no quedan ya vestigios de templos árabes, no los hay tampoco de sus antiguos panteones. Existe en una calle oscura la casa de las Tumbas, nombre que parece indicar que fué en otros días cementerio. No fué, por lo que permiten juzgar sus restos, sino otra casa de baños, cuyo estanque está cubierto por una hermosa cúpula, debajo de la cual se distingue algunos arcos de herradura sostenidos por columnas de mármol. Eran indudablemente estos baños más suntuosos que los de las orillas del Darro: recibían luz por las estrellas de unas cúpulas esféricas que cortan aún hoy las robustas bóvedas de la galería, y es tradición que al mediodía daban á un jardín poblado de olorosas flores, entre las cuales brotaban de ligeras copas de mármol aguas frescas y puras que bajaban de las vecinas sierras. Los capiteles de sus columnas están adornados de una doble línea de hojas como los corintios, sus arcos son ligeros y elegantes, tan difíciles como bellas su cúpula y sus bóvedas, dignos de atención todos sus detalles; pero es á la verdad sensible ver otros baños donde creyó uno descubrir sólo sepulcros. Cuando un pueblo ha desaparecido de la tierra en que se agitó durante siglos, se desea tanto encontrar monumentos donde quepa apreciar sus costumbres y seguirle en todas las fases de su existencia, que el historiador y el

artista sienten un verdadero vacío, si esperando hallar ruinas que podían reflejarles prácticas tal vez poco conocidas ó del todo ignoradas, dan sólo con restos en que están consignados los usos más sabidos por la tradición ó la historia.

Mas ¿hay derecho para sentirlo cuando no se ha penetrado aún en la Alhambra, en ese alcázar de los príncipes nazaritas donde cabe apreciar la voluptuosa elegancia con que edificaron los árabes sus casas, la riqueza y majestad de que revistieron sus mezquitas, la augusta sencillez con que levantaron los cuartos en que debía ser recibido y lavado el cadáver de sus reyes? ¿cuando no se ha pisado aún ese palacio en que cada piedra es una leyenda y cada patio y cada cámara una lección para la historia del arte? Es obra de El-Ahmar, del fundador del trono de Granada; es la corona de piedra en que incrustó cada rey uno de sus tesoros; es el libro en que procuraron todos consignar su gloria. Creció de siglo en siglo, y todos los días aumentó en esplendor: ya que estuvo cubierta de oro y de colores, se ciñó de jardines sus brillantes salas, de huertas sus muros, de bosques las vertientes del cerro en que está sentada, de halagüeñas perspectivas sus encantados miradores; y era ya á la caída de sus reyes la diadema de Granada, la reina de los palacios, la más preciada joya de la arquitectura de Oriente. Cautivó las miradas de sus mismos vencedores, tanto que, aun después de entregada á manos enemigas, recibió sin cesar alabanzas por su hermosura, y era no sólo respetada, sino también codiciada y querida. Fué mutilada por un emperador, pero protegida más tarde contra las injurias del tiempo por ese mismo príncipe y su hijo. Hasta de ese rey Felipe II, cuyo corazón conmovían al parecer sólo los intereses del cristianismo, hasta del rey Felipe III, que no vaciló en declarar proscritos á todos los moriscos, mereció singulares honras y mercedes; mereciólas de Felipe IV, del mismo Carlos II, en cuyo reinado empañaron el brillo de la monarquía las más amargas desventuras. Desmoronada por la acción lenta de los años, sacudida por los estremecimientos de

la tierra, derribada por espantosas detonaciones, halló siempre en estos monarcas una mano que la levantase de sus ruinas y cicatrizase sus heridas. Estaba sola, desierta, privada ya de sus aguas y sus flores, de sus divanes y sus lámparas, de sus sultanas y sus reyes; vivía condenada á la orfandad, al silencio de la muerte; pero no dejaba de tener nunca quien recogiese y restaurase sus marchitas galas, y respetando su carácter y su origen la embelleciese con nuevas joyas labradas según el gusto de sus fundadores (1). Condenada como se ve ahora al rigor de

(1) Creo oportuno desvanecer la preocupación de que este palacio árabe de la Alhambra estuvo enteramente abandonado desde los primeros años de la conquista. Si los reyes de la Casa de Austria no hubiesen hecho reparar incesantemente los daños que sufrió del tiempo y de los hombres, es indudable que no quedarían ya ni fragmentos que permitiesen apreciar la riqueza con que fué construído. Frágil de suyo la arquitectura árabe, sobre todo en su último período, no habría resistido á la acción de tantos siglos un alcázar, que, aunque sentado sobre recios muros de argamasa, no está cubierto sino de lienzos de estuco y bóvedas y techumbres de madera y yeso. Trabajaron mucho por repararlo y conservarlo casi todos los reyes austriacos, en prueba de lo cual me permitiré citar, aunque sólo de paso, los numerosos documentos relativos á este asunto, que encontré en el Archivo de la Contaduría de la misma Alhambra.

Vivían aún los Reyes Católicos cuando había ya para la conservación de este alcázar un veedor, un maestro mayor de las obras reales y buen número de subalternos, dependientes todos de la alcaidía mayor, cargo que estuvo vinculado en la familia de los marqueses de Mondejar hasta el día 3 de Diciembre de 1717. Empezaron luégo las

CONSIGNACIONES

Lo primero que se consignó en favor de las obras de este palacio fué el producto de la *farda*, tributo impuesto á los moriscos recién convertidos, que ascendía á unos diez mil ducados.

Por tres reales cédulas, fecha la una en Segovia á 13 de Setiembre de 1515, la otra en el Escorial á 4 de Junio de 1526, y la otra á 20 de Setiembre de 1589, se aplicó á las mismas obras las penas de cámara y fisco de la ciudad de Granada y su corregimiento, que comprendía Alcalá, Loja, Alhama, Vélez y toda la Alpujarra.

Por real cédula de 3 de Enero de 1581, en atención á que el tributo de la farda se hizo ineficaz con motivo de haberse rebelado los moriscos, otorgó Felipe II sobre la renta de los azúcares de Sevilla los seis mil ducados que hasta entonces habían sido aplicados á las reparaciones del Alcázar de Toledo.

Por real cédula de 30 de Diciembre de 1604, confirmada por otra de 20 de Junio de 1657, se consignó el producto de la pesca, yerba y madera del Soto de Roma y Cortijo de la Tejuela, renta que se cobró hasta el año 1675.

Fué, además, consignada por otras muchas cédulas en beneficio de estas obras la renta de varios juros, que llegó á valer hasta sesenta mil reales, otra de cuatro mil ducados sobre los azúcares del reino, y cantidades más ó menos crecidas que

los elementos, no lo estuvo hasta que, desgarrado el reino en el siglo XVIII por una guerra de sucesión y enterrado el arte en la tumba de los últimos reyes de la Casa de Austria, no se pudo atender sino á las más urgentes necesidades de los pueblos y se olvidó lo pasado, cuyas tradiciones conservaba con tanto esmero la antigua dinastía. Decayó desde entonces todos los días, y sólo tuvo ya muy de tarde en tarde quien conmovido por las sentidas quejas del arte pensara en la conservación de sus bellezas. No tuvo ya para sus reparaciones ni los tributos impuestos en su favor por los primeros reyes cristianos, ni las cuantiosas rentas que en mejores tiempos le fueron asignadas; y vino á parar al triste estado en que hoy la vemos. Están casi secas sus fuentes, sin flores sus jardines, sumergidos en escombros sus muros. Están ahumadas y perdidas la torre del Agua y la de las Infantas: queda poco de esa torre de los Siete Suelos por la que salió para su destierro el último rey moro; poco se puede ya esperar de otras muchas torres cedidas á familias desgraciadas que desconocen el valor de viviendas tan ricas como oscuras.

La Alhambra en medio de su abatimiento conserva, sin embargo, patios y salones que revelan su antigua magnificencia y merecen ser guardados como ricas joyas, estudiados como modelos de arquitectura, leídos como libros en que están en-

---

en calidad de gastos extraordinarios enviaba el Tesoro cuando lo exigía así la necesidad de reparar lo caído.

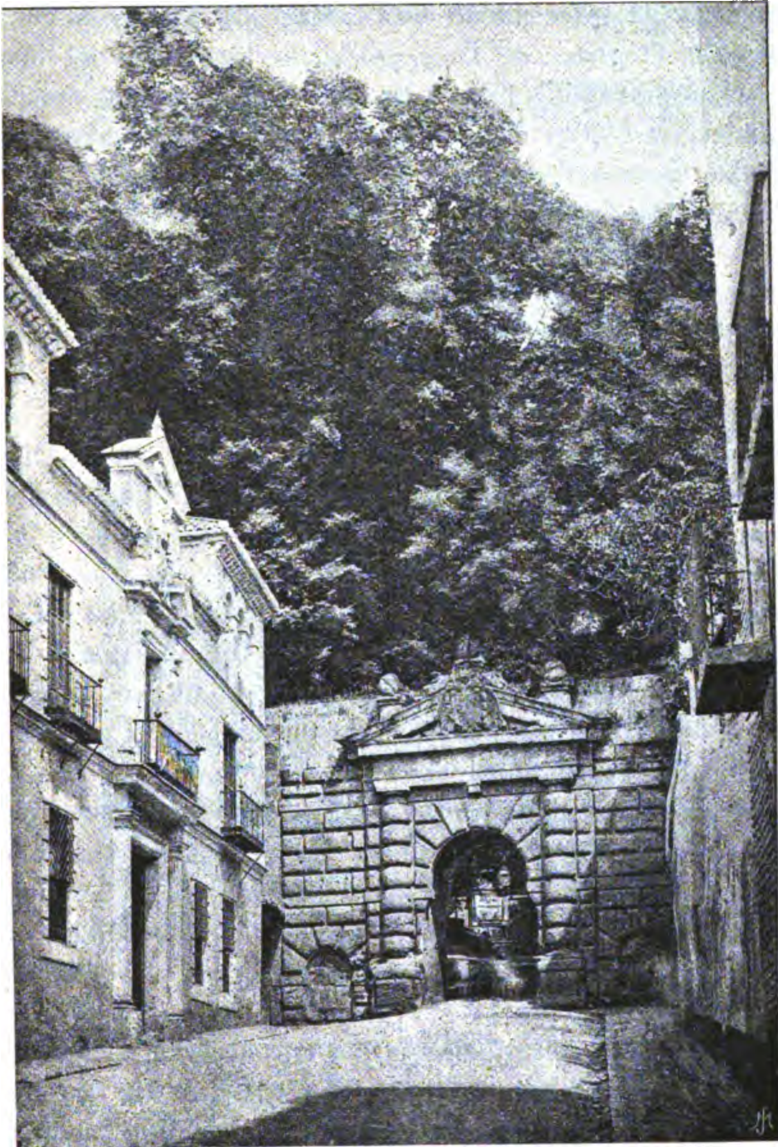
Había para el cobro de tales rentas y tributos un recaudador que gozaba de cincuenta mil mrs. de sueldo en tiempo de la reina Doña Juana.

El advenimiento de la nueva dinastía fué hasta cierto punto funesta para el palacio de la Alhambra. Suprimidas casi todas las consignaciones, y cuando no suprimidas, hechas infructuosas por las vicisitudes de los tiempos, faltó toda clase de recursos para irla restaurando, y apenas hubo quien pudiera detener su ruina. En vano se elevó en 1755 sentidas exposiciones á los reyes: D. Manuel del Prado, á quien éstos confiaron el negocio, no vió otro medio que encargar á los alcaides de las torres que restaurase cada cual la suya, y destinar para los reparos de las murallas doce moros cautivos de los que había en los depósitos de Málaga, Cartagena y Cádiz. Algo más, aunque poco, se ha hecho en nuestro siglo, á pesar de los continuos disturbios en que se ha visto la Nación envuelta.

Podría dar ahora noticia de las reparaciones hechas en el siglo XVI, en el XVII y hasta en el XVIII; pero creo más oportuno hablar de ellas á medida que vaya describiendo las piezas en que se las hizo.

cerrados los más tiernos y piadosos conceptos de hombres de la más ardiente fantasía. Está circuída de monumentos de otro pueblo y de otros siglos; pero aun esos mismos monumentos hacen resaltar más la hermosura de sus formas. Súbese hoy á ella por una calle que lleva todavía el nombre de los Gomeles, calle de áspera pendiente en cuyo extremo abre paso á tres anchas carreras de olmos y álamos frondosos la puerta de las Granadas, obra de orden toscano, adornada en su entablamento con un escudo de armas sobre las que extiende sus alas el águila imperial de Carlos V. De las tres calles de árboles conducen la una al campo de los Mártires, la otra al Generalife, la otra á la Puerta Judiciaria, donde se dice que administraba justicia un cadí moro según la costumbre patriarcal de Oriente. Grave y sencilla es esta puerta, pero bella. Está abierta en el fondo de un torreón, donde se la distingue al través de un soberbio arco de herradura decorado en su parte superior con una mano toscamente cincelada. Aunque de mármol, es tan rica en labores como si estuviera revestida de estuco: lleva su elegante arco ultrasemicircular sobre columnas de hermosos y delicados capiteles incrustados en jambas, que son de piedra de Loja y Sierra Elvira; lleva el cuadro en que aquel está encerrado lleno de hojas y flores que presentan á los ojos vistoso juego. Corre sobre el arco una ancha faja de letras árabes donde se lee que Abu-Abdala-Abu-el-Haxis construyó la puerta á mediados del siglo VII de la Egira; y hasta esos caracteres están adornados de flores y cintas bellamente entrelazadas (1). Todo es en ella notable; pero más aún que todos sus adornos una

(1) Tradujo esta inscripción Luís del Mármol. Dice así: «Mandó labrar esta portada llamada Judiciaria, con la cual Dios Altísimo haga dichosa la ley de los hijos de salvación, Abi-Abdeli, Abul-Haxis, Juzef-Ibni, Abul-Haxes, Ibni-Nazer; mantenga Dios en las morismas sus obras pías y caritativas, y quede la sucesión de sus victoriosos hechos en sus descendientes. Labróse en 27 días de la luna de Manlud el Engendradizo, año de 647.» Hemos preferido esta versión á la que de la misma inscripción hizo Castillo, porque hallamos acorde la fecha con el tiempo en que reinó el rey que se cita.



ALHAMBRA.—Puerta de las Granadas

llave trabajada en relieve sobre la clave del arco.-Esta llave y la mano cincelada en el arco del torreón son evidentemente simbólicos. Representaba esta entre los árabes la fuerza, designaba el poder de Dios, era la representación del número de sus dogmas religiosos, ó por mejor decir, de sus preceptos capitales, que eran cinco como los dedos y contaban tantas secuelas como articulaciones hay en ellos. Teníasela, además, como amuleto contra los conjuros, como piedra de repulsión contra los enemigos de la ley muzlímica, como instrumento de la mano de Dios, capaz de grandes prodigios. No la esculpían sin fundamento en las puertas de los alcázares, porque creían tener en ella su mejor defensa. Confiaban menos en la llave, pero no la miraban con menor respeto, puesto que la consideraban como representación del poder que otorgó Dios al Profeta para abrir y cerrar las puertas de los cielos. Distribuían los árabes caprichosamente en todos sus edificios los adornos de hojas, flores y figuras inscritas y circunscritas; pero no los demás objetos, que solían valer tanto para ellos como los geroglíficos para los egipcios. Era á la vez esta puerta sala de juicio y entrada de un alcázar: la mano estaría allí para terror del nazareno y como símbolo de las sagradas leyes, que son la fuente de la justicia humana. Parte la legitimidad de todo juicio de cierto poder social, hijo de la organización misma de los pueblos y atribuído como tal por las religiones á una comunicación directa ó indirecta de la autoridad divina; he aquí por qué labraron la llave con que podían abrir el Profeta y sus delegados el cielo ó el infierno, es decir, los goces y los tormentos, el premio ó el castigo.

Conduce la puerta Judiciaria por tres oscuras revueltas, que apenas puede uno atravesar sin creer percibir aún el ruido de las lanzas árabes, á una calle estrecha y de algo áspera pendiente, al fin de la cual hay una vasta plaza, llamada de los Aljibes, cerrada á la derecha por el palacio de Carlos V, á la izquierda por una línea de torreones, y al frente por un bajo

muro que da á las angosturas del Darro y á las pintorescas vertientes del Monte Sacro, cubiertas todas de cuevas y nopales. Poco queda ya en esta plaza de los tiempos anteriores á la con-



ALHAMBRA.—Puerta Judiciaria

quista; pero aun esos escasos restos están llenos de interés para el artista. Álzase á la entrada un pórtico, cuya fachada oriental consiste en un elegante arco de herradura, sostenido por altas impostas de sillería y encerrado en una bella franja, sobre el cual se ve entallada una serie de caracteres africanos y abierto un ajimez de doble arco dividido por una ligerísima

columna. Lleva adornadas de cintas y flores esta fachada no sólo las enjutas del arco, sino también la inscripción que corre sobre su recuadro, esculpida en el dintel una llave hermosamente cincelada, á los dos lados una esbelta columna que parte desde el suelo á recibir un bellísimo filete; y como si no bastase tanta belleza para detener los pasos del viajero, ostenta aún nuevas y más ricas labores sobre su fachada occidental, cuyo ajimez, mucho más gracioso que el ya descrito, está enriquecido con menudos adornos, donde se lee una inscripción en caracteres árabes (1). El arco es de ladrillo, y sólo son de piedra las impostas; pero le comunican singular gracia y hermosura los azulejos que corren en torno suyo, los florones que hay en sus enjutas, circuídos de preciosos alicatados rotos ya por la fuerza de los siglos, el escudo de armas que se descubre detrás de los arcos de su ajimez, noble y sencilla divisa de los Alhamares, las pequeñas inscripciones entalladas en muchas de sus partes, el mismo estado de postración y ruina en que se encuentran sus paredes, donde todo está ya confuso, vago, sombrío, revestido de ese carácter imponente que suelen dar á los edificios las tempestades que los azotan y el sol que los alumbra. Todo es bello en este pequeño pórtico: lo es por su misma sencillez hasta su interior, en cuyos lados figuran dos capillas de bóveda cilíndrica; pero separado hace ya siglos del palacio árabe, ha llegado á perder para la misma historia la significación que en otros tiempos tuvo. Ven unos en él la entrada de la segunda cerca del Alcázar, otros un oratorio; y cuando para desvanecer la duda se recurre á su nombre, se sabe con dolor que desde el siglo XVI se llama Puerta del Vino á tan interesante monumento (2). Está hoy solo, aislado, y ha perdido hasta el recuerdo de su antiguo título.

(1) Todas las inscripciones de este pórtico son textos sagrados que nada revelan sobre el origen ni la significación especial del monumento.

(2) Llámase Puerta del Vino desde que por una providencia de buen gobierno, publicada en el año de 1564 en la Alhambra, se previno que los cosecheros de la

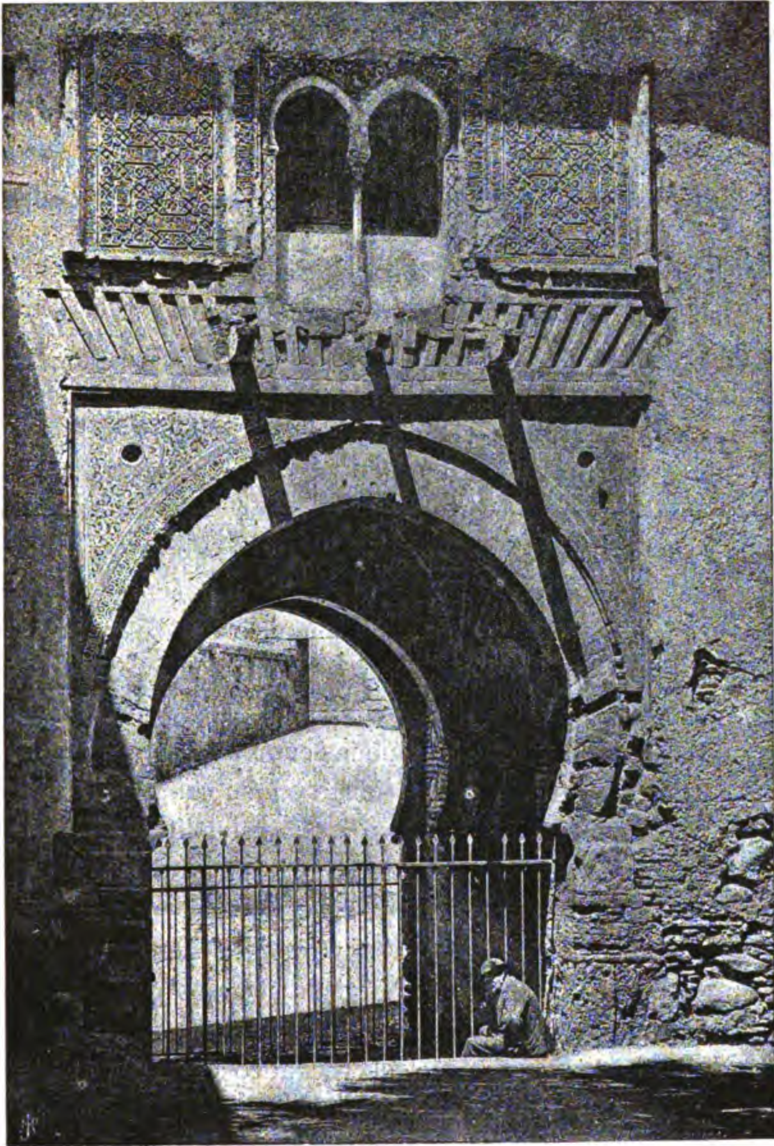


ALHAMBRA.—Puerta del Vino.—Fachada Oriental

Vase luégo al palacio árabe por una calle abierta entre la casa del Gobernador y el soberbio alcázar levantado por el nieto de Isabel I. Ninguna sensación se experimenta al llegar al pié de su humilde puerta; pero apenas se cruza el umbral, se abre al parecer los sentidos á nueva luz, se siente afán por recibir las impresiones que hace esperar la primera ojeada dirigida al patio de los Arrayanes. En vano se pretende fijar los ojos en el vestíbulo que le precede: el ambiente, la luz, la frescura del patio llevan tras sí la vista, el corazón, la fantasía. Se está ya en él, y apenas se sabe gozar de todos sus encantos: la originalidad de su arquitectura, sus aéreas galerías, sus caladas puertas, sus preciosos alhamíes (1), las ricas estancias que se vislumbra al través de sus arcos, sus fuentes, su vegetación, los reflejos de sus estucados muros en las aguas del estanque, el murmullo de las auras que agitan los espesos mirtos, la transparencia del cielo, el mismo silencio que reina alrededor, todo embarga á la vez el ánimo y nos deja por algún tiempo sumergidos en un mar de sensaciones desconocidas que apenas le revelan más que la armonía del conjunto. Es este patio un espacioso cuadrilongo, cerrado á norte y sur por dos galerías apoyadas en ocho columnas de mármol blanco, y á este y oeste por dos muros en que están abiertas portadas y ajimeces cubiertas de arabescos. Tiene en cada uno de sus ángulos un delicioso alhamí cuyas paredes llegan á desaparecer bajo sus relieves de estuco; en el centro una alberca en cuya orilla crecen el ciprés y el mirto; en los extremos de la alberca dos tazas circulares de cuyo fondo brotan aguas cristalinas. No es sólo bello en sí: lo es por las perspectivas que abre á cada paso á los ojos de los espectadores. Asoman por encima de sus galerías

Vega y todos los comerciantes en aquel líquido debiesen depositar las cargas en el recinto de este edificio hasta después de concluída la venta. Referíase esta providencia sólo á los vinos de Alcalá que se trajesen á Granada para el consumo de la gente del Alcázar.

(1) Llamaremos alhamí no sólo á las alcobas, sino á toda clase de apartamiento ó lugar apartado.

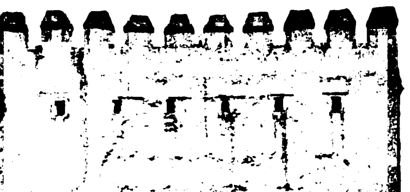


ALHAMBRA.—Puerta del Vino.—Fachada Occidental

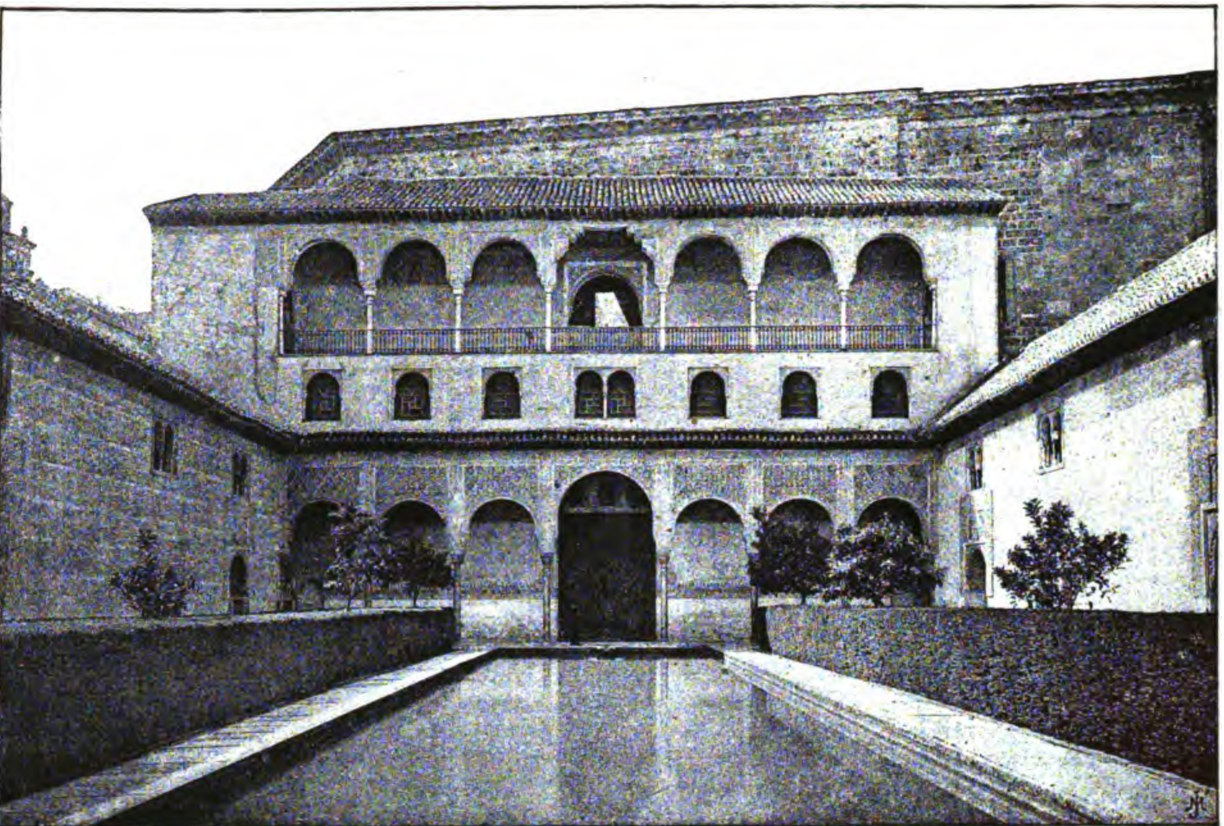
al norte el torreón de Comares, ceñido todo de almenas, y al mediodía los sólidos muros del palacio de D. Carlos; por entre los arcos de aquella galería, el salón de Embajadores; al través de una de las puertas de Oriente, el patio de los Leones, cuya fuente se descubre entre un pequeño bosque de columnas. Se vive, se goza en este patio: se revela en él todo el sensualismo de los árabes; la imaginación los ve todavía sentados en divanes de oro y seda bajo las caprichosas bóvedas de esos alhamíes que respiran aún tanta frescura. No hay puerta, no hay ajimez, no hay arco que no esté cubierto de molduras: reina en todas partes variedad, lujo, belleza. Consta cada galería de siete arcos casi semicirculares: el del centro extiende su gallarda curva hasta la cornisa; los de los lados, mucho más bajos, llevan sobre sí altas enjutas de doble calado á cuyo través pasa la luz del día. No tiene más que un piso la del norte y cuenta hasta tres la del mediodía, sobre cuyo primer alero se levanta un estilobato en que están abiertos hermosos ajimeces y otra galería del mismo número de arcos, cuyas enjutas ó recuadros son mucho más reducidas, aunque no menos bellas. La bóveda de la galería sur, toda artesonada, ostenta sobre una misma línea siete pequeñas cúpulas que parecen otras tantas claves; la de la galería norte en su centro una semiesférica, pintada de azul y adornada con estrellitas de oro. Son dentellados los arcos de puertas y galerías; aconchados los de los alhamíes; distintos en forma y en riqueza, los capiteles en que descansan los arcos centrales y los laterales; de variado y caprichoso dibujo las enjutas. Apenas hay dos puertas iguales en un mismo lado. Lleva la de entrada el arco sobre pequeñas repisas estalactíticas, corrido el recuadro de un estilobato en que figuran dos ventanas con hermosas celosías, adornada su parte superior por un doble ajimez, cuyos arcos descansan sobre tres columnas y están dentro de una orla de caracteres africanos (1).

(1) Este patio ha sufrido mucho, como todo lo demás de la Alhambra. De

GRANADA




Patio de los Arrayanes en la Alhambra

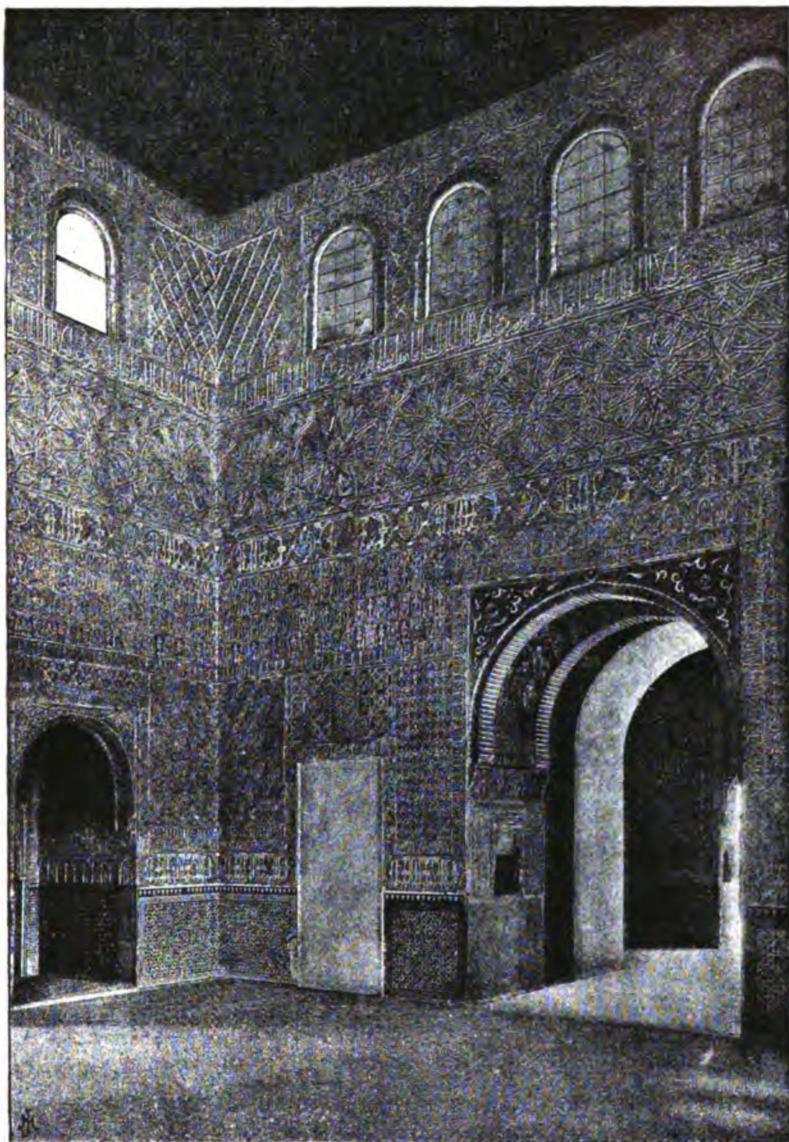


ALHAMBRA.—PATIO DE LOS ARRAYANES.—GALERÍA DEL SUR

Tiene este patio al norte, en el fondo de la galería, un arco de onda pintado de oro y azul, cuya repisa de menudas bóvedas iluminadas y doradas proyecta su sombra sobre dos machones de mármol, en que están abiertos otros tantos nichos bordados de delicadísimas labores. Figuran sobre el recuadro que lo encierra tres ajimeces de área calada en que se distingue una bella combinación de rosas y de estrellas; y aberturas, impostas, nichos, enjutas, todo está profusamente adornado de letras floreadas, de hojas prendidas en sus tallos, de entrelazos caprichosos, de bajas columnitas simuladas, puestas entre molduras salientes que decoran sus bases y sus simples capiteles. ¡Qué hermosa entrada para un salón como el de la Barca, que, aunque largo y estrecho, respira tanta suntuosidad por los mosáicos de azulejo que cubren la parte inferior de sus paredes, por sus altos relieves de estuco que interrumpe una serie de escudos con leyendas árabes, por los arcos dentellados de sus extremidades que descansan en pequeñas columnas de bellos alicates, por su artesonada techumbre semicilíndrica que lleva en sus ángulos pechinas estalactíticas adornadas de lindísimos dibujos, por las graciosas ventanas abiertas sobre el patio cuyo doble arco descansa en una esbelta columna!

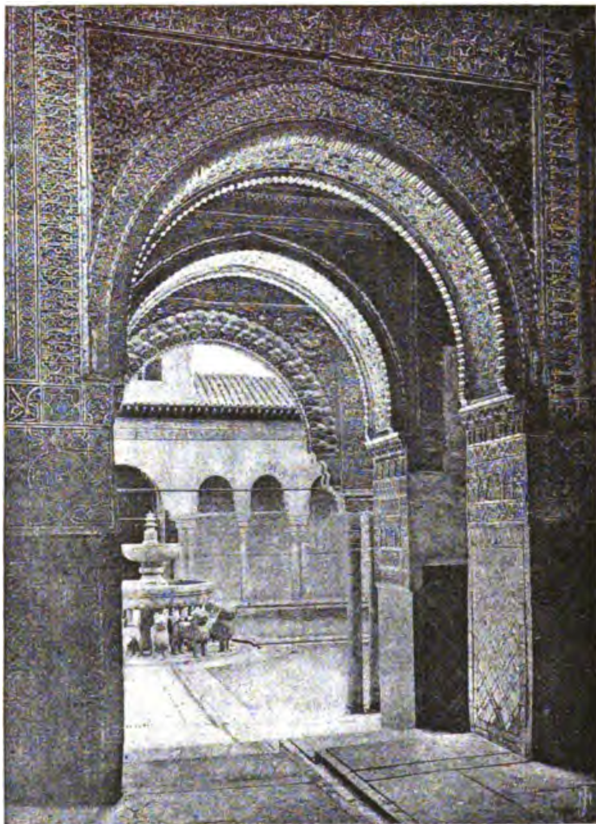
No es, sin embargo, este cuarto sino antesala del de Comarech, donde recibieron los reyes moros tan brillantes embajadas. No cabe ya mayor majestad ni mayor grandeza que la de este

resultas del incendio que en Febrero de 1590 tuvo lugar en una casa de un polvorista situada dentro del mismo alcázar, junto á San Francisco, perdió sus cuatro puertas principales, y desde entonces acá han sido tantas las restauraciones que ha sufrido, que apenas hay en él nada que pueda creerse anterior á la conquista. Su pavimento de mármol es del siglo XVI: por un cuaderno de libranzas de 1587 que existe en el Archivo de la Contaduría, se sabe que fué Damián Plan el que obtuvo en su favor el 21 de Marzo de aquel año el remate de la almoneda que se celebró para las cincuenta varas de losas con que debía solarse, según palabras textuales del mismo documento, el patio principal del cuarto de Comares (Arch. de la Cont. de la Alh.) Las inscripciones que en él se conservan dicen casi todas lo mismo: el mote *Solo Dios es vencedor*, divisa de los reyes nazaritas, está repetido hasta la saciedad. Sólo hay una leyenda algo notable, la de ***Dése gloria á nuestro rey y señor Abu-el-Hagiad, á quien Dios ayude,*** puesta en un medallón que decora la parte superior de uno de los alhamíes meridionales.



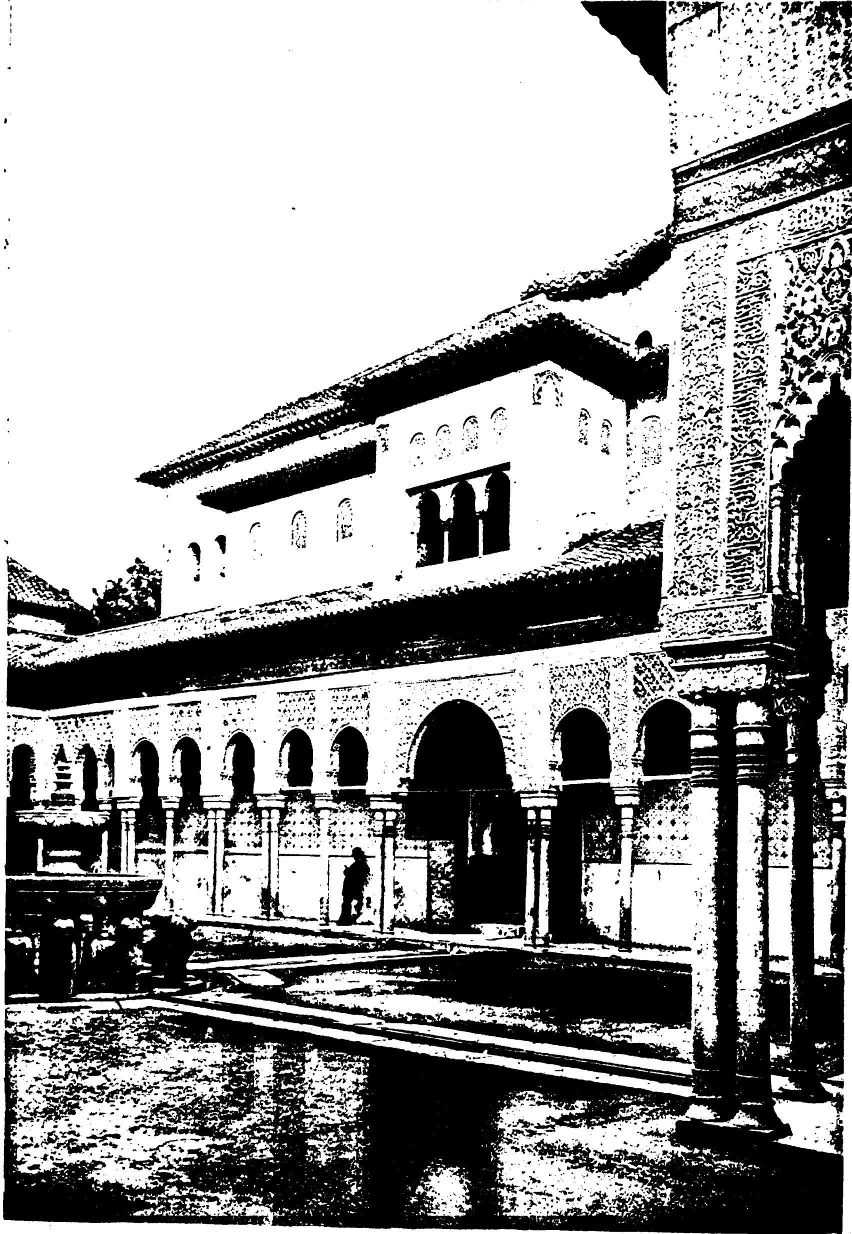
ALHAMBRA.—Salón de Embajadores

entre medias columnas sobre cuyo capitel parece descansar la cúpula, ocupan el centro del espacio que media entre cada dos ángulos salientes. La cúpula es magnífica: abruma al espectador



ALHAMBRA.—Puerta del Patio de los Leones

con sus adornos. Sus mil estalactitas, sus colores, sus innumerables arcos de segmento, sus coronas de estrellas, sus complicados hundimientos y resaltes, sus conos, sus polígonos, sus dibujos miniados, sus accidentes de luz, sus efectos de claro-oscuro, la presentan á primera vista confusa, erizada de dificultades, indefinible, indescifrable, resplandeciente y vaga como

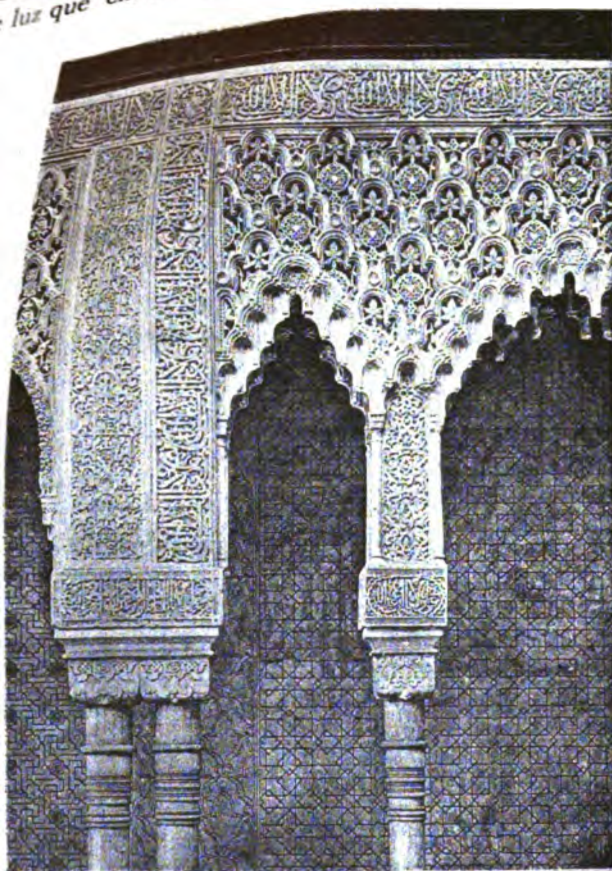


Patio de los Leones en la Alhambra

ese ancho cinturón de estrellas, llamado vía láctea, que cruza de noche el pabellón del cielo. Es regular en la realidad, aunque irregular en la apariencia: intervino más en su ejecución el compás del geómetra que el genio del artista; pero son tantas sus líneas y cambian tan fácilmente sus combinaciones apenas da el observador un paso, que no es fácil comprenderla sino después de largo y detenido estudio. No disponían los árabes de esas majestuosas cimbras ni de esas altas columnas en que el pueblo romano dejó estampada su grandeza; no conocieron esa ojiva ni ese gigantesco haz de palmas que consagraron á Dios los cristianos de la Edad media; no supieron sorprender la imaginación con esos delicados follajes de cantería que admiramos en las puertas de nuestras catedrales; pero nadie ha comprendido mejor que ellos la manera de aumentar los efectos de su ornamentación, la de encerrar belleza y poesía en formas rigurosamente geométricas, la de hacer que prevalezca la variedad en medio de la mayor monotonía. Los alhamíes de esta sala llevan adornado el íntrados de todos sus arcos con las mismas figuras y entrelazos; y parece, sin embargo, que no tienen ni un solo relieve semejante. Distribuídos desigualmente los colores, salen aquí por claro las líneas que allí salieron por oscuro, preséntanse aquí como principales las que no fueron allí más que accesorias; y cambia sin cesar la decoración aun siendo siempre iguales las partes, idéntico el enlace. Los árabes encontraron en los colores un gran recurso: pretendieron comunicar cierto encanto, cierta magia á sus monumentos; y lo consiguieron tanto con los colores como con sus almocarabes, sus tracerías y sus alicatados (1).

(1) Muchas son las reparaciones que ha debido sufrir esta sala de los Abencerrajes; pero no hemos encontrado en el Archivo sino dos documentos que nos hablen de ellas. En las cuentas de 1586 aparece para su restauración una partida de 296 coronas de azulejos de colores, 216 cintas romanas azules, 438 cintas pequeñas y 50 alijares de marca mayor, comprado todo al azulejero D. Antonio Tenorio. En otro legajo, en que están consignadas las cantidades satisfechas desde el año 1585 al 1588, se halla una libranza por la que consta que para forrar y

Alcanzaronlo en esta misma sala sobre todo para el que la contemple en conjunto desde uno de los alhamíes. Los torrentes de luz que entran desde el patio de los Leones, los rayos que

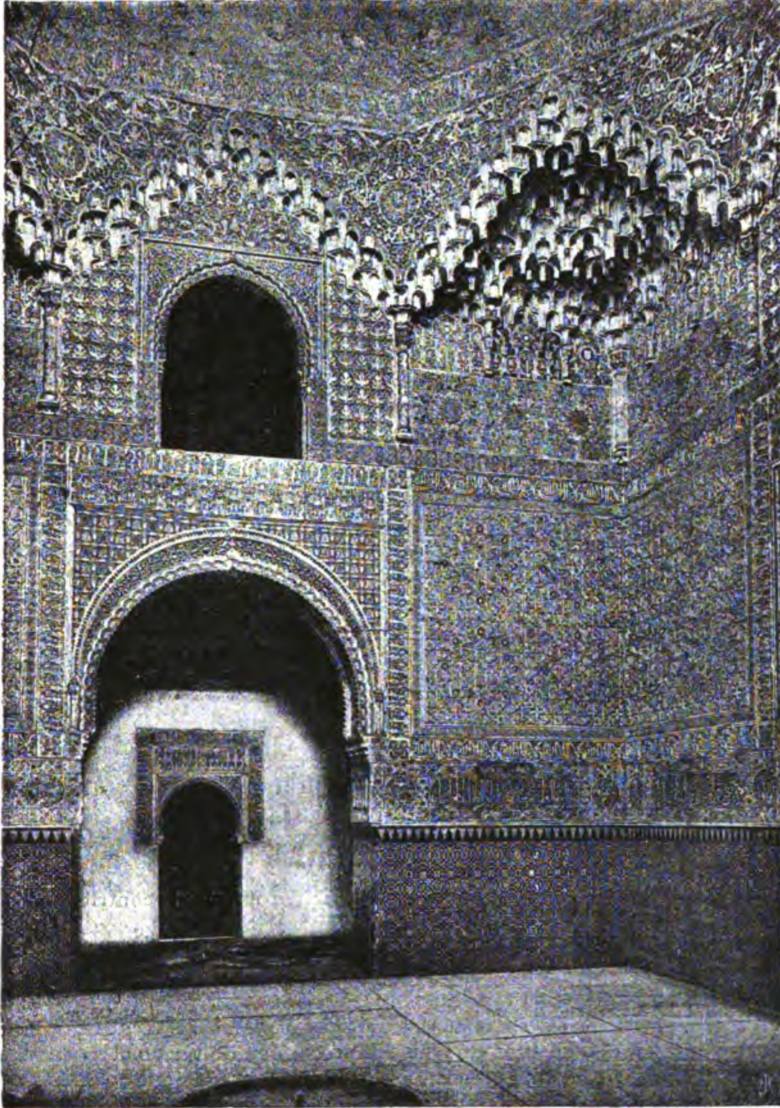


ALHAMBRA.—DETALLE DEL PATIO DE LOS LEONES

bajan de los ajimeces superiores iluminando desigualmente las pintadas estalactitas que adornan la parte inferior de los prismas, los contrastes de claro-oscuro que en todas partes se

---

solar la misma sala se emplearon 275 mostagueras de colores, 115 cintas romanas y 50 ladrillos vidriados.



ALHAMBRA.—Sala de las Dos Hermanas

observa, el misterioso silencio que allí reina, todo evoca ante la imaginación escenas fantásticas, sangrientas, que le hacen estremecer y pueblan de sombras airadas las bóvedas y la galería de tan triste estancia. Vive aún allí la tradición; vive aún allí la leyenda. Cada cuerpo que interrumpe la luz debajo de los arcos del patio es la entrada de un abencerraje que viene á morir bajo el hacha del verdugo; cada suspiro del viento entre los ajimeces es el suspiro de muerte de una víctima; cada bocanada de agua que arroja la fuente es una bocanada de sangre. Junto á la columna más rodeada de oscuridad ¿quién no se figura ver aún á Boabdil contemplando impasible la matanza? Tiembla, inicuo rey, si eres aún capaz de remordimientos: exclama la imaginación exaltada. La sangre que hiciste derramar sobre esta rica taza de mármol es una mancha indeleble. Transcurrieron ya cuatro siglos: acércate y observa: está roja todavía (1). El agua ha desgastado la piedra, pero no la sangre: no la ha desgastado para recuerdo eterno de tu delito.

Mas ¿es cierto? ¿no miente acaso la tradición? Detente, fantasía: no insultes á un rey sobre quien pesó tal vez menos el crimen que el destino.

Paralelo al salón de los Abencerrajes está el de las Dos Hermanas (2). No hay otra cámara más rica ni más completa (3). Su soberbio arco de entrada lleva aún engarzadas en ricas zapatas las hojas de sus antiguas puertas (4); la su-

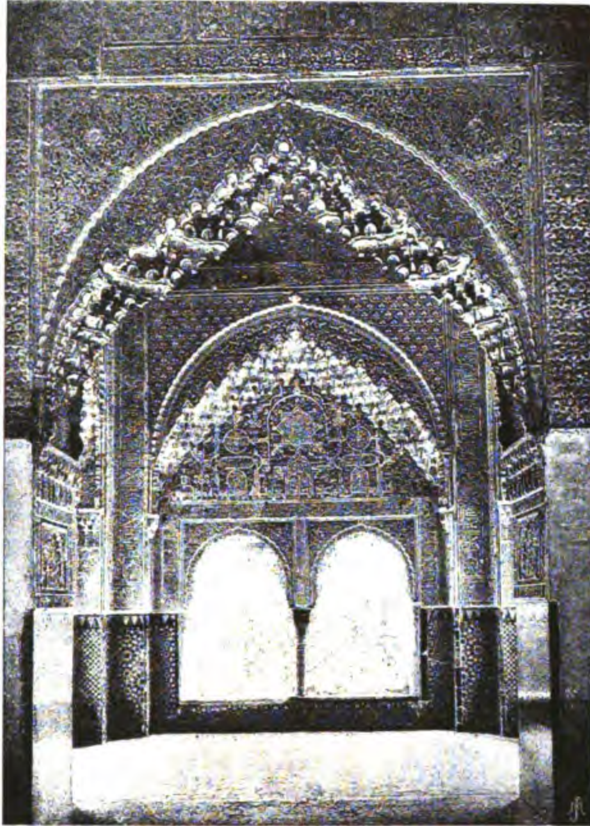
(1) El mármol tiene efectivamente una mancha roja que no contribuye poco á aumentar la ilusión y el interés de esta tradición terrible.

(2) Llámase así esta sala por tener entre las losas de su pavimento dos enteramente iguales de 4 varas y 21 pulgadas de largo y 2 varas y 4 pulgadas de ancho. Llamábase antiguamente cuarto de las Losas.

(3) Poco ó por mejor decir nada sabemos de las restauraciones que ha sufrido esta sala. Por los documentos que he tenido ocasión de ver en el Archivo, sólo consta lo que padeció cuando el incendio de la pólvora. «Asimismo, dice la relacion de los daños ocasionados por aquella gran catástrofe, en toda la sala que dizen de las Losas, en el dicho quarto de los Leones, quebró y derribó todas las vedrieras é otras que estaban en el quarto de la dicha iglesia (sala del Tribunal), que las unas y las otras eran de mucho precio *por estar pintadas con muchas istorias y armas reales.*» Llamamos la atención del lector sobre estas últimas palabras.

(4) Estas puertas están embutidas y pintadas.

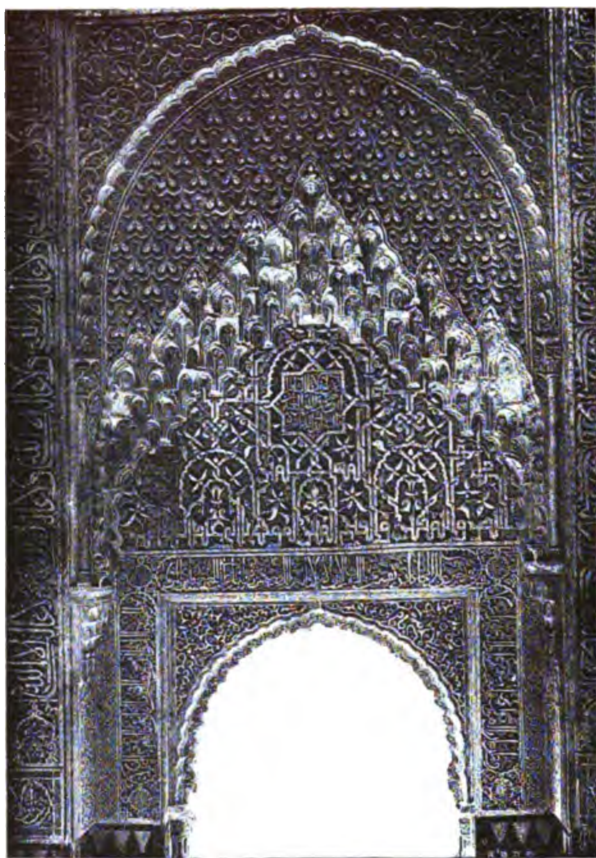
perficie de sus altos muros desaparece por entero bajo sus relieves de estuco y su mosáico de azulejos; su deslumbradora bóveda estalactítica brilla aún con la luz que despide su hermoso



ALHAMBRA.—Mirador de Lindaraja

ventanaje, abierto entre las columnitas simuladas que le sirven al parecer de apoyo. Álzase en el centro de su pavimento de mármol una fuente cuyas aguas no hace aún mucho tiempo reflejaban los colores de la celestial techumbre; á oriente y occidente, alhamíes radiantes de hermosura; al norte, un arco todo delicadeza y gracia que conduce á un pequeño mirador,

entre cuyos aéreos ajimeces se ve brotar á chorros el agua del jardín de Lindaraja, mecerse en el espacio el álamo ligero, brillar el sol, asomar el azul del firmamento. Relumbran aún su



ALHAMBRA.—Detalle del Mirador de Lindaraja

oro y sus colores, consérvanse sus miniados dibujos en el fondo de los atauriques, reina en todas sus partes la armonía: no cabe á la verdad mayor belleza ni más acabado conjunto. Se goza aquí mirando, se sueña viendo, crece la fantasía soñando y puebla el salón de sombras misteriosas, de seductoras bellezas, de sultanas llenas de deslumbrante pedrería, de doncellas que

la rodean con fragantes pebeteros, de genios que se esconden en los estrellados senos de la inmensa bóveda. Hay aquí un mirador, y es un mirador lleno de encantos, un retrete gentil que sólo pudo concebir un alma enamorada, un templo que podría escoger el amor sino lo ocupase aún el espíritu ó cuando menos el recuerdo de una mujer cuyo nombre repite el mundo sin saber su historia. No es tampoco posible entrar en él sin que la imaginación crea ver ya en pié, ya sentada sobre el ajimez, la imagen de esa Lindaraja que, sin ser la esposa de un rey ni la sultana de un serrallo, logró dejar vinculado su apellido en la mansión más encantadora de este alcázar. Lindaraja sigue allí muerta para el que ha visto ya anegadas en la copa del dolor sus ilusiones, viva para el que tiene aún virgen el corazón, libre y suelta su ardiente fantasía.

¿Deberé descender á detalles? ¿Quién podría describir los bordados paramentos de los arcos de la sala, los preciosos entrelazos de sus alicatados, sus grandes cuadros de estuco donde figuran conchas y escudos entre rombos y losanges, sus magníficas orlas de letras floreadas (1), los delicados marcos de sus

---

(1) En una de estas orlas se lee:

Soy de forma muy preciosa,
Son prodigio mis labores
y belleza,
Soy creación maravillosa:
¿De quién no arranca loores
mi grandeza?
Contemplad la piedra dura
Ya desbastada y bruñida
diestramente
Cómo brilla en mi estructura:
Fuí tiniebla en luz vertida
prontamente.

Los mármoles más preciados
En mi alcázar se pusieron
con ingenio:
No bien fueron colocados,
Del príncipe relucieron
con el genio.
Mis esplendores deslumbran
Tanto que son envidiados
por el cielo.
Sucesos que en él alumbran
Son por mi luz sombreados
en el suelo.

En otra:

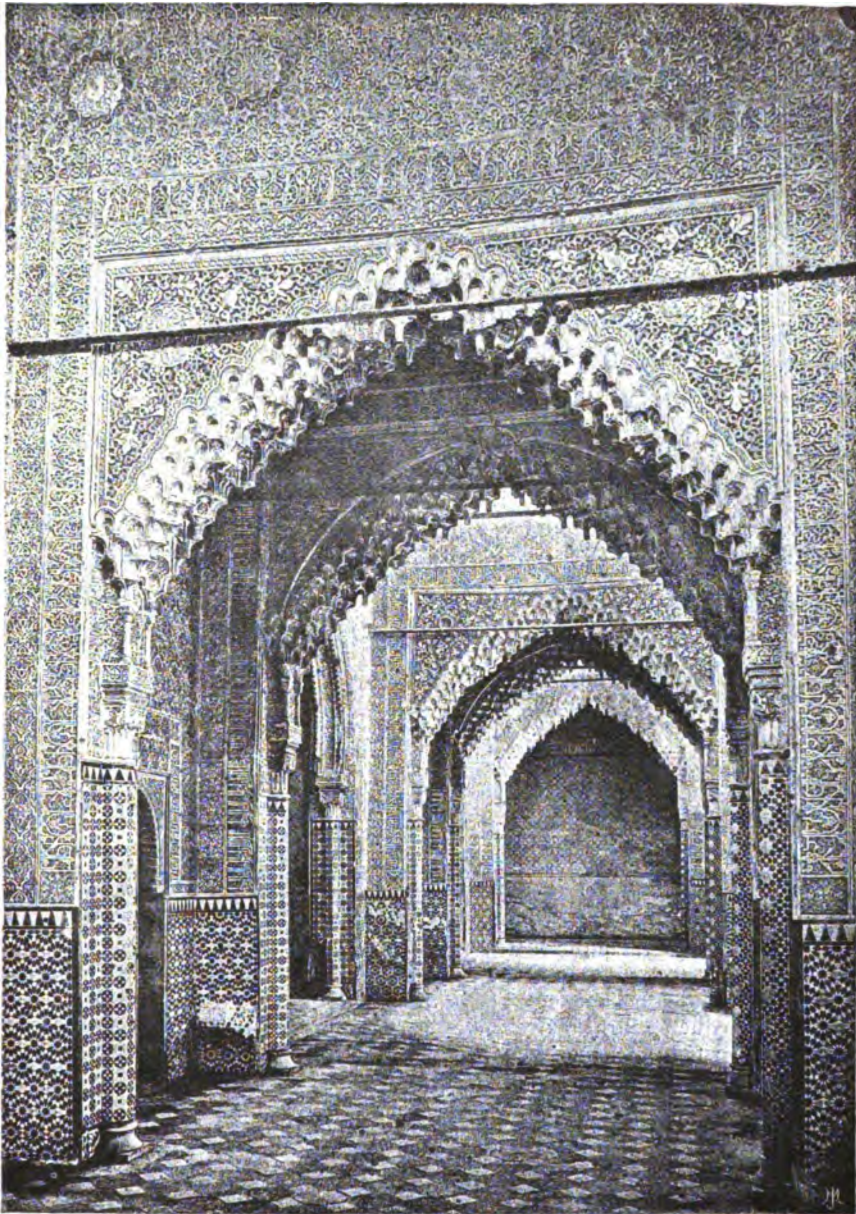
¿Has visto mucha grandeza?
Pues es mayor mi belleza.

Y dice al verme la gente:
¡Qué linda! ¡qué clara fuente!

Otro me ve, se recrea,
Y me llama: *mar que ondea.*

ajimeces, las indefinibles labores de su atrevida bóveda, inmenso cono de ancha base con anillos de hermosas y estrelladas cúpulas? Hay detalles en cada detalle, y son inagotables. Campean en todas partes hojas, flores, relieves sobre relieves, delicados dibujos sobre el fondo de los ataurиques; figuran en el techo nichos, bovedillas, colgantes que relumbran como el oro, círculos concéntricos trazados alrededor de una estrella central, abierta en el vértice del cono, parecidos á los que forma el agua en torno de la piedra que la agita. No hay en el mundo objeto con que poder comparar esta sala y esta techumbre: los árboles salpicados de rocío en que el sol refleja sus colores, las bóvedas de las grutas filtradas por las aguas, esos erizados montes de sal-piedra que brillan como un mar de perlas, apenas dan una ligera idea de lo que presenta este recinto. No cabe apreciarlo en su valor sin verlo. Es aún mucho más complicado el mirador, á pesar de ser la más reducida estancia del alcázar. ¡Cuán bello y diminuto es su mosáico de azulejos! ¡qué de letras floreadas, qué de nexos y caracteres cúficos, qué de arco sobre arco, qué de hojas caprichosas, qué de ligeros filetes, qué de vivos colores, qué de lindas miniaturas en el espacio de sus paredes y sobre todo en torno de la primorosa galería, por entre cuyos arcos dentellados asoman los naranjos y arrayanes del jardín que lleva el mismo nombre! Son los arcos de esta galería dentellados; de alto y delicado relieve, las enjutas; de hermosos capiteles, las columnas en que aquellos descansan; rica la puerta, la techumbre, el suelo; ricos los babucheros, rica cada una de sus partes y el conjunto.

Cierran por fin el patio de los Leones hacia oriente pequeñas salas llamadas del Tribunal, precedidas de un vestíbulo común, cuya bóveda estalactítica descansa directamente sobre sus cuatro muros. Son estas salas ó aposentos en número de siete: las tres del centro cuadradas, las demás cuadrilongas, y todas adornadas de finos almocarabes en que brillan, si bien ya muy perdidos, la púrpura y el oro, los colores más vivos, la mayor



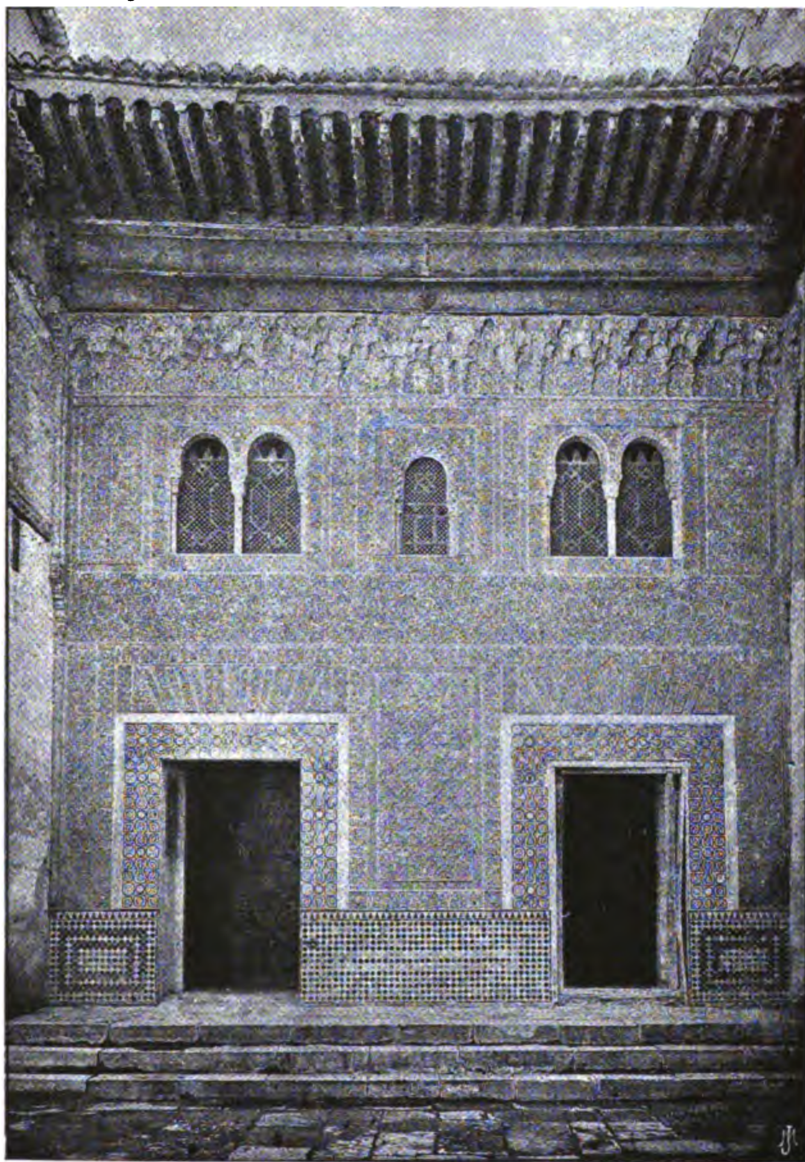
ALHAMBRA.—Sala de Justicia

riqueza (1). No hay línea delicada, no hay combinación graciosa, no hay forma bella que no ostenten estas pequeñas estancias: decóranlas grandes arcos festonados, cúbrenlas preciosas techumbres, danles luz ventanas orladas de letras y entrelazos, embellécenlas conchas, flores, estrellas, anchos follajes, en medio de los cuales asoman escudos con la coyunda y con el haz de flechas (2). Mas no las hacen notables sus estucos, ni sus arcos, ni sus techos; hácenlas notables las bóvedas de tres estrechos recintos, las cúpulas de tres reducidos alhamíes con que comunican otras tantas salas. Aparecen pintadas en aquellas bóvedas figuras de reyes, damas, caballeros, leones, perros, aves, seres cuya reproducción está vedada á todo musulmán; y se duda si son pinturas árabes ó cristianas, si son anteriores ó posteriores á la reconquista. Lleva la cúpula del alhamí central en los extremos del eje de su elipse el escudo de Alhamar, la barra diagonal sobre campo gules metida en la boca de dos fieros cocodrilos; al rededor sobre un fondo de oro diez figuras de tamaño natural sentadas todas en ricos almohadones, con la barba crecida, cubierta la cabeza de almaizar y toca, metido el pié en

(1) Tuvo lugar la primera reparación de estas salas en 1555. Dióse la obra á pública subasta, y en el pliego de condiciones que para ello se escribió, leo: «Primeramente que todos los paños y letreros de yesería y alvanegas de crecos questan quitados se tornen á hacer y asentar en sus lugares de la misma obra que estaban hechos y asentados de manera que esté la obra atada y muy perfectamente puesta, que no difiera de lo viejo que á par dello ay. E otrosí que la yesería que está quitada del mocarabez de los seis crecos de las entradas de las tres alcobas ó otra qualquier yesería que en ellos faltare, se haga de dentro y de fuera como dicen los crecos y se ponga y asiente de la manera que estaba muy perfectamente. E otrosí que todas las hendeduras que oviere en la dicha pieza ó en qualquier parte della ó quebraduras ó otras faltas se reparen y cierren de la misma forma y manera que está la obra que oviere á par dellas de manera que sean conformes.»

De resultas del incendio de la casa del polvorista sufrieron también mucho estas salas. «Derrivó y abrió, léese en la relación arriba mencionada, todos los taviques con que está atapada la dicha iglesia y quebró y maltrató todas las puertas de la dicha sala echando los restos por el suelo.» Es de advertir para la inteligencia de esta cláusula, que á fines del siglo XVI fué convertida en oratorio la sala del centro para todo el tiempo en que se estuviese construyendo la iglesia de Santa María de la Alhambra.

(2) Esta divisa de los Reyes Católicos fué puesta por los primeros que restauraron estas salas.

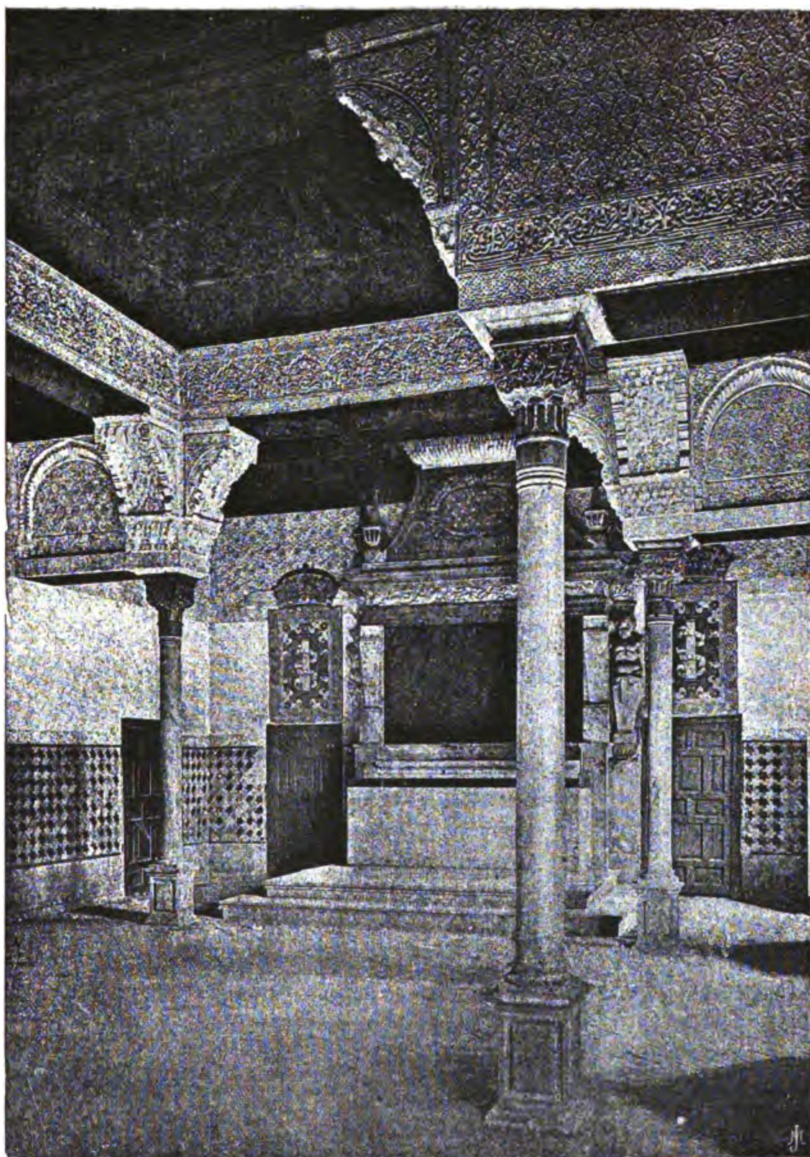


ALHAMBRA. — Patio de la Mezquita

agudos borceguíes, pendiente la espada de un tahalí, ya negro, ya encarnado, pintada la vaina, dorados pomo y anillos, grave la faz, apoyada la mano en el alfanje. Parecen todas reyes, y reyes de Granada: sus trajes, sus escudos, la forma de la espada, todo los presenta como sucesores de Alhamar, de ese príncipe que no sólo fundó la dinastía, sino también el palacio en que ésta vivió, este alcázar de la Alhambra. La incorrección del dibujo, la falta de tono, la inoportunidad con que están empleados los colores, el mismo oro del fondo, las hacen por otra parte obra de manos árabes, de manos poco ejercitadas en reproducir la forma humana. Para nosotros son evidentemente anteriores á la conquista estas pinturas: lo revelan ellas mismas, y hasta cierto punto lo confirma la tradición, la misma historia (1).

Donde ofrece más dificultad la cuestión es en las cúpulas de los otros alhamíes. Figura en una un castillo flanqueado de cubos con almena y barbacana, al pié del cual hay un león aherrojado, pendiente de una cadena que sostiene á la izquierda una candorosa joven, cuyas manos están entre las de un monstruo herido. Alancea por la espalda á esta espantosa fiera un caballero vestido de una estrecha y acamuzada cota de armas, tras el cual otro jinete, ya medio borrado, está luchando, la lanza en ristre y la adarga al pecho, con otra fiera parecida al ciervo. Tiene en tanto lugar á la derecha del castillo otra pelea entre dos guerreros, al parecer uno moro y otro cristiano. Está ya el cristiano herido y para caerse del caballo, tanto que apenas se siente con fuerzas para apoyarse en su lanza; fiero y orgulloso

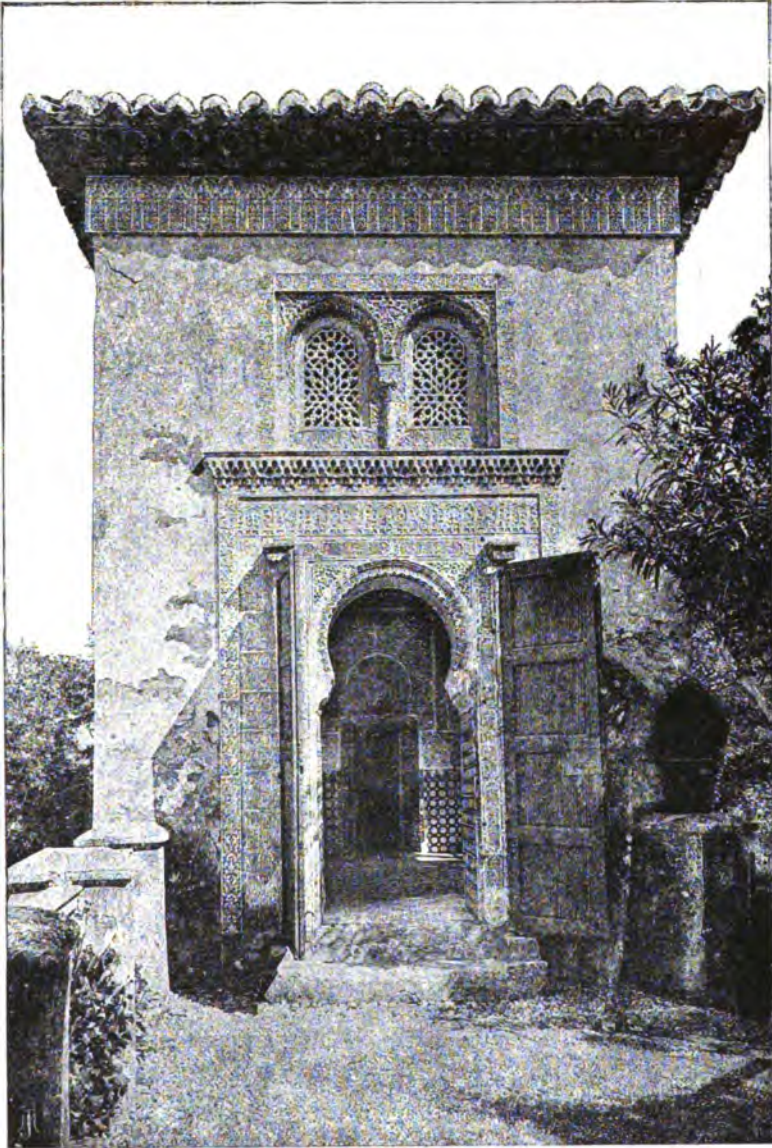
(1) En el libro primero, párrafo primero de la *Guerra de Granada* escrita en el siglo XVI por D. Diego Hurtado de Mendoza, se lee: «Hay fama que Bulhaxix halló el alchimia, y con el dinero della cercó el Albaycin: dividióle de la ciudad, y edificó el Alhambra con la torre que llaman de Comarech (porque cupo á los de Comarech fundarla), aposento real y nombrado, segun su manera de edificio, que despues acrecentaron diez reyes sucesores suyos, cuyos retratos se ven en una sala.» No será inoportuno añadir que todos los documentos del siglo XVI dan á esta misma sala el nombre de Cuarto de los Reyes.



ALHAMBRA. — INTERIOR DE LA MEZQUITA DEL PALACIO

el moro, á quien cubre aún el escudo, y se muestra dispuesto á no soltar las armas hasta que acabe con su enemigo. Asoma tras del moro un paje con uno que parece halcón en la mano y el cuerpo ligeramente recostado en un árbol sobre cuyos ramajes brillan las pintadas plumas de algunas aves; y árbol, paje, figuras, todo parece indicar que el cristiano vino á interrumpir al moro en el ejercicio de la caza. Contemplan la lucha desde la galería de una torre dos hermosas damas, coronada la una de hojas y flores, y vestida la otra con sencillez y gracia, mientras de un castillo de enfrente salen dos niñas cubiertas de blancas túnicas que se adelantan sin observar la que está al pié de uno de los torreones con manto rojo y la mano sobre los cuadros de un tablero. Distínguense entre todos estos objetos, aquí una cabeza, allí árboles, acullá otras aves y otras fieras, símbolos tal vez, geroglíficos quizá, que en vano pretenderíamos explicar perdida la clave para descifrarlos.

Aparece en la cúpula del otro alhamí, allá en el centro, una fuente de doble copa junto á cuyo mar están dos jóvenes de singular hermosura; á la derecha un moro á caballo que acaba de hundir su lanza en un jabalí acosado por gran número de perros; más allá cuatro ó cinco escuderos que están cargando sobre otro caballo una fiera ya cogida; á la izquierda un castillo ante cuyas puertas hay unos musulmanes que están prestando homenaje á unas princesas, y grupos de caballeros en que están unos sentados, otros blandiendo sus armas, otros montando el arco, otros cayendo sobre un león espada en mano. La caza de montería está pintada allí con todos sus accidentes y peligros: no sólo el león y el jabalí, sino también otras fieras que desconocemos, son objeto de tremendas luchas. Andan allí revueltos caballos, caballeros, pajes, leones, perros; todo es confusión y movimiento, todo refleja al vivo el furor de la pelea. Figuran en el mismo cuadro fuentes deliciosas, entrevistas de caballeros con hermosas damas, castillos en cuyos torreones asoma una mujer coronada de flores entre hombres medio ocul-



ALHAMBRA. — Fachada de la mezquita primitiva

tos en el capuz de sus encarnados albornoces; mas aun estas escenas, todo campestres, no parecen sino haber sido reproducidas para que resalte más por medio del contraste la fiereza de aquellos combates y el ardor de tan rudos combatientes. Son damas y caballeros moros: aquellas visten ligeras tocas y blancas túnicas recamadas de oro; estos, pequeñas capellinas de larga cola y estrechas aljubas, sobre las cuales oprime sus cinturas un ancho talabarte: ¿podrá dudarse aún de que sea la pintura anterior á la caída de Granada?

Á mi modo de ver son también árabes las de estos dos alhamíes. Por lo acamuzado de los trajes, por lo rudo de las formas, por el candor que brilla en los semblantes, por el colorido, parecen pertenecer á la escuela cristiana de la Edad media, á esa escuela purista en que prevalece el sentimiento sobre la forma, el pincel sigue los movimientos del alma, y el corazón tiende á reproducir más de lo que puede ejecutar la mano; pero es evidente que no bastan aún para resolver la cuestión esos ligeros puntos de contacto. ¿Dónde se distinguen en esas pinturas ni sombras siquiera de aquel profundo misticismo religioso que constituye el fondo y el carácter del arte cristiano? Á creerlas posteriores á la conquista, deberíamos suponerlas cuando menos del siglo XV: ¿estaba en este siglo tan atrasado el arte? ¿Con qué objeto, por otra parte, hubieran pintado aquí los cristianos escenas que nada debían significar para ellos, escenas en que no intervenían ni los reyes de Castilla, ni los caballeros que siguieron sus pendones de guerra? Sólo en una de esas pinturas hay un cristiano; y este cristiano sucumbe aun en la lid que estuvo sosteniendo con un moro: ¿qué artista, sin creer en el Profeta, habría querido consignar esta humillación en las bóvedas de un alcázar conquistado? Cuando constan además en el archivo de este palacio hasta las menores restauraciones hechas en los primeros siglos después de la conquista, ¿sería posible que no hubiese quedado ni el recuerdo de cuándo se pintó los magníficos alhamíes de estas salas? No es fácil explicar por qué ni con qué



ALHAMBRA. — Exterior del Tocador de la Reina

objeto quebrantaron aquí los árabes una de las leyes más capitales dictadas por el islamismo: mas ¿no sería fácil suponer que el incesante roce que tuvieron con los cristianos durante la última época de su dominación en España, el deseo de adular á príncipes que después de haber salvado el imperio estaban levantando uno de los más grandiosos monumentos que había á la sazón en Europa, y sobre todo lo corrompidas que estaban entre ellos las creencias muzlímicas, atacadas á cada paso por nuevas sectas, habían de dar margen á que torciéndose la interpretación de aquel precepto, se lo quebrantase por más ó menos frívolos motivos? Púsose leones en la fuente del patio bajo el pretexto de que simbolizarían á los guerreros que acompañaron á Alhamar y recibieron de su generosa mano dones tan abundantes como las aguas: ¿por qué no se ha de poder aceptar estas pinturas como símbolos ó cuando menos como alegorías?

Hay aún otras salas, otras bellezas monumentales en la Alhambra; pero aisladas ya y perdidas entre creaciones heterogéneas debidas á otros hombres y otros siglos. Éntrase por el salón de Embajadores en una estrecha galería que conduce al cuarto de las Frutas, al de la Estufa y á ese hermoso Tocador de la Reina en que habitaron tantas princesas y se inspiraron tantos poetas: ¿qué cabe observar ya en todos, del tiempo de los árabes? Techumbres ricamente entalladas y algunas columnas de mármol en la galería; muy poco ó nada en los demás cuartos, cuyo mérito no constituyen hoy sino bellas pinturas al fresco, hechas unas en el reinado del Emperador y otras en el del rey Felipe V. Quédanle aún al Tocador sus deliciosas perspectivas, quédanle esos amenos paisajes desarrollados incesantemente ante sus arcos por el monte, la ciudad y el río, quédanle sus alrededores pintorescos: nada más le queda. Todo está hoy restaurado y desconocido. Subsisten aún en la parte inferior del monumento el patio de la Reja (1), la sala de las

(1) Llámase así este patio por conservarse en él una reja de hierro con pilastras jónicas. Hay quien cree que ella y el cuarto contiguo sirvieron de cárcel á la



ALHAMBRA. — Torres de las Infantas y de la Cautiva

Ninfas y la de los Secretos (1), el tan celebrado jardín de Lindaraja; mas ¿dónde, en qué cabría reconocer su origen? El patio es todo moderno: la larga y abovedada sala de las Ninfas no tiene más que algunas estatuas mitológicas y un medallón de mármol de Carrara en que están reproducidos los amores de Júpiter y Leda, y este y aquellas son evidentemente esculturas del tiempo del Imperio; la de los Secretos está enteramente renovada, y apenas guarda sino la disposición acústica de sus bajas y misteriosas bóvedas; el jardín de Lindaraja sólo conserva de sus fundadores algunas de las columnas que sostienen su vistosa galería y una fuente central de cuyo mar se levanta la más graciosa copa del alcázar, una concha escamosa, orlada de bellas letras árabes. Anteriores á la conquista no se conserva ya en la parte baja de este monumento más que las salas de Baños y el patio de la que es hoy casa del Gobernador, patio lleno de belleza y de poesía donde al través del arco ojival de herradura se ve campear el arco dentellado. Están allí multiplicadas las labores á porfía, y adornan la pared meridional dinteles á cual más soberbios, bellísimos cuadros de entrelazo, graciosas rosetas circuídas de motes árabes, uno que otro ajimez sostenido por ligeras columnas, cornisas escociadas cubiertas de caracteres africanos, delicadísimos filetes en que descansa el más suntuoso alero que pudo llegar á esculpir el cincel árabe. Están muy restauradas las salas de los Baños y las siguen restaurando; pero conservan su carácter oriental y llaman vivamente la atencion de los artistas. Es la primera y la más meridional un cuadrilongo con pavimento de mármol y bóveda estrellada, en cuyos extremos abren paso dos arcos de herradura, el uno á un espacioso baño, el otro á un alhamí casi de

---

reina sultana después de calumniada por los zegríes; mas destruyen esta opinión las noticias que existen de haber sido hecha y colocada la reja en 1639.

(1) Tiene esta sala en cada ángulo un tubo, al cual si se aplica el oído, se oye perfectamente lo que se dice en el ángulo opuesto, por baja que sea la voz con que se pronuncien las palabras. Á esto debe el ser llamada sala de los Secretos.

las mismas dimensiones que la sala, donde se ve otro baño en cuya pared está abierto, como en la del primero, un elegante nicho alicatado que sirvió tal vez para los borceguíes. Conduce esta pieza por una puerta de arco rebajado á otra con baldosas también de mármol y alumbrada por las estrellas de su bóveda, que está entre dos pequeñas cámaras, á cada una de las cuales dan entrada tres arcos de herradura sostenidos por columnas de bellos capiteles. Aunque sin más adorno en sus paredes que el de su mosáico de azulejos, no dejan de ser interesantes estos dos cuartos y el inmediato, casi del mismo corte; pero no son comparables con el Cuarto de las Camas, aposento desgraciadamente muy destruído y hoy medio restaurado (1), al cual debe el observador dirigir sus pasos entre lindos retretes destinados al parecer á los niños. Ocupa el centro de esta sala un cuadro compuesto de una línea de ladrillos de mármol en cuyos ángulos se levantan cuatro airosas columnas, que sostienen otros tantos arcos. Figuran en los extremos dos alhamíes de poca profundidad cegados hasta la altura necesaria para que el terraplén pueda servir de cama, y en cada ángulo del muro una puerta de arco dentellado, que conduce á las piezas interiores. Nichos, paredes, pavimento, todo está profusamente adornado. Lo que no cubren los relieves de estuco lo cubren los mosáicos de azulejos que ostentan sus hermosas combinaciones hasta en el mismo suelo; embutidos de rica tracería decoran los techos de los corredores; calados á cual más caprichosos constituyen las enjutas de los arcos; una fuente de que aún quedan vestigios arrojó un día sus aguas entre las columnas. Álzase sobre este primer cuerpo una galería también cuadrada, entre cuyos diez

(1) Sufrieron mucho estas salas cuando el incendio de la pólvora, pues, según la relación citada, no sólo se rompieron los cristales de las bóvedas, sino que también cayó parte de la yesería y vinieron abajo muchas de las puertas; pero no fué entonces cuando más padeció este Cuarto de las Camas, sino en Enero de 1804, en que D. Pedro Belinchón comunica á la Junta de Obras y Bosques la noticia de haberse hundido parte de la pared y el techo. Este hundimiento es el que se está reparando.

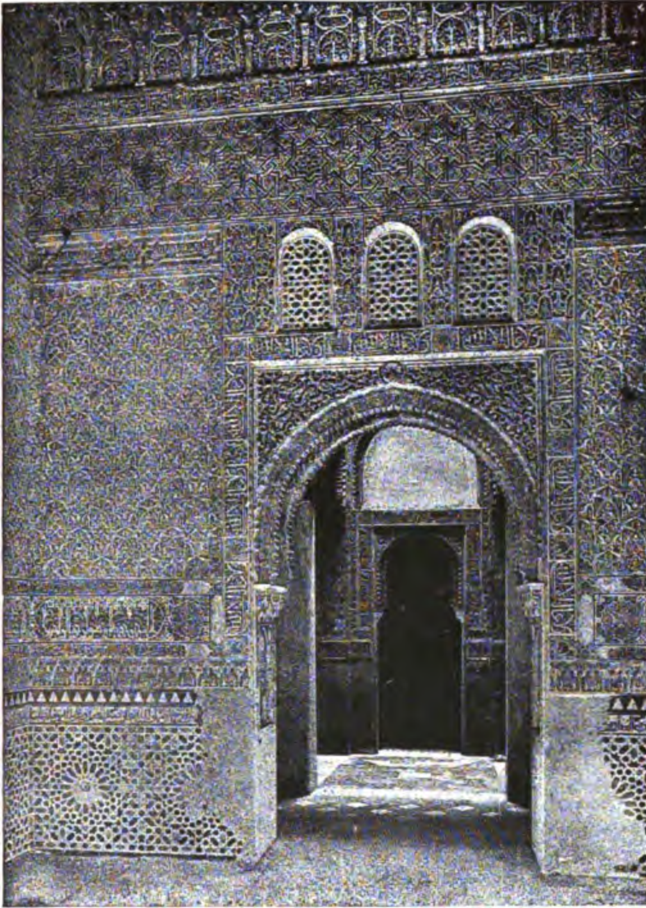
y seis arcos corre todavía una baranda de madera; sobre la galería una línea de ventanas cubiertas de complicadas celosías, sobre las ventanas una techumbre artesonada que están revistiendo ahora de sus antiguos dorados y colores. No hay ya páginas monumentales parecidas á las de ese Cuarto de las Camas: apenas es comparable con él ni la misma capilla del Alcázar, cuadrilongo dividido en tres naves por cuatro columnas de base romana y capitel pintado (1), sobre cuyos abacos descansan magníficas repisas que sostienen un techo diestramente esculpido. Están las paredes alicatadas y cubiertas de estuco, adornadas de graciosas molduras las columnas, tallados con limpieza y gracia los entrelazos y estrellas que decoran la techumbre; pero no presenta ni la homogeneidad ni la armonía á que en aquella contribuyen hasta las mismas obras de los restauradores (2).

Para descubrir otras bellezas árabes es preciso salir del interior de este palacio, recorrer algunas de las torres que constituían su fortaleza y visitar las ruinas del vecino Generalife, sentado en una de las vertientes de la Silla del Moro, no lejos del lugar donde brillaron en otro tiempo los Alijares y la casa real de Darlaroca. La torre de la Cautiva, y sobre todo la de las Infantas, encierran aún salas bellísimas que rivalizan con muchas de las que llevamos descritas, si no por sus dimensiones ni por la riqueza de sus colores, por su gentil disposición, por lo caprichoso de sus almocarabes y por sus altas techumbres de tracería, cuyas entrelazadas figuras geométricas se ocultan á los ojos del que las contempla desde el suelo. No es ya la de las Infantas, como en otro tiempo, un tesoro inagotable de primores árabes: está muy restaurada, algún tanto caída, medio

(1) Dos de estos capiteles, los del coro, fueron pintados y dorados en 1631 por Juan Rodríguez del Prado.

(2) La restauración de estos aposentos debida al Sr. Contreras es acertada y magnífica. Nada hay en ellos que no esté en armonía con el carácter de la arquitectura árabe ni el del monumento.

desnuda de sus antiguas labores, ahumada, perdida; pero hasta su mismo estado de deterioro la reviste de cierta poesía que hace observar con mayor interés la sencilla bóveda estalactítica

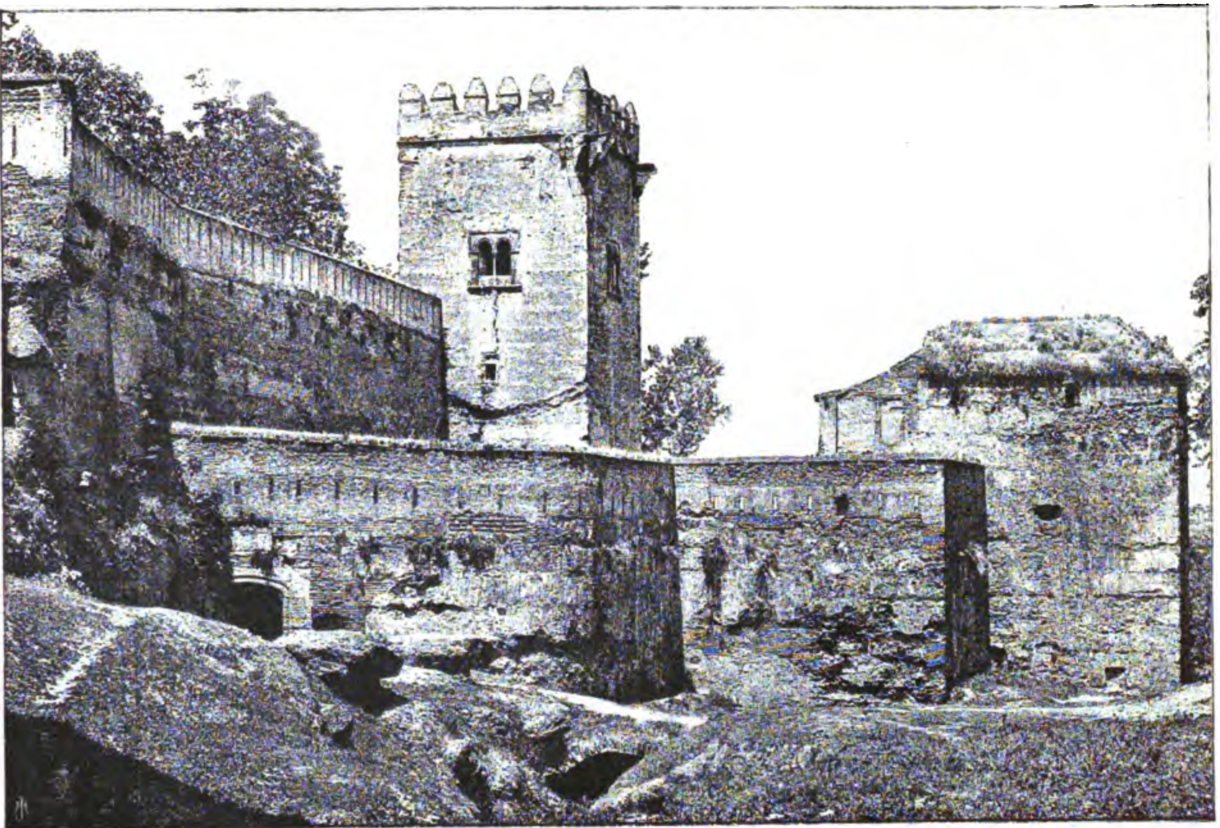


ALHAMBRA.—INTERIOR DE LA TORRE DE LAS INFANTAS

de su vestíbulo, los ajimeces de doble arco abiertos sobre la sala central, las hermosas puertas que conducen á sus aposentos y sus graciosos alhamíes, algunos cerrados por estrelladas cúpulas. Tiene actualmente más luz y respira mucha mayor

alegría la de la Cautiva (1), á cuyo pié extiende sus frondosas ramas un árbol que lleva origen del mismo día en que Granada salió del cautiverio que le impusieron los franceses: conserva más limpios sus alicatados y sus relieves de estuco que cubren sin interrupción sus paredes hasta la cornisa; ostenta en algunas partes mayor magnificencia; y es, sin embargo, más fría, habla menos á la imaginación, despierta menos ideas y menos sentimientos, excita menos esa mezcla de placer y de melancolía que hace doblar sobre el pecho la cabeza del viajero y le tiene más embelesado que atento, menos entregado á la observación que sumido en meditación profunda. Después de los cuartos interiores de la Alhambra no hay conjunto más bello que el de esa torre de las Infantas: no lo hay ni aun en esa misma Rauda ó panteón de los reyes árabes, del cual no existe mas que una estancia sin adornos cubierta por la más lujosa cúpula, y una fuente en que, según fama, se lavaba los cadáveres antes de bajarlos al sepulcro. Pasa uno con cierto terror junto á las torres del Candil y el Agua. Camina entre escombros y no distingue en torno suyo sino quiebras, torrenteras y uno que otro arroyo que corre entre las piedras: ve aquí crecer la yedra, nacer allí la zarza, brotar más allá la higuera bravía del fondo de una grieta, matizar acullá las yerbas alguna flor salvaje; y todo le inspira temor y sobresalto. Tiende la vista buscando más halagüeños cuadros, menos sombrías perspectivas, y no descubre sino veredas solitarias, tristes, como el desierto, ribazos ásperos, torres que alzan también al cielo fúnebres coronas de almenas: quiere dejar las ruinas y no puede; desea calmar su fantasía y la siente por momentos más exaltada por los recuerdos y las leyendas que agrupa en torno de tan misteriosos monumentos. Se dirige involuntariamente hacia uno y otro torreones, pugna por entrar en sus medio destruídas salas,

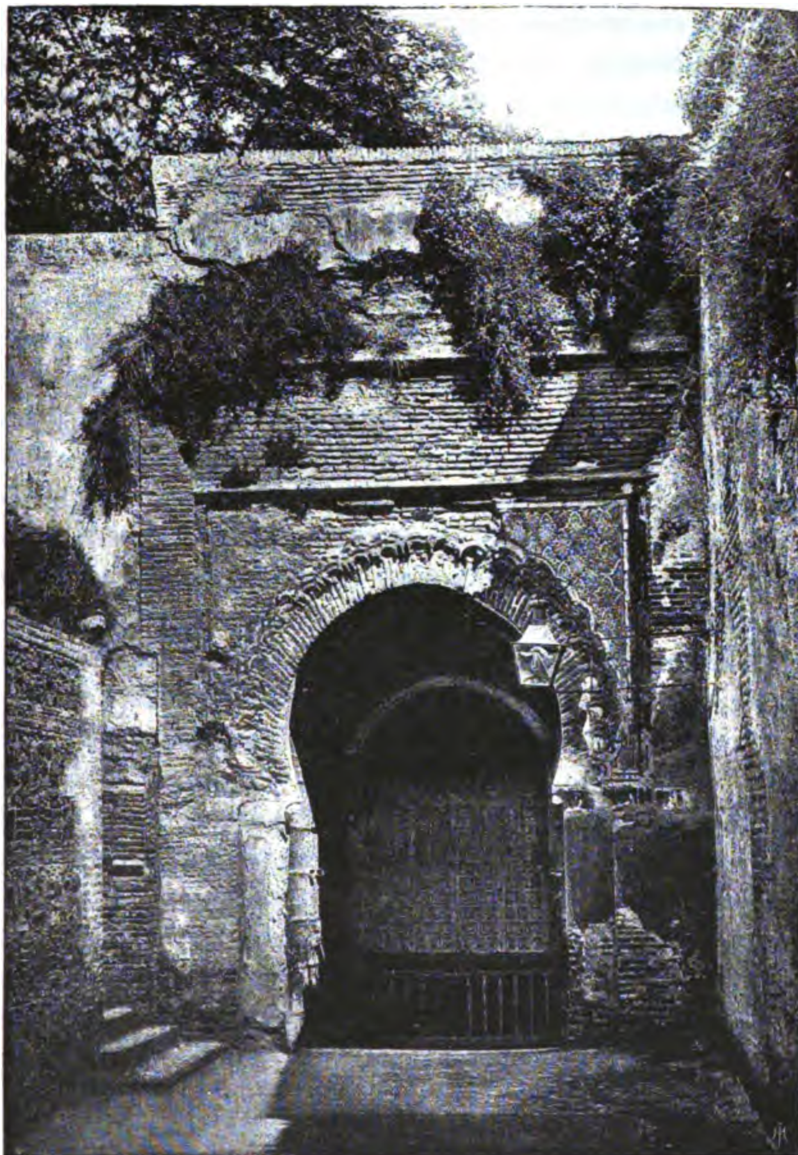
(1) El nombre de esta torre es lo que ha dado pié á Martínez de la Rosa para componer su novela titulada *D.ª Isabel de Solís, reina de Granada.*



ALHAMBRA. — Torre de los Picos

se esfuerza en distinguir la luz entre las tinieblas; pero ya no puede ver sino fantasmas de su imaginación, porque están las paredes desnudas, los techos caídos, y lo que subsiste amenazando ruina. Sale de ellas y encamina tal vez sus pasos á la torre de los Picos: ¡ah! la ve entera, con su homenaje completo, con sus pequeñas ventanas abiertas aún en forma de herradura, con su parda mole destacada sobre el risueño y pintoresco Generalife, y siente por de pronto explayársele el corazón; mas no tarda en recibir impresiones melancólicas al contemplarla sola, sentada en una pendiente áspera y revuelta, inmediata á las murallas de la Puerta de Hierro, de esa puerta que la tradición pobló de sombras y aterradoras visiones. Situados estos torreones en lugares incultos, parecen más que restos de un alcázar, monumentos funerarios erigidos á la memoria de héroes contra los que se alzó el destino; y tienen todos un aspecto lúgubre y solemne para el que los recorre con entusiasmo y presta atento oído al rumor del insecto sobre la yerba y á los suspiros del viento entre las grietas de los muros. Levántase el de los Siete Suelos entre floridas alamedas, y conserva también ese carácter. Las dos torres cuadradas que lleva sobre su enorme cubo, la rica vegetación que brota á sus piés cubriéndolo con el pomposo follaje de frondosos árboles, el pintoresco paisaje que forman á su espalda la puerta del Juicio y las Torres Bermejas sentadas en la cumbre de dos collados y dibujadas sobre la falda de la vecina sierra, toda la alegría que respiran sus alrededores no basta á templar el efecto melancólico que producen su solidez, su grandeza, el triste estado de sus muros medio destruídos y sepultados, las leyendas que la tradición ha escrito sobre sus piedras, los recuerdos de un rey desventurado que salió por su puerta al abandonar el palacio construído por los Alhamares.

Impresiones más agradables no es posible recibirlas sino en Generalife, en aquella mansión del placer y la ventura donde solían los reyes moros celebrar sus zambras hoy para embe-



ALHAMBRA. — Puerta del Hierro

leso de las sultanas, mañana á fin de celebrar sus triunfos. Poco es ya lo que nos queda de las paredes del palacio (1); pero se conservan sus jardines, sus estanques, sus bullentes aguas, sus cipreses seculares, sus sombríos bosques y sus inmensas perspectivas que abrazan la Alhambra, la Ciudad, la Vega. Todo sonríe allí todavía: no bien se atraviesa sus umbrales, cuando uno de sus jardines embarga ya los sentidos con sus cuadros de arrayán matizados de flores, con su pequeña glorieta central, sobre la que se enlazan las alabeadas cúspides de los cipreses, con las aguas que lo cruzan del uno al otro extremo y pasan por debajo de ese mismo cenador entre orillas que tapiza el musgo, con su hermosa galería de arcos dentellados bajo cuyas techumbres ataraceadas existe todavía aunque callada una de sus antiguas fuentes, con su pórtico meridional ya muy restaurado que conduce á una modesta capilla bajo cuya bóveda greco-romana se exhala la oración del cristiano en alas de brisas suavemente perfumadas. Vese en el fondo de la galería una portada compuesta de tres arcos bellamente esculpidos, apoyados en los capiteles estalactíticos de dos columnas de mármol. Los recuadros son cintas de caracteres africanos; las enjutas de los arcos laterales, dobles calados de estuco; las del arco central, un tejido de hojas caprichosas; las ventanas abiertas sobre ellos, hermosos lienzos del más delicado encaje; todo tan bello, aunque bárbaramente jalbegado, que llega uno á pasarla con inquietud, con el temor de no encontrar salas que mantengan la ilusión y llenen las esperanzas que despierta esa página del arte. Dase primero con un corredor cuyo techo descansa sobre una cornisa estalactítica; luégo, por otros tres arcos de bellas enjutas, con un salón cuadrado á que da luz una línea de ventanas abiertas al rededor del muro. Sala y corredor son también mag-

(1) Durante el siglo XVI y el XVII fueron muchas las restauraciones hechas en este palacio: en los libros de Contaduría del Archivo he encontrado una porción de partidas para reparo ya de las cañerías de sus fuentes, ya de las paredes de sus salas.

níficos: orlas de caracteres africanos, letras cúficas, nexos cubren casi por entero la superficie de las paredes; hojas y flores, los recuadros de los arcos; florones, entrelazos y estrellas, los techos de madera, enriquecidos un día con el marfil y el nácar. Intrados y paramentos de arcos, cornisas, frisos, ménsulas, puertas, ajimeces, todo está lleno de molduras delicadamente cinceladas, todo respira aún la frescura del arte árabe, todo guarda aún armonía con los jardines que sirven de alfombra á tan opulento alcázar.

Bello, muy bello es aún Generalife. Tiene á los lados de esta sala gabinetes modernos en que sólo llaman la atención los retratos de los príncipes que gobernaron la España desde fines del siglo XV hasta principios del XVIII, y los del linaje de los Venegas, á quienes concedieron los Reyes Católicos la alcaidía perpetua del palacio (1); mas no por esto disipa sino momentáneamente las ilusiones del viajero, que no bien entra en el segundo jardín, cuando vuelve á creerse transportado á uno de esos países mágicos en que la fantasía más que la naturaleza ha derramado á manos llenas sus encantos. Animan este segundo jardín cuadros de mirto de cuyo centro brota la encarnada adelfa, bellos tapices de flores, fuentes, estrechas acequias que circuyen como una cinta de plata todo el patio, y hacia el occidente dos líneas de cipreses que encubren una deliciosa vereda bajo la sombra de sus ramajes. Todo inspira en él deleite, la flor, la yerba, el susurro del viento, el murmullo del agua que salta en variados chorros, y, herida por los rayos del sol, se desliza como una lluvia de aljófar por los bordes de las fuentes. Se respira allí libremente; y sólo después de haber observado por cien veces hasta sus menores detalles, se piensa en dejarlo y en subir la cuesta que hacia el oriente conduce á una de las más bellas galerías, á la de los laureles. Trépase por la cuesta hasta con disgusto; mas no bien se llega á la galería, ¿quién podrá

(1) Esos Venegas son hoy los marqueses de Campotejar, que sólo por haber hecho los reyes esta concesión á sus antecesores, pretenden ser plenos propietarios del palacio.

explicar la ilusión que se concibe ni el placer que se siente? Se está al pié de una escalera en cuya cima blanquea un pequeño edificio moderno casi oculto entre las hojas de los árboles. Bulle



ALHAMBRA. — CASCADA EN SUS ALREDEDORES

donde quiera el agua: cada repecho de la escalera es una fuente; cada pasamano, una cascada. Álzanse á un lado bosques de laureles; extiéndense al otro deliciosas huertas; crece en todas partes una vegetación rica y lozana. Nada cabe ya más poético, nada más seductor, nada que excite más la imaginación, nada

que nos hable mejor de esos amores caballerescos y entusiastas tan decantados por los poetas árabes. En una noche serena, en una de esas noches de verano en que el cielo conserva su color azul, las frescas brisas apenas se atreven á suspirar entre las flores, todo está en calma y casi todo yace en silencio; ¿quién podría dejar de ver allí con los ojos de su fantasía á algún cuitado moro contando los tormentos de su alma á la que fué por mucho tiempo, aunque en secreto, el blanco de sus amores? Chispean las estrellas entre las ramas de los árboles, y quizá compara con ellas los ojos de su amada; platea las aguas la luz de la menguante luna, y está acaso cotejando con ellas la frente de la que es su hurí en la tierra; corre entre los dos el aura bañada en el aroma que despiden los jardines, y pone tal vez en parangón con ella el dulce aliento de la que mira ya como su edén y ama ya como su cielo. Dícese que un día un gallardo abencerraje se atrevió á requerir de amores á la esposa de su rey en esos mismos jardines, al pié de uno de esos árboles, á la sombra de una de esas noches hermosas y tranquilas; dícese que ella lloró, que suspiraron los dos amantes y maldijeron su destino; dícese que los sorprendió un zegrí, y ahogó el rey en sangre la pasión del enamorado mancebo: ¿puede imaginarse lugar más digno de tan triste escena? La historia desmiente la tradición; mas ¿quién puede dejar de creerla en esos jardines tan bellos como solitarios (1)?

Descúbrese desde la cima de Generalife á la derecha el Albaycín, bajo cuyas huertas y nopales murmuran las aguas del Darro á la sombra de las más frondosas alamedas; á la izquierda la Alhambra, con su diadema de muros y torreones, sus patios, sus bosques, sus despeñaderos; en frente la ciudad alzan-

(1) Hago alusión á los supuestos amores de Abenamet y Zoraida, sobre los cuales se ha escrito tantos dramas, novelas y leyendas. No hago sino mentar esas tradiciones que tanto embellecen estos palacios por ser ya tan repetidas y haber sido tratadas ya con tanta poesía por Ginés Pérez de Hita, Wasshington Irving, Soler y Fernández Gonzalez, que es, á mi modo de ver, el que más ha sabido darles colorido oriental en su *Allah Akbar* y en sus *Noches de la Alhambra.*

do al cielo las pintorescas torres de sus templos; detrás de la ciudad la Vega con sus campos, sus arroyos, sus cármenes y esa muchedumbre de pueblos que fueron testigos de tantos hechos de armas durante la conquista; más allá de la Vega las altísimas sierras que sirven á Granada de cerca y de corona: la de Pinos Puente, la de Elvira, la de Moclín, que lleva aún sobre su cumbre su antigua fortaleza; los tres picos de Atarfe, recuerdo de un sangriento desafío; la de Loja, que termina hacia el mediodía en el Padul, allí donde suspiró el último rey moro; la de Alhama, donde está la ciudad tan llorada de los árabes; la de Dilar, llena de majestad y grandeza; la Nevada, sobre cuyas eternas nieves se destacan tan bellamente las arboledas que cubren las colinas en que la ciudad está sentada. Domínase todo sobre tan alta cima; y al contemplar tan inmenso panorama, apenas puede uno dejar de comprender por qué adquirió Granada tanto interés cuando cayeron Córdoba y Sevilla, ni dejar de encarecer el gusto de los reyes nazaritas, ni dejar de querer esos lugares deleitosos cuya hermosura realzan á porfía el arte y la naturaleza. No es posible que se aparte de ellos sin dolor el viajero que siente: los deja y suspira ya por otros monumentos árabes donde pueda admirar otras bellezas. Mas ¿dónde los ha de encontrar después de haber recorrido estos palacios? ¿Visitará la Alcaicería, pasaje enteramente morisco y hoy casi desierto? ¿Qué es la Alcaicería sino una reproducción moderna de los capiteles, los arcos y las minuciosas labores de la Alhambra (1)? No queda ya sino otra clase de monumentos donde quepa fijar aún con placer nuestras miradas. Artista que hasta ahora me seguiste, no cierres tu álbum, consagra siquiera un recuerdo á los aljibes del Albaycín en que verás reflejarse todavía la mano de los árabes. Son páginas humildes del arte musulmán; pero encierran tanta poesía... Aparecen sus sencillas por-

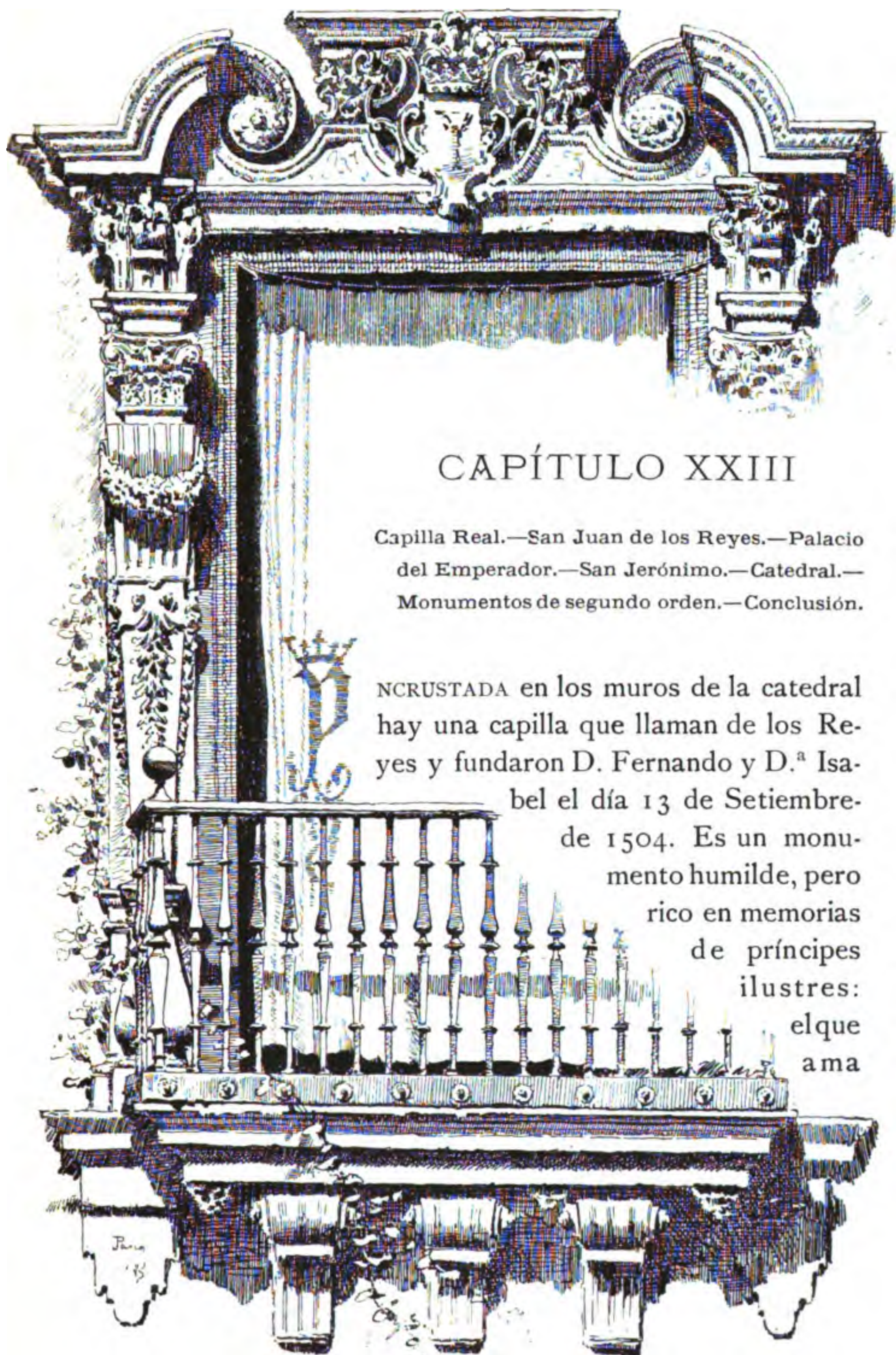
(1) La obra antigua de este mercado de sedas y otros efectos de lujo pereció en el horrible incendio del 20 de Julio de 1843. Sobre sus ruinas se levantó la obra moderna, trabajada toda según el gusto árabe del Alcázar.



Jardines del Generalife

tadas de ladrillo entre las oscuras paredes de calles estrechas y tortuosas; una bóveda de cañón seguido, algo inclinada, continúa la archivolta de su elegante arco de herradura; está el agua en el fondo; y es difícil ver allí sin conmoverse á una gentil doncella junto al antepecho del aljibe para llenar una de esas cántaras que imitan aún tanto las ánforas antiguas. Vese todavía en ellos el Oriente; recuérdase aún en ellos esas costumbres patriarcales que nos transmitieron los libros de la Biblia; viven todavía en ellos esos idilios llenos de paz y de frescura que ha sabido producir la pluma de Gessner y de Goethe. Bájase á ellos por una ó más gradas; y la humedad, la profundidad, su forma de gruta, todo contribuye á hacerlo más interesante á nuestros ojos. Cuando un pueblo tiene una arquitectura propia, espontánea, hija de su vida interior, sabe comunicar su carácter hasta á sus obras más insignificantes y darles el mismo interés que á los más grandiosos monumentos: he aquí por qué lo tienen para todo artista estos aljibes.

Mas es hora ya de que cerremos este capítulo sobre los restos monumentales de los árabes. Derribaron sus vencedores las mezquitas; pero sólo para construir sobre ellas templos en que brillan aún los últimos fuegos del goticismo, estilo más grande, más severo y más original que el de los moros: destruyeron parte de los alcázares; pero sólo para erigir sobre sus ruinas palacios que, aunque pesados y prosáicos, tienen toda la majestad del imperio de Carlos V y están enriquecidos con magníficas y vigorosas esculturas del renacimiento. Veremos en estas fábricas el estilo gótico y aun el greco-romano en su período de decadencia: ¿debe esta circunstancia retraernos de fijar en ellos los ojos? Á un período de decadencia pertenecen también esos patios y salones del Generalife y de la Alhambra, en que acabamos de descubrir tantas bellezas. Hay períodos de decadencia que no dejan de tener hermosas páginas: hay períodos de decadencia en que el arte pinta con vivos colores su horizonte como el sol al hundirse en el ocaso.



CAPÍTULO XXIII

Capilla Real.—San Juan de los Reyes.—Palacio del Emperador.—San Jerónimo.—Catedral.—Monumentos de segundo orden.—Conclusión.

INCRUSTADA en los muros de la catedral hay una capilla que llaman de los Reyes y fundaron D. Fernando y D.ª Isabel el día 13 de Setiembre de 1504. Es un monumento humilde, pero rico en memorias de príncipes ilustres: el que ama

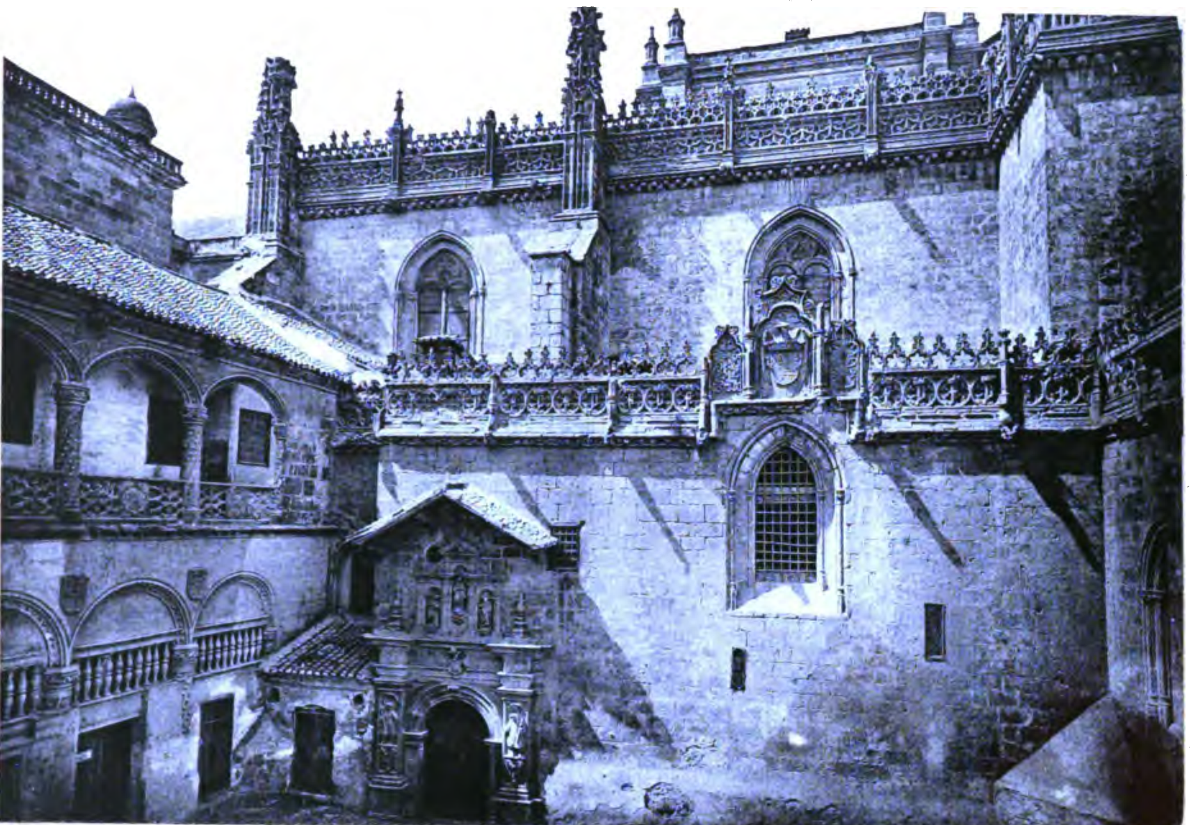
á los héroes de su patria, no puede menos de doblar sobre sus umbrales la rodilla. Yacen bajo sus modestas bóvedas los que conquistaron á Granada, los que reunieron dos mundos bajo una corona: guárdase allí el cetro, la diadema, la espada con que gobernaron y extendieron el Reino, el misal manuscrito que llevaron consigo durante la campaña, los ornamentos sagrados que bordó la mano de la misma heroína. No brilla allí la monarquía con todo su esplendor, pero sí con toda su grandeza: la grandeza verdadera es enemiga del lujo y de la pompa. Mezquina pudo parecer la obra pocos años después al fastuoso emperador D. Carlos; pero no lo pareció á sus fundadores, cuya severidad no les permitió sino hacer erigir para después de muertos un enterramiento donde se pudiese orar por su alma, un panteón aún menor que su palacio. (1).

Éntrase en esta capilla por una puerta de arco semicircular,

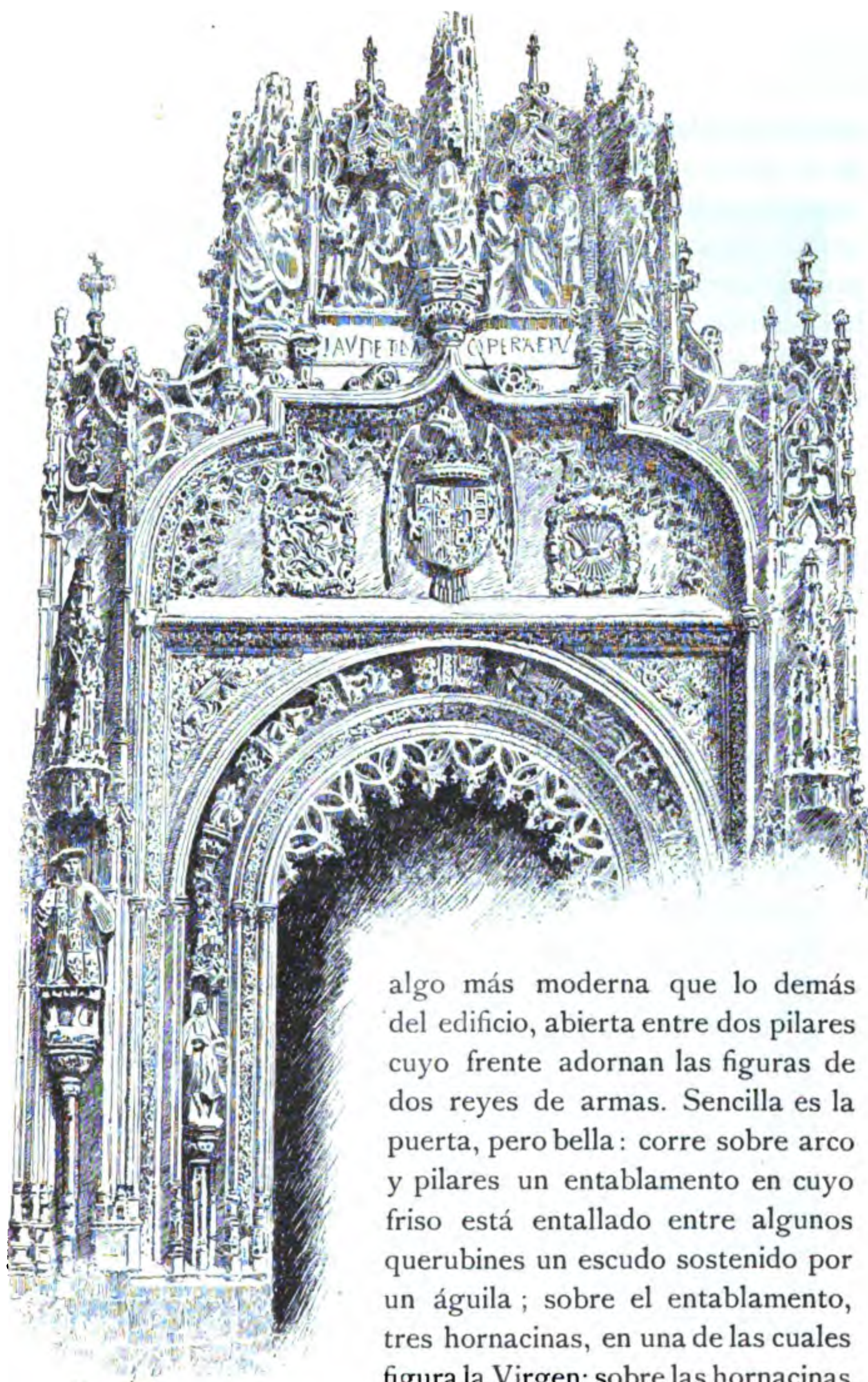
---

(1) Consérvase la carta de fundación en el Cajón de Privilegios del Archivo de la misma Capilla. «Porque es cosa razonable á todo catholico cristiano é cristiana, léese en el preámbulo, y mucho más á los reyes y príncipes de quien los otros han de tomar ejemplo, que demas de facer todo el bien que pudieren en sus vidas, provean como despues de su fin se digan por sus ánimas misas é sacrificios é otras oraciones especialmente en las capillas donde fueren sepultados, porque nuestro Señor aya piedad é misericordia de sus ánimas é les perdone sus pecados; por ende Nos, considerando é deseando aquesto, acordamos de elegir é señalar iglesia é capilla donde, quando la voluntad de nuestro Señor Dios fuere de nos llevar de esta presente vida, sean nuestros cuerpos sepultados, en la cual se digan las misas é sacrificios, etc.» Fué confirmada esta carta por otras dos, fechadas la una en Medina del Campo, á 30 del mismo mes y año, y la otra en Valladolid á 20 de Febrero de 1509. Fué además ampliada esta fundación por el rey D. Carlos I y su madre D.ª Juana, cuya cédula fué dada en Zaragoza á 13 de Octubre de 1518. No tuvo lugar la confirmación pontificia hasta en 1537 durante el pontificado de Paulo III (*Arch. de la Cap. R.*[1] *de Granada.* Caj. de Priv. núm.ˢ 1, 2, 3, 4 y 5 *Arch. de Bulas*, núm 1.) Según consta por otros documentos del mismo Archivo, fué nombrado encargado general de las obras Pedro García de Atienza, capellán mayor de la Capilla; mayordomo, Fernando Arias de Ribadeneira; tesorero, Iñigo de Arbias. Tuvieron que derribarse para la obra siete casas que fueron compradas, tres á Don Andrés de Granado, tres á Juan de Cifuentes, y una á Francisco Fernández. Su derribo costó 94,384 mrs. Encargóse el proyecto á varios maestros, para los cuales hemos encontrado una partida de 3,413; pero dirigió la construcción solo el maestro Enrique, á quien fueron dados en Mayo de 1512 á cuenta de seis años de trabajo 6.300,000 mrs. Posteriormente fueron nombrados el mismo maestro mayor Pedro Morales y Lorenzo Bazquez *para veer la obra é tramar el cimborio é tribuna;* y les fueron dados por ello 23,770 (Caj. 3.º, Leg. 24, n.º 1.)

GRANADA



Capilla Real



Puerta de la Capilla Real

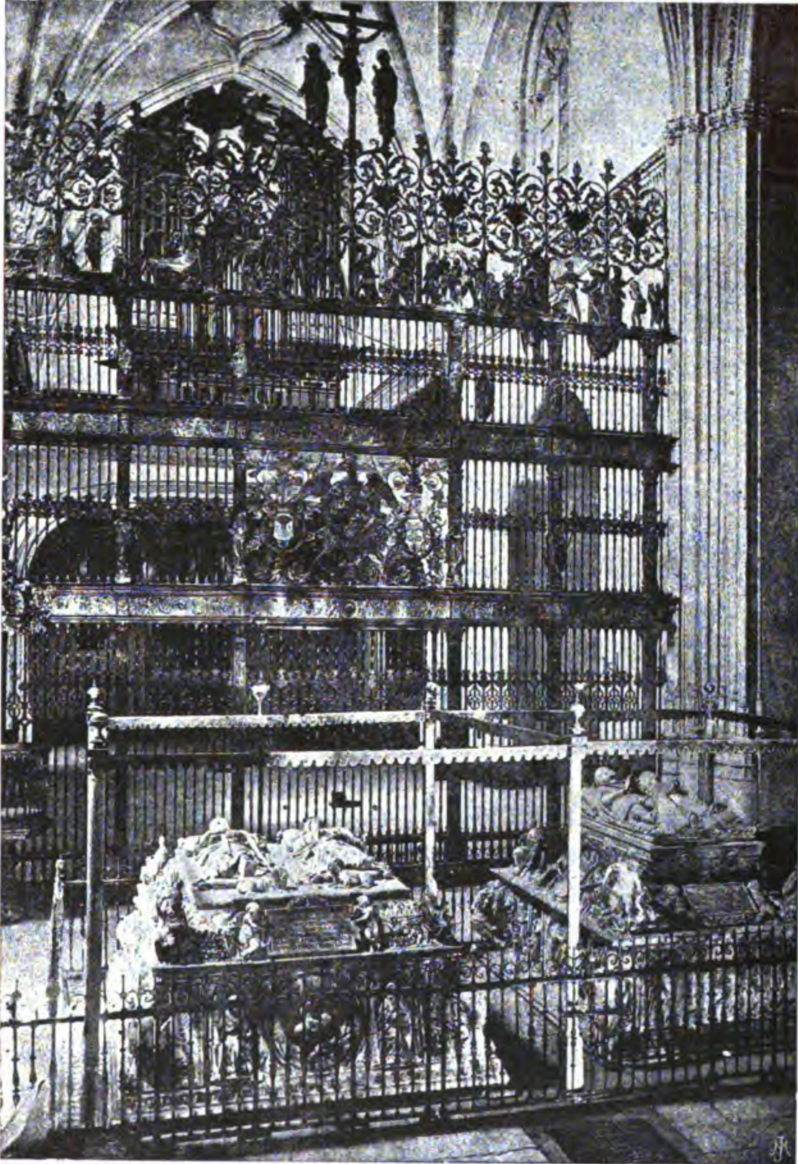
algo más moderna que lo demás del edificio, abierta entre dos pilares cuyo frente adornan las figuras de dos reyes de armas. Sencilla es la puerta, pero bella: corre sobre arco y pilares un entablamento en cuyo friso está entallado entre algunos querubines un escudo sostenido por un águila; sobre el entablamento, tres hornacinas, en una de las cuales figura la Virgen; sobre las hornacinas el remate, compuesto de pequeños

círculos calados que llevan como suspendidas en el centro la cifra ya de Isabel, ya de Fernando. Álzase entre cada cuatro rosas una aguja de crestería, á que corresponde en la parte inferior una pequeña gárgola; entre dos de estas agujas, un cuadro en que campean las armas de Aragón y de Castilla entre una coyunda y un haz de flechas; allá á la derecha sobre tres estribos, otros tantos grupos de pilares cincelados que asoman como penachos de piedra sobre los ya sombríos y abrasados muros. Distínguense detrás de estas paredes otras más altas ceñidas también de una barandilla calada; y como para mayor efecto del conjunto, desarrolla á la izquierda una fachada gótico-plateresca sus columnas en forma de cables retorcidos, sus arcos, ya semicirculares, ya rebajados, entre los cuales campean escudos con castillos y leones.

El interior de la capilla es enteramente gótico. Su planta es una rigurosa cruz latina: sus bóvedas no están sostenidas sino por anchas ojivas que descansan directamente en las paredes de su espaciosa nave; todo su ornato consiste en una cinta de letras doradas que corre á manera de friso bajo el arranque de sus arcos, y es gótica hasta esa hermosa inscripción en que consta quiénes fundaron la capilla, el año en que murieron y el año en que aquella fué concluída (1). Las ventanas, algunas de las capillas, hasta el mismo altar mayor pertenecen á ese estilo de la Edad media. Álzase entre nave y crucero una riquísima verja, y tiene también reminiscencias góticas; comunica la nave con la capilla del Pulgar (2) y el Sagrario por una puerta de arco

(1) Dice esta inscripción: «Esta capilla mandaron fundar los muy Católicos D. Fernando y D.ª Isabel, rey y reina de las Españas, de Nápoles, de Sicilia, de Jerusalen; conquistaron este reino y lo redujeron á nuestra fe. Ganaron las islas de Canaria y las Indias, y las ciudades de Oran, Tripol y Bugía, y destruyeron la heregía, y echaron los moros y judíos de estos reinos, y reformaron las religiones. Finó la reina martes á XXVI de noviembre de MDIV años. Finó el rey miércoles á XXIII de enero de MDXVI, acabóse esta obra año de MDXVII.»

(2) Está situada esta capilla en el paso de la de los Reyes al Sagrario. Llámasela del Pulgar por estar enterrado en ella Fernán Pérez, el de las Hazañas, sobre cuya sencilla losa se lee: «aquí está sepultado el magnífico cavallero Fernando



CAPILLA REAL.—SEPULCRO DE LOS REYES CATÓLICOS

trilobado bajo cuyas impostas están cubiertas con sencillos doseletes las figuras de San Pedro y de San Pablo, y es también vivo reflejo de la arquitectura ojiva; abre paso de la Catedral al crucero otra elegante puerta sobre cuyas cimbras concéntricas, ornadas de hojas é imágenes y abiertas entre pilares en que están esculpidos dos heraldos, descuella un hermoso grupo de santos que adoran á la Virgen, y es también no ya un simple recuerdo, sino una de las más bellas flores que produjo el goticismo antes de hundirse entre las ruinas de la antigüedad romana. La ojiva recortada que cubre los arcos semicirculares, el recuadro de hojas dentro del cual extienden su archivolta, la cresteria de sus hojas, las delicadas molduras que embellecen las hornacinas, las estatuas de ángeles y arcángeles que van siguiendo la curva de las cimbras, los reyes de armas, el escudo que está cincelado debajo de la ojiva, todo hace de esta portada una de las páginas más interesantes para la historia de las artes, una de las creaciones más espontáneas y características de aquella época, época de transición en que el sentimiento cede su lugar al raciocinio y la arquitectura se empeña en abjurar sus tradiciones y pasar de original á imitadora.

Todo es gótico en esta capilla menos los sepulcros de los reyes. Estos bellos sepulcros, que ocupan todo el centro del crucero, son del renacimiento. No guardan armonía con las bóvedas que los cubren, ni con las capillas que los rodean; pero reunen en sí tantas bellezas que se llega á olvidar el monumento al contemplarlas ya en detalle, ya en conjunto. El de los Reyes Católicos es una urna cuadrilonga y apiramidada sobre cuya tapa están echadas las figuras de los dos monarcas. En los ángulos de la tapa aparecen sentados los cuatro doctores de la

---

del Pulgar, señor del Salar, el qual tomó posision desta Santa iglesia siendo esta cibdad de moros. Su Magestad le mandó dar este enterramiento. Falleció á 11 de agosto de M.D.XXX.I años.» Hay en esta capilla una Sacra Familia á cuyo pié se lee: «Su Magestad esta capilla mandó dar á Hernando del Pulgar, señor del Salar, por ser el lugar donde con los suyos posesion tomó de esta santa iglesia, año 1490, estando en esta cibdad Muley Baudeli, rey della. Acabóse esta obra año 1531.»

Iglesia, en los de la urna hay cuatro esfinges. Un medallón entre dos ó más nichos adorna el liso de cada uno de los dos lados del sepulcro: en los nichos están representados los doce apóstoles, en los medallones el bautismo y la resurrección, San Jorge matando la espantosa fiera y Santiago derribando moros. Sobre tres de esos medallones está entallado un escudo que sostienen dos ángeles; sobre el que mira al tabernáculo, una larga inscripción en que están consignadas las principales glorias de los reyes (1). Llevan ambos príncipes coronada la cabeza y apoyados los piés en dos leones: la Reina no viste ya su traje de guerra; pero el Rey va aún envuelto en su armadura y con la espada al cinto. Hay filosofía y carácter en estas dos figuras: sus facciones, tan dulces como graves, su digno continente, la tranquilidad con que duermen el sueño de la muerte, dan cumplida idea de esos monarcas que, apoyados en los sentimientos de su nación, vencieron el feudalismo, aceleraron la unidad de la Península, y abrieron un nuevo mundo á los ojos de la vieja Europa. No son menos bellas las de los doctores ni las de los apóstoles ni las de los relieves; pero no tienen desgraciadamente entre sí la relación necesaria, no hay un pensamiento filosófico que las una, son hasta cierto punto hijas del capricho; defecto capital que encuentro en casi todos los monumentos de este mismo estilo. Son riquísimos los detalles; delicadas, las molduras que adornan la cornisa y el basamento de la urna; bellas, las orlas de los medallones; ingeniosas, las alegorías sobre la vida del hombre que corren debajo de la tapa; de bello efecto, los castillos, leones, escudos, aljabas, haces de flechas, hachas, espadas y otras armas distribuídas en torno de la losa; pero ¿basta acaso esto para compensación de aquella falta (2)?

(1) Dice esta inscripción: Mahometicæ sectæ prostratores et hereticæ pervicaciæ extinctores, Fernandus Aragonum et Elisabetha Castellæ, vir et uxor, unanimes catholici apellati marmoreo clauduntur hoc tumulo.

(2) Nada se sabe sobre quién fué el autor de este sepulcro: se cree generalmente que fué trazado y construído en Italia.

El sepulcro de Felipe el Hermoso y D.ª Juana, que ostenta al lado de aquel toda la magnificencia del Emperador que encargó su ejecución á uno de los artistas de Italia (1), es más grande, más suntuoso quizá, pero no menos censurable por la falta de armonía, por la carencia absoluta de una idea sobre la cual hayan sido concebidas hasta las partes más insignificantes de tan hermoso monumento. Consta de un arrogante zócalo, casi de las mismas dimensiones que la urna del otro sepulcro, del cual parte un pedestal apiramidado en que descansa una de las más soberbias arcas funerarias que puede concebir la fantasía. Figura en cada lado del zócalo un medallón entre hornacinas se-



ARQUILLA DE LOS REYES CATÓLICOS

(1) En el cajón 3.º, legajo 21, núm. 19, cuaderno 2.º, encontré sobre este sepulcro un documento que considero oportuno copiar á la letra: «Capellan mayor é capellanes de la capilla real de los Reyes Católicos, mis señores padres é abuelos, de la cibdad de Granada, bien saveis como por Nos se ovieron mandado labrar en Génova los bultos para las sepulturas del rey D. Felipe, mi señor é padre, é para la reina, mi señora madre, despues de sus largos dias, los quales estan ya labrados y se espera que bernan en breve; é porque Yo mandé veer el sitio é disposicion donde mejor podrán asentarse en la dicha capilla real y con menos perjuicio de los bultos de los Reyes Católicos que conquistaron este reino é mandaron edificar la dicha capilla, y ha parescido que el lugar mas conveniente para ellos es que se ponga á los dos lados del altar mayor donde se dize el evangelio é la epístola en lo alto: Yo os mando que, venidos los dichos bultos, los hagais asentar en el dicho sitio á parescer de maestros como mejor les parezca; y para lo que á dichos maestros paresciere que costará el ornato é postura de los dichos bultos, hacédnoslo saver para que lo mandemos librar. Hecha en la cibdad de Granada á seis días del mes de Diciembre de mil é quinientos é veinte é seis años. Yo el Rey. —Por mandado de Su Magestad. Francisco de los Cobos.»

paradas por columnitas platerescas, en que están representados entre las figuras de muchos santos el nacimiento del Redentor, la adoración de los Reyes, la presentación del cáliz de la amargura y el descendimiento. En los ángulos, encima del zócalo hay las figuras de tres evangelistas y la del Arcángel sujetando á sus piés uno de los ángeles rebeldes; debajo, ya dos sátiros, ya dos sirenas de que están asidos otros tantos genios. Descansa en cada lado del pedestal un escudo de armas ceñido de una corona que sostienen dos ninfas; y entre escudo y escudo están representadas en lindos relieves las más sublimes escenas del Nuevo Testamento. La urna es una cuna sostenida por sirenas, sobre la cual yacen también las figuras de los príncipes á cuyo recuerdo fué erigido el monumento. La elegancia, la belleza, el amor brotan allí de todas partes; y las miradas del viajero se fijan involuntariamente, ya en las figuras, ya en el arca.



ESPADA DE FERNANDO EL CATÓLICO

Tan magníficos monumentos no son, sin embargo, mas que cenotafios. Los restos de los reyes no están dentro de estos mármoles labrados; descansan en sencillos ataúdes bajo las bóvedas de un humilde enterramiento abierto al pié mismo de los sepulcros, debajo de las mismas losas del crucero. Yacen allí en la oscuridad padres é hijos, monarcas de tres dinastías enlazadas en menos de un siglo para la mayor grandeza de la patria; yacen allí los últimos príncipes de la Edad media y los que

á su sombra inauguraron la época moderna; yacen allí héroes y padres de héroes; reyes que jamás retrocedieron ante el peligro y reinas que consumieron su vida en el fuego de un amor profundo; seres afortunados que al volver de sus batallas hallaron descanso en brazos de otro sér querido, y almas infelices que apuraron la copa del sufrimiento sin hallar en el fondo ni aquel bienhechor letargo que el exceso del dolor suele llevar consigo; ¿á quién cabrá entrar en tan lóbrego recinto sin que le palpite el corazón al impulso de los más contrarios sentimientos, sin que al tocar el plomo que cubre aquellos hombres y al recordar que ellos fueron los que salvaron de la anarquía feudal los pueblos, no sienta asomar en su frente la sombra del respeto, sin que se derrame una lágrima de sus ojos sobre el féretro de aquella gran princesa que oía por sí las quejas de sus súbditos y dió la mano á un extranjero á quien habían despreciado todos los reyes, sin que sienta compasión por aquella desdichada reina que, ebria de amor y *loca* de celos, pasaba la noche al pié de un puente levadizo esperando que rompiese el alba para ir sola y al través del mundo en busca de su adorado esposo, y, después de muerto, le veló y no le dejó hasta ver caída sobre su ataúd la losa del sepulcro?


CETRO DE LOS REYES CATÓLICOS

En un extremo de la ciudad, á la raíz de una colina, por aquel punto árida y desierta, hay la iglesia de San Juan de los Reyes, también notable no sólo por los recuerdos que contiene, sino también por la severidad de sus formas góticas, sus reminiscencias árabes, las piadosas leyendas esculpidas en sus fachadas y el sentido profundo que encierra un cuadro del siglo XV, que es tal vez el que ha dado nombre á tan modesta fábrica. Una doble ojiva constituye sus

antiguas fachadas; tres naves divididas por anchas columnas de que arrancan pesadas cimbras laterales, un humilde crucero y un presbiterio polígono de bóveda por arista, el interior del templo: una torre, en cuyos lados figuran ajimeces de doble arco y grandes fajas de toscos



Corona de Isabel la Católica

entrelazos árabes defendidas por los aleros de un tejado humilde, todo el adorno y la hermosura del exterior, donde no se levantan ya ni calados antepechos, ni agujas de crestería, ni pirámides sentadas sobre estribos y arcos botareles. No presentan novedad las portadas sino en unos versos escritos al pié de un San Juan á quien van dirigidos (1), tampoco la presentan sus naves sino en un pequeño altar en que la mano del siglo XV pintó á Don Fernando y á D.ª Isabel orando de rodillas á Jesucristo, que descansa exánime en el regazo de la Virgen (2); pero la presenta su torre no sólo en lo exterior, sino también en lo interior, donde una suave cuesta en vez de escalera conduce á un cuarto desde cuyas ventanas se descubre una de las más pintorescas vistas de Granada: la ciudad, las frondosas alamedas del Alcázar, ese mar de verdura agitado por templadas brisas, sobre el cual flotan al parecer torres y muros. Es rica la ciudad en magníficos conjuntos (3); pero aún después de haberlos admira-

(1) Dicen estos versos:

Præcursor Domini Martir Baptista Joannes
Accipe constructam sacram de marmore formam,
Quam formosus Thomas nobilis atque magister
In humile obsequium proprio de jure dicavit.

(2) En este cuadro la Virgen lleva en la mano una cinta en que se lee: videte si est dolor sicut dolor meus et sentite in vobis: D.ª Isabel otra que dice: fac me, Domine virtutem pasionis tuæ imitari et fidem servare: D. Fernando otra que dice: per mortem filii tui delectet me labor tuus.

(3) El que se presenta desde San Juan de los Reyes es ya muy bello; pero si se quiere gozar de uno de los más notables de Granada, es preciso pasar la Plaza

do casi todos, se siente placer al contemplar tan grandioso panorama desde esta humilde torre, desde este minarete animado un día por la voz del muezín y hoy por las campanas, ahora medio sumergido en una iglesia, y levantado ayer al pié de una



MISAL DE LOS REYES CATÓLICOS

mezquita bajo cuyas bóvedas puso D.ª Isabel la Cruz y dobló antes que nadie la rodilla. Minarete y templo están como desiertos: su soledad, su silencio hacen sentir mucho ante ese vasto paisaje; donde todo es luz y vida, donde la naturaleza y el arte se embellecen mutuamente, donde la historia lo cubre todo de recuerdos, de flores la poesía.

Quedan aún en el Albaycín otras iglesias de la decadencia gótica; pero ¿son acaso más que reproducciones de este San Juan de los Reyes? La doble ojiva concéntrica domina en casi

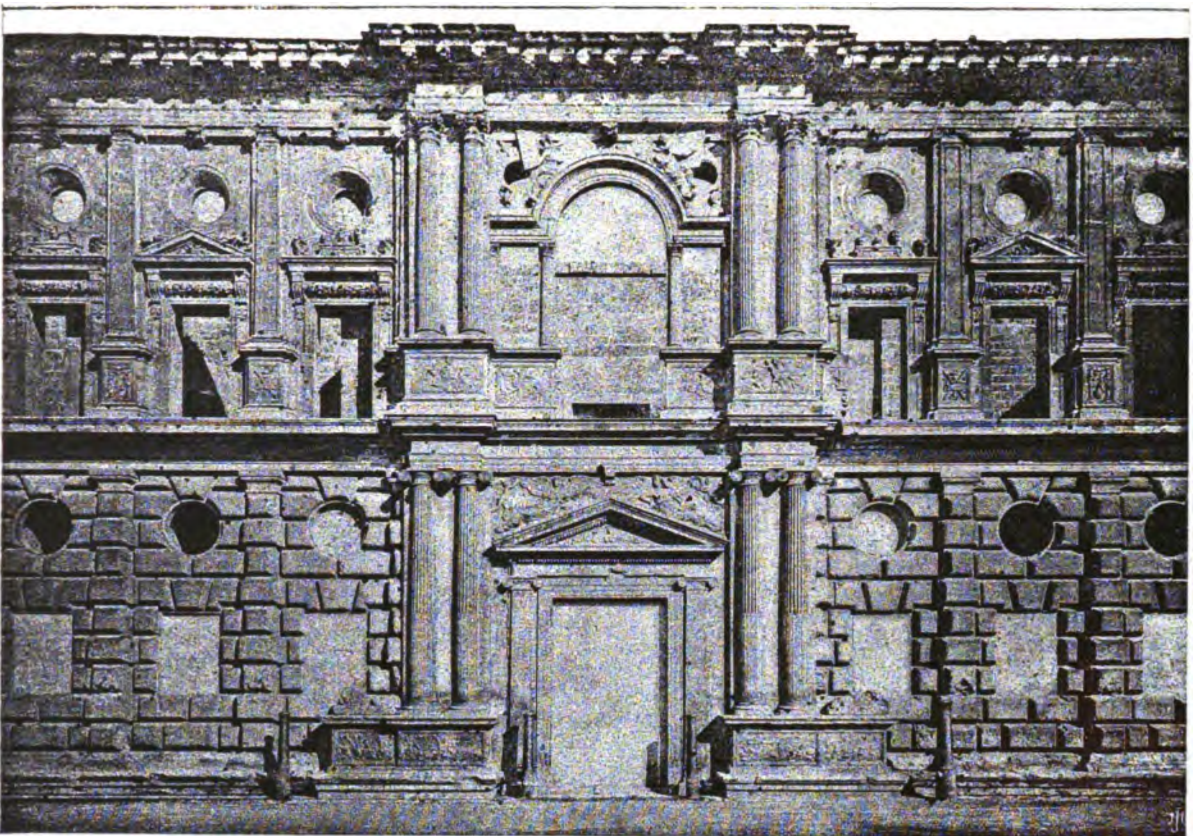
Nueva y subir á una cuesta sita á la derecha de la calle de los Gomeles: vese desde ella parte de la ciudad, en medio la calle de los Gomeles, á la izquierda sobre el cerro de la Alhambra la sombría torre de la Vela y los Adarves, á la derecha las Torres Bermejas, en el fondo el palacio de Carlos V y la parroquia del mismo Alcázar, ante la cual se destaca la torre de la Puerta del Juicio.

todas las fachadas de esta época; un pequeño nicho con la imagen del Tutelar adorna casi todas sus cornisas. No se distingue de las demás portadas sino la de Santa Isabel la Real, cuya ojiva recortada está abierta entre dos agujas de crestería debajo de pequeñas hornacinas en que figuran tres escudos de armas; y ni aun por esta circunstancia logra detener un solo instante las miradas del viajero. Es común, vulgar, vulgarísima, tan vulgar como su interior, donde sólo un arco ojival separa la nave y el presbiterio, donde sólo llaman la atención sus dorados techos de complicada ensambladura. Original no lo es sino su hermosa torre de ladrillo, torre de planta cuadrada, esbelta como el álamo, ceñida de ajimeces encuadrados como los minaretes musulmanes, adornada de una cinta de piedras prismáticas como los monumentos bizantinos. Es elegantísima esta torre, elegante como ninguna otra de la ciudad, si se exceptúa la de Santa Ana, cuyas lindas ventanas están abiertas en recuadros de azulejos. ¡Lástima que ni una ni otra formen parte de un templo proporcionado á su grandeza y su hermosura! Una iglesia homogénea de la época á que nos referimos no la hay ya en Granada para el que ha visto la Capilla Real y San Juan de los Reyes: existen algunas naves góticas, pero no se entra ya en ellas sino al través de puertas romanas ó del renacimiento. Las festonadas ojivas de la nave de San Nicolás, cuyas impostas están pintadas de oro; las de la nave de San Miguel el Bajo, sostenidas por medias columnas de capiteles cónicos; las de la nave de San Cristóbal, que arrancan de los mismos muros y sostienen pesadas bóvedas de arista; los arcos trilobados de la nave de la Concepción, sobre los que descansan también lunetos góticos; todas esas misteriosas curvas de la Edad media están precedidas de cimbras más ó menos gallardas con columnas y entablamentos greco-romanos, algunos dóricos, otros corintios, la mayor parte de rudas y bastardas formas. San Luís y San Gregorio conservan todavía sus portadas ojivales; mas no por esto están menos destituídos de interés: nada tienen bello sino sus techum-

bres de madera adornadas de los más caprichosos entrelazos. Sujeta Granada al poder de los árabes hasta fines del siglo XV, tuvo muy poco tiempo para embellecerse con monumentos, y aun los que construyó ha tenido que verlos después bastardeados por los arquitectos de otros siglos. Á la orilla derecha del Darro, al pié de la cuesta del Chapiz, levantó un día la piedad de los reyes el convento de la Victoria: ¿qué nos quedan ya de él sino ruinas solitarias que apenas dan idea del estilo que dominó en sus puertas y sus naves?

Pero ¿es tan escasa en monumentos Granada que debamos detenernos en las ruinas de sus templos? Álzase en el fondo de una plazoleta un palacio sombrío, cuya fachada no adornan más que tres grandes argollas, cinco figuras sostenidas por toscos pedestales y unos antiguos mosquetes que asoman entre anchas almenas cerradas en forma de ventanas. Tiene el portal pintadas en el techo luchas de fieras y monstruos que sólo pudo abortar la fantasía; entallados en el salón principal hermosos casetones, bustos cubiertos de oro y de colores que imponen por su aspecto severo al que penetra en tan grandiosa cámara. Casi todas las paredes son de sillería; casi todo respira no sólo majestad, sino también misterio. En el interior, en el exterior, en todo es singular y raro este palacio: los bustos son retratos de personajes célebres; las figuras de la fachada, héroes cantados por Homero y dioses del antiguo paganismo; las argollas, aros de hierro con poéticas leyendas colgados de otros tantos corazones. ¿Qué significación pudo tener este monumento? ¿qué enigma fué el que pretendieron encerrar sus fundadores en esas mudas piedras? ¿Son las figuras símbolos ó hijas del capricho? ¿Por qué se conservan aún esos mosquetes? Es conocido hoy ese palacio con el nombre de Casa de los Tiros y se sabe que perteneció á los infantes de Granada. Dicen que fué construído no sólo como palacio, sino también como baluarte; que próximos á la muralla temieron los infantes y armaron de mosquetes sus almenas; que de esto le vino á la casa el nombre que ahora

GRANADA

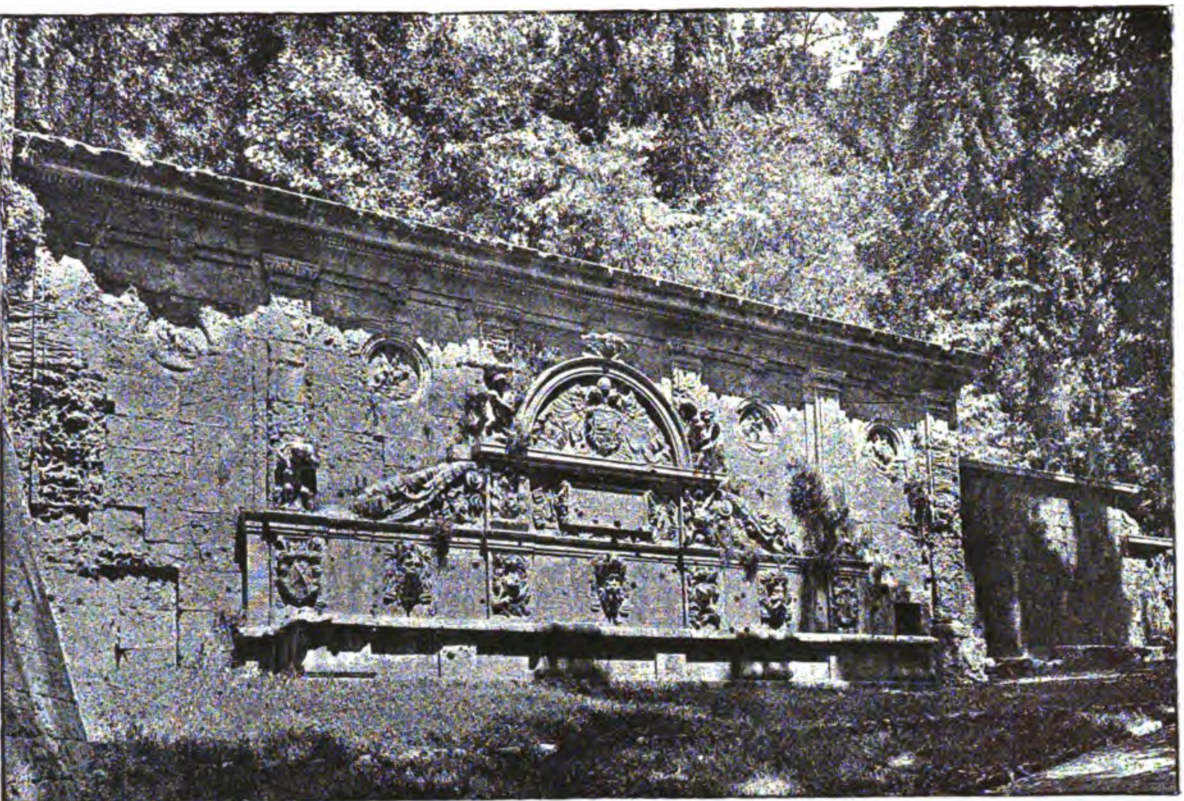


Fachada del Palacio de Carlos V

lleva; pero ¿satisface esta explicación? ¿á qué guardar entonces las armas cuando ha desaparecido el almenaje? ¿á qué tenerlas asestadas contra la ciudad y no contra el campo? ¿á qué el estar suspendida cada argolla de un corazón? ¿á qué el estar grabado en ellas: *el corazón manda gente de guerra, ejercita las armas —el corazón se quiebra hecho aldaba llamándonos á la batalla —aldabadas son que las da Dios y las siente el corazón?* Estas palabras son demasiado profundas para dejar de creer que encierran un sentido oculto. Están escritas en la pared del monumento, debajo de figuras que representan guerreros de la antigüedad y divinidades del Olimpo, en argollas que no pueden ser tomadas por llamadores colocadas como están sobre el dintel de la puerta: ancho, muy ancho campo ofrecen sin duda á la imaginación del que quiera sondar este secreto. Fueron quizá escritas sin intención; pero ¿quién podrá negar que dejan en el alma una impresión profunda y ha de sentir quien las lea que no hayan levantado sobre ellas la voz ni la tradición ni la poesía? Una sola palabra escrita en un rincón oscuro de una catedral de la Edad media bastó para inspirar una novela célebre á un autor contemporáneo: ¿por qué no habían de inspirar estas á nuestros poetas para componer siquiera una leyenda? La misma vaguedad histórica que rodea el monumento favorece aquí el desarrollo de la poesía: ¡vosotros los que habéis cantado con tanta energía los misterios de Generalife y de la Alhambra, venid y meditad! no os faltará asunto ni eco para el mejor de vuestros cantos.

No ofrece tanto al poeta ese orgulloso palacio del Emperador, sentado según fama sobre las ruinas de parte del alcázar árabe. Es un edificio severo, grandioso, inmenso, de anchos y majestuosos sillares, de líneas dilatadas; pero ¿á quién han de conmover si no es por su grandeza esas frías y monótonas fachadas en que no se ve más que la superposición de diversos órdenes arquitectónicos por las reglas matemáticas que nos legó Vitrubio? ¿á quién podrán conmover ni sus prolongados vestí-

GRANADA



Fuente de Carlos V

bulos, ni su soberbio patio circular ceñido de columnas dóricas, ni sus cámaras á medio construir sin adorno, sin techo, expuestas hace tres siglos al furor de las borrascas? ¿Qué es todo más que una enorme masa de piedra distribuída no por la inteligencia ni el sentimiento, sino por el compás del geómetra? Pondérase mucho allí lo bien labrados que están los mármoles más duros, las dificultades que hubo de vencer el autor para componer la ingeniosa bóveda anular que corre en torno del patio, las que le presentó la construcción de ciertas curvas, dificultades todas de ejecución que sólo puede vencer la ciencia, no el artista. ¿Qué nos indica ya esto sino la carencia absoluta de genio monumental que revela ese palacio, tan sólido como falto de sentido? Es su planta un cuadro que lleva una portada en cada uno de sus lados. Examinemos la principal, la de poniente. Ocho columnas dóricas, entre las cuales figuran tres puertas cuadrangulares, sostienen el entablamento de su primer cuerpo; ocho jónicas, entre las cuales están abiertas tres ventanas coronadas de frontones, sostienen el entablamento del segundo. Cada grupo de columnas tiene su pedestal, cada puerta su frontón, cada pedestal y cada frontón sus figuras, sus medallones, sus relieves. ¿Qué poesía puede respirar esa estudiada distribución de unos mismos elementos arquitectónicos? Si la escultura no hubiese venido á adornarla con elegantes composiciones alusivas á los triunfos de D. Carlos, se cruzaría indudablemente el umbral de esta portada sin detenerse apenas ni en sus columnas ni en sus frisos. La escultura es la que ha dado interés á esta portada. No se fijan los ojos en la parte puramente monumental, pero sí en los relieves de sus pedestales en que están representadas batallas sangrientas, luchas de hombre á hombre, cañones, banderas, grupos de armas, matronas con ramos de olivo y corona de laurel sentadas sobre haces de lanzas y otros ricos trofeos á que pegan fuego dos brillantes genios. No se fijan los ojos en los frontones de las puertas, pero sí en las elegantes figuras echadas sobre sus dos lados, en los delicados re-

lieves de sus airosas medallas, donde está reproducido ya un joven guerrero, ya dos lindas cabezas de perfil, ya tres jinetes que corren seguidos de un perro y un escudero por áridos campos en que descuella uno que otro arbusto y algún tronco de árbol. No se fijan los ojos en los capiteles ni en los marcos del segundo cuerpo, pero sí en los medallones de mármol blanco que adornan la parte superior de sus ventanas, medallones en que se ve las armas imperiales entre un Hércules que sujeta al toro de Creta y otro que acaba de postrar al terrible león de Nemea. Vistas estas figuras y relieves, vistos los de la portada meridional, magníficos trofeos alusivos á las guerras de África, puede ya el viajero retroceder: son no sólo modestas, sino también mezquinas las demás portadas; es no sólo incompleto, sino también falto de vida el interior: no se goza de nuevo, no se recibe nuevas impresiones, se pierde por lo contrario las esperanzas concebidas.

Grandes sensaciones no las ha de experimentar ya el viajero sino en San Jerónimo, templo arrogante que no es sino el gran sepulcro del héroe de los héroes de Castilla. Descúbrese los muros de este templo desde alguna distancia: la simple vista de su exterior es ya imponente. Álzanse sobre las paredes de la nave, corridas de una doble cornisa y coronadas todas de gárgolas, las paredes del crucero; distínguese en ellas un inmenso escudo de armas sostenido por figuras colosales; y se empieza á presentir que hay algo de extraordinario bajo aquella ruda cubierta ennegrecida por los siglos. Una cúpula ceñida al parecer de torreones cubre el centro del crucero; un ábside de dos cuerpos cortada por grandes estribos crece al pié de la cúpula; y todo va despertando el interés y aumentando la fuerza de los presentimientos. Divísase á poco en el primer cuerpo del ábside otro escudo que guardan dos guerreros armados de hachas, en el segundo un tarjetón apoyado en dos figuras que simbolizan la fortaleza y la justicia: la curiosidad, la inquietud crecen por momentos y llegan á su colmo. Se desea leer los caracteres en-

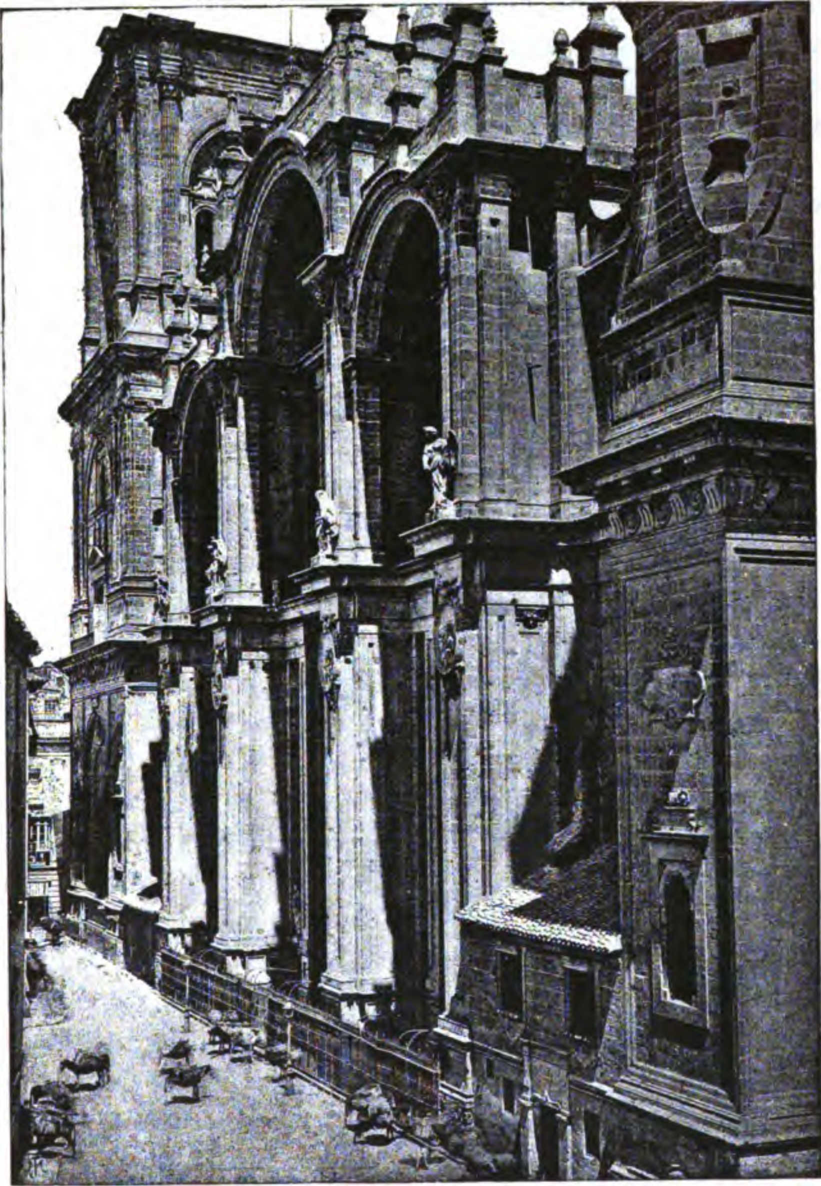
tallados en la piedra, se siente afán por descifrar la leyenda, y no se ve llegado el instante de estar junto al monumento. Se llega al fin, se fija las miradas en el tarjetón, se lee las pocas palabras escritas en aquellos sillares oscuros... la sorpresa sucede entonces á la inquietud, el respeto al interés artístico. Los escudos de armas, el tarjetón, el templo entero, están consagrados á la memoria de Gonzalo Fernández de Córdoba, de aquel Gran Capitán que fué, como dice la misma inscripción, terror de turcos y franceses (1).

Formó parte esta iglesia del antiguo convento de su mismo nombre, fundado en 1492 por el arzobispo de Granada. Estaban sólo echados los cimientos cuando murió aquel ilustre vencedor de Italia. Continuóse la obra, pero tan lentamente, que años después no estaba aún ni mediada: pidióla entonces la viuda de Gonzalo al Emperador para enterramiento de su marido, la encargó á Diego de Siloe, y tuvo dentro de poco tiempo el placer de trasladar á lo alto de la capilla mayor los restos del héroe. No se construyó en aquel tiempo la fachada, pero se concluyó del todo el interior, que no deja de reflejar todavía su pasada magnificencia y su grandeza (2).

Consiste el interior de San Jerónimo en una nave espaciosa, separada del presbiterio por un ancho crucero en que descansa sobre cuatro arcos torales una gallarda cúpula. El coro, que está á la entrada, en alto, carga sobre tres arcos rebajados sostenidos por seis columnas; el resto de la nave, sobre una plena cimbra que interrumpe las aristas de la bóveda y comunica grandiosidad á todo el templo. No son menos majestuosos los arcos del crucero apoyados en cuatro pilares á que están adosadas bellas pilastras corintias: corren por su íntrados tres

(1) Léese en el tarjetón: *Gonsalvo Ferdinando a Corduva, magno Hispaniarum duci, gallorum ac turcorum terrori:* Á Gonzalo Fernández de Córdoba, Gran Capitán de los españoles, terror de los franceses y los turcos.

(2) La portada, que es del orden dórico, no fué construída hasta el año 1591. Así se lee en el frontón de un nicho en que hay una imagen de San Jerónimo.

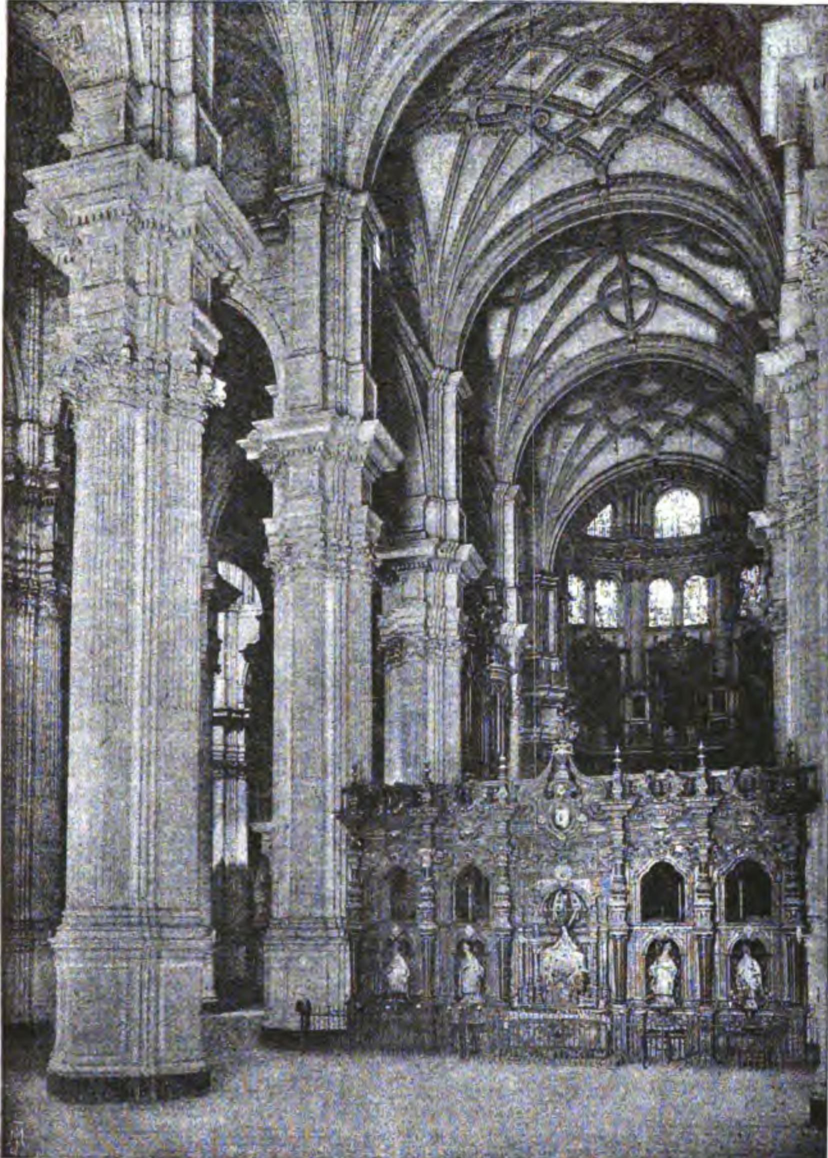


Fachada de la Catedral

líneas de casetones, y hay en cada casetón una figura. La cúpula, cuyo pié es octógono, está cruzada por dos grandes fajas llenas también de bustos: cuatro figuras colosales ocupan otras tantas hornacinas en sus cuatro ángulos; otros tantos arcos profundamente alfeizarados sirven de marco entre hornacina y hornacina á ventanas con cristales de colores. En el presbiterio, la riqueza del arco de triunfo, las pinturas de las paredes, las complicadas labores del altar, que consta de cuatro cuerpos de distinto estilo, todo contribuye á completar el efecto del conjunto. Hay pocos templos de su época más grandiosos ni más ricos: en el crucero y en el presbiterio no sólo están pintadas al fresco las paredes, sino también los pilares hasta los techos. Brillan entre los colores la plata y el oro; campean en todas partes composiciones á cual más atrevidas; bulle todo un mundo de figuras en los arcos torales y la cúpula. Patriarcas, profetas, evangelistas, apóstoles, mártires, héroes griegos y romanos, mujeres célebres de la antigüedad, todos tienen allí su casetón ó su hornacina: descuellan entre las mujeres Judith, Abigail, Penélope, Artemisa; entre los poetas Homero; entre los capitanes Scipión, Pompeyo, Marcio; entre los mártires y santos San Jorge, San Martín, Santa Catalina, Santa Bárbara. Se quiso expresar de una manera elocuente la importancia de Gonzalo, y se evocó á todos los genios y héroes de la antigüedad sobre el mármol de su tumba. Todas las figuras del crucero y de la cúpula están suspendidas sobre una sencilla losa (1) que blanquea entre las piedras del pavimento, sobre la losa que cubría los restos del Gran Capitán y de su esposa; todas las del presbiterio están suspendidas sobre el lugar ocupado no há muchos años por el mausoleo erigido á la memoria de tan audaz guerrero. Pensamiento verdaderamente noble y digno de un artista, que han venido á truncar la revolución y el arte, aquella profanando el sepulcro

(1) En esta losa se lee: Gonzalus Fernandez de Cordova, qui propria virtute magni ducis nomen proprium sibi fecit, ossa perpetuæ tandem luci restituenda huic interea loculo credita sunt. Gloria minime consepulta.

GRANADA

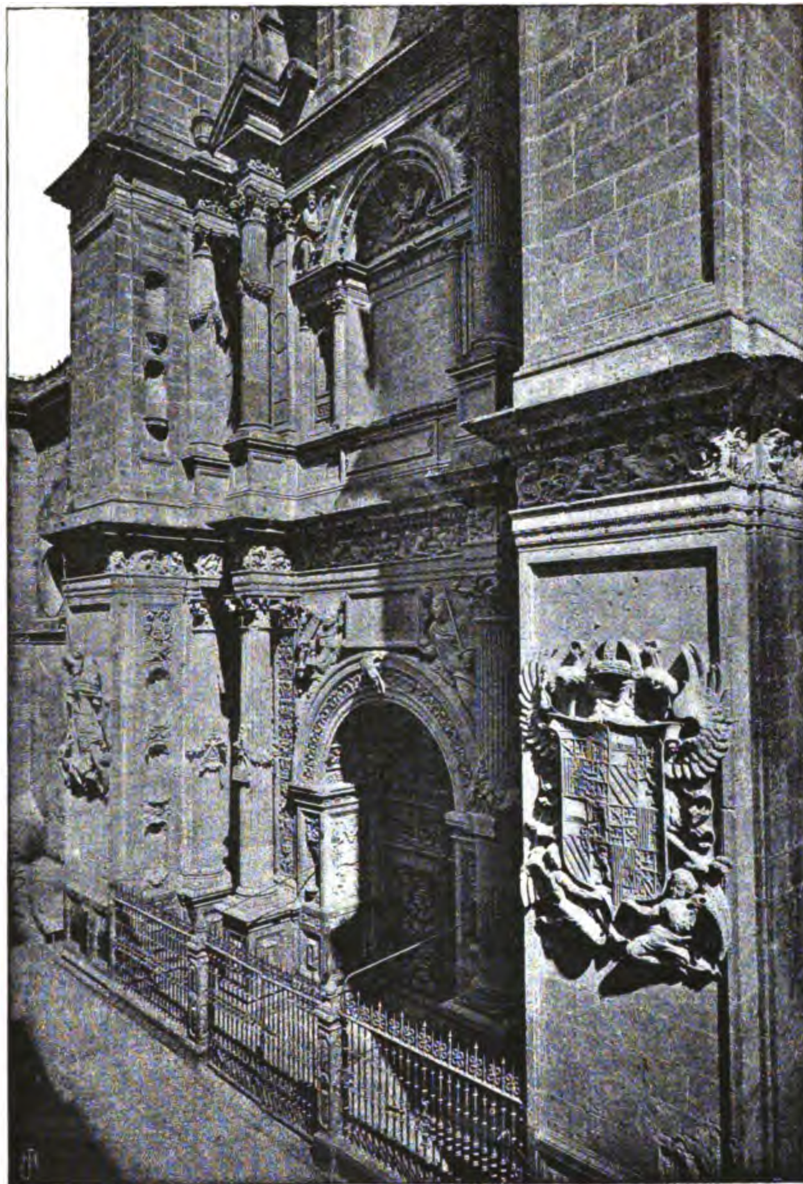


Interior de la Catedral

y arrojando al viento las cenizas del héroe, y este arrancando del templo el cenotafio para arrinconarlo como objeto de curiosidad en el fondo del museo. Ni la losa de las tumbas, ni el respeto á la gloria han podido detener el paso de nuestras sangrientas revoluciones.

El artista que concluyó este templo fué el que trazó y construyó gran parte de la Catedral, monumento no tan poético pero más vasto y de mejores formas (1). Dividen esta Catedral en cinco naves cuatro series de pilares circuídos de columnas corintias, sobre cuyos altos entablamentos cargan los arcos que van á recibir las bóvedas. Un espacioso crucero, en cuyos extremos están abiertas la puerta del Perdón y la de la Capilla de los Reyes, pone en comunicación las naves con el presbiterio, cuyo arco de triunfo descansa soberbiamente en cuatro columnas, entre las que asoman puestas de rodillas las figuras de D.ª Isabel y D. Fernando. El pavimento es todo de mármol; las bóvedas de las naves, complicadas como las de las catedrales de la decadencia gótica; las paredes y la cúpula del presbiterio, ricas y elegantes. Está sostenida la cúpula por diez y ocho columnas, sobrepuestas unas á otras y separadas por un entablamento, cuya cornisa lleva sobre sí un balcón corrido; entre columna y columna hay en la parte inferior arcos, en la superior cuadros y ventanas con cristales de colores. Los capiteles están todos dorados; los compartimientos de la bóveda, llenos de molduras; el fondo del muro, ocupado por los retratos de los principales doctores de la Iglesia. Hay en todo el templo al rededor capillas altas y profundas, poco dignas generalmente de atención por sus bellezas monumentales, pero casi todas notables, cuando no por la antigüedad de sus imágenes, por las pinturas que las

(1) Empezóse esta Catedral con el diseño y bajo la dirección de Siloe el día 15 de Marzo de 1529, y se estrenó sin estar concluída el 17 de Agosto de 1560 Falleció Siloe en 1563, y entró á dirigir la obra su discípulo Juan de Maeda, á quien sucedió Juan de Orea en Noviembre de 1574. Prosiguióse la fábrica lentamente, y no estuvo concluída del todo hasta el año 1639.



CATEDRAL.—Puerta del Perdón

adornan, debidas muchas al pincel de artistas andaluces. Descuellan entre todas la más antigua y la más moderna: aquella por una figura de la Virgen que ha santificado la tradición y los retratos de los Reyes Católicos, esta por la riqueza de sus mármoles y el sepulcro de Moscoso, arzobispo tan lleno de firmeza como de orgullo, que vino á hacer alarde de sus inagotables tesoros hasta en el fondo de su misma iglesia (1).

Opulencia la hay en casi todo el templo; pero no gusto ni corrección de estilo. Los pedestales de las columnas son curvilíneos y pesados; la elevación de los entablamentos destruye el buen efecto que deberían producir sus arcos majestuosos; la heterogeneidad de los adornos de la bóveda es demasiado marcada para que deje de experimentar el artista una sensación desagradable; el tabernáculo es mezquino para tan grande presbiterio. La fachada principal revela falta de gusto, de inteligencia y de corazón en el que la concibió y la levantó de sus cimientos. Es una enorme masa de piedra que nada significa, es una triste confusión de líneas que no enlaza pensamiento alguno, es una mala página llena de pretensiones ridículas en que el autor ha creído poder suplir la falta de ideas con la brillantez y pompa del lenguaje. Atrevimiento artístico no lo hay en esta catedral sino en la cimbra abocinada que sirve de arco de triunfo al presbiterio; elegancia no la hay sino en las proporciones generales de los diversos miembros arquitectónicos;

(1) Hay en esta capilla un medallón de cuatro varas y tercia de alto y dos varas y media tercia de ancho con tres cuartas de diámetro: es todo de mármol de una sola pieza y contiene una estatua grande de San Miguel, modelada y cincelada por Juan Adam, escultor de cámara de Carlos IV. Cuentan en Granada que para la conducción de la piedra en bruto se necesitaron muchas yuntas de bueyes y tuvieron que derribarse algunas casas de la ciudad, gastos todos que pagó de su propio tesoro el arzobispo. Indemnizó, según dicen, con exceso á los dueños de las casas derribadas; dió muy buenos salarios á los conductores, y les cedió además las yuntas. Suponen que tenía una riqueza fabulosa; y da verdaderamente lugar á creerlo no sólo esa magnífica capilla de S. Miguel, sino el delicioso palacio que hizo construir en Viznar, donde pasaba lo más del año. Era descendiente de una de las familias más ilustres y poderosas de la América Meridional: murió en 24 de Julio de 1811.

belleza y gracia no la hay sino en la puerta del Perdón, puerta trazada y dirigida por el mismo Siloe, donde vemos en su apo·



Tríptico en la Catedral

geo la división y profusión de adornos que tanto caracterizan al renaçimiento. Esta puerta es indudablemente bella. Su gallarda cimbra cubierta en su íntrados y en su paramento exterior de riquísimas molduras, las figuras de la Justicia y de la Fe que

sostienen sobre sus enjutas una larga inscripción latina (1), las airosas columnas que se alzan á los lados ceñidas de guirnaldas de flores y coronadas de capiteles en cuyos ángulos brotan pequeñas figuras entre hojas de acanto, el magnífico friso y la miniada cornisa de su entablamento, los grandes escudos de armas entallados en dos pilares salientes, las delicadas proporciones de su segundo cuerpo á que dan tanto carácter la figura de Moisés, la de David y la del Padre Eterno, todo lo que Siloe dejó completo contribuye á hacer de ellas una de las más acabadas creaciones de la arquitectura plateresca.

¿Deberemos hablar ahora de la puerta del Sagrario? ¿de esa puerta que, aunque algo bella en su primer cuerpo, no es sino un juego de frontones sobre otro de columnas? ¿Deberemos hablar del Sagrario mismo, donde brilla más la riqueza de los fundadores que el genio del artista? Después de San Jerónimo, después de la Catedral, pocas páginas monumentales son ya dignas de la atención del viajero. La Chancillería le detendrá ante su severa fachada y su elegante patio; San Juan de Dios, ante su graciosa puerta de arco semicircular, abierta entre columnas corintias, en cuyos intervalos figuran las imágenes del santo tutelar y un ángel; el Salvador, ante la aérea cúpula que cierra su hermosa nave inundada de luz y cubierta de oro; la solitaria y medio arruinada Cartuja, ante las doradas claves de sus bóvedas, ante los lujosos mármoles de su santuario, ante su ebanistería de cedro, embutida de marfil y nácar, adornada de anillas de plata y embellecida con los más finos cristales de Venecia; el pintoresco Sacro Monte, ante las profundas cuevas en

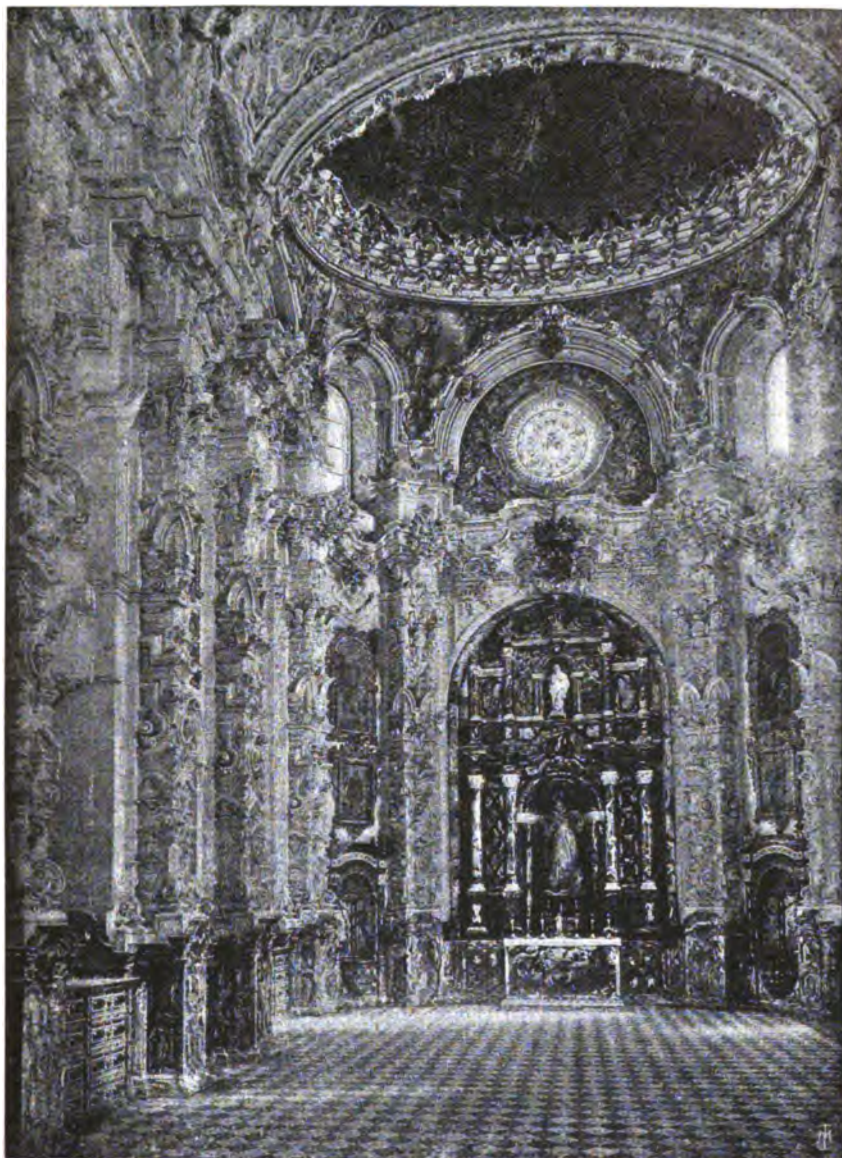
---

(1) Léese en esta inscripción:

Post septingentos mauris dominantibus annos
Catholicis dedimus populos hos regibus ambæ; 1492
Corpora condidimus templo hoc, animasque locamus
In cœlis, quia justitiam coluere fidemque.
Pontificem dedimus Fernandum nomine primum
Doctrinæ, morum, vitæque exemplar honestæ.



El Ayuntamiento viejo



LA CARTUJA. — Interior de la Sacristía

que fueron sacrificados los primeros mártires del reino; la plaza del Triunfo, ante la magnífica columna levantada en honor de esa Virgen que el Apocalipsis pinta vestida de sol, calzada de luna y coronada de estrellas; la plaza de Máiquez, ante el sencillo y poético monumento que hicieron elevar para recuerdo de ese grande artista dos grandes actores, los más fieles intérpretes de la poesía española (1); la contigua plaza de Bailén, ante otro monumento lúgubre y sombrío, consagrado á la memoria de una mujer, víctima de su lealtad, mártir de las sangrientas discordias que agitan hace tantos años el suelo de la patria (2); pero no existe ya entre tantos monumentos ni uno solo que pueda satisfacer el sentimiento estético, sea el reflejo fiel de su época, hable directamente al corazón y haga estremecer de amor y de respeto al que atraviesa sus umbrales deseoso de recibir nuevas impresiones. La ciudad árabe está toda en la Alhambra; la ciudad cristiana, en la Capilla de los Reyes; la ciudad de los héroes, en el panteón de San Jerónimo; después de haber divagado por aquellos salones silenciosos, de haber orado al pié de esos sepulcros, y de haber doblado la rodilla sobre el mármol que cubrió las cenizas de Gonzalo, fuerza es ya que dejes Granada, lector, si deseas conservar en toda su fuerza las sensaciones que ha despertado en ti la vista de tan antiguos monumentos. ¿Te es acaso doloroso dejar la ciudad? Entra entonces de nuevo en el seno de sus frondosas alamedas, abre tu corazón al sentimiento, da vuelo á tu fantasía, recuerda lo pasado, agrupa á tu alrededor las ruinas en que te inspiraste, rasga si puedes el porvenir de ese pueblo sobre cuya frente pesa hoy la mano de un fatal destino. Llevarás mucho más vivo

(1) En el pedestal de este monumento se lee en letras de oro: Á la memoria de Isidoro Maiquez. — Fenelon, Rico hombre de Alcalá, Vano humillado. — Cain, Oscar, Hijos de Edipo. — Dedicado por Julian Romea, Matilde Diez y Florencio Romea.

(2) Llamábase esta mujer D.ª Mariana Pineda. Entró en una conspiración contra el gobierno absoluto, y consintió en morir antes que denunciar á ninguno de sus cómplices.

GRANADA



Casa de Castril

el recuerdo de esa ciudad querida; y cuando después de haber visto las que baña el Guadalquivir con sus aguas cristalinas te pregunten por la reina de la poesía y la hermosura, dirás como nosotros: ¡es Granada!



Indice

PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

